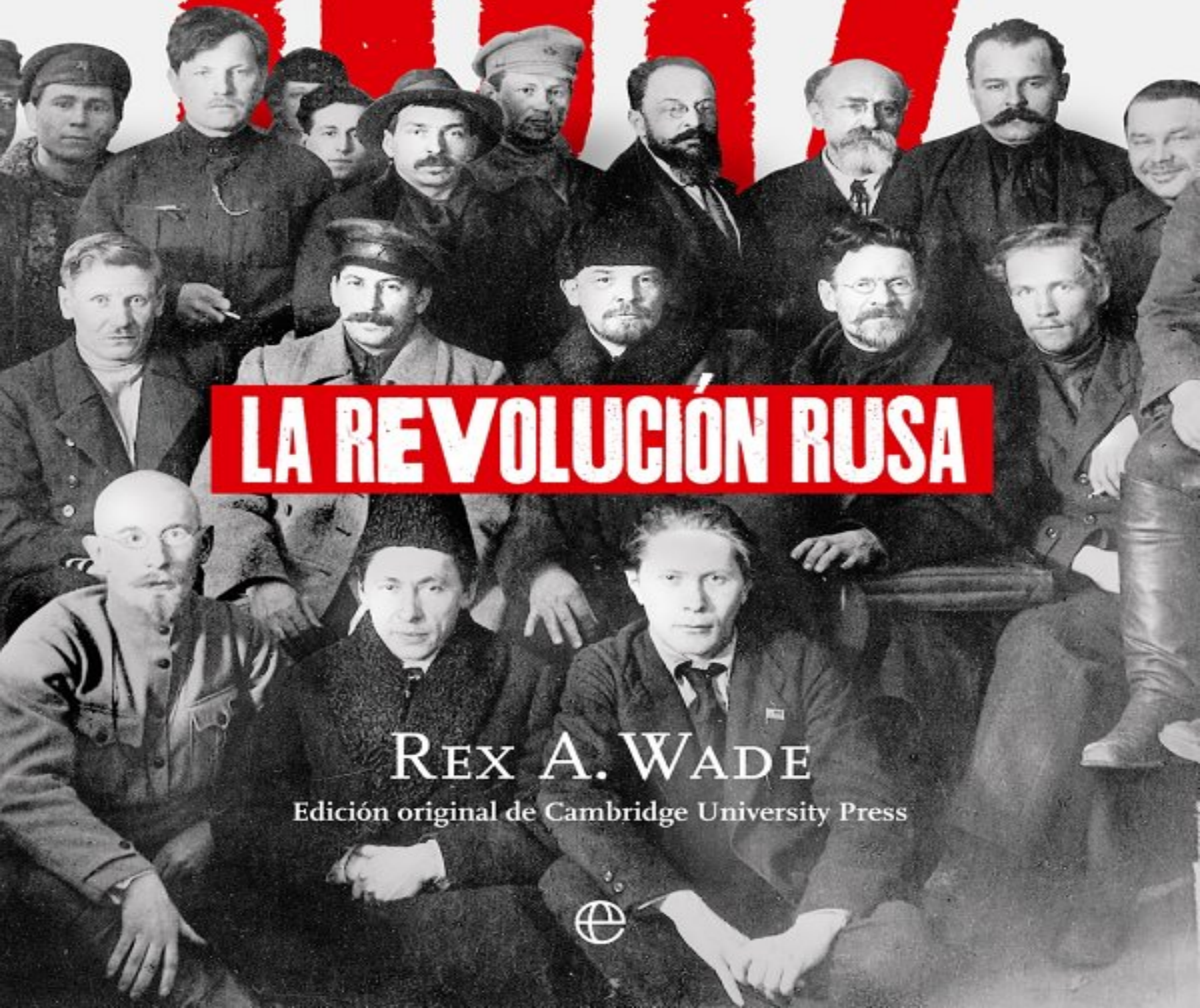
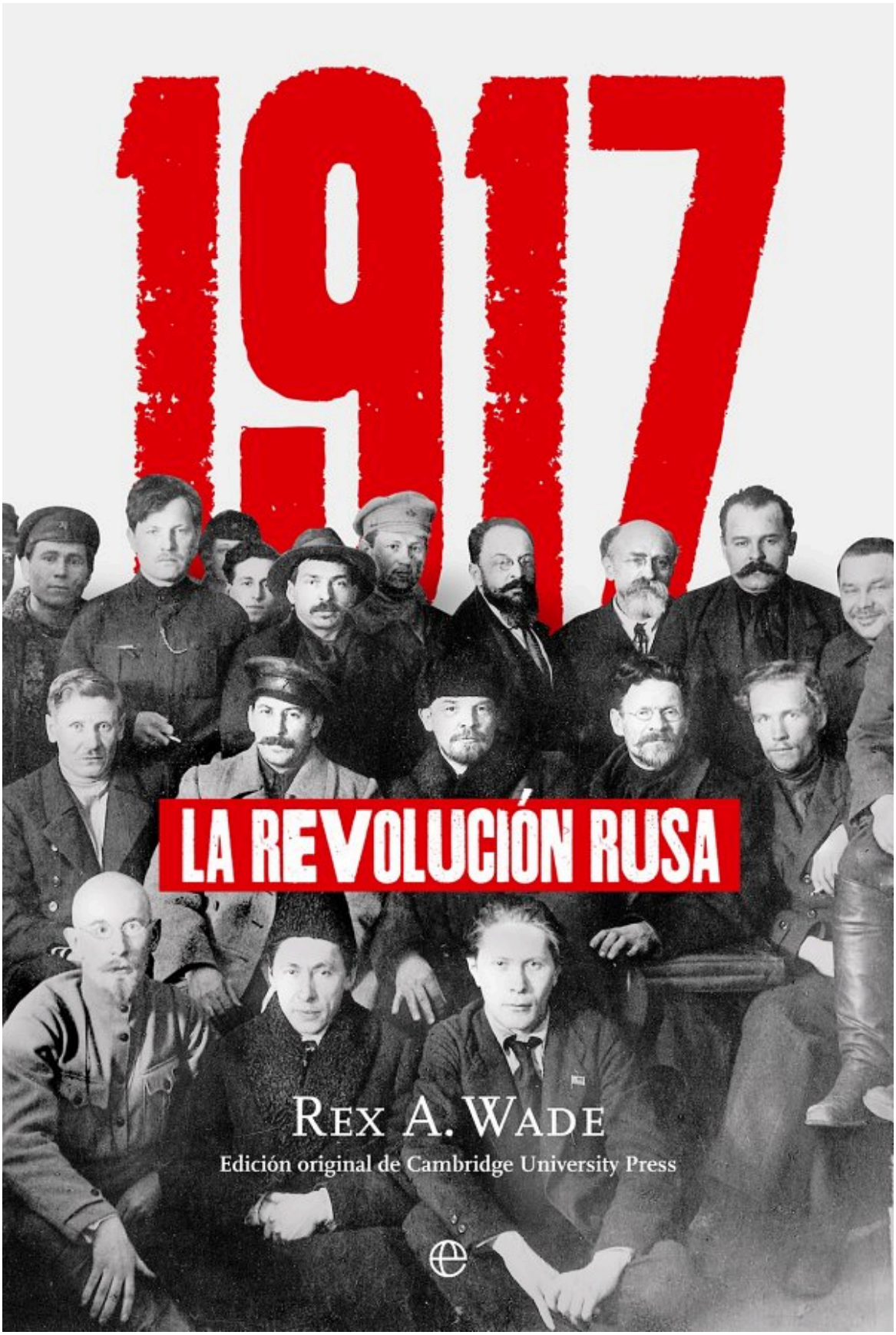
1917



LA REVOLUCIÓN RUSA

REX A. WADE

Edición original de Cambridge University Press


1917
LA REVOLUCIÓN RUSA
REX A. WADE
Edición original de Cambridge University Press

1917.
LA REVOLUCIÓN RUSA

Rex A. Wade

1917.
La Revolución Rusa

Traducción del inglés
Alejandro Pradera

la esfera de los libros

Primera edición: septiembre de 2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *The Russian Revolution, 1917*, publicado con licencia de Cambridge University Press

© Rex A. Wade, 2005
© Cambridge University Press, 2005
© De la traducción: Alejandro Pradera, 2017
© La Esfera de los Libros, S.L., 2017
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel. 91 296 02 00
www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-9164-065-3
Depósito legal: M. 15.030-2017
Fotocomposición: Creative XML, S. L.
Impresión: Anzos
Encuadernación: Méndez

Impreso en España-*Printed in Spain*

ÍNDICE

PREFACIO
CRONOLOGÍA
Capítulo 1. LA LLEGADA DE LA REVOLUCIÓN
Capítulo 2. LA REVOLUCIÓN DE FEBRERO
Capítulo 3. EL REALINEAMIENTO POLÍTICO Y EL NUEVO SISTEMA POLÍTICO
Capítulo 4. LAS ASPIRACIONES DE LA SOCIEDAD RUSA
Capítulo 5. LOS CAMPESINOS Y LOS COMETIDOS DE LA REVOLUCIÓN
Capítulo 6. LAS NACIONALIDADES: IDENTIDAD Y OPORTUNIDAD
Capítulo 7. EL VERANO DE LOS DESCONTENTOS
Capítulo 8. «TODO EL PODER A LOS SOVIETS»
Capítulo 9. LOS BOLCHEVIQUES TOMAN EL PODER
Capítulo 10. LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE Y LOS COMETIDOS DEL PODER
CONCLUSIONES
NOTAS
MAPAS
LECTURAS ADICIONALES

PREFACIO

La Revolución Rusa sigue siendo sin lugar a dudas uno de los acontecimientos más importantes de la historia moderna. Ha sido determinante para el desarrollo de la historia mundial del siglo XX, y su legado ha seguido ejerciendo influencia hasta hoy en día. El hundimiento de la Unión Soviética hizo más fácil encuadrar la Revolución Rusa en una mejor perspectiva histórica, dado que escribir sobre ella ya no conlleva una valoración implícita de un gobierno o y de un sistema vigentes, como a menudo ocurría durante la era de la existencia de la Unión Soviética. Al mismo tiempo, empero, la renovada lucha por la democracia y las formas políticas, los problemas socioeconómicos y de clase, la autonomía o independencia de los pueblos no rusos, el estatus de Rusia como gran potencia, y otras cuestiones que han venido sacudiendo la región desde 1991, reafirman la importancia de la Revolución Rusa de 1917, cuando se intentaron dirimir por primera vez esas mismas cuestiones. Entonces el resultado fue, igual que ahora, importante para el mundo, así como para Rusia y para sus vecinos.

A pesar de su importancia, y de los ríos de tinta que han corrido sobre la Revolución, las historias generales fidedignas, sobre todo las relativamente breves, han sido escasas. Este libro intenta ofrecer esa historia en un nuevo relato de la Revolución Rusa que también incorpora las más recientes investigaciones de los expertos. Combina a la vez mis muchos años de estudio de la Revolución y el fruto de

los muchos trabajos especializados más recientes. Mientras escribía la historia de la Revolución Rusa, tanto en su edición original como al incorporar las modificaciones para esta edición revisada, no tuve más remedio que replantearme tanto la idea que tenemos de la narración como la interpretación de numerosos rasgos importantes de la Revolución. El resultado, espero, es un libro accesible e interesante para el lector no especializado, al tiempo que presenta además nuevos puntos de vista que mis colegas expertos en los estudios sobre Rusia encontrarán estimulantes.

La conmemoración del centenario de la Revolución Rusa de 1917 me pareció un momento idóneo para tomar distancia y revisar las primeras ediciones de este libro y el corpus de estudios publicados desde entonces. Esa efeméride, unida a las palabras de aliento que me han brindado mis colegas, dio lugar a mi decisión de publicar una tercera edición. El libro original cosechó unas críticas tan favorables que la mejor opción parecía mantener la estructura y el contenido básicos, e integrar sobre la marcha los nuevos materiales e interpretaciones. Y, lo que es de gran importancia, el apartado de Lecturas Adicionales ha engrosado a raíz de las publicaciones más recientes. Al mismo tiempo, quienes hayan leído las ediciones anteriores, así como los catedráticos que hayan utilizado el libro en sus clases o que lo hayan recomendado, encontrarán que sus rasgos básicos siguen siendo los mismos.

En el contexto de una narración de conjunto que pretende ofrecer un claro relato de la Revolución, se presentan numerosos enfoques e interpretaciones nuevos. Por lo pronto, este libro replantea la historia política de la Revolución. Destaca la importancia de los realineamientos políticos que trajo consigo y la relevancia de los nuevos bloques políticos, que fueron, en muchos sentidos, más significativos durante la Revolución que las tradicionales etiquetas partidistas. Eso permite prestar la debida atención al papel del

bloque defensista revolucionario y «socialista moderado» en el liderazgo de la Revolución durante los primeros meses. Análogamente, hace posible el debido reconocimiento de la importancia del bloque de la izquierda radical —y no solo de los bolcheviques— durante el periodo de la Revolución de Octubre. Este estudio también subraya la importancia del eslogan «Todo el poder a los soviets» y de la idea de un «poder soviético» a la hora de allanar el camino a la Revolución de Octubre. Pone el acento en la complejidad de la Revolución de Octubre y en la medida en que formó parte de una lucha genuinamente popular a favor de «Todo el poder a los soviets», y tan solo más tarde de una «revolución bolchevique». Eso permite despejar muchos mitos y errores que durante mucho tiempo han embrollado la narración de aquella importante insurrección. No se trató ni de una simple manipulación por parte de unos cínicos bolcheviques o de unas masas ignorantes, ni tampoco de una toma del poder cuidadosamente planificada y ejecutada bajo la dirección omnisciente de Lenin, como tantas veces se ha presentado el tradicional mito de la Revolución de Octubre. Esta nueva edición refuerza el análisis de los acontecimientos políticos en vísperas de las Revoluciones de Febrero y de Octubre, y amplía los apartados relativos al papel de la Asamblea Constituyente, a la colaboración política entre partidos, y a la figura de Lenin.

Al mismo tiempo, el libro concede el debido espacio a la historia socioeconómica y cultural de la Revolución, destacando la importancia del activismo popular y de las cuestiones sociales y económicas a la hora de condicionar el rumbo y el desenlace de la Revolución. Las aspiraciones de distintos sectores de la población, y las muchas organizaciones que crearon para promover sus intereses son un elemento central de la historia. Los historiadores han debatido sobre la historia social en contraposición con la historia política de la Revolución; este libro sugiere que ambas son

inseparables. Resulta imposible una comprensión completa de la Revolución sin tener en cuenta las aspiraciones populares y el activismo del pueblo, y cómo interactuaron con los partidos políticos y sus líderes. Esta edición amplía el tratamiento de un asunto íntimamente relacionado con lo anterior: el papel del lenguaje, de los símbolos y de los festivales, que fueron, de forma muy evidente, una parte importante de la Revolución, y que ya en anteriores ediciones brindaban al lector una mejor sensación de la textura de la vida durante aquellos días tan emocionantes.

Además, esta historia incorpora personas y lugares que demasiado a menudo han quedado excluidos del relato de la Revolución. Explora las consecuencias de la Revolución para las mujeres, para las antiguas clases altas y para la religión. Va más allá de la capital, Petrogrado, y, sin pasar por alto la trascendencia de los acontecimientos que se produjeron allí, aborda la Revolución en las provincias como una parte importante e integral de la Revolución. En particular, incluye las minorías nacionales y destaca la importancia que tuvieron tanto la Revolución para ellas, como ellas para la Revolución. Presta atención al campesinado, a los soldados del frente, a las mujeres y a los acontecimientos en la Rusia de provincias, a los grupos y a los lugares a los que a menudo se concede un trato sumario, o que directamente son omitidos de las historias de la Revolución. El resultado, estoy convencido de ello, es una historia más prolija y al mismo tiempo más completa.

Este libro va dirigido al lector general y también al lector especializado, y ello ha determinado muchos de sus rasgos estilísticos. Presupone que los lectores no saben ruso. Por consiguiente, he intentado utilizar los términos ingleses homólogos de las palabras rusas. Así pues, la *duma* municipal se traduce como ayuntamiento, que es lo que era a todos los efectos. Análogamente, tras muchos debates internos y después de escuchar los consejos

contradictorios de otras personas, he utilizado la versión inglesa de las principales figuras y personalidades conocidas de los lectores en esa forma —Nicolás y Alejandra, Alexander Kérensky, León Trotsky, e incluso Paul Miliukov— en vez de una estricta transliteración de la grafía rusa (Nikolai, Alexandr, Lev, Pável), pero la forma rusa para los personajes menos conocidos y para los nombres menos frecuentes en inglés. En muchos casos he utilizado la convención rusa de las dos iniciales en vez de un nombre de pila. Análogamente, el nombre de las ciudades y los lugares se dan en la forma más familiar para los lectores contemporáneos. Así pues, normalmente se dan en su variante rusa en vez de en la de sus distintas lenguas nacionales (Járkov en vez de Járkiv). Utilizo el nombre más conocido hoy en día, en vez del nombre oficial en ruso en 1917 de algunas ciudades (Tallinn en vez de Revel, Helsinki en vez de Helsingfors). Aunque ello ha dado lugar a algunas incoherencias en el uso, creo que este enfoque de sentido común para los nombres y los topónimos le facilitará las cosas al lector que no esté familiarizado con el ruso, y que ya tendrá que lidiar con muchos nombres nuevos. Quienes sepan leer ruso no tendrán la mínima dificultad para entenderlos y, donde lo deseen, para transponerlos al original en ruso. Los apellidos y las palabras en ruso aparecen en la transliteración estándar de la Biblioteca del Congreso, con las ligeras modificaciones habituales, como por ejemplo la omisión de los signos de suavización (Lvov en vez de L'vov) y el final «ski» en vez de «skii» (Kérenski en vez de Kerenskii). En las notas y en el apartado de Lecturas Adicionales, así como en algunos títulos que aparecen en el texto (como los periódicos *Den´* y *Rech'*) se utiliza una transliteración en sentido estricto.

Hay otros rasgos que obedecen a ese mismo tipo de consideraciones. Siempre que he podido he sacado las citas más reveladoras de fuentes en inglés, incluyendo las obras secundarias, y

no los originales rusos, suponiendo que ello servirá de orientación de dónde pueden esperar encontrar más información sobre un determinado asunto los lectores más interesados. El libro es parco en notas a pie de página, que aluden sobre todo a las citas directas, para reconocer el origen de alguna idea prestada o de algún dato específico, o para señalarle a los lectores las obras de especial importancia sobre algún asunto. En contraste con la parquedad en las notas a pie de página, la lista de lecturas adicionales es muy completa, y ha sido concebida para brindarle a los lectores una amplia gama de referencias a la literatura en inglés que tienen a su disposición. He incluido la mayoría de las recopilaciones secundarias de literatura y de documentación. La literatura de memorias, sobre todo las de los observadores extranjeros, está representada de una forma menos exhaustiva; para ese y otros tipos de obras, los lectores deberán consultar las guías bibliográficas de Murray Frame y de Jonathan Smele, que figuran en el apartado de Lecturas Adicionales. Tanto las notas a pie de página de tipo informativo como el apartado de Lecturas Adicionales se limitan a las obras publicadas en inglés, por las razones ya mencionadas. Quienes estén interesados en la voluminosa literatura en lengua rusa (y sean diestros en los problemas relacionados con su uso, sobre todo en el caso de las ediciones de la era soviética), pueden encontrar una extensa guía en las bibliografías de los estudios especializados que figuran en el apartado de Lecturas Adicionales, y en un excelente estudio breve de Borís Kolonitskii, que también consta en dicha sección.

Tengo que hacer una observación sobre el empleo de «Rusia» y de «ruso». La población del Imperio Ruso en 1917 (y los rusos de hoy en día) utilizaba dos palabras diferentes paras distinguir entre «ruso» (*russkii*) cuando se refieren a esa lengua, a esa nacionalidad y a esa cultura, y «ruso» (*rossiiskii*) cuando se refieren al Estado o al

territorio, y a la gente que lo habita, independientemente de su etnia. Esa distinción no existe ni en inglés ni en la mayoría de las demás lenguas. Eso puede crear confusión entre quienes no estén familiarizados con el doble significado de la palabra «ruso». En este libro, como ocurre en casi todas las obras sobre la historia de Rusia, el término «ruso» se emplea en ambas acepciones, y a veces combina ambas. Así, las referencias a las aspiraciones de la «sociedad rusa», o a que «los rusos sentían» algo, aluden, salvo que se indique lo contrario, a la población en su conjunto, pero sobre todo a los habitantes de etnia rusa, es decir los eslavos ortodoxos (rusos, ucranianos y bielorrusos). Resulta imposible evitar ese tipo de usos al escribir sobre la historia del Imperio Ruso y de la Unión Soviética, pero es una práctica que además se ha vuelto más problemática desde la desintegración de aquel Estado y el ascenso de los nacionalismos, que recientemente han adoptado un tono más reivindicativo, en sus antiguos territorios. En efecto, esa cuestión ya surgió en 1917, como veremos sobre todo en el Capítulo 6. Ese doble significado de «ruso», unido a que ahora presto una mayor atención a las cuestiones nacionales y provinciales, me ha llevado a utilizar «de toda Rusia» en vez de la palabra «panruso», más tradicional, cuando aparece en el nombre de un congreso o de una asamblea, como «El Congreso de los Soviets de toda Rusia». «De toda Rusia» alude de forma más clara a algo relativo al Estado (*rossiiskii*) y a todos los pueblos de ese Estado, a diferencia de lo «ruso» (*russkii*) como relativo a una nacionalidad o un grupo lingüístico específico. De esa forma se entienden mejor las exigencias de autonomía y autodeterminación de algunos grupos, por ejemplo los ucranianos o los estonios, pero en el marco de la autoridad de una Asamblea Constituyente «de toda Rusia».

Todas las fechas son las del calendario ruso de aquella época, que iba trece días por detrás del calendario occidental y del calendario

ruso moderno. Así pues, se utilizan los términos Revolución de Febrero y Revolución de Octubre (conforme al calendario ruso vigente en 1917), a pesar de que en algunos libros se utilizan respectivamente «Revolución de Marzo» y «Revolución de Noviembre» (conforme al calendario occidental).

Mi narración y mis interpretaciones han ido tomando forma a lo largo de muchos años dedicados a leer, a escuchar, a conversar y a enseñar. Estoy intelectualmente en deuda con muchas más personas de las que podría nombrar, y en más sentidos de los que sería capaz de recordar. He tenido la gran suerte de participar en congresos académicos con la mayoría de los principales expertos en la materia; sin duda alguna sus conferencias, comentarios y conversaciones (y sus publicaciones) han influido, en más aspectos de los que podría identificar, en mi conocimiento y mi forma de pensar acerca de la Revolución. Si en algún momento, sin querer, inconscientemente, he tomado prestada alguna idea de algunas de las personas con las que he interactuado, sin reconocérselo, pido sinceras disculpas y espero que lo acepten como un testimonio de su erudición y de su capacidad de persuasión.

Numerosos colegas han leído el libro, en todo o en parte, en alguna fase de su elaboración, y me han brindado consejos especialmente buenos. Tengo con todos ellos una enorme deuda de gratitud: Olavi Arens, Barbara Engel, Daniel Graf, Tsuyoshi Hasegawa, Michael Hickey, Lars Lih, Semion Lyandres, Michael Melancon, Daniel Orlovsky, Donald Raleigh, Scott Seregny, Philip Skaggs, Ian Thatcher y Ronald Suny. Gracias también a Jonathan Sanders por sus consejos y su ayuda con las fotos. Mollie Fletcher-Klocek preparó los mapas con gran habilidad. Nathan Hamilton me ayudó a localizar materiales y también leyó el manuscrito original. Además, quisiera darle las gracias a algunos de mis alumnos de la Universidad George Mason que leyeron y sometieron a crítica las

versiones iniciales del manuscrito desde el punto de vista de los estudiantes. Tengo una enorme deuda de gratitud con Vyta Baselice por su ayuda con la edición del texto y por incorporar los cambios a esta nueva edición. Michael Watson, de Cambridge University Press, ha sido un cordial asesor y una gran ayuda a lo largo de todas las ediciones. Cassi Roberts me ha prestado su cordial y preciosa ayuda hasta lograr que esta edición vea la luz, y con la elección de la ilustración de la cubierta. Mi esposa, Beryl, ha sido para mí un baluarte por su apoyo durante todo el proceso y ha tolerado afablemente las frecuentes distracciones de su esposo escritor. Este libro está dedicado a ella, con todo mi cariño.

CRONOLOGÍA

9-22 de febrero Oleada creciente de huelgas en Petrogrado.
23 de febrero Manifestaciones del Día de la Mujer.
23-24 de febrero En Petrogrado las manifestaciones aumentan de tamaño de un día para otro; las tropas se muestran reacias a actuar contra los manifestantes; los partidos políticos se involucran cada vez más.
26 de febrero Prosiguen las manifestaciones; el Gobierno coloca barricadas en las calles y ordena a las tropas que disparen contra los manifestantes.
27 de febrero Motín de la guarnición; se constituye el Soviet de Petrogrado; se forma el Comité Temporal de la Duma Estatal, que anuncia que asume la autoridad.
1 de marzo Orden nº 1.
2 de marzo Se forma el Gobierno Provisional; abdicación de Nicolás II; la Revolución se extiende a otras ciu-dades.
14 de marzo Llamamiento del Soviet «A los pueblos del mundo» por una «paz sin anexiones ni indemnizaciones».
20 de marzo Tsereteli llega a Petrogrado desde su destierro en Siberia.
20 de marzo El Gobierno Provisional deroga todas las discriminaciones basadas en la nacionalidad o en la religión.
21-22 de marzo Tsereteli y los defensistas revolucionarios se erigen como líderes del Soviet de Petrogrado.
3 de abril Lenin llega a Petrogrado procedente de Suiza.
4 de abril Lenin publica las «Tesis de abril».
18-21 de abril Crisis de Abril.
2-5 de mayo Crisis y remodelación del Gobierno para incluir a algunos dirigentes del Soviet en el ejecutivo: «gobierno de coalición».
3-5 de junio Primer Congreso de Delegados de los Soviets de Trabajadores y Soldados de Toda Rusia.
10 de junio La Rada Central de Ucrania publica su Primer Universal.
18 de junio Comienza la ofensiva militar rusa.
18 de junio La manifestación convocada por el Soviet en Petrogrado se convierte en una manifestación contra la guerra y contra el Gobierno.

1 de julio Una delegación del Gobierno Provisional y la Rada Central llega a un acuerdo sobre el autogobierno limitado para Ucrania.
2 de julio Los ministros del PKD dimiten por la cuestión de Ucrania. Se inicia una nueva crisis de Gobierno.
3-5 de julio Días de Julio: las manifestaciones callejeras exigen que el Soviet tome el poder; los dirigentes del Soviet se niegan; los bolcheviques asumen tardíamente el liderazgo; Lenin y otros se ven obligados a huir.
5 de julio Contraofensiva de Alemania y colapso de la ofensiva rusa.
5 de julio Segundo Universal de la Rada Central de Ucrania. El Parlamento finlandés asume la autoridad del gobierno en Finlandia.
8 de julio Kérensky es designado ministro presidente.
17 de julio Tsereteli, en calidad de ministro de Interior, ordena medidas contra la ocupación de tierras por los campesinos.
18 de julio El general Kornílov es nombrado comandante supremo del Ejército.
20 de julio El Gobierno Provisional amplía el derecho de voto a las mujeres.
21-23 de julio Nueva crisis de Gobierno, que deja paso al segundo Gobierno de coalición.
12-15 de agosto Conferencia Estatal de Moscú.
21 de agosto Una nueva ofensiva alemana conquista la crucial ciudad de Riga.
27-31 de agosto Asunto Kornílov.
31 de agosto En el Soviet de Petrogrado se aprueba por primera vez una resolución presentada por los bolcheviques.
1 de septiembre «Directorio»: se crea un Gobierno de cinco miembros, presidido por Kérensky.
5 de septiembre El Soviet de Moscú aprueba una resolución de los bolcheviques.
9 de septiembre El Soviet de Petrogrado refrenda la resolución de los bolcheviques, y dimiten los antiguos dirigentes defensistas revolucionarios.
14-22 de septiembre Conferencia Democrática para encontrar una nueva base de apoyo al Gobierno Provisional; debate si formar un gobierno monocolor socialista, pero no logra alcanzar un acuerdo.
25 de septiembre Trotsky es elegido presidente del Soviet de Petrogrado, y al mismo tiempo el bloque radical, encabezado por los bolcheviques, asume el control del órgano.
25 de septiembre Formación del tercer Gobierno de coalición presidido por Kérensky.
7 de octubre Se inaugura el «Preparlamento»; los bolcheviques lo abandonan.
10-16 de octubre Los dirigentes bolcheviques debaten la posibilidad de tomar el poder.
11-13 de octubre Congreso de los Soviets de la Región Norte.
22 de octubre «Día del Soviet de Petrogrado», con mítines a favor del poder soviético.

21-23 de octubre El Comité Militar Revolucionario se enfrenta a las autoridades militares por el control de la guarnición.
24 de octubre Kérensky ordena el cierre de los periódicos bolcheviques, y con ello desencadena la Revolución de Octubre.
24-25 de octubre Lucha por el control de los puntos estratégicos de Petrogrado entre las fuerzas pro-soviet y las fuerzas progubernamentales; se imponen las primeras.
25 de octubre Se decreta la destitución del Gobierno Provisional; Kérensky huye al frente en busca de tropas; por la tarde se inaugura el Segundo Congreso de los Soviets.
26 de octubre Los miembros del Gobierno Provisional son detenidos de madrugada.
26 de octubre En la segunda sesión del Segundo Congreso de los Soviets se promulgan los decretos sobre la tierra, la paz y la formación de un nuevo Gobierno: el Consejo de Comisarios del Pueblo.
27 de octubre Un decreto ordena la censura de la prensa.
27-30 de octubre Ataque de las fuerzas de Kérensky y Krasnov; son derrotadas junto con toda la oposición armada de Petrogrado.
29 de octubre El *Vikzhel* hace un llamamiento a favor de un amplio gobierno de coalición socialista y fuerza el inicio de las negociaciones.
26 de octubre-2 de noviembre Primera oleada de la extensión del poder soviético por todo el país, que culmina el 2 de noviembre con la victoria en Moscú.
2 de noviembre Declaración de Derechos de los Pueblos de Rusia.
7 de noviembre El Tercer Universal proclama a la Rada como Gobierno de Ucrania.
10 de noviembre Abolición de los tratamientos y los títulos.
12 de noviembre Comienzan las elecciones a la Asamblea Constituyente.
19 de noviembre Negociaciones formales para un armisticio con Alemania y Austria-Hungría, pero ya han comenzado los armisticios informales entre las tropas.
20 de noviembre Los bolcheviques asumen el control del cuartel general del Estado Mayor del Ejército.
28 de noviembre Se ordena la detención de los líderes del PKD.
2 de diciembre Armisticio oficial con Alemania y Austria-Hungría.
7 de diciembre Creación de la Checa.
11-12 de diciembre Tesis de Lenin contra la Asamblea Constituyente.
12 de diciembre Los social-revolucionarios de izquierdas entran en el Gobierno.
Mediados de diciembre Nueva extensión del poder soviético en el sur y en el frente.
16 y 18 de diciembre Decreto sobre el divorcio, el matrimonio y el registro civil.
4 de enero El Gobierno soviético acepta oficialmente la independencia de Finlandia.
5 de enero Se inaugura la Asamblea Constituyente.

6 de enero La Asamblea Constituyente queda disuelta por la fuerza.

Capítulo 1. La llegada de la Revolución

La Revolución Rusa estalló repentinamente en febrero de 1917. No fue algo inesperado. Los rusos llevaban mucho tiempo debatiendo la posibilidad de una revolución, y a finales de 1916 ya existía a lo largo de todo el espectro político y social la sensación de que en cualquier momento podía producirse algún tipo de levantamiento. La crisis de Rusia era evidente incluso en el extranjero. «En diciembre de 1916, y de forma todavía más acusada en enero de 1917, había indicios de que [en Rusia] se estaba produciendo algo importante y significativo [...] que era preciso indagar, y el rápido aumento de los rumores sobre inminentes cambios políticos exigía un conocimiento más detallado y una interpretación más completa».[1] Así se expresaba Nicholas Murray Butler, del Carnegie Endowment for International Peace de Estados Unidos, sobre la decisión de enviar al noruego Christian Lange a Rusia en misión de investigación a comienzos de 1917. Sin embargo, en los albores del nuevo año, nadie habría podido imaginar, ni dentro ni fuera de Rusia, que en el plazo de dos meses no solo iba a ser derrocado el antiguo régimen, sino que ello iba a poner en marcha la revolución más radical que el mundo había presenciado hasta el momento. Aquella revolución de ritmo vertiginoso y de largo alcance surgió de una compleja red de causas a largo y a corto plazo, que también contribuyeron a condicionar su dirección y su desenlace. Un desenlace que a su vez afectó profundamente a la historia mundial de los cien años siguientes.

La autocracia

La Revolución Rusa fue, en primer lugar, una revolución política que derrocó la monarquía de Nicolás II y convirtió en un problema crucial de la revolución la creación de un nuevo sistema de gobierno. A principios del siglo XX, Rusia era la última de las grandes potencias de Europa donde el monarca era un autócrata, con un poder no limitado ni por las leyes ni por las instituciones. Desde comienzos del siglo XIX, por lo menos, los zares rusos se habían resistido a las crecientes reivindicaciones de cambio político. Entonces, en 1894, falleció inesperadamente el obstinado zar Alejandro III, dejando como emperador y zar de todas las Rusias a su hijo Nicolás II, insuficientemente preparado.

Nicolás llegó al trono en un momento de rápidos cambios en todo el mundo, que exigían un liderazgo enérgico e imaginativo para guiar a Rusia a través de aquellos tiempos turbulentos. Un tipo de liderazgo que Nicolás, de modales amables, de capacidades limitadas, a quien no agradaban las tareas de gobierno, y al que atraían más las nimiedades de la administración que las grandes decisiones en materia de políticas, no fue capaz de proporcionar. No obstante, Nicolás se aferró tercamente a sus derechos autocráticos, para lo que contó con el apoyo enérgico de su esposa Alejandra. Alejandra exhortaba constantemente a su marido a que «no olvides nunca que eres y debes seguir siendo un emperador autocrático», a que «demuestres más fuerza y decisión» y, poco antes de la Revolución, a que «seas Pedro el Grande, Iván el Terrible, el emperador Pablo – aplástalos a todos».[2] Sin embargo, todas aquellas exhortaciones de Alejandra no lograron hacer de Nicolás un gobernante decisivo y, mucho menos, eficiente. Tan solo consiguieron fortalecer su resistencia a unas reformas muy necesarias. El Gobierno iba a la deriva, los problemas seguían sin

resolverse, y Rusia fue derrotada en dos guerras y sufrió dos revoluciones durante los veinte años de reinado de Nicolás. Era un hombre personalmente amable, y un esposo y padre cariñoso, pero entre sus súbditos acabó conociéndosele con el apodo de «Nicolás el Sanguinario».

El Gobierno de Nicolás no solo estaba deficientemente administrado, sino que además hacía pocas concesiones en materia de derechos, civiles o de otro tipo, a la población, cuyos miembros eran considerados súbditos, no ciudadanos. El Gobierno controlaba estrechamente el derecho de crear organizaciones para cualquier fin, incluso el más inocuo. La censura provocaba una ausencia casi total de debate político abierto, marginándolo a los conductos ilegales y, a menudo, revolucionarios. Alejandro II, en el marco de las Grandes Reformas de la década de 1860, había autorizado la formación de los *zemstvos*, los consejos locales dominados por la nobleza. Ejercían unos limitados poderes de autogobierno a nivel local, como por ejemplo las obras para la mejora de las carreteras, la educación primaria, la atención sanitaria y médica, las prácticas agrícolas y otros asuntos de carácter local. Sin embargo, los monarcas se negaban enérgicamente a compartir el poder político supremo con las instituciones populares, y a partir de 1881 restringieron la autoridad de los *zemstvos*. En 1894, poco después de acceder al trono, Nicolás frustraba las esperanzas de que pudiera crearse un *zemstvo* nacional, una asamblea nacional fruto de unas elecciones, calificándolas de «sueños carentes de sentido». En vez de crear un sistema político más moderno donde los miembros del pueblo llano pasaran a ser ciudadanos y no súbditos, con por lo menos una modesta participación en la vida política y en el futuro del Estado, Nicolás se aferraba a un modelo caduco y autocrático, con un monarca por la gracia de Dios y sus leales súbditos.

En ningún ámbito resultaba más evidente el trasnochado concepto de gobierno que tenía Nicolás que en el trato que se dispensaba a los muchos pueblos no rusos del Imperio. El Imperio Ruso era un gigantesco Estado multiétnico donde, a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, bullían los sentimientos nacionalistas. En un primer momento, esos sentimientos se centraron en la reivindicación de derechos culturales y civiles y de una autonomía territorial basada en la nacionalidad. El Gobierno respondía con la represión y la «rusificación», que consistía en toda una gama de políticas que limitaban el empleo de las lenguas locales, obligaban al uso del ruso, discriminaban por motivos religiosos, imponían cambios en las estructuras administrativas locales, y en otras medidas que aspiraban a «rusificar» las poblaciones no rusas. Aquellas medidas entorpecieron temporalmente el desarrollo de los movimientos basados en la nacionalidad, al tiempo que fomentaban el resentimiento. Cuando se eliminaron los medios represivos en 1917, el nacionalismo irrumpió como una parte importante de la Revolución.

La economía y las clases sociales

La Revolución Rusa fue también, y profundamente, una revolución social. Una de las razones de que Rusia necesitara tanto unos buenos líderes era que tanto el sistema económico como el sistema social estaban en vías de transición, lo que sometía a la población a enormes tensiones. Alejandro II, debilitado por la derrota en la Guerra de Crimea de 1854-1856, lanzó a Rusia por un cauto camino de reformas y de modernización conocidas como las Grandes Reformas. El eje de aquellas medidas fue la emancipación de los siervos en 1861. La emancipación concedía libertad personal a los campesinos y una cuota de la tierra, que ascendía aproximadamente

a la mitad del total. Sin embargo, los campesinos estaban descontentos con el acuerdo de emancipación, pues estaban convencidos de que toda la tierra debía ser suya por derecho propio. Su reivindicación del resto de la tierra siguió siendo una fuente de descontento de la población rural, y propició dos revoluciones campesinas, en 1905 y 1917.*

* En Rusia existían sistemas rurales radicalmente diversos: los jornaleros sin tierra de las regiones del Báltico, los emigrantes relativamente prósperos de Siberia occidental, los agricultores alemanes del Volga, las culturas ganaderas trashumantes de Asia central, las comunidades cosacas y otras. En este libro, el análisis se centra en el campesinado ruso y ucraniano, que constituían la mayoría de la población rural, en el que centraron su atención tanto el Gobierno como los revolucionarios, y que impulsó la sublevación campesina de 1917.

La emancipación no trajo consigo la esperada prosperidad ni a los campesinos ni al Estado. El rápido crecimiento de la población —cuyo tamaño aumentó a más del doble entre 1860 y 1914— en ausencia de un incremento de la productividad creó nuevas dificultades. Las condiciones del campesinado rural eran variadas, pero en conjunto apenas lograron un aumento de sus ingresos *per cápita*, si es que lograron alguno. Por añadidura, el campesinado, que suponía más del 80 por ciento de la población en el cambio de siglo, siempre había vivido al borde del desastre. Las enfermedades, la mala suerte o las condiciones locales podían devastar en cualquier momento a las familias, mientras que las catástrofes naturales arrasaban periódicamente grandes regiones. Tan solo la hambruna de 1891-1892 se cobró 400.000 vidas. La pobreza del campesinado, la persistencia de las desigualdades en términos de tierras, riqueza y privilegios entre los campesinos y los nobles latifundistas, y el ansia del campesinado por conseguir las tierras que seguían en manos de los terratenientes privados, alimentaron la violencia campesina en las revoluciones de 1905 y 1917.

Ya en la década de 1880, muchos líderes rusos habían llegado a la conclusión de que Rusia no podía seguir siendo un país tan abrumadoramente agrario. La industrialización del país era esencial, si se pretendía que Rusia mantuviera su estatus de gran potencia en un mundo donde el poder y la industria estaban cada vez más interrelacionados. Durante los años ochenta el Gobierno tomó medidas para estimular el desarrollo industrial, potenciando los esfuerzos de los emprendedores privados por medio de los aranceles, las políticas fiscales y las inversiones directas. Rusia gozó de un crecimiento espectacular. Durante la década de 1890, las tasas medias de crecimiento industrial de Rusia fueron de entre el 7 y el 8 por ciento anual, y para el periodo que va de 1885 a 1914, la producción industrial aumentó a una tasa media del 5,72 por ciento anual, mayor que las tasas de crecimiento de Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania en aquellos años. Sin embargo, las tasas porcentuales de crecimiento tan solo eran una parte de la historia. Aunque la producción de hierro de Rusia crecía rápidamente en términos porcentuales, el volumen total seguía estando muy por debajo del correspondiente a los países mencionados. Por añadidura, la productividad de la mano de obra iba aumentando muy poco a poco, y la renta *per cápita* disminuyó durante la segunda mitad del siglo XIX en comparación con los países de Europa occidental.[3] Rusia vivió una revolución industrial durante las tres últimas décadas del Imperio, pero el cuadro económico general podía verse bajo una luz optimista o pesimista dependiendo de cómo y en comparación con qué se midiera.

La industrialización trajo consigo unas enormes tensiones para la sociedad. Los aranceles, el aumento de los precios y la subida de impuestos repercutían negativamente en el nivel de vida de una población ya pobre de por sí, a la que no le quedaba otro remedio que aguardar los futuros beneficios que pudiera acarrearles la

industrialización. Serguéi Witte, ministro de Hacienda entre 1892 y 1903, y principal arquitecto del sistema, reconocía las tensiones en un memorándum secreto que le envió a Nicolás en 1899: si bien Rusia estaba desarrollando «una industria de un tamaño colosal», a la que estaba ligado el futuro de toda la economía, «sus servicios le están saliendo demasiado caros al país, y esos costes excesivos tienen una influencia destructiva en el bienestar de la población, y en particular en la agricultura».[4] Para colmo, la industrialización vino acompañada de una transformación social que tuvo unas enormes repercusiones políticas. La antigua jerarquía de los grandes estados o clases (*sosloviia*) definidos jurídicamente —la nobleza, el clero, los comerciantes, los campesinos, y otras— perdió gran parte de su significado y fue sustituida por una novedosa estructura social basada en la profesión y la función económica en la nueva era industrial. Esa estructura de clases emergente creó una serie de identidades y aspiraciones que desempeñaron un importante papel en la llegada de la Revolución y en su desenlace.

Una parte crucial de la nueva estructura social era la mano de obra industrial. Aquella clase, de una importancia fundamental, ni siquiera existía como categoría bajo el antiguo sistema de clases, que los agrupaba conforme a la clase de la que procedían, habitualmente como campesinos o dentro de alguna de las categorías que incluían las clases bajas, como los artesanos o los jornaleros. A pesar de aquellas clasificaciones tan anticuadas, los trabajadores industriales eran una clase perfectamente identificable, y varios rasgos importantes hacían de ella una poderosa fuerza revolucionaria. Uno de esos rasgos eran las espantosas condiciones en que trabajaban y vivían. Las tensiones sociales intrínsecas al ajuste a las nuevas condiciones de vida urbana y al entorno de las fábricas ya eran graves de por sí, pero las terribles circunstancias en las que trabajaba y vivía la clase obrera las agudizaban aún más. Las

fábricas ofrecían largas jornadas (de doce horas o más), bajos salarios, escasa seguridad en el trabajo, un régimen de disciplina industrial riguroso y degradante, y una ausencia total de seguridad en el empleo o de atención médica en caso de enfermedad o lesión. Las viviendas estaban abarrotadas, eran antihigiénicas y carecían de privacidad. Muchos trabajadores vivían en barracones, y algunos utilizaban el sistema de la «cama siempre caliente», por el que dos obreros compartían el mismo camastro, en el que se alternaban durante los turnos de entre doce y trece horas de trabajo. A menudo las familias compartían una sola habitación con otras familias o con obreros solteros. Las condiciones de la industria no solo les mantenían en una pobreza permanente, sino que además les hurtaban su dignidad personal. Había un alcoholismo galopante, y las enfermedades eran endémicas. La cruda situación socioeconómica de aquellos trabajadores se reflejaba incluso en las diferencias entre los barrios de clase media y de clase alta del centro de las ciudades, con sus calles pavimentadas, luz eléctrica y sistema de agua y alcantarillado, y los barrios obreros del extrarradio, donde predominaban las calles de tierra (o barro), las lámparas de keroseno, y la mugre y la enfermedad.

Los esfuerzos de los trabajadores y de sus defensores entre las clases cultas para organizarse a fin de mejorar sus condiciones de vida generalmente recibían una respuesta represiva del Gobierno. De hecho, las políticas de industrialización del Gobierno dependían de la ventaja económica que suponía la mano de obra barata, de la que parecía haber una oferta inagotable. También reflejaban la mentalidad de una clase dirigente acostumbrada a pensar en la pobreza y en el trabajo duro como la condición innata de los campesinos (y la mayoría de los trabajadores eran campesinos o lo habían sido hasta hacía poco). El Gobierno no logró crear un escenario para la organización obrera donde los trabajadores

pudieran intentar solventar sus quejas por cauces legales, y eso contribuyó a la radicalización política. Dado que el régimen básicamente le negaba a los trabajadores el derecho a organizarse y a defender legalmente sus intereses económicos, los obreros no tuvieron más remedio que recurrir a la acción ilegal y a buscar vías de enlace con los partidos revolucionarios. La naciente clase trabajadora no era únicamente un sector creciente y profundamente agraviado de la población, sino un colectivo que veía cada vez más clara la relación entre el sistema político y las terribles condiciones en que vivía.

Un rasgo importante de aquella nueva clase trabajadora industrial era su concentración en un número relativamente pequeño de centros industriales, como San Petersburgo y Moscú. Eso acrecentaba la posibilidad de que los trabajadores tuvieran más peso político si se organizaban. Dentro de las ciudades, las fábricas suponían un poderoso foco de organización y movilización. Y además, a ello contribuía el hecho de que las fábricas rusas tendían a ser mucho más grandes que sus homólogas de Europa occidental. El sistema industrial aglutinaba a los obreros no solo en el ámbito de una fábrica grande, sino también en los talleres y fundiciones que había dentro de ella, lo que les proporcionó una estructura intrínsecamente organizativa. Así pues, las fábricas funcionaban como centros de organización por su propia lógica, y como bases de la actividad revolucionaria antes y durante 1917.

Muchos de los nuevos obreros industriales mantenían un estrecho vínculo con el campesinado, una conexión reforzada por el constante flujo de nuevos trabajadores desde los pueblos. Algunos de ellos regresaban todos los años para participar en la cosecha y en la vida del pueblo en general, mientras que otros tan solo trabajaban en las ciudades durante un tiempo y después regresaban definitivamente a su pueblo, donde a menudo habían dejado a sus esposas e hijos.

Las hermandades organizadas (*zemliachestva*) basadas en las regiones rurales de origen desempeñaban un importante papel en la vida de muchos trabajadores urbanos. Esos vínculos contribuían a mantener vivos entre los obreros de las ciudades los valores campesinos del igualitarismo y de la acción colectiva, así como una hostilidad compartida hacia los «señores», ya fueran terratenientes o industriales. Ello contribuyó a crear una mentalidad genérica de clases bajas contra clases altas que iba a desempeñar un papel muy importante en 1917.

Si bien las actitudes y los vínculos de los campesinos siempre fueron un factor importante, igual de relevante o más fue la aparición de una identidad y unos valores específicos de la clase obrera. A principios del siglo XX surgió un estrato permanente de trabajadores con mayor cualificación y con más formación. Fueron los primeros que lograron alfabetizarse, y pioneros a la hora de crear círculos de estudio, de organizar huelgas y manifestaciones, e incluso de dedicarse a la política al establecer vínculos con los partidos revolucionarios y leer sus panfletos políticos. Los revolucionarios les explicaban el mundo de la política y la importancia que tenía para ellos. Dichos partidos, a través de sus círculos de lectura y sus grupos de debate, le abrieron a muchos trabajadores una ventana a un mundo mejor, diferente. Por añadidura, les explicaban cómo alcanzarlo. En particular, el marxismo les ofrecía una explicación de por qué se habían convertido en obreros, de por qué su condición era la que era, y les decía por qué debía cambiar y cómo. Se fue desarrollando una identidad de clase obrera, no solo a raíz de las circunstancias socioeconómicas, por determinantes que fueran, sino también gracias a los esfuerzos de los partidos revolucionarios por cultivar entre ellos una identidad de clase trabajadora. Todo ello venía a reforzar las lecciones aprendidas a través de su experiencia laboral,

donde el Estado ayudaba a los patronos a reprimir las huelgas, a erradicar los sindicatos y a imponer la sumisión en el lugar de trabajo, lo que llevó a algunos obreros a la conclusión de que las mejoras económicas exigían cambios políticos. De aquellas experiencias surgió la figura del obrero-activista, que ofrecía liderazgo a sus compañeros de trabajo y actuaba como enlace entre los partidos revolucionarios y la masa de los trabajadores. Los obreros-activistas desempeñaron un papel crucial en la Revolución.

Además, la revolución industrial se combinó con unas fuerzas sociales y económicas que ya estaban operantes desde mediados del siglo XIX, y que dieron lugar a una clase media diversificada y cada vez mayor —puede que el término más correcto sea «clases medias»—, aunque la palabra y el concepto de clase media no existía en la Rusia de aquella época. Una parte importante de esas nuevas clases medias surgía de las profesiones, que florecieron en Rusia durante la segunda mitad del siglo: maestros, médicos, farmacéuticos, abogados, agrónomos y muchas otras. La industrialización aportó una nueva y diversa clase media de ingenieros, contables, técnicos, oficinistas, gerentes, tenderos y pequeños empresarios. Aquellos elementos «de clase media» tenían orígenes sociales diversos, y no solo adolecían de un sentido relativamente débil de una identidad y de unos objetivos comunes, sino que además carecían de movimientos políticos dedicados a desarrollar una identidad de clase media. De hecho, el principal partido político portavoz de los intereses de dichos grupos a partir de 1905, el Partido Democrático Constitucional (PKD), siempre insistió en que estaba «por encima de las clases». No obstante, se iba creando una identidad, fomentada sobre todo en los primeros años del siglo XX, por el crecimiento de las asociaciones profesionales, así como de los clubes sociales, culturales, de ocio y deportivos que estaban al servicio de las nuevas clases medias: en 1912, en Moscú

se contaban más de 600.[5] Servían como foros para explorar sus intereses comunes y debatir sobre las cuestiones sociales y políticas más en general. La educación y la relevancia socioeconómica de esa creciente clase media le otorgaba importancia, y constituía la base social para el surgimiento de un movimiento progresista que exigía derechos políticos y un sistema de gobierno constitucional.

Otra forma de contemplar aquella sociedad cambiante es a través del concepto de «sociedad culta», que a grandes rasgos se corresponde con lo que los rusos denominaban *obshchestvo*. La «sociedad culta» englobaba tanto a las nuevas clases medias como a amplios sectores de la vieja nobleza, e incluso una parte de los miembros de la burocracia del Estado. Trascendía las tradicionales castas legales, y en cierta medida incluso las nuevas clases económicas, y su «sentido de la identidad se basaba en una marcada percepción de que la "nación" rusa era distinta del "Estado" ruso», y reflejaba la «presencia de los rusos cultos decididos a trabajar por el bien común, por el "progreso"».[6] Fueron pioneros a la hora de exigir para sí una voz en los asuntos públicos como portavoces de la sociedad en general, y afirmaban que el antiguo régimen imperial ya no era capaz de gestionar adecuadamente los asuntos del Estado, por lo menos no igual de bien que ellos. El negligente manejo de la hambruna de 1891-1892 fue especialmente decisivo a la hora de infundirles valor, pues vino a confirmar la idea de que el antiguo régimen estaba en quiebra, y más tarde la Revolución de 1905 y la gestión del esfuerzo de guerra a partir de 1914 reafirmaron esa convicción. Para designar a los portavoces de la nueva clase culta empezó a utilizarse cada vez con mayor frecuencia el término de «hombres públicos», reflejo de su nueva auto-imagen. Sin embargo, esa visión de sí mismos como los nuevos líderes de la sociedad en contra de un régimen corrupto se veía

entorpecida por el hecho de que para las clases bajas el concepto de «sociedad culta» se solapaba en gran medida con el de «la Rusia de los privilegios». Los rusos cultos de las clases altas, medias y profesionales eran, para los campesinos y los obreros de las clases bajas, «ellos». Ello contribuyó a allanar el camino a los drásticos antagonismos sociales de 1917 entre la sociedad «culta» o «privilegiada» y «las masas» de los obreros, los campesinos, los soldados, e incluso una parte de las clases medias bajas de las ciudades.

Un importante subconjunto de la sociedad culta, y una causa del precario sentido de la identidad de las clases medias, era la «*intelligentsia*». Ese elemento, predominantemente intelectual, había ido evolucionando a partir de los pequeños círculos de nobles de mediados del siglo XIX que debatían sobre los asuntos públicos, hasta convertirse en el sector políticamente más comprometido de la sociedad culta. En general, la *intelligentsia* se caracterizaba por su oposición al orden imperante en Rusia y por un fuerte deseo de cambiarlo. De su sector más radical surgieron los partidos revolucionarios, y de sus sectores más moderados salieron los reformistas políticos y los partidos progresistas. Una de las convicciones fundamentales de la *intelligentsia* decimonónica era su hostilidad hacia la «burguesía», una idea que surgía tanto de su desprecio por los nobles como del pensamiento socialista de Europa occidental. Esa mentalidad persistió, a pesar de que a comienzos del siglo XX los miembros de la *intelligentsia* procedían de todas las clases establecidas por la ley, y en realidad eran principalmente de clase media en términos socioeconómicos; en su mayoría eran profesionales y empleados administrativos de todo tipo. A pesar de todo, la imagen negativa que existía de la burguesía dificultaba el desarrollo de un movimiento político con una identidad de clase media clara y positiva. De hecho, en 1917, el término «burguesía»

era utilizado con sentido peyorativo tanto por los obreros industriales como por los líderes de la *intelligentsia* radical de los partidos socialistas.

Además de estos acontecimientos que afectaban a las clases sociales, hubo muchos otros cambios que afectaban a Rusia a principios del siglo XX, y que venían a cuestionar consciente o inconscientemente el antiguo orden y preparaban el terreno para la revolución. Durante los primeros años del siglo, la rápida expansión de la educación dio lugar a un aumento de la alfabetización básica y, al mismo tiempo, a un rápido crecimiento del número de licenciados de las universidades y las escuelas técnicas superiores. La educación, a todos los niveles, facilitó el acceso a una amplia gama de informaciones e ideas que venían a contradecir directa o indirectamente las creencias y las estructuras sociales tradicionales, e introducían una poderosa fuerza de desestabilización en el Imperio Ruso. La rápida urbanización desarraigaba a personas de todas las clases de las pautas y las relaciones establecidas, y creaba otras nuevas. Las personas veían su mundo cada vez más a través del prisma del empleo que ocupaban y de los nuevos tipos de organizaciones sociales, económicas, profesionales, culturales y de otro tipo a las que pertenecían. Para las élites cultas, una serie de nuevas e importantes tendencias en las artes y en la literatura no solo venían a confirmar un florecimiento cultural, sino que daban fe de unos tiempos de rápidos cambios. La aparición de un movimiento feminista, la proliferación de las galerías de arte y los museos, las impresionantes nuevas galerías comerciales, y otros rasgos distintivos de una sociedad urbana cambiante, reafirmaban esa sensación. En vísperas de la guerra y la Revolución, Rusia era una sociedad en rápida transformación, con todos los trastornos y las angustias que ello conlleva. No es de extrañar que algunos escritores definieran a Rusia como un país de un inmenso potencial que se

estaba modernizando rápidamente, y que otros vieran en ella una sociedad que se precipitaba hacia el desastre.

El movimiento revolucionario

La combinación del desarrollo de la *intelligentsia*, de la negativa de la Corona a compartir el poder político, y de los problemas sociales y económicos de Rusia, dio lugar a la aparición de movimientos revolucionarios organizados de una influencia y una persistencia excepcionales. Uno de los primeros movimientos revolucionarios más importantes, el populismo (*narodnichestvo*), surgió a raíz de las condiciones imperantes a mediados del siglo XIX, exigía el derrocamiento de la autocracia y hacía un llamamiento a una revolución social que repartiera la tierra entre los campesinos. El problema de los populistas era cómo encontrar la forma de movilizar y organizar a las dispersas masas campesinas para hacer una revolución. Ello provocó que algunos revolucionarios, organizados bajo el nombre de «La voluntad del pueblo», recurrieran al terrorismo. En 1881 asesinaron a Alejandro II. Sin embargo, la principal consecuencia fue la aniquilación temporal del movimiento revolucionario, y que los gobiernos de Alejandro III y más tarde de Nicolás II recurrieran a unas políticas cada vez más reaccionarias y se distanciaran incluso de las modestas reformas de Alejandro II. A su vez, la *intelligentsia* revolucionaria se vio obligada a replantearse la teoría y la práctica revolucionarias. De ahí surgieron los principales partidos revolucionarios del siglo XX en Rusia, los que desempeñaron los papeles protagonistas en 1917: el Partido Social-Revolucionario (PSR) y el Partido Socialdemócrata (PSD), que muy pronto se escindió en dos importantes partidos, el Partido Bolchevique y el Partido Menchevique.

El PSR se organizó en 1901 como un partido que ponía el acento en una amplia lucha de clases de todos los oprimidos (los campesinos y los obreros urbanos) contra los explotadores (los terratenientes, los dueños de las fábricas, los burócratas y los elementos de clase media). Ese planteamiento les llevó a conseguir muchos seguidores entre los obreros industriales de las ciudades y también entre los campesinos. Sin embargo, los social-revolucionarios (SR, o «eseristas») concedían una importancia especial al campesinado, y exigían la socialización de la tierra y su reparto igualitario entre quienes la trabajaban. Con ello, los eseristas se aseguraban el apoyo de los campesinos, que eran la inmensa mayoría de la población (y por consiguiente también de los soldados en 1917). Aparte de eso, reivindicaban toda una serie de reformas sociales, económicas y políticas, entre ellas la abolición de la monarquía y la instauración en su lugar de una república democrática. De hecho, su programa a menudo se resumía en la consigna «Tierra y Libertad», un eslogan que ocupó un lugar muy destacado en las pancartas del año 1917. Sin embargo, había dos grandes problemas que dificultaban que los eseristas utilizaran sus apoyos entre el campesinado en una situación revolucionaria como la de 1917: la dificultad de movilizar eficazmente para la acción política a una gran masa de campesinos muy dispersos y la propia estructura organizativa descentralizada del partido, así como las divergencias entre sus miembros sobre aspectos específicos del programa general. De hecho, en 1917 el partido se escindió en tres sectores, el ala derecha, el ala centrista y el ala izquierda.

El replanteamiento de las tácticas revolucionarias a partir de 1881 arrastró a algunos radicales rusos hacia el marxismo y el movimiento socialdemócrata. Al contemplar los comienzos de la industrialización en Rusia, G. V. Plejánov elaboró una teoría para explicar que Rusia se estaba convirtiendo en un país capitalista, y por consiguiente

estaba madura para el comienzo de un movimiento socialista que se centrara en la nueva clase obrera industrial, más que en los campesinos. Vladímir Lenin llevó esa teoría un poco más allá en 1902 con su libro *¿Qué hacer?*, donde abogaba por la formación de un pequeño partido de revolucionarios profesionales procedentes de la *intelligentsia* y de la clase obrera. Ese partido debía cultivar la necesaria conciencia revolucionaria entre los obreros industriales, crear una red de organizaciones obreras y de partido clandestinas, y asumir el liderazgo en la revolución. Al mismo tiempo, en el Imperio Ruso fueron desarrollándose numerosos grupos marxistas, divididos por cuestiones de ideología y estrategia. En 1903, un grupo, que incluía a Plejánov, a Lenin y a Yuli Mártov, organizó el Segundo Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POSDR, más habitualmente, PSD). Se inauguró en Bélgica, pero a raíz de la presión policial se trasladó a Londres. Allí los organizadores se dividieron. Lenin exigía una afiliación al partido más restrictiva, mientras que Mártov abogaba por una afiliación más amplia (aunque siempre restringida). La facción de Lenin pasó a denominarse bolchevique («los de la mayoría», en virtud de una de las votaciones cruciales que hubo en el congreso), mientras que con el tiempo la facción de Mártov asumió el nombre de menchevique («los de la minoría»).

Durante los años posteriores a 1903, los bolcheviques y los mencheviques se enfrentaron a propósito de muchas cuestiones de doctrina, y de hecho pasaron a ser dos partidos distintos, los dos principales partidos marxistas, y ambos afirmaban ser la verdadera voz del movimiento socialdemócrata. Por debajo de las diferencias específicas entre los dos partidos había puntos de vista radicalmente distintos sobre la organización del partido y su relación con los trabajadores, que afectó significativamente a sus respectivas formas de actuar en 1917. Lenin procedió a crear un partido destacando la

importancia de los revolucionarios profesionales, estrechamente cohesionados y bien formados, reclutados tanto entre las filas de la *intelligentsia* como de los propios trabajadores, a medida que estos iban adquiriendo una mayor conciencia revolucionaria bajo el liderazgo de los bolcheviques, y en la práctica liderados con firmeza por el propio Lenin. Mártov, Plejánov y otros fueron desarrollando poco a poco el menchevismo como un movimiento un tanto más descentralizado, y a menudo dividido. En 1917 el menchevismo ya había pasado a caracterizarse por ser un partido con un espíritu más genuinamente democrático y por un sector moderado dispuesto a cooperar con otros grupos políticos a favor de las reformas. Las animosidades personales de los años de las trifulcas ideológicas de partido entre los miembros de la *intelligentsia* socialdemócrata, sobre todo los exiliados, se reflejaron mucho tiempo después en su forma de actuar en 1917. De hecho, en 1917, igual que en 1903 y después, la línea dura y la personalidad dominante de Lenin iban a polarizar la vida política.

Inmediatamente después de que cobraran forma los partidos socialistas, surgieron nuevas cuestiones que distanciaron a ambos durante los años previos a 1917, e influyeron en su proceder durante la Revolución. Dos de esas cuestiones fueron especialmente relevantes para la historia de la Revolución. La primera tenía que ver con el debate sobre si había que abandonar la actividad revolucionaria clandestina en favor del trabajo legal y con la cuestión concomitante de las relaciones con los partidos progresistas y con las clases medias a las que supuestamente representaban. Esa cuestión adquirió una especial importancia con la legalización de los partidos políticos tras la Revolución de 1905, y fue una importante fuente de divisiones entre los mencheviques, y entre estos y los bolcheviques. Los eseristas también estaban divididos respecto a esas cuestiones, que dieron lugar a numerosas escisiones, así como

a fracturas en el seno del Partido Social-Revolucionario. Lenin llevó al Partido Bolchevique a adoptar una postura decididamente contraria a la colaboración con los progresistas, y centrada en la idea de avanzar rápidamente a través de las etapas revolucionarias hacia una revolución «proletaria», mientras que algunos mencheviques y social-revolucionarios asumían la importancia del trabajo político dentro de la legalidad, e incluso de la colaboración con los progresistas en la primera fase de la transformación revolucionaria. Aquella disputa contribuyó a configurar la imagen de los mencheviques como el sector más moderado de la socialdemocracia, y de los bolcheviques como el ala más radical e inflexible. También tuvo importantes repercusiones en la cuestión de la colaboración con los progresistas y de los gobiernos «de coalición» en 1917.

La segunda controversia importante que dividía a los socialistas consistió en la respuesta más adecuada respecto a la defensa nacional durante la Primera Guerra Mundial. La mayoría de los socialistas europeos apoyaron el esfuerzo de guerra de sus respectivos países, pero en Rusia los socialistas que abogaron por esa postura solo fueron una minoría, a la que tacharon de «defensistas». Los defensistas rusos ponían el acento en la solidaridad con las democracias occidentales y en la defensa contra la supremacía de Alemania. Otros socialistas, incluidos la mayoría de los socialistas rusos, se negaban a apoyar el esfuerzo bélico de su país, repudiaban la guerra como una empresa imperialista y hacían un llamamiento a la unidad de los socialistas a fin de encontrar una manera de poner fin a la contienda; acabaron asumiendo el nombre de internacionalistas. La polémica entre los defensistas y los internacionalistas dividió a todos los partidos revolucionarios rusos. Aunque esa alineación entre defensistas e internacionalistas a menudo quedó eclipsada por la constante utilización de las etiquetas partidistas, fue de una importancia fundamental. En muchas

ocasiones resultó ser más importante que las filiaciones partidistas, y se prolongó hasta resultar crucial en el juego político de 1917.

Junto con la aparición de los partidos socialistas revolucionarios, a principios del siglo XX se fue desarrollando un movimiento político progresista y reformista. El progresismo, que se nutría de las ideas del liberalismo de Europa occidental y de la aparición de una clase media y profesional urbana cada vez mayor, arraigó tardíamente en Rusia. Ponía el énfasis en un sistema político constitucional, en un gobierno con base parlamentaria, en el imperio de la ley y los derechos civiles, en el marco o bien de una monarquía constitucional o de una república. También subrayaba la importancia de los grandes programas de reformas sociales y económicas, pero rechazaba a un tiempo el socialismo y el tradicional llamamiento de la *intelligentsia* radical a una revolución arrolladora. El progresismo asumió forma política por primera vez con la Unión de Liberación, fundada en 1903-1904. Después, durante la Revolución de 1905, surgió el Partido Democrático Constitucional (PKD, o «kadetes»).** Los kadetes se erigieron en la voz principal del liberalismo político y a favor de las aspiraciones de las crecientes clases medias. En 1917 se convertirían en el único partido no socialista de importancia, y su líder, Pável Miliukov, catedrático de Historia de la Universidad de Moscú, fue uno de los responsables de la formación del Gobierno Provisional.

** La palabra «kadete» era un acrónimo basado en las primeras sílabas del nombre del partido; no debe confundirse con los cadetes militares (*junkers*). En febrero de 1917, su nombre oficial era Partido de la Libertad del Pueblo, aunque ese nombre raramente figura en lo que se ha escrito sobre ellos, ni en 1917 ni más tarde.

A principios del siglo XX Rusia estaba experimentando rápidos cambios socioeconómicos, padecía los antiguos descontentos y otros nuevos, y asistía a la aparición de una serie de movimientos políticos que aspiraban a transformar el país. Esa combinación preparó el

escenario para un levantamiento revolucionario. Ocurrió por primera vez en 1905, cuando, en medio de una guerra impopular y fallida contra Japón, un suceso en concreto fue la chispa que hizo estallar los descontentos y provocó un levantamiento revolucionario. Esa chispa fue el Domingo Sangriento.

La Revolución de 1905 y la era de la Duma

En un intento por hacer frente al descontento de los trabajadores, el Gobierno ruso experimentó con la legalización de los sindicatos obreros bajo supervisión policial y con un rango limitado de actividades. Uno de ellos fue la Asamblea de Trabajadores Fabriles de Rusia, organizado en San Petersburgo por un sacerdote, el padre Gapon. A raíz de la presión de los obreros a favor de una acción más enérgica, Gapon y la Asamblea organizaron una gran manifestación, convocada para el domingo 9 de enero de 1905. Estaba previsto que los trabajadores marcharan hasta el Palacio de Invierno, portando iconos religiosos y retratos de Nicolás II, a fin de entregar una petición para que se atendieran sus quejas. El Gobierno decidió impedir la manifestación. Los soldados y la policía abrieron fuego contra la apretada multitud de hombres, mujeres y niños, y mataron a cientos de personas.

El Domingo Sangriento conmocionó a Rusia. Estallaron disturbios y manifestaciones por todo el país, que se prolongaron hasta la primavera y el verano a pesar de, por un lado, las medidas represivas, y por otro, las exiguas concesiones que hizo el Gobierno. Los obreros hacían huelgas y se enfrentaban con la policía. En el campo, los campesinos atacaban a los terratenientes y a los funcionarios del Estado. Los estudiantes y algunos elementos de las clases medias exigían derechos civiles, un gobierno constitucional y reformas sociales. Se produjeron amotinamientos en las Fuerzas

Armadas, de los que el más espectacular fue la revuelta a bordo del acorazado *Potemkin*, en junio. Los soviets (asambleas) de trabajadores, que eran una combinación de comités de huelga y de foros políticos, fueron surgiendo a lo largo del verano y el otoño en muchas ciudades como San Petersburgo y Moscú. En octubre, una huelga general paralizó el país. Sin embargo, en conjunto, las muchas revueltas que se producían simultáneamente carecían de un liderazgo y de una dirección unitaria.

Frente a aquella oleada aparentemente interminable de desórdenes, el Gobierno de Nicolás vacilaba entre transigir e intentar reprimirlos con un empleo masivo de la fuerza. Finalmente, los consejeros de Nicolás le convencieron de que hiciera unas reformas mucho más radicales de lo que él quería. El 17 de octubre de 1905, Nicolás firmó un manifiesto donde prometía ampliar los derechos civiles y la elección de un parlamento, la Duma. El«Manifiesto de Octubre» dividió a la oposición. Algunos lo aceptaron como un nuevo comienzo, pero otros juraron seguir luchando hasta el derrocamiento total de la monarquía. De hecho, la agitación rural e industrial fue en aumento después de octubre, a la que se sumaron las manifestaciones convocadas por las minorías de etnias no rusas que exigían mayores derechos civiles. Sin embargo, el Gobierno tenía la sensación de que en aquel momento ya era capaz de volver a asumir el control. En noviembre detuvo con suma facilidad a los líderes del Soviet de San Petersburgo, pero tan solo logró reprimir la revolución que se produjo en Moscú, y detener a los miembros del Soviet de Moscú en diciembre, tras una encarnizada serie de combates callejeros que dejaron tras de sí cientos de muertos. Los destacamentos del Ejército sometieron a los campesinos rebeldes en las zonas rurales de todo el país, con un saldo de miles de muertos y de decenas de miles de desterrados. Al mismo tiempo, los grupos de derechas llamados las «Centenas Negras» atacaban a los ciudadanos

no rusos y a los radicales, y organizaban pogromos contra los judíos en muchas ciudades. En 1906, el Gobierno recuperó poco a poco el control del país.

La Revolución de 1905 tuvo unos efectos muy diversos. Forzó importantes cambios en el sistema político, como por ejemplo el reconocimiento limitado de los derechos civiles y un parlamento electivo con derecho a sancionar todas las leyes. Puso fin a la autocracia tradicional, aunque Nicolás conservaba unos poderes amplísimos. Por otra parte, el Gobierno imperial empezó muy pronto a menoscabar los cambios realizados en 1905, al tiempo que siguieron sin cumplirse las reivindicaciones de una democracia parlamentaria plena, del reparto de las tierras entre los campesinos, de mejoras básicas en las condiciones de vida de los obreros industriales y de otras reformas. Nicolás reinaba sobre un pueblo llano resentido, de obreros permanentemente politizados y de campesinos que manifestaban su descontento de distintas formas. Para colmo, los principales ingredientes del levantamiento persistieron más allá de 1905. Entre ellos estaban el descontento de los trabajadores, la agitación entre los campesinos, las aspiraciones de la clase media a ver reconocidos sus derechos civiles y una mayor voz en la gobernanza, y la propia determinación del Gobierno de aferrarse al poder. Así pues, en caso de que a aquella mezcla viniera a añadírsele de nuevo el otro ingrediente crucial de 1905, una guerra y el descontento de los soldados, todos los elementos de aquella revolución volverían a estar presentes. Eso fue lo que ocurrió en 1917.

En muchos aspectos, la única posibilidad que tenía Rusia de evitar otra revolución dependía del nuevo sistema legislativo. En caso de que funcionara bien, no solo iba a poder abordar las exigencias de participación política de las crecientes clases medias, sino que tal vez también sería capaz de generar un gobierno lo bastante en sintonía

con las aspiraciones populares como para poder afrontar algunos de los descontentos sociales y económicos más apremiantes de las clases bajas. Se trataba de unos condicionantes de gran calado. No solo dependían de la Duma, sino sobre todo del proceder de Nicolás II.

Una vez superado el levantamiento revolucionario, Nicolás y sus consejeros más íntimos se arrepintieron del Manifiesto de Octubre. Algunos querían que Nicolás lo repudiara, pero él se negaba a incumplir la solemne palabra dada —se trataba de una cuestión de honor—. Por consiguiente, Nicolás dispuso que se celebraran elecciones a la Duma y promulgó las Leyes Fundamentales que perfilaban la estructura del nuevo gobierno. Preveía el reparto del poder entre Nicolás, los ministros del Gobierno nombrados por él y las dos cámaras del Parlamento, la Duma y el Consejo de Estado. La Duma se elegía sobre la base de un sufragio muy amplio, aunque no totalmente representativo. El Consejo de Estado fue concebido como un freno conservador a la Duma elegida por sufragio popular, ya que la mitad de los miembros del Consejo eran elegidos por Nicolás, y la otra mitad, en su mayoría, por el clero o por grupos que detentaban el poder económico. Ese ordenamiento, que probablemente habría sido acogido con júbilo un año antes, supuso una amarga decepción para los progresistas y sus votantes de clase media después de la Revolución de 1905. Consideraban que su principal defecto era la ausencia de responsabilidad parlamentaria, es decir que el Gobierno (el Consejo de Ministros) tuviera que rendir cuentas ante la mayoría parlamentaria, conforme a la pauta de Gran Bretaña. Por el contrario, el monarca nombraba y destituía a los miembros del Consejo de Ministros, promulgaba decretos urgentes, disolvía la Duma a su antojo y, en general, seguía dominando la maquinaria del Estado, incluida la policía secreta. Nicolás conservaba el título de «autócrata» y seguía considerándose tal, en vez de un monarca

constitucional. La principal autoridad de la Duma consistía en que era imprescindible su aprobación para todas las leyes nuevas. Sin embargo, no podía promulgar nuevas leyes para abordar los problemas básicos, sociales, o de otro tipo, dado que toda nueva legislación exigía la aprobación del conservador Consejo de Estado y del propio Nicolás.

Las dos primeras Dumas se disputaron el poder político con Nicolás. Cuando las primeras elecciones a la Duma dieron como resultado una mayoría progresista del PKD, este decidió impulsar una reforma inmediata de la estructura del Gobierno para que incluyera que los ministros rindieran cuentas ante el Parlamento. Cuando se inauguró la Duma, en abril de 1906, los líderes de sus grupos parlamentarios se enfrentaron al Gobierno de Nicolás a propósito de una serie de cuestiones específicas, sobre todo por la reforma agraria, pero la cuestión subyacente era el equilibrio de poder. En julio, Nicolás ejerció su derecho a disolver la Duma y a convocar nuevas elecciones. Nicolás y sus consejeros esperaban que las nuevas elecciones, ya más alejadas de la agitación de 1905, arrojaran una mayoría más conservadora. La primera Duma tan solo tenía un sector conservador débil, en consonancia con un sector izquierdista radical igualmente débil (la mayoría de los partidos socialistas boicotearon oficialmente las elecciones). Y efectivamente, las nuevas elecciones a la Duma alteraron su composición, pero no en el sentido que esperaba el Gobierno. Los partidos socialistas participaron de lleno en las elecciones y lograron avances significativos a expensas de los progresistas, mientras que los conservadores no mejoraron; políticamente, la segunda Duma estaba bastante más a la izquierda que la primera. Cuando se inauguró, el 6 de marzo de 1907, los enconados conflictos demostraron rápidamente que no había lugar a una colaboración

fructífera entre la Duma, ahora más radicalizada, y el Gobierno, cada vez más refractario y ultraconservador.

Entonces el Gobierno adoptó una serie de medidas drásticas bajo el enérgico liderazgo de Piotr Stolypin, recién nombrado ministro-presidente. En junio le pidió a Nicolás que volviera a disolver la Duma y convocara nuevas elecciones. Entonces, el Gobierno se aprovechó de una disposición de las Leyes Fundamentales por la que el Gobierno podía promulgar leyes fuera del periodo de sesiones de la Duma, pero que exigía su posterior aprobación por la Duma en su siguiente periodo de sesiones. Aprovechándose de esa disposición, Stolypin modificó el sistema electoral para privar a todos los efectos del derecho al voto a la mayoría de la población a través de un complejo sistema de voto indirecto y desigual que concedía a los grandes latifundistas y a las personas adineradas un peso totalmente desproporcionado. Ahora, el 1 por ciento de la población elegía a la mayoría de la Duma. Mediante aquella artimaña, Stolypin logró una tercera Duma con mayoría conservadora, que a continuación sancionó los cambios y colaboró con el Gobierno. La Duma seguía conservando algo de autoridad, pero el predominio del poder claramente quedaba en manos de Nicolás y sus ministros.

El golpe a la Duma tuvo profundas consecuencias para la revolución en Rusia. En primer lugar, se desvanecieron las perspectivas de que las aspiraciones políticas, sociales y económicas de la sociedad rusa se cumplieran pacíficamente y a través de cambios acompasados, al tiempo que las probabilidades de una nueva revolución aumentaron drásticamente. En segundo lugar, aquella forma de proceder venía a subrayar la medida en que Nicolás seguía viéndose a sí mismo como un autócrata y no como un monarca constitucional, con lo que se mantuvo viva la convicción popular generalizada de la necesidad de una revolución. En tercer lugar, la naturaleza no representativa de aquella Duma transformada

significaba que, aunque los líderes de los grupos parlamentarios pudieran desempeñar un papel destacado en la Revolución de Febrero, la Duma iba a resultar inadecuada como gobierno del país tras la Revolución de Febrero, y por consiguiente en 1917 Rusia se vería abocada a seguir un camino político más radical e incierto que en caso de que la Duma hubiera conservado su representatividad.

Si bien el Gobierno de Nicolás logró manipular la Duma para evitar la amenaza política más inminente contra su autoridad, no fue capaz de paliar los problemas económicos y sociales. El Gobierno, dicho sea en su favor, realizó un esfuerzo de imaginación para afrontar el descontento de los campesinos. Stolypin abordó la tarea de acabar con el sistema tradicional de explotación de las tierras comunales por parcelas en usufructo y sustituirlo por un sistema en el que cada campesino era titular del pleno domino de su parcela. Con esa medida Stolypin esperaba introducir una mejora muy necesaria de la productividad agrícola, y de paso generar una clase de pequeños agricultores prósperos y conservadores que algún día constituirían una base social y política de apoyo a la Corona. La muerte de Stolypin en 1911 y el estallido de la guerra en 1914 pararon en seco las «reformas de Stolypin», dejando sin resolver el problema del campesinado. De hecho, fueran cuales fuesen los esfuerzos del Gobierno —que además fueron vacilantes y de una eficacia discutible —, la realidad subyacente fue que los años previos a 1914 no fueron pacíficos en las zonas rurales de Rusia. Los disturbios campesinos, reprimidos por la fuerza después de 1905, se reanudaron. Entre 1910 y 1914 se produjeron 17.000 amotinamientos tan solo en la Rusia europea.[7]

El Gobierno hizo aún menos esfuerzos para abordar las quejas y la creciente alienación de los obreros industriales y de las clases bajas urbanas en general. En torno a 1910 comenzó un nuevo ciclo de crecimiento industrial acelerado. Ello dio lugar a un rápido

crecimiento de la mano de obra industrial y, a partir de 1912, a tensiones en la industria. Tras la masacre de los yacimientos de oro de la cuenca del Lena, en 1912, en la que murieron aproximadamente 200 huelguistas, surgió un movimiento huelguístico y de protestas laborales mucho más agresivo. El creciente movimiento huelguístico finalmente dio lugar a una gran huelga en julio de 1914 que fue a un tiempo violenta y generalizada. Aquellas huelgas eran una mezcla de protestas económicas, sociales y políticas íntimamente entremezcladas. Hacía mucho tiempo que el apoyo tradicional del régimen a los patronos en los conflictos laborales había venido a confirmar a los obreros industriales la estrecha vinculación entre los asuntos económicos y políticos. Para entonces casi todo el mundo tenía claro que era imprescindible un cambio de régimen político, que probablemente debía incluir el derrocamiento de la monarquía, para alcanzar las metas genéricas de mejora de la situación de los trabajadores. De hecho, el movimiento huelguístico de 1912-1914 aparentemente dio lugar a una radicalización política de los obreros industriales y a que estos optaran por los sectores más radicales de los partidos revolucionarios. Es imposible saber dónde habría ido a parar el movimiento huelguístico —algunos vieron en él una revolución en ciernes—, ya que quedó repentinamente estrangulado por el estallido de la guerra en agosto de 1914.

La Primera Guerra Mundial y sus descontentos

La guerra fue crucial tanto para la llegada de la Revolución como para su desenlace. Sometió a la población a enormes tensiones e incrementó drásticamente el descontento popular. Socavó la disciplina del Ejército ruso, y con ello redujo la capacidad del Gobierno de emplear la fuerza para reprimir el creciente

descontento. La pregunta de si Rusia, en ausencia de la guerra, habría podido evitar una revolución es imposible de contestar en última instancia. Lo cierto es que, aunque era probable o inevitable que estallara una revolución, la guerra condicionó profundamente la revolución que se produjo realmente.[8]

Rusia estaba mal preparada para la guerra en el aspecto militar, en el industrial y en el político. Las primeras campañas de 1914 dejaron en evidencia las carencias de Rusia en materia de armamento, sobre todo su insuficiente número de armamento nuevo, como las ametralladoras, y su desastrosa escasez de proyectiles de artillería. La débil base industrial de Rusia, en comparación con otros combatientes, tuvo graves dificultades para superar esas carencias y para sustituir las armas perdidas y los proyectiles gastados. Además, la campaña de 1914 dejó en evidencia graves deficiencias en el personal de mando y culminó en derrotas demoledoras, aunque en el Frente Sur sí hubo éxitos contra los Ejércitos austrohúngaros.

Las batallas de principios de 1915 no hicieron más que reafirmar la conciencia de esas carencias. Un horrorizado agregado militar británico, el general Alfred Knox, observaba que, debido a la escasez de fusiles, «se enviaban hombres desarmados a las trincheras, a esperar a que sus camaradas resultaran muertos o heridos y sus armas quedaran disponibles».[9] Los bombardeos de la artillería pesada alemana, a los que los rusos no eran capaces de responder porque carecían de los cañones y de los proyectiles necesarios, enterraban a las unidades rusas incluso antes de que llegaran a ver a un solo soldado enemigo. Los ejércitos rusos sufrían derrotas aplastantes en medio de una retirada caótica. El ministro de la Guerra, el general Alexéi Polivanov, informaba al Consejo de Ministros el 16 de julio de 1915 de que «indudablemente los soldados están agotados por las incesantes derrotas y retiradas. Su

confianza en una victoria final y en sus mandos han ido mermando. Resultan evidentes otros indicios aún más amenazadores de una inminente desmoralización».[10] Al catálogo de problemas se añadía la política de tierra quemada que aplicaba el alto mando militar cuando se retiraban los ejércitos rusos, desatando oleadas de refugiados hacia el este, donde saturaban las líneas de comunicación y se convertían en una fuente permanente de problemas y de descontento en las ciudades de Rusia.

A finales de 1915 Rusia había perdido una tajada grande y rica del oeste de su imperio: toda Polonia y algunas zonas de Ucrania, Bielorrusia y la región del Báltico. Y lo que era peor, en 1915 los ejércitos rusos perdieron aproximadamente dos millones y medio de hombres, además del millón y medio que ya habían muerto en combate, que habían resultado heridos o habían sido hechos prisioneros en 1914. Aunque en 1916 el Ejército ruso estaba mejor equipado que antes, las campañas de aquel año no cosecharon ninguna victoria decisiva para Rusia, y las bajas fueron cuantiosas. A finales de 1916, Rusia había perdido aproximadamente 7.700.000 hombres, de los que aproximadamente 1.700.000 habían muerto, más de 2.000.000 habían resultado heridos y aproximadamente 4.000.000 habían sido hechos prisioneros, por no mencionar la cifra de civiles muertos, que podría ascender a medio millón.[11] Incluso el alto mando militar, que hasta entonces había dilapidado miles de vidas de forma temeraria, empezaba a darse cuenta de que Rusia se aproximaba al final de lo que antaño parecía una reserva casi inagotable de personal. Las terribles cifras de bajas echaban por tierra la moral de los soldados. El sufrimiento infligido a los soldados, a sus familias, a los refugiados y a otros sectores de la población es importante para comprender la sublevación de los soldados en 1917

y la apremiante exigencia de poner fin a la guerra que dominó la política durante la Revolución.

En un primer momento, el estallido de la guerra provocó una llamada de los políticos a la unidad en defensa del país y el fin de las actividades de los huelguistas, pero eso cambió muy pronto.*** Las derrotas y la mala gestión del Gobierno provocaron un descontento generalizado en todos los sectores de la sociedad. Particularmente importante fue la aparición de una creciente hostilidad hacia el Gobierno por parte de la sociedad culta, una hostilidad que se nutría tanto de los círculos políticos conservadores como de los progresistas. Basaban su oposición al Gobierno en su reivindicación patriótica de que la guerra se llevara adelante de una forma más eficiente, pero también en un intento de utilizar la crisis de la guerra para forzar cambios fundamentales en el sistema político (igual que había ocurrido en 1905). Esa oposición se manifestaba tanto a través de la Duma como de una gran variedad de organizaciones y sociedades donde los miembros con orientación política de la sociedad culta podían reunirse, intercambiar opiniones y trabajar a favor del cambio.

*** Durante aquella oleada patriótica inicial, el nombre de la capital, San Petersburgo, de resonancias germánicas, se cambió a Petrogrado, que siguió siendo su nombre entre 1914 y 1924, y que será el empleado a lo largo del resto de este libro.

Entre las muchas organizaciones no gubernamentales que hacían de vehículo para que la sociedad culta expresara su creciente frustración por la forma en que el Gobierno estaba gestionando el esfuerzo bélico, el Comité de Industrias de Guerra y el ZEMGOR eran particularmente importantes. El Comité Central de Industrias de Guerra (CIG) y sus filiales locales fueron creados por los industriales con el propósito de coordinar e incrementar la producción de guerra, con la aprobación del Gobierno. En julio de 1915, Alexander Guchkov, líder del Partido Octubrista, conservador moderado, fue

nombrado presidente del CIG, y Alexandr Konoválov, líder del Partido Progresista, liberal y de orientación empresarial, su vicepresidente. El ZEMGOR (Comité Unificado de la Unión de los Zemstvos y la Unión de los Municipios de toda Rusia), presidido por el príncipe G. E. Lvov, asumió la tarea de organizar la ayuda para los heridos, los enfermos y los desplazados, igual que lo habían hecho durante la Guerra Ruso-Japonesa diez años atrás. Teniendo en cuenta la gran extensión del conflicto y el elevado número de bajas, tanto el CIG como el ZEMGOR muy pronto asumieron un importante papel político. Reunieron a un amplio círculo de elementos conservadores moderados y progresistas, políticamente activos, y procedentes de la comunidad industrial y empresarial, del mundo académico, de la nobleza terrateniente, y de los gobiernos municipales y locales.

Existían muchas otras organizaciones donde los hombres preocupados por los asuntos públicos y con convicciones parecidas podían reunirse para debatir los acontecimientos. Entre los foros más importantes donde las personas cultas podían comentar los asuntos del momento estaban las muchas asociaciones de voluntarios y profesionales, como la Sociedad Económica Libre, la Asociación Médica Pirogov, la Sociedad Tecnológica Rusa, la Asociación Rusa de Ingenieros, y un revitalizado movimiento masón que incluía a numerosas figuras políticas importantes (y a un gran duque), así como los clubes sociales y las universidades e institutos politécnicos. Todos ellos ofrecían un vehículo para que los miembros de la sociedad culta se encontraran, debatieran los problemas y averiguaran la medida en que compartían los mismos valores y sus puntos de vista sobre cuestiones políticas en general.

Esas y otras organizaciones públicas, que funcionaban con el visto bueno de, y a menudo en colaboración con, las burocracias del Estado a fin de movilizar recursos para el esfuerzo bélico, crearon un «complejo paraestatal», una red de organizaciones profesionales y

públicas íntimamente relacionadas con el Estado[12] que llegaron a ser más importantes que las organizaciones de los partidos políticos, cuya importancia durante la guerra tendió a desvanecerse. Además, la participación en aquellas paraestatales fomentaba una identificación más vigorosa con el Estado ruso —pero no con el Gobierno vigente— entre las clases cultas, trascendiendo las divisiones partidistas. Aquella mayor conciencia del Estado tuvo importantes consecuencias para el proceder de ese sector social cuando se convirtió en la clase gobernante en 1917. La mera existencia y actividad de aquellos grupos paraestatales suponía una desautorización del Gobierno, y la afirmación implícita de que la sociedad culta era capaz de gestionar mejor los asuntos de Rusia. Por añadidura, constituían un potencial sustituto del Gobierno. De hecho, muchos de los participantes en aquellas organizaciones se convirtieron en miembros destacados del primer Gobierno Provisional en 1917: Lvov fue su presidente, otros dos de sus miembros habían estado en el ZEMGOR, y cuatro procedían de la dirección del CIG, entre ellos Guchkov y Konoválov.

Esos mismos estratos sociales y políticos también presionaban al Gobierno a través de la Duma. Los líderes políticos conservadores moderados y progresistas de la Duma, consternados ante las primeras derrotas militares y la mala gestión, formaron el «Bloque Progresista» durante el verano de 1915. Se trataba de una amplia coalición de todas las facciones salvo la extrema izquierda y la extrema derecha, centrada sobre todo en los partidos Octubrista, Democrático Constitucional y Progresista. El Bloque Progresista reivindicaba la adopción de una serie de medidas que a juicio de sus miembros eran esenciales para una conclusión satisfactoria de la guerra. En primer lugar estaba la creación de un gobierno que gozara de la «confianza del público» y que funcionara en colaboración con la Duma. También hacían un llamamiento a un

«cambio decisivo en los métodos de administración», reclamaban mayores derechos civiles para las nacionalidades no rusas, pedían que se atendieran las apremiantes necesidades de los trabajadores y otras reformas.[13] Algunos ministros del Gobierno apoyaban la postura del Bloque.

Durante un tiempo, en 1915, dio la impresión de que los críticos con el Gobierno iban a lograr aprovechar la guerra y sus problemas concomitantes para obligar a Nicolás II a aceptar una reforma sustancial del sistema político. Las presiones de la Duma y de los círculos industriales dieron lugar durante el verano de 1915 a la destitución de algunos de los ministros más ultraconservadores y contrarios a la Duma. Los reformadores estaban tan convencidos de su éxito que empezaron a circular especulaciones sobre los posibles miembros de un nuevo Gobierno; el 13 y el 14 de agosto, el periódico *Utro Rossii* publicó dos listas de un posible nuevo Gobierno, ambas dominadas por los octubristas, los kadetes y los progresistas de la Duma, del CIG y del ZEMGOR. La mayoría de los políticos que aparecieron en aquellas y en otras listas similares efectivamente acabaron siendo miembros del Gobierno Provisional en 1917, lo que ponía de manifiesto el consenso generalizado entre la sociedad culta sobre el perfil político básico de un futuro gobierno más deseable, y sobre las personas que debían integrarlo.

Aquellas esperanzas de reforma de 1915 muy pronto se vieron defraudadas. Nicolás vio en las reivindicaciones del Bloque Progresista una amenaza a su autoridad. En vez de nombrar el tipo de gobierno que esperaba el Bloque, el zar destituyó a los miembros del Gobierno más favorables a la Duma y, en septiembre, suspendió el periodo de sesiones del Parlamento. Esa decisión se produjo después de que, en agosto de 1915, y en contra del parecer de sus ministros, Nicolás optara por acudir al frente y asumir personalmente el mando del Ejército. A su vez, esa decisión permitió que la

emperatriz Alejandra desempeñara un papel más importante en los asuntos de gobierno en Petrogrado, y para colmo la zarina era una acérrima enemiga de cualquier tipo de concesión política. De hecho, Alejandra sentía un odio visceral por la Duma y los líderes reformistas. En una carta a Nicolás le decía a su esposo que ella «habría enviado a Siberia, discretamente, y con la conciencia tranquila a *Lvov* [...], a *Miliukov, Gúchkov y Polivánov* también a Siberia».[14]

La calidad del Gobierno fue deteriorándose rápidamente a medida que los ministros más competentes, muchos de los cuales habían apoyado la idea de colaborar con la Duma o se habían opuesto a la decisión de Nicolás de ir al frente, fueron destituidos a principios de 1916. Les sustituyó una rápida sucesión de hombres de menor valía, que a menudo eran nombrados a instancias de la emperatriz Alejandra. A su vez, ella confiaba cada vez más en los consejos de Grigori Rasputín, un «hombre santo» semianalfabeto, de origen campesino y de dudosa reputación, al que en sus cartas a Nicolás ella llamaba «nuestro Amigo». La influencia de Rasputín fue en aumento debido a que Alejandra estaba convencida de que solo él podría salvarle la vida a su hijo Alexéi, heredero al trono, aquejado de hemofilia, una enfermedad incurable. A eso se sumaba el hecho de que la emperatriz tenía la convicción, cada vez más histérica, de que únicamente Rasputín y ella podían aconsejar a Nicolás para que tomara las decisiones más acertadas. «Y, guiados por Él [Rasputín] lograremos capear estos tiempos tan difíciles. Será una dura lucha, pero tienes un Hombre de Dios [Rasputín] a tu lado escoltando tu barca para que cruces sano y salvo los arrecifes —la pequeña Sunny [Alejandra] te respalda, firme e inquebrantable como una roca».[15] Al margen de su insidiosa influencia sobre Alejandra y sobre el Gobierno, la sórdida vida personal de Rasputín, que era del dominio

público, suponía una mancha para la familia real y provocaba el distanciamiento de muchos conservadores, e incluso de muchos parientes del emperador. Y lo que era igual de importante, los rumores de que había tenido relaciones íntimas con Alejandra o con las hijas de Nicolás circulaban de forma generalizada, desacreditando al zar ante los ojos de mucha gente corriente, como por ejemplo los soldados y los oficiales de rango inferior.[16] El asesinato de Rasputín en diciembre de 1916 a manos de los ultraconservadores, entre los que había un familiar de Nicolás, no solo no sirvió para resolver los problemas políticos de Rusia, sino que además vino a agudizar el aislamiento y la debilidad crecientes de Nicolás y Alejandra.

Al tiempo que las esperanzas de aprovechar la crisis de la guerra para reformar el gobierno se estrellaban contra la intransigencia de Nicolás, los miembros del Bloque Progresista y los partidarios de las reformas maniobraban en tres direcciones. Uno de los grupos, representado por Miliukov, siguió presionando al Gobierno desde dentro de la Duma, con la esperanza de que los reveses militares y la creciente oleada de descontento popular obligaran a Nicolás a hacer concesiones, como había ocurrido en 1905. El 1 de noviembre de 1916, Miliukov, en una intervención en la Duma, arremetió duramente contra el Gobierno y exigió cambios. Afirmó que, si los alemanes quisieran sembrar alboroto y desorden, «no se les ocurriría hacer nada mejor que actuar como ha actuado el Gobierno ruso». Tras describir tanto los fracasos del Gobierno como los «sombríos rumores de deslealtad y traición» que circulaban por el país, Miliukov planteó la pregunta: «¿Qué es, estupidez o traición?».[17] El discurso, que se difundió rápidamente por todo el país, electrizó a la opinión pública. A. A. Chikolini, un capitán del Ejército, testificó en mayo de 1917 que el discurso tuvo una importante repercusión en el cuerpo

de oficiales y produjo un cambio radical.[18] Inmediatamente después, V. M. Purishkevich, uno de los líderes de la extrema derecha en la Duma, se hacía eco del sentir de Miliukov, destacando la magnitud de la hostilidad política para con el grupo de ministros del Gobierno en aquel momento, e, indirectamente, para con Alejandra. Ambos discursos reflejaban lo generalizada que era la convicción de que muchos altos funcionarios del Gobierno y de la Corte eran proalemanes, o incluso de que estaban a sueldo de Alemania.****

***** A finales de 1916, la idea de una traición proalemana generalizada al más alto nivel había impregnado todos los estratos de la sociedad como explicación de las derrotas y de la mala gestión del Gobierno. Circulaban rumores sobre «oficiales alemanes» (muchas familias nobles y muchos oficiales del Ejército tenían apellidos alemanes, que en su mayoría se remontaban a la anexión, durante el siglo XVIII, de la región del Báltico), que habían enviado deliberadamente a sus soldados rusos de origen campesino a la muerte. La emperatriz Alejandra había nacido en Alemania, y muchos funcionarios de la Corte y del Gobierno tenían apellidos alemanes, lo que dio pie a todo tipo de rumores sobre una actitud proalemana, e incluso a sospechas de alta traición, al máximo nivel. Ya en 1916, incluso muchos aristócratas se referían a Alejandra con el término «la señora alemana». Aquellas acusaciones eran falsas. La sospecha de que detrás de los problemas políticos y militares de Rusia estaba la mano de Alemania siguió afectando a la política a lo largo de 1917, hasta mucho después del derrocamiento de los Romanov, pero entonces se acusaba de ser «agentes de Alemania» a distintos grupos.

Al mismo tiempo, otras destacadas figuras políticas y militares llegaban a la conclusión de que tal vez era necesario algún tipo de revolución en palacio para limitar la autoridad de Nicolás, o incluso para deponerle —y con él a Alejandra— del trono y de la dirección de los asuntos de Rusia. Estaban convencidos de que tan solo una medida así de drástica podía mejorar la capacidad del Gobierno para llevar adelante la guerra, atajar una sublevación popular y salvar el Estado ruso. Alexander Gúchkov, que era uno de los nombres que más salían a relucir en los rumores sobre un golpe de Estado,

deseaba una revolución palaciega porque tenía miedo de que si el cambio político llegaba de la mano de una sublevación popular, «la que iba a mandar era la calle», en vez de las personalidades públicas «responsables», lo que daría lugar al desmoronamiento de la autoridad, de Rusia y del frente.[19] Efectivamente, existen pruebas de que Gúchkov encabezaba un grupo que planeaba una toma del poder por las armas para deponer a Nicolás, pero esos planes se vieron abortados por la Revolución de Febrero.[20] Otros, como por ejemplo el príncipe Lvov y algunos miembros de la familia real, mantenían discusiones parecidas.[21] Algunos de los generales más importantes estaban al tanto de esas conversaciones. En una reunión de figuras políticas en casa de Rodzianko, en enero de 1917, el general A. M. Krymov declaraba que «El sentir en el Ejército es tal que todos acogeríamos con alegría la noticia de un golpe de Estado. Tiene que llegar [...] y ustedes podrán contar con nuestro apoyo».[22] Bruce Lockhart, el cónsul británico en Petrogrado, informaba al embajador británico en diciembre de 1916 de que «Anoche cené a solas con el jefe del Estado Mayor [probablemente G. I. Gurko]. Me dijo que "el emperador no va a cambiar. Tendremos que cambiar al emperador"».[23] La Revolución de Febrero se adelantó a aquellos debates, pero estos contribuyeron a preparar a los círculos militares y políticos para la idea de la abdicación de Nicolás como una forma de resolver los problemas políticos de Rusia, lo que resultó ser de gran importancia en febrero de 1917.

La tercera estrategia de algunos líderes del Bloque Progresista y del CIG consistió en establecer contacto con los socialistas moderados y utilizar el creciente descontento popular para forzar un cambio político. Konoválov y Nikolái Nekrasov, líder del ala izquierda de los kadetes, defendían ese planteamiento. Impresionados por un lado ante la intransigencia de Nicolás y por otro ante el creciente

descontento popular, ambos políticos intentaron asociar sus propios objetivos políticos con el malestar del pueblo en una alianza entre progresistas y socialistas. Tenían la esperanza de que eso pudiera lograrse a través del Grupo de los Trabajadores del CIG. El Grupo de los Trabajadores, fundado en 1915 para recabar la colaboración de los obreros industriales con el esfuerzo bélico, tenía como líderes a varios políticos socialistas moderados y defensistas, en su mayoría mencheviques. Algunos de los miembros del Grupo de los Trabajadores, en particular el menchevique K. A. Gvodzev, parecían dispuestos a colaborar con los progresistas, aunque al mismo tiempo estaban sometidos a la presión de los trabajadores para que adoptaran unas tácticas más agresivas en relación con las huelgas de 1916 y principios de 1917. Aquella vacilante alianza de progresistas y socialistas moderados durante la guerra más tarde facilitó las negociaciones que culminaron en 1917 en la formación del Gobierno Provisional, y aún después en los gobiernos «de coalición».

Lo que precipitó el derrocamiento del Gobierno de Nicolás no fue ninguna de las anteriores estrategias, aunque cada una de ellas contribuyó al desenlace de la Revolución de Febrero, sino una revuelta popular que surgió de los graves problemas sociales y económicos que se remontaban a antes de la guerra, y que se habían visto exacerbados por el conflicto. La guerra provocó graves trastornos en la economía, dado que el Gobierno reclutó a quince millones de hombres y desvió los recursos, la producción y el transporte a las necesidades de la guerra. Esas medidas privaron a la población de los bienes manufacturados que necesitaba, y estimuló la inflación. El sistema ferroviario, que ya en 1914 padecía escasez de material rodante, se vio al borde del colapso en 1916, siendo incapaz de trasladar el volumen suficiente de productos industriales o civiles. A finales de 1916, la población sufrió escasez

de productos de «primera necesidad», mientras que la carestía de los alimentos y el racionamiento en las principales ciudades, e incluso en algunas zonas rurales, contribuía a agravar los problemas. Un agente de policía escribía que «El resentimiento se siente más en las familias grandes, donde los niños se mueren de hambre en el sentido más literal de la expresión».[24]

La escasez de alimentos y otros productos provocó disturbios en una fecha tan temprana como 1915, unos disturbios que en ocasiones asumían dimensiones políticas, cuando la multitud insultaba y tiraba piedras a la policía, que era la representación cotidiana y visible del Gobierno zarista. Las *soldatki* (esposas de los soldados) tenían un sentimiento de legitimidad especial porque sus maridos estaban en el frente, y se mostraban particularmente activas en las protestas por la falta de comida a lo largo y ancho de Rusia. En julio de 1916, las esposas amotinadas de los soldados del territorio de los cosacos del Don destrozaron y pisotearon un retrato del zar, al tiempo que saqueaban la tienda de un comerciante local. Y, lo que resultaba más peligroso para el régimen, los cosacos refrenaron a un funcionario del territorio del Don que amenazó a las esposas de los cosacos durante las protestas por la falta de comida en agosto de 1916 —afirmando que no tenía derecho a amenazar a unas mujeres cuyos maridos estaban en el frente—.[25] Aquellas actitudes por parte de los cosacos presagiaban el proceder de los soldados para con los manifestantes en febrero de 1917.***** Las mujeres predominaban en aquellos disturbios por la escasez de bienes, y posteriormente la Revolución de Febrero arrancó en buena medida a partir de una protesta de las obreras que exigían pan, mientras que la carestía de alimentos y otras perturbaciones económicas siguieron siendo una grave fuente de descontento popular a lo largo de toda la Revolución.

[*****]* Los cosacos eran una casta militar especial que recibía determinados privilegios jurídicos y económicos a cambio de obligaciones militares, sobre todo como soldados de caballería. Debido a sus privilegios, a su espíritu militar y a su tradicional desprecio por los campesinos y los habitantes de las ciudades, adquirieron fama de ser unos fiables defensores de la Corona, y a menudo eran utilizados para reprimir manifestaciones. De ahí que sus acciones en este momento y en febrero de 1917 tuvieran una especial relevancia, que la población reconoció de inmediato.

La vida en las ciudades, sobre todo en Petrogrado, se hizo todavía más difícil. Millones de refugiados procedentes de las regiones occidentales inundaban las ciudades. La oleada de inmigrantes, unida a la llegada de nuevos trabajadores para la creciente industria, y de soldados para las guarniciones, sobrecargaban el alojamiento y los servicios municipales, lo que vino a deteriorar aún más las condiciones de vida, ya de por sí desastrosas antes de la guerra, de las clases bajas. Durante el invierno de 1916–1917 la población tuvo que afrontar una grave escasez de combustible. Un informe de febrero de 1917 afirmaba que en Petrogrado la temperatura en el interior de las viviendas raramente subía por encima de entre los 9.º y los 12.º C, mientras que en algunos lugares públicos y de trabajo, la temperatura era aún más baja, entre 6.º y 8.º C aproximadamente.[26] En 1916, la policía informaba de que «empezaban a oírse quejas contra las intolerables condiciones de la existencia cotidiana [...], contra la imposibilidad de comprar siquiera muchos productos alimenticios y otros productos básicos, y el tiempo que se pierde haciendo cola para conseguir bienes, o la creciente incidencia de las enfermedades debido a la malnutrición y a las insalubres condiciones de vida».[27] Muchas trabajadoras encontraban nuevas oportunidades de trabajo debido a la escasez de mano de obra masculina, pero eran muchas más las mujeres cuyos maridos se habían incorporado al Ejército, que se veían como

único sostén de sus familias, y que tenían que afrontar la imposible necesidad de trabajar fuera y de atender a las tareas del hogar. Los informes policiales insistían en que «es muy posible que las madres, agotadas por las incontables horas que pasan haciendo cola de pie, y al haber sufrido tanto viendo a sus hijos medio muertos de hambre y enfermos, estén mucho más cerca de una revolución que» los líderes de la Duma.[28] Se notaba una gran tensión en el aire, impregnada de mucho más que un poco de desesperación. «El sentimiento de angustia», escribía un agente de policía, «se hace cada día más intenso, y se extiende a sectores cada vez más amplios del pueblo llano. Nunca habíamos observado tanto nerviosismo como el que hay ahora».[29]

La guerra y sus problemas económicos movilizaron al tiempo que radicalizaron a los obreros industriales. Las presiones de la producción en tiempos de guerra provocaron el deterioro de las condiciones de trabajo, y dieron lugar a la prolongación de la jornada laboral, y a sanciones más severas por las huelgas o las infracciones laborales, mientras que el deterioro de los servicios municipales y la escasez de productos alimenticios y de bienes de consumo afectaba a los trabajadores y al resto de la población urbana más pobre. Para colmo, seguían vigentes los motivos para los conflictos sociales, industriales y políticos que habían ocasionado la gran intensificación de las huelgas en vísperas de la guerra. Las huelgas volvieron a aumentar cuando los trabajadores lograron, a pesar de su abolición con motivo de la guerra, servirse de los sindicatos y las organizaciones clandestinas para organizar huelgas, así como de las escasas organizaciones legales de que disponían para seguir luchando en defensa de sus condiciones de vida. Las cifras de la Inspección de fábricas cuentan la historia de una forma muy gráfica. Entre enero y julio de 1914 hubo 1.327.897

trabajadores en huelga. Esa cifra disminuyó a 9.561 entre los meses de agosto y diciembre de 1914, tras el estallido de la guerra. En 1915 la cifra aumentó hasta los 539.528 huelguistas, y a 957.075 en 1916.[30] A comienzos de 1917 estalló una nueva oleada de huelgas. El 9 de enero, aniversario del Domingo Sangriento, hicieron huelga 186.000 trabajadores, la mayoría en Petrogrado. Las huelgas prosiguieron a un ritmo desbocado, muy superior al de 1916, durante los meses de enero y febrero de 1917. No solo aumentaba el número de huelgas, sino que tenían un carácter más amenazador. Por lo pronto, las autoridades clasificaban como «de naturaleza política» un porcentaje cada vez mayor de aquellas huelgas. El sentir en contra de la guerra se hizo más acusado. Las consignas y los discursos reflejaban una creciente preocupación por el hecho de que los problemas de la gente no podían remediarse sin un cambio radical. Eso significaba que tanto los trabajadores como la sociedad culta estaban de acuerdo en la necesidad de un cambio de régimen político, aunque probablemente entendían cosas distintas. Un segundo rasgo crucial de las huelgas era que se concentraban sobre todo en los mayores centros industriales, y en particular en Petrogrado. El resultado fue que la explosión de indignación política, social y económica se centró en el lugar donde podía tener el máximo efecto político.

El deterioro de las condiciones de la sociedad llamaba la atención tanto de los partidos revolucionarios como de la policía. Las huelgas de 1915–1916 dieron alas a los partidos socialistas para capitalizar el descontento popular e intentar fomentar, e incluso encabezar, cualquier revolución que se estuviera gestando. Todos los partidos socialistas incrementaron su actividad en las fábricas, y también en las instituciones de enseñanza superior, e incluso en los cuarteles del Ejército. A finales de 1916, esa actividad había ido en aumento, en Petrogrado y en otras grandes ciudades, hasta convertirse en una

presencia significativa, aunque las estructuras organizativas y el liderazgo general seguían siendo muy endebles, en caso de que los hubiera. También lograron publicar un número creciente de manifiestos, panfletos y otros medios de propaganda en contra del régimen. Algunos se repartían a mano, pero también se leían en voz alta, o servían como base para los discursos. En enero de 1917, los socialistas del Grupo de Trabajadores tuvieron una buena acogida cuando leyeron en voz alta un panfleto mecanografiado ante los obreros de las fábricas de Petrogrado, donde se echaba la culpa al Gobierno del enorme número de muertos en la guerra, de la crisis de los alimentos y de otros problemas.[31] La serie de huelgas de enero y febrero de 1917 que sirvieron como prolegómeno de la Revolución fueron una combinación de acciones no planificadas provocadas por las quejas de los trabajadores o por las circunstancias (como el conflicto laboral y el cierre patronal de la fábrica Putílov entre el 19 y el 22 de febrero) y las manifestaciones programadas con antelación por los partidos socialistas (por ejemplo, las del 9 de enero y el 14 de febrero).

Los principales líderes y teóricos de los partidos socialistas estaban en el exilio, pero un número importante de líderes de segundo orden se encontraban en Petrogrado. Dichos líderes hacían todo lo posible por organizarse y encontrar un enfoque común para la crisis que se avecinaba. A las reuniones que se celebraron en Petrogrado en noviembre de 1916 acudían tanto los defensistas como los internacionalistas de todos los partidos. Aquellas reuniones dieron lugar a una Oficina de Información Interpartidista, que debatía las perspectivas y las posibles tácticas de una revolución, sobre todo la cuestión de si colaborar o no con el Bloque Progresista y el CIG en una amplia alianza en contra del régimen. A pesar de que fueron incapaces de ponerse de acuerdo sobre tácticas específicas, siguieron reuniéndose e intentando fomentar e influenciar el

creciente movimiento huelguístico. Estaban convencidos de que una gran huelga o una manifestación importante *podrían* ser el acontecimiento que pusiera en marcha la revolución, y por consiguiente presionaban a favor de la continuación de las huelgas a finales de 1916 y principios de 1917. La naturaleza y el nivel de la actividad de los partidos socialistas en vísperas de la Revolución, la dimensión de sus contactos con los activistas de las fábricas, el papel de los obreros que eran militantes de algún partido, y en qué medida influyeron los partidos en los acontecimientos, siguen estando frustrantemente poco claros. Indudablemente, la actividad y la visibilidad de muchos de los participantes en las reuniones entre partidos —como por ejemplo los diputados de la Duma Alexander Kérensky (trudovique)****** y Nikolái Chjeidze (menchevique), los miembros del Grupo de los Trabajadores como K. A. Gvozdev, y los líderes radicales como Alexander Shliapnikov, del Partido Bolchevique, y Piotr Alexandrovich, del PSR— contribuyen a explicar el liderazgo que desempeñaron en la creación del Soviet de Petrogrado el 27 de febrero.[32] A pesar de todo, la medida en que los partidos socialistas contribuyeron a poner en marcha la Revolución, o simplemente se limitaron a capitalizar una sublevación popular, sigue siendo una incógnita.

****** Los trudoviques (laboristas) eran socialistas agrarios moderados, una rama parlamentaria del Partido Social-Revolucionario (PSR); en 1917, casi todo el mundo consideraba a Kérensky simplemente un miembro del PSR.

La guerra no hizo más que añadir un nuevo factor social a la frustración de los trabajadores y de la sociedad culta: los soldados descontentos. Tras las devastadoras bajas de 1914-1916, el enfado y la desesperación ante su peligroso destino pusieron a los soldados al borde de la sedición. En 1916 se produjeron numerosos amotinamientos a pequeña escala y negativas de los soldados a regresar a sus puestos del frente. Aumentaban las tasas de

autolesiones y de deserciones. Los soldados del frente querían salir de aquella carnicería, y los nuevos reclutas de las guarniciones de retaguardia sentían pavor a recibir la orden de movilización, mientras que los heridos convalecientes ansiaban desesperadamente que no les enviaran de vuelta al combate. A esos comprensibles miedos venían a añadirse las tensiones sociales en el seno de las Fuerzas Armadas. La clase de tropa del Ejército estaba formada sobre todo por campesinos, y el resto eran obreros y elementos de las clases bajas urbanas. El cuerpo de oficiales se nutría en su mayoría de la sociedad culta, noble y plebeya. A los campesinos y trabajadores de la tropa, los duros y degradantes términos del servicio en filas se les antojaban como una prolongación de la servidumbre, en la que estaban totalmente a merced del oficial, al que veían como una extensión del «señor», del «amo». Entre los oficiales y la tropa se abría un enorme abismo. Y, para agravar aún más las divisiones sociales, el cometido mismo de la guerra les dividía. La sociedad culta había asumido un punto de vista marcadamente nacionalista a partir de 1914. Por otra parte, las masas de campesinos y obreros en seguida perdieron el interés por las metas de la guerra, que consideraban una matanza sin sentido, una pesada carga que tenían que llevar en beneficio de terceros. Su alienación, sus miedos y sus rencores les prepararon para el papel que iban a desempeñar en la Revolución.

Y para colmo, las derrotas y la situación política politizaban a los soldados, sobre todo a las tropas de las guarniciones de retaguardia y de la capital. La expansión del Ejército implicó que muchos reclutas trajeran consigo sus convicciones políticas de su vida civil. Muchos de los nuevos oficiales de baja graduación procedentes de la sociedad culta tenían convicciones políticas progresistas o socialistas, y algunos de ellos militaban en algún partido. Análogamente, los reclutas de las clases bajas aportaron a las filas del Ejército sus

reivindicaciones sociales y sus actitudes políticas. Muchos soldados de la guarnición de Petrogrado eran de origen local, a menudo de clase trabajadora —algunos habían sido reclutados por hacer huelga — y mantenían amplios contactos con la población local. La preexistencia de aquellas filiaciones partidistas y el contacto constante con la población civil constituyeron un cauce natural de la agitación política en el Ejército, e incluso motivaron la creación de pequeñas células de los partidos socialistas. Teniendo en cuenta que en última instancia la lealtad del Ejército había hecho posible el aplastamiento de la Revolución de 1905, los socialistas eran conscientes de la importancia de la agitación revolucionaria entre los soldados. En los cuarteles se habían generalizado los debates sobre los acontecimientos —las huelgas, las críticas de la Duma al Gobierno, los muertos en la guerra y otros temas—, en los que participaban los oficiales, los suboficiales y la clase de tropa (probablemente por separado). Esos debates se intensificaron drásticamente durante los días de febrero y contribuyeron a la sublevación de los soldados del 27 de febrero.

En 1917 ya se daban las condiciones para una revolución: un Gobierno incompetente, un monarca desacreditado y obstinado, divisiones en el seno de la élite política, distanciamiento entre la clase culta y el régimen, deterioro de las condiciones económicas, recrudecimiento de las tensiones socioeconómicas de antes de la guerra y de las huelgas en el sector industrial, un hastío extremo de la guerra, soldados resentidos, la reanudación de la actividad por parte de los partidos revolucionarios, y una angustia generalizada acompañada de la sensación de que tarde o temprano tenía que ocurrir algo. Mientras tanto, Nicolás, de quien dependía cualquier intento de atajar la revolución a través de las reformas políticas, hacía caso omiso de todas las advertencias sobre el desastre que se avecinaba. Incluso en el momento en que se iniciaba la Revolución,

el 24 de febrero de 1917, Nicolás le decía a Alejandra en una carta: «Aquí [en el cuartel general del Ejército] mi cerebro descansa: no hay ministros, ni asuntos problemáticos que me exijan pensar».[33]

Capítulo 2. La Revolución de Febrero

La sublevación popular

A principios de 1917, los múltiples y generalizados descontentos populares se combinaron con una oleada de huelgas en el sector industrial y de manifestaciones populares que se intensificaron de forma repentina y acabaron arrasando con el régimen imperial. Todo empezó con una gran huelga el 9 de enero, aniversario del Domingo Sangriento. Aproximadamente 140.000 trabajadores de al menos 120 fábricas —el 40 por ciento de los obreros industriales de Petrogrado— hicieron huelga aquel día. El 14 de febrero, mientras la sociedad culta centraba sus angustias en los enfrentamientos políticos entre la Duma, que había reanudado su periodo de sesiones, y el Gobierno de Nicolás, otra importante huelga movilizó a aproximadamente 84.000 obreros y paralizó más de cincuenta y dos fábricas.[1] Las huelgas y las manifestaciones pasaron a ser acontecimientos cotidianos, y a aquella creciente agitación vinieron a sumarse las manifestaciones de estudiantes de las instituciones de enseñanza superior de Petrogrado y numerosas huelgas en otras ciudades. Entonces, el 22 de febrero, un conflicto laboral en la gigantesca fábrica Putílov, la mayor de Rusia, dio lugar a que la dirección de Putílov decretara un cierre patronal generalizado. Esa medida echó a la calle a aproximadamente 30.000 trabajadores, lo que exacerbó las tensiones en la ciudad. El 22 de febrero algunos trabajadores de Putílov intentaron manifestarse y marchar hasta el centro gubernativo de la ciudad, pero la policía les cortó el paso. Los

manifestantes entorpecieron el trabajo en las fábricas cercanas, y algunas trabajadoras de Putílov se manifestaron ante los almacenes de alimentos por la escasez de pan. Por añadidura, la huelga asumió de inmediato una naturaleza inequívocamente política cuando un grupo de trabajadores de Putílov intentó contactar con dos líderes socialistas de la Duma, Nikolái Chjeidze y Alexander Kérensky. Lograron reunirse con este último, y le advirtieron de que la huelga podía ser el comienzo de un gran movimiento político y que «podría ocurrir algo muy grave».[2]

Ese «algo muy grave» que insinuaban los obreros de Putílov se produjo al día siguiente, al otro lado de la ciudad, en el barrio de Vyborg, predominantemente industrial, y tradicionalmente inquieto. El 23 de febrero era el Día Internacional de la Mujer, una festividad socialista. La distintas facciones del socialismo ruso habían debatido sobre qué tipo de actividades había que planificar para aquel día, pero no lograron ponerse de acuerdo. A pesar de todo, algunos grupos convocaron mítines y manifestaciones, en consonancia con la estrategia general de los socialistas de aprovechar todas las festividades o aniversarios del movimiento obrero para fomentar las huelgas y las manifestaciones, pues estaban convencidos de que de una de ellas podía saltar la chispa que hiciera estallar la revolución. Teniendo en cuenta el nivel de huelgas y tensiones en febrero de 1917, difícilmente podían dejar escapar el Día de la Mujer, aunque no había una expectativa específica, ni mucho menos un plan, para que aquella jornada en concreto diera pie a la revolución. Por consiguiente, cuando aquella mañana las mujeres de varias fábricas textiles del barrio de Vyborg celebraron varias concentraciones de protesta no autorizadas, el hecho no fue un motivo ni de alarma especial para las autoridades, ni de esperanzas excepcionales para los revolucionarios. Aunque las mujeres manifestaron su descontento general, su principal queja era el abastecimiento de comida. Estaban

furiosas por el hecho de que, después de trabajar entre diez y doce horas, encima tenían que ponerse a hacer cola en los almacenes de alimentos, sin tener la mínima garantía de que pudieran comprar pan u otras provisiones. Aquel día salieron de sus fábricas y se manifestaron al grito de «¡Pan!».

Las manifestantes se dirigieron a las fábricas metalúrgicas de las inmediaciones, exigiendo que los hombres salieran a la calle y se unieran a ellas. Un trabajador de la Nueva Fábrica Lessner describía la escena:

> Se oían voces de mujeres por el callejón al que daban las ventanas de nuestro departamento, con gritos de «¡Abajo la guerra! ¡Abajo el aumento del coste de la vida! ¡Basta ya de hambre! ¡Pan para los obreros!» [...]. Multitudes de trabajadoras militantes abarrotaban el callejón. Las que advertían nuestra presencia nos hacían gestos con los brazos y nos gritaban: «¡Salid! ¡Dejad de trabajar!», y lanzaban andanadas de bolas de nieve contra las ventanas. Decidimos unirnos a la manifestación.[3]

Una manifestación que iba creciendo a ojos vistas recorría el barrio de Vyborg a medida que los trabajadores de una fábrica tras otra abandonaban el trabajo a instancias de la multitud. Las huelgas y manifestaciones se extendieron rápidamente desde Vyborg hasta la otra orilla del Bolshaya Nevká, uno de los brazos del Nevá en su desembocadura, hasta el barrio de Petrogradsky, al tiempo que se producían huelgas dispersas aquí y allá. Más de 100.000 obreros, un tercio de la mano de obra industrial de la ciudad, estaba en huelga al final de aquel día.[4] Aunque la mayoría de los huelguistas se limitaron a marcharse a casa poco después, una minoría decidida siguió adelante con la manifestación. Los más militantes intentaron cruzar el Nevá y llegar a los barrios del Gobierno y de las clases altas de la orilla izquierda, sobre todo la Avenida Nevsky, de gran importancia simbólica, y las principales plazas.******* Dos grandes

manifestaciones estuvieron a punto de llegar a la Avenida Nevsky, pero fueron disueltas por la policía. Las manifestaciones más pequeñas sí lo lograron. Había comenzado la Revolución Rusa.[5]

******** La geografía de Petrogrado afectó a la Revolución, en febrero y posteriormente. El Nevá y sus brazos dividían la ciudad en varias zonas, mientras que los canales fragmentaban ulteriormente el territorio de la ciudad. Las zonas industriales rodeaban el centro de la ciudad, sede de las instituciones del Estado y de la clase alta, cuyo símbolo era la Avenida Nevsky. Por consiguiente, las manifestaciones de los trabajadores solían asumir la forma de marchas desde los barrios periféricos hacia el centro de la capital y la Avenida Nevsky. Para llevarlas a cabo, y enlazar unas con otras, las manifestaciones de los barrios de Vyborg, Petrogradsky y Vasilievsky tenían que cruzar los ríos, mientras que otras tenían que cruzar los canales. De ahí que el control de los puentes fuera importante en las revoluciones del Febrero y de Octubre, y durante otras manifestaciones.

Las huelgas y manifestaciones del día 23 estallaron a raíz de las exigencias de «pan» por parte de las trabajadoras, pero fueron más que simples disturbios por la comida, por muy apremiante que fuera el problema del abastecimiento de alimentos. La exigencia de pan era un símbolo de las quejas generalizadas, y podía unir a un amplio espectro de la población en contra de las autoridades. Movilizó a unos trabajadores industriales ya descontentos de por sí, se granjeó el apoyo más amplio de los círculos de personas de clase baja e incluso de clase media de la población, y suscitó la solidaridad de los soldados. Por añadidura, planteó la cuestión del derrocamiento del régimen. Como informaba un agente de policía aquel día, «la idea de que una sublevación es el único medio de salir de la crisis de alimentos se está haciendo cada vez más popular entre las masas».[6] Los años de intervenciones del Estado en favor de los patronos en los conflictos laborales de la industria, así como su evidente papel en la crisis de los alimentos, en la guerra y en otros problemas que aquejaban a la gente, habían dejado grabada en su mente de forma indeleble la estrecha relación entre los asuntos económicos y

políticos. Una vez que las mujeres pusieron en marcha las manifestaciones, los trabajadores del sector metalúrgico las asumieron de buena gana, con unas consignas y unas metas más abiertamente políticas. Los trabajadores metalúrgicos tenían una larga tradición de militancia y de encauzar sus expresiones de enfado en manifestaciones y en huelgas. Los partidos revolucionarios habían logrado conservar sus organizaciones clandestinas en algunas fábricas, cuyos miembros, junto con otros activistas fabriles, dieron un paso al frente y desempeñaron un importante papel el 23 de febrero y en los días posteriores.

Particularmente destacable fue la forma de actuar de las tropas que movilizó el Gobierno para ayudar a controlar las manifestaciones del día 23, un presagio de los acontecimientos que estaban por llegar. Las tropas manifestaron su renuencia a actuar y su tendencia a intentar eludir el cumplimiento efectivo de las órdenes. El general A. P. Balk, que estaba al mando de las fuerzas policiales de la ciudad, ha dejado un memorable relato de lo que ocurrió cuando dio órdenes a los cosacos, que habían estado contemplando los acontecimientos «con indiferencia», de ayudar a la policía a dispersar a una gran multitud en la Avenida Nevsky:

> El oficial, todavía bastante joven, me miró perplejo y dio la orden con una voz desganada. Los cosacos formaron un pelotón y [...] avanzaron despacio. Yo di varios pasos junto a ellos y grité: «¡Al galope!». El oficial puso su caballo «en movimiento» y los cosacos hicieron otro tanto, pero cuanto más se aproximaban a la multitud, más lento se hacía su galope, hasta que acabaron deteniéndose por completo.[7]

Tamaña reticencia por parte de los soldados, y sobre todo de los temidos cosacos, no pasó inadvertida. A lo largo de los días siguientes, la pasividad, la renuencia a obedecer las órdenes, e incluso la cordialidad de las tropas, se hicieron aún más patentes, lo

que envalentonó a las multitudes y contribuyó a la intensificación de las presiones de los revolucionarios.

Ni los funcionarios del Gobierno ni los líderes de los partidos socialistas concedieron excesiva relevancia a las actividades de aquella jornada. En Petrogrado, las autoridades del Gobierno les restaron importancia, dando por sentado que se trataba principalmente de desórdenes por el pan que muy pronto se disiparían. Los socialistas se habían envalentonado a raíz de la gran oleada de huelgas de enero y febrero, y esperaban que aquellas huelgas se extendieran por todo el país, y que acaso acabaran por provocar una situación revolucionaria como la de 1905. Sin embargo, no esperaban que dieran lugar a un desmoronamiento del antiguo régimen tan fulminante como el que estaba a punto de producirse. La mayoría de las memorias de los intelectuales socialistas coinciden con O. A. Ermansky, un menchevique, en que interpretar los sucesos del 23 de febrero «como la obertura de unos acontecimientos de enorme trascendencia era algo que realmente ni se me pasó por la cabeza en aquel momento».[8] No obstante, fueron justamente eso, a medida que tanto los entusiasmados obreros como muchos activistas socialistas incitaban a la prolongación de la huelga, y con ello reflejaban el enfado popular y la convicción generalizada entre los socialistas de que cualquier huelga *podría* ser la chispa que hiciera estallar una revolución.

El proceso de la revolución prosiguió durante la mañana del 24 de febrero. Los obreros se congregaban a la puerta de las fábricas, pero en vez de entrar a trabajar celebraban asambleas, escuchaban a los oradores e intercambiaban información e impresiones. Su enfado, que llevaba cociéndose mucho tiempo, ya era incontenible. Las fábricas se convirtieron en centros organizativos de las actividades revolucionarias, y asumieron una función que iban a seguir desempeñando a lo largo de 1917 —enclaves que los trabajadores

podían transformar instantáneamente de lugares de trabajo en salas de reunión o en puntos de movilización—. Tanto los miembros veteranos de los partidos socialistas como los activistas-líderes de reciente aparición instaban a los trabajadores a hacer huelga, y contribuían a organizar las columnas de trabajadores cuando salían de las fábricas y se encaminaban a las manifestaciones. Uno de ellos era Piotr Tijónov, un obrero por lo demás anónimo, que, según los informes de la policía, había pronunciado el siguiente discurso en su fábrica:

> Así pues, camaradas, hoy debemos abandonar nuestros puestos de trabajo, apoyar la unión con otros camaradas e ir a conseguir el pan por nuestros propios medios. Camaradas, esta es mi opinión. Si no podemos conseguir por medios legítimos una hogaza de pan para comer, debemos hacerlo todo: tenemos que ponernos en marcha y resolver nuestros problemas por la fuerza. Únicamente así conseguiremos pan para nosotros. Camaradas, recordad esto también. ¡Abajo el Gobierno! ¡Abajo la guerra![9]

De hecho, una vez que empezaron las manifestaciones, ese tipo de activistas de las fábricas, tanto los que eran militantes de algún partido como los independientes, desempeñaron un papel cada vez más destacado. Sirviéndose de su larga experiencia huelguística, se pusieron rápidamente al frente y aportaron sus dotes de organización y de liderazgo a las manifestaciones de los días siguientes. Organizaban las columnas de trabajadores cuando salían de las fábricas, e incitaban a los obreros a manifestarse en lugar de marcharse tranquilamente a casa. Pronunciaban apasionados discursos donde formulaban las quejas de los trabajadores y exigían el derrocamiento del régimen. Aquellos activistas contribuyeron a organizar los comités de huelga, los comités de fábrica y, el 27 y 28 de febrero, las milicias obreras y otras organizaciones revolucionarias. Los activistas, sobre todo los que estaban vinculados

con los partidos políticos, también aportaban la sofisticación política necesaria para relacionar las quejas económicas con un cambio político. Aunque no aportaron un liderazgo general, ni trazaron la estrategia de la revolución, sí proporcionaron un liderazgo político y organizativo fundamental entre los días 23 y 27 de febrero, en las manifestaciones, que provocaron el hundimiento del antiguo régimen. Las principales figuras políticas dieron un paso al frente únicamente después del triunfo inicial del día 27, a última hora, para consolidarlo.[10]

La prolongación de las huelgas el día 24 fue de la máxima importancia, porque convertía las manifestaciones del 23 en una actividad más revolucionaria de una forma más deliberada, aunque muy pocos habrían siquiera imaginado que dieran lugar al desenlace de la semana siguiente. Las huelgas y manifestaciones del día 24 se extendieron a la mayoría de los barrios de clase trabajadora, con el resultado de más de 200.000 huelguistas, la cifra más alta desde el comienzo de la guerra. A mediodía, y pese a los esfuerzos de la policía por cortarles el paso, grandes grupos de manifestantes empezaron a acceder a la Avenida Nevsky —por primera vez desde la Revolución de 1905— y a otras importantes arterias del centro de Petrogrado. Estudiantes, amas de casa, y una enorme pero desorganizada multitud de jornaleros, dependientes y vecinos de todo tipo se unieron a los obreros en las manifestaciones. En los numerosos y multitudinarios mítines que tuvieron lugar aquel día, un orador tras otro vituperaban al régimen. Hubo problemas en los transportes públicos, ya que los conductores de los tranvías abandonaron sus convoyes. Se registraron episodios de saqueo en algunas tiendas.[11]

Por toda la ciudad, la policía montada y el Ejército cargaban reiteradamente contra los manifestantes, blandiendo sus látigos, los

dispersaban temporalmente, para ver cómo volvían a congregarse en otro lugar. Muchos de los soldados se mostraban confusos y reacios a actuar, y a veces incluso animaban a la multitud a «seguir empujando». Cuando los cosacos recibían órdenes de cargar contra una manifestación, a veces se limitaban a pasar en fila de a uno a través de la brecha que abrían sus oficiales. Las tropas que cortaban las calles dejaban que se colaran muchos manifestantes. La multitud exhortaba a los soldados a no disparar, a menudo en nombre de sus vínculos comunes. Muchos soldados acababan de ser reclutados entre la población de clase trabajadora de la región de Petrogrado, y se sentían muy identificados con los manifestantes. Las mujeres eran especialmente efectivas a la hora de interceder ante los soldados en nombre de sus maridos, sus padres o sus hijos que estaban en el frente, y de recordarles que también las mujeres de sus familias estaban sufriendo las privaciones de la guerra. Aquellas conversaciones socavaban la disciplina militar. La desintegración de la disciplina de los soldados, que reflejaba tanto el gran número de nuevos reclutas como el sentimiento en contra de la guerra de los veteranos y los reclutas por igual, fue uno de los aspectos más importantes de todos los fenómenos no planeados, e incluso espontáneos, de la Revolución de Febrero.

Ninguno de los principales líderes de los partidos socialistas estuvo presente en aquellos acontecimientos. Entre los distintos partidos había división de opiniones sobre cómo responder a los sucesos del 23 y el 24 de febrero. Durante la guerra habían ido surgiendo un bloque de derechas y un bloque de izquierdas, en función de los distintos enfoques sobre la guerra y de las distintas cuestiones políticas y económicas. Los socialistas de derechas (moderados) eran escépticos sobre las posibilidades de un desenlace positivo de las manifestaciones. Sus organizaciones en las fábricas se habían opuesto a las huelgas de los días 23 y 24, e incluso habían

mantenido al margen de las convocatorias a algunas de ellas. Los socialistas de izquierdas, más radicales, insistían en alentar la actividad de los huelguistas. Los miembros del Comité Interdistritos (*mezhraiontsy*, una pequeña agrupación de intelectuales socialdemócratas posicionada entre los mencheviques y los bolcheviques) publicaron un manifiesto el 23 de febrero donde hacían un llamamiento a ir a la huelga, y otro el 24 donde instaban a los trabajadores a prolongar las huelgas y a prepararse para una sublevación popular. Además, su panfleto invitaba a los soldados a unirse a la revuelta, lo que tal vez era una constatación de la vacilante disciplina militar que se había observado en las calles. Resulta difícil evaluar el papel que desempeñaron aquellas proclamas. En la medida que se difundieron, indudablemente alentaron, aunque no provocaron, las manifestaciones. Por añadidura, mientras que los partidos socialistas podían esperar que las huelgas y las manifestaciones dieran lugar a una revolución en toda regla, todavía no habían encontrado la forma de transformar esa esperanza en un liderazgo institucionalizado. Muchos miembros de la *intelligentsia* socialista se sentían al margen de los acontecimientos, y otros se lanzaron de lleno a lo que A. V. Peshejónov denominó el «matorral» de la Revolución.[12] Algunos, como el menchevique Mijaíl Skobelev, diputado de la Duma (y futuro miembro del Gobierno Provisional), instaban a la formación de un nuevo soviet.[13]

Por el contrario, el Gobierno consideraba que aquellas manifestaciones no eran más que un nuevo episodio de una larga cadena de de-sórdenes. El general S. S. Jabalov, comandante de la Región Militar de Petrogrado, insistía en que se trataba sobre todo de unos disturbios por el pan, y emitió un comunicado para tranquilizar a la población afirmando que había suficiente harina para

hacer pan. Los dirigentes adoptaron medidas intrascendentes para mejorar el control de las multitudes. El Consejo de Ministros, en su reunión del 24 de febrero por la tarde, ni siquiera comentó los disturbios.

El nivel de confrontación, y de violencia, se intensificó el 25 de febrero, sábado. Cuando los obreros se congregaron a la puerta de las fábricas, el estado de ánimo era mucho más agresivo. Muchos se habían preparado para enfrentarse a la policía, se habían puesto ropa gruesa e iban armados con cuchillos, con armas rudimentarias y con trozos de metal para lanzárselos a las autoridades. De volver al trabajo ni se hablaba. Los ánimos estaban caldeados y decididos. En su marcha hacia el centro de la ciudad, los manifestantes portaban pancartas de «Abajo el zar», «Abajo la guerra», y otras consignas revolucionarias. En el Puente de Liteiny, que cruza el Nevá, los obreros de Vyborg se toparon una vez más con la policía montada, a las órdenes del coronel de la policía M. G. Shalfeev, que en las dos jornadas anteriores había logrado repeler a los manifestantes. En aquella ocasión los obreros se lanzaron en tropel contra Shalfeev, le rodearon, le apearon del caballo y lo mataron. A partir de ese momento comenzaron los ataques contra las comisarías del barrio de Vyborg y contra policías individuales por toda la ciudad.

El 25 de febrero, un número aún mayor de estudiantes y de personas de clase media fue a engrosar las manifestaciones. Los estudiantes de la Universidad de San Petersburgo y de los distintos institutos técnicos abandonaban las clases para lanzarse a las calles, donde se mezclaban con los obreros y con la multitud en general. A menudo, en medio de la confusión de los días siguientes, algunos estudiantes aportaron su liderazgo y su inspiración como oradores, organizadores y líderes. También se notaba una mayor presencia de ciudadanos de clase media y de diversas profesiones entre la

multitud, con lo que prácticamente todo el espectro social de la capital se incorporaba al «movimiento» contra el régimen zarista. Además de las manifestaciones formadas por las columnas relativamente disciplinadas de obreros industriales, por la ciudad también pululaba una multitud variopinta de hombres, mujeres y jóvenes que escuchaban a los oradores, hostigaban a los policías y contribuían a la sensación general de agitación. Las incesantes manifestaciones callejeras tuvieron a su favor el periodo de relativo buen tiempo que comenzó el 23 de febrero y se prolongó hasta el 2 de marzo, el momento decisivo de la Revolución, para volver a empeorar a partir del 5 de marzo.

A medida que las multitudes se volvían más beligerantes, los soldados y los cosacos se mostraban cada vez más reacios a actuar. Un agente de policía informaba de que «entre las unidades del Ejército enviadas para sofocar los desórdenes se viene observando una tendencia a simpatizar con los manifestantes, y algunas unidades manifiestan una actitud protectora con [los huelguistas] [...] y han alentado a la multitud instándoles a "seguir presionando con más fuerza"».[14] Los casos de negativa rotunda a ayudar a la policía a dispersar a las masas eran cada vez más frecuentes. El suceso más espectacular se produjo en la Plaza Znamenskaya, junto a la Avenida Nevsky, donde los cosacos no solo se negaron a ayudar a la policía a dispersar una manifestación, sino que atacaron a la policía y mataron al oficial que estaba al mando.[15] Sin embargo, la mayoría de los soldados seguían obedeciendo las órdenes, aunque a regañadientes, y a veces disparaban contra la multitud. A la vez, muchos manifestantes —y algunos agentes de la policía que informaban sobre ellos— percibían un cambio en la lealtad de las tropas, y con ello la perspectiva de un triunfo de la sublevación. Todo dependía de lo que hicieran las tropas: ¿iba a ser capaz el

Gobierno de mantener el control sobre su principal medio de coerción?

Esa pregunta fue el meollo de las discusiones a última hora del día 25, cuando tanto los funcionarios del Gobierno como los distintos líderes y grupos políticos debatieron el significado de los acontecimientos y las medidas a adoptar. La persistencia de las huelgas y la evidencia de la determinación de los obreros impresionaban, e incluso sorprendían, a los intelectuales socialistas. Los observadores se daban cuenta de que se estaba produciendo una crisis política y social inusitadamente aguda, cuyo desenlace era incierto, pero que tenía un indudable potencial revolucionario. Los líderes socialistas moderados pasaron a asumir una postura más radical. Su apoyo a las manifestaciones creó un frente socialista unido a favor de mantener vivo el movimiento huelguístico, con la esperanza de que tuviera un impacto político significativo, y algunos empezaban a pensar que podía tratarse, efectivamente, del comienzo de una revolución con posibilidades de éxito. No obstante, y aun así, los socialistas seguían sin ponerse de acuerdo en su valoración de los acontecimientos y en el rumbo a seguir en el futuro. Los activistas de las fábricas y de los barrios eran más agresivos que los máximos dirigentes de los partidos. Mientras que unos ponían el acento en seguir adelante con la acción callejera y exigían armas, otros, como Alexander Shliapnikov, el líder bolchevique más destacado de la ciudad, por el contrario instaban a los obreros a centrarse en ganarse a los soldados para el movimiento, como única forma de garantizar el éxito. En aquel momento, el problema para todos los líderes de los partidos consistía en estar a la altura de la agresividad de los propios trabajadores.

Las actividades de los partidos progresistas y conservadores moderados, que asimismo se habían distanciado del régimen, se centraban en la Duma Estatal más que en las calles. Irónicamente,

cuando empezaron las manifestaciones, la Duma estaba debatiendo el problema del abastecimiento de alimentos. A la hora de evaluar las huelgas y las manifestaciones callejeras, los miembros de la Duma se mostraron muy preocupados por sus efectos en el esfuerzo bélico, y eso condicionó por un lado su pasividad inicial, y por otro su decisión final de actuar el día 27. Su primera reacción frente a las manifestaciones consistió en aprovecharlas para intensificar sus críticas al Gobierno y exigir un nuevo ejecutivo responsable ante la Duma. Alarmado ante el cariz de los acontecimientos, el presidente de la Duma, M. V. Rodzianko, le envió un telegrama a Nicolás II instándole una vez más a formar un Gobierno que gozara de la confianza del público, como llevaba pidiendo desde 1915 el Bloque Progresista. Sin embargo, Nicolás II no le concedió la mínima importancia: «Una vez más este gordinflón de Rodzianko me ha escrito una sarta de tonterías, a las que ni siguiera me voy a dignar en responder».[16] Los líderes de la Duma estaban en un dilema. Ellos querían una reforma del Gobierno, no su derrocamiento. Tan solo una minoría, el puñado de socialistas y algunos progresistas, estaba interesada en establecer contacto con los manifestantes contrarios al Gobierno. La mayoría no podía hacer otra cosa que mirar, sin poder influir en el desenlace de los acontecimientos que tenían lugar en la calle, al tiempo que presionaban al Gobierno para que decretara reformas.

No obstante, los altos funcionarios del Gobierno optaron por emplear la fuerza. Hasta ese momento, el general S. S. Jabalov, comandante militar de Petrogrado, para afrontar los disturbios, había recurrido a unas estrategias que requerían un mínimo uso de la fuerza. Da la impresión de que pretendía que las manifestaciones siguieran su curso y que poco a poco se extinguieran por agotamiento y por la sensación de inutilidad, sin correr el riesgo de un enfrentamiento a gran escala con sus vacilantes tropas. Sin

embargo, su informe al cuartel general del Ejército el día 25 donde detallaba los disturbios tuvo como respuesta un escueto telegrama de Nicolás II desde el cuartel general: «Le ordeno que ponga fin a todos esos desórdenes en la capital a fecha de mañana. Se trata de unos hechos que no se pueden consentir en estos tiempos difíciles de guerra con Alemania y Austria. Nicolás».[17] En consecuencia, las autoridades de Petrogrado decidieron adoptar medidas drásticas. Aquella noche, el Gobierno detuvo a varias docenas de activistas revolucionarios e inició los preparativos para controlar las calles al día siguiente con un enorme despliegue de tropas a fin de intimidar a los manifestantes. Jabalov emitió un comunicado prohibiendo las concentraciones callejeras y advirtiendo de que serían dispersadas por la fuerza. Había llegado el momento de poner definitivamente a prueba la disciplina de las tropas y, concretamente, su disposición a disparar contra la multitud.

El domingo 26 de febrero amaneció despejado y cristalino, en una ciudad que se había convertido en un campamento militar. La leve nevada que había caído por la noche suavizaba, pero no modificaba sustancialmente, la sensación que provocaba la visión de un gran número de soldados posicionados para controlar las calles principales del centro de la ciudad. Cuando los manifestantes llegaron al centro, en muchos casos fueron recibidos con disparos, ya que los soldados tenían la orden de abrir fuego contra la multitud. El incidente más grave se produjo en la Plaza Znamenskaya, y fue protagonizado por el destacamento de instrucción del Regimiento Volynsky (un destacamento formado por hombres escogidos para su formación como suboficiales, y al que por consiguiente se le presuponía una fiabilidad mayor que la de la mayoría de las unidades de la guarnición). Su oficial al mando, el capitán Lashkevich, intentó en un primer momento utilizar los sables y los látigos para dispersar a la multitud, y después, tras el toque de

corneta de aviso, dio la orden de disparar contra los manifestantes. Aunque algunos soldados dispararon al aire, por encima de la multitud, un número suficiente de ellos tiró a dar, matando aproximadamente a cuarenta personas e hiriendo a muchas más. Una segunda descarga mató a un número mayor.[18] Además la policía, que en algunos casos disparaba desde los tejados o las ventanas de los pisos más altos, ordenó fuego a discreción para dispersar a la multitud. Así, con el uso de la fuerza, el Gobierno logró controlar la Avenida Nevsky y algunas calles más del centro, aunque las manifestaciones prosiguieron en otros puntos. Al término del día 26 las fuerzas del orden habían matado a cientos de personas y herido a varios miles.

La cuestión, al final del día, era si los tiroteos acabarían desanimando a la multitud y provocarían el fin gradual de las manifestaciones. ¿Aquel nuevo «domingo sangriento» iba a marcar el fin de las manifestaciones o bien, como su famoso predecesor en 1905, iba a provocar su transformación en una revolución en toda regla?

El 27 de febrero: la sublevación de los soldados

Nunca se sabrá el efecto que habría tenido el empleo sostenido y decidido de la fuerza en los obreros y sus manifestaciones, debido al impacto que tuvo en las propias tropas el tiroteo del día 26. En 1917, los soldados no eran los mismos que habían reprimido la Revolución de 1905. La mayoría eran nuevos reclutas, tan solo parcialmente habituados a la disciplina militar. Muchos de ellos procedían de la región de Petrogrado. Recientemente habían estado en la misma situación que los manifestantes contra los que habían recibido la orden de disparar. Incluso los soldados más «veteranos» habían sido reclutados en tiempos de guerra, y a menudo estaban amargados

por las heridas sufridas y por las experiencias del frente. Entre el 23 y el 26 de febrero se produjeron cientos de conversaciones entre aquellos soldados y las multitudes, en las que los manifestantes les recordaban a los soldados la coincidencia de los intereses de ambos colectivos, la injusticia y las penurias en general que padecía la población (incluidas las familias de los propios soldados), y el deseo compartido de que se acabara la guerra. La experiencia de abrir fuego contra la multitud afectó gravemente a la tropa. En muchas unidades se producían acaloradas discusiones sobre los acontecimientos. De hecho, una parte del Regimiento Pavlovsky de la Guardia se había sublevado fugazmente el día 26, pero los amotinados fueron arrestados de inmediato.

La verdadera sublevación de los soldados del 27 de febrero comenzó con los suboficiales del destacamento de instrucción del Regimiento de la Guardia Volynsky. Tras infligir cuantiosas bajas a la multitud en la Plaza Znamenskaya el día 26, el destacamento regresó a su cuartel profundamente afectado. Aquella noche, en el cuartel, los soldados debatieron apasionadamente los sucesos del día. El enfado por el papel que habían desempeñado en los tiroteos venía a sumarse a sus quejas a más largo plazo, como el odio a las duras condiciones del servicio militar y su hastío de la guerra, y les ponía al borde de la sedición. Durante la noche se reunieron algunos suboficiales y decidieron negarse a obedecer cualquier orden de tomar posiciones al día siguiente o de disparar contra la multitud. A la mañana siguiente el sargento T. I. Kirpichnikov, que junto con el sargento Markov se erigió en líder de los sublevados, informó de ello a la asamblea de los miembros del destacamento de instrucción Volynsky, quienes le manifestaron su conformidad a voz en grito.

Aproximadamente a las 8 de la mañana del día 27, cuando llegaron los oficiales para iniciar las actividades del día, los soldados del Regimiento Volynsky se rebelaron y mataron de un tiro a su oficial al

mando —el mismo capitán Lashkevich que la víspera había dado la orden de disparar contra la multitud— cuando intentaba huir del edificio. Después salieron en tropel de sus barracones y acudieron corriendo a los regimientos cercanos para instar a sus soldados a que se unieran a ellos. Eso provocó el caos en dichos regimientos, ya de por sí revueltos por los acontecimientos de días anteriores. Los amotinados difundieron su mensaje por otros cuarteles, y a lo largo del día se sublevaron otras unidades, a menudo después de sufrir una «invasión», en un proceso que recordaba a lo ocurrido en las fábricas los días 23 y 24 de febrero. Aunque en realidad tan solo una minoría de soldados se unió a los rebeldes por las calles, la capacidad militar de todos los regimientos para reprimir los desórdenes quedó anulada. Aquella mañana muchos oficiales corrieron a esconderse, huyendo de sus unidades o simplemente no presentándose. El recuerdo de esa huida de los oficiales más tarde reafirmó la desconfianza de los soldados hacia los mandos, un rasgo crucial de la situación militar y política a lo largo de 1917.

La sublevación de los soldados comenzó como un suceso materialmente diferenciado de las manifestaciones de los trabajadores, pues se inició a primera hora de la mañana en el centro de la ciudad, mientras que las manifestaciones de los obreros todavía estaban congregándose en los barrios de las afueras. Después, a última hora de la mañana y durante la tarde, ambos grupos confluyeron. A media tarde, una variopinta multitud formada por soldados, obreros, estudiantes y todo tipo de personas, ahora armadas, dominaba las calles. Ante la sublevación de los soldados y el apoyo generalizado a la revolución, la autoridad del Gobierno en Petrogrado se desmoronó.

Por toda la ciudad cundió una especie de exaltación nerviosa, un entusiasmo como el que caracteriza a una gran multitud que lleva a cabo actividades emocionantes, apasionantes, pero a la vez

peligrosas o prohibidas. De hecho, en aquel momento no podía haber demasiadas garantías de que muy pronto no se produjera una represalia del régimen zarista —un temor que sentían sobre todo los soldados— y sin embargo, la conciencia de que tal vez entre todos estaban logrando el sueño largamente abrigado de una revolución, y de las libertades que iba a traer consigo, levantaba el ánimo de las masas. Había una incertidumbre adicional: la ausencia de noticias en la prensa; los periódicos dejaron de publicarse el día 25 y tan solo volvieron a salir a partir del 1 de marzo. A decir verdad, como señalaba uno de los participantes unas semanas después, «la ciudad prosperaba a base de rumores fantásticos».[19]

Una gran parte de la energía destructiva de la multitud se dirigía contra los símbolos de la autoridad zarista, como la policía, las cárceles o los emblemas imperiales. Derribar y destruir los retratos de Nicolás y los emblemas del águila bicéfala imperial era una actividad especialmente popular. Las multitudes entusiasmadas «detenían» a los funcionarios zaristas. Camiones y coches abarrotados de soldados armados y de estudiantes engalanados con cintas rojas recorrían las calles a toda velocidad. La ciudad era escenario de innumerables manifestaciones, de discursos apasionados, de escaramuzas con las escasas fuerzas policiales que quedaban, y de celebraciones improvisadas. Aquí y allá surgían de entre la multitud personas que asumían el liderazgo provisional en esta o aquella acción, como por ejemplo asaltar una comisaría de policía, y después volvían a un segundo plano.

Un curioso ejemplo de esos líderes anónimos y efímeros es un joven ataviado con una chaqueta de cuero y una gorra de estudiante —al parecer procedente de la Escuela de Minas— que aparece en las fotos dirigiendo una de las muchas bandas armadas de voluntarios que se crearon durante la Revolución; al parecer le acompañaba un amigo suyo con una cámara, y el fotógrafo no solo inmortalizó a

aquel individuo desconocido sino que hizo algunas de las mejores fotos de escenas callejeras de la Revolución de Febrero. Muchos de esos líderes callejeros, que eran activistas veteranos aunque también había caras nuevas, se convirtieron en líderes activistas en las numerosas organizaciones que surgieron a lo largo de los días y semanas siguientes; los nombres de algunos de ellos figuran en las listas de militantes y en las noticias que publicaba la prensa, pero la mayoría sigue siendo anónima para nosotros.

La tan esperada revolución había llegado rápidamente, había surgido de las huelgas y las manifestaciones populares, y aparentemente sin preparación y sin líderes, en contra de las expectativas tanto de las autoridades del Gobierno como de los partidos revolucionarios. El hecho de que la Revolución fuera una consecuencia tan directa de las acciones colectivas de los obreros industriales, y más tarde de las masas de soldados, con sus abrigos de color gris, guiados por los activistas de las fábricas y los suboficiales del Ejército, y con el apoyo de la población en general, dejó un sello permanente en el carácter de la Revolución y en su desarrollo posterior. La autoafirmación popular se convirtió en un rasgo dominante de la Revolución de 1917 en su totalidad. Cómo organizar, canalizar y, en última instancia, controlar aquella recién descubierta capacidad de autoafirmación de las masas de trabajadores, de soldados y de campesinos se convirtió en un importante dilema para todos los aspirantes a liderar el nuevo orden, aunque todavía estuviera por definir. Los esfuerzos serios por imponer el liderazgo y el control comenzaron el día 27, y con ellos la revolución política que pudiera consolidar la revolución callejera y popular. La sublevación popular había triunfado; la siguiente tarea, que consistía en consolidarla en forma de una revolución consumada, iba a corresponderle a otros.

La consolidación de la Revolución, 27 de febrero–2 de marzo

A mediodía del 27 de febrero la revolución popular de las calles había barrido de un plumazo la autoridad imperial en la capital. Nadie sabía adónde conducía aquello, y tampoco había surgido un liderazgo que estableciera una nueva autoridad política y consolidara la Revolución. La sublevación de los soldados había convertido esas cuestiones en algo apremiante, y los esfuerzos serios para establecer un liderazgo general desde arriba comenzaron el día 27 por la tarde. Además, para entonces en las calles la multitud había empezado a reclamar un liderazgo que fuera capaz de organizar sus esfuerzos y consolidar su triunfo. En un proceso que iba a tener unas enormes consecuencias para el desarrollo de la Revolución, ese esfuerzo adoptó dos cauces: por un lado el Comité Temporal de la Duma Estatal, y por otro la creación del Soviet de Petrogrado. Ambos se reunían en alas opuestas del Palacio Táuride, la Sede de la Duma Estatal, que pasaba a ser físicamente el punto focal de la Revolución.

Los miembros de la Duma habían contemplado con angustia la propagación de los desórdenes callejeros durante los días anteriores. Su situación cambió radicalmente durante la mañana del día 27 debido a dos acontecimientos: la sublevación de las tropas y la llegada de una orden de Nicolás II suspendiendo el periodo de sesiones de la Duma hasta el mes de abril, con lo que privaba al Parlamento de base legal para actuar. Aquello modificaba radicalmente las circunstancias en las que funcionaba la Duma, y su posible papel en la resolución de la crisis. Por añadidura, a juicio de los líderes de la Duma, el Palacio Táuride ya se estaba convirtiendo en un centro de atracción para casi todo el mundo: personalidades políticas de todas las filiaciones, soldados amotinados en busca de alguien que les dijera lo que tenían que hacer, incluso las

manifestaciones de los trabajadores. A última hora de la tarde miles de personas abarrotaban los salones del palacio, al tiempo que los líderes de la Duma recibían constantes peticiones para que dirigieran unas palabras a la multitud aún mayor que se encontraba a las puertas del Palacio. La revolución callejera había acudido a la Duma. No obstante, no se trataba ni mucho menos de un órgano formado por revolucionarios. La renuencia y la angustia de los diputados conservadores de la Duma, incluso los que habían contemplado la posibilidad de una revolución palaciega o cualquier otra forma de obligar a Nicolás a renunciar al poder, se resumían perfectamente en la quejumbrosa protesta de M. V. Rodzianko, presidente de la Duma: «No tengo ningún deseo de sublevarme. No soy un rebelde. No he hecho ninguna revolución ni pretendo hacerla. Si la revolución está aquí es porque no quisieron escucharnos. Pero no soy partidario de ninguna revolución».[20]

Revolucionarios o no, los líderes de la Duma se daban cuenta de que era imprescindible adoptar algún tipo de medida. Los dirigentes de los partidos de la Duma, a instancias de los elementos progresistas y de orientación más reformista, decidieron, en una reunión «privada» celebrada a eso de las 5 de la tarde, formar un «Comité Temporal de la Duma Estatal» (a partir de ahora, el Comité de la Duma) para que actuara en su nombre. Hacia la medianoche, instigado por el incesante flujo de informaciones sobre la propagación de la Revolución y por la noticia de la formación del Soviet en otra parte del Palacio, el Comité anunció que «se veía en la obligación de asumir la responsabilidad de restablecer la autoridad del Estado y el orden público» y de formar un nuevo gobierno digno de la confianza del pueblo.[21] Envió «comisarios» especiales para que asumieran el mando de los principales organismos del Estado, y de los centros de comunicación, como la central de telégrafos y los

ferrocarriles. Se hizo cargo y retuvo a los altos cargos del antiguo Gobierno, ya que la multitud los había «arrestado» y los había llevado a la Duma; de hecho, el ministro de Interior, A. D. Protopopov, acudió a la Duma en busca de protección por el procedimiento de entregarse. El Comité de la Duma puso en marcha los esfuerzos para organizar a los soldados, que en su mayoría carecían de líderes, y consolidar el control sobre las unidades que no se habían sublevado. Las medidas que adoptó el Comité de la Duma los días 27 y 28 aseguraron a todos los efectos el éxito de la Revolución. La participación de aquellos líderes respetables vino a legitimar la Revolución a ojos de la sociedad culta y, lo que era especialmente importante, ante los generales del frente, con lo que contribuyó a parar cualquier intento de acabar con la Revolución por la fuerza (véase el final de este capítulo). Aunque el Comité de la Duma se convirtió en el centro de la autoridad política durante los tres días siguientes, y pese a que muchos pensaban que había pasado a ser el nuevo gobierno, los líderes de la Duma pensaban en términos de una revolución muy limitada. En un primer momento, la mayoría de ellos esperaban poder acotar la autoridad de Nicolás o de su sucesor, y avanzar hacia algún tipo de gobierno sancionado por la Duma en el marco de una democracia constitucional.[22]

Mientras que la Duma actuaba con cautela, los líderes socialistas lo hacían con más entusiasmo, para intentar consolidar la revolución que llevaban esperando tanto tiempo. A medida que se desarrollaban las huelgas y manifestaciones, quedó patente la necesidad de una coordinación más amplia. Algunos activistas de las fábricas y líderes locales de los partidos se remitían a la experiencia de 1905, cuando del movimiento huelguístico surgió un Soviet de Delegados de los Trabajadores como una especie de combinación entre un comité de huelga y un consejo revolucionario (soviet significa simplemente asamblea), y la idea de volver a crearlo se

planteó por lo menos a partir del 25 de febrero. Sin embargo, la rápida concatenación de los acontecimientos hizo imposible su creación antes del día 27. La sublevación de las tropas ejerció una mayor presión sobre los líderes socialistas para formar un organismo revolucionario y detentar el poder político que estaba creando la revolución en las calles. Aproximadamente a las 2 de la tarde del día 27, un grupo de entre treinta y cuarenta líderes socialistas se reunieron en el Palacio Táuride para debatir la posibilidad de volver a crear el soviet. La mayoría de los asistentes eran mencheviques del ala más moderada del partido, incluidos dos diputados mencheviques de la Duma, Chjeidze y Mijaíl Skobelev. Algunos eran miembros del Grupo de Trabajadores del Comité Central de Industrias de Guerra por el partido menchevique, que habían acudido directamente desde la cárcel, ya que la sublevación callejera acababa de ponerles en libertad. Aquellos socialistas formaron un Comité Revolucionario Temporal del Soviet de Delegados de los Trabajadores, y emitieron un llamamiento a los trabajadores «y a los soldados» para que eligieran a sus delegados para una reunión del Soviet prevista para aquella noche.

A eso de las 9 de la noche, se congregaron aproximadamente 250 trabajadores, soldados e intelectuales socialistas en una sala del Palacio Táuride a fin de formar el Soviet. Los intelectuales eran mayoría, y claramente controlaban la situación. Chjeidze fue elegido presidente, un cargo que ocupó hasta septiembre. Otros dos diputados de la Duma, Skobelev y Kérensky, fueron nombrados vicepresidentes. Se eligió un Comité Ejecutivo, también formado mayoritariamente por intelectuales socialistas. El Comité estuvo reuniéndose de forma casi constante durante los frenéticos primeros días posteriores al 27, y rápidamente pasó a ejercer en la práctica el poder del Soviet. La inclusión de los soldados transformó el Soviet, que dejó de ser un organismo puramente de trabajadores, y afectó

radicalmente al reparto de poder en la ciudad. Al incluir a los soldados —el 1 de marzo el nombre cambió a Soviet de Delegados de los Trabajadores y Soldados de Petrogrado—, los líderes socialistas vinculaban a las Fuerzas Armadas de la ciudad con el Soviet. Las implicaciones para el posterior desarrollo de la Revolución fueron enormes.[23]

La noche del 27 al 28 de febrero, el Soviet se reunió en una zona del Palacio Táuride, mientras que el Comité de la Duma trabajaba en el ala opuesta. Las dos organizaciones tenían que lidiar casi con los mismos problemas, y muy pronto empezaron a colaborar por medio de comisiones o agentes especiales. Ambos afrontaron los apremiantes problemas de la seguridad pública, del mantenimiento del abastecimiento de alimentos, y de los servicios municipales, de qué hacer con los miles de soldados que había por las calles y cómo organizarlos para formar una resistencia eficaz frente al temido contraataque zarista desde el frente. Aquella colaboración improvisada de los líderes políticos de todo el espectro político suponía un reflejo de la sensación de emergencia que sentían todos ellos, y también presagiaba la estructura política que estaba por venir. Fue posible gracias a que la mayoría de los líderes del Soviet pertenecían al ala moderada de los partidos socialistas, que aceptaban colaborar con los progresistas. Empezó a surgir un liderazgo político, y así comenzó el proceso de consolidación de la Revolución. No obstante, la inseguridad que sentía todo el mundo quedó plasmada unas semanas más tarde por Yuri Steklov, uno de los primeros dirigentes del Soviet:

> Camaradas, vosotros, que no estabais aquí en Petrogrado y no experimentasteis la fiebre revolucionaria, no os podéis imaginar cómo vivíamos: rodeados por distintas unidades de soldados que no contaban ni con suboficiales [...]. Corrían rumores de que cinco regimientos avanzaban contra nosotros desde el norte, y de que el general Ivanov encabezaba un despliegue

> de treinta y seis unidades [contra nosotros]. Por las calles resonaban los disparos y nosotros solo podíamos llegar a la conclusión de que las exiguas fuerzas que rodeaban el Palacio Táuride iban a ser masacradas. Temíamos que llegaran de un minuto a otro, y que si no nos fusilaban, nos detendrían a todos.[24]

A pesar de tales miedos, el proceso de consolidación de la Revolución avanzaba rápidamente. Requería cuatro medidas principales: (1) defender la Revolución del temido ataque de las tropas leales desde el frente; (2) formar un nuevo gobierno; (3) asegurar el apoyo del resto del país y lograr el beneplácito del alto mando del Ejército, y (4) deponer a Nicolás II.

Organizarse para defenderse contra el temido ataque de Nicolás desde el frente era la primera y más apremiante preocupación. El 28 de febrero y el 1 de marzo se unieron a la Revolución todas las unidades militares de Petrogrado que no lo habían hecho la víspera. Los soldados fueron convergiendo poco a poco hacia el Palacio Táuride, a veces en unidades enteras, desfilando en orden, con sus bandas de música, encabezados por sus oficiales (aunque habría que discutir en qué medida los oficiales estaban al mando o simplemente se dejaban llevar). A pesar de todo, no existía una fuerza *organizada* para defender la capital. La mayoría de los soldados o bien formaban parte de la multitud indisciplinada de las calles o bien estaban en sus cuarteles sin ninguna jefatura efectiva.

El Comité de la Duma intentó inmediatamente asumir el control de las tropas, con unos resultados desastrosos. Una Comisión Militar presidida por el coronel B. A. Engelhardt empezó a enviar órdenes a primera hora de la mañana del día 28, en un intento por minimizar la quiebra de la disciplina, así como para organizar a los soldados de la guarnición como una fuerza capaz de defender la Revolución y mantener el orden en Petrogrado. Entre aquellas órdenes había numerosos llamamientos a restablecer el orden y la disciplina en las

unidades militares. La insistencia en conseguir que las tropas regresaran a sus cuarteles y volvieran a ponerse a las órdenes de sus oficiales y a someterse a la disciplina militar tradicional no cayó nada bien entre los soldados; en parte, su sublevación había sido contra el duro sistema disciplinario y jerárquico del antiguo Ejército, y no estaban dispuestos a aceptar el restablecimiento del antiguo orden militar. Así pues, cuando corrió el rumor de que la Comisión Militar pretendía desarmar a los soldados, estos montaron en cólera. El resultado fue la Orden n.º 1, dictada por el Soviet el 1 de marzo a instancias de los soldados. La orden preveía una reestructuración fundamental de las relaciones entre los oficiales y la clase de tropa, y la creación de comités elegidos por los soldados. Vino a consolidar el apoyo de los soldados al Soviet y marcó el principio del fin del viejo Ejército (véase el capítulo 4 para una crónica más completa de los orígenes, el contenido y la relevancia de la Orden n.º 1).

Irónicamente los intentos de la Comisión Militar de restablecer la disciplina en la guarnición, que dieron lugar a la Orden n.º 1 y en última instancia contribuyeron a la desintegración de la autoridad de la cadena de mando militar, resultaron ser innecesarios para la defensa de la Revolución. La protección militar de Petrogrado y de la Revolución dependía, aunque muy pocos lo habrían comprendido entonces, de muchos otros factores: la pura magnitud de las manifestaciones populares, y el hecho de que incluyeran a personas de todos los estratos de la sociedad; la rápida propagación de la Revolución a otras ciudades; la medida en que Nicolás y su Gobierno ya estaban desacreditados incluso entre las clases altas; las medidas que estaba adoptando el Comité de la Duma; y la preocupación por el esfuerzo bélico, que dio lugar a que los comandantes militares estuvieran dispuestos a aceptar un nuevo gobierno con apoyo de la Duma, como una opción preferible a aplastar la Revolución. Estas consideraciones llevaron a los generales a revocar la orden de

reprimir la revuelta con tropas procedentes del frente, lo que garantizó la supervivencia inicial de la Revolución. La defensa militar organizada acabó resultando innecesaria.

La segunda tarea consistía en formar un nuevo gobierno, lo que llevó a todos los líderes políticos a un territorio desconocido. Llevaba mucho tiempo hablándose de un gobierno con apoyo de la Duma, que asumiera una reforma importante, pero aun así limitada, en el marco general del viejo sistema monárquico. El papel de las masivas manifestaciones callejeras a la hora de precipitar la crisis política, y la aparición del Soviet (unido al hecho de que rápidamente hubiera logrado apoyo popular) hacía inaceptable la idea de ese cambio moderado. Al mismo tiempo, los dirigentes del Soviet se negaban a utilizar las manifestaciones callejeras para formar un gobierno revolucionario radical, como pretendían algunos líderes de la izquierda. Los miembros del Soviet eran conscientes de que carecían de la fuerza y la experiencia necesarias para formar un gobierno de ese tipo, y temían que un intento en ese sentido tan solo habría provocado una contrarrevolución, aniquilando todas las perspectivas de triunfo de la Revolución. Por consiguiente, los dirigentes del Soviet optaron por colaborar con los progresistas de la Duma para negociar la cuestión de la formación de un nuevo gobierno. El Soviet estaba representado principalmente por Chjeidze, tres socialdemócratas radicales independientes, N. D. Sokolov, Y. M. Steklov y N. N. Sujánov. Pável Miliukov, el líder del PKD, que empezaba a perfilarse como máxima autoridad reconocida del Comité de la Duma, fue su principal portavoz en las negociaciones.

Durante los tres días de negociaciones, que comenzaron el 28 de febrero y se prolongaron hasta el 2 de marzo, avanzaron a tientas hacia la creación de un nuevo «Gobierno Provisional». Como señalaba M. I. Skobelev (que era al mismo tiempo diputado de la Duma y uno de los dirigentes del Soviet), el proceso se desarrolló en

una atmósfera de gran confusión e incertidumbre: «... los acontecimientos estaban tomando un giro tan increíble que no podíamos tener una visión clara del ulterior éxito de la Revolución. Durante aquellos días no paramos, arrastrados por los acontecimientos [...]. Ni nosotros mismos éramos capaces de ver toda la magnitud de la Revolución, y tampoco sabíamos si controlábamos Petrogrado».[25] Los debates se centraron en dos cuestiones principales: la composición del gobierno y su declaración preliminar de intenciones políticas. Respecto a la composición, ambos grupos estaban de acuerdo en que debía ser un gobierno reclutado principalmente entre los círculos políticos progresistas de la Duma y las organizaciones públicas como el Comité de Industrias de Guerra y el ZEMGOR. Rodzianko y muchos otros habían presupuesto un gobierno apoyado por la Duma y responsable ante ella. Sin embargo, las exigencias populares de un cambio radical y el hecho de que la Duma fuera un Parlamento basado en unas elecciones no democráticas socavaron rápidamente aquella idea. Entre algunos políticos progresistas y socialistas empezó a cundir la sensación de que el nuevo gobierno debía estar formado por elementos políticos progresistas y apoyado por la propia Revolución. El 2 de marzo, al hablar sobre la composición del gobierno ante la multitud congregada ante el Palacio Táuride, Miliukov, al escuchar la pulla que le lanzaron desde el público cuando le preguntaron: «Y a vosotros, ¿quién os ha elegido?», contestó: «Hemos sido elegidos por la Revolución Rusa».[26] Miliukov y los negociadores del Comité de la Duma empezaron a subrayar la necesidad de crear un gobierno fuerte, independiente de todos los partidos e instituciones, y que tuviera origen en la propia Revolución. Además, al librarse de la tutela de la Duma (y de la contaminación de su base electoral antidemocrática), el nuevo gobierno supuestamente también iba a

ser independiente del Soviet de Petrogrado, a pesar del papel que este había desempeñado en su creación. Estaban convencidos de que únicamente un gobierno como aquel, investido con «plenitud de poderes», podría salvaguardar los intereses nacionales de Rusia y guiarla hasta una Asamblea Constituyente. Esa Asamblea, basada en el sufragio universal, sería la encargada de determinar el futuro gobierno y la estructura política de Rusia.

A raíz de ello, el Comité de la Duma propuso una lista de candidatos al nuevo gobierno, formada, principal pero no exclusivamente, por miembros de la Duma, con predominio de los progresistas, pero que incluía a dos socialistas, Chjeidze y Kérensky. No obstante, los miembros del Soviet ya habían tomado la decisión de no permitir que ninguno de sus miembros entrara a formar parte del nuevo gobierno. Su razonamiento se basaba en parte en una ideología de inspiración marxista sobre las etapas revolucionarias, y en que aquella era la etapa «burguesa» del desarrollo revolucionario. Por consiguiente, el gobierno tenía que ser «burgués», es decir, debía estar formado por progresistas de clase media y alta. Su negativa también obedecía en parte a la convicción de que resultaba imposible que aquel nuevo gobierno llevara adelante las políticas sociales en las que ellos, como socialistas que eran, tenían que insistir. Además, los socialistas temían que su participación impidiera que importantes elementos conservadores y adinerados apoyaran la Revolución, y ellos consideraban que ese apoyo era esencial para su supervivencia. Por consiguiente, los socialistas decidieron quedarse fuera del gobierno, como vigilantes perros guardianes revolucionarios. Aunque todavía tenían que desarrollar una clara teoría del papel del Soviet en la Revolución, no veían claro que asumiera una autoridad de gobierno (aunque una minoría de sus miembros sí abogaba por ese papel).

Alexander Kérensky puso parcialmente patas arriba aquel pulcro plan cuando irrumpió de forma teatral en la reunión del Soviet del 2 de marzo, y tras empezar con un electrizante «¡Camaradas! ¿Confiáis en mí?», imploró con un tono emotivo a los delegados que demostraran tener fe en él permitiéndole aceptar el cargo de ministro de Justicia.[27] Kérensky recibió una calurosa ovación y se marchó para incorporarse al gobierno. Y así se convirtió en el único socialista del nuevo Gobierno —en «rehén de la democracia», como él mismo se autocalificó— y se encontró en la posición estratégica de ser la única persona que pertenecía tanto al Gobierno Provisional como al Comité Ejecutivo del Soviet. Ello le dio la oportunidad de ejercer una influencia enorme, mucho mayor de la que prometía su ya extravagante personalidad. Por consiguiente, el nuevo Gobierno estaba formado por políticos progresistas y conservadores moderados, más Kérensky, que de hecho era un socialista muy moderado.

Acordar una declaración programática inicial del nuevo Gobierno resultó bastante fácil. Los negociadores del Soviet presentaron una lista de reivindicaciones mínimas que eran, en su mayoría, garantías de libertades civiles y el compromiso de convocar una Asamblea Constituyente. Aquellas exigencias eran perfectamente aceptables para los dirigentes de la Duma, encajaban bien con sus propios puntos de vista, y formaron la base del primer comunicado del nuevo Gobierno Provisional. A cambio, el Soviet prometía apoyar al nuevo Gobierno «en la medida en que» aplicara unas políticas que fueran aprobadas por el Soviet. La naturaleza condicional de ese apoyo, y la desconfianza instintiva de los socialistas hacia sus homólogos no socialistas que había detrás, fue una manifestación temprana de los problemas para la colaboración que iban a asediar a los elementos democráticos en 1917.

El 2 de marzo, a última hora, los negociadores llegaron a un acuerdo sobre el nuevo Gobierno y anunciaron su formación, su composición y su programa. Los miembros del nuevo Gobierno procedían sobre todo del grupo de diputados progresistas y moderados de la Duma, pero también se nutría de políticos ajenos al Parlamento, como su jefe, el príncipe G. E. Lvov, ministro-presidente. El nombre de Lvov, un noble progresista muy conocido por su trabajo en las organizaciones públicas y benéficas, y como presidente de la Unión de *Zemstvos*, se barajaba desde hacía tiempo como posible jefe de un gobierno reformado. El nombramiento de Lvov y la exclusión de Rodzianko, el presidente de la Duma, venían a destacar el distanciamiento del nuevo Gobierno de la vieja Duma. El principal partido liberal, el PKD, era el partido más importante del nuevo Gobierno Provisional, y había grandes esperanzas de que el líder de los kadetes, Pável Miliukov, fuera a todos los efectos la figura que guiara al nuevo Gobierno. Muy pronto los acontecimientos iban a demostrar lo contrario, pero por ahora lo importante era que habían formado un nuevo Gobierno, creado por las dos instituciones políticas más importantes del país, y que en general se trataba de un Gobierno aceptable tanto para el pueblo llano como para los líderes del Ejército.[28] Un factor relevante para el futuro es que se formó gracias a un compromiso del centro más moderado —progresistas y socialistas— en contra de los deseos de los extremos, los ultraconservadores y los socialistas radicales; ello venía a presagiar las coaliciones políticas que dominaron la vida política durante la mayor parte de 1917. Además, ponía al nuevo Gobierno en una posición precaria, como en seguida quedó de manifiesto, y dependiente del apoyo del Soviet.

El 2 de marzo, cuando se formó el Gobierno Provisional, ya resultaba evidente que los dos problemas restantes e inmediatos iban a resolverse favorablemente: la aceptación de la Revolución a lo

largo y ancho de toda Rusia y el beneplácito del alto mando del Ejército y la abdicación de Nicolás II. Ambos se resolvieron de forma casi simultánea.

La Revolución se propagó desde Petrogrado a las principales ciudades del país a través del telégrafo. El 1 de marzo, los comisarios del Comité de la Duma asumieron el control de la Oficina de Telégrafos de Petrogrado y enviaron una crónica de los acontecimientos de Petrogrado a los periódicos de las ciudades de provincias. Aquel telegrama, fechado el 1 de marzo, fue la primera noticia de la Revolución que se recibía en la mayoría de las ciudades, aunque algunas se enteraron antes, el 28 de febrero, y otras bastante después, el 2 o el 3 de marzo. Al principio muchas autoridades locales intentaron retener aquella información, incluso, como ocurrió en Járkov, por el procedimiento de cerrar el periódico que publicó por primera vez la noticia de la Revolución de Petrogrado. No obstante, ese tipo de medidas resultaron inútiles, y lo más habitual fue que al cabo de unas horas de la divulgación de la noticia comenzara el proceso de revolución local. Surgió una pauta generalizada a medida que la Revolución de Febrero fue extendiéndose por el país, de una forma mucho más rápida y uniforme de lo que más tarde ocurriría con la Revolución de Octubre.

En la mayoría de los casos aquel proceso revolucionario comenzó el 1 de marzo y concluyó entre el 2 y el 3 de marzo, e incluía al menos tres tipos de actividad revolucionaria. En primer lugar, se formaba algún tipo de Comité Público inmediatamente después de la recepción de la noticia desde Petrogrado.******** Habitualmente incluía a representantes de los partidos políticos y de distintas «organizaciones públicas» —organizaciones profesionales y de clase media, organizaciones legales de trabajadores, como las mutualidades de salud y otras—, y a veces a miembros de los antiguos ayuntamientos (la Duma municipal, elegida por sufragio

limitado). Normalmente el presidente era algún miembro del PKD, de forma muy parecida a lo que ocurrió con el Gobierno Provisional de Petrogrado. A continuación los Comités Públicos adoptaban medidas para relevar a los antiguos funcionarios imperiales como representantes locales de la autoridad del Estado. En segundo lugar, más o menos al mismo tiempo, o un poco después, los socialistas locales decidían formar un soviet local de delegados de los trabajadores (y a veces de los soldados), que apoyaba las tareas del Comité Público, y habitualmente participaba en ellas. A menudo formaban un soviet en una zona del edificio del Ayuntamiento local, mientras que el Comité Público se reunía en otra parte del edificio, en una curiosa réplica de la escena del Palacio Táuride. En tercer lugar, grandes multitudes de manifestantes se lanzaban rápidamente a las calles en apoyo de la Revolución que llegaba de Petrogrado. La guarnición local (donde la había) o bien guardaba silencio o se unía a las manifestaciones y apoyaba al nuevo gobierno revolucionario local. Las tres actuaciones solían producirse en el plazo de las primeras veinticuatro o cuarenta y ocho horas después de recibir la noticia de los sucesos de la capital. Eran los equivalentes locales de las multitudes callejeras, del Comité de la Duma, del Soviet y del Gobierno Provisional de Petrogrado, aunque a nivel local habitualmente las manifestaciones tenían lugar tras la constitución de una nueva autoridad local, al contrario de lo ocurrido en Petrogrado.

******** Tenían nombres muy diversos: Comité Ejecutivo Público, Comité de Organizaciones Públicas, Comité de Seguridad Pública, Comité Ejecutivo Provisional, y otros. Aquí emplearé para todos ellos el término «Comité Público», que plasma su intención y su espíritu básicos.

La Revolución se extendió rápida y fácilmente a las ciudades de provincias, y después a las zonas rurales. En general, las revoluciones locales triunfaron con tanta facilidad, y había tamaña sensación de que se trataba de un acto general de toda la población

contra un puñado de viejos funcionarios impotentes, que en muchas ciudades estuvieron rodeadas de un aire festivo. En la mayoría de los lugares, la Revolución se impuso con escasa o nula violencia, pero hubo excepciones, como fue el caso de Tver, donde vino acompañada de violencia generalizada contra los funcionarios y los oficiales del Ejército.[29] En algunas bases de la Armada también se asistió a episodios violentos. La rápida propagación contribuyó a consolidar la Revolución, al reducir al mínimo las posibilidades de que el «país» apoyara al antiguo régimen en contra de la capital. También allanó el camino para que surgiera una vigorosa vida política local que a veces remedaba a la capital, pero que a menudo abordaba sus propios asuntos. Desde las grandes ciudades de provincias, la Revolución fue extendiéndose a las ciudades más pequeñas y a los pueblos a lo largo de los días y las semanas siguientes.[30]

La última tarea necesaria para ratificar el éxito de la Revolución consistía en obtener el beneplácito del alto mando del Ejército y la abdicación de Nicolás II.[31] A lo largo de la Revolución de Febrero, las autoridades imperiales de Petrogrado estuvieron enviándole constantemente informes falsamente optimistas a Nicolás y al alto mando del Ejército en Mogilev (cuartel general del frente). Tan solo admitieron finalmente la verdadera gravedad de los acontecimientos el 27 de febrero, y solicitaron el envío de tropas desde el frente. Por la noche del 27 de febrero, el general N. I. Ivanov, por orden de Nicolás, inició los preparativos para encabezar al día siguiente una expedición militar a Petrogrado a fin de aplastar la sublevación. Sin embargo, los jefes militares mantenían buenas relaciones con los elementos reformistas moderados de la Duma, sobre todo con los conservadores, como Rodzianko y Guchkov. Los mandatarios del Ejército y de la Duma compartían su interés por restablecer el orden

en Petrogrado lo más rápidamente posible, y con las mínimas perturbaciones para el esfuerzo bélico. Ambos grupos estaban dispuestos a aceptar importantes reestructuraciones políticas, como por ejemplo un gobierno con el apoyo de los dirigentes de la Duma, para lograrlo. De hecho, antes de la Revolución ya habían debatido la posibilidad de limitar el poder de Nicolás, o incluso de deponerle del trono en aras del esfuerzo bélico. Por consiguiente, una vez que Rodzianko y los líderes de la Duma lograron convencer al general M. V. Alekseev, jefe de Estado Mayor, y a otros generales de que los nuevos dirigentes políticos habían consolidado su control de la capital y que estaban creando un gobierno «responsable», la represión militar de la sublevación de Petrogrado resultaba innecesaria. Por añadidura, la noticia del inicio de la revolución en Moscú y en otros lugares reafirmó a los militares en sus deseos de una solución política, al acrecentar las dudas sobre la viabilidad de una solución puramente militar. Por consiguiente, revocaron la orden de Nicolás y suspendieron cualquier intento de aplastar la Revolución por la fuerza.

Nicolás, que había abandonado el cuartel general del Ejército para marcharse a la residencia de Tsarkoye Seló con su familia, estuvo relativamente aislado durante las cruciales jornadas del 28 de febrero y el 1 de marzo, ya que su tren fue desviado de un sitio a otro por los responsables de los nudos ferroviarios. El 2 de marzo, por la mañana, el zar se encontraba varado en Pskov. Allí, los más altos oficiales de su séquito, a raíz de las noticias procedentes de Petrogrado y de otras ciudades, y convencidos de que la Duma había asumido el control, le plantearon la exigencia de que autorizara un gobierno de la Duma. Tras una larga discusión, Nicolás se dio por vencido ante los argumentos de sus generales. No obstante, nada más hacerlo llegaron nuevas noticias de Rodzianko y de Petrogrado: ahora las calles exigían la abdicación de Nicolás. El alto mando del

Ejército aceptó de inmediato esa exigencia como el precio que había que pagar para que el país y las Fuerzas Armadas siguieran siendo capaces de defender el frente de guerra, y le enviaron telegramas a Nicolás manifestándose en ese sentido. Aquella tarde, después de leerlos, Nicolás anunció su intención de abdicar en favor de su joven hijo Alexéi. Pero en el último momento Nicolás decidió abdicar en favor de su hermano Mijaíl, en vez de en su hijo, pues era incapaz de soportar la idea de separarse de Alexéi, un muchacho aquejado de una enfermedad incurable, y de la carga que iba a caer sobre sus hombros.

No obstante, para entonces ya había cundido entre los líderes políticos de Petrogrado un fuerte sentimiento que reclamaba la abolición de la propia monarquía. Era un reflejo de lo rápidamente que avanzaba la Revolución —y sobre todo las reivindicaciones populares—. El gran duque Mijaíl se reunió con los líderes de la Duma y del Gobierno Provisional la mañana del 3 de marzo, y tras la negativa de los políticos a garantizarle que podían proteger su vida en caso de que aceptara la corona, declinó acceder al trono. La dinastía de los Romanov, que se inició cuando el primer Miguel, un muchacho asustado de dieciséis años, aceptó la corona tres siglos atrás, tocaba a su fin cuando un segundo Miguel, también muy asustado, la rechazaba.

Capítulo 3. El realineamiento político y el nuevo sistema político

Un realineamiento político fundamental acompañó la formación del Gobierno Provisional y la aparición del Soviet de Petrogrado, un realineamiento que transformó los partidos políticos de 1917 en bloques de partidos que dominaron la política de 1917. Aquel complejo realineamiento tuvo tres aspectos, cuya comprensión es fundamental para entender la política de la Revolución Rusa. En primer lugar, la Revolución modificó por completo el espectro político. Barrió de un plumazo la vieja derecha de la política rusa que representaban los partidos políticos monárquicos y verdaderamente conservadores. Los partidos progresistas, que hasta entonces formaban parte de la izquierda, se convirtieron en los «nuevos conservadores» de la era revolucionaria, y pasaron a formar la mayor parte de la derecha del nuevo sistema político. En segundo lugar, al mismo tiempo, tanto la nueva izquierda (los socialistas) y la nueva derecha (los no socialistas, en su mayoría progresistas) se escindieron en facciones, con sectores centristas y más extremos. En tercer lugar, surgió una amplia coalición de centro, formada por el «centro-izquierda» de los socialistas más moderados y el «centro derecha» de los partidos no socialistas. La colaboración de esos dos grupos centristas, el centro-izquierda y el centro-derecha, dio lugar a la amplia coalición política que dominó la política rusa desde febrero hasta septiembre-octubre. El resultado global de aquel realineamiento fue un nuevo sistema político y gubernamental, que podríamos denominar el «Sistema de Febrero», muy distinto de lo

que cualquiera habría previsto. Dicho realineamiento y sus consiguientes bloques políticos siguieron condicionando la política a lo largo de 1917, incluido el ascenso al poder político de un bloque de la izquierda radical en otoño de aquel año. Por añadidura, en las principales capitales de provincia se produjo un realineamiento político similar, por lo que se convirtió en un fenómeno nacional.

El Gobierno Provisional

El Gobierno Provisional formado el 2 de marzo parecía representar el triunfo de la Rusia progresista y reformista sobre la Rusia autocrática, un triunfo que afianzaba al país en el camino a la democracia parlamentaria y de las reformas sociales moderadas. Desde luego, así era como el Gobierno se veía a sí mismo. Su jefe, el ministro-presidente, era el príncipe Georgi Lvov, un aristócrata progresista. El núcleo del Gobierno procedía del PKD, el principal partido progresista, presidido por Pável N. Miliukov, nuevo ministro de Asuntos Exteriores. La mayoría de sus miembros representaban a la élite reformista profesional y empresarial del país. Como el propio nombre del Gobierno venía a sugerir, se consideraba a sí mismo un régimen de transición, cuya principal obligación era mantener unido al país, proseguir con la guerra, y mantener el orden y los servicios públicos hasta que pudiera traspasar el poder a un Gobierno creado por una Asamblea Constituyente. El Gobierno Provisional, influido por la forma de pensar de los kadetes, destacaba la distinción entre el Estado y el Gobierno. El primero era permanente y tenía unos amplios intereses a largo plazo. El segundo podía ir y venir, y defendía el programa específico de un partido. El Gobierno Provisional, a juicio de los kadetes, al ser temporal, tan solo podía utilizar legítimamente el poder del Estado en interés del mismo, y de una forma que trascendiera los programas y los intereses de los

partidos: defender el país, revitalizar la economía, mediar en los conflictos sociales especialmente apremiantes y convocar la Asamblea Constituyente. Como ha señalado William Rosenberg: «Su tarea básica consistía en fomentar la democracia política, no en resolver la cuestión de la futura economía política de Rusia, ni de su orden social, ni siquiera de sus formas políticas específicas».[1]

Un factor crucial del Gobierno Provisional y del Sistema de Febrero fue la suposición implícita de que únicamente un gobierno creado por la propia Asamblea Constituyente, elegida a su vez por sufragio universal, igual, secreto y directo, era verdaderamente legítimo y tenía el derecho moral a decidir sobre las cuestiones políticas y sociales básicas. De hecho, el ideal de una Rusia reconstituida a través de una Asamblea Constituyente, que pasó a ser una parte integrante de la mentalidad de la *intelligentsia* durante el siglo XIX y principios del siglo XX, parecía haber logrado un triunfo rotundo en marzo de 1917. Sin embargo, eso tuvo un efecto paradójico, pues al mismo tiempo legitimaba y deslegitimaba al Gobierno Provisional. Por un lado, la Asamblea Constituyente fue el principal ideal democrático que aportó una frágil unidad al país en 1917. Los cuatro gobiernos provisionales —el de marzo, el de mayo, el de julio y el de septiembre— hacían de su convocatoria una parte esencial de sus programas, y tanto el general Lavr Kornílov, en la derecha, como Vladímir Lenin, en la izquierda, justificaron sus intentos de tomar el poder (infructuosamente el primero, en agosto, y con éxito el segundo, en octubre) como un paso imprescindible para garantizar la convocatoria de la Asamblea Constituyente. Incluso el Gobierno bolchevique formado tras la Revolución de Octubre declaró en un primer momento que sus decretos estarían en vigor hasta la formación de la Asamblea, y lo mismo hicieron algunos soviets de provincias a partir de octubre.

Pero por otra parte, la idea de la autoridad total de la Asamblea Constituyente socavaba e inmovilizaba al Gobierno Provisional. Que el Gobierno no predeterminara las cuestiones más importantes era un artículo de fe para todos los grupos políticos. Se convirtió a la vez en causa y en justificación de la inacción, así como en argumento para criticar al Gobierno cuando efectivamente intentaba actuar (o incluso cuando amenazaba con hacerlo). El problema del Gobierno se veía agravado por el hecho de que durante 1917 surgieron por lo menos dos visiones enfrentadas de la Asamblea Constituyente, en líneas generales conforme a las ideas de las distintas clases sociales. Para las capas altas y medias, la misión de la Asamblea consistía en crear un Estado regido por las leyes, al tiempo que resolvía los problemas que aquejaban al país en un marco constitucional, pacífico y reformista; pero para las capas más bajas, la Asamblea Constituyente resultaba atractiva como medio de llevar a cabo y legitimar una revolución socioeconómica radical y de cumplir las aspiraciones de dichas clases. Y para colmo, muchos portavoces de las nacionalidades veían la Asamblea como el medio para ratificar sus derechos a la autonomía. Las aspiraciones de los distintos grupos determinaban lo que cada uno de ellos esperaba de la Asamblea Constituyente, y por consiguiente la percepción de su importancia. Para complicar aún más los problemas, la organización de unas elecciones resultó más difícil de lo previsto inicialmente, y tan solo pudieron celebrarse en noviembre, cuando el Gobierno Provisional ya había sido derrocado.

Además, la sensación de temporalidad del Gobierno Provisional también contribuyó a que no lograra crear una administración fuerte. Lvov, que en su doble papel de ministro-presidente y de ministro de Interior, tenía la responsabilidad crucial del aparato administrativo básico del Estado (incluida la policía), no presionó con suficiente energía para crear una estructura administrativa fuerte. V. D.

Nabokov decía lo siguiente sobre Lvov y su administración: «Había una extraña fe en que de alguna forma todo iba a arreglarse por sí solo y a empezar a funcionar de una forma correcta y organizada».[2] Kérensky, que fue nombrado ministro-presidente en julio, tampoco se dio mucha cuenta de la importancia de la estructura del Gobierno y de la administración. Esa despreocupación por las estructuras administrativas era típica de la *intelligentsia* rusa, pero tal vez también reflejaba la sensación de que aquel Gobierno tan solo era temporal, y por consiguiente aquella actividad de construcción de una administración tampoco era terriblemente apremiante. Al mismo tiempo, probablemente obedecía, por lo menos en parte, a la convicción de Lvov de que había que fortalecer el autogobierno local y reducir en cierta medida la autoridad política sumamente centralizada del antiguo gobierno de Rusia, una convicción que arrastraba de su larga relación con los *zemstvos*.

Los problemas para gobernar del Gobierno Provisional se veían acentuados por el hecho de que aunque se hizo cargo de unas burocracias centrales razonablemente intactas, tenía muy pocos medios para hacer cumplir sus decisiones más allá de las exhortaciones verbales. Tanto en Petrogrado como en las provincias, las antiguas fuerzas policiales habían desaparecido, y habían sido sustituidas por un sistema de «milicias» débil y descentralizado que estaba bajo el control —a menudo nominal— de las autoridades municipales. No se podía confiar demasiado en los soldados de las guarniciones como fuerza con la que hacer cumplir los decretos del Gobierno. Así pues, cuando el Gobierno Provisional decretaba unos cambios que cumplían las aspiraciones de importantes sectores de la población, como legalizar los sindicatos, o la explotación por los campesinos de las tierras sin cultivar, esas leyes se cumplían. Sin embargo, cuando actuaba de una forma que contradecía las ambiciones o los intereses de cualquier grupo importante, este hacía

caso omiso de las leyes del Gobierno. En las provincias, los comisarios nombrados por el Gobierno Provisional para dirigir los órganos de gobierno local ejercían menos poder real que los reconstituidos gobiernos municipales (Comités Públicos), que el soviet local o, en algunos lugares, que las organizaciones de índole nacionalista.

Y tal vez lo más grave de todo era que los soviets y otras instituciones nuevas desafiaban la autoridad del Gobierno Provisional. El poder del Soviet de Petrogrado, que iba constantemente en aumento gracias al apoyo de los trabajadores y soldados de la capital, era la mayor amenaza. Muy pronto los comentaristas políticos empezaron a hablar de la *dvoevlastie*, la «autoridad dual». El Comité de la Duma se desvaneció rápidamente como una institución relevante tras la formación del Gobierno Provisional, pero el Soviet de Petrogrado no solo se mantuvo, sino que fue haciéndose cada vez más fuerte, hasta convertirse en una autoridad política alternativa. Algunos participantes se dieron cuenta en seguida de la verdadera relación de poder entre las dos instituciones: el 13 de marzo, Alexander Guchkov, ministro de la Guerra, dijo en una reunión con los comandantes del Ejército que «No tenemos autoridad, sino solo la apariencia de autoridad; el poder de verdad está en manos del Soviet».[3] Muchos miembros del Soviet que desconfiaban de las intenciones del Gobierno reclamaron rápidamente un papel dominante para el Soviet. El 10 de marzo, durante un debate sobre las relaciones entre el Gobierno y el Soviet, un delegado llamado Romanov afirmó que: «El Gobierno Provisional debería ser el secretario del Soviet [...] y nada más». Otro delegado, Manerov, argumentaba que el Gobierno debía obedecer a los deseos del Soviet «incondicionalmente».[4] En efecto, los acontecimientos muy pronto iban a demostrar que, ante un conflicto con el Soviet de

Petrogrado, el Gobierno Provisional estaba indefenso. El Gobierno tenía una autoridad formal, pero un poder limitado, mientras que el Soviet tenía el poder real pero no tenía ninguna responsabilidad formal en las tareas de gobierno. En otras partes del país fueron desarrollándose situaciones parecidas, ya que los soviets locales acabaron ejerciendo una autoridad mayor que los funcionarios locales del Estado. Por añadidura, empezaron a surgir miles de organizaciones nuevas —partidos políticos, sindicatos y asociaciones profesionales, organizaciones de carácter nacionalista, asociaciones comunitarias, clubes educativos y culturales, y otras— después de la Revolución de Febrero, reivindicando su derecho a participar en los asuntos públicos de una forma que hasta entonces no había sido posible. Dichas asociaciones socavaron, en vez de potenciar, la autoridad del Gobierno, a nivel central y a nivel local.

Una vez que quedó en evidencia la debilidad del Gobierno Provisional, se desató la exigencia de una reestructuración fundamental del Gobierno para que los líderes del Soviet asumieran una cuota mayor de las responsabilidades de gobierno. Ello dio lugar a una serie de gobiernos «de coalición», de gobiernos formados por ministros socialistas y no socialistas, lo que se convirtió en una parte crucial de la ideología política del Sistema de Febrero. Incorporar a los miembros del Soviet al Gobierno Provisional en un Gobierno «de coalición» en mayo no modificó ni la realidad fundamental de la debilidad del ejecutivo respecto al Soviet, ni la existencia de dos instituciones principales de autoridad política. Como tampoco refrenó las transferencias de autoridad política a las provincias y a las organizaciones no gubernamentales. En realidad, tan solo resultó ser la primera remodelación de la composición del Gobierno, en lo que acabaría convirtiéndose en un clima de inestabilidad política casi permanente, donde se asistió a la formación de entre seis y ocho gobiernos (dependiendo de cómo se contabilicen) entre marzo y

diciembre de 1917. Así pues, el término «Gobierno Provisional» oculta que en realidad se trató de varios gobierno sucesivos, y que en 1917 los rusos vivieron en un mundo de crisis y vuelcos constantes en el ejecutivo. Para colmo, uno de los rasgos más importantes de la situación en 1917, y que a menudo se soslaya, es que ninguno de aquellos gobiernos tenía la autoridad legitimadora de ser un órgano elegido, sino que más bien eran el resultado de acuerdos entre pequeños grupos de líderes políticos en Petrogrado.

El realineamiento político de la derecha

El Gobierno Provisional fue el resultado y el escenario principal de un importante realineamiento político en la derecha del nuevo espectro político. Aunque en un principio el nuevo Gobierno parecía ser el triunfo de la Rusia progresista, la Revolución de Febrero provocó un corrimiento tan espectacular del espectro político hacia la izquierda que el nuevo Gobierno «progresista» se transformó inmediatamente en un Gobierno relativamente conservador. La Revolución de Febrero arrasó de una forma tan completa los partidos y movimientos políticos conservadores tradicionales que estos desaparecieron temporalmente del escenario como actores relevantes. Los progresistas de ayer, representados sobre todo por el Partido Democrático Constitucional, pasaron a ser los conservadores de hoy, no solo por el lugar que ocupaban, a la derecha del espectro político recién truncado, sino incluso por sus posturas políticas. Para ellos el primer objetivo de la Revolución —el derrocamiento de la autocracia— se había logrado. A partir de ahí, la tarea consistía en consolidar sus logros políticos, a saber un Gobierno parlamentario democrático, y garantizar los derechos civiles, y al tiempo en contener el ímpetu revolucionario de las masas. Otras metas, como una serie de reformas sociales y económicas fundamentales,

tendrían que esperar al final de la guerra. Los progresistas se convirtieron en verdaderos conservadores moderados, y constituían el sector no socialista —o, en la jerga de 1917, el sector «burgués»— del Gobierno y de los alineamientos políticos de 1917. No obstante, siempre fueron una clara minoría en las distintas elecciones populares de 1917, y cosechaban sus votos principalmente entre las pequeñas clases de oficinistas, de empleados, de profesionales y de trabajadores del sector del comercio en Rusia.

Aunque existían diferencias entre ellos, en general había varias convicciones que caracterizaban a aquellos antiguos progresistas / nuevos conservadores:

1. Su actitud era marcadamente nacionalista, y estaban comprometidos con la continuación de la guerra y la colaboración con los Aliados, aunque el sector más centrista acabó aceptando la política del Soviet, partidario de una paz negociada, aunque obligado por las circunstancias y con reservas.

2. Entendían la Revolución sobre todo como una revolución política, no social, cuyo principal objetivo era asegurar una sistema político y un gobierno democráticos y parlamentarios. Para ellos, el problema consistía en consolidar los logros políticos de febrero, no en seguir avanzando con nuevas reformas y cambios de gran calado en un futuro inmediato.

3. Admitían la necesidad de una serie de importantes reformas sociales y económicas, como por ejemplo algún tipo de reparto de las tierras, pero consideraban que había que esperar al final de la guerra para abordar ese asunto. También creían que aquellas reformas debían llevarse a cabo en el marco de la propiedad privada y de la iniciativa individual; rechazaban el socialismo.

4. No estaban de acuerdo con el énfasis de los socialistas en una política basada en las clases sociales, y asumían una postura que pretendía estar «por encima de las clases», y por el contrario destacaban las necesidades de Rusia como Estado, aunque en realidad, en lo referente a los intereses de Rusia, representaban el punto de vista de la pequeña clase media profesional y empresarial.

5. Una vez que quedó claro el poder del Soviet, los progresistas estaban divididos respecto a la forma de colaborar con el Soviet, al tiempo que insistían en la autoridad del Gobierno. Algunos, como Miliukov, el líder del PKD, nunca se resignaron a aceptar el Soviet y su papel, mientras que otros, como Konoválov, del Partido Progresista, y Nekrasov, del ala izquierda del PKD, defendían la colaboración con los socialistas y los soviets, y muy pronto se comprometieron con los gobiernos y las políticas «de coalición».

6. Temían que estallara una guerra civil, y esa era una de las razones por las que aceptaron a regañadientes una coalición, pero consideraban que las políticas sociales imprudentes y la retórica de la lucha de clases de los socialistas —en la que se prodigaban incluso los socialistas moderados— podían ser su causa más probable.

7. El «restablecimiento del orden», al margen de lo que significara específicamente, se convirtió en una consigna cada vez más atractiva para ellos, a medida que pasaban los meses y se sentían cada vez más alarmados ante la crisis económica y veían con más temor la anarquía popular. El ascenso de la izquierda radical, sobre todo de los bolcheviques, les preocupaba, y muchos se habrían mostrado conformes con el uso de medidas represivas contra los radicales en caso de que se lo hubieran permitido sus aliados socialistas moderados. A principios del verano, la posibilidad de un

Gobierno más enérgico, e incluso de un poco de contrarrevolución, ya era una opción atractiva para muchos de ellos.

8. Aunque estaban comprometidos con los plenos derechos civiles de las distintas minorías étnicas, y con el pleno respeto a sus costumbres, se oponían al separatismo e insistían en la integridad territorial del Estado ruso.

Los antiguos progresistas, o nuevos conservadores, con los kadetes como núcleo central, en general compartían estos valores, e inicialmente dominaron el Gobierno Provisional. Sin embargo, era un hecho engañoso, ya que había dos cuestiones, la guerra y las relaciones con el Soviet, que ahondaron las divisiones entre los progresistas, hasta que se escindieron en un sector más moderado y otro más centrista. La mayoría de los kadetes, representados por Miliukov, adoptaron un punto de vista cada vez más nacionalista, y subrayaban la importancia de los intereses «del Estado» por encima de los de clase, nacionalidad u otros intereses sectoriales, y estaban firmemente decididos a seguir adelante con la guerra. Ahora veían la guerra como un conflicto entre las democracias y las monarquías autocráticas, donde Rusia había abandonado el segundo grupo para integrarse en el primero. Miliukov y muchos otros argumentaban que la Revolución había llegado en gran parte por culpa de la incapacidad del antiguo régimen de llevar adelante la guerra de una forma satisfactoria. Esa idea les llevó a cometer un error desastroso: dictaminar que la primera tarea del nuevo Gobierno consistía en seguir adelante con la guerra de una forma más eficaz, hasta una victoria total. Además, Miliukov se resistía a compartir la autoridad con el Soviet, al que consideraba una organización de clase, que se estaba inmiscuyendo indebidamente en la autoridad del Gobierno. Un elemento implícito en el hecho de que los kadetes hicieran hincapié en los «intereses del Estado» era también la aceptación

tácita del *statu quo* social y económico mientras el Gobierno estuviera esforzándose por alcanzar los objetivos de la nación. Muy pronto Miliukov y sus partidarios se convirtieron en el ala derecha de los nuevos conservadores.[5]

En contraposición con Miliukov, pronto surgió un punto de vista más centrista entre algunos kadetes y otros políticos no socialistas, que hacían hincapié en la colaboración con los socialistas más moderados del Soviet, así como en su disposición a considerar una salida de la guerra que no fuera la victoria total. Aquel grupo incluía a varios líderes políticos con un punto de vista progresista en general, pero también un tanto populista y romántico, para quienes las etiquetas partidistas eran menos importantes que un conjunto de actitudes compartidas, aunque imprecisas. Los principales miembros de dicho grupo en el seno del Gobierno eran el príncipe Lvov, Nekrasov, Konoválov y M. I. Tereshchenko, un joven político progresista independiente procedente del Comité de Industrias de Guerra. En el marco del realineamiento político en curso, aquel grupo constituía un bloque de centro-derecha, definido en unos términos generales, que muy pronto acabó imponiéndose en el Gobierno. Aquellos hombres reflejaban un punto de vista que había surgido entre los círculos políticos progresistas justo antes de la guerra y durante la contienda, que destacaba la importancia de establecer vínculos con los socialistas más moderados, y a través de ellos con las masas de obreros y campesinos en general. Estaban convencidos de que era algo esencial para lograr el clásico objetivo progresista de un gobierno basado en una democracia parlamentaria y en los derechos civiles. Ese conjunto de actitudes fue una de las razones de la oferta a Chjeidze y a Kérensky para que entraran a formar parte del Gobierno, y de la aparición dentro del ejecutivo de un grupo deseoso de colaborar con el Soviet. Todo ello contribuyó a

allanar el camino para los posteriores gobiernos «de coalición» entre socialistas y no socialistas, el meollo del Sistema de Febrero.

El príncipe Lvov fue el punto focal inicial y el símbolo de aquel grupo dentro del Gobierno (y del progresismo ruso). Lvov era un aristócrata progresista que se había dedicado a proyectos humanitarios y a la ampliación del autogobierno local. Su relevancia fue en aumento durante la guerra, en parte debido a su disposición a presionar a Nico-lás II para que llevara a cabo reformas (infructuosamente, como todos los demás).[6] Durante mucho tiempo se le había considerado uno de los posibles miembros de un gobierno reformado, más democrático, aunque no era un líder de la Duma ni actuaba desde un partido político. Además, Lvov tenía una fe romántica, casi mística, en los campesinos y en el pueblo llano de Rusia. En 1917, esa fe se combinaba con un vago internacionalismo y en una visión quijotesca del gran papel que el pueblo ruso —y la Revolución— iban a desempeñar en la historia mundial. Esa combinación quedó bien plasmada en un discurso que pronunció el 27 de abril:

> La gran Revolución Rusa es verdaderamente milagrosa por su majestuoso y callado avance bajo el rojo resplandor de la Guerra Mundial [...]. Lo milagroso no radica en lo increíble del cambio en sí, un cambio como de cuento de hadas, ni en las colosales transformaciones que han tenido lugar [...] sino en la esencia misma del espíritu que guía la Revolución. La libertad conquistada por la Revolución Rusa está impregnada de elementos de una naturaleza mundial, universal [...]. El alma de la democracia rusa ha resultado ser, por su misma naturaleza, el alma de la democracia mundial. Está dispuesta no solo a fusionarse con la democracia mundial sino también a asumir una posición de liderazgo y de guía de la democracia mundial en el camino del desarrollo humano allanado por los principios de libertad, igualdad y fraternidad.[7]

Se trataba de unas expresiones que encajaban perfectamente con la visión internacionalista de los socialistas, que también destacaban la importancia de la Revolución Rusa a escala mundial (aunque para unos fines diferentes), y ponían de relieve las bases intelectuales de una colaboración entre el grupo de Lvov en el seno del Gobierno y los dirigentes del Soviet. Si los grupos de Miliukov y de Lvov-Nekrasov eran los «nuevos conservadores», los defensores del régimen político creado por la Revolución de Febrero, ¿qué había sido de los partidos y grupos conservadores tradicionales? Aunque inicialmente fueron barridos del escenario político, con el paso del tiempo y la agudización de los conflictos sociales y políticos fueron resurgiendo a mediados del verano. En 1917, con una base popular muy reducida, los conservadores nunca fueron capaces de ejercer demasiada influencia a través de las elecciones que se celebraron, principalmente para elegir los gobiernos municipales y la Asamblea Constituyente, pero su fuerza era mucho mayor que su base electoral. Esa fuerza radicaba en parte en su experiencia política, en su cultura y en su riqueza. También derivaba de la posibilidad de una toma del poder contrarrevolucionaria, encabezada por los militares, y apoyada por lo que quedaba de la antigua derecha política y por los miembros decepcionados de las clases altas y medias. Otra fuente más fundamental de su poder de influencia era el dominio psicológico que ejercían sobre la izquierda política. En 1917, los socialistas tenían un concepto exagerado de la fuerza de «la burguesía», y de la derecha, y un miedo obsesivo a una contrarrevolución. Para la izquierda, era un artículo de fe que la burguesía *debía de ser* fuerte y *debía de estar* activamente en contra de la Revolución. Esa convicción influyó profundamente en la forma de actuar de la izquierda, con lo que concedían a la derecha una influencia sobre sus actuaciones totalmente desproporcionada con su fuerza real. De hecho, en 1917 la derecha era políticamente muy

débil, a pesar del «Asunto Kornílov» del mes de agosto (véase el capítulo 7), y la vieja derecha conservadora no volvió a ser una fuerza política relevante hasta que la guerra civil llegó a ser una realidad.

El Soviet de Petrogrado

El Soviet de Delegados de los Trabajadores y los Soldados de Petrogrado se erigió rápidamente como el poder político hegemónico en la capital —y probablemente el más influyente del país en su conjunto— al tiempo que los soviets locales se convertían en la fuerza dominante en las ciudades y pueblos del país.******** Sin embargo, un ejercicio eficaz de ese poder requería que el Soviet desarrollara un liderazgo claro y unas políticas bien definidas. Ese proceso les llevó aproximadamente tres semanas, y para ello fue necesario el regreso del exilio de la primera oleada de los líderes más importantes de los partidos. Más en general, el proceso dio lugar a un importante realineamiento de los partidos de la izquierda del nuevo espectro político, lo que, junto con el realineamiento que se produjo en la derecha, vino a completar el reajuste político provocado por la Revolución de Febrero.

********* La palabra «Soviet», sola y con mayúscula, se refiere al Soviet de Petrogrado, y los términos como «dirigentes del Soviet» se refieren a los líderes del Soviet de Petrogrado y a los líderes del Soviet de Toda Rusia creado más tarde por el Congreso de los Soviets. Cuando no aparece con mayúscula, «soviet» o «soviets» se refieren al fenómeno de los soviets o a los soviets (y sus dirigentes) en general. La palabra «soviet» (*sovet*) simplemente significaba «asamblea», y su uso estaba generalizado para designar muchas otras instituciones políticas y de otra índole en Rusia. Sin embargo, muy pronto adquirió una clara connotación política para designar esta institución política en particular, y por consiguiente ha pasado a tener un uso histórico general para designar a esas «asambleas» en particular, los soviets políticos de las revoluciones de 1905 y 1917, así como de la Unión Soviética de las décadas posteriores.

En un primer momento la actividad, la organización y el liderazgo del Soviet de Petrogrado fueron erráticos y a menudo caóticos. A medida que iban llegando en tropel nuevos delegados de las fábricas y del Ejército, el Soviet fue creciendo hasta alcanzar los casi 3.000 miembros a finales de marzo. Sus reuniones asumieron el ambiente de un mitin multitudinario. Debido a su tamaño, el Soviet fue desde el principio sobre todo una caja de resonancia para las políticas que ya se habían decidido en el Comité Ejecutivo (que, a su vez, se hizo demasiado grande, y más tarde vio cómo sus decisiones se tomaban en un comité más pequeño, y posteriormente en reuniones informales de su grupo dirigente). Durante los primeros días de la Revolución, el Comité Ejecutivo se reunía casi a cualquier hora del día o de la noche, con los que estuvieran presentes, para decidir sobre cualquier cuestión que surgiera. Por añadidura, las decisiones se tomaban en nombre del Soviet por los miembros individuales del Comité como respuesta a situaciones específicas. Dado que los líderes eran un grupo variopinto de socialistas, que iban desde los muy moderados a los muy radicales, y con opiniones muy distintas sobre los temas específicos, resultaba difícil establecer una línea política clara del Soviet. Los acontecimientos se amontonaban ante los líderes del Soviet en una sucesión vertiginosa, y ellos respondían lo mejor que podían, a menudo con tan solo una idea imprecisa de qué relación tenían sus decisiones con los objetivos a largo plazo, o incluso de cuáles podrían ser dichos objetivos.

La imprecisión inicial también era en parte una consecuencia de la incertidumbre sobre el cometido del Soviet y sobre qué tipo de poder debía ejercer. La institución de los soviets se originó en 1905 a partir de un movimiento huelguístico en el marco de una situación revolucionaria, y tuvo una vida breve como instrumento para defender los intereses de los trabajadores. Su recuerdo siguió vivo, sobre todo entre los propios activistas obreros industriales, pero no

se había integrado en las ideologías de los distintos partidos revolucionarios como una institución que pudiera desempeñar un papel en una futura revolución o en la creación de una nueva sociedad a raíz de aquella. Después, en febrero de 1917, surgió tan deprisa, y en tal medida en función de las circunstancias de la Revolución, donde un movimiento huelguístico volvió a desempeñar un papel crucial, que no existía un concepto bien formulado de su cometido político más allá de la consolidación inmediata de la Revolución. Así pues, ¿cuál debía ser el papel del Soviet como «poder», como «autoridad» o acaso incluso como gobierno?

En seguida surgieron dos puntos de vista muy diferentes. Algunos lo veían como un gobierno revolucionario en potencia. El 27 de febrero por la tarde, algunos socialistas repartieron octavillas reivindicando un Soviet que creara un «Gobierno Revolucionario Provisional». Aquel llamamiento no tuvo éxito en febrero, pero la idea del Soviet como un gobierno revolucionario no desapareció. Siguió siendo una idea de una enorme fuerza que iba a reavivarse, una vez pasado el periodo inicial de optimismo y de cooperación social, en el eslogan, enormemente atractivo, de «Todo el poder a los soviets» o, más sencillamente, de un «poder soviético».

A principios de 1917 predominaba una visión más limitada del papel del Soviet de Petrogrado y de los soviets en general. Ese punto de vista contemplaba a los soviets como un instrumento para organizar y movilizar a los trabajadores (y a los soldados y los campesinos), en preparación de una futura revolución. Esa visión era un reflejo de la preponderancia de los intelectuales marxistas, sobre todo mencheviques, entre el grupo de dirigentes del Soviet. Dichos marxistas veían ese momento como la «etapa burguesa» de la revolución, con el consiguiente gobierno progresista de clase media. Durante ese periodo los soviets debían vigilar estrechamente al Gobierno, estar en guardia ante las traiciones que los marxistas

daban por seguro que iba a cometer «la burguesía» en contra de la Revolución, cumplir la función de reflejar y defender los intereses de la «democracia revolucionaria» (las clases inferiores), y preparar a los trabajadores para una futura revolución socialista. Al tiempo que hacía todas esas cosas, el Soviet tenía que apoyar al Gobierno dentro de unos límites. Esa era la visión restrictiva que el propio Soviet de Petrogrado tenía de su función, análoga a la visión limitada del Gobierno Provisional sobre el papel que le correspondía.

Resultaba difícil sostener una visión tan estrecha del papel del Soviet. La propia supremacía del Soviet en términos del puro poder en Petrogrado, que obedecía a su capacidad de pedir el apoyo de los soldados y de las masas de trabajadores, lo hacía imposible. Por añadidura, el papel del Soviet cambió irremisiblemente tras la vuelta del exilio de los líderes de los principales partidos. La mayoría de ellos ingresaron directamente en el Soviet a su regreso, y muchos también pasaron a formar parte del Comité Ejecutivo. Aquellos hombres esperaban poder desempeñar un papel crucial en los asuntos y en la dirección de Rusia, y así fue. Muy pronto empezaron a redefinir las políticas del Soviet, y de paso culminaron el realineamiento de la política de los socialistas, que había comenzado con la guerra, y de la política rusa que surgió a raíz de la Revolución. Dado que en 1917 la lealtad política popular estaba más vinculada a los soviets de Petrogrado y de otras ciudades que a los partidos políticos socialistas individuales, la lucha por el control de los soviets resultó crucial para decidir quién iba a guiar a Rusia hacia su futuro.

El realineamiento de la izquierda: los socialistas moderados

El realineamiento en la derecha entre los no socialistas vino acompañado de un realineamiento análogo en la izquierda entre los partidos socialistas. Debido al desplazamiento de los progresistas

desde el centro-izquierda hasta el centro-derecha del espectro político a raíz de la Revolución de Febrero, la izquierda se componía íntegramente de partidos socialistas. Los propios partidos socialistas estaban en permanente cambio, después de haberse dividido, en primer lugar, por los debates surgidos a propósito de cómo responder a la guerra en 1914, y después, en 1917, por las nuevas cuestiones derivadas de la Revolución. Como señalaba en mayo V. Bazarov, un antiguo bolchevique que se había pasado al ala izquierda del Partido Socialdemócrata Independiente: «"bolchevique", "menchevique", "social-revolucionario"», en una medida considerable se trata de reliquias históricas; las diferencias programáticas que realmente existen entre los socialistas rusos no encajan en esas divisiones heredadas del pasado».[8] De hecho, la *intelligentsia* socialista compartía un cuerpo general de ideas y de retórica que trascendía las líneas divisorias entre partidos y hacía posible los movimientos entre partidos y la formación de bloques multipartidistas. A consecuencia de aquellas ideas compartidas y de las cuestiones de los tiempos de guerra que dividían a los socialistas, después de la Revolución de Febrero fue cobrando forma rápidamente un nuevo alineamiento político entre ellos.

Dos líderes políticos recién llegados del exilio, con unos programas de acción revolucionaria radicalmente diferentes, impulsaron el realineamiento de la izquierda y de las políticas del Soviet: Irakli Tsereteli y Vladímir Lenin. Tsereteli era un menchevique georgiano que había desempeñado un papel destacado en la Segunda Duma y había sido desterrado a Siberia tras su disolución. Morgan Phillips Price le describía en junio, cuando habló ante el Congreso de los Soviets de Toda Rusia, como «un hombre enjuto y delgado, de tez oscura y con la mirada profunda y bondadosa de los naturales del Cáucaso [georgiano], cuyo aspecto revelaba las marcas del

sufrimiento físico padecido».[9] Tsereteli regresó del destierro siberiano el 20 de marzo y se puso a la cabeza de un grupo que forjó un bloque de «socialistas moderados», mencheviques y social-revolucionarios, bajo el estandarte de «defensismo revolucionario». Ese bloque dominó el Soviet de Petrogrado hasta el mes de septiembre y la mayoría de los soviets provinciales hasta esa misma fecha o más tarde. Vladímir Lenin, fundador y máximo líder del Partido Bolchevique, regresó dos semanas después que Tsereteli y delimitó claramente su postura en la extrema izquierda. En aquel mismo Congreso de los Soviets, Price le describía como «un hombre de baja estatura, con la cabeza redonda, ojos pequeños y porcinos y el cabello muy corto. Las palabras salían de su boca como un torrente, desbordando a todo el mundo con su avalancha de oratoria. Uno se quedaba embelesado ante su dominio del lenguaje y la pasión de sus denuncias».[10] Lenin organizó la oposición de la izquierda radical al Gobierno Provisional, al liderazgo del Soviet por el grupo de Tsereteli y al Sistema de Febrero.

Un elemento fundamental en el realineamiento de la izquierda, y a decir verdad en el de todo el espectro político, fue la aparición del bloque de los socialistas moderados. Estaba formado en su mayoría por mencheviques y eseristas, pero también incluía partidos socialistas menores. Empezó a cobrar forma a principios de marzo, pero tan solo asumió una identidad clara con el regreso de Irakli Tsereteli y la formulación de la política del «defensismo revolucionario». Tsereteli y sus colaboradores siberianos fueron el primer grupo importante de líderes políticos desterrados que regresaron a la capital. Llegaron a Petrogrado el 20 de marzo, donde fueron recibidos por bandas de música, multitudes y discursos de bienvenida (una pauta que se generalizó durante los meses siguientes de la Revolución). Tsereteli rápidamente se erigió en uno

de los líderes más importantes durante la Revolución y en una figura determinante en el realineamiento político en curso. En Siberia, Tsereteli y un grupo de socialistas —eseristas, mencheviques y bolcheviques— se habían juntado para debatir las políticas socialistas y la guerra, y formaron una alianza interpartidista que constituyó el núcleo de los futuros dirigentes defensistas revolucionarios del Soviet. A su regreso a Petrogrado, el grupo de Tsereteli unió inmediatamente sus fuerzas a las de algunos de los líderes ya presentes en el Soviet de Petrogrado, sobre todo Chjeidze y Skobelev, y consolidó su liderazgo en el Soviet, para lo que tuvo que desplazar a los líderes iniciales, como Sujánov y Steklov, un tanto más radicales. Uno de los líderes originales del Soviet, Vladímir Stankevich, posteriormente afirmaba que la historia del Soviet podía dividirse en dos periodos: antes y después de la vuelta de Tsereteli. El primer periodo se caracterizó por la desorganización, la falta de una política coherente y porque cada miembro del Comité Ejecutivo obraba conforme a sus propias ideas, mientras que en el segundo periodo se vio un funcionamiento ordenado, unas políticas claras y coherentes, y un liderazgo bien definido.[11]

La cuestión que decidió el nuevo liderazgo fue la guerra. Tsereteli llegó a Petrogrado en medio de un importante debate entre los dirigentes del Soviet sobre la guerra y sobre una política de paz. Se sumió de inmediato en el debate y expuso lo que pasó a ser la postura oficial del Soviet respecto a la guerra. Tsereteli afrontó el deseo generalizado de que se pusiera fin a la guerra planteando la idea —que había desarrollado durante su destierro siberiano— de unificar el fragmentado movimiento socialista internacional a fin presionar a los gobiernos de los países beligerantes para que pusieran fin a la contienda. Al mismo tiempo, se dirigió a los soldados, que seguían siendo patriotas, destacando la necesidad de defender el país «y la Revolución» de la destrucción a manos de la

Alemania imperial. Por añadidura, argumentaba, el nuevo Gobierno ruso, presionado y apoyado por el Soviet, debía tomar la iniciativa en el intento de encontrar una paz negociada general basada en el principio de una «paz sin anexiones ni indemnizaciones, y la autodeterminación de los pueblos». Esa combinación de los esfuerzos por la paz y por la defensa muy pronto pasó a denominarse defensismo revolucionario. Era un programa audaz, drástico, perfectamente adecuado para el momento. Catapultó a Tsereteli y su grupo al liderazgo del Soviet, al que proporcionó una política coherente respecto a la cuestión más apremiante del momento, lo que resultó crucial para definir el realineamiento político de 1917.[12]

En torno a Tsereteli se aglutinó un grupo de líderes con talento, que reflejaba los nuevos alineamientos políticos y que se mantenía unido por sus puntos de vista comunes sobre los asuntos principales, más que por su filiación partidista. De los dirigentes originales del Soviet de Petrogrado, Chjeidze y Skobelev (que seguían siendo presidente y vicepresidente, respectivamente) eran los dos más importantes entre el nuevo grupo de líderes. Ambos eran, al igual que Tsereteli, diputados mencheviques de la Duma procedentes de la región del Cáucaso. Varios miembros importantes provenían del grupo de desterrados a Siberia, entre ellos Fiódor Dan (menchevique), Abram Gots (SR) y Vladímir Voitinsky (antiguo bolchevique). Dan desempeñaba un papel importante a la hora de mantener unidos a los mencheviques detrás de las políticas defensistas revolucionarias, mientras que Gots lo desempeñaba con los social-revolucionarios. Otros líderes importantes eran A. V. Peshejonov, líder del Partido Socialista Popular (socialistas agrarios moderados), N. D. Avksentiev, un social-revolucionario que poco después fue elegido presidente del Soviet de Delegados de los Campesinos de Toda Rusia, y Mark Liber, del «Bund» (Unión de

Trabajadores Judíos). Una de las características destacadas de aquel grupo de líderes defensistas revolucionarios era que casi todos ellos habían permanecido en Rusia durante los años de la guerra, ya fuera desterrados en Siberia o llevando una vida legal (por el contrario, la mayoría de los líderes de los grupos más radicales habían pasado largos periodos, incluidos los años de la guerra, en el extranjero). Aquel nuevo grupo de dirigentes del Soviet se reunía cada mañana a la vuelta de la esquina del Palacio Táuride, en el apartamento de Skobelev (donde vivía Tsereteli), para hablar de los distintos asuntos, tomar decisiones e idear cómo ponerlas en práctica a través del Soviet u otras instituciones. Allí, en debates informales en un apartamento particular, se tomaban las decisiones básicas sobre las políticas y los asuntos del Soviet y, por consiguiente, también en gran medida sobre los del Gobierno Provisional. Era el núcleo del defensismo revolucionario y del bloque menchevique-eserista, los «socialistas moderados» que dominaron los asuntos políticos durante seis meses decisivos en 1917.

Las posturas que definían el nuevo alineamiento socialista moderado eran: (1) una paz general negociada para poner fin a la guerra; (2) una defensa activa del país hasta que pudiera lograrse lo anterior; (3) colaboración con el Gobierno Provisional y, a partir de mayo, compromiso con una política «de coalición», es decir, con un gobierno basado en un bloque centrista de partidos y grupos socialistas y no socialistas que aglutinara a «todas las fuerzas vitales del país»; (4) el socialismo y una amplia gama de reformas sociales, entre ellas el reparto de tierras entre los campesinos y reformas industriales, pero al mismo tiempo la disposición a posponer las reformas más polémicas hasta la formación de la Asamblea Constituyente, o bien hasta después de la guerra; (5) la fe en la democracia electoral, donde todas las personas tuvieran el mismo derecho de voto y donde las votaciones fueran vinculantes. También

se caracterizaban porque (6) preferían solucionar sus desavenencias políticas con los progresistas a través de la negociación, y por su renuencia a recurrir a la política de masas, como las manifestaciones callejeras, debido a que temían una guerra civil en caso de que los elementos socialistas presionaran demasiado pronto a favor de unas reformas socioeconómicas radicales; (7) un temor permanente a una contrarrevolución, lo que dificultaba la posibilidad de tomar medidas enérgicas para restablecer el orden público o la disciplina militar por miedo a que los «contrarrevolucionarios» se aprovecharan de ello; (8) su convicción de que no podía haber «enemigos a la izquierda», de que por inquietantes y perturbadoras que resultaran las actividades de otros socialistas como los bolcheviques, tan solo la derecha podía suponer una amenaza contra la revolución democrática; y (9) la convicción generalizada, especialmente acusada entre los mencheviques, de que aquella era la etapa «burguesa» de la Revolución y que, por consiguiente, toda su actividad debía tener lugar en el marco de ese contexto —la etapa socialista vendría más tarde—. Aquellas políticas y valores genéricos definían el nuevo bloque socialista moderado, el centro-izquierda del nuevo alineamiento político.

Por añadidura, en casi todas las demás ciudades de Rusia fue surgiendo un bloque socialista moderado con una orientación similar, formado por los mencheviques y los social-revolucionarios, a finales de marzo o principios de abril, que iba a dominar los soviets y las políticas locales. Existían diferencias menores entre ellos, y cada uno surgió de forma independiente, pero predominaba una pauta general, que reflejaba las tendencias políticas del país. El defensismo revolucionario ofrecía una plataforma que podían adoptar los soviets locales, y les ofrecía una postura sobre las principales cuestiones de la guerra y las relaciones con el Gobierno, tanto a nivel local como nacional. A finales de la primavera, aquellos bloques controlaban la

mayoría de los soviets y, tras las elecciones celebradas durante el verano, la mayoría de los gobiernos municipales. Con aquel apoyo local, el bloque menchevique-eserista dominó el primer Congreso de los Soviets de Toda Rusia que se reunió en junio y el Comité Central Ejecutivo (CCE) elegido por él, con lo que se forjó una alianza política a nivel nacional.

En abril, mayo y junio de 1917, Tsereteli y los defensistas revolucionarios estaban en el apogeo de su poder. A través del Soviet de Petrogrado y del CCE, su influencia se difundía a lo largo y ancho del Estado ruso. Debido a esta en los gobiernos de coalición que se formaron entre mayo y septiembre, podría argumentarse que se convirtieron en la fuerza dominante también a la hora de decidir las políticas del Gobierno. En muchos sentidos, el éxito o el fracaso de la Revolución de Febrero dependía de ellos y de su mayor o menor éxito a la hora de manejar el timón de Rusia a través de los difíciles meses que estaban por venir y de consolidar un gobierno democrático estable que tuviera esperanzas razonables de satisfacer las aspiraciones populares.

El realineamiento de la izquierda: la izquierda radical

Así pues, ¿quiénes formaban la izquierda radical en el nuevo alineamiento? Muy pronto surgieron numerosos grupos diferenciados, que compartían su oposición genérica al Sistema de Febrero, es decir, al Gobierno Provisional, a los dirigentes socialistas moderados del Soviet de Petrogrado y a sus esfuerzos por trabajar juntos. Irónicamente, entre los dirigentes originales del Soviet había numerosos radicales, como Sujánov y Steklov, donde desempeñaron un importante papel hasta que fueron expulsados de sus puestos clave tras el regreso de los defensistas revolucionarios. Sin embargo, la izquierda radical estaba mal definida, desorganizada y careció de

unos líderes fuertes hasta el regreso del extranjero de sus principales líderes políticos. Indudablemente, el más importante de todos ellos era Lenin, pero también había otros, como Yuli Mártov entre los mencheviques de izquierdas (mencheviques internacionalistas), León Trotsky (que en un primer momento había formado parte del Grupo Interdistritos y, posteriormente, en julio, se afilió al Partido Bolchevique) y Mark Natanson y Maria Spiridonova, de los social-revolucionarios de izquierdas. Tras su regreso, surgió un ala izquierda del espectro político mucho mejor definida, dominada por los bolcheviques, pero que también incluía a los mencheviques internacionalistas, a los eseristas de izquierdas y a los anarquistas.

La Revolución se produjo en un momento en que muchos de los líderes socialistas de la izquierda radical estaban en Suiza. Como el país estaba rodeado por las potencias combatientes, a los gobiernos aliados les resultaba fácil entorpecer los esfuerzos por volver a Rusia de los grupos o individuos considerados contrarios a la guerra. Entre ellos estaban Lenin y Mártov. Finalmente, Lenin, frustrado, y otros radicales, en su mayoría bolcheviques, negociaron un acuerdo por el que se les permitía cruzar Alemania con destino a Suecia, un país neutral, y de ahí a Rusia. Al fin y al cabo, los alemanes estaban interesados en ayudar a volver a casa a los socialistas radicales y pacifistas rusos, donde podrían contribuir a desestabilizar el Gobierno y el esfuerzo bélico, de la misma forma que Gran Bretaña y Francia estaban interesadas en impedírselo. Todo ello dio lugar al famoso y muy malinterpretado «tren sellado», donde a los radicales rusos, en un intento de desactivar las inevitables acusaciones de colaborar con el enemigo en tiempos de guerra, se les concedía un estatus especial por el que ningún alemán podía acceder a su vagón durante el trayecto a través de Alemania y todos los contactos debían realizarse a través de un intermediario suizo. Convencido de que la necesidad de volver a Rusia y participar en la política de la

Revolución tenía para él más peso que el peligro de que le tacharan de «agente alemán», Lenin emprendió aquel viaje. Mártov, Natanson y otros exiliados socialistas hicieron el viaje poco después. El regreso de los líderes izquierdistas, sobre todo el del grupo de Lenin, movilizó a la izquierda radical e hizo de ella una fuerza.

Lenin llegó a la Estación de Finlandia de Petrogrado el 3 de abril por la tarde, donde le esperaba la ceremonia de bienvenida, para entonces habitual, a los líderes políticos que volvían del exilio. Sin embargo, Lenin estropeó de inmediato la atmósfera ceremonial pronunciando un discurso en el que atacaba simultáneamente al Gobierno Provisional y a los dirigentes del Soviet de Petrogrado. Su discurso contenía los puntos básicos que muy pronto pasaron a denominarse las «Tesis de abril». Con un tono radicalmente distinto del de los líderes socialistas moderados del Soviet de Petrogrado, e incluso de algunos bolcheviques, Lenin renegaba de las políticas del Soviet y hacía un llamamiento al poder soviético y a una nueva revolución.

1. En nuestra actitud ante la guerra [...] no es posible tolerar concesión alguna, por pequeña que sea, «defensismo revolucionario».********

******** Traducción directa del ruso, Vladímir I. Lenin, *Obras completas*, tomo XXIV, p. 436 (el título oficial de las «Tesis de abril» es «Las tareas del proletariado en la actual revolución»), Madrid, Akal, 1977 (*N. del T.*).

2. La peculiaridad del momento actual en Rusia consiste en el *paso* de la primera etapa de la revolución [...] *a su segunda* etapa, que debe poner el poder en manos del proletariado y de los sectores pobres de los campesinos.

3. Ni el menor apoyo al Gobierno Provisional: demostrar la falsedad absoluta de todas sus promesas.

4. [...] la necesidad de que todo el poder del Estado pase a los soviets de diputados obreros...

5. No una república parlamentaria —volver a ella desde los soviets de diputados obreros sería dar un paso atrás— sino una república de los soviets de diputados obreros, peones rurales y campesinos en todo el país, de abajo a arriba.[13]

Las tesis de Lenin escandalizaron a los líderes políticos de Petrogrado, marcaron la aparición de una poderosa oposición de izquierdas y esbozaron la estrategia con la que Lenin acabaría logrando la victoria. A partir de ese momento, Lenin llevó al Partido Bolchevique a una postura de oposición absoluta, no solo al Gobierno Provisional sino también a los dirigentes y a las políticas del Soviet de Petrogrado. En el Séptimo Congreso del Partido, celebrado entre el 24 y el 29 de abril, Lenin consiguió el compromiso de los bolcheviques con la idea de ir preparándose para una revolución socialista, aunque el cuándo y el cómo seguían siendo lo bastante imprecisos como para complacer tanto a los militantes más impacientes como a los más cautos —al tiempo que preparaba el escenario para los posteriores desacuerdos que se produjeron en el seno del partido en Octubre—. La postura de los bolcheviques podría resumirse como sigue: (1) derrocamiento del Gobierno Provisional y sus sustitución por un gobierno basado en los soviets; (2) negativa a colaborar con los grupos políticos no socialistas, y críticas a los dirigentes del Soviet a ese respecto, sobre todo tras la formación del Gobierno de coalición en mayo; (3) recalcar sus diferencias con los socialistas moderados y culminar la fractura entre los bolcheviques y los mencheviques allí donde todavía existían movimientos socialdemócratas unitarios; (4) exigencia de poner fin a la guerra de inmediato; (5) reivindicar la aplicación inmediata de una amplia gama de reformas sociales y económicas en su versión más radical

(reparto inmediato de las tierras sin indemnizar a los propietarios, control de las fábricas por los trabajadores, reducción, o incluso abolición, del papel económico de la «burguesía», amplias competencias del Gobierno para gestionar la economía); (6) poner el acento en las diferencias y los antagonismos de clase; (7) aunque compartían el temor generalizado a una contrarrevolución, el rechazo a la idea de atemperar las políticas con el fin de reducir las probabilidades de provocarla (a diferencia de los socialistas moderados); (8) menos preocupación que el resto de partidos por la posibilidad de una guerra civil, acaso considerándola incluso algo positivo; y (9) una interpretación más amplia de la Revolución Rusa como la primera de una serie de revoluciones a escala europea para salir de la guerra.[14]

Inicialmente, el programa de Lenin, basado en los antagonismos sociales y políticos extremos, desentonaba con el estado de ánimo del país. Seguían imperando el espíritu de optimismo surgido tras la caída de la autocracia, y la sensación de que era preciso defender el país y la Revolución contra Alemania. Por consiguiente, al principio el programa de Lenin le asignó a su partido el papel de oposición inoperante. Algunos observadores estaban convencidos de que el pobre Lenin sencillamente todavía no había hecho la transición desde los círculos políticos del exilio a las nuevas realidades de la Rusia revolucionaria. Fuera cual fuera la forma en que Lenin entendía la política rusa, su postura colocaba al partido como eventual beneficiario de cualesquiera fracasos del Gobierno y de los dirigentes del Soviet a la hora de resolver los muchos problemas a los que se enfrentaba el país. El Partido Bolchevique se convirtió en el polo de atracción de los descontentos con las políticas y las acciones (o la inacción) del Gobierno o del Soviet. Sus políticas radicales y sus llamamientos a «tomar el poder» se volvieron cada

vez más atractivas a medida que aumentaban las tensiones sociales a lo largo del verano y el otoño.

Los bolcheviques no estaban solos en la izquierda radical, aunque demostraron ser su formación más importante, y aquel bloque informal de la izquierda radical fue desempeñando un papel cada vez más destacado durante el verano y el otoño. Tanto el Partido Social-Revolucionario como el Menchevique tenían sus respectivos sectores de izquierdas que no aceptaban el defensismo revolucionario. Al principio se trataba de simples puntos de vista minoritarios dentro de los grandes partidos. Criticaban la política de colaboración con los no socialistas —sobre todo con los kadetes— en el Gobierno Provisional, y presionaban a favor de la adopción inmediata de reformas sociales y económicas más radicales. También presionaban a favor de que se hicieran esfuerzos más enérgicos para poner fin a la guerra. No obstante, en general eran menos estridentes y menos extremos, y carecían del empuje y la voluntad inquebrantables de Lenin, empeñado en simplificar para granjearse el apoyo de los descontentos. Por añadidura, a los sectores de la izquierda de los eseristas y los mencheviques les resultaba muy difícil consolidar una identidad y una alternativa claras en materia de políticas frente a los dirigentes del Soviet, dado que, al fin y al cabo, esos dirigentes también eran mencheviques y eseristas. Fue más tarde, en el momento de la Revolución de Octubre, cuando surgió un partido diferenciado y formado por los eseristas de izquierdas. Los mencheviques internacionalistas asumieron una forma poco definida tras la vuelta de Mártov de su destierro, en mayo, aunque sí adoptaron una identidad más clara en octubre, pero siempre permanecieron dentro del Partido Menchevique. La ausencia de una identidad clara y diferenciada de sus formaciones matrices dificultaba que los mencheviques y los eseristas de izquierdas se consolidaran como aspirantes a liderar el Soviet o como alternativa

al bolchevismo en la izquierda radical. Para un trabajador o un soldado insatisfecho con las políticas del Gobierno o del Soviet, los bolcheviques suponían una alternativa más clara que los mencheviques y los eseristas de izquierdas.[15]

Además, existían otros partidos y organizaciones de izquierda radical. Uno de ellos era el Grupo Interdistritos (*Mezhraiontsy*), una asociación de intelectuales socialdemócratas situada entre los mencheviques y los bolcheviques. Participaron activamente en la Revolución de Febrero y recibieron una inyección de líderes destacados, con León Trotsky como cabeza visible, que regresaban del exilio en el extranjero. Finalmente, en julio, se incorporaron en masa al Partido Bolchevique, aportándole una importante inyección de talento para el liderazgo. El otro elemento importante de la izquierda radical eran los anarquistas. Se habían escindido en varios grupos, de los que los más importantes eran los anarcosindicalistas y los anarcocomunistas, y nunca fueron capaces de plantear una amenaza organizada. A pesar de todo, su rechazo absoluto a la autoridad se ganó la simpatía popular y los anarquistas ejercían una apreciable influencia entre los obreros y los soldados de los escalafones más bajos de la vida política, en las fábricas y las unidades del Ejército. Por añadidura, eran muy buenos agitadores, y a lo largo del verano y el otoño desempeñaron un importante papel a la hora de poner en acción el descontento popular. Sus deficiencias organizativas contrastaban con su influencia.[16] Y además de los anarquistas había otros grupos y partidos más pequeños.

Aunque la atención de los historiadores se ha centrado, por motivos que tienen que ver con los acontecimientos posteriores, sobre todo en los bolcheviques, resulta imposible entender la historia de 1917 sin reconocer la importancia de la aparición de un bloque radical de izquierdas. Los bolcheviques, los eseristas de izquierdas,

los mencheviques internacionalistas, los anarquistas y otros grupos criticaban el defensismo revolucionario y al Gobierno Provisional. Colaboraban a menudo y muchas de las resoluciones aprobadas durante el verano y el otoño, y que se calificaron de «bolcheviques», fueron en realidad obra de los bloques de la izquierda radical que votaban conjuntamente en los soviets, en los comités de las fábricas y del Ejército, y en otros ámbitos. Además, en algunas ciudades de provincias, los partidos Social-Revolucionario y Menchevique estaban a la izquierda de sus direcciones nacionales, lo que otorgaba una gran influencia a las amplias alianzas de izquierdas, o incluso el control de los soviets y de las instituciones locales antes de que eso mismo llegara a suceder en Petrogrado.

Kérensky y la coalición de centro

El elemento final del nuevo realineamiento político fue el ascenso de Alexander Kérensky hasta convertirse en una figura destacada, y su papel cada vez más crucial en la política, en el realineamiento y, sobre todo, en la nueva coalición de centro. Kérensky, el único socialista del Gobierno, se unió muy pronto al grupo formado por Lvov, Nekrasov, Konoválov y Tereshchenko. Se consolidó de inmediato como la figura indispensable, la única persona que inicialmente tenía un cargo tanto en el Gobierno Provisional como en el Soviet. Kérensky pertenecía a la facción trudovique de la Duma, y en 1917 casi todo el mundo le consideraba un social-revolucionario. Sin embargo, era un socialista de lo más moderado, incluso para Rusia, donde a menudo la gente asumía una identidad socialista como distintivo de su oposición a la autocracia. Posteriormente Tsereteli le calificaba como «un individualista, ajeno a los partidos por naturaleza», y argumentaba que «por sus ideas, estaba más lejos de la *intelligentsia* socialista que de la democrática, en la

frontera entre la democracia socialista y la democracia burguesa».[17] Sujánov, que le conocía desde mucho antes de 1917, decía que «por sus convicciones, sus gustos y su temperamento, era un consumado radical de clase media», que tan solo creía ser socialista.[18] De hecho, por su talante y por sus ideas políticas, en muchos aspectos Kérensky estaba más cerca del grupo de Lvov y Nekrasov que de los dirigentes del Soviet y de los partidos socialistas. Estaba situado en el lugar donde el socialismo moderado se confundía con el ala izquierda de los progresistas, y por consiguiente era el símbolo perfecto del emergente centro político y de la política de coalición. Kérensky se convirtió en la bisagra política que articulaba los dos sectores del nuevo alineamiento político, el centro-derecha y el centro-izquierda. Era el hombre clave.

Muy pronto Kérensky resultó ser la personalidad más importante del Gobierno Provisional en general. En mayo fue nombrado ministro de la Guerra, y en julio, ministro-presidente, el jefe del Gobierno. En aquellos cargos, maniobró para posicionarse como un hombre que estaba por encima de los partidos y las facciones. El 22 de mayo, declaró ante el Soviet de Petrogrado que «en este momento para mí no existen los partidos porque soy un ministro [del Gobierno] ruso; para mí solo existe el pueblo y una ley sagrada: obedecer a la voluntad de la mayoría».[19] Muy pronto Kérensky se convirtió en la figura dominante del Gobierno, hasta el punto de que casi llegó a convertirlo en su régimen personal a finales del verano (y desde entonces a veces se ha denominado al Gobierno Provisional como el «Gobierno de Kérensky»). Llegó a verse a sí mismo como la encarnación de la revolución democrática hasta el extremo de que ya no fue capaz de diferenciar su propia trayectoria política de los destinos de la Revolución.

Kérensky, que tan solo tenía treinta y cuatro años cuando se produjo la Revolución de Febrero, había adquirido prestigio como abogado defensor en los juicios políticos y por criticar sin rodeos en la Duma al antiguo Gobierno. Durante la Revolución de Febrero, daba la impresión de que Kérensky estaba en todas partes —arengando a las multitudes, «arrestando» teatralmente a los altos funcionarios del antiguo régimen, corriendo de un lado a otro para cumplir algún encargo urgente, y entrando y saliendo de las reuniones del Comité de la Duma, del Soviet y del Gobierno Provisional— por lo adquirió una aureola de héroe. Un rival conservador afirmaba, con admiración, aunque también a regañadientes, que «creció en aquella nueva ciénaga revolucionaria, en la que se había acostumbrado a correr y a saltar, mientras que los demás todavía no habían aprendido a andar».[20] Muchos consideraban que Kérensky personificaba lo mejor de la Revolución y de sus ideales. Gozó de una inmensa popularidad, incluso de la adulación, durante los primeros meses de la Revolución, y a su alrededor fue creándose un culto a la personalidad. Su foto aparecía colgada en los escaparates de las tiendas, su retrato adornaba postales y medallones, las multitudes le ovacionaban cuando aparecía, la prensa le elogiaba espléndidamente, y tanto los individuos como los grupos le dirigían sus peticiones. Algunos llegaron a proponer su elección como zar.[21] Delgado, pálido, con su mirada brillante, sus gestos teatrales y sus gráficas imágenes verbales, era un orador dramático y cautivador, con una extraordinaria capacidad de emocionar a sus oyentes. Un periodista describía así el efecto de sus discursos en mayo: «No solo arde él, sino que incendia a todo lo que le rodea con el fuego santo del éxtasis. Cuando le escuchas, sientes que tus nervios salen a su encuentro y se entrelazan con sus nervios para formar un nudo.

Sientes como si el que estuviera hablando fueras tú mismo».[22] Víctor Chernov, un líder social-revolucionario, que no era un admirador político de Kérensky, testimoniaba que «en sus mejores momentos era capaz de transmitir a la multitud tremendas descargas de electricidad moral; podía hacer reír a sus oyentes, podía hacerles llorar, arrodillarse y elevarse, porque él mismo se rendía a la emoción del momento, olvidándose completamente de sí mismo».[23] Sin embargo, aquellas facultades iban a llevarle a sobrevalorar de una forma lamentable su propio éxito en las tareas de gobierno y, en última instancia, a ganarse la fama de charlatán vacuo. Kérensky fue el héroe popular, casi un semidiós, de los primeros meses de la Revolución, pero al llegar el otoño su nombre ya estaba informalmente vinculado al «*kerenki*», el apodo del nuevo papel moneda emitido por su Gobierno, y se convirtió en sinónimo de algo carente de valor.[24]

No obstante, a corto plazo, Kérensky fue una parte crucial del nuevo realineamiento político, que asumió una forma clara a partir de abril: la eficaz alianza entre el centro-izquierda y el centro-derecha. La aparición del bloque defensista revolucionario encabezado por Tsereteli en el Soviet, y del grupo de Lvov, Kérensky y Nekrasov en el Gobierno Provisional, sentó las bases para una colaboración más estrecha y posteriormente para la remodelación del Gobierno Provisional como una coalición de centro entre los socialistas moderados y los nuevos conservadores, progresistas y moderados. Los dos bloques vislumbraban para el futuro algún tipo de sistema parlamentario donde todos los elementos de la sociedad pudieran desempeñar un papel conforme a su apoyo popular. Hasta entonces, el Soviet iba a desempeñar el papel crucial de movilizar el apoyo de las masas a las políticas del Gobierno, pero al mismo tiempo de supervisar al Gobierno, a fin de garantizar que actuase de

una forma «democrática». El emergente grupo de dirigentes del Gobierno, encabezado por Lvov, Kérensky y Nekrasov, aunque prefería restarle importancia al papel de supervisión del Soviet, podía trabajar con aquel planteamiento. Con ello esperaban forjar la unión de la sociedad culta y de las masas, que desde hacía mucho tiempo era uno de los objetivos de muchas figuras políticas de Rusia. Y eso prosiguió después de que Kérensky relevara a Lvov como ministro-presidente en julio.

En efecto, los nuevos dirigentes del Soviet y el bloque de Lvov, Kérensky y Nekrasov en el Gobierno tenían mucho en común, a pesar de la división entre socialistas y no socialistas. Todos ellos eran miembros del reducido sector culto y políticamente activo de la sociedad rusa, y compartían muchos valores. Hablaban con facilidad el mismo idioma de la unidad nacional y de su fe en «el pueblo». En la Conferencia de Soviets de Toda Rusia de abril, Tsereteli subrayó la importancia de aunar «todas las fuerzas vitales del país» a fin de resolver sus problemas. Lvov, Kérensky y Nekrasov —pero no Miliukov, ni tampoco Lenin— también podían hacer, y hacían, afirmaciones parecidas en sus discursos. También encontraron un territorio común cuando hacían hincapié en la defensa del país y de la Revolución. El ala derecha de los eseristas se había vuelto más nacionalista durante la guerra, y la Revolución reafirmó su postura defensista. Además, la Revolución provocó que una parte del sector centrista del partido, que anteriormente era internacionalista, se pasara al bando del nuevo defensismo revolucionario. Ello provocó una novedosa compatibilidad con los kadetes y los progresistas, que en 1917 ya eran marcadamente nacionalistas y defensistas. Los mencheviques defensistas siguieron un camino parecido. Además, la mayoría de los intelectuales mencheviques y social-revolucionarios compartían con los progresistas su fe en los ideales occidentales de democracia, de constitucionalismo, y de una sociedad regida por las

leyes; su objetivo común era construir un orden democrático en Rusia. Por añadidura, las responsabilidades de gobierno (a nivel nacional y local) durante la primavera y el verano imprimieron un giro cada vez más «estatista» a los puntos de vista de los socialistas moderados, con una mayor preocupación por los «intereses del Estado» y por el orden público, lo que además les aproximaba a los kadetes. De hecho, los defensistas revolucionarios, sobre todo los mencheviques, estaban, en muchos aspectos de su mentalidad, más cerca de los kadetes que de los bolcheviques, sus camaradas socialistas. Más tarde Tsereteli calificó a los social-revolucionarios de derechas de «kadetes disfrazados»,[25] pero esa descripción podría ampliarse para incluir también a muchos mencheviques defensistas revolucionarios. Por añadidura, la teoría de los mencheviques que afirmaba que aquella era la etapa «burguesa y liberal» de la Revolución (y la conformidad de los social-revolucionarios con esa postura), facilitaba, e incluso exigía, la colaboración con los progresistas en las tareas de gobierno.

Los bloques de Tsereteli y de Lvov también compartían ideas similares sobre la trascendencia mundial de la Revolución: en la misma reunión donde el príncipe Lvov hablaba elogiosamente de la misión universal de la Revolución, Tsereteli respondió que había oído «con gran placer» a Lvov afirmar que «no considera la Revolución Rusa simplemente una revolución nacional, sino que cabe esperar un movimiento revolucionario parecido en todo el mundo a consecuencia de la Revolución Rusa».[26] Los valores que compartían ambos líderes y su entendimiento tácito facilitó la colaboración y sentó las bases para el gobierno de coalición que se formó en mayo y, lo que es aún más importante, para la «mentalidad de coalición» que dominó el pensamiento político hasta la Revolución de Octubre.

Sin embargo, la actitud de los dirigentes del Soviet para con el Gobierno contenía algunas ambigüedades importantes. Al mantener su oposición en asuntos cruciales, sus prejuicios ideológicos contra la «burguesía», y la dicotomía organizativa de la autoridad política que suponía la *dvoevlastie*, la autoridad dual, los dirigentes del Soviet provocaron una permanente inestabilidad política. A pesar de los valores comunes y de su manifiesto deseo de colaborar, las políticas y la ideología de los socialistas, sobre todo de los marxistas, provocaban que resultara difícil una colaboración significativa. Y a ello tampoco contribuían los injuriosos ataques contra los partidos y los políticos «burgueses» que eran el menú diario de los discursos de los políticos socialistas, tanto moderados como radicales, y de la prensa afín. Los socialistas, incluso los moderados, nunca fueron del todo capaces de dejar de ver intenciones contrarrevolucionarias detrás de cada acción de los partidos no socialistas; en mayo, el punto álgido de la influencia de los defensistas revolucionarios, estos advertían ante el Congreso de Soviets de Toda Rusia de que «los contrarrevolucionarios no han renunciado todavía a la esperanza de impedir el establecimiento de una república democrática en Rusia».[27] Con el tiempo, la evidente contradicción implícita en la postura de los socialistas moderados —su compromiso pragmático con la coalición con los no socialistas pero su hostilidad ideológica hacia ellos— fue en detrimento tanto de los socialistas moderados como del Gobierno. Y a su vez eso se vio ulteriormente complicado por la ambigüedad de los dirigentes del Soviet respecto a la función que debía desempeñar el Soviet en la nueva estructura política. Estaban categóricamente en contra de permitir que asumiera la plena autoridad de gobierno, aunque ya en verano esa era una posibilidad que adelantaban muchos de sus partidarios, resumida en el eslogan «Todo el poder a los soviets». Sin embargo, tampoco estaban dispuestos a cederle al Gobierno ni siquiera una mínima

parte del poder real que detentaba el Soviet. Ese poder, y el dilema que le plantaba tanto al Gobierno como a los dirigentes del Soviet, quedó crudamente de manifiesto a raíz de la polémica sobre la política exterior y la guerra, y dio lugar a la caída del primer Gobierno y la posterior formación de un gabinete de coalición para el Gobierno Provisional.

La política exterior, la Crisis de Abril y la coalición

A lo largo de estos realineamientos políticos y de ese periodo de inestabilidad política, la guerra fue la realidad dominante en Rusia en 1917, que condicionaba profundamente el devenir de la Revolución. Afectaba a la vida de prácticamente todo el mundo, habitualmente para mal. La guerra, y el gigantesco Ejército, era una de las causas más importantes de los trastornos sociales y económicos que aquejaban al país. La contienda se alzaba como un obstáculo casi insalvable para cualquier intento de resolver los enormes problemas de la economía o de satisfacer las reivindicaciones populares de reformas sociales y económicas y del reparto de tierras. Para colmo, la guerra generaba nuevas polémicas que enrarecieron el clima político durante la primavera y el verano. Las necesidades económicas obligaron al Gobierno a emitir un «empréstito de la libertad», que no solo no logró sus objetivos sino que también provocó divisiones en la sociedad, en términos generales entre las clases sociales, pues las clases altas y medias lo apoyaban, mientras que las clases bajas estaban en contra. Los intentos de enviar al frente algunas unidades de la guarnición de Petrogrado como relevo también acabaron afectando al debate político sobre la guerra y provocaron un ulterior distanciamiento de los soldados de la guarnición. El Gobierno Provisional, el Soviet de Petrogrado y todos los partidos políticos no tuvieron más remedio que asumir una

posición respecto al conflicto, lo que resultó crucial para el realineamiento político. El programa para poner fin a la guerra era la piedra angular del defensismo revolucionario y de la hegemonía de los dirigentes socialistas moderados del Soviet de Petrogrado, y el futuro político de todos ellos dependía de su éxito a la hora de cumplir las aspiraciones populares a ese respecto. La guerra se convirtió en el asunto principal de la primera gran crisis política de la Revolución, lo que dio lugar a la caída del primer Gobierno y a la política de los gobiernos de coalición.

El conflicto político por la guerra surgió muy pronto. Pável Miliukov, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, opinaba que la Revolución no modificaba esencialmente los intereses de Rusia en materia de política exterior. Miliukov argumentaba que la política exterior exigía que Rusia siguiera adelante con la guerra, al lado de sus aliados, hasta la victoria final. A su juicio, la derrota de Alemania era esencial para los intereses de Rusia. Por añadidura, una victoria conllevaría la anexión de Constantinopla y los Estrechos, tal y como se le había prometido a Rusia en los tratados secretos con los Aliados. Esos territorios iban a brindarle a Rusia un acceso sin trabas al mar Mediterráneo, y por consiguiente se trataba de un objetivo de un inmenso valor económico y militar para Rusia. Ese punto de vista pasó a ser en un primer momento la política oficial del nuevo Gobierno.

Muy pronto se planteó una postura radicalmente distinta, cuando los primeros dirigentes del Soviet propusieron una visión alternativa. El 3 de marzo, N. N. Sujánov, que representaba al Soviet en las negociaciones previas a la formación del Gobierno Provisional, planteó la idea de que el Soviet emitiera un llamamiento a los partidos socialistas y a los trabajadores de toda Europa para que se unieran y obligaran a sus respectivos gobiernos a negociar un acuerdo de paz. Ello dio lugar al «Llamamiento» que hizo el Soviet el

14 de marzo. En un tono grandilocuente, el Soviet hacía un llamamiento a una nueva era y a poner fin a la guerra: «apelando a todos los pueblos que están siendo aniquilados y arruinados en esta guerra monstruosa, anunciamos que ha llegado el momento de iniciar una lucha decisiva contra las ambiciones de rapiña de los gobiernos de todos los países. [...] Trabajadores de todos los países: os tendemos la mano de la fraternidad, por encima de las montañas de los cadáveres de nuestros hermanos, a través de los ríos de sangre y lágrimas inocentes». Para apaciguar la incertidumbre de los soldados, el Soviet también prometía que «la Revolución Rusa [...] no permitirá que la aplasten las fuerzas militares extranjeras».[28] Aquella mezcla de optimismo sobre todo lo que podía lograr la Revolución, de retórica socialista internacionalista, de protesta contra la guerra y de compromiso de defender el país, logró una aceptación generalizada en Rusia y contribuyó a cimentar la fidelidad de las tropas a los soviets de los soldados de las guarniciones y de sus líderes socialistas. Sin embargo, los primeros dirigentes del Soviet de Petrogrado carecían de estrategia para llevar a la práctica su llamamiento.

La tarea de elaborar e implementar una política de paz del Soviet fue asumida por los nuevos dirigentes defensistas revolucionarios del Soviet. Tsereteli quería colaborar *con* el Gobierno para lograr que renunciara a todos los objetivos imperialistas de la guerra y aceptara la idea de una paz negociada. Ese enfoque de la cuestión de la paz dio inicio a una estrategia general de hacer hincapié en una negociación discreta y unos acuerdos razonados con el Gobierno sobre los problemas pendientes, en vez de convocar manifestaciones masivas y provocar una confrontación directa (como tendía a propugnar el sector de la izquierda radical). Para ese cometido, Tsereteli contó con la posibilidad de utilizar la Comisión de Enlace del Comité Ejecutivo del Soviet, que se había creado como instrumento

para que los líderes del Soviet se reunieran con el Gobierno a fin de resolver los problemas. El deseo de colaborar no fue óbice para que los diarios socialistas moderados, incluido el *Izvestia*, el periódico del Soviet, publicaran una incesante batería de artículos hostiles a las políticas del Gobierno, ni impidió que los dirigentes del Soviet esgrimieran la amenaza de las acciones callejeras para respaldar sus argumentos. Sí significaba, empero, que los líderes del Soviet preferían tratar con el Gobierno a través de la negociación antes que con la confrontación.

La estrategia de Tsereteli, y toda la política de paz, se veía amenazada por las decisiones de Miliukov. Irritado por la incesante lluvia de críticas de la prensa socialista, Miliukov arremetió contra sus críticos. Calificó el eslogan de «paz sin anexiones» del Soviet de «fórmula alemana que se esfuerzan por hacer pasar como socialista internacional», y reafirmó la importancia de que Rusia se apoderara de Constantinopla y de los Estrechos.[29] El ataque de Miliukov hizo furor entre los círculos políticos, y puso a prueba la estrategia de Tsereteli de trabajar con el Gobierno, o por encima de él, en vez de en su contra. El 24 de marzo, la Comisión de Enlace se reunió con el Gobierno para intentar resolver el conflicto. Tsereteli argumentó que el deseo del Gobierno de elevar la moral del Ejército podía realizarse tranquilizando al país, recordándole que la guerra era puramente defensiva y que no se estaba prolongando por las ambiciones de anexión de territorios extranjeros. Ello exigía, según Tsereteli, que el Gobierno renunciara explícitamente a sus objetivos imperialistas en la guerra —y a los tratados secretos que los ratificaban— y anunciara que iba a dar pasos positivos para llegar a una paz general negociada.

Miliukov rechazó de plano las propuestas del Soviet, pero muy pronto quedó claro que la mayoría de los miembros del Gobierno defendían algún tipo de compromiso con el Soviet. Fue en ese

momento cuando surgió claramente el bloque de Lvov, Kérensky y Nekrasov en el seno del ejecutivo. El 27 de marzo, el Gobierno Provisional acordó comunicar al pueblo ruso una nueva declaración de principios en materia de política exterior. Se trataba de un documento de compromiso, donde algunos párrafos destacaban el argumento de la renuncia a las anexiones y las indemnizaciones, planteado por el Soviet, mientras que otros apartados subrayaban las obligaciones de la defensa y del cumplimiento de los tratados, el argumento de Miliukov. A pesar de todo, la resolución fue un éxito importante para los líderes del Soviet. Salieron vencedores en la primera batalla política importante entre las dos instituciones, validando la opinión generalizada de que el Soviet tenía una mayor cuota de poder real. El desenlace también parecía validar la estrategia de Tsereteli de tratar con el Gobierno a través de los compromisos y la negociación.[30]

Los dirigentes del Soviet aprovecharon su victoria para presionar aún más en la cuestión de la paz, utilizando la Conferencia de los Soviets de Delegados de los Trabajadores y Soldados de Toda Rusia. Se trataba de una conferencia de delegados de los soviets de todo el país, y vino a fortalecer la baza de los defensistas revolucionarios en el sentido de que ellos, y no el Gobierno Provisional, ahora podían afirmar que hablaban en nombre de un electorado y una organización a nivel nacional. En la sesión inaugural del 29 de marzo, Tsereteli, tras relatar los éxitos de la «democracia revolucionaria» a la hora de conseguir que el Gobierno aceptara su programa de política exterior, elevó el nivel de las exigencias al Gobierno. Insistía en que ahora el Gobierno ruso debía ir más allá de la simple renuncia a sus ambiciones anexionistas, e iniciar negociaciones con los gobiernos de los países Aliados para conseguir que se sumaran a la redacción de una declaración general de los objetivos de guerra de los Aliados, renunciando a cualquier tipo de

anexión. A partir de ese momento los dirigentes del Soviet presionaron al Gobierno para que remitiera la declaración del 27 de marzo, con sus cláusulas de «no anexión», a los gobiernos aliados como una nota diplomática oficial. La presión sobre el Gobierno se intensificó tras el regreso de otros destacados exiliados socialistas, en especial el de Víctor Chernov, el líder del PSR. Inmediatamente después de su llegada, el 8 de abril, Chernov inició una serie de ataques contra Miliukov en la prensa. Sin embargo, al mismo tiempo, los dirigentes del Soviet rechazaban la exigencia más radical de que se publicaran de inmediato los tratados secretos, argumentando que forzar tanto las cosas, y tan deprisa, podía significar la ruptura de la relación de colaboración con el Gobierno. La estrategia preferida por los defensistas revolucionarios era la negociación, no la confrontación ni las manifestaciones callejeras.

A raíz de la presión del Soviet, el Gobierno accedió a regañadientes a remitir a los Aliados la declaración del 27 de marzo, pero Miliukov insistía en que también se le autorizara a enviar una nota de acompañamiento. Con ello esperaba asegurarse de que los Aliados interpretaran la declaración tal y como él quería, y que al mismo tiempo los intereses de Rusia quedaran protegidos. La declaración y la nota de Miliukov fueron remitidas a los Aliados el 18 de abril. La nota ofrecía una interpretación decididamente unilateral de la declaración. Hacía caso omiso de los apartados que aludían a la renuncia a las anexiones, y hacía hincapié en los que hablaban de la defensa del país y de la lealtad a la alianza y a los compromisos contraídos a raíz de los tratados. Y para colmo, hablaba de una continuación de la guerra hasta una «victoria decisiva», y concluía declarando que «las democracias más avanzadas encontrarán la forma de establecer las garantías y sanciones que sean precisas para evitar nuevos choques sangrientos en el futuro».[31]

La nota, y sobre todo el párrafo relativo a las «garantías y sanciones», una expresión que casi todo el mundo interpretó como un mensaje en clave para refrendar justamente las anexiones que la declaración supuestamente venía a rechazar, enfureció a la izquierda. El 20 de abril un gran número de manifestantes se lanzaron a las calles en señal de protesta, algunos portando pancartas donde exigían la dimisión de Miliukov. Algunos soldados propusieron detener al Gobierno en pleno. Las manifestaciones en contra de Miliukov dieron lugar a manifestaciones más pequeñas en defensa de Miliukov, y el día 21 se produjeron numerosos encontronazos entre manifestantes rivales, con un saldo de varios muertos. Tanto los dirigentes del Soviet como los del Gobierno se asustaron ante el espectro de una guerra civil, y se apresuraron a buscar algún tipo de solución pacífica. Ninguna de las dos partes deseaba el derrocamiento del Gobierno Provisional. Finalmente se improvisó un acuerdo por el que el Gobierno hizo pública una explicación para aclarar que los párrafos de la nota del 18 de abril que aludían a una victoria decisiva hacían referencia a la defensa del país, mientras que «por "garantías y sanciones" [se entendía] la limitación del armamento, los tribunales internacionales, etcétera».[32] No resultaba demasiado convincente, pero fue suficiente para disimular los desacuerdos, poner fin a las manifestaciones callejeras y evitar el peligro de un conflicto armado de mayores dimensiones. Dejaba pendiente tanto una resolución definitiva del conflicto a propósito de la política exterior como los problemas subyacentes inherentes al sistema político vigente, con sus dos centros de autoridad política.

La Crisis de Abril suscitó un debate en los círculos políticos sobre la necesidad de una remodelación radical del Gobierno, para que reflejara las realidades del poder político en el país. La *dvoevlastie*, la autoridad dual, había quedado cada vez más en evidencia, en vez

de ir desvaneciéndose, como algunos esperaban. Estaba firmemente institucionalizada en el binomio Gobierno Provisional-Soviet de Petrogrado, pero a su vez las dos instituciones reflejaban las divisiones profundamente arraigadas en la sociedad. En particular, el Gobierno Provisional representaba a las clases cultas y adineradas, mientras que el Soviet representaba a las clases bajas. El Gobierno Provisional intentaba generar orden a partir de la Revolución y crear una nueva era de libertades *políticas* dentro del orden social y económico vigente, mientras que el Soviet representaba la determinación de las clases bajas de seguir adelante con la Revolución hasta lograr un vuelco *social y económico* total. Desde el punto de vista de los trabajadores y los soldados, los soviets eran «los nuestros», mientras que el Gobierno Provisional y otros organismos del Estado eran, en cierto sentido, «de ellos», y por consiguiente no eran del todo fiables. Los intelectuales socialistas vinieron a reafirmarlo al formular el papel de los soviets como instrumento para organizar «la democracia», a las clases bajas, durante la «fase burguesa» de la Revolución, y al manifestar constantemente que había que vigilar estrechamente al Gobierno Provisional, con desconfianza. Todo ello provocó que la relación entre el Gobierno Provisional y el Soviet acabara siendo inviable. A finales de abril estaba claro que el Gobierno original ya no podía seguir funcionando eficazmente.

El debate pasó a centrarse cada vez más en la necesidad de superar la *dvoevlastie* y la crisis política mediante la creación de un «gobierno de coalición» que incorporara a algunos miembros destacados del Soviet en el Gobierno Provisional. La creciente reivindicación de un gobierno de coalición obedecía no solo al deseo de incluir en el ejecutivo a los dirigentes del Soviet, y el poder que representaban, sino también a la sensación de que tan solo un gobierno basado en un amplio apoyo popular podía ser lo bastante

fuerte, y contar con la suficiente autoridad moral, para llevar el timón de Rusia a través de aquel periodo tan difícil. Era de suponer que un gobierno de coalición, respaldado por los dirigentes socialistas del Soviet de Petrogrado y que representara a «todas las fuerzas vitales» del país, sí poseería esa autoridad. Por añadidura, esa medida podía reflejar el realineamiento político (que ya de por sí había obedecido a la cuestión de la paz) al reunir a los nuevos bloques «centristas», el grupo de centro-derecha de Lvov y Nekrasov del Gobierno Provisional, y el sector de centro-izquierda del grupo de Tsereteli del Soviet, en un gobierno «de coalición» de centro. Todo el mundo esperaba que de esa forma se pudiera poner fin al conflicto entre los dos órganos y conseguir un gobierno más fuerte.

Algunos líderes socialistas, y en particular Tsereteli, se resistían a entrar en el gobierno. Tsereteli argumentaba que en caso de que los dirigentes del Soviet se incorporaran al gobierno, ello podría suscitar entre sus seguidores grandes expectativas de una rápida solución a los muchos problemas sociales y económicos del país, así como de un rápido fin de las hostilidades. Y argumentaba que semejantes expectativas estaban abocadas a verse decepcionadas, y por consiguiente los partidos socialistas que entraran a formar parte del gobierno verían desvanecerse su apoyo popular en beneficio de los partidos más extremistas, como los bolcheviques. No obstante, el 1 de mayo Lvov informó a Tsereteli de que se disponía a invitar de nuevo a los dirigentes del Soviet a entrar en el ejecutivo, y que si se negaban él pensaba dimitir, forzando una crisis de gobierno. Ante aquel ultimátum, Tsereteli capituló y el Comité Ejecutivo del Soviet votó a favor de entrar en el gobierno, con el voto en contra de los bolcheviques, de los eseristas de izquierdas y de los mencheviques internacionalistas.

El 5 de mayo se anunció la formación de un nuevo gobierno «de coalición».******** A Kérensky se le unieron otros cinco socialistas,

entre ellos Tsereteli, Skobelev y Chernov, en el Gobierno. El resto del ejecutivo estaba formado por diez no socialistas, entre los que había cuatro kadetes. Lvov seguía siendo el presidente del Gobierno. Salieron de él Miliukov y Guchkov, dos políticos que originalmente todo el mundo esperaba que fueran las figuras dominantes del Gobierno Provisional y que se habían mostrado especialmente críticos con el papel político del Soviet. Kérensky se hizo cargo del Ministerio de la Guerra y Tereshchenko asumió la delicada cartera de Asuntos Exteriores. La difícil tarea de afrontar las expectativas de los obreros industriales y de los campesinos recayó en dos dirigentes del Soviet, Skobelev (menchevique), como ministro de Trabajo, y Chernov (eserista) como ministro de Agricultura. Tsereteli, que se había incorporado al Gobierno a regañadientes, asumió el cargo menos relevante de ministro de Correos y Telégrafos, para poder dedicar sus energías a los asuntos políticos del Soviet.

******** Resulta revelador del poder de la ideología y de la terminología de clases que la idea misma de que socialistas y no socialistas estuvieran juntos en un gobierno se denominara una «coalición». En 1917, «coalición» siempre significó que el gobierno estuviera formado por socialistas y no socialistas, y nunca simplemente una coalición de partidos.

La formación del Gobierno Provisional de coalición pasó a ejercer una gran presión sobre los socialistas moderados, que ahora tenían que resolver una amplia gama de problemas. De hecho, ahora los líderes del Soviet tenían que hacer frente a un dilema insoluble. Para los partidarios del Soviet, la verdadera razón de una coalición era garantizar una decidida implementación de los programas del Soviet, como por ejemplo la paz, la reforma agraria, las grandes reformas sociales a favor de los obreros industriales, un mayor control sobre la economía para garantizar el empleo, un sistema de precios fijos de los bienes de primera necesidad y la convocatoria sin dilación de la Asamblea Constituyente. Aunque más tarde Chernov afirmaba que en la nueva situación política «el Soviet de Delegados de los

Trabajadores y los Soldados era quien, a todos los efectos, tomaba las decisiones de Estado, y los ministros tan solo las ponían en práctica»,[33] la situación era mucho más compleja y traicionera. Existían importantes diferencias en materia de políticas entre socialistas y no socialistas, y dentro de cada bando, sobre las cuestiones más fundamentales. Si los dirigentes del Soviet presionaban demasiado a favor de su resolución, sobre todo en lo referente a las reformas sociales y económicas, podían provocar el distanciamiento de sus socios de coalición y dejar en evidencia las divisiones entre sus propias filas. Si no lo hacían, podían provocar el descontento de sus propios partidarios. La única alternativa que les quedaba era ponerse valientemente a favor del «poder soviético» y hacerse cargo ellos mismos del Gobierno. No obstante, sus temores a una guerra civil, unidos a su genuina moderación, les impedían emprender ese camino. Por el contrario, las responsabilidades de gobierno les llevaron a una política de compromisos en materia de reformas sociales, al tiempo que llevaban adelante su programa de paz, con la esperanza de que la resolución de esa cuestión les dejara las manos libres para abordar los problemas del país. Participar en el gobierno provocó que los líderes del Soviet sentaran la cabeza y pasaran a ser defensores de la cautela, el orden y la autoridad. Eso iba directamente en contra de las aspiraciones de sus potenciales electores.

Capítulo 4. LAS ASPIRACIONES DE LA SOCIEDAD RUSA

La Revolución de Febrero creó una oportunidad sin precedentes para que el pueblo del Imperio Ruso manifestara sus aspiraciones y se organizara para hacerlas realidad. Los rusos, una vez liberados de la censura del antiguo régimen y del control que ejercía sobre las organizaciones y la vida pública, prorrumpieron en un deslumbrante despliegue de autoafirmación, de concentraciones públicas y de creación de nuevas organizaciones. Los periódicos venían cargados de anuncios de conferencias, congresos, comités, mítines, de la formación de nuevas organizaciones y de otras manifestaciones de una vida pública recién liberada de trabas. Los discursos se pusieron a la orden del día en una sociedad que previamente había estado amordazada, pero que ahora podía hablar y hablaba, no solo libremente sino de manera incesante. En cierto sentido, en 1917 Rusia no era más que un gigantesco e ininterrumpido mitin. Más tarde una joven recordaba un Moscú donde «había mítines por doquier, en cada esquina había alguien hablando. Todo el mundo comía sin cesar pipas de girasol, de modo que todas las aceras estaban cubiertas de pipas y de cáscaras. Todo el mundo hablaba, hablaba y hablaba, y siempre había algún mitin».[1] Un nuevo verbo, *mitingovar* «mitinear» pasó a formar parte del lenguaje. Entre todos aquellos mítines, discursos, carteles, editoriales de los periódicos y todo un revoltijo de expresiones variopintas, libres y desinhibidas, es posible percibir el proceso por el que los distintos estratos de la sociedad verbalizaban sus

aspiraciones y se esforzaban por hacerlas realidad. A través de una pasmosa cantidad de organizaciones nuevas, los rusos ofrecían su visión de lo que significaba la Revolución, de su cometido, o de cuál debía ser su desenlace. Cada uno valoraba la Revolución en la medida en que cumplía o ponía en peligro sus aspiraciones.

Inicialmente cundió un estado de ánimo extremadamente optimista, y la gente pensaba que era posible resolver todos los problemas y hacer realidad todas las aspiraciones. Tras el derrocamiento de Nicolás, todo parecía posible. En los escaparates de las tiendas se veían los retratos de los miembros del nuevo Gobierno y de los héroes populares de la Revolución, como el sargento Kirpichnikov, el líder de la sublevación del Regimiento Volynsky en febrero. Durante las primeras semanas, en Petrogrado y en otras ciudades cundió una atmósfera festiva, con mítines multitudinarios, constantes desfiles, al son de las canciones revolucionarias y de las bandas de música (*La Marsellesa*, el himno de la Revolución Francesa, era especialmente popular), todo ello en medio de un mar de banderas rojas, pancartas rojas y cintas rojas. Por añadidura, la tradicional celebración ortodoxa de la Pascua vino a reforzar la euforia revolucionaria, ya que la gente utilizaba los tradicionales besos y deseos de renacimiento y salvación de la Semana Santa para manifestar sus esperanzas revolucionarias y a la vez religiosas para el futuro. En efecto, Rusia parecía haber renacido, y tenía ante sí un futuro que se antojaba sin límites. Y aquel estado de ánimo optimista no era exclusivo de los rusos: el poeta musulmán Sirājiddin Majdum Sidqui captaba muy bien el espíritu del momento en la remota ciudad de Tashkent, en su largo poema titulado «La nueva libertad», del que se publicaron 10.000 ejemplares en marzo de 1917: «¡Alabado sea Dios, porque ha llegado la época de libertad! El sol de la justicia ha iluminado el mundo [...]. Ha llegado la hora del amor y la verdad [...]. Ya hemos dejado a un lado

nuestros falsos pensamientos [...]; nuestro cometido más importante debe consistir en reflexionar sobre cómo vamos a vivir felices en el escenario de la libertad».[2]

A pesar de tamaño optimismo, lo cierto era que no resultaba fácil satisfacer las diversas aspiraciones de la sociedad. El Imperio Ruso no solo se enfrentaba a graves problemas políticos, económicos y sociales, sino que además era una sociedad enormemente diversa, dividida por factores como la riqueza, la ocupación, la educación, las nacionalidades, las religiones, el estatus jurídico, las características regionales y muchos otros. Por consiguiente, en las páginas siguientes examinaremos algunos de los grupos sociales más importantes, esbozaremos sus aspiraciones, exploraremos la forma en que se proponían hacer realidad dichas aspiraciones en el nuevo mundo del maremágnum revolucionario y evaluaremos sus efectos en la Revolución. Debemos tener siempre presente que esos grandes grupos estaban formados por muchos subgrupos más pequeños, así como por millones de individuos, y que se caracterizaban por una gran diversidad. Y tampoco debemos olvidar la multiplicidad de identidades que podía tener una misma persona. Un trabajador recién llegado a una fábrica de Moscú desde el campo podía perfectamente abrigar la esperanza permanente de conseguir una parcela de terreno en su pueblo natal, a la par que sus preocupaciones laborales en la industria. En 1917, muchos obreros urbanos mantenían una compleja identidad como trabajadores (en general, y en una fábrica determinada), como ciudadanos y como campesinos hasta poco antes, así como sus identidades en función de su sexo, su religión, su región de origen, su nacionalidad y sus ideas políticas. Los soldados compartían las aspiraciones de su clase social —habitualmente campesina— y de otras identidades, como la nacionalidad. Así pues, ¿qué ocurría con un soldado campesino ucraniano? ¿Tenía más sensación de un interés común con otros

ucranianos independientemente de su clase social, o con otros campesinos de cualquier etnia en contra de todos los terratenientes? ¿Cómo afectaba su condición de soldado, bajo la amenaza de muerte en caso de que prosiguiera la guerra, a esas otras identidades? ¿Cuál predominaba? A menudo los intereses eran múltiples, a veces complementarios, y a veces contradictorios.

A pesar de todo existían importantes grupos identificables, con quejas y aspiraciones comunes. Por añadidura, la movilización para hacer realidad aquellas aspiraciones se producía conforme a las determinadas líneas divisorias entre los diferentes grupos. En este capítulo vamos a examinar las reacciones y reivindicaciones iniciales de los trabajadores urbanos, de los soldados, de la clase media y de las mujeres, tanto por su género como en calidad de miembros de su grupo social en particular. Otros dos importantes grupos, los campesinos y los pueblos de nacionalidades minoritarias, cuya reacción ante la Revolución de Febrero y los efectos sobre dicha reacción se desarrollaron de una forma un tanto diferente, se analizarán en capítulos posteriores.

Los trabajadores urbanos

Trascendentales para la historia de la Revolución, protagonistas cruciales en todas las etapas de sus desarrollo, fueron los trabajadores urbanos, y sobre todo los obreros industriales.[3] Cuando estalló la Revolución de Febrero había aproximadamente 3,5 millones de obreros en la industria y la minería. Petrogrado y Moscú tenían poco más de 400.000 cada una. La mayoría estaba concentrada en grandes fábricas con más de 500 empleados, y muchas fábricas empleaban a varios miles de obreros. Si a esas cifras le añadimos los obreros de la construcción, los trabajadores del ferrocarril, los estibadores y distintos tipos de asalariados, el

número total asciende a 18,5 millones de trabajadores, es decir, aproximadamente el 10 por ciento de la población.[4] Aunque solo constituían una pequeña fracción de la población, las aspiraciones y las acciones de los obreros tuvieron una importancia excepcional debido a su concentración en las principales ciudades, a su organización derivada del proceso industrial, a la atención que les dedicaban los partidos políticos y al papel que de-sempeñaron durante la Revolución de Febrero y después. La Revolución empezó como una manifestación de obreros industriales, y estos nunca renunciaron a su papel de liderazgo en la revolución política y social a lo largo de 1917. Representaban una poderosa fuerza para ulteriores alzamientos revolucionarios en caso de que no se cumplieran sus aspiraciones, y era prácticamente seguro que no iban a cumplirse, o por lo menos no del todo. Aunque había una amplia gama de diferencias entre los trabajadores, en función de su cualificación, su oficio, sus ingresos, su veteranía, su lugar de trabajo y otras variables, en última instancia todos esos factores tenían menos importancia que su necesidad común de mejorar sus condiciones de vida, así como una desconfianza generalizada hacia las clases cultas y privilegiadas.

Las aspiraciones de los trabajadores pueden dividirse en dos grandes capítulos: (1) las cuestiones económicas y las condiciones del lugar de trabajo, y (2) las cuestiones políticas y sociales más en general.[5] Ambas cosas estaban relacionadas, y ellos eran muy conscientes de ello. Salta a la vista por la reivindicación de la jornada laboral de ocho horas, que surgió durante la Revolución de Febrero. Para el obrero, la jornada de ocho horas aunaba la reivindicación de unas mejores condiciones de trabajo y de dignidad personal, y la sensación de ser un ciudadano que participaba en la nueva vida cívica. Los trabajadores consideraban que la jornada de

ocho horas era fundamental para todas esas aspiraciones, argumentando que sin una jornada limitada no podían llevar una vida cívica y política como ciudadanos. Además, la jornada de ocho horas tenía que ver con cuestiones como las condiciones de seguridad e higiene en el trabajo, las oportunidades para mejorar su nivel educativo y las actividades recreativas. Los obreros industriales empezaron a aplicar unilateralmente la jornada de ocho horas inmediatamente después de la Revolución de Febrero, desoyendo los llamamientos políticos a la moderación, por razones o bien económicas o de defensa (la producción de armamento). Los obreros sí reconocían los problemas de la producción de suministros para el Ejército, y por consiguiente a menudo accedían a trabajar más tiempo, pero como horas extraordinarias, al margen de la jornada oficial de ocho horas. Insistían en el *principio* de la jornada de ocho horas como una condición sacrosanta, aunque en la práctica estaban dispuestos a transigir. Ante aquel hecho consumado, la mayoría de empleadores de Petrogrado cedieron. El 10 de marzo, el Soviet de Petrogrado y la Asociación de Fabricantes de Petrogrado firmaron oficialmente un acuerdo sobre la implementación de la jornada de ocho horas, que ratificaba lo que ya habían implantado los trabajadores. En las ciudades de provincias, los industriales locales se resistieron más enérgicamente a la jornada de ocho horas, pero también allí se consiguieron mejoras.

Otra reivindicación importantísima era el aumento de los salarios. Durante la guerra se había producido una sensible inflación, y para febrero de 1917 los salarios en términos reales habían caído de forma alarmante. La lucha inicial por los salarios se llevó a cabo a nivel local, fábrica por fábrica, y los detalles y los resultados variaban de un lugar a otro. Sin embargo, en general, en Petrogrado los salarios mensuales aumentaron entre un 30 y un 40 por ciento durante el mes de marzo, y en julio ya ascendían al doble o al triple

de los niveles de enero.[6] No obstante, aquellas mejoras salariales iniciales pronto quedaron invalidadas por la inflación, lo que a su vez provocó nuevas reivindicaciones salariales durante el verano y el otoño, propiciando nuevos conflictos industriales y políticos.

Toda una serie de reivindicaciones reflejaban el deseo de mejorar unas condiciones de trabajo inseguras, duras y degradantes. Los trabajadores exigían mejoras en la seguridad, pausas para almorzar, bajas por enfermedad, reforma de los procedimientos de contratación y despido, y otras mejoras en el lugar de trabajo. Hicieron pedazos o quemaron, en ocasiones ceremoniosamente, los convenios colectivos y los reglamentos de las fábricas, con su lista de multas, sanciones y normas a menudo humillantes. Procedieron de inmediato a desembarazarse de los gerentes y capataces impopulares y a menudo maltratadores. Normalmente a estos simplemente se les expulsaba, pero a veces se les echaba de una forma más ritual y humillante. Podían llegar a colocar a un capataz especialmente impopular en una carretilla, acarrearlo fuera de la fábrica y a continuación descargarlo allí mismo o en algún lugar particularmente desagradable. Entre los que recibieron ese trato en la fábrica Putílov había un tal Puzanov, a quien los trabajadores pusieron sobre una carretilla, lo rociaron con polvo de plomo rojo, lo acarrearon fuera de la fábrica y lo dejaron tirado en la calle.[7] En la fábrica textil Thornton, los trabajadores de uno de los talleres fueron llamando a los capataces uno por uno, les obligaron a subirse a una mesa para que explicaran su proceder en el pasado y prometieran portarse mejor en el futuro.[8] Ese tipo de actuaciones eran en parte simbólicas, y tenían que ver con la insistencia en recibir un trato con un grado razonable de dignidad y respeto. Esa insistencia fue uno de los temas generales comunes a las acciones de muchos grupos sociales durante el transcurso de la Revolución. Al mismo tiempo,

esas acciones tenían indudablemente un elemento de desquite contra los jefes por el maltrato que habían infligido en el pasado.

Aunque sus condiciones económicas, laborales y personales eran su preocupación más apremiante, también había cuestiones políticas más genéricas que animaban a los trabajadores. La guerra era intensamente impopular entre ellos. Los obreros expresaban sus reivindicaciones políticas en los llamamientos a una rápida convocatoria de la Asamblea Constituyente, a favor de una república democrática (es decir, de la abolición oficial de la monarquía), del sufragio universal y directo, del reparto de tierras y de otras cuestiones. Al plantear aquellas reivindicaciones políticas más amplias, los trabajadores estaban haciendo valer su papel como «ciudadanos libres» de una recién nacida «Rusia democrática», y también como parte del «pueblo trabajador», del que eran portavoces. Gran parte de la retórica política revolucionaria, sobre todo la de los eseristas, hablaba precisamente de esa población trabajadora en términos generales, que incluía a los obreros fabriles, los campesinos y todo tipo de trabajadores por cuenta ajena, urbanos y rurales.

Los trabajadores eran muy conscientes de que el Gobierno desempeñaba un importante papel en las cuestiones sociales y económicas, y también en las políticas, y estaban decididos a que el nuevo ejecutivo fuera tan favorable a sus intereses como hostil había sido el anterior. Se mostraban ambivalentes respecto al Gobierno Provisional, y muchas de las resoluciones de los obreros manifestaban su desconfianza hacia cualquier gobierno formado por miembros de las clases altas. Incluso después de la formación de los gobiernos «de coalición» entre socialistas y no socialistas, una de las consignas más populares era «abajo los ministros capitalistas». Esa actitud reflejaba no solo su hostilidad social y la influencia de los partidos socialistas, sino también el hecho de que a ojos de muchos

trabajadores la legitimidad y la autoridad reales estaban en manos del Soviet de Petrogrado y los demás soviets locales. A menudo ignoraban completamente al Gobierno, y las resoluciones de las fábricas apelaban más al Soviet que al Gobierno para que resolviera los problemas. Desde ahí no quedaba más que un pequeño paso para llegar a las resoluciones que reivindicaban un gobierno basado en los soviets, un «poder soviético».

Los soviets de Petrogrado y de otras ciudades eran, por supuesto, especialmente importantes como instituciones a través de las que los trabajadores podían defender sus aspiraciones, y así lo hacían. Los soviets eran el organismo político por el que los partidos socialistas convergían con los trabajadores (y los soldados), y promovían sus programas de cambio y de revolución en un futuro. Los soviets tenían un enorme apoyo popular porque eran órganos de clase, que podían defender descaradamente los objetivos de clase. Como tales, tenían una autoridad de la que carecían incluso las instituciones en las que participaban las distintas clases, como los ayuntamientos. Además, los soviets eran las principales instituciones donde el activismo de la clase obrera interactuaba con los partidos políticos, y que sin embargo existía de forma independiente de los partidos específicos. Eran, como ha señalado Don Raleigh con respecto a Sarátov, «un mercado de ideas revolucionarias», que servía como «punto de distribución del lenguaje revolucionario (la "burguesía privilegiada" y la "democracia revolucionaria"); y de los símbolos revolucionarios (telas y cintas de color rojo, gorras de obrero y abrigos de soldado)».[9] Eran una poderosa expresión del poder obtenido por los trabajadores, como instrumento para alcanzar sus reivindicaciones y también como autoridad institucional emanada de ellos. Para la clase trabajadora, los soviets eran «nuestros».

Además, los trabajadores maniobraron rápidamente durante la Revolución e inmediatamente después a fin de crear otras

organizaciones, más próximas a ellos y que pudieran controlar de una forma más directa, para dar voz a sus aspiraciones y fuerza a sus exigencias. Aquellas asociaciones, de una orientación y una organización intensamente locales, fueron el instrumento principal para la autoafirmación de los trabajadores. También fueron un punto de encuentro crucial entre los trabajadores y los partidos políticos. En aquellas organizaciones, los partidos podían influir en los trabajadores, y estos decidían sobre la popularidad de los partidos (y con ello el destino político de la Revolución).

En un principio, los comités de las fábricas fueron las organizaciones de ese tipo más importantes. Surgieron durante la Revolución de Febrero como la forma más directa de que los trabajadores se organizaran para promover sus aspiraciones y defender sus intereses. Se desarrollaron a partir de una larga tradición de comités de «ancianos» elegidos, tanto en los pueblos como en las fábricas, que representaban sus intereses colectivos ante el terrateniente o el director de la fábrica. En 1917 los comités eran elegidos por los obreros de los talleres y las fábricas, y mantenían una estrecha relación con ellos. Se convirtieron en un factor crucial de los esfuerzos para instaurar la jornada laboral de ocho horas, para reformar el funcionamiento interno de las fábricas (contratación y despido de los trabajadores, sustitución de los capataces, nuevas normas laborales, disciplina en el lugar de trabajo), los aumentos de salarios y otras reivindicaciones de los trabajadores. Aunque no tenía más remedio que aceptar las existencia de los comités, a la dirección de las empresas les ofendía profundamente aquella intrusión en sus prerrogativas sobre la gestión. Los comités de fábrica figuraban entre los primeros objetivos cuando a finales del verano la dirección de las empresas se sintió lo bastante fuerte como para intentar restablecer una autoridad más tradicional sobre los obreros.

Una función esencial de los comités de fábrica era la «supervisión de los trabajadores».******** Básicamente eso significaba el derecho a ejercer algún tipo de función de supervisión o inspección sobre la producción de la fábrica y las condiciones de trabajo. La reivindicación surgió inmediatamente después de la Revolución de Febrero, sobre todo en las fábricas de titularidad estatal cuyos gerentes habían salido huyendo o fueron destituidos durante la Revolución. Por consiguiente, los comités de fábrica, habitualmente en colaboración con el personal administrativo que seguía en sus puestos, o de nueva designación, asumieron el papel de mantener en funcionamiento las fábricas. La supervisión obrera se mantuvo tanto en las fábricas privadas como en las estatales a medida que fueron aumentando los conflictos entre los trabajadores y la dirección a lo largo del verano. Los conflictos salariales daban lugar a la reivindicación de examinar los libros de contabilidad de las fábricas. Los cierres patronales debidos a la falta de pedidos o de materias primas daban lugar a los llamamientos para supervisar los flujos de entrada y salida de materiales en las fábricas. Aquellas exigencias a menudo se topaban con la negativa de la dirección, lo que no hacía sino incrementar las sospechas de los trabajadores de que podía haber irregularidades, por lo que resultaba imprescindible la supervisión obrera. No obstante, la supervisión obrera era algo más que una respuesta a los problemas del momento. También se veía como parte de una revolución democrática en el seno de las fábricas, en consonancia con la revolución del mundo exterior, como el derrocamiento del gobierno autocrático tanto en la fábrica como en el Estado.[10] En muchos aspectos era un control análogo, en el ámbito de la fábrica, a la supervisión que ejercía el Soviet de Petrogrado sobre las acciones del Gobierno.

********* Tradicionalmente, el término casi siempre se ha traducido como «control obrero», usando directamente en inglés la palabra rusa «*kontrol'*». Pero a

menudo aparece una nota que indica que «control» no es una traducción exacta, ya que *kontrol'* tiene el significado de inspección, verificación, supervisión u observación, más que el significado de «control» de la palabra inglesa. Yo voy a utilizar «supervisión obrera» porque se ajusta más al significado del término ruso, pero el lector debe tener presente que en muchos libros en inglés se utiliza el término «control obrero».

El Gobierno Provisional se oponía a la supervisión obrera, y los dirigentes del Soviet no llegaron a apoyarla incondicionalmente, lo que se convirtió en una importante fuente de desavenencias con los trabajadores. Los comités de fábrica, indignados por la falta de apoyo de los socialistas moderados, recurrieron a los radicales. Curiosamente, los máximos dirigentes de los partidos radicales —los bolcheviques, y los mencheviques y eseristas de izquierdas— tardaron mucho en reconocer la relevancia política de los comités de fábrica. Los primeros apoyos políticos vinieron de los activistas de los partidos de los escalafones inferiores de las fábricas. Fue solo más tarde, en mayo, cuando Lenin y otros destacados líderes de los partidos radicales empezaron a prestar atención a la importancia de la supervisión para los trabajadores y los comités de fábrica, y a apoyarla.

Los sindicatos eran la segunda organización obrera por orden de importancia. Antes de la Revolución tan solo existían unos sindicatos débiles, en su mayoría ilegales. Después de la Revolución de Febrero empezaron a desarrollarse, bastante más despacio que los comités de fábrica, pero en 1917 se crearon más de 2.000 sindicatos[11], lo que pone de manifiesto tanto la urgencia por organizarse como la importancia de los sindicatos para los trabajadores. La *intelligentsia* socialista desempeñó un papel más importante tanto en la puesta en marcha como en la gestión de los sindicatos que en los comités de fábrica. La mayoría de los sindicatos se formaron conforme a criterios industriales, y organizaban a todos los obreros de una industria determinada (como las empresas metalúrgicas o las

empresas textiles) con independencia de las tareas específicas que realizaban los trabajadores individualmente. Ello les permitió emprender, ya desde finales de la primavera, una negociación colectiva a nivel de toda la industria en una ciudad determinada, algo que también preferían el Gobierno, los soviets y algunas organizaciones empresariales de la industria. Existía cierta tensión entre los sindicatos y los comités de fábrica acerca de a quién le correspondía hacer qué. Poco a poco los sindicatos fueron haciéndose cargo de la mayoría de las negociaciones salariales, mientras que los comités de fábrica se encargaban de las cuestiones de producción dentro de cada fábrica, y de otras cuestiones relativas al día a día de los trabajadores. También existía tensión, sobre todo en el seno de los sindicatos, pero también en los comités de fábrica, entre la necesidad de centrarse en las cuestiones económicas y los llamamientos de los activistas políticos a asumir un papel político más agresivo. Los activistas reflejaban la constatación de la importancia de la política en la toma de decisiones económicas y para las esperanzas de hacer realidad las aspiraciones de los obreros en el lugar de trabajo.

Los soviets de delegados de los trabajadores (y de los soldados) de cada distrito aportaban un tercer marco organizativo en las ciudades más importantes, sobre todo en Petrogrado y Moscú. Se basaban en subdivisiones administrativas dentro de las grandes ciudades. Al ser más pequeños y más accesibles que el soviet de la ciudad, los soviets de distrito eran más receptivos a las aspiraciones de los trabajadores, y respondían de una forma más directa. Al tratarse de organismos abiertamente políticos, los soviets de distrito traducían el sentir de los trabajadores en declaraciones y acciones políticas. Y al estar más cerca de sus bases, reflejaban más rápidamente las necesidades y el sentir de los obreros, y también eran eficaces a la hora de movilizar a los trabajadores de numerosas fábricas para

ejercer presión sobre la dirección, sobre el Soviet de Petrogrado y otras organizaciones. Su proximidad a los trabajadores les permitió reflejar el cambio de lealtades políticas que se produjo a lo largo del verano, antes de que los soviets de Petrogrado o de Moscú se dieran cuenta de ello.[12]

Las bandas armadas de trabajadores voluntarios, las milicias obreras y, más tarde, la Guardia Roja eran una modalidad importante de organización de los trabajadores. Surgieron por primera vez en las fábricas durante la Revolución de Febrero, y siguieron formándose a lo largo de todo el año 1917. Algunas se organizaron espontáneamente; otras se formaron con el patrocinio de los comités de fábrica o de otras organizaciones obreras. Eran una manifestación de la voluntad, si no de todos los trabajadores, por lo menos de sus elementos más beligerantes, de defender las aspiraciones de los obreros, por la fuerza si era necesario. A veces actuaban en colaboración con los comités de fábrica para ejercer presión sobre la dirección, respaldando con la fuerza bruta las exigencias de los trabajadores. Las milicias se veían a sí mismas cada vez más como una fuerza cuyo cometido político consistía en «proteger la Revolución» y defender los intereses de la clase obrera en contra de sus enemigos. Eran un reflejo de la mentalidad de los trabajadores de la industria en el sentido de que aquella era su revolución, y de la disposición de una parte de ellos a empuñar las armas para hacer cumplir su visión de la misma. No es de extrañar que solieran estar en la vanguardia del sentir radical entre los obreros. Los esfuerzos de la dirección de las fábricas, e incluso de los líderes del Soviet —que desconfiaban del radicalismo y de la contundencia de la Guardia Roja— por acabar con las milicias resultaron infructuosos. Aunque no dependían de ningún partido, fueron aliándose cada vez más con los partidos más radicales, sobre todo con los bolcheviques, pero también con los social-

revolucionarios de izquierdas. Sobrevivieron, y su tamaño y radicalismo fue en aumento a medida que fueron intensificándose las tensiones políticas y sociales con el paso de los meses. Las milicias tuvieron una importancia simbólica y a la vez práctica.[13]

Las *zemliachestva* eran otra modalidad más de organización obrera. Se trataba de hermandades informales de trabajadores que habían migrado a la ciudad desde un distrito o una provincia determinada, y cuya función era ayudar a los recién llegados a afrontar la transición a la vida urbana. Después de la Revolución, muchas de ellas se transformaron en organizaciones formales que llevaban a cabo actividades culturales, educativas y políticas, a menudo a través de los clubes que organizaban. Como tales, adquirieron importancia a la hora de organizar las unidades dentro de las fábricas y entre las distintas secciones de las fábricas, por el procedimiento de establecer vínculos entre los obreros de una determinada región. Los soldados, sobre todo los que habían sido destinados a trabajar en las fábricas, a menudo se afiliaban a ellas. Las hermandades, que utilizaban la doble identidad de sus afiliados como trabajadores urbanos y como campesinos o excampesinos, con vínculos con sus pueblos natales, desempeñaron un importante papel a la hora de enlazar la revolución urbana con la rural. Aunque algunos individuos regresaban a su pueblo natal para asumir un papel como líderes locales, las hermandades ejercían su máxima influencia difundiendo en el medio rural las noticias sobre la Revolución en Petrogrado y en Moscú, y contribuyendo a que en los pueblos los campesinos fueran capaces de interpretar la Revolución en su conjunto, de manera informal o como oradores en las asambleas de campesinos. Políticamente, los miembros de las *zemliachestva* solían destacar su carácter no partidista, y sus líderes conjugaban los puntos de vista de los social-revolucionarios y los socialdemócratas. Por ejemplo, en la Unión de *Zemliachestva* de

Smolensk en Petrogrado (una federación de las numerosas hermandades de trabajadores procedentes de los distritos de la provincia de Smolensk) predominaban los eseristas, pero su presidente era bolchevique. La Unión de Smolensk, que en un principio tenía una visión socialista moderada, se fue radicalizando cada vez más durante el verano, una evolución en la que los social-revolucionarios de izquierdas desempeñaron un papel especialmente importante. Se trata de una pauta muy típica.[14]

Además, los obreros industriales formaron infinidad de organizaciones culturales, cooperativas, económicas y de otros tipos para satisfacer sus distintas necesidades y aspiraciones. Los obreros dedicaban buena parte de sus energías a las actividades culturales y educativas. Un gran número de fábricas y de sindicatos crearon clubes de trabajadores, que organizaban conciertos, representaciones teatrales y conferencias sobre temas culturales y políticos. También aportaban bibliotecas y una amplia gama de cursos, desde la alfabetización básica a los temas más avanzados. Hubo un importante debate sobre si aquellas actividades culturales debían centrarse en la ilustración *política* y en la conciencia de clase, o si debían ser culturales en un sentido más genérico, acaso incluso recreativas. En lo que todo el mundo estaba de acuerdo era en que las actividades culturales y educativas eran enormemente importantes. En el contexto sumamente politizado de 1917, aquellos clubes y aquellas actividades de «ilustración» contribuían a definir y a enfocar los asuntos y las actividades de importancia para los obreros (y para otros colectivos, como los soldados, que también asistían de vez en cuando a aquellos encuentros).

Las organizaciones obreras también centraban su atención en la salud y el bienestar de los trabajadores y sus familias. Organizaban excursiones fuera de la ciudad, por motivos tanto de placer como de salud. Se prestaba una atención considerable a la organización de

campamentos de verano para los niños. Era un asunto importante, teniendo en cuenta la miseria y las condiciones insalubres en que vivían muchos de ellos, y que habían empeorado durante los años de la guerra debido al hacinamiento y al deterioro de los servicios públicos. El 29 de junio, los funcionarios de la ciudad de Petrogrado afirmaban sin rodeos que «resulta sencillamente imposible describir lo que actualmente se observa en los barrios de los pobres de la ciudad [...]. La población nada en el barro y la mugre, hay insectos por doquier, etcétera».[15] Aquellas condiciones de vida no solo generaban descontento sino que también contribuían a que los trabajadores plantearan nuevos tipos de reivindicaciones socio-económicas en su trato con la dirección: vacaciones pagadas, sanatorios y casas de reposo financiadas por las fábricas, campamentos de vacaciones fuera de la ciudad para los niños. Esas exigencias y otras parecidas reflejaban la determinación de los obreros de utilizar el poder y la libertad que acababan de descubrir para conseguir una vida mejor para ellos y sus familias.

La Revolución y las huelgas de la primavera no solo tuvieron el efecto de cristalizar la identidad de clase trabajadora, sino también de ampliar el círculo de quienes se consideraban a sí mismos trabajadores. Ser un «trabajador» adquirió un prestigio adicional, tanto debido al papel que habían desempeñado los obreros en la Revolución de Febrero, como a consecuencia del evidente aumento de su influencia política y su poder. Una de las consecuencias de todo ello fue que cada vez eran mayores los grupos que se identificaban como «trabajadores», hasta el extremo de formar sindicatos. Este tipo de personas iban desde los elementos de clase baja previamente desorganizados —taxistas, lavanderas, empleados de los baños públicos— hasta colectivos como los camareros de los restaurantes, los panaderos, los barberos y los dependientes del comercio al detalle. Incluso afectó a los trabajadores administrativos

de nivel inferior, como los oficinistas y los maestros de la escuela primaria, que más propiamente formaban parte de la clase media baja (véase más adelante el apartado sobre las clases medias). Todas esas profesiones organizaron sus propios sindicatos y enviaban sus respectivos representantes a los soviets.

Los dirigentes de todas aquellas organizaciones obreras procedían de dos fuentes básicas: de entre sus propias filas y de entre la *intelligentsia* socialista. Durante el largo periodo de huelgas y manifestaciones que se extendió desde la Revolución de 1905 hasta la Revolución de Febrero, entre los trabajadores industriales habían ido surgiendo líderes, que ahora pasaban a asumir el liderazgo de sus nuevas organizaciones, sobre todo los más próximos a los obreros de las fábricas, como los miembros de los comités de trabajadores fabriles y de las milicias obreras. La mayoría procedía del sector de los trabajadores mejor formados, más enérgicos, con mayor conciencia política, con mayor cualificación y más experiencia laboral, que habían ido desarrollando sus propias ideas sobre la importancia de los esfuerzos organizativos a largo plazo. Muchos habían establecido una estrecha relación con los partidos revolucionarios. El colectivo de los activistas obreros, que originalmente era una mezcla de militantes de los partidos y de no afiliados, asumió las tareas de liderazgo en la lucha por alcanzar unos objetivos económicos inmediatos e hizo de correa de transmisión entre los obreros y los partidos políticos. A medida que progresaba la Revolución, se produjo un doble desarrollo entre aquellos líderes obreros: se vieron obligados a identificarse más estrechamente con algún partido político cuando estos empezaron a asumir un papel más importante en la vida pública, y se fueron radicalizando cada vez más debido a la negativa del Gobierno Provisional y de los socialistas moderados a apoyar la agenda de los trabajadores, mientras que la izquierda radical sí la apoyaba.

Influyeron en los partidos socialistas, y a su vez fueron influidos por ellos.

La otra fuente de liderazgo era la *intelligentsia* socialista, que veía en aquella Revolución su oportunidad de encabezar el proceso de creación de la nueva sociedad surgida de la Revolución; para muchos, era la oportunidad de imponer su visión, cultivada durante años, de una sociedad socialista. Los intelectuales socialistas fueron más importantes allí donde se creaban estructuras geográficas más grandes que las de las fábricas, como los soviets de las ciudades y los distritos, y los sindicatos. La conexión entre los activistas de las fábricas y la *intelligentsia* de los partidos socialistas resultó crucial para la dirección de la Revolución. Al mismo tiempo, esa conexión fomentó una burocratización cada vez mayor de las organizaciones obreras: cuando llegó el verano, el sindicato de obreros metalúrgicos de Petrogrado tenía casi cien dirigentes a tiempo completo.[16]

Inicialmente los comités de fábrica, los soviets de distrito y los sindicatos contaban con unos dirigentes mayoritariamente socialistas moderados y apoyaban la postura defensista revolucionaria. Sin embargo, el temor creciente entre los trabajadores a que sus conquistas se vieran amenazadas y a que la Revolución no llegara a materializar del todo sus aspiraciones les arrastró hacia la izquierda. Los comités de fábrica fueron el primer barómetro anunciador de aquel cambio político, debido a la inmediatez de su contacto con sus representados y su receptividad respecto a ellos y a las asambleas generales de las fábricas, donde podían participar directamente todos los trabajadores. Los comités de fábrica se convirtieron en un primer baluarte del radicalismo obrero y de la influencia de los bolcheviques, de los mencheviques internacionalistas y de los social-revolucionarios de izquierdas. Ya en junio, la Primera Conferencia de Comités de las Fábricas de Petrogrado votó a favor de la resolución presentada por los bolcheviques y en contra de la de los

mencheviques.******** Los soviets del distrito de Petrogrado empezaron a virar a la izquierda uno tras otro durante el verano y el otoño. Los sindicatos permanecieron más tiempo bajo el liderazgo de los mencheviques, pero ya en verano empezaba a ponerse en entredicho. Por ejemplo, una alianza de izquierdas encabezada por los bolcheviques, pero que incluía a los mencheviques internacionalistas, a los eseristas de izquierdas y a otros, controlaba el Consejo de los Sindicatos de Petrogrado. Las milicias (Guardia Roja) siempre fueron más radicales que los líderes defensistas revolucionarios, e incluso que la mayoría de los trabajadores.

********* En las votaciones que se celebraban en los soviets, en los comités de las fábricas y en organizaciones parecidas, lo habitual era que los distintos partidos presentaran sus respectivas resoluciones sobre la cuestión que se estaba debatiendo. Normalmente ganaban las resoluciones presentadas por los defensistas revolucionarios. Así pues, el hecho de que ganara la resolución propuesta por los bolcheviques, allí o en cualquier otro lugar, era un indicio del cambio en el sentir político, acaso de una nueva mayoría en la organización, y habitualmente conllevaba una reorganización de la ejecutiva para reflejar ese cambio.

Muchos de los que han escrito sobre la Revolución han pintado a los obreros como una masa pasiva e indiferenciada, fácilmente manipulable por los radicales y los bolcheviques. No lo eran en absoluto. Asumieron un papel activo en la Revolución por medio de las asambleas y los comités de fábrica, a través de sus distintas organizaciones, mediante su apoyo a un partido u otro, y gracias a las asambleas informales en la calle y a las puertas de las fábricas, que eran muy habituales. Su participación en las distintas manifestaciones masivas de 1917, en febrero y después, fue el reflejo de la decisión de que aquella era una forma de defender sus intereses, no una burda manipulación por parte de los partidos políticos: los obreros *optaron por* participar. Además, cabe recordar, los trabajadores ya contaban con una larga tradición de auto-

organización y de generar a sus líderes de entre sus propias filas, aunque también recurrieran a la ayuda y el liderazgo de los intelectuales y los partidos socialistas para poder organizarse a una escala más grande, local y nacional, así como para las explicaciones sofisticadas de los acontecimientos.

Al mismo tiempo, no se debe desestimar del todo el papel de los partidos políticos. Los activistas de los partidos en las fábricas conjugaban su identidad como obreros y como militantes, y contribuyeron a dar forma a las políticas de las organizaciones obreras. Los trabajadores y los intelectuales socialistas se reafirmaban mutuamente en determinadas tendencias: su énfasis en la solidaridad y la lucha de clases, su retórica antiburguesa, la identificación de los enemigos de clase y su convicción de que el sistema económico era ilegítimo. El lenguaje empleado por ambos colectivos tenía un fuerte elemento moral, sobre todo a la hora de condenar a los elementos privilegiados y el vigente orden capitalista. También tenían en común el lenguaje especial de lucha socioeconómica (clase, explotación económica), unos símbolos (las banderas rojas), una tradición de lucha contra el antiguo régimen y unas festividades (el Día de la Mujer, el Primero de Mayo, la conmemoración del Domingo Sangriento). Los periódicos, los oradores y los debates de los partidos socialistas influían en los trabajadores y contribuían a dar forma a su visión de los acontecimientos, e incluso de sí mismos como clase. Los obreros más jóvenes y los más cualificados eran más cultos, tenían un mayor sentido de su dignidad personal y de la importancia de su clase, y tomaban ideas de la amplia colección ideológica que tenían a su disposición en función de cómo dichas ideas explicaban la realidad y marcaban un camino que les llevara al cumplimiento de sus aspiraciones. La relación entre los trabajadores y los partidos políticos era extremadamente compleja, y no era en absoluto

unidireccional, y mucho menos una simple manipulación, ni tampoco una mera relación entre unos líderes y sus seguidores.

Los trabajadores de la industria y de otros sectores veían la Revolución como el comienzo de unos cambios fundamentales en sus vidas, incluido un cambio importante en la estructura social y política de Rusia. Estaban decididos a exigir que se cumplieran sus aspiraciones. En un primer momento los programas de los socialistas moderados atrajeron a los trabajadores, y daba la impresión de que sus aspiraciones iban a poder cumplirse en el marco del Sistema de Febrero. Sin embargo, a medida que avanzaba el año, eso parecía cada vez menos probable. Los problemas sin resolver y el deterioro de la situación durante el verano llevaron a los obreros a aproximarse a los socialistas radicales y prepararon el terreno para una nueva fase radical de la Revolución. Eso ocurrió porque los trabajadores vieron que los bolcheviques, los social-revolucionarios de izquierdas y otros grupos radicales abogaban por las mismas posturas que ellos consideraban favorables a sus aspiraciones, y no porque fueran una especie de masa inerte y pasiva que unos agitadores políticos externos se encargaban de modelar. Esa coyuntura de intereses fue creciendo de la mano de las crisis del verano y del otoño. En 1917, Rusia era un mercado de ideas rivales, de explicaciones de la realidad y propuestas de acción que competían entre ellas, y los obreros prestaban cada vez mayor atención a las que ofrecían los radicales. Por añadidura, tanto los trabajadores como los intelectuales socialistas radicales eran conscientes de la importancia del escenario político y del control del Gobierno para las políticas sociales y económicas, y de ahí el atractivo de la idea de un poder soviético.

El aumento del radicalismo de los trabajadores coincidió con el desvanecimiento del optimismo de las primeras semanas de la Revolución. Las conquistas de marzo habían ido a menos; la

inflación volvía a dispararse; la guerra proseguía, y persistía la pobreza. Había una creciente sensación de conflicto de clases entre los obreros y la dirección de las empresas, así como la convicción de que existía una especie de conspiración burguesa para acabar con ellos y con la Revolución (véase el capítulo 7 para más detalles sobre la mentalidad de conspiración en 1917). Y esa sensación se veía agudizada por la retórica de los partidos revolucionarios, con sus categorías marxistas y su lucha de clases, que a los trabajadores les resultaba bastante accesible y fácil de aceptar. Encajaba con sus propias experiencias. Y para colmo, ahora los trabajadores disponían de estructuras institucionales con las que librar su lucha por una vida mejor. Aquel radicalismo creciente entre los obreros y en las instituciones representativas más próximas a ellos creó una tensión entre los máximos dirigentes del Soviet y los trabajadores en cuyo nombre decían hablar. También explica por qué los máximos dirigentes del Soviet estuvieron bajo una constante presión desde abajo a lo largo de 1917. De hecho, ya desde el principio, existía una peculiar dualidad por la que el bloque defensista revolucionario del Soviet de Petrogrado, encabezado por Tsereteli, estaba enzarzado en un conflicto político a nivel gubernamental con las fuerzas políticas situadas a su derecha, al tiempo que se enfrentaba con las fuerzas a su izquierda a nivel popular, y estaba ganando el primero de los dos conflictos pero estaba perdiendo el segundo. Un problema parecido afectaba a los socialistas moderados en las ciudades de provincias, ya que se encontraban bajo la presión de la izquierda incluso mientras consolidaban el control sobre los gobiernos municipales locales.

Los soldados y los marineros

Los soldados y marineros probablemente fueron, junto con los obreros industriales, el grupo cuyas aspiraciones condicionaron más directamente el destino de la Revolución. Eso fue especialmente cierto en el caso de las guarniciones de las ciudades, que fueron capaces de influir directamente en el giro de los acontecimientos políticos. Los soldados de la guarnición de Petrogrado fueron proclamados los héroes de la Revolución, sus guardianes, y se tomaron muy en serio esa identidad. En Petrogrado, centro neurálgico de la Revolución, la guarnición constaba de 180.000 hombres, a los que había que sumar otros 152.000 en los suburbios de los alrededores. Los soldados, armados y organizados por la estructura militar, eran un poderoso elemento en la vida de la capital. Además, casi todas las ciudades y pueblos grandes de la Rusia europea contaban con guarniciones, a menudo muy grandes, que ejercían cierta influencia en la política local. En 1917, entre dos millones y dos millones y medio de hombres prestaban servicio en las guarniciones de retaguardia. El impacto de los siete millones de soldados del frente en la política fue más lento y menos directo, pero a pesar de todo sus aspiraciones y sus acciones tuvieron una profunda influencia en la Revolución.

La respuesta de los soldados se centró en tres conjuntos de aspiraciones: las condiciones del servicio, la paz y las cuestiones sociales, económicas y políticas en general. En primer lugar, y de forma inmediata, las tropas insistían en una modificación de la naturaleza del servicio militar. En mayor medida que los trabajadores, los soldados tenían unas aspiraciones que reflejaban que la Revolución tenía mucho que ver con la reivindicación de ser reconocidos como seres humanos y tratados con dignidad. A su vez, eso reflejaba una tensión social más profunda entre las clases cultas —nobles y plebeyas— de las que se nutría la mayor parte del cuerpo de oficiales, y los campesinos y las clases bajas urbanas, que

componían la clase de tropa. En segundo lugar, y una vez que se salvaguardó la Revolución en términos del servicio, la máxima aspiración de los soldados era la paz, el fin de una guerra que estaba consumiendo sus vidas. Sin embargo, al mismo tiempo los soldados seguían comprometidos con la *idea* de la defensa del país. Otras aspiraciones, como el reparto de la tierra y las cuestiones políticas, iban detrás de esas dos exigencias principales, en términos de su repercusión inmediata en las acciones de los soldados.

La primera manifestación de las aspiraciones de los soldados fue la Orden n.º 1. El 28 de febrero, la Comisión Militar del Comité de la Duma, preocupada por la defensa de Petrogrado contra un eventual ataque desde el frente por parte de Nicolás II, intentó que los soldados de Petrogrado regresaran a sus cuarteles y volvieran a ponerse a las órdenes de sus oficiales y a someterse a la disciplina militar tradicional. Los soldados, que se habían rebelado contra el duro sistema disciplinario y jerárquico del antiguo Ejército, se negaron a aceptar su restablecimiento. Entre ellos ya circulaban llamamientos a la elección de los oficiales y a la creación de comités en las unidades. El rumor de que la Comisión Militar planeaba desarmar a los soldados les enfureció y les alarmó. Cuando la Comisión Militar y el Comité de la Duma rechazaron las reivindicaciones de los soldados de que se dictaran órdenes para la reestructuración de las prácticas del servicio militar, los encolerizados soldados respondieron: «En ese caso, las redactaremos nosotros mismos».[17]

El resultado fue la Orden n.º 1. El 1 de marzo por la tarde, los soldados literalmente asumieron el control de la reunión del Soviet de Petrogrado para presionar sobre esa cuestión. En un rápido debate, acordaron los principales puntos de las exigencias de los soldados y, bajo la dirección de un grupo formado por soldados intelectuales socialistas de distintos partidos, les dieron forma en un

documento coherente. A instancias de los soldados, aquel documento se calificó de «orden», ya que para ellos tenía más fuerza que una simple resolución. Se imprimió de inmediato y se divulgó por toda la ciudad aquella noche en forma de octavillas, se publicó en *Izvestia* al día siguiente, y posteriormente se diseminó por todo el Ejército. La orden, que iba dirigida «a la guarnición de la Región Militar de Petrogrado, a todos los soldados [y marineros] de la Guardia, el Ejército, la Artillería y la Flota, para su ejecución inmediata y precisa, y a los trabajadores de Petrogrado para su información»,[18] resultó ser uno de los documentos más importantes de la Revolución. Fue el inicio de un gigantesco vuelco en las relaciones militares, lo que a su vez tuvo enormes implicaciones para el poder político durante los meses siguientes y para el destino del Ejército ruso.

De la orden se desprendían tres cambios especialmente importantes. En primer lugar, se ordenaba la formación inmediata de «comités de los representantes elegidos entre las clases de tropa». El sistema de comités arraigó en seguida, con una red de comités que recorría todo el Ejército, similar a la estructura de mando militar, desde la unidad más pequeña hasta los regimientos, los ejércitos y los frentes en su conjunto. Los comités brindaban a los soldados un medio para cuestionar la autoridad de los oficiales, modificar el sistema militar, defender sus intereses y hacer realidad sus aspiraciones. En segundo lugar, se modificaba radicalmente la relación entre los oficiales y la tropa. La orden prohibía que los oficiales utilizaran un lenguaje grosero y despectivo con los soldados («Queda prohibida [...] la mala educación con los soldados») y el empleo de títulos honoríficos para con los oficiales. Ambas cosas eran moneda corriente en el Ejército ruso. Se abolía la obligatoriedad de ponerse firmes y saludar a los oficiales cuando los soldados estaban fuera de servicio. Se estipulaba que, aunque

«deben observar la disciplina militar más estricta» en el cumplimiento de sus deberes, cuando se encuentren fuera de servicio, en su «vida política, en sus actividades cívicas en general, y en su vida privada», los soldados debían gozar de los plenos «derechos de que gozan todos los ciudadanos». Aquellos cambios venían a demostrar una nueva sensación de dignidad y de seguridad en sí mismos por parte de los soldados, y simbolizaban una infinidad de condiciones del servicio que según los soldados habían quedado abolidas a todos los efectos. En tercer lugar, la orden cimentaba la lealtad de los soldados al Soviet. Disponía que, «en todas sus acciones políticas, el poder militar está subordinado al Soviet» y que las órdenes del Comité de la Duma debían «cumplirse únicamente en los casos en que no estuvieran reñidas con las órdenes y las resoluciones del Soviet». Ese artículo marcaba la pauta de una lealtad fundamental al Soviet, y tan solo un apoyo condicional al Gobierno. Con el paso del tiempo, las afinidades sociopolíticas habrían llevado a los soldados a ponerse a las órdenes del Soviet, pero la Orden n.º 1 aceleró el proceso. Por consiguiente, los soviets ejercían, de hecho, aunque no en teoría, el predominio de la coerción armada en Petrogrado, y muy pronto pasaron a ejercerlo en todo el país.

Las noticias de la Revolución de Febrero y de la Orden n.º 1 se difundieron rápidamente a otras guarniciones y llegaron al frente durante los primeros días de marzo. Por doquier, los soldados insistían en que se aplicara la orden. Para proteger sus intereses y deshacerse de un sistema militar que detestaban, los soldados simplemente la implantaron en sus tres puntos principales: los comités, la modificación de la relación entre los oficiales y la tropa, y la lealtad a los soviets. El Gobierno intentó insistir en que la orden tan solo era válida en Petrogrado, pero no sirvió de nada. El Ejército se había revolucionado de arriba a abajo, y nunca más se

restablecieron las antiguas relaciones ni el viejo orden, a pesar de los numerosos intentos por revertir los cambios.

Una vez que se modificaron las condiciones del servicio, los soldados pudieron manifestar sus sentimientos sobre la guerra y sus aspiraciones de paz. Deseaban desesperadamente que se acabara aquella matanza que se había cobrado la vida de tantos compañeros suyos y que también les amenazaba a ellos. Sin embargo, apoyaban firmemente la necesidad de mantener el frente y defender Rusia y la Revolución. En un primer momento, los soldados del frente vacilaban a la hora de hablar de paz, pero a medida que el debate del Soviet sobre cómo poner fin a la guerra fue extendiéndose a finales de marzo y principios de abril, también los soldados abordaron la cuestión. Era como si de alguna manera necesitaran una especie de autorización que dijera que se podía discutir abiertamente el tema de la paz, que no era un acto de sedición ni de traición a sus obligaciones. A los delegados de los soldados del frente y de las guarniciones que asistieron a la Conferencia de Soviets de Toda Rusia (29 de marzo-3 de abril) se les dio una explicación exhaustiva de las políticas del Soviet, que posteriormente transmitieron a sus camaradas. La consecuencia fue que los soldados del frente tuvieron más clara la distinción entre el Gobierno Provisional y el Soviet, tanto institucionalmente como en materia de políticas. Y a su vez eso dio lugar a un vuelco de los comités de los soldados en apoyo de la política de paz del Soviet tal y como lo planteaba el defensismo revolucionario. Muy pronto, las resoluciones de los soldados, tanto en el frente como en la retaguardia, empezaron a incluir la reivindicación de poner fin a la guerra, normalmente mediante el eslogan defensista revolucionario de «paz sin anexiones ni indemnizaciones».

Una vez que empezaron a hablar del fin de la guerra, los soldados lo tradujeron rápidamente en un peculiar enfoque de todas las

órdenes y las posibles acciones militares. Los soldados tenían la sensación de que, en virtud del plan de paz del Soviet, tan solo eran necesarias las medidas defensivas, y de que las acciones ofensivas eran innecesarias. Las negativas a cumplir las órdenes de operaciones ofensivas, alegando que «no necesitamos la cumbre X», se volvieron habituales. Y el fenómeno se veía agravado por la desconfianza hacia los oficiales y el temor de que estuvieran ocultando información importante, o que pretendieran engañarles para emprender alguna acción militar no pertinente. Muchos soldados tenían la sensación de que los oficiales podían estar ocultando información, acaso sobre la intención del Gobierno de llevar a cabo un reparto de tierras (pues circulaban rumores al respecto) o de poner fin a la guerra. Los soldados del frente recopilaban los fragmentos de información de que disponían —a través de los rumores, los periódicos, los camaradas que habían estado en alguna ciudad vecina— e intentaban dilucidar lo que la Revolución significaba para ellos. A menudo recurrían a algún oficial del escalafón inferior que les pareciera mínimamente de fiar para que les ayudara a descifrarlo. Uno de ellos era Fiódor Stepun, un intelectual socialista que en aquel momento prestaba servicio como oficial del Ejército:

> «¿Cómo están las cosas, señoría, ahora que tenemos libertad? Dicen que en *Píter* [Petrogrado] han cursado una orden para firmar la paz, pues nosotros no necesitamos nada que le pertenezca a otro. La paz: eso significa volver a casa con nuestras esposas y nuestros hijos. Pero su excelencia [una referencia sarcástica al comandante de la unidad] dice: "Nada de eso: la libertad es para los que sigan vivos después de la guerra. Por ahora, tendréis que defender la patria". Pero, señoría, sospechamos que nuestro coronel es un rebelde contra nuestro nuevo régimen, y que está intentando intimidarnos, porque sabe que va a entrar en vigor la nueva ley, y eso nos retira del frente».
>
> «Eso es verdad», resonó una voz cercana y decidida.

> Entonces, de entre la multitud surgieron unas voces aún más inquietas y llenas de amargura: «De todas formas, para qué queremos invadir Galitzia, cuando en nuestra patria van a repartir la tierra?». «¿Para qué demonios queremos tomar otra cumbre, cuando podemos firmar la paz en el valle?». «Sí, al comandante le concederán una [Cruz de] San Jorge por tomar esa cumbre, ¡pero para lograrlo nosotros acabaremos criando malvas!».[19]

A medida que avanzaba el año, los soldados recurrían cada vez más a los portavoces de los partidos socialistas, sobre todo de los radicales, para ese tipo de explicaciones.

Se fue creando una curiosa situación en la que los soldados aceptaban, por lo menos en principio, la necesidad de seguir sosteniendo el frente y de defender el país, pero eran reacios a traducirlo en combates activos. Los soldados del frente no querían entrar en combate, y los soldados de las guarniciones de retaguardia no querían que les trasladaran al frente, y ni unos ni otros querían realizar las actividades de instrucción militar que les preparaban para el combate. Sin embargo, ni los soldados abandonaban el frente o las guarniciones en un número particularmente alto (las cifras de deserciones que se manejaron más tarde eran muy exageradas). El defensismo revolucionario de Tsereteli, con su combinación de esfuerzo defensivo y de iniciativas de paz, coincidía con el sentir de los soldados, y consolidó el apoyo de las tropas a los líderes del Soviet. Para los soldados, el defensismo revolucionario implicaba una defensa pasiva, y cuando más tarde los dirigentes del Soviet intentaron interpretarlo para que incluyera acciones ofensivas, los soldados se sintieron traicionados, abandonaron a los defensistas y apoyaron a los social-revolucionarios de izquierdas y a los bolcheviques.

Aunque para ellos lo primordial eran las condiciones del servicio y la paz, los soldados también tenían otras aspiraciones. Compartían la preocupación de los campesinos —la mayor parte de los soldados

era de origen rural— y una de sus principales reivindicaciones era el reparto de tierras. La incapacidad del Gobierno de actuar con rapidez sobre el asunto les inquietaba. Por añadidura, les preocupaba el bienestar de sus familias —muchos soldados volvían a casa unos días en primavera o en verano para ver cómo estaban sus familias, e incluso tal vez para echar una mano en la cosecha—. Cuando volvían a casa, a menudo contribuían a radicalizar la política local del pueblo. También planteaban su reivindicación de un aumento de las ayudas económicas a sus familias, de que se garantizaran las ayudas en caso de discapacidad, de mejoras en las condiciones de vida de los cuarteles y otras preocupaciones exclusivas de los militares. Los soldados del frente exigían ropa y comida de mejor calidad y más abundantes. En las guarniciones de retaguardia, hacían valer sus «derechos» como ciudadanos: a circular libremente por las calles, a afiliarse a los partidos políticos y a otras organizaciones, a asistir a los mítines y a participar en las manifestaciones, a utilizar el transporte público (que anteriormente tenían prohibido en algunas ciudades). Los «mayores de 40» exigían que les licenciaran. Además, las resoluciones de los soldados manifestaban las mismas preocupaciones políticas del momento que aparecían en las resoluciones de los obreros y los campesinos: la formación de la Asamblea Constituyente, la instauración de una república, derechos civiles para todos, y el fin de la discriminación basada en la religión o la nacionalidad, y el apoyo a los soviets. Unos meses más tarde, las resoluciones manifestaban su oposición al Gobierno de coalición y reclamaban todo el poder para los soviets. En algunas unidades y guarniciones, las cuestiones de nacionalidad adquirieron importancia, y se centraban en la reivindicación de reorganizarse como unidades basadas en la nacionalidad.[20]

Los soldados, al igual que los obreros, fueron creando organizaciones para que les ayudaran a hacer realidad sus

aspiraciones y para que les representaran en sus conflictos con sus superiores, los oficiales. De ellas, la más importante eran los comités de soldados, que asumieron numerosas funciones. Ofrecían a los soldados un canal de información alternativo, diferenciado del canal de la cadena de mando militar, en el que no confiaban. Al nivel de las unidades más pequeñas, los comités se convirtieron en el principal organismo de participación en la toma de decisiones políticas de la unidad, ya que interpretaban los acontecimientos para los soldados, aprobaban las resoluciones e incluso realizaban tareas educativas. Transmitían a las tropas las resoluciones del Soviet, y el sentir de los soldados al Soviet de Petrogrado o al soviet local. Enviaban delegaciones a Petrogrado o a otras ciudades importantes para recoger información. Supervisaban los plazos de los permisos, la comida, las funciones económicas y de intendencia, los servicios sanitarios y otros quehaceres cotidianos de la unidad. Mediaban en las disputas entre los oficiales y los soldados, y podían llegar a relevar a los oficiales impopulares y a escoger nuevos comandantes. Colaboraban con los comandantes en determinados asuntos a fin de mantener a las unidades dispuestas para el combate, pero en otros casos se convirtieron en agentes activos a través de los cuales los soldados cuestionaban la autoridad de sus oficiales. Desempeñaron un papel crucial en la negativa de algunos regimientos a participar en la importante ofensiva de junio. En ocasiones fueron el instrumento con el que los comandantes más imaginativos lograban que se realizaran las tareas militares esenciales, pero eran sobre todo el medio con el que los soldados hacían valer sus derechos y controlaban sus propias vidas y las de los oficiales.[21]

En los niveles más altos —división, ejército, frente—, los comités eran más un instrumento político en sentido estricto, y a menudo llegaron a colaborar más estrechamente con la estructura de mando, que a su vez se apoyaba en ellos, y en muchos casos les permitía

acceder a los recursos y a los equipos del estado mayor. Los líderes de los comités en los niveles superiores, los «comisarios» eran más que nada intelectuales socialistas de uniforme. Los hombres de mayor nivel educativo —los médicos, los médicos asistentes, los administrativos, los especialistas y los técnicos— acabaron predominando en los comités de nivel superior. A su vez, esos comisarios en seguida asumieron la orientación defensista revolucionaria del grupo dirigente de Tsereteli en el Soviet de Petrogrado, y con ello crearon el mismo tipo de liderazgo socialista moderado que dirigía los soviets urbanos. Los comités de nivel superior se convirtieron en el equivalente militar de los soviets, pues tenían una relación de «autoridad dual» con los comandantes parecida a la que tenía el Soviet de Petrogrado con el Gobierno Provisional. No obstante, con el paso del tiempo, y a raíz de la incapacidad del Gobierno de encontrar una forma de sacar al país de la guerra, tanto los comités del frente como los de las guarniciones empezaron a elegir a unos líderes cada vez más radicales, sobre todo social-revolucionarios y bolcheviques.

La otra institución importante para la expresión de las aspiraciones de los soldados eran los soviets urbanos. La mayoría de las ciudades, y muchos pueblos grandes, contaban con guarniciones del Ejército, unas guarniciones que, al igual que en Petrogrado, se unieron rápidamente al movimiento de los soviets. La mayoría de las ciudades imitaron el modelo de Petrogrado, que era un soviet conjunto, con sus respectivas secciones de trabajadores y de soldados. Las secciones se reunían por separado para debatir cuestiones de especial interés para sus afiliados y conjuntamente para otros cometidos. En algunos lugares, como Moscú, los soviets de soldados existieron por separado hasta después de la Revolución de Octubre. Los social-revolucionarios dominaban los soviets o las secciones de soldados, lo que reflejaba el origen rural de la mayoría

de los soldados. Dichos soviets proporcionaban el medio de unificar las unidades de las guarniciones para formar organizaciones a nivel municipal, y a través de ellos los soldados pudieron desempeñar un papel político mucho más activo del que podían ejercer a través de los comités de sus respectivas unidades.

La problemática relación entre los oficiales y los soldados, tanto en el frente como en las guarniciones de retaguardia, fue una de las cuestiones cruciales de la Revolución. Los soldados veían a los oficiales como contrarrevolucionarios en potencia, que querían restablecer el antiguo orden en el Ejército, y acaso en todo el país (esto último no era cierto en el caso de la mayoría de los oficiales). Los soldados procedían sobre todo del campesinado, y del resto, la mayoría provenía de la clase trabajadora y de otros grupos urbanos de clase baja, mientras que los oficiales, aunque de orígenes diversos, procedían sobre todo de las clases cultas de la sociedad, ya fueran nobles, de clase media o intelectuales. Las distinciones de clase entre los oficiales y la tropa agudizaban la hostilidad mutua. La desconfianza de los soldados hacia los oficiales, por considerar que representaban unos intereses sociales, y por consiguiente políticos, diferentes de los suyos, y que eran elementos «contrarrevolucionarios», en cierta medida era comprensible. En aquel mundo de identidades de clase, un solo soldado airado podía poner en pie de guerra a toda una unidad, e incluso desencadenar una oleada de violencia contra los oficiales. Como apuntaba un oficial del Regimiento Pavlovsky de la Guardia, «entre nosotros y ellos hay un abismo insalvable. Da igual lo bien que puedan llevarse con los oficiales individualmente, para ellos todos nosotros somos *barins* [señores] [...]. A su modo de ver, lo que ha ocurrido no es una revolución política sino social, en la que a su juicio ellos han ganado y nosotros hemos perdido».[22] La propaganda socialista reafirmaba esa percepción.

Las tensiones de índole social se veían agravadas por el cambio de la relación de poder en el seno del Ejército. Algunos oficiales, sobre todo los que manifestaban abiertamente su hostilidad hacia el nuevo régimen o tenían un historial de trato especialmente vejatorio contra los soldados, fueron «arrestados» o expulsados de sus unidades. El resto de oficiales, además del problema fundamental de adaptarse a un sistema radicalmente distinto de relaciones y de mando, eran objeto de una hostilidad manifiesta, de la supervisión de sus actividades, tenían que ver cómo los comités revocaban sus órdenes e incluso sufrían registros y otros tipos de trato humillante. Tenían que tolerar las conductas negligentes, la desidia en el cumplimiento del deber e incluso los abandonos del puesto. Para colmo, ahora tenían que satisfacer los caprichos de los soldados y dedicar horas a «convencerles» de que hicieran cosas que antes normalmente hacían porque así se lo ordenaban. Ocurría tanto con las tareas cotidianas menores como con las cuestiones operativas generales. Como dijo el general Dragomirov en una reunión de los comandantes del frente y los miembros del Gobierno Provisional y del Soviet de Petrogrado el 4 de mayo, las órdenes que anteriormente se obedecían de inmediato, «ahora requieren interminables discusiones; si hay que trasladar una batería a otro sector, inmediatamente cunde el descontento [...]. Los regimientos se niegan a relevar a sus camaradas en la línea de fuego con distintos pretextos. [...] Nos vemos obligados a pedir a los comités de distintos regimientos que hagan entrar en razón a los soldados».[23] Algunos oficiales aceptaron en seguida los comités como un mal menor a fin de mantener algún tipo de operatividad en el Ejército, y como parachoques entre los oficiales y la tropa, pero la mayoría lo estaban pasando mal. En cierto sentido, el aumento de la autoridad de los comités y la disminución de la autoridad de los oficiales eran la versión castrense de la supervisión obrera en las

fábricas, de la vigilancia institucionalizada de unos superiores a los que se consideraba imprescindibles pero poco fiables.

El cambio en las relaciones militares también se reflejaba en merma de la potestad de los oficiales para castigar a los soldados. El 12 de marzo, el Gobierno Provisional ilegalizó la pena de muerte, con lo que eliminaba el arma más temible de que disponían los oficiales para imponer la obediencia a las órdenes. Muy pronto los oficiales perdieron casi todas sus potestades punitivas, ya que los comités de los soldados asumieron gran parte de la responsabilidad de las acciones disciplinarias. El resultado fue que se dejó a los oficiales prácticamente sin medios para imponer la obediencia a los soldados o para obligarles a cumplir con sus obligaciones, ya fuera en cuestiones menores o en decisiones tan cruciales como entrar en combate. En abril, un comandante que informaba de la negativa de los soldados a realizar las tareas que tenían encomendadas, comentaba que «bajo el antiguo régimen, habríamos podido azotarles, pero ahora no tenemos forma de obligarles».[24] Era algo que los soldados habían comprendido de inmediato, así como sus implicaciones. Se asemejaba a la pérdida del poder de coerción que sufría el Gobierno Provisional para hacer cumplir sus leyes. No es de extrañar que el restablecimiento de la pena de muerte en el Ejército se convirtiera en la reivindicación de todos los oficiales conservadores y de los partidarios del «orden» durante el verano, y que contara con la acérrima oposición de los soldados.

Cabe hacer una mención especial a los marineros, y en particular a los de la base naval de Kronstadt y la Flota del Báltico. En la Flota del Báltico, la Revolución de Febrero fue particularmente violenta. Murieron aproximadamente setenta y cinco oficiales, entre ellos cuarenta o más en el cuartel general de la Flota en Helsinki (Helsingfors) y veinticuatro en Kronstadt (la fortaleza de la Armada situada frente a la costa de Petrogrado). Entre los muertos figuraban

el vicealmirante A. I. Nepinin, comandante de la Flota del Báltico, y el almirante R. N. Viren, gobernador general de Kronstadt. También murieron en torno a veinte suboficiales y aproximadamente cincuenta civiles, policías y marineros.[25] Los marineros compartían las mismas aspiraciones básicas de los soldados a una mejora de las condiciones de servicio, a una mayor dignidad, a un mejor control de sus propias vidas y a que se pusiera fin a la guerra. Implementaron la Orden n.º 1 con entusiasmo y minuciosidad. En seguida surgieron los comités de los buques, creados por los marineros, que asumieron el control de los barcos de guerra a todos los efectos. De hecho, la autoridad de los comités de marineros era mayor que la de los comités de soldados de las unidades o que los comités de trabajadores de las fábricas. En las principales bases navales se crearon soviets conjuntos de marineros, soldados y trabajadores. En abril, los marineros del Báltico también crearon en Helsinki el *Tsentrobalt* (Comité Central de la Flota del Báltico), una organización para toda la Flota que adquirió una amplia autoridad sobre todos los asuntos relativos a la Armada. Su presidente era Pável Dybenco, un marinero bolchevique que a la sazón iniciaba su meteórico ascenso en la política revolucionaria. Los bolcheviques, los social-revolucionarios de izquierdas y los radicales independientes dominaban el *Tsentrobalt*, igual que los comités de los buques y las guarniciones de Helsinki y Kronstadt. (La tercera gran base naval del Báltico, en Tallinn [Revel], era algo más moderada en cuestiones políticas, igual que la Flota del mar Negro).

En particular, los marineros de Kronstadt, que pronto adquirieron fama de radicales, desempeñaron un importante papel en la Revolución. Dado que en realidad Kronstadt era solo un suburbio insular de Petrogrado, sus marineros, que desde hacía mucho tiempo mantenían amplios contactos con los obreros industriales de la ciudad, estaban muy involucrados en la política de la capital. El

Gobierno Provisional nunca logró restablecer plenamente su control sobre Kronstadt después de la sangrienta explosión que se produjo durante la Revolución de Febrero. El Soviet de Kronstadt se autoproclamó la única autoridad de la isla, y el Gobierno Provisional se veía impotente para impedirlo. Muy pronto los bolcheviques, los eseristas de izquierdas y los anarquistas se hicieron con el control de Kronstadt, que se convirtió en un polo de atracción de todo tipo de radicales. Los marineros de Kronstadt desempeñaron un importante papel en las crisis del verano, sobre todo en los Días de Julio, y en la Revolución de Octubre y sus repercusiones, como veremos en posteriores capítulos.

La Revolución de Febrero convirtió a los soldados y marineros, anteriormente sumisos, en una fuerza política consciente de sí misma, con sus propias aspiraciones y su propia organización. Los soldados amotinados de las guarniciones de Petrogrado y Kronstadt se transformaron rápidamente en una importante fuerza institucional en la nueva estructura de poder político. Los soldados de las guarniciones del resto del país siguieron su ejemplo. Y muy pronto se les unieron los soldados del frente. El sistema de comités, basado en la propia estructura jerárquica de las Fuerzas Armadas, y reforzado por los soviets urbanos, fue el medio por el que los soldados y los marineros plantearon sus aspiraciones y se convirtieron en una fuerza poderosa y organizada en la Revolución. El partido político que fuera capaz de ganarse y conservar su apoyo estaría en condiciones de encabezar la Revolución. Como escribió un participante poco tiempo después, «la guarnición de Petrogrado vivía en el mismísimo centro de las tormentas revolucionarias [...]. Ante los mismísimos ojos de los soldados [...] los partidos políticos [ofrecen] todo tipo de versiones de los acontecimientos políticos [...]. Los sucesos revolucionarios mantenían [...] a la guarnición en un permanente estado de tensión, requerían su presencia en las

calles, le concedían el envidiable papel de árbitro de los conflictos políticos».[26] (Las actitudes y el proceder de los soldados se examinan más a fondo en el capítulo 7 en relación con la ofensiva).

Las clases altas y medias

Una categoría especial, a menudo ignorada, era lo que podríamos denominar la élite tradicional de la alta nobleza, los grandes terratenientes, y los oficiales de alto rango del Ejército (unas categorías que se solapan ampliamente, aunque no del todo, y que además se difuminan con lo que, más adelante, denominaremos la clase media alta). Dicha élite había ido distanciándose progresivamente del régimen de Nicolás II durante la guerra, y aceptó de inmediato la Revolución de Febrero y el Gobierno Provisional. Al igual que otros grupos, sus miembros formaron organizaciones para promover sus intereses en la nueva Rusia. Entre ellos figuraban tanto los intereses de grupos específicos, como los derechos sobre la tierra o la autoridad de los oficiales, como los valores «burgueses» más en general, como la propiedad privada, los derechos de los propietarios de viviendas, el imperio de la ley y el orden público, así como el énfasis en la defensa nacional y en un gobierno fuerte. Todos ellos insistían en que se trataba de cuestiones nacionales, no de clase, aunque ellos mismos formaron nuevas organizaciones siguiendo directrices «profesionales». Sin embargo, a medida que se hacía más evidente el calado de la revolución en curso —como por ejemplo a raíz de la ocupación de las tierras por los campesinos (véase el capítulo siguiente), de la insubordinación de los soldados, y de unos gobiernos más y más socialistas, tanto a nivel central como a nivel local— y a medida que aumentaba la inestabilidad, su punto de vista fue cambiando, igual que su forma de relacionarse con la Revolución. Cuando quedó de

manifiesto que la inmensa mayoría de la población no veía el año 1917 únicamente como una revolución política sino también como una oportunidad para reestructurar radicalmente la sociedad misma, se asustaron. Aquel giro de los acontecimientos, y lo que a juicio de la antigua élite (a la que ya se calificaba a menudo como «gente de antes») era la desintegración del país y el hundimiento del esfuerzo bélico, dieron lugar a que muchos empezaran a acariciar la idea de un dictador militar.[27]

Los elementos cultos, empresariales, profesionales y administrativos, lo que podría denominarse las clases medias, y de una forma aproximada lo que en 1917 los rusos entendían por «burguesía» eran un sector creciente de la sociedad rusa en vísperas de la guerra y la Revolución, tanto por su número como por su importancia. Constituían la mitad o más de la población de las ciudades. Sin embargo, el propio concepto de clase media estaba deficientemente desarrollado en la Rusia de 1917, y de hecho se trataba de un elemento muy diverso que no había logrado desarrollar una identidad ni una acción de clase fuertes. (Véase el análisis del capítulo 1). A pesar de todo, sus miembros tenían aspiraciones, y en 1917 desempeñaron un importante papel. La clase media podría subdividirse en tres grupos generales a efectos de su análisis: (1) la élite empresarial e industrial (industriales, banqueros, directivos y especialistas de máximo nivel, etcétera); (2) los sectores de los profesionales, los intelectuales, los estudiantes y los directivos de nivel medio; y (3) las capas medias-bajas urbanas de los artesanos, los comerciantes, los dependientes del comercio al detalle, y el personal de nivel inferior en oficinas, profesiones técnicas y otros empleados de tipo administrativo.[28]

Las clases medias, sobre todo en los niveles altos y medios, vieron cumplidas muchas de sus aspiraciones básicas con la Revolución de

Febrero: derrocamiento de la autocracia, primeros pasos de un gobierno parlamentario y democrático, mayor libertad personal y derechos civiles, reformas sociales comedidas. Además, las clases medias tendían a ser inquebrantablemente patrióticas y apoyaban el esfuerzo bélico. En efecto, los que salieron a las calles en gran número para apoyar a Miliukov y su política exterior durante la Crisis de Abril fueron principalmente elementos de clase media. Y ese sector de la población era el que apoyaba con mayor entusiasmo al Gobierno Provisional.

Al mismo tiempo, había determinados rasgos del nuevo orden que les alarmaban. Uno de ellos era el colapso del orden público y de la seguridad ciudadana: la delincuencia iba en aumento, y las nuevas milicias municipales (policía) eran ineficaces. La persistencia de las manifestaciones callejeras y de las huelgas en la industria aumentaba la angustiosa sensación de que la Revolución no estaba evolucionando como debía. La mayor parte de la clase media no era socialista, y la persistente presencia e influencia de los soviets les preocupaba, sobre todo a las capas más altas. Estaban convencidos de que la autoridad política le correspondía al Gobierno, y que las organizaciones como los soviets no debían tener el tipo de papel político que estaban de-sempeñando. Gran parte de la clase media se adhería a la ideología de «por encima de las clases» del PKD, y la estridente retórica de lucha de clases de los partidos socialistas les resultaba ofensiva. Para colmo, las reivindicaciones de clase de los soviets implicaban la exclusión de la propia clase media de su cuota de poder en caso de que el «poder soviético», es decir, el poder ejercido exclusivamente por las clases inferiores, se llevara hasta sus últimas consecuencias. En un principio las clases bajas habían percibido aquella Revolución como el punto de arranque hacia un orden parlamentario y constitucional, liderado por las clases cultas como ellas mismas, pero a finales de la primavera no tenían tan

claro que ese fuera a ser su verdadero desenlace. Los distintos sectores de las clases medias reaccionaron de forma diferente ante aquel giro de los acontecimientos.

Inicialmente, la élite empresarial se mostró cautamente optimista ante el nuevo régimen. Tres industriales —Guchkov, Konoválov y Tereshchenko— entraron a formar parte del nuevo Gobierno Provisional, y otros fueron designados para ocupar altos cargos. Los líderes empresariales como Konoválov estaban convencidos de que los emprendedores podían desempeñar un creciente papel de liderazgo en la nueva Rusia. Ello iba a exigir sacrificios en aras del bien de la nación, sobre todo en forma de concesiones a los trabajadores, a fin de mantener en buen funcionamiento la producción industrial. Y eso también presuponía la colaboración de los trabajadores y el desarrollo de un movimiento sindical «políticamente maduro» que también estuviera dispuesto a hacer sacrificios por el bien del país. Aunque no todo el mundo compartía esa visión, el optimismo de los dos primeros meses de la Revolución acalló la oposición directa por parte de los industriales y los trabajadores.

Aquellas visiones optimistas se fueron a pique muy pronto, y no solo debido a la creciente conflictividad con los trabajadores. La formación del Gobierno de coalición en mayo incorporó a varios ministros socialistas que hacían gala de una retórica y adoptaban medidas enérgicamente anticapitalistas, como por ejemplo la hostilidad hacia los comerciantes privados en el proceso de la cosecha de cereales y la tendencia a reforzar la normativa estatal en la industria y el comercio. El Soviet de Petrogrado era sumamente hostil a las empresas, igual que los soviets de muchas otras ciudades, y su creciente influencia provocaba la desesperación de la clase media alta. La élite empresarial dio por imposible al Gobierno Provisional a mediados del verano, y empezó a buscar algún tipo de

gobierno que pudiera restablecer el «orden». Algunos se inclinaron por la idea de una dictadura militar, mientras que otros daban dinero para las campañas de propaganda patriótica o conservadora. Una parte de su problema consistía en que la élite empresarial e industrial, dividida por consideraciones de tipo regional, religioso y comercial, no era un grupo cohesionado. Una vez que se esfumó el optimismo de marzo, la élite empresarial fue incapaz de alcanzar ningún tipo de unidad organizativa, o de ponerse de acuerdo en una línea de respuesta a los problemas de 1917, como por ejemplo cómo reaccionar frente al nuevo poder de los trabajadores. Aquellas divisiones fueron en aumento a medida que avanzaba el año. Las asociaciones patronales —la Asociación de Industriales de Moscú, la Sociedad de Fabricantes de Artículos de Cuero de Toda Rusia, la Asociación de Fabricantes Textiles, y otras— a menudo trataban de colaborar a la hora de afrontar las exigencias de los trabajadores y del Gobierno, pero solo tuvieron un éxito limitado y escasa cohesión. En efecto, en conjunto, la élite empresarial e industrial demostró tener muy poca influencia en los acontecimientos de 1917. Su principal contribución bien pudo consistir en hacer de blanco para los ataques verbales de los socialistas y los trabajadores contra los «capitalistas» y «la burguesía».

Las clases profesionales e intelectuales y los directivos de nivel medio desempeñaron un papel mayor. Además, eran un grupo diverso, que iba desde los profesionales de un estatus relativamente alto hasta los individuos de un estatus bastante bajo dentro de cada profesión. Algunos eran conservadores, mientras que otros formaban parte de la *intelligentsia* socialista. A pesar de esas diferencias, los profesionales constituían el grueso del apoyo al Gobierno Provisional. No era solo porque una gran parte de los ministros del nuevo Gobierno perteneciera a esas profesiones —abogados, médicos, catedráticos universitarios— sino también porque a su vez los

ministros designaron a un gran número de profesionales como asesores y para ocupar cargos en la administración, tanto a nivel central como provincial. Por añadidura, el sector de orientación socialista de los profesionales desempeñaba un destacado papel en los soviets, en los gobiernos locales y, tras la formación del Gobierno de coalición en mayo, en las estructuras de la administración central del Estado. Las clases medias profesionales, tanto socialistas como progresistas, predominaban en los ayuntamientos y ejercían una gran influencia en las ciudades pequeñas y en los pueblos grandes a través de los maestros y los médicos rurales, los ingenieros agrónomos y todo tipo de profesionales. En efecto, cabría argumentar que en 1917 las clases medias profesionales desempeñaron el papel principal en la política, pues dominaban tanto el Gobierno como los soviets, a nivel central y local. Fueron el puntal de la coalición de centro entre progresistas y socialistas moderados que constituía el Sistema de Febrero. Sin embargo, al mismo tiempo, los profesionales e intelectuales estaban drásticamente divididos en función de sus ideas políticas: socialistas frente a no socialistas, radicales frente a conservadores. Además, a su juicio tenían poco en común con la clase media comercial, y tendían a mostrarse hostiles tanto frente a la élite industrial como a los directivos de nivel medio. Muy pocos consideraban que su recién descubierto papel en la vida pública reflejara los intereses de una clase media.

La tercera parte de las clases medias eran las capas medias bajas: los artesanos, los oficinistas administrativos (del Estado, del comercio y la industria), muchos empleados técnicos, dependientes del comercio al detalle, trabajadores del sector farmacéutico y otros, y además algunos pequeños comerciantes y vendedores. Consideraban que la Revolución abría la oportunidad de un futuro mejor no solo para Rusia, sino también para ellos mismos como

grupo. Sintieron la misma necesidad de organizarse entre ellos, y formaron docenas y docenas de sindicatos y de organizaciones profesionales para que representaran sus intereses. Habían sufrido graves penalidades económicas, y ansiaban mejorar su posición económica. Muchas de sus reivindicaciones iniciales eran parecidas a los de los obreros, pues incluían salarios más altos, una jornada laboral de ocho horas y más dignidad en el empleo. Los camareros convocaron una huelga en la que exigían el fin de las propinas por considerarlas indecorosas, y en mayo los dependientes de las tiendas reivindicaron en una huelga que no se les exigiera salir a la puerta del establecimiento para incitar a los transeúntes a entrar. Los primeros esfuerzos tuvieron cierto éxito y lograron mejoras para los miembros de la clase media baja, que en general apoyaban al Gobierno Provisional como encarnación de la nueva era democrática. Sin embargo, muy pronto empezaron a verse en apuros económicos, ya que la inflación acabó engullendo las mejoras salariales y los patronos se resistían a hacer nuevas concesiones en ese sentido. Muchos optaron por los partidos socialistas, y algunos empezaron a considerarse miembros de la clase trabajadora.

Además, los empleados de clase media-baja luchaban por asumir una mayor cuota de poder en el seno de los distintos escenarios institucionales —la oficina, la tienda, los sindicatos profesionales— en detrimento de sus superiores profesionales o burocráticos de mayor estatus. Eso significaba favorecer la democratización, lo que acabó llevándoles a identificarse estrechamente con muchas de las exigencias de los obreros industriales y los partidos socialistas. En el congreso de los trabajadores de correos y telégrafos, que se celebró en mayo, los oradores reivindicaban la elección de los directores y los jefes de sección, o bien el traspaso de la autoridad administrativa a una comisión gestora, colectiva y elegida. La declaración final del congreso hacía un llamamiento a la abolición de todos los

escalafones jerárquicos y las distinciones laborales entre empleados superiores e inferiores. El V Congreso de Empleados del Comercio y la Industria de Toda Rusia, celebrado en Moscú en el mes de julio, incluía en su resolución final la afirmación de que los empleados formaban parte del proletariado dentro de la estructura capitalista.[29] Los empleados asalariados crearon sindicatos e impusieron su propia versión de la «supervisión obrera» en sus lugares de trabajo para los asuntos de personal, horas de funcionamiento, programación del trabajo y cuestiones parecidas. Los asistentes médicos y las enfermeras cuestionaban la autoridad y el estatus de los médicos.

A medida que avanzaba 1917, las clases profesionales y las clases medias bajas se escindieron políticamente. Los elementos no socialistas asumieron una postura más conservadora, y pasaron a apoyar las exigencias de «orden», mientras que los intelectuales de orientación socialista y gran parte de la clase media baja se pusieron de parte de los soviets, e incluso de los partidos radicales. La evolución de gran parte de las capas medias bajas urbanas hacia una autoidentificación como «trabajadores» y, en lo político, a su aceptación del socialismo, fue una de las tendencias sociales más destacadas de la Revolución. Teniendo en cuenta su precaria posición económica, su bajo estatus social y el nuevo prestigio que confería ser «trabajador», así como el poder de los soviets, no es de extrañar que muchos trabajadores artesanales y de establecimientos pequeños —panaderías, sastrerías y otros— hicieran hincapié en su identidad de clase trabajadora, formaran sindicatos y buscaran representación en el soviet local. Resulta más sorprendente que muchos empleados de la administración del Estado y del comercio hicieran lo mismo: formar sindicatos y hacer valer su estatus como trabajadores. Como señala Michael Hickey, refiriéndose a Smolensk, «la proximidad de los artesanos, los obreros y los empleados en la vida cotidiana, y su lucha común contra la precariedad de las

viviendas, el agua sucia, la escasez de alimentos y otras penalidades también contribuyó a forjar un sentimiento de solidaridad, que expresaron en términos de clase».[30]

La deriva de las capas medias bajas hacia una identidad «trabajadora» —proletaria— no solo vino a reforzar la hegemonía electoral de los partidos socialistas en las ciudades, sino que además anuló cualquier perspectiva de un movimiento político específico de la clase media digno de mención. Perjudicó a los kadetes y a otros partidos progresistas en las elecciones municipales que se celebraron a lo largo del verano y ensombreció sus perspectivas para las elecciones a la Asamblea Constituyente. Las clases medias, potenciales líderes de la nueva sociedad, se fracturaron y fueron incapaces de desempeñar ese papel. Por el contrario, los socialistas y los miembros más progresistas de las clases medias profesionales y medias-bajas desempeñaron un papel de liderazgo en nombre de otras clases, sobre todo de los obreros y los soldados. De hecho, la mayoría de los líderes socialistas radicales tenía sus orígenes sociales en las clases medias profesionales y medias bajas, pero en 1917 alcanzaron el poder gracias a que rechazaron esa identidad.

Las mujeres

La Primera Guerra Mundial y la Revolución brindaron nuevas oportunidades a las mujeres, y también problemas y tensiones aún mayores. Ellas reaccionaron de distintas formas, dependiendo de sus circunstancias personales, de su estatus socioeconómico, de su orientación política y/o de su personalidad individual. Las mujeres eran, como señalábamos anteriormente, muy diversas, y al mismo tiempo estaban fuertemente influenciadas por sus identidades al margen del género, por los mismos atributos políticos, sociales, económicos, étnicos y de otro tipo que afectaban a los hombres. Las

mujeres rusas respondieron a la Revolución en multitud de formas, dependiendo de su estatus socioeconómico y/o su orientación política. En el caso de la mayoría de las mujeres, en 1917 sus identidades al margen del género fueron suficientemente importantes como factores de movilización, de modo que resulta difícil generalizar sobre las aspiraciones de las mujeres de la forma que se puede generalizar sobre los obreros, los soldados o los campesinos. A ese respecto, se parecen a las nacionalidades minoritarias (capítulo 6). No obstante, la guerra y la Revolución les afectaron como mujeres, y ellas reaccionaron a ambos acontecimientos de determinadas formas específicas de su género.

La guerra tuvo un impacto social y económico muy diverso en las mujeres. Se llevó de sus hogares y de sus puestos de trabajo a aproximadamente un tercio de la población masculina en edad de trabajar. Eso abrió nuevas oportunidades laborales y ciudadanas para las mujeres, pero también nuevas responsabilidades y peligros. A algunas mujeres, sobre todo a las de clase media y alta, la guerra les brindó nuevas oportunidades de aventura y de activismo ciudadano, como por ejemplo trabajar como enfermeras cerca del frente, o en los centros de primeros auxilios y en los comedores. Fue algo que incluso llevó a Nicolás II a crear un nuevo premio por los servicios prestados, específicamente para mujeres, la medalla de santa Olga. A medida que la guerra iba llevándose a los hombres al Ejército, fueron surgiendo nuevas oportunidades de empleo y de mejores salarios para las mujeres en campos que hasta entonces les habían estado vetados o muy limitados. Sin embargo, para muchas mujeres supuso una nueva dificultad. Muchas de las mujeres que cubrían esas vacantes se veían obligadas a ello porque sus maridos habían sido llamados a filas, y a veces habían muerto en combate, de modo que ahora ellas soportaban la carga de dar de comer a sus familias. Las pequeñas ayudas que se pagaban a las esposas y las

viudas de los soldados a duras penas compensaban la pérdida económica de no poder contar con la principal fuente del sustento familiar. El problema de las mujeres se veía agravado por el hecho de que aunque una mujer lograra un empleo aproximadamente equivalente al de su esposo o su padre, le pagaban un salario muy inferior. Las mujeres urbanas también eran las más afectadas por la escasez de viviendas, la inflación y el deterioro de los servicios sanitarios y públicos, mientras que las mujeres del campo tenían que asumir el duro trabajo agrícola que anteriormente realizaban los hombres. Para colmo, la guerra les obligó a asumir unas responsabilidades y la toma de unas decisiones que nunca habrían esperado, ni deseado, y para las que no estaban preparadas, y eso era válido para las mujeres de todas las clases, incluidas las que gozaban de seguridad económica. Una escritora de una revista feminista preguntaba: «¿Cuántas desventuradas madres hay hoy en día que hasta ahora han vivido bajo la tutela de un marido, pero que ahora se ven obligadas a luchar por su cuenta por la supervivencia de sus hijos? Se dan cuenta con espanto de que no son capaces de hacerlo porque carecen de la experiencia y la cualificación necesarias, y entonces se hunden y la familia perece».[31]

La Revolución entreabrió un poco más la puerta que la guerra les había abierto a las mujeres, en términos de oportunidades pero también de penurias. El mayor efecto, y el sector donde se aprecian más claramente las aspiraciones en función del género y las nuevas áreas de oportunidad, se produjo entre las mujeres cultas de clase media y alta. Anteriormente ya había surgido de entre ellas un movimiento feminista ruso y numerosas mujeres activistas en los distintos partidos políticos. Tanto los partidos progresistas como los socialistas llevaban tiempo destacando la importancia de los derechos de las mujeres, y habían enrolado en sus filas a muchas mujeres rusas cultas. Sin embargo, existía un largo historial de

desavenencias entre las feministas y las mujeres socialistas, y los dos grupos reaccionaron de forma diferente ante las nuevas oportunidades que trajo consigo la Revolución de Febrero. La agenda feminista representa una de las reacciones específicas de género más nítidas frente a la Revolución, y fue un área de avances incontestables. A finales del siglo XIX y principios del XX surgió en Rusia un movimiento feminista que hacía hincapié en las necesidades y aspiraciones propias de las mujeres, fuera cual fuera el sistema político y económico vigente. Se inspiraba en las feministas de Occidente, y al igual que ellas el feminismo ruso ponía un acento especial en la igualdad de derechos jurídicos, en el acceso a la educación y las profesiones, y, a partir de 1905, en el derecho al voto. Muchas feministas se identificaban con los partidos políticos progresistas, sobre todo con el PKD.

La Revolución de Febrero y las libertades que trajo consigo dieron nuevas fuerzas al movimiento feminista. Las feministas la aprovecharon de inmediato para ampliar sus actividades organizativas y para presionar a favor del sufragio femenino y otros derechos. Al comprobar que la declaración inicial del Gobierno Provisional sobre unas elecciones «universales» a la Asamblea Constituyente no incluía específicamente a las mujeres, las organizaciones feministas reaccionaron rápidamente. La Liga Para la Igualdad de Derechos de las Mujeres organizó una gran manifestación el 20 de marzo, en la que aproximadamente 40.000 mujeres marcharon hasta el Palacio Táuride para exigir el derecho al voto. Aunque tanto Chjeidze como el príncipe Lvov les prometieron su apoyo, muchos hombres se oponían a la ampliación del sufragio. Entre ellos había muchos socialistas que tenían miedo de que las mujeres, sobre todo campesinas, votaran a favor de la restauración monárquica. Algunos, como Alexander Kérensky, afirmaban que la cuestión debía decidirse en la Asamblea Constituyente, lo que habría

impedido que las mujeres participaran en las elecciones más importantes de la historia de Rusia. La oposición no dio resultado. Bajo una incesante presión de las feministas, el 20 de julio el Gobierno Provisional concedía a las mujeres el derecho universal al voto en Rusia, uno de los primero lugares del mundo que lo hacía, y el primer país grande. Por añadidura, a lo largo del verano las feministas presionaron al Gobierno hasta lograr la mejora del acceso a la educación superior y a las profesiones (sobre todo al ejercicio del derecho), la igualdad de oportunidades y de salarios en la administración, y otros derechos. Aquellas actividades fueron la más pura expresión de las aspiraciones y del activismo específico de las mujeres en 1917.[32]

Al mismo tiempo, las feministas se involucraron en otras cuestiones políticas y se vincularon más estrechamente al Partido Democrático Constitucional y a las políticas del Gobierno Provisional, incluido el apoyo a la guerra. Era un reflejo de que por lo general su estatus social era de clase media y alta. De hecho, tres de las mujeres más destacadas de la dirección del PKD eran también líderes del movimiento feminista: Ariadna Tyrkova (la única mujer miembro del comité central del partido cuando se produjo la Revolución de Febrero), Anna Miliukova (esposa de Pável Miliukov, el líder de los kadetes) y la condesa Sofía Panina (viceministra de Educación del Gobierno Provisional, la funcionaria del Estado de más alto rango).

En cambio, las mujeres cultas de los partidos socialistas rechazaban el feminismo. Hacía tiempo que dichos partidos argumentaban que los intereses de las mujeres se definían mejor en función de la clase que del género, y que las mujeres tenían más en común con los hombres de su propia clase que con las mujeres de otras clases. Aunque los programas de los partidos socialistas reivindicaban el sufragio universal, igualdad de derechos civiles, educativos, laborales y otros, y programas específicos para conceder

bajas por maternidad y atender otras necesidades de las mujeres en el lugar de trabajo, el énfasis estaba en los objetivos de clase. A los líderes socialistas les preocupaban las mujeres en cuanto trabajadoras con salarios bajos, más que como personas con necesidades específicas de su género. Argumentaban que las cuestiones que interesaban especialmente a las mujeres se resolverían a través de una revolución en todos los frentes, que transformaría las estructuras jurídicas, económicas y sociales fundamentales, como el derecho a la propiedad, el matrimonio, la vida familiar, las condiciones de vida, las relaciones económicas entre hombres y mujeres, y otras cuestiones relativas a la existencia de las mujeres.[33] Por consiguiente, los socialistas rechazaban una agenda feminista por separado, al considerarla una distracción de la lucha principal.

De hecho, los partidos socialistas tenían una actitud un tanto ambivalente respecto a las mujeres, a las que tendían a encasillar como personas retrógradas, poco de fiar y conservadoras. No obstante, se propusieron recabar apoyos entre las mujeres, sobre todo entre las trabajadoras urbanas. Ello obedecía al mismo tiempo a cuestiones de principio y a la constatación de que las mujeres iban a tener derecho a votar no solo en las elecciones generales, sino también en las organizaciones de la clase trabajadora, y por consiguiente iban a contribuir a elegir a los miembros de los comités de fábrica, a los delegados de los soviets y a los representantes sindicales. Así pues, su apoyo era importante en el contexto de la competencia entre los partidos socialistas por la hegemonía en dichas instituciones. Durante la guerra, el número de mujeres que trabajaban en las fábricas aumentó del 26 por ciento al 43 por ciento de la mano de obra industrial a nivel nacional, y desde

aproximadamente un 25 por ciento hasta un 33 por ciento en Petrogrado.[34]

Los bolcheviques, en consonancia con el esfuerzo general de sus campañas a lo largo de 1917, dedicaron el máximo esfuerzo a crear un programa para las mujeres y a recabar su apoyo. En marzo, a instancias de las activistas, los bolcheviques restablecieron el Buró de Mujeres Trabajadoras en el seno del partido para hacer propaganda entre las mujeres. Poco después autorizaron la reapertura del periódico *Rabotnitsa* (La trabajadora). Se trataba de una revista «animada, interesante, de formato tabloide, que contenía poesía, ficción, noticias sobre las condiciones de las fábricas, artículos sobre la historia del movimiento revolucionario y editoriales sobre los acontecimientos políticos».[35] Publicaba artículos sobre el cuidado de los hijos, el seguro de maternidad, la igualdad de derechos, la igualdad de salarios y otras cuestiones de particular interés para las mujeres trabajadoras, así como artículos sobre cuestiones políticas y económicas en general. Un grupo que Barbara Clements ha denominado «feministas bolcheviques» llevó a cabo una amplia campaña a través de artículos de prensa, panfletos y discursos centrados en las cuestiones y las necesidades de especial interés para las mujeres, pero al mismo tiempo explicando en un lenguaje sencillo que las cuestiones que preocupaban a las mujeres —tanto las generales de clase como las específicas de su género— no podía resolverlas el Gobierno Provisional sino tan solo una revolución socialista radical. Subrayaban la importancia de la solidaridad de las mujeres con los hombres en contra de la guerra y en otros asuntos. Los bolcheviques apoyaron ruidosamente la gran huelga de lavanderas y la reivindicación de las *soldatki*, las esposas de los soldados, de un aumento de las ayudas monetarias. Al mismo tiempo, atacaban enérgicamente al movimiento feminista tachándolo

de «burgués». Además, había otros partidos que buscaban ganarse el apoyo de las mujeres. Los mencheviques también publicaban un periódico especial, *La voz de las mujeres*, pero aparentemente no se mostraron tan activos en ese campo como los bolcheviques. Los social-revolucionarios solamente dedicaron una atención especial a las mujeres en el último momento.

Pese a los esfuerzos de sus mujeres dirigentes, los bolcheviques seguían manteniendo a pesar de todo cierta ambivalencia respecto a ellas, lo que probablemente también era característico de los demás partidos socialistas. Aunque habían autorizado la publicación de *Rabotnitsa* y las tareas de agitación entre las mujeres, los bolcheviques (incluida la mayoría de sus mujeres dirigentes) hacían constantemente hincapié en que las mujeres únicamente podían ver cumplidas sus aspiraciones a través de una revolución social general. Prestaban una atención especial a los esfuerzos de algunas mujeres, como Alexandra Kollontai, de crear organizaciones especiales de mujeres dentro del partido. Aunque los bolcheviques autorizaron la creación de un grupo de trabajo sobre la participación en un Congreso de Mujeres Trabajadoras, cuando este finalmente se celebró, el 12 de noviembre (después de que los bolcheviques tomaran el poder), los dirigentes del partido rechazaron un intento de crear organizaciones especiales para mujeres, e invalidaron los argumentos que defendían la necesidad de que hubiera mujeres entre los miembros de la Asamblea Constituyente para defender sus intereses específicos. Klavdia Nikolayeva, hablando en nombre de los bolcheviques, advertía de que «nosotras, mujeres trabajadoras conscientes, sabemos que no tenemos intereses especiales como mujeres, y que no debería haber organizaciones especiales de mujeres».[36]

Lo cierto es que las mujeres desempeñaban un activo papel en la vida pública. Todos los partidos importantes tenían destacadas

dirigentes —el Partido Bolchevique tenía a Nadezhda Krúpskaya, Alexandra Kollontai, Nadezhda Stasova y otras, los social-revolucionarios de izquierdas, a Maria Spiridonova, los eseristas de derechas, a Ekaterina Breshko-Breshkovs-kaya, el Partido Menchevique a Eva Broido, y el Partido Democrático Constitucional a Tyrkova, Miliukova y Panina. Esas destacadas dirigentes y otras muchas activistas desempeñaban una amplia gama de funciones políticas: oradoras, agitadoras, organizadoras de los partidos, activistas sindicales, escritoras, delegadas en los ayuntamientos y los soviets, etcétera. No obstante, los hombres copaban casi todos los puestos dirigentes a todos los niveles. Las mujeres tendían a desempeñar papeles de apoyo en materia de secretaría y administración, pero no en materia de políticas, y habitualmente se les asignaban responsabilidades tradicionalmente consideradas «femeninas», como la educación, la familia y la salud. De hecho, la mayoría de las mujeres más destacadas del Partido Bolchevique en Petrogrado tenían asignadas funciones de ese tipo. Por el contrario, Maria Spiridonova, de los eseristas de izquierdas, rompía esa tendencia y no solo se dedicaba a las mismas cuestiones políticas que los políticos varones, sino que acabó ascendiendo hasta lo más alto de la dirección de los eseristas de izquierdas. En las provincias y en los niveles intermedios e inferiores del activismo de los partidos podían observarse unas pautas similares.[37] Al margen de los partidos políticos, muchas mujeres cultas asumieron papeles activos, e incluso de liderazgo, en las numerosas instituciones culturales, educativas, económicas y cívicas que se crearon o se ampliaron en 1917.

Mientras que la Revolución claramente estimulaba a las mujeres cultas y creaba oportunidades para ellas, ya fueran feministas o socialistas revolucionarias, la respuesta de la inmensa mayoría de las mujeres fue distinta. En el caso de las mujeres campesinas, la

Revolución no planteó ningún tipo de «cuestión de la mujer». Sus preocupaciones eran básicamente las mismas que las de los hombres: la tierra y la paz. En teoría, la Revolución habría podido cuestionar el patriarcado, a menudo severo, de los pueblos, pero en 1917 no fue así. Hubo algunas mujeres que sí se aprovecharon de la suma de las fluctuaciones revolucionarias, sociales y políticas, y de la ausencia de sus maridos reclutados en el Ejército para hacer oír más su voz en los asuntos del pueblo, debido a su papel de cabeza de familia, pero fueron la excepción. Las mujeres campesinas, en su mayoría analfabetas, que vivían en la miseria más absoluta y según las inveteradas pautas de la vida de los pueblos, no veían la Revolución como un instrumento para cambiar el papel de las mujeres ni las normas y las estructuras de la vida del pueblo en lo que les afectaban por el hecho de serlo. En vez de oportunidades de género, la Revolución les trajo problemas económicos e incertidumbre general, y las mujeres campesinas reaccionaron ateniéndose estrechamente a los valores tradicionales del pueblo, de la familia y de la estructura social como fuente de protección frente a la creciente inseguridad.[38] El año 1917 tuvo una escasa repercusión directa en las campesinas en su calidad de mujeres.

Las mujeres urbanas de clase trabajadora asumieron un papel más activo en 1917 que sus hermanas campesinas, pero menos que las mujeres de clase media y alta. Ya se habían movilizado a raíz de los disturbios por los alimentos y los productos que estallaron esporádicamente en muchas ciudades y pueblos de Rusia en 1915 y 1916, y desempeñaron un papel protagonista en el arranque de la sublevación popular de febrero de 1917. Tras el hundimiento de la monarquía, compartieron la euforia general sobre un futuro mejor y se regocijaron ante las oportunidades que aparentemente se abrían para ellas. Algunas asumieron un papel activo en la vida pública, afiliándose a los sindicatos, como delegadas en los soviets y en los

comités de fábrica, y de muchas otras formas. Sin embargo, se trataba de una clara minoría, habitualmente relegada a tareas subordinadas y específicas de su género (como, por ejemplo, la formación de auxiliares médicos y de comedor para las unidades de la Guardia Roja). Los hombres dominaban las instituciones de la clase trabajadora, sobre todo los puestos dirigentes, aunque ocasionalmente descollaba alguna mujer en algún puesto destacado. Incluso en las fábricas con mayoría de trabajadoras, habitualmente los dirigentes sindicales y del comité de fábrica eran hombres. Las mujeres se quejaban a menudo de que en las asambleas de las fábricas se les impedía hablar o no se las escuchaba.

Para las mujeres de clase trabajadora, la realidad más sobrecogedora era la preocupación por su precaria situación económica, que absorbía todas sus energías. «La mayoría de mujeres trabajadoras», como ha señalado Barbara Evans Clements, «se pasaron el año 1917 sobresaltadas por las vagas esperanzas, los miedos reales, el exceso de trabajo, las penurias y una confusión extrema».[39] Sus temores económicos se veían agravados por el hecho de que los trabajadores varones, ante la posibilidad de despidos en las fábricas, a veces insinuaban que la empresa tenía que despedir primero a las mujeres, ya que sus familias todavía iban a poder contar con el salario de sus maridos, o bien porque habían sido contratadas más recientemente, a raíz de la guerra. La participación de las obreras de las fábricas en 1917 se manifestó sobre todo a propósito de las preocupaciones tradicionalmente femeninas. Incluso en su papel revolucionario más famoso, el de iniciadoras de las manifestaciones de febrero que acabaron derrocando el régimen, se centraban en los asuntos y responsabilidades que tradicionalmente preocupaban a las mujeres: el pan y la necesidad de hacer cola para comprar comida para sus familias. Es significativo que las mujeres también se destacaron en

otros desórdenes relacionados con los alimentos en 1917 en Petrogrado y en otras ciudades. Lo importante es que eran el pan y los precios en las actividades de las mujeres también queda de manifiesto por el mitin público que organizaron los editores de *Rabotnitsa* en el Circo Cinizelli bajo el lema de «La guerra y la escalada de precios». Asistieron aproximadamente 10.000 personas, de las que muchas no pudieron entrar por falta de espacio, por lo que fue necesario celebrar un segundo mitin en la calle.[40]

Las *soldatki*, las esposas de los soldados, constituían un caso especial donde las mujeres se organizaron para hacer valer sus derechos y para insistir una y otra vez en que la Revolución tenía que atender a sus necesidades. Las *soldatki* recibían una ayuda del Estado para ellas y sus hijos, mientras que las viudas de guerra recibían una pequeña pensión. Sin embargo, esos subsidios eran totalmente insuficientes, sobre todo teniendo en cuenta la inflación de los tiempos de guerra. Por añadidura, las *soldatki* eran un grupo muy descontento, que reafirmaban enérgicamente su condición especial como esposas de los hombres que estaban sufriendo en la guerra. Participaron activamente en los disturbios por los alimentos y los bienes de primera necesidad antes y después de la Revolución de Febrero. En marzo se organizaron rápidamente, un proceso que se vio facilitado por el hecho de que el antiguo Gobierno las había organizado por distritos de «tutela» (ayuda económica). El 29 de marzo, aproximadamente 2.000 delegadas procedentes de diecisiete distritos de tutela de Petrogrado se reunieron y elevaron una petición tanto al Gobierno Provisional como al Soviet de Petrogrado para que aumentaran su asignación a 20 rublos al mes por cada persona dependiente de la familia de un militar, ya fuera adulto o niño. Un mitin celebrado el 3 de abril hizo un llamamiento a todas las *soldatki* para que se concentraran en la catedral de Kazán para llevar a cabo una gran manifestación por las calles de la ciudad que

debía terminar en el Palacio Táuride, donde pretendían entregar su lista de reivindicaciones al Soviet. El 11 de abril, aproximadamente 15.000 mujeres acudieron a la manifestación. A mediados de abril, una asamblea de *soldatki* celebrada en el Palacio Táuride creó un comité a nivel municipal de representantes de las *soldatki*, y en junio formaron una Unión de Esposas de Soldados.[41]

Las *soldatki* podían llegar a ser un elemento agresivo capaz de hacerse oír. Una concentración de mujeres en la zona portuaria de Petrogrado convocada por «un grupo de socialdemócratas» atrajo a una gran multitud de trabajadoras de la industria, lavanderas, sirvientas domésticas y *soldatki*. Estas formaron un alboroto exigiendo un aumento de su asignación, e impidieron que se abordaran otros asuntos, lo que provocó las quejas de otros grupos de mujeres que asistían al acto. Sin embargo, las *soldatki* no dieron su brazo a torcer, alegando que «Todo el mundo habla de las mujeres trabajadoras, de las sirvientas domésticas y de las lavanderas, pero ni una palabra sobre las esposas de los soldados». Únicamente se apaciguaron cuando se aprobó una resolución que instaba al Soviet de Petrogrado a solucionar el problema de las ayudas, y la asamblea pudo proseguir y abordar otros asuntos.[42] El incidente puso de manifiesto la medida en que las *soldatki* estaban convencidas de ser un grupo especialmente desfavorecido y castigado, que merecía una consideración especial debido a los sacrificios que estaban realizando sus maridos en el frente en aras de la defensa nacional. Las *soldatki* fueron al mismo tiempo un grupo organizado para la defensa de los intereses de las mujeres y una parte importante de las multitudes que se echaron a las calles durante las manifestaciones de 1917.

Las *soldatki* estaban presentes a lo largo y ancho de Rusia, no solo en la capital, y de hecho la mayoría se encontraba en los pueblos,

las ciudades pequeñas y las capitales de provincia de Rusia —al fin y al cabo, la mayoría de los soldados procedía de allí—. Aunque las *soldatki* rurales también hacían hincapié en las ayudas económicas, además participaban en todos los asuntos locales del momento, desde el suministro de alimentos hasta el reparto de tierras (y, una vez que este comenzó —véase el capítulo siguiente— tuvieron que defender los intereses de sus familias en ese asunto de vital importancia). En la provincia de Nizhegorod, las *soldatki* organizaron y formaron parte del soviet local. En la vecina provincia de Kazán, no formaron parte del soviet, pero en cambio se erigieron por su cuenta en un grupo que se hacía oír. En una ocasión, impidieron con sus gritos un mitin organizado por el soviet. Se convirtieron por doquier en uno de los temas principales de la prensa y recibían todo tipo de ayudas, desde leña barata, pasando por las parcelas que les cedían los terratenientes, hasta alojamiento de emergencia. Algunas exigían que el Ejército concediera permisos a sus maridos para que pudieran echar una mano en la siembra o en la cosecha.[43]

Hubo otro medio por el que algunas mujeres se hicieron valer en 1917, que fue el servicio militar en los batallones de mujeres del Ejército, creados especialmente. La primera de aquellas unidades, concebida como medio para avergonzar a los hombres y obligarles a cumplir con sus deberes militares, se formó en mayo de 1917. Fue a instancias de Maria Bochkareva, una mujer de origen campesino que había logrado prestar servicio en el Ejército regular, y contó con el apoyo de Kérensky (a la sazón ministro de la Guerra), del general A. A. Brusílov (comandante en jefe) y de muchos políticos conservadores. El Batallón Femenino de la Muerte de Bochkareva recibió una gran publicidad, tanto en Rusia como entre las feministas de Occidente. Sin embargo, no se trataba de un instrumento meramente decorativo, y se desenvolvió bien en los duros combates de la ofensiva de junio. Durante el verano se formaron otros

batallones de mujeres en Petrogrado, Moscú y otras ciudades, que se nutrían de una amplia gama de mujeres, desde aristócratas y de clase media hasta campesinas. Es posible que en aquellos batallones llegaran a alistarse 5.000 mujeres, aunque tan solo 300 aproximadamente, pertenecientes a la unidad de Bochkareva, entraron en combate.[44]

De hecho, la mayor importancia de los batallones de mujeres demostró ser simbólica y política, más que militar. Contaron con el apoyo de las fuerzas políticas partidarias de la guerra, que admiraban su patriotismo y esperaban que sirvieran para avergonzar a los hombres y así motivar a los desmoralizados ejércitos de Rusia. Los socialistas contrarios a la guerra se opusieron a la creación de los batallones por esas mismas razones. Sin embargo, no supusieron en absoluto un estímulo para los soldados, ya hastiados de la guerra, y a veces estos arremetían contra las unidades de mujeres porque suponían un intento de prolongar los combates. Las feministas, tanto de dentro como de fuera de Rusia, veían en los batallones de mujeres una reafirmación de la igualdad de derechos; la feminista británica Emmeline Pankhurst envió a Inglaterra elogiosos informes sobre ellos durante su visita a Rusia. Sin embargo, no está nada claro que la igualdad feminista fuera una fuerza motivadora para las mujeres que se alistaban. El patriotismo, la aventura y otras cuestiones también eran importantes, incluso puede que más. Aquí, como en tantos otros casos, es imposible diferenciar claramente las distintas identidades y aspiraciones que motivaban a la gente. En cualquier caso, en lo que respecta a la inmensa mayoría de las mujeres de Rusia, fue mucho menos determinante el derecho a servir en el Ejército, y menos aún el deseo de hacerlo, que los acuciantes problemas económicos o incluso que los derechos civiles generales del movimiento feminista.

Por difícil que resulte distinguir los asuntos específicamente femeninos en los acontecimientos de 1917 —al margen de la campaña feminista a favor del sufragio y la igualdad de derechos— de las cuestiones más generales que afectaban a todos los miembros de la sociedad, o a una clase social específica, a fin de cuentas 1917 sí modificó drástica y permanentemente la situación de las mujeres. Ese cambio se produjo principalmente en el ámbito político y cívico, y supuso una victoria para la agenda de las feministas. La conquista del derecho a votar —el primer país donde ocurría de entre todos los Estados beligerantes y las grandes potencias— fue para siempre. Por añadidura, en 1917 las mujeres accedieron a la vida pública y política en una proporción y en una variedad de formas desconocidas hasta entonces. Votaron en las elecciones generales y participaron en la selección de los comités de fábrica, en los soviets y en los órganos directivos de los sindicatos. Algunas fueron delegadas de esos organismos y concejalas en los ayuntamientos. Miles de ellas participaron en la enorme variedad de organizaciones económicas, sociales y culturales que surgieron por toda Rusia el año de la Revolución. Ese aumento de la participación ciudadana sobrevivió a la guerra civil, y el nuevo Estado soviético surgido a raíz de la Revolución de 1917 revalidó y prolongó el mayor papel de las mujeres en la vida pública. La mejora del acceso a las profesiones y a las oportunidades de empleo también fue permanente. Aunque la expansión de los derechos de las mujeres no fue una de las cuestiones que condicionaron el desenlace político de la Revolución, es posible que en cierto sentido las mujeres, o por lo menos las feministas, tuvieran más éxito que ningún otro colectivo en términos de conquistas permanentes y de cumplimiento de sus aspiraciones. Aquellas conquistas no modificaron la naturaleza profundamente patriarcal de la sociedad rusa —el presupuesto básico de que el liderazgo político y de otros tipos le correspondía a los hombres no

se vio seriamente cuestionado por ningún grupo político o social—pero a pesar de todo fueron unas conquistas significativas. Y eso conlleva cierta ironía, ya que la mayoría de las líderes feministas eran de clase media o alta, estrechamente identificadas con el PKD, y muchas de ellas fueron marginadas o se vieron obligadas a huir del país después de la Revolución.

* * *

Liberada de los controles impuestos por el Estado zarista, la población del Imperio Ruso creó una asombrosa gama de organizaciones para defender sus intereses y promover sus aspiraciones. Surgieron tantas organizaciones nuevas que los fabricantes de sellos de caucho y las imprentas especializadas en tarjetas de visita y en papelería con membrete vivieron un boom económico al servicio de la recién estrenada libertad de asociación.[45] Aparte de las grandes organizaciones, como las anteriormente descritas y las que se mencionan en los dos capítulos siguientes, surgieron miles de organizaciones menores. Las asociaciones de propietarios de viviendas y de inquilinos de apartamentos, los clubes culturales y literarios, las sociedades profesionales de todo tipo, se organizaban y reivindicaban el reconocimiento de sus intereses. Un ejemplo típico eran las nuevas sociedades científicas que se formaron tras la Revolución de Febrero, a menudo con unas amplias agendas sociales y también profesionales. Algunas se basaban en la convicción de que las ciencias y la educación científica eran esenciales para la creación de una Rusia libre y democrática. Una de ellas era al Asociación Libre para el Desarrollo y el Progreso de las Ciencias Positivas, fundada en 1917. Celebró una serie de mítines públicos, con la asistencia de un

público muy numeroso, incluidas algunas figuras políticas tan diversas como Kérensky, Miliukov y Sujánov.[46]

El optimismo general, el apasionante momento histórico y las nuevas libertades de expresión sin censura también produjeron significativas manifestaciones artísticas y culturales. Florecieron las obras de teatro que glorificaban la Revolución, o con argumentos inspirados en ella, hasta desplazar temporalmente los repertorios más clásicos. Los poetas publicaban poemas que ensalzaban la Revolución y a sus figuras centrales —Kérensky fue el centro de especial atención durante los primeros meses—. En el mundo de las artes, que ya de por sí estaba viviendo una increíble revolución en la pintura, la Revolución de 1917 permitió a los artistas crear nuevas instituciones y organizar actividades y exposiciones sin la censura estatal. La Revolución tuvo una repercusión temática (además de estilística) en el mundo de las artes, ya que «las instituciones y actitudes que anteriormente los artistas movilizaron a favor de la guerra total ahora se empleaban para apoyar una nueva Rusia democrática», afirma Aaron Cohen del mundo artístico de 1917, al tiempo que «los pintores, los ilustradores y los publicistas resucitaron la cultura visual de la guerra para reflejar la Revolución como una forma de propaganda patriótica...».[47] Al mismo tiempo, la fotografía desempeñó un gran papel a la hora de contarle a la gente de entonces (y a los historiadores de la posteridad) cosas sobre la Revolución, por lo menos en dos aspectos. El primero consistió en poner fácilmente a disposición de todo el mundo los rostros de los nuevos líderes políticos, a través de los periódicos, las tarjetas postales, etcétera. El segundo, en divulgar por esos mismos medios las imágenes de los acontecimientos revolucionarios —los Días de Febrero, las manifestaciones, los oradores dirigiéndose a la multitud, los Días de Julio, las mujeres (y otros colectivos) reivindicando sus

derechos, los soldados debatiendo sobre los distintos asuntos, y cualquier otro grupo o suceso que pueda imaginarse—. Ahora las imágenes y los protagonistas de la Revolución aparecían en tarjetas postales, en carteles, y en omnipresentes y asequibles xilografías.

Un indicador del nuevo espíritu eran el activismo público y las organizaciones de dos grandes sectores de la sociedad, la juventud y la Iglesia ortodoxa. Los jóvenes fundaban clubes y asociaciones políticas a fin de satisfacer sus necesidades educativas, para actividades sociales y cívicas, y en el caso de los jóvenes de clase trabajadora, para proteger sus intereses específicos en el marco de las fábricas, donde hacían campaña a favor de unas escalas salariales menos discriminatorias. En Petrogrado, una organización juvenil centrada en las cuestiones económicas, Trabajo y Luz, consiguió un enorme número de afiliados durante la primavera. Algunas organizaciones juveniles eran creadas por, o en colaboración con, los círculos locales de los partidos políticos. Los grupos juveniles estaban sujetos a la misma dinámica política que los demás colectivos, y políticamente fueron desplazándose hacia la izquierda. Trabajo y Luz perdió la partida frente a otra organización más militante, la Liga Socialista de Jóvenes Trabajadores, que en otoño se alineó con los bolcheviques. En las universidades y en las escuelas técnicas, los estudiantes acogieron la Revolución con los brazos abiertos y, como hemos señalado anteriormente, desempeñaron un papel en los sucesos de febrero. También ellos exigían tener voz en la gestión de sus instituciones. No obstante, muy pronto las actividades pedagógicas en general decayeron, al mismo tiempo que la economía. Tanto los profesores como los estudiantes se resintieron económicamente, y las clases de otoño se posponían o simplemente se cancelaban conforme se iban deteriorando la economía y la situación política.[48]

El nuevo activismo se manifestaba incluso en el seno de la Iglesia ortodoxa. Contrariamente a lo que cabría esperar, la Iglesia ortodoxa no desempeñó un papel significativo en la Revolución en lo que respecta a definir posturas o bandos ideológicos en las luchas políticas. Por el contrario, su atención se centró en las reformas internas. En cierto sentido, formaba parte de la democratización general de la sociedad y del cuestionamiento de la autoridad que caracterizó a la Revolución en general. En los debates que surgieron a continuación resultó crucial la cuestión de la autoridad relativa de la jerarquía eclesiástica, del clero parroquial y de los legos. El 7 de marzo se creó en Petrogrado la Unión de Clérigos y Legos Democráticos de Toda Rusia, y rápidamente se convirtió en una importante voz a favor de amplias reformas en la Iglesia. Consiguió el apoyo de V. N. Lvov, el procurador del Santo Sínodo (administrador jefe de la Iglesia ortodoxa) en el Gobierno Provisional. A lo largo y ancho del país se celebraban congresos y concilios diocesanos del clero y los legos —incluidas las mujeres— y tomaban decisiones sobre una serie de cuestiones, entre ellas la destitución de algunos obispos y el establecimiento de límites a la autoridad de los obispos. Algunos de los miembros del alto clero, sobre todo aquellos a los que la gente identificaba estrechamente con Rasputín o consideraba ultrarreaccionarios, fueron obligados a renunciar a sus cargos, mientras que a los clérigos impopulares se les destituyó de todo tipo de cargos, incluido el de párroco. Aquellos congresos diocesanos debatieron todo tipo de cuestiones religiosas y sociales —el reparto de las tierras de la Iglesia, la guerra, la jornada laboral de ocho horas y muchas otras— y eligieron delegados para un *Sobor* (asamblea) de Toda Rusia, prevista para el mes de agosto, mediante votaciones libres y secretas. El *Sobor* debía resolver con autoridad las cuestiones relativas a la reforma de la Iglesia (algo parecido a la Asamblea Constituyente en el mundo de la política) y,

Dios mediante, revitalizar la Iglesia en el nuevo contexto revolucionario.[49] Aunque la Revolución trajo consigo la oportunidad de realizar importantes cambios dentro de la Iglesia ortodoxa, esta tan solo desempeñó un papel secundario en el contexto general de los acontecimientos políticos, socioeconómicos y de otro tipo que se produjeron en 1917.

La identidad cívica era una cuestión compleja: las personas tenían múltiples identidades en función de su empleo, de sus ingresos, de su nacionalidad, de su religión, su género, su filiación política y otras características. Esos factores a menudo creaban divisiones entre personas que por lo demás estaban perfectamente identificadas. En Smolensk, por ejemplo, hubo un importante conflicto entre los médicos, los dentistas, los *feldshers* (asistentes médicos), las enfermeras y otros prestadores de asistencia sanitaria a propósito de la inclusión de las profesiones de estatus inferior en una organización de estatus más alto o su exclusión.[50] Esa separación de las identidades venía a subrayar las divisiones de la sociedad y menoscababa las esperanzas de los partidos progresistas de un consenso político basado en los intereses nacionales comunes en general.

Sin embargo, esas diversas identidades de grupo no evitaron que amplios sectores de la sociedad percibieran los acontecimientos desde el punto de vista de los intereses genéricos de clase o de otro tipo, o el conflicto que se produjo a continuación. A pesar de la gran cantidad de organizaciones y grupos de intereses, estaba claro que la mayoría de la población también se agrupaba en grandes colectivos sociales como los que hemos examinado en este capítulo, con unas aspiraciones generales comunes que intentaban hacer realidad organizándose. Con la debida cautela, es posible hacer generalizaciones sobre dichos grupos, y de hecho esas

generalizaciones son esenciales para cualquier análisis concluyente de la Revolución. Todas las identidades de grupo a pequeña escala existían en paralelo con, y normalmente en el marco de, una división general y muy importante de la sociedad en dos grandes categorías sociopolíticas que se consideraban intrínsecamente antagónicas. Se denominaban de distintas formas, como *nizy* (clases bajas) frente a *verkhi* (clases altas), «demócratas» frente a «privilegiados», «trabajadores» frente a «burgueses», y soldados frente a oficiales. A su vez, el incesante uso público de esas categorías —en los discursos, en los periódicos y en las conversaciones— contribuyó a configurar las identidades sociales. No solo representaban divisiones socioeconómicas reales, sino que además asumieron importantes implicaciones políticas a medida que la Revolución fue convirtiéndose en una intensa lucha por el control del gobierno, con la plena conciencia de que el gobierno no se limitaba a representar el «interés público», sino que a menudo también favorecía los intereses de un grupo o de otro.

En 1917, las aspiraciones populares confluyeron en la política porque la gente se sumió en la política como una forma de hacer realidad sus aspiraciones. La Revolución de Febrero trajo consigo no solo el derrocamiento de la monarquía, sino también un nuevo tipo de política caracterizada por la participación de las masas, la idea de la soberanía popular y las elecciones. Las elecciones fueron un proceso ininterrumpido y variado. Los votantes participaban en las elecciones a los gobiernos locales y en las elecciones a una amplia gama de comités, consejos, soviets, asociaciones, y otras organizaciones públicas y privadas en función de su condición de trabajadores, soldados, campesinos, mujeres, afiliados a un sindicato, profesionales, amas de casa, o de su nacionalidad, etcétera, a lo largo y ancho del gigantesco país. Esas elecciones venían acompañadas de debates, discusiones, discursos, octavillas,

carteles y otros rasgos de las campañas electorales, que arrastraban a la vida política a la ciudadanía. Para todos los cientos de miles de nuevos «ciudadanos libres» de la «Rusia democrática» que salieron elegidos, significó una participación aún más profunda en la vida pública. Como ha señalado Peter Holquist, «la verdadera magnitud de la transformación revolucionaria en 1917 podía apreciarse en la masiva participación de la ciudadanía en aquel nuevo universo político».[51]

Capítulo 5. Los campesinos y los cometidos de la Revolución

Los campesinos identificaban la Revolución con conseguir tierras. La tierra era el principio fundamental. En segundo lugar, y en estrecha relación con lo anterior, estaba el objetivo de asumir el control sobre sus propias vidas y crear una nueva relación económica, política e incluso moral en el campo, que encajara mejor con la visión que los campesinos tenían del mundo. La Revolución de Febrero y el hundimiento de la autoridad que se produjo a continuación crearon la oportunidad para que los campesinos hicieran realidad esas inveteradas aspiraciones. La Revolución eliminó o debilitó gravemente los instrumentos tradicionales de coerción —la policía, los tribunales, el Ejército— con los que el Estado y los terratenientes controlaban las acciones de los campesinos y hacían cumplir las antiguas relaciones vigentes en el campo. Los campesinos comprendieron rápidamente que, en vista de la debilidad del Estado y los terratenientes, ahora podían actuar sin grandes temores a las represalias de costumbre. Los miles de pueblos dispersos se propusieron hacer realidad su visión del justo orden de las cosas y, en vez del fracaso habitual, el resultado acumulado fue una revolución agraria arrolladora. Contaron con el apoyo de los campesinos y excampesinos del Ejército y de las ciudades —las pancartas con el lema «Tierra y libertad», el escueto e inveterado eslogan de las reivindicaciones campesinas, estuvieron presentes en casi todas las manifestaciones populares que hubo a lo largo de 1917, en Petrogrado y a lo largo y ancho de todo el país.

Entre los campesinos existían significativas diferencias, así como en el seno de los pueblos y entre distintas localidades: jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, familias con un varón adulto en casa o bien en el Ejército o en la ciudad, más prósperos o más pobres, más cultos o más incultos, privatizadores y participantes en la estructura comunal tradicional, de las zonas de «tierra negra» o de otros sistemas geológicos, etcétera. No obstante, también había rasgos comunes predominantes, y nos centraremos sobre todo en ellos.********

********* El siguiente análisis se centra en las zonas del interior de Rusia y Ucrania y en su campesinado. No solo constituían más de dos tercios de la población total, sino que además eran los campesinos más importantes en términos de la repercusión de sus acciones en la política nacional. El resto del campesinado estaba formado por pequeños y diversos sistemas sociales rurales, en su mayoría desperdigados a lo largo de los límites exteriores del Imperio, y tuvo un efecto relativamente pequeño en el debate nacional sobre la tierra o en la gran revolución campesina; analizar todos y cada uno de esos sistemas sería sumamente complejo y requeriría mucho más espacio del que tenemos. No obstante, muchos de los rasgos básicos que se examinan aquí también son aplicables a esos sistemas.

El pueblo se organiza

La noticia de la Revolución fue difundiéndose poco a poco por los pueblos campesinos a lo largo del mes de marzo. En un primer momento los campesinos actuaron con cautela, acordándose de la oleada de represión que siguió a la Revolución de 1905, pendientes de ver si la Revolución en las ciudades iba a durar, y de cualquier indicio de hacia dónde soplaba el viento. Aparte de eso, los campesinos estaban dispuestos a concederle al nuevo Gobierno la oportunidad de afrontar sus principales motivos de preocupación. Al principio eran optimistas. Al fin y al cabo, desde su punto de vista, la cuestión era sencilla: la Revolución significaba que la tierra iba a ser

de ellos y que los campesinos iban a asumir un mayor control de sus propios asuntos. Ese era el cometido de la Revolución. Y ellos iban a juzgar al nuevo Gobierno y a sus medidas conforme a ello.

Mientras esperaban a que el nuevo Gobierno tomara medidas para el reparto de tierras, los campesinos hicieron valer con más fuerza su control sobre sus vidas y sus asuntos. En el caso de los campesinos eso quería decir, en primer lugar, la asamblea del pueblo, donde se congregaban para hablar sobre aquella Revolución, igual que lo hacían sobre otros acontecimientos importantes de la vida pública local. Tradicionalmente, los que dominaban las asambleas y la toma de decisiones del pueblo eran los cabezas de familia, y por consiguiente sobre todo los varones de más edad. En lo que vino a ser una importante revolución social que se extendió a lo largo de 1917, la asamblea se amplió y se democratizó cuando empezaron a participar todos los campesinos varones adultos del pueblo, incluidos los miembros más jóvenes de las familias y los jornaleros sin tierra. Los hombres más jóvenes, a menudo con experiencia del mundo exterior por haber hecho el servicio militar fuera del pueblo o por haber trabajado en la ciudad, asumieron un papel cada vez mayor. Y con ello surgió un nuevo liderazgo en el pueblo, más joven, menos precavido, más abierto a las nuevas ideas y al activismo revolucionario. La situación variaba de un pueblo a otro, y a menudo el tradicional anciano del pueblo (*starosta*) siguió teniendo un papel influyente en caso de que gozara de la confianza de sus vecinos, pero en general en los pueblos empezó a producirse una transformación de la toma de decisiones y del liderazgo. Los soldados que volvían de permiso hacían valer con especial energía su derecho a tener voz. En algunos lugares también participaban las mujeres (a causa de la guerra, las mujeres suponían entre dos terceras y tres cuartas partes de la mano de obra rural).

Los campesinos en seguida institucionalizaron el nuevo orden vigente en el pueblo a través de la elección de comités locales (a veces, sobre todo en los alrededores de las ciudades, se denominaban soviets). Por medio de dichos comités, y respaldados por las reuniones periódicas de la asamblea del pueblo, los vecinos asumieron el control de la vida local, mermando o poniendo fin al papel de los representantes del Estado o de otros elementos externos. Los comités debatían sobre un amplio abanico de cuestiones que afectaban a los campesinos, y poco a poco fueron tomando más y más decisiones al respecto: sobre el reparto de tierras, los arriendos, los salarios de los jornaleros, las relaciones con los terratenientes, el acceso a los bosques y los pastos, el orden público y otros asuntos. También se reunían para decidir lo que había que hacer en las acciones más violentas que emprendían los vecinos de forma colectiva, como la ocupación de tierras o los actos violentos contra las haciendas señoriales. El campesinado demostró tener el mismo afán por organizarse y hacer valer sus derechos que la población urbana, y creó toda una serie de comités y organizaciones especiales en los pueblos para llevar a la práctica sus deseos.

Animados por su éxito inicial a la hora de hacer valer sus derechos al nivel comunal del pueblo, muy pronto los campesinos empezaron a ampliar su recién estrenada autodeterminación por el procedimiento de crear comités al siguiente nivel de magnitud de la organización geográfica y política, el *volost*, o distrito rural.******** Aquellos comités de distrito, que se crearon a finales de marzo y a lo largo del mes de abril y estaban formados por representantes de los pueblos, asumieron las funciones de gobierno local que correspondían a las antiguas autoridades. Sin embargo, esa fue la máxima extensión geográfica del autogobierno del campesinado, y el deseo de crear sus propias instituciones raramente fue más allá de

ese nivel con la creación de organismos territoriales más grandes. La organización de los campesinos se basaba en el pueblo. Podía ampliarse al grupo de aldeas que formaban el pequeño distrito rural (*volost*), pero raramente se pasó de ahí. Las organizaciones geográficas más grandes estaban más allá de la forma en que los campesinos planteaban la gestión de la vida local, y a su juicio esa tarea le correspondía a los organizadores de fuera, el Gobierno y los partidos políticos. Por consiguiente, el distrito (*volost*) pasó a ser el principal punto de contacto, y de conflicto, entre los campesinos y las autoridades políticas de nivel superior.

********* Las principales subdivisiones geográfico-políticas de Rusia eran, en orden descendente de tamaño, la *guberniia* (provincia), la *uezd* (comarca), el *volost* (distrito), y el pueblo/comuna. La comuna era el pueblo como entidad política y económica (la mayoría de las tierras de los campesinos era propiedad colectiva de la comuna, no privada) y como organismo de autogobierno. En la literatura en inglés, se utiliza a menudo el término «distrito» para designar tanto el *uezd* como el *volost*; yo lo utilizaré principalmente para decir *volost*, y en algunos casos simplemente para designar una unidad administrativa pequeña cuando no sea imprescindible la exactitud. Cuando sea preciso, utilizaré los términos rusos *volost* y *uezd*.

Sin embargo al Gobierno le inquietaba incluso ese nivel de actividad autónoma de los campesinos, ya que su preocupación era garantizar un flujo constante de productos alimenticios a las ciudades y al Ejército, y una reforma agraria ordenada. Por consiguiente, el Gobierno se apresuró a crear nuevas instituciones de gobierno temporales en las zonas rurales. El 5 de marzo, el nuevo Gobierno abolió oficialmente el cargo de los antiguos gobernadores provinciales, creó de forma provisional la figura de los comisarios provinciales y comarcales, y designó a los nuevos titulares. La mayoría de ellos eran terratenientes nobles a los que se les suponía una actitud cívica y acaso favorable a las reformas. El 20 de marzo, el Gobierno Provisional autorizó a sus comisarios provinciales a crear

comités especiales de distrito formados por campesinos, nobles y otros grupos sociales del campo (maestros, ingenieros agrónomos, médicos y otros miembros de la «*intelligentsia* rural», así como los comerciantes y artesanos de los pueblos y las ciudades pequeñas). Dichos comités debían asumir la responsabilidad de gobernar a nivel local hasta que fuera posible crear nuevas instituciones propiamente dichas.[1]

El intento del Gobierno de crear un nuevo orden rural obtuvo distintos resultados. En particular, no tuvo demasiado éxito al nivel del distrito ni del pueblo. La tendencia inicial a nombrar personalidades importantes o intelectuales de la zona como administradores locales, aunque tuvieran fama de progresistas, provocó el rechazo de los campesinos. La necesidad por parte del Gobierno de designar a los altos funcionarios requeridos para poder establecer lo antes posible un sistema administrativo entró muy pronto en conflicto con el ansia por parte de los campesinos de elegir sus propios órganos de autogobierno. De hecho, los campesinos en seguida se mostraron reacios a que ningún sector de la sociedad culta hablara en su nombre, o por encima de ellos. A finales de la primavera, un informe que evaluaba los tres primeros meses de la Revolución en el campo afirmaba que «los campesinos evitan elegir representantes de la *intelligentsia* —y ha sido un fenómeno particularmente acusado en los últimos tiempos—. Con el paso del tiempo, han ido convenciéndose cada vez más de que la *intelligentsia* no tiene cabida entre ellos; que ellos mismos deben gestionar sus propios asuntos sin interferencias».[2] Al nivel de los pueblos y los distritos, los comités formados de forma autónoma por los campesinos fueron predominando cada vez más, y las instituciones con representación de todas las clases sociales avaladas

por el Gobierno perdieron la partida frente a ellos. Los campesinos estaban asumiendo el control de su mundo y de sus vidas.[3]

El Gobierno tuvo algo más de éxito en las ciudades grandes y pequeñas de las provincias, donde había una mayor presencia de intelectuales y de la clase media, y los partidos políticos podían desempeñar un papel más destacado. Allí tenían su sede las principales instituciones del Estado. En esos ámbitos el campesino tenía mucha menos influencia, incluso en las instituciones que supuestamente hablaban en su nombre, como los congresos provinciales de delegados de los campesinos y los comités para la tierra y el suministro de alimentos organizados por el Gobierno. Se creó una importante brecha entre las actitudes de las organizaciones de los pueblos y los distritos, por un lado, y las de las instituciones de las comarcas, dominadas por los habitantes de las ciudades.

Aquellas diferencias de actitud y el conflicto a que dieron lugar surgían en parte de las distintas formas de ver al campesino como un ciudadano con un papel en la configuración de la nueva Rusia. Los campesinos se veían a sí mismos, y a menudo así lo expresaban en las cartas que enviaban al Gobierno y a los periódicos, como ciudadanos libres, con un derecho intrínseco a decidir sobre su propio futuro y sobre la estructura de la vida rural. Por el contrario, los nuevos dirigentes del Estado y la *intelligentsia*, tanto central como local, veían a los campesinos como la «gente oscura». Ese término resumía la visión ampliamente difundida entre la élite tradicional y la *intelligentsia* de los campesinos como personas ignorantes, retrógradas, incultas, y acaso también moralmente cuestionables, que necesitaban una amplia tutela antes de que pudieran convertirse en auténticos ciudadanos de la nueva república libre de Rusia, y participar plenamente en la creación de la nueva sociedad. Para ese fin, el Estado y las élites locales organizaban mítines y festivales en los pueblos para celebrar la Revolución,

donde explicaban a los campesinos, mediante discursos y sermones (que a menudo, de forma emblemática, tenían lugar en el colegio y en la iglesia del pueblo), sus nuevas obligaciones. Desde el punto de vista de las élites, los campesinos necesitaban «ilustración» y adquirir determinados hábitos para llegar a ser ciudadanos de pleno derecho y dignos de la nueva Rusia. Entre esos hábitos, que los campesinos debían adquirir bajo la tutela de la *intelligentsia* y del Gobierno, figuraban el mantenimiento del orden, el respeto a los derechos de propiedad, mejorar su educación, reducir el consumo de alcohol, aprender sus obligaciones para con la nación (que consistían en pagar sus impuestos, suministrar productos alimenticios y apoyar la guerra) y, en general, adquirir «cultura». Y por otro lado, los campesinos se veían a sí mismos como ciudadanos en pie de plena igualdad con los demás, con derecho a participar en el desarrollo del nuevo orden y del nuevo Estado, aunque también reconocían su necesidad de «ilustración», y a menudo empleaban para referirse a sí mismos la terminología negativa de la élite, como por ejemplo «gente oscura». Sin embargo, los campesinos a menudo utilizaban ese tipo de términos negativos con habilidad, por ejemplo, para justificar actos manifiestamente ilegales como la ocupación de tierras. Y con frecuencia utilizaban la tradicional terminología humilde y deferente para dirigirse al Gobierno y a los soviets, al tiempo que, con una novedosa seguridad en sí mismos, exigían tierras, instaban al regreso del frente de sus hijos y sus maridos, o planteaban otro tipo de reivindicaciones revolucionarias. La élite (sobre todo la urbana) y los campesinos tenían conceptos diametralmente opuestos del papel del campesinado, lo que en 1917 exacerbó tanto el conflicto entre los campesinos y las élites como el conflicto entre los campesinos y el Estado, empezando por la forma de gobierno local, pero que se extendió mucho más allá.

La lucha por el suministro de alimentos

El problema del abastecimiento de alimentos para las ciudades y el Ejército puso rápidamente de manifiesto la discrepancia entre las aspiraciones de los campesinos y los asuntos que preocupaban al Gobierno, y dio lugar a todo tipo de conflictos. La preocupación más apremiante del Gobierno era el suministro de alimentos al Ejército y a las ciudades. Consideraba que el reparto de tierras y otros asuntos relacionados con la reforma agraria eran importantes, pero a su juicio era posible posponerlos; tenían una importancia secundaria respecto al problema de los alimentos. En cambio, para los campesinos, la tierra y otras cuestiones económicas inmediatas no solo eran sumamente importantes, sino también urgentes. Esa urgencia reflejaba no solo diferencias de concepto, sino también que los campesinos estaban en total sintonía con los condicionantes de las temporadas de siembra y de cosecha. El conflicto era inevitable, y llegó rápidamente. El Gobierno, que había heredado del antiguo régimen un grave déficit en las remesas de productos alimenticios, actuó rápidamente para establecer un sistema de suministro de alimentos. Al hacerlo, obedecía a un amplio consenso tanto entre los burócratas del Estado como entre los intelectuales progresistas y socialistas acerca de la importancia de una mayor supervisión de la economía por el Gobierno, sobre todo en materia de productos alimenticios, un consenso que había ido creándose durante la guerra.[4] En una fecha tan temprana como el 9 de marzo, el Gobierno creó un Comité Estatal para el Abastecimiento de Alimentos, a lo que le siguió, el 25 de marzo, el establecimiento del monopolio estatal de los cereales, con precios fijos. La nueva normativa contemplaba una jerarquía de comités de suministro de alimentos a nivel provincial y de distrito, con representación de distintos grupos urbanos y rurales.[5] En general, los campesinos

desconfiaban de aquellos comités mayoritariamente urbanos y consideraban —acertadamente— que estaban controlados por los terratenientes, los habitantes de las ciudades, los comerciantes y los funcionarios del Estado. Eran conscientes de que el cometido principal de aquellos comités no tenía nada que ver con los intereses de los campesinos.

A los campesinos les molestaban los controles y las requisas del Gobierno, y se resistían a su puesta en práctica. El proceso de requisa de granos en su conjunto, al margen de los controles y la normativa que a los campesinos les parecían fuera de lugar, presuponía que la moneda en la que se les iba a pagar era estable (cuando no lo era) y que a cambio iban a poder disponer de bienes de consumo a unos precios equivalentes (cuando no era así). De hecho, una parte del problema, y uno de los motivos del descontento de los campesinos, era que los «artículos de primera necesidad» (bienes de consumo básicos y productos para la agricultura que necesitaban los campesinos), prometidos a unos precios preestablecidos o rebajados como parte del monopolio estatal y del sistema de precios fijos de los cereales, no estaban disponibles en cantidad suficiente debido a que la industria estaba totalmente volcada en la producción de guerra. Enfurecidos por las políticas del Gobierno, por los bajos precios de los cereales, por los elevados costes y la escasez de bienes manufacturados, además de por su preocupación ante la relativamente mala cosecha de la primavera de 1917, los campesinos se resistían a desprenderse de sus cereales. Y como a lo largo de los siglos habían adquirido mucha práctica en incumplir los decretos que venían de arriba, los campesinos volvieron a hacerlo en aquella ocasión.

Las políticas del Gobierno para la recogida de alimentos y la resistencia de los campesinos muy pronto dieron lugar a conflictos entre los campesinos y los comisarios de abastos. En algunos casos

los comisarios intentaron emplear unidades militares para obligar a los campesinos a entregar su grano, pero raramente tuvieron éxito, y tan solo sirvió para alimentar los resentimientos. Por ejemplo, en un pueblo de la provincia de Samara, cuando llegaron los funcionarios de abastos y los soldados, las campanas de las iglesias empezaron a sonar, los campesinos, hombres, mujeres y niños, se congregaron y gritaron que «tan solo se llevarán nuestro grano por encima de nuestros cadáveres». Los funcionarios se marcharon con las manos vacías.[6] En algunas ocasiones la multitud llegó a apalear e incluso a asesinar a los funcionarios de abastos. Al final, el Gobierno se vio obligado a subir de forma reiterada el precio que pagaba, y a tolerar los fraudes, mientras que las ciudades intensificaban el racionamiento y sufrían constantes situaciones de emergencia por falta de comida. Algunas ciudades (e incluso algunas fábricas individuales) de las provincias consumidoras de granos del norte del país empezaron a enviar a sus propios agentes de compras a las provincias productoras de cereales a fin de adquirir productos alimenticios y llevárselos a sus lugares de origen.

A pesar de esos fracasos, el Gobierno, sobre todo a medida que aumentaba la influencia de los socialistas, a partir del mes de mayo, era reacio a pasar de un sistema de mayor control estatal a otro que dependiera más de los incentivos de mercado para los campesinos. Temían que eso fortaleciera a los grandes productores campesinos y a las grandes haciendas. Los social-revolucionarios, cuyo apoyo era esencial para cualquier Gobierno a partir de mayo, estaban decididos a acabar con aquellos grandes latifundios a través de un programa de reparto de tierras. No obstante, aquellos latifundios producían una parte desproporcionada del cereal que se ponía a la venta en el mercado. Por consiguiente, el reparto de tierras, ya fuera a manos del Gobierno o mediante ocupaciones de tierras por los campesinos, al reducir las fincas de los grandes agricultores y de las grandes

haciendas, también reducía la cantidad de cereales disponibles para su comercialización por el mecanismo que fuera entre los sectores no agrícolas. El resultado de las políticas de abastecimiento de cereales del Gobierno y de las actitudes de los campesinos fue el colapso del sistema para la compraventa de los productos agrícolas, lo que tuvo importantes repercusiones para toda la sociedad. Como ha señalado John Keep, «fue algo tan importante a corto plazo como lo fue la expropiación de los terratenientes a largo plazo [...]; la negativa de los campesinos a entregar sus productos a las organizaciones oficiales de abastos contribuyó al deterioro de la economía. Al reducir el suministro de alimentos a las ciudades y al Ejército, agravó la crisis social e, indirectamente, contribuyó a la caída del Gobierno Provisional».[7] Además, fomentó la violencia de los campesinos.

La redistribución de tierras y la ocupación de fincas

A lo largo de todas las controversias sobre la gobernanza, sobre el abastecimiento de alimentos y otras cuestiones, los campesinos siempre estuvieron pendientes de su principal preocupación: la tierra y su redistribución. El campesinado estaba convencido de que la tierra pertenecía por derecho moral a quienes la trabajaban, es decir, a ellos. El cometido de la Revolución era expropiar las fincas de los terratenientes privados, del Estado, de la Iglesia y de otros elementos foráneos, y repartirla entre los campesinos. En ese grupo se incluía también a los campesinos que habían ido consolidando parcelas para crear fincas privadas por separado (véase el apartado siguiente). La retórica de los partidos socialistas fomentaba ese tipo de actitudes.

Sin embargo, al Gobierno le resultaba difícil desarrollar una política de reparto de tierras satisfactoria, incluso después de la

incorporación de los socialistas al ejecutivo. Existía el consenso general de que la Revolución pasaba por llevar a cabo algún tipo de reparto de tierras, pero a partir de ahí al parecer los políticos no se ponían de acuerdo. En primer lugar, había una diferencia absoluta de opiniones entre los partidos no socialistas (básicamente los kadetes) y los partidos socialistas sobre la indemnización a los terratenientes por las tierras expropiadas, sobre la titularidad comunal o privada de las fincas, y otras cuestiones. Además, entre los propios socialistas, incluso para el denominado partido de los campesinos, el Partido Social-Revolucionario, existían graves diferencias sobre lo que había que hacer específicamente y cómo llevarlo a cabo. Eso dificultaba enormemente establecer cualquier tipo de acuerdo político sobre el reparto de tierras, de modo que lo más fácil era posponer la toma de decisiones y remitirse a la autoridad de la Asamblea Constituyente en un asunto tan importante. De hecho, mientras los partidos políticos se aferraran a la idea de un Gobierno de coalición, resultaba imposible llegar un acuerdo, y por consiguiente emprender cualquier tipo de reforma agraria.

A pesar de esos motivos de fricción, el Gobierno Provisional abordó rápidamente la cuestión de la reforma agraria, que era demasiado importante como para ignorarla. Creó un comité, el Comité Central de la Tierra, que en seguida creó una jerarquía de comités locales y de comisiones especiales. En la cúspide de la pirámide, el Comité Central de la Tierra y sus comisiones se quedaron empantanados en interminables debates sobre las políticas y en la pura complejidad de la cuestión. En la base, a nivel de los distritos, existía una tendencia a que los campesinos se hicieran con el control de los comités y los utilizaran para promover sus reivindicaciones sobre la tierra. La creación del Gobierno de coalición, el 4 de mayo, llevó a los eseristas al ejecutivo, y a Víctor Chernov, el líder más prestigioso del PSR, al Ministerio de Agricultura. Muchos esperaban que el «ministro de los

pueblos», como le llamaban ocasionalmente, pusiera en práctica rápidamente una reforma agraria. Ahí Chernov resultó ser una decepción. Tuvo que hacer frente a una feroz oposición tanto desde dentro del Gobierno como de su propio partido, una oposición que no fue capaz de superar, al tiempo que derrochaba sus energías en un amplio abanico de batallas y de polémicas políticas. El resultado final fue que, aunque el Gobierno aseguró reiteradas veces a los campesinos que iba a haber un reparto general de tierras, no logró desarrollar una reforma agraria, y mucho menos ponerla en práctica.

La reacción de los campesinos a la falta de decisión del Gobierno fue muy diversa. La mayoría de los campesinos aguardó con una paciencia razonable el reparto de tierras, aunque al mismo tiempo estuvieran asumiendo el control de otros aspectos de su existencia a través de los comités de los pueblos, por el procedimiento de imponerse en los comités locales y de tierras, con su resistencia a las incautaciones y por otros medios. Sin embargo, no todos esperaron pacientemente. Algunos decidieron actuar rápidamente, incluso de forma violenta, para lograr un control total de las tierras, y esas acciones dieron a la revolución rural su especial sabor. La comunidad rural trabajaba con un ritmo estacional de siembra y cosecha, y eso, unido a la impaciente exigencia de medidas que caracterizó a toda Rusia durante 1917, llevó a los campesinos a solucionar por su cuenta la cuestión de la tierra. Y para lograrlo tenían a su favor tres factores: para entonces los campesinos controlaban el aparato del gobierno rural local; el nuevo régimen no tenía a su disposición los instrumentos de coerción armada con los que obligar a los campesinos a esperar o a no hacer lo que querían; y la mayoría de los terratenientes varones adultos que habrían podido oponer una resistencia más eficaz estaban muy lejos, prestando servicio en el Ejército o desempeñando cargos públicos. Así pues, los campesinos tenían las manos libres para llevar a cabo

su propia revolución agraria, en la que la violencia desempeñó un papel en distintas formas.

En 1917 hubo muchos tipos de acciones directas de los campesinos, de formas variables según la región y las características de la agricultura local.[8] Aproximadamente un tercio de todas las acciones consistió en la ocupación de tierras de labranza y su redistribución entre los campesinos, y más de la mitad fueron ocupaciones de tierras en general (pastos, praderas y bosques). En el caso de las tierras de labranza, para los campesinos el momento crítico era la época de siembra, y por consiguiente la ocupación de tierras tendía a concentrarse en los periodos inmediatamente anteriores a las siembras de primavera y otoño, así como de la cosecha de verano. Aproximadamente el 80 por ciento de las ocupaciones ocurridas en las provincias de Sarátov y Penza —dos zonas agrícolas importantes donde reinaba el descontento— se produjeron en esas fechas.[9] A menudo la ocupación de tierras conllevaba la confiscación de las herramientas, los aperos, las bestias de tiro e incluso de los edificios, ya que se consideraban directamente vinculados al uso de la tierra. Una vez empezada, la ocupación adquiría su propia inercia: en el distrito de Sychevka, en la provincia de Smolensk, el comité ejecutivo campesino del sub-distrito de Subbotino inició la ocupación de las propiedades «excesivas» de la aristocracia en una fecha tan temprana como el 27 de abril, lo que puso en marcha un proceso de ocupaciones a lo largo y ancho de todo el distrito. En junio, una asamblea de campesinos de Subbotino intensificó el proceso al ordenar la confiscación de todas las praderas de los propietarios privados de cualquier tipo. En agosto, sobre todo después de que el Gobierno intentara poner freno a las ocupaciones de tierras, el proceso se hizo más generalizado y más violento.[10]

A menudo los campesinos justificaban la ocupación de tierras con el pretexto de cultivar las tierras que habían quedado ociosas. Durante la guerra, una cantidad considerable de tierras de propiedad privada habían quedado sin cultivar. El Gobierno, preocupado por la siembra de primavera, actuó para maximizar el número de hectáreas cultivadas. Una ley del 11 de abril disponía que, en caso de que un terrateniente se negara a cultivar sus tierras, «estas se pondrán a disposición» de los comités locales de abastos y se arrendarán «a un precio justo a los propietarios locales [incluidos los campesinos]».[11] Los campesinos se aprovecharon rápidamente de aquella ley, y la utilizaron como justificación para apropiarse de las tierras señoriales privadas. A veces también se quedaban con los aperos, el ganado, los pastos y otros activos, ya fuera con el argumento de que también estaban infrautilizados, o bien porque eran imprescindibles para trabajar la tierra que habían ocupado. Otro decreto del 16 de julio refrendaba la ocupación de las tierras ociosas como preparativo para la cosecha y la recolección de la paja, así como para dejar lista la tierra para la siembra de otoño. Aunque el decreto advertía a los campesinos sobre las consecuencias de cualquier acción ilegal, estos lo veían simplemente como un espaldarazo a sus acciones anteriores y como la justificación para ulteriores ocupaciones.

Para colmo, a veces los campesinos se las ingeniaban para conseguir tierras por el procedimiento de asegurarse de que quedara «ociosa», o insinuando que no pensaban cosecharla. A menudo se aprovechaban de que los terratenientes necesitaban contratar mano de obra campesina o arrendar una parte de sus tierras para exigir jornales más altos o arrendamientos más bajos; cuando los terratenientes se resistían, a veces los campesinos les negaban la mano de obra y después se apropiaban de las tierras alegando que estaban ociosas. En las zonas donde se empleaba a los prisioneros de guerra o a los refugiados para las tareas agrícolas, a veces los

campesinos lo impedían por la fuerza. El comité de un distrito envió a uno de los terratenientes locales, el príncipe Golytsin, la orden de que «antes de las 10 de la mañana del 10 de abril deberá enviar a la oficina del distrito a todos los prisioneros de guerra empleados en tareas agrícolas, dado que los ciudadanos de este distrito los necesitan», y le amenazaban con el uso de la fuerza si no obedecía.[12] Una vez privadas de mano de obra, esas tierras podían declararse ociosas a fin de que las ocuparan los campesinos por decisión de los comités. Al mismo tiempo, los campesinos a menudo se quedaban con los prisioneros como jornaleros para su propio uso, con lo que el beneficio era doble. Además, los campesinos podían justificar aquellas ocupaciones con el pretexto del deber patriótico de garantizar el máximo aprovechamiento de la tierra, y al mismo tiempo alegar que estaban dando cumplimiento a las políticas del Gobierno.

Generalmente, cuando ocupaban las tierras, los campesinos actuaban colectivamente como un pueblo, casi siempre después de que una reunión de la asamblea del pueblo decidiera tomar esa medida. A menudo los vecinos exigían que participaran todos los campesinos, para que la responsabilidad fuera compartida entre todos. En el momento indicado, se congregaban en el pueblo con los carros necesarios para llevar a cabo el saqueo y se encaminaban hacia la finca. A menudo se le entregaba al dueño o a su encargado una «orden» por escrito donde se enumeraban detalladamente qué tierras se iban a ocupar y cuáles se dejaban en manos del terrateniente para su uso personal (que habitualmente era una «fracción» basada en lo que él mismo podía cultivar personalmente con la mano de obra de su familia). Cuando además se incautaban otros bienes, a veces esa orden iba acompañada de un detallado inventario por escrito. El dueño o el encargado, en caso de que no hubieran huido, podía ser obligado a firmar un documento por el que

cedía la tierra y los bienes al pueblo o al comité del distrito. Los campesinos cargaban en sus carros el grano almacenado y otros materiales y se los llevaban. También se adueñaban de las herramientas y aperos en buen estado, mientras que a menudo destruían la maquinaria más sofisticada que los campesinos no sabían utilizar. Con ese mismo pretexto, a menudo se llevaban el ganado. Todos esos bienes se repartían entre los vecinos. Y se empleaba esa misma práctica cuando los campesinos ocupaban los pastos, las praderas, los bosques y otras tierras de valor. En la mayoría de los casos, aquellas ocupaciones no iban acompañadas de agresiones físicas a los terratenientes, sobre todo durante los primeros seis meses de la Revolución.

Una descripción gráfica de una ocupación real, que incluye muchos de los principales rasgos de las ocupaciones campesinas —como por ejemplo su gran organización y el gran papel que desempeñaba el azar en todo el proceso— procede del relato de una de las víctimas en un periódico de la época:

> A mediodía, la asamblea del pueblo se reunió para decidir el destino de nuestra finca, que era grande y estaba bien equipada. La cuestión a decidir se planteó con una cruda sencillez: ¿debían prender fuego a la casa o no? Al principio únicamente decidieron llevarse todas nuestras pertenencias y marcharse del edificio. Pero esa decisión no satisfacía a algunos de los presentes, y se aprobó otra resolución: quemarlo todo salvo la casa, que iba a conservarse para alojar un colegio. Inmediatamente después la multitud se presentó en la finca, le arrebató las llaves al encargado y se apropió de todo el ganado vacuno, de la maquinaria agrícola, de los carruajes, de los almacenes, etcétera. Estuvieron dos días llevándose todo lo que pudieron. Después se dividieron en grupos de veinte, dividieron el botín en montones, uno para cada grupo, y echaron a suertes qué grupo se quedaba con qué. En medio de aquella redistribución apareció un marinero, un muchacho de la zona que había estado en el servicio activo. Insistió en que tenían que quemar también la casa. Los campesinos espabilaron. Acudieron a inspeccionar la casa una

> segunda vez. Uno de ellos dijo: «¿Qué tipo de colegio se podría instalar aquí? Nuestros hijos se perderían aquí dentro». Y acto seguido decidieron prender fuego a la casa [al día siguiente]. Se marcharon a sus casas tranquilamente, dejando una guardia de veinte hombres, que se dieron un buen festín: encendieron el horno, mataron una oveja, unos cuantos gansos, patos y gallinas, y se atiborraron hasta el amanecer [...]. Así transcurrió la noche. Todo el pueblo se congregó y sus hachas empezaron a golpear de nuevo [...]. Hicieron astillas las ventanas, las puertas y los suelos, rompieron los espejos y se repartieron los trozos, etcétera. A las tres de la tarde prendieron fuego a la casa por los cuatro costados.[13]

La quema del edificio no era del todo irracional (y tampoco se debía a su escasa idoneidad como colegio). El incendio de las casas solariegas y de los registros de propiedad reflejaba un crudo sentido práctico respecto a la expulsión de los nobles. Entre los campesinos existía la inveterada convicción, que se reflejaba en distintos refranes, de que si se destruía el nido (la casa solariega), el pájaro (el terrateniente) no tenía más remedio que marcharse. Y en aquel momento, más que nunca, parecía ser una esperanza realista. Al mismo tiempo, la destrucción de los muebles del propietario de la finca, de sus obras de arte, sus libros, sus pianos, los jardines ornamentales, las fuentes y otras muestras de su estilo de vida privilegiado y extraño suponía la destrucción simbólica del opresor elitista. Probablemente esa destrucción también reflejaba el odio hacia los ricos y la venganza por los agravios del pasado. Desde el punto de vista de los campesinos, todo era racional.[14]

Aparte de ese tipo de ocupaciones y de la destrucción del patrimonio, los campesinos tenían muchas formas de hostigar a los terratenientes y a los campesinos agricultores independientes. Obligaban a los empleados de las granjas a marcharse. Los vecinos organizaban registros con distintos pretextos y a veces inventariaban a la fuerza los bienes de la finca; el efecto sobre los dueños debía de

resultar desquiciante. A veces los campesinos simplemente intercambiaban su ganado de mala calidad por los animales de primera del terrateniente. También se adueñaban de los bienes —ganado, tierras, grano, equipo— ofreciéndoles a cambio una suma tan irrisoria que resultaba deliberadamente insultante (pero que al mismo tiempo aportaba una apariencia de falsa legalidad). Allanaban las fincas señoriales llevando su ganado a los pastos privados, cortando leña y por otros medios parecidos. A menudo los campesinos simplemente empezaban a utilizar unas tierras, ignorando las protestas de los terratenientes. Por supuesto, cada éxito incitaba a cometer nuevos allanamientos. Todo ese tipo de acciones tenían el efecto de dar a entender a los terratenientes lo impotentes que eran (tanto hombres como mujeres: al parecer los campesinos eran oportunistas, pues se aprovechaban de las mujeres terratenientes o de las esposas de los propietarios cuando sus maridos se habían ausentado para prestar servicio en el Ejército). Los campesinos, por supuesto, eran conscientes de que sus acciones podían atemorizar a los terratenientes hasta el extremo de obligarles a abandonar sus casas en busca de la seguridad de la ciudad, lo que dejaba las haciendas aún más expuestas a la ocupación. Habitualmente, el recurso a las autoridades locales no daba ningún resultado, en caso de que estas no estuvieran ya de por sí involucradas en el hecho delictivo. Los altos funcionarios del Estado se mostraban más comprensivos, pero eran impotentes a la hora de poner coto a aquellos actos.

La violencia física fue en aumento a medida que avanzaba el año, a consecuencia de la creciente frustración por la lentitud de las reformas del Gobierno, del aumento de la confianza de los campesinos en que podían actuar con impunidad y de la creciente participación «exterior» de los soldados que regresaban de permiso y los agitadores políticos. Los actos violentos y la ocupación de

tierras tendían a ser esporádicos y a concentrarse en determinados lugares y momentos. Una región podía sufrir numerosos incidentes un mes y ninguno el siguiente. Aparentemente los ataques eran un tanto contagiosos, ya que una acción desencadenaba otras en los alrededores. En agosto, en la provincia de Tambov, una turbamulta de campesinos asaltó la finca del príncipe Borís Vyazemsky y le «detuvo»; posteriormente fue asesinado en una estación de tren cercana por los soldados de un tren militar. A continuación se produjo un rosario de ataques en las fincas cercanas: cincuenta y siete en haciendas de la aristocracia y trece en granjas cercadas privadas de agricultores campesinos.[15] Sin embargo, no solía haber muertos, ni siquiera en la ocupación de fincas. Pocos terratenientes fueron asesinados y, como ha señalado John Channon: «En general, la Revolución asistió a la expulsión relativamente incruenta de todo tipo de terratenientes».[16] Muchas de las muertes que se produjeron fueron obra de bandas de ladrones o de grupos de soldados.

Sin embargo, al mismo tiempo, cabe recordar que no todas las fincas fueron ocupadas ni todos sus dueños fueron hostigados en 1917, ni siquiera en las zonas de mayor agitación. Muchos terratenientes siguieron viviendo más o menos como antes, con pequeños ajustes, mientras esperaban a que cambiaran los tiempos y volviera la seguridad. S. P. Rudnev, un aristócrata terrateniente de Simbirsk (región del Volga), que mantenía buenas relaciones con los campesinos locales, recordaba que el verano y el otoño de 1917 transcurrieron más o menos como siempre: «los hombres salían a beber o a cazar; invitábamos a nuestros amigos de Simbirsk a pasar unos días con nosotros y salíamos [...] de merienda campestre o a recoger setas [...]. En la finca había prisioneros de guerra austriacos trabajando para nosotros».[17] Aun así, entre los desventurados como Vyazemsky y los casos como el de Rudnev, la mayoría de los

terratenientes rurales tenían sobrados motivos para estar preocupados por su futuro. Desde su punto de vista, parecía que la totalidad de la sociedad rusa iba dando tumbos fuera de control.

Al analizar la ocupación de las tierras de los nobles o de la Corona, no hay que olvidar uno de los rasgos de la apropiación de tierras por parte de los campesinos que a menudo no se tiene en cuenta, a saber, que frecuentemente surgían conflictos entre los pueblos sobre a cuál de ellos le correspondía quedarse con las tierras. Como observa Mark Baker, después de describir numerosos conflictos entre pueblos de la provincia de Járkov: «En realidad se producían al menos el mismo número de conflictos entre campesinos que con los grandes terratenientes». De hecho, señala, «todas aquellas revoluciones locales en miniatura [...] muy pronto degeneraron en peleas entre las comunidades campesinas por el reparto de un botín decepcionantemente exiguo».[18]

Las acciones de todo tipo que llevaban a cabo los campesinos, sobre todo los actos de violencia y la ocupación de tierras, les ponían en conflicto con el Gobierno, que estaba decidido a limitar la ocupación de las fincas, a controlar el comercio de cereales, a regular la forma de actuar de los campesinos y a mantener el orden en el campo. Realizó numerosos llamamientos al orden a los campesinos. Por ejemplo, el 17 de julio, Irakli Tsereteli, uno de los líderes de los socialistas moderados, y recién nombrado ministro de Interior, emitió una circular que comenzaba señalando que «desde muchas localidades nos han llegado noticias de que la población consiente las ocupaciones, la labranza y la siembra de campos que no son suyos, la retirada de trabajadores y las exigencias económicas descabelladas a las haciendas agrícolas. Están acabando con el ganado con pedigrí y saqueando los aperos de las granjas. Las haciendas modélicas se están echando a perder. Se están talando los bosques privados». A continuación, Tsereteli recalcaba

que únicamente los comités de abastos tenían derecho a «asumir la regulación de la siembra y la cosecha de los campos», y afirmaba que iban a adoptarse medidas enérgicas «para poner fin a todas las acciones arbitrarias en materia de relaciones en el campo».[19] Ni aquella orden ni otras similares surtieron efecto. De hecho, la reacción de los campesinos consistió en criticar al Gobierno. El 24 de julio, el consejo de administración del distrito de Balashov, en la provincia de Sarátov, envió un telegrama a Kérensky, Tsereteli y Chernov, los tres políticos socialistas más destacados del Gobierno, con la siguiente advertencia: «¡Camaradas! ¡Sois completamente ajenos al estado de ánimo de los pueblos!».[20]

La revolución moral y la reafirmación del comunalismo

La revolución campesina no fue meramente económica, ni tampoco era simple codicia por las tierras. También adquirió una dimensión moral y cultural cuando los campesinos decidieron reestructurar el orden de las cosas en el campo. El ataque contra las haciendas señoriales también reflejaba la inquebrantable idea de los campesinos de que moralmente la tierra pertenecía a quienes la trabajaban, y de que en un justo orden de cosas, cada familia debía tener únicamente el usufructo de la superficie que fuera capaz de cultivar por su propio esfuerzo. Y en efecto, a menudo a los terratenientes expropiados se les dejaba una parcela para que la cultivaran ellos mismos. En las zonas del interior de Rusia y Ucrania, donde vivía la mayoría de los campesinos, la Revolución tuvo un acento claramente igualitario y un fuerte sesgo comunal. Ello contribuyó a reconstruir el mundo rural en un sentido que era al mismo tiempo cultural y económico.[21]

Ese acusado sentido del justo orden de la existencia y el resurgir del comunalismo quedaron de manifiesto de un modo especialmente claro cuando los vecinos obligaron a restituir al lote de tierras comunales las parcelas de los «privatizadores», es decir, de los campesinos que se habían escindido del sistema comunal y habían consolidado sus tierras en fincas privadas separadas durante las «reformas de Stolypin» de la década anterior. En muchos casos las fincas de los privatizadores no eran más grandes que las parcelas asignadas a los demás campesinos en virtud del sistema comunal, pero también había un importante simbolismo moral y cultural. Los campesinos presionaban a los privatizadores y a los agricultores independientes mediante la amenaza del empleo de la fuerza, las agresiones físicas, el robo de sus bienes, las humillaciones públicas, la prohibición de que utilizaran las instalaciones comunes, como las carreteras y el agua, y por otros medios. Empleaban la violencia contra ellos con la misma facilidad que contra los terratenientes nobles, o puede que más. En un pueblo de la provincia de Simbirsk, las esposas de tres propietarios de parcelas cercadas, que en ese momento se encontraban en el frente, fueron apaleadas por los vecinos y obligadas a firmar un documento por el que transmitían sus tierras al predio colectivo del pueblo.[22] En otro pueblo, en un caso de brutalidad inusitada, los campesinos acudieron en grupo a casa del privatizador que poseía la finca más grande, se lo llevaron a rastras a una reunión de la asamblea del pueblo, lo ataron a un poste y lo apalearon hasta matarlo, delante de los demás privatizadores, a los que a continuación obligaron a firmar una resolución que exigía la abolición de todas las parcelas cercadas y separadas.[23]

En general, las prácticas comunales experimentaron un resurgir en las zonas donde se habían visto relativamente debilitadas, así como

en zonas donde habían seguido muy vigentes desde antes de 1917, un proceso que prosiguió a lo largo de los posteriores años de guerra civil. Las fuerzas económicas y morales empujaban en esa dirección. La propiedad comunal de una finca conllevaba un mecanismo muy sencillo para su reparto y su incorporación a la economía general del pueblo de las tierras y los bienes que se obtuvieron de la ocupación de fincas y de los posteriores repartos de tierras. Así pues, la propiedad comunal adquirió una nueva vitalidad. De hecho, algunos privatizadores incorporaron voluntariamente sus parcelas a las tierras comunes para tener derecho a una parte de las nuevas tierras que se estaban repartiendo. Y eso resultaba particularmente atractivo en caso de que sus parcelas privadas no fueran más grandes que las de sus vecinos comunales, cosa que ocurría a menudo. El resurgir de las prácticas comunales entre los campesinos fue tan asombroso que durante los años posteriores desaparecieron casi todas las parcelas privatizadas.

Da la impresión de que la revolución agraria tuvo un efecto un tanto igualador en el pueblo. Aunque las tierras ocupadas se repartían de distintas formas, la ampliación de los predios del pueblo habitualmente beneficiaba a los campesinos más pobres. A menudo dichos campesinos exigían una parte mayor de las tierras incautadas, alegando que era «lo más justo», o exigían un trato especial cuando pedían un caballo o unos aperos que habían sido requisados. Al mismo tiempo, las parcelas más grandes de los campesinos se redujeron, dado que sus titulares a menudo se veían obligados a ceder parte de sus tierras cuando les obligaban a reintegrarlas en la comuna. Por añadidura, en la medida que los campesinos lograron forzar una subida de los salarios en la agricultura, eso también benefició a los miembros más pobres de la comunidad. Esa igualación venía a reafirmar la «revolución moral».

El campesino y la política

Aunque la revolución campesina se centraba en la tierra y en las relaciones en el seno del pueblo, no permanecía al margen del resto del mundo.[24] Los campesinos eran conscientes de que los acontecimientos de las ciudades, sobre todo los de la capital, afectaban a sus vidas. Además, les interesaban los asuntos nacionales, como la guerra, la democratización de la sociedad, la Asamblea Constituyente, el acceso a la educación y otras cuestiones. La población rural empezaba a mostrarse políticamente activa a través de las frecuentes asambleas del pueblo, de las elecciones y de las asambleas electorales para nombrar a los delegados en los consejos regionales, los soviets y otros organismos. Al margen de las elecciones, los debates sobre los asuntos públicos y la necesidad de responder a las medidas del Gobierno, como la recogida de alimentos, les llevaban a participar cada vez más en la vida política. A veces los pueblos campesinos enviaban delegaciones a las grandes ciudades, sobre todo a Petrogrado y Moscú, para saber más cosas sobre lo que estaba ocurriendo, e incluso para recibir «instrucciones». Y para colmo, las ciudades no les dejaban en paz. Además de las intromisiones del Gobierno, los soldados politizados y los trabajadores urbanos regresaban a sus pueblos natales, llevando consigo los asuntos y los debates políticos de las ciudades. Muchas *zem-liachestva*, las hermandades de trabajadores urbanos o de soldados de las guarniciones oriundos de un determinado distrito (véase el capítulo 4), mandaban emisarios a sus regiones de origen para que explicaran los acontecimientos políticos de Petrogrado y Moscú, y también para que evaluaran el estado de ánimo de los pueblos. Los social-revolucionarios, sobre todo los de izquierdas, y los bolcheviques hacían lo posible por influir en aquellas *zemliachestva*, y a través de ellas en los mensajes que se

transmitían a los pueblos. Los sindicatos, los comités de las fábricas y de las guarniciones, y otras organizaciones urbanas también mandaban emisarios a los pueblos. Aquellos emisarios a menudo arrastraban un poso del prejuicio urbano sobre la posibilidad de que los campesinos pudieran convertirse en un elemento contrarrevolucionario a menos que alguien les educara en otro sentido. A veces los campesinos acogían con los brazos abiertos a aquellos recién llegados y escuchaban con avidez las noticias que traían, pero a veces los trataban con desconfianza.

Los partidos políticos, sobre todo el PSR, se pusieron inmediatamente manos a la obra para organizar a los campesinos. Los eseristas estaban en una posición privilegiada, al ser tradicionalmente el partido más centrado en los campesinos, y al incluir a gran parte de la *intelligentsia* rural —maestros y otros— entre sus afiliados. De hecho, muchas resoluciones de los pueblos reflejaban la fraseología del programa del Partido Social-Revolucionario y la contribución de los intelectuales eseristas locales en su redacción. Los eseristas se mostraban muy activos a la hora de organizar congresos campesinos a nivel regional y provincial. Aquellos congresos tendían a adoptar resoluciones basadas en el programa del PSR, y a reivindicar la redistribución de las tierras, lo que encajaba perfectamente con la mayor preocupación de los campesinos, y a menudo instigaba la ocupación de fincas. Los congresos solían ser una combinación de campesinos y de intelectuales de orientación social-revolucionaria, pero los intelectuales eran los que asumían el papel de liderazgo; los comités ejecutivos que se elegían allí estaban formados mayoritariamente por intelectuales de las ciudades. Este último rasgo a menudo provocaba enfado entre los campesinos.[25] Además, a medida que los intelectuales locales, sobre todo eseristas, fueron ocupando cargos en los gobiernos locales a lo largo de 1917, a menudo

entraban en conflicto con los campesinos por la cuestión de la ocupación de tierras, las asignaciones de grano y otras cuestiones. A pesar de esas fricciones, los eseristas se posicionaron como el partido campesino, y los campesinos recompensaron al PSR votándoles en las elecciones de 1917. Cuando los campesinos se volvieron políticamente más radicales, en su mayoría trasladaron su apoyo al ala izquierda del partido, a los eseristas de izquierdas.

Para los eseristas, ya fueran de derechas o de izquierdas, el problema era cómo organizar a sus simpatizantes campesinos para formar un poder político eficaz en las condiciones de 1917. Resultaba increíblemente difícil organizar y movilizar a una población rural tan dispersa y conseguir que desempeñara un papel directo en la política de 1917 de la misma forma que lo hacían los obreros y los soldados. Ello reflejaba la diferencia entre el poder político en una situación electoral estable, donde se imponía la mayoría de los votantes campesinos, y una situación turbulenta, como la de 1917, donde era más importante la capacidad de movilizar a gran cantidad de gente en las manifestaciones y de ejercer una presión directa sobre el Gobierno. E indudablemente reflejaba la medida en que a menudo los campesinos se conformaban con seguir su propio camino, al margen de las ciudades, los partidos y sus actividades, e incluso con hostilidad hacia ellos. Por consiguiente, los soviets y los congresos de campesinos nunca ejercieron el mismo poder que sus homólogos urbanos, obreros y militares. Los líderes del PSR organizaron un Congreso de Delegados de los Campesinos de Toda Rusia en mayo en Petrogrado, con un Comité Ejecutivo permanente. Sin embargo, ese comité nunca ejerció una influencia ni remotamente comparable a la del Soviet de Petrogrado, o incluso a la del Comité Central Ejecutivo del Congreso de Soviets de Toda Rusia. De hecho, hasta los líderes del PSR dedicaban sus energías sobre todo al Soviet de Petrogrado y al Comité Central Ejecutivo, los principales escenarios

políticos. Al mismo tiempo, los intentos de crear una organización de campesinos de abajo a arriba, la Unión de Campesinos de Toda Rusia, fracasó, en parte debido a la oposición de los líderes del PSR.[26]

Resulta difícil evaluar con precisión la relación de los partidos políticos con la revolución campesina. Claramente, los campesinos se movilizaron para hacer realidad sus inveteradas aspiraciones, que se remontaban a mucho antes del movimiento revolucionario, y a menudo lo hacían de una forma igualmente tradicional. No necesitaban mentores políticos para hacer lo que hicieron, y a menudo excluyeron a los forasteros, fueran del tipo que fueran. Sin embargo, al mismo tiempo, tenían una inveterada relación con la *intelligentsia* radical, y los campesinos de los pueblos próximos a las ciudades y a las líneas férreas indudablemente estaban en contacto con las ideas radicales. Aun así, resulta difícil establecer con claridad relaciones causales entre las acciones de los campesinos y las actividades de los partidos políticos. Para los campesinos, las resoluciones de los congresos eran útiles porque contenían y divulgaban determinadas expresiones que ellos podían utilizar a la hora de llevar a cabo su revolución rural, pero ese tipo de resoluciones ¿ejercieron una influencia significativa en aquella revolución? Aún más difícil de evaluar es la medida en que los programas del PSR o de otros partidos influyeron directamente en las acciones de los campesinos. Los programas y las resoluciones de los partidos podían aludir a determinados problemas políticos y económicos generales con los que los campesinos podían estar de acuerdo, y es posible que al hacer llamamientos a la redistribución de tierras incluso alentaran la ocupación de fincas. Sin embargo, los campesinos tenían su propia visión de la nueva sociedad, y la revolución campesina siempre fue un asunto básicamente local, en gran medida independiente de la revolución urbana, salvo cuando se

entrometían las políticas del Gobierno (como la requisa de cereales o los intentos de imponer funcionarios designados desde la administración central). No está dicho que necesitaran las consignas de los partidos ni las resoluciones de los congresos. Incluso el decreto que promulgaron los bolcheviques en octubre para el reparto de tierras no hizo más que legalizar y acelerar lo que de todas formas ya estaban haciendo los campesinos.

La gran sublevación campesina fue ganando impulso sin cesar a lo largo de 1917. La Revolución significaba más tierras y un mayor control sobre sus propias vidas. Los campesinos se aprovecharon de la debilidad del Gobierno y se movilizaron como ciudadanos de pleno derecho para conseguir ambas cosas. No fue un fenómeno análogo a las sublevaciones masivas de las famosas revueltas campesinas de los siglos anteriores, sino más bien, en palabras de Mark Baker, muchas «revoluciones en miniatura, por parte de las comunidades campesinas individuales».[27] Ya a finales del verano, cuando no antes, el Gobierno había perdido casi por completo el control sobre el campo. Los campesinos crearon sus propias autoridades locales, excluyendo en gran medida a los forasteros. Apoyaban las leyes y las instituciones del Estado que favorecían sus aspiraciones, interpretaban otras para que pareciera que también lo hacían, y hacían caso omiso de las que no les convenían, o incluso se oponían abiertamente a ellas. Utilizaban los comités locales, los comités de la tierra y otros órganos para establecer un control eficaz sobre las tierras, mediante ocupaciones o por otros medios, y reordenaban las relaciones económicas y políticas en el mundo rural. Por otra parte, el Gobierno carecía del aparato administrativo y de los medios de coerción física necesarios para impedir las ocupaciones ilegales o para poner freno a la oleada de revueltas campesinas. Se hicieron algunos intentos de utilizar tropas del Ejército para poner fin a las revueltas o para obligar a los campesinos a entregar el grano, pero

en general no daban resultado, y lo único que conseguían era hacer patente la debilidad del Gobierno, al tiempo que alimentaban el resentimiento de los campesinos. De hecho, los dirigentes políticos del poder central y local nunca lograron ponerse realmente de acuerdo en las medidas a adoptar para imponer orden en el campo. Deseaban que los campesinos fueran más respetuosos con la legalidad y los procedimientos reglamentarios, pero muchos estaban de acuerdo con los presupuestos básicos y los objetivos de los campesinos, y por consiguiente eran propensos a pasar por alto el incumplimiento de las leyes. Al mismo tiempo, la incapacidad del Gobierno para poner en práctica una reforma agraria llevó a los campesinos a tomarse cada vez más la justicia por su mano, con lo que allanaron el camino para el decreto sobre la tierra de los bolcheviques durante la Revolución de Octubre. Sin embargo, los campesinos no eran anárquicos, como tantas veces se les ha achacado erróneamente. La suya era una visión más compleja del Estado, que hacía hincapié en una toma de decisiones descentralizada, local, y en la autonomía de los campesinos, pero también presuponía la existencia de un líder fuerte, de una «mano del amo». Además, el campesinado vio en los acontecimientos de 1917 una oportunidad de reformar el Estado, y también los asuntos locales, en beneficio propio. Al igual que el resto de grupos, los campesinos querían utilizar el Estado para hacer realidad sus aspiraciones, y sobre todo la antigua consigna de «tierra y libertad», y los nuevos eslóganes como «abajo la guerra». En algunas zonas, como por ejemplo en Ucrania, la Revolución también llevó a los campesinos a interactuar con los movimientos étnicos y nacionalistas, nuestro próximo argumento.

Capítulo 6. LAS NACIONALIDADES: IDENTIDAD Y OPORTUNIDAD

La Revolución creó unas oportunidades extraordinarias para los pueblos no rusos del Imperio, que constituían aproximadamente la mitad de la población total. En primer lugar, creó las mismas oportunidades de hacer realidad las aspiraciones sociales, económicas y democráticas en general que para la población de etnia rusa. En segundo lugar, al abolir la censura, la Revolución brindó a los portavoces de los nacionalismos la posibilidad de organizarse, de hacer campaña y de intentar movilizar a la población conforme a unas directrices basadas en la identidad nacional. En tercer lugar, al relajar el control del Gobierno central, posibilitó que los líderes hicieran valer su derecho a ejercer la autoridad. De hecho, el hundimiento del régimen imperial, sumado a las tensiones de la guerra y a lo que Eric Lohr ha denominado «nacionalismo de guerra», estimularon el rápido afloramiento de unos enérgicos nacionalismos entre las numerosas etnias a lo largo y ancho del Imperio.[1] Y así fue como surgieron todo tipo de movimientos nacionalistas, que iban desde las modestas reivindicaciones de autonomía cultural y respeto por las diferencias religiosas y étnicas, hasta las demandas de autonomía nacional-territorial en el marco de una república federal, e incluso los llamamientos a la independencia total. La reivindicación de la autonomía nacional-territorial predominaba sobre todo entre las nacionalidades de mayor entidad, mientras que los grupos más pequeños aspiraban a la autonomía

cultural. Los llamamientos a la independencia total, al principio escasos, fueron aumentando a lo largo del año 1917. El ascenso del nacionalismo reivindicativo contribuyó a la sensación general de inestabilidad y de debilidad del Gobierno que acabó formando parte del ambiente político de 1917. Incluso dio pie a la exigencia por parte de determinadas nacionalidades de que se reorganizaran sus tropas en el Ejército ruso para formar unidades militares específicamente ucranianas, estonias y de otras etnias. A lo largo de 1917 se crearon varias unidades de ese tipo. Por añadidura, el nacionalismo reivindicativo adquirió aún más fuerza por tratarse no solo de un fenómeno de la Revolución Rusa, sino un producto del ascenso del nacionalismo y de las reivindicaciones de autodeterminación nacional que tuvo lugar a escala europea a finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Este capítulo se centra en las aspiraciones de las poblaciones de las minorías nacionales y étnicas en lo referente a sus identidades como nacionalidades, y en los movimientos políticos que surgieron para dar voz a sus aspiraciones nacionales. Al mismo tiempo, aquí examinaremos en qué medida las identidades sociales, políticas y de otro tipo competían con la identidad nacional y pudieron tener una influencia sobre las actitudes en una medida igual o mayor que esta.

La «cuestión de las nacionalidades»

La denominada «cuestión de las nacionalidades» era compleja. El término abarcaba una población muy grande y diversa: más de cien etnias distintas (incluyendo aproximadamente veinte nacionalidades importantes) de un tamaño, una cultura, unas creencias y un desarrollo económico muy variados.******** Además, el sentido de la nacionalidad era muy variable. En un extremo estaban los individuos, sobre todo urbanos y cultos, que básicamente se habían

rusificado y que habían dejado casi del todo atrás sus orígenes étnicos, o quienes, por motivos ideológicos (sobre todo por el marxismo), rechazaban el nacionalismo. Y en el extremo opuesto estaban las personas, también en su mayoría urbanas y cultas, que eran marcadamente nacionalistas y exigían la autonomía o la independencia. Sin embargo, una tercera variante extrema, acaso la mayor de todas, era la de las poblaciones rurales que se identificaban con la región donde vivían o con el clan al que pertenecían, y que tan solo tenían una tenue sensación de ser «ucranianas», «kazajas» o de cualquier otra nacionalidad (aunque tal vez sí eran claramente conscientes de no ser rusas). Entremedias había personas de todas las graduaciones en materia de identidad nacional. Y para colmo, algunos grupos étnicos tenían un acusado sentimiento de identidad nacional, mientras que otros tenían muy poco, lo que tenía implicaciones políticas. Había diferencias importantes, en lo que atañía a la movilización política, entre la simple identidad étnica (una identidad fundamental, como la chechena o la letona, basada en las costumbres, la lengua y la cultura cotidiana locales), la conciencia nacional (un concepto político más complejo, fomentado deliberadamente por las élites nacionales y los patriotas) y el nacionalismo (una ideología que defendía la creación de algún tipo de Estado basado en la nacionalidad).[2]

******** Esos pueblos se habían ido incorporando al Imperio Ruso a medida que este fue expandiéndose. En su mayoría vivían en sus territorios ancestrales; en Rusia, la expresión «de etnia...» no tenía la misma connotación de inmigración reciente a un país que habitualmente tiene hoy en día en Occidente, y sobre todo en Estados Unidos.

El problema se hace más difícil cuando uno intenta evaluar la importancia de la etnia a la hora de influir en los actos. Habitualmente, los individuos tenían múltiples identidades y

aspiraciones: un campesino ucraniano podía identificarse con las quejas de todos los campesinos contra los terratenientes, pero también podía apoyar los movimientos culturales o políticos ucranianos. Sin embargo, ¿sentía afinidad con los terratenientes o los intelectuales urbanos ucranianos, o los veía como parte de un mundo exterior hostil? ¿El hecho de que muchos terratenientes fueran rusos o polacos, y de que los acreedores comerciales urbanos probablemente fuesen judíos, estimulaba la identidad nacional ucraniana? ¿Cómo influían esas variables en el proceder de los campesinos ucranianos? Análogamente, un obrero fabril tártaro en Kazán podía reaccionar ante los asuntos de 1917 en su condición de obrero, de tártaro o de musulmán, por no mencionar otras posibles identidades que pudieran surgir de su antigua condición de campesino, de su género o de sus convicciones políticas. Ante la necesidad de escoger entre los partidos y los programas, ¿qué identidad prevalecía? Y además, la identidad predominante en un momento determinado podía cambiar en función de las circunstancias.

En 1917, la política basada en la nacionalidad a menudo solía mezclarse con el socialismo y el llamamiento casi universal a un cambio social radical. Los partidos de tipo étnico con mayor éxito habitualmente también eran de doctrina socialista. Algunos combinaban las doctrinas marxistas con una orientación nacionalista, mientras que otras compartían la orientación campesina del PSR y combinaban la identidad nacional con las preocupaciones de los campesinos, sobre todo por el reparto de tierras. Así pues, resulta difícil distinguir en qué medida el atractivo de aquellos partidos se basaba en la nacionalidad o en razones socioeconómicas —un campesino ucraniano que apoyara a los social-revolucionarios ucranianos, ¿estaría apoyando el llamamiento de ese partido al reparto de tierras, o manifestando su identidad nacional?—. Da la

impresión de que, en 1917, en la mayoría de los casos las preocupaciones sociales prevalecían sobre los contenidos nacionales: normalmente, los partidos nacionalistas que carecían de un enérgico programa de reformas sociales conseguían malos resultados electorales, mientras que los partidos no nacionalistas socialistas «de toda Rusia» a menudo conseguían buenos resultados incluso en las zonas con minorías étnicas. Juntos, el socialismo y la nacionalidad formaban un potente combinado político. Cuando las élites locales la desarrollaban con habilidad, la combinación les brindaba el poder local y la posibilidad de defender la autonomía nacional, ya fuera cultural o territorial.

En 1917, para casi todos los portavoces de las nacionalidades y los movimientos nacionalistas, por lo menos hasta la Revolución de Octubre, o incluso hasta la Asamblea Constituyente de enero de 1918, el objetivo fue algún tipo de autonomía en el marco de un estado federal. «Una Estonia Libre [o una Ucrania, o cualquier otra nacionalidad] en una Rusia Libre» era un eslogan frecuente. Esos llamamientos, aparentemente contradictorios a primera vista, tenían mucho que ver con la situación especial del Estado ruso en 1917. Obedecían a la exigencia de la reorganización del Estado como una república federal, donde las fronteras administrativas debían trazarse conforme a unas directrices nacionales, y donde dichas regiones debían tener una autonomía sustancial, con un énfasis especial en la mayor difusión del uso de la lengua local y en el desarrollo cultural. Reflejaban el presupuesto de que todo aquello ya era posible, dado que una Rusia democrática —libre— había venido a sustituir al régimen zarista. Y también reflejaban la idea predominante de la importancia de la existencia de las nacionalidades pequeñas, para su seguridad y su prosperidad en el marco de unos Estados políticos más grandes; en aquella época, la idea de un Estado multinacional gozaba de una aceptación mucho mayor, sobre todo en Europa

oriental, que en nuestros tiempos. Incluso la reivindicación de que la asamblea política de una nacionalidad ejerciera «toda la autoridad» en la región habitualmente quería decir tan solo en el marco de un Estado federal, no la plena independencia. La independencia total no se veía como un factor esencial para las metas de la mayoría de los movimientos nacionales en Rusia en 1917, y en cierta medida se veía como algo peligroso en un mundo de grandes potencias.

Sin embargo, ni el Gobierno Provisional ni las élites políticas de Petrogrado y Moscú veían con agrado siquiera aquellos movimientos nacionalistas moderados, ni sus reivindicaciones de autonomía. Tanto los partidos socialistas como los partidos progresistas de Rusia se habían opuesto a las políticas zaristas de rusificación, y habían apoyado los derechos civiles y culturales de los pueblos minoritarios. Al mismo tiempo, la mayoría de los líderes políticos de centro —sobre todo rusos, pero también muchos de otros orígenes étnicos— insistían en mantener la integridad y la unidad del Estado. Los kadetes ponían un énfasis especial en el mantenimiento de la autoridad del Estado y se oponían al federalismo. Los social-revolucionarios se mostraban más ambivalentes. Su programa original proclamaba inequívocamente el derecho de autodeterminación. Sin embargo, durante la guerra, el PSR, sobre todo su ala derecha, fue volviéndose cada vez más nacionalista. Aunque en teoría seguían aceptando el federalismo y la autodeterminación, en realidad los social-revolucionarios habían dejado de apoyarlos y se atrincheraban en el argumento de que cualquier reestructuración del ordenamiento vigente para dar cabida a la autonomía tan solo podía llevarse a cabo a través de la Asamblea Constituyente. Tan solo el futuro Parlamento podía tener derecho a decidir sobre las cuestiones políticas y constitucionales fundamentales para toda Rusia, incluidas las zonas de las minorías étnicas. Aquello suponía un potencial de fricciones con una gran

parte del partido, por ejemplo con los social-revolucionarios ucranianos. Análogamente, los mencheviques en teoría apoyaban la autodeterminación, e incluso la reafirmaron en el congreso de su partido en mayo, pero estaban incómodos con ella por ser miembros de la coalición de gobierno, y preferían postergar la cuestión hasta la formación de la Asamblea Constituyente. La resolución de la cuestión de las nacionalidades aprobada en el Primer Congreso de Soviets de Toda Rusia de junio, dominado por los mencheviques y los eseristas, al tiempo que aceptaba de forma abstracta el derecho a la autodeterminación de los pueblos, se oponía a cualquier intento de autonomía territorial o de escisión antes de la Asamblea Constituyente.

Y para colmo, las autoridades de Petrogrado no eran capaces de reconocer la gravedad del problema. Tendían a desdeñar las quejas de las nacionalidades porque estaban convencidos de que acabarían careciendo de importancia en la nueva Rusia libre. A través de los derechos civiles, la tolerancia, la democracia, y los gobiernos central y locales elegidos democráticamente, la «cuestión de las nacionalidades» acabaría por desvanecerse. Resulta muy revelador el comentario a posteriori de Irakli Tsereteli sobre las reivindicaciones que planteó en el mes de junio la Rada Central ucraniana (la principal institución que hacía valer las exigencias nacionales de Ucrania, como veremos a continuación). Tsereteli decía que sus colegas y él no reaccionaron adecuadamente porque no se dieron cuenta de la importancia de la cuestión de las nacionalidades, porque malinterpretaron la postura de la Rada y porque los tormentosos acontecimientos que asolaban la vida nacional «absorbían toda su atención». «Al revisar la prensa democrática rusa [es decir, los periódicos socialistas de Petrogrado] de aquella época, uno se asombra de las escasas reflexiones que se ven en sus páginas sobre la transformación de la Rada, que pasó de

ser una organización de la *intelligentsia* a ser una especie de parlamento nacional de Ucrania».[3] Y esa desatención también afectaba a los acontecimientos que se estaban produciendo entre la mayoría de las demás nacionalidades. Mucho más severa fue la declaración de Alexander Kérensky, a la sazón ya presidente del Gobierno, en la inauguración el 12 de agosto de la Conferencia Estatal de Moscú. Amenazó con tomar medidas militares contra los separatistas finlandeses y calificó las exigencias de autonomía por parte de Ucrania como dignas de un Judas: «¿Y quién te dio treinta monedas de plata?» Sus comentarios recibieron un «aplauso atronador».[4] Ese tipo de actitudes provocaron el enfado de los nacionalistas no rusos, y convencieron a algunos de ellos de que el nuevo Gobierno se diferenciaba muy poco del viejo en sus actitudes para con las minorías nacionales. Los dirigentes de Petrogrado, agobiados por la interminable sucesión de crisis, sencillamente no creían que la «cuestión de las nacionalidades» fuera especialmente importante, hasta que se les vino encima a mediados del verano y durante el otoño, y ni siquiera entonces se mostraron demasiado comprensivos.

Tan solo a finales de septiembre el Gobierno Provisional, ya gravemente debilitado, hizo algún tipo de concesiones a las crecientes reivindicaciones de autonomía nacional. El «tercer Gobierno de coalición», formado el 25 de septiembre, incluía en su programa una declaración donde se reconocía el derecho de autodeterminación, «pero únicamente sobre la base de los principios que en su momento determine la Asamblea Constituyente». Prometía promulgar leyes que concedieran a las minorías «el derecho a emplear sus lenguas autóctonas en los colegios» y en otros lugares,[5] meses después de que los portavoces de las minorías lo hubieran incluido como un elemento básico de sus

reivindicaciones. Por añadidura, para entonces algunos órganos nacionalistas, como el Parlamento finlandés y la Rada de Ucrania, ya habían proclamado que su derecho a determinar su futuro dependía exclusivamente del voto de la población local. Eso les ponía en rumbo de colisión con el Gobierno, que insistía en los derechos de la Asamblea Constituyente.

A diferencia de los kadetes, de los mencheviques y de los eseristas (los tres partidos que formaban parte del Gobierno y que tenían la responsabilidad de mantener la unidad del Estado), el Partido Bolchevique creó en 1917 una imagen complaciente de la cuestión de las nacionalidades. Desde hacía tiempo Lenin venía argumentando que, aunque en última instancia el nacionalismo era perjudicial para los intereses de la clase trabajadora, que fuera progresista o retrógrado dependía de las circunstancias específicas. Para algunos pueblos, argumentaba Lenin, la independencia o la autonomía nacional eran un preludio al internacionalismo socialista: dejemos que los pueblos que nunca han gozado de la independencia la consigan, y así aprenderán los beneficios superiores del universalismo socialista. Sin embargo, el derecho a la independencia no significaba que fuera algo acertado, ni siquiera permisible en todas las circunstancias. En 1917, Lenin adaptó esas ideas a la realidad de la situación de Rusia, donde el sentimiento nacionalista iba en aumento. Lenin defendía el derecho a la autodeterminación nacional —ya fuera en forma de independencia o de autonomía— y arremetió reiteradamente contra el Gobierno Provisional en nombre de los finlandeses, los ucranianos y otros movimientos. El congreso del Partido Bolchevique celebrado en abril proclamó el derecho a la secesión a raíz de la tenaz insistencia de Lenin, y en contra de la oposición de algunos líderes del partido. Sin embargo, al mismo tiempo, el congreso afirmaba que las reivindicaciones de secesión debían tomarse siempre en consideración desde una perspectiva de

clase y examinando caso por caso.[6] El programa de Lenin en materia de nacionalidades facilitó la colaboración esporádica con algunos partidos de orientación nacionalista y contribuyó a recabar el apoyo popular a los bolcheviques en algunas regiones. Su programa se basaba en la aceptación práctica de la fuerza de la nacionalidad y el federalismo, y al mismo tiempo en su convicción de que en última instancia el éxito del socialismo bolchevique provocaría que el nacionalismo careciera de sentido. No obstante, primero los bolcheviques tenían que alcanzar y conservar el poder, y eso conllevaba llegar a compromisos temporales, incluso por parte de los bolcheviques que se mostraban menos tolerantes que Lenin en ese asunto. A pesar de todo, los bolcheviques locales a menudo se oponían a la autonomía de sus regiones, en contra de la política de los órganos centrales del Partido.[7]

Como en muchas otras cuestiones, el apoyo a los movimientos nacionalistas no fue exclusivamente una postura de los bolcheviques sino también de todo el bloque de la izquierda radical. En general, la izquierda radical, incluidos los social-revolucionarios de izquierdas, eran más comprensivos con las reivindicaciones de autonomía nacional que los socialistas moderados, por no hablar de los progresistas. Ello dio lugar a alianzas pragmáticas del bloque de la izquierda radical con los movimientos nacionalistas. Por ejemplo, algunas unidades del Ejército destinadas en el Frente Rumano, y que se reorganizaron para formar regimientos ucranianos, se aliaron con los bolcheviques y los eseristas de izquierdas en los congresos y las resoluciones, y no con los socialistas moderados.

Fuesen cuales fuesen los programas específicos de los partidos o los bloques, en general los portavoces rusos y los de las nacionalidades minoritarias entendían de formas distintas la Revolución, y sobre todo qué tipo de libertades conllevaba. La

mayoría de los líderes políticos rusos hacían hincapié en que tan solo era posible garantizar la democracia y la libertad manteniendo intacto el Estado ruso, incluso acaso un Estado centralizado. A menudo hablaban en términos condescendientes sobre todo lo que ellos, los rusos, habían hecho por las minorías. Por otro lado, los nacionalistas minoritarios veían que las promesas de democracia que suponía la Revolución tan solo podían cumplirse a través de una importante reestructuración del Estado en materia de autonomía y federalismo, y que ello implicaba incluso la independencia, si así lo quería el pueblo. A falta de eso, argumentaban, la libertad y la democracia, por no hablar del tan cacareado eslogan sobre la autodeterminación de los pueblos que proclamaba el Soviet de Petrogrado, carecían de sentido.

En efecto, fuera cual fuera la opinión del poder central, en muchas zonas la identidad nacionalista fue manifestándose de una forma cada vez más enérgica y organizada a medida que avanzaba el año 1917. En algunas regiones existía la sensación de que tal vez el nuevo Gobierno fuera distinto de los gobiernos imperiales en la mayoría de los asuntos, pero que a pesar de todo seguía representando la hegemonía rusa, «moscovita», y que se mostraba hostil a «nuestras» aspiraciones.******** Entre las nacionalidades más grandes situadas a lo largo de la frontera occidental y meridional, el auge de los movimientos nacionalistas suponía una amenaza para la definición tradicional del Estado ruso. Además, los movimientos nacionalistas socavaban la autoridad del Gobierno Provisional y contribuían a la creciente sensación popular de desintegración política. Podemos examinar unas cuantas de esas regiones nacionalistas para ilustrar tanto el ascenso general de las reivindicaciones nacionales como sus distintas manifestaciones entre las principales nacionalidades. Los acontecimientos en Ucrania y en la región del Báltico tuvieron una especial relevancia política, y los

examinaremos en primer lugar. Después pasaremos revista al giro de la situación en el Cáucaso y en las regiones musulmanas, que tuvieron una repercusión directa menor en la política nacional en 1917, pero que ilustran algunas facetas importantes de la «cuestión de las nacionalidades» durante la Revolución. No me he propuesto examinar todos los grupos nacionales por igual, y algunos ni siquiera se mencionan; simplemente analizaremos algunos casos a fin de ilustrar los principales rasgos de la cuestión de las nacionalidades en la Revolución Rusa de 1917.

********* Esas cuestiones étnicas o nacionales se comprenden mejor si tenemos en cuenta que en ruso existen dos términos que nosotros englobamos en la palabra «ruso», pero que significan cosas distintas, con importantes diferencias. Una es *russkii*, para designar un lugar, una persona o una cosa que es de etnia rusa, y la otra es *rossisskiii/Rossiia*, que se refiere al Estado ruso en su conjunto y a sus ciudadanos al margen de su etnia. Así pues, uno puede decir que es ucraniano o letón, o hablar de una entidad política ucraniana o letona, en el marco de un Estado «ruso» (*rossisskii*).

Ucrania

Los acontecimientos de Ucrania fueron especialmente importantes. Su tamaño territorial, su población (aproximadamente un 22 por ciento de la del Imperio, era con mucho la mayor minoría nacional después de los rusos), su importancia económica (cereales, industria, carbón y hierro) y su ubicación estratégica, hacían de ella una región crucial. La situación de Ucrania se complicaba debido a que los ucranianos y la lengua ucraniana, un caso único entre los pueblos de los que vamos a hablar, pertenecían al mismo grupo de lenguas eslavas orientales que el ruso. Muchos rusos, e incluso algunos ucranianos cultos, consideraban el ucraniano (el «pequeño ruso», en la terminología zarista) un simple dialecto regional en vez de una lengua y un pueblo diferenciados. Indudablemente, estaban

cultural y lingüísticamente más cerca de los rusos que cualquiera de los demás grupos étnicos de los que hablaremos sucesivamente. A pesar de todo, en el siglo XIX surgió un movimiento nacionalista entre la reducida clase de intelectuales ucranianos, pero fue recibido con una enérgica represión por parte de las autoridades zaristas. A principios de 1917, el movimiento nacional ucraniano era débil y disperso, y estaba formado por una amplia gama de colectivos: para algunos grupos la identidad nacional era de crucial importancia, mientras que para otros se trataba de un factor secundario respecto a las cuestiones sociales y de clase; algunos propugnaban la independencia y otros ponían el acento en concesiones de escasa entidad a la lengua ucraniana y a las costumbres culturales. La Revolución de Febrero abrió la puerta a que todos los portavoces de la sociedad ucraniana hicieran campaña en defensa de sus puntos de vista, y muy pronto surgieron numerosas organizaciones. La más importante de ellas era la Rada (Consejo) Central Ucraniana, creada el 4 de marzo por intelectuales ucranianos en Kiev (Kyiv en ucraniano) a fin de formular las aspiraciones nacionales de Ucrania. Sus miembros eligieron como presidente al destacado historiador ucraniano Myjailo Hrushevsky. Muy pronto la Rada pasó a estar dominada por tres partidos políticos: el Partido Socialdemócrata, el Partido Social-revolucionario y el Partido Socialista Federalista. Los dos primeros eran declaradamente socialistas, y el tercero básicamente progresista con una leve tendencia socialista. Así pues, la Rada representaba una versión peculiarmente ucraniana de la misma alianza entre los socialistas moderados y los progresistas de izquierdas que podía verse en Petrogrado y en muchos otros lugares, con un tinte nacionalista. Suponía una fusión del nacionalismo y del socialismo moderado, y se convirtió en la institución dominante en la política nacional de Ucrania en 1917. Su programa se resumía en el

estandarte que engalanaba su salón de reuniones: «Viva Ucrania autónoma en una Rusia federada».[8]

En un intento de ampliar su base de apoyo, a principios de abril la Rada convocó un Congreso Nacional Ucraniano, donde estaba representada una amplia gama de organizaciones culturales, políticas, profesionales y de otro tipo. El Congreso hacía un llamamiento a una Ucrania autónoma en el seno de una república federal rusa democrática, y encomendaba a la Rada la tarea de colaborar con otras nacionalidades del Imperio Ruso que también reclamaban autonomía territorial. Otras asambleas y organizaciones, incluidos los principales partidos políticos de Ucrania, o un Congreso Militar Ucraniano, que afirmaba representar a los soldados y marineros ucranianos, y un Congreso de Campesinos de Toda Ucrania, aprobaron resoluciones similares a favor de la autonomía ucraniana. Todas aquellas resoluciones incorporaban varios motivos recurrentes básicos: la autonomía territorial-nacional para Ucrania en el marco de un Estado federal; el reconocimiento de la Rada Central como la autoridad de gobierno en Ucrania; el uso del ucraniano en los colegios, los tribunales de justicia y en otras instituciones; la designación de ciudadanos de etnia ucraniana para los principales cargos de la administración del Estado en la región; la organización de unidades militares ucranianas; y la convocatoria de una asamblea constituyente de todos los ucranianos.[9]

Respaldados por esas manifestaciones de apoyo, en mayo los dirigentes de la Rada enviaron una delegación a Petrogrado para obtener la aprobación del Gobierno (y el apoyo del Soviet) a la autonomía de Ucrania y el reconocimiento del papel de la Rada. Ambas instituciones de Petrogrado ofrecieron una fría acogida a los ucranianos. La delegación ucraniana tuvo dificultades para organizar una reunión con el Comité Ejecutivo del Soviet. El Gobierno

Provisional se quitó de encima las reivindicaciones de la comisión, relegándolas a una comisión jurídica especial, y se negó a reconocer que la Rada Central hablaba en nombre de Ucrania. La Rada Central recogió el guante, y el 10 de junio emitió su primer «Universal», donde proclamaba: «¡Dejad que Ucrania sea libre!». «Sin separarse de toda Rusia, sin romper con el Estado ruso, dejad que el pueblo ucraniano tenga derecho a decidir sobre su propia vida en su propio territorio».[10] Aunque no era una declaración de independencia, la anunciada intención de «construir nuestra propia vida» y de crear una estructura gubernamental ucraniana provocó una gran indignación entre la prensa de Petrogrado. Los periódicos de la capital, incluido el *Izvestia*, el diario del Soviet, criticaban a los ucranianos. El periódico del PKD en Petrogrado llegaba al extremo de ver en todo ello «el enésimo eslabón del plan alemán para desmembrar Rusia».[11] A pesar de todo, la Rada siguió adelante, y creó una Secretaría General para que funcionara como un órgano ejecutivo, como un gobierno a todos los efectos.

El Gobierno Provisional, alarmado —estaba en marcha la principal ofensiva militar de Rusia en 1917—, envió una delegación a Kiev que incluía a sus dos miembros más influyentes, Kérensky y Tsereteli, así como a Tereshchenko, el ministro de Asuntos Exteriores, un ucraniano. Llegaron a un acuerdo que otorgaba a la Rada y a su Secretaría General amplios poderes para la administración de Ucrania, y hacía concesiones en otras materias, al tiempo que dejaba la decisión final sobre el estatus de Ucrania en manos de la Asamblea Constituyente. El acuerdo, publicado el 2 de julio, en vísperas de los disturbios de Petrogrado que se conocen como los «Días de Julio», dio lugar a la dimisión de los ministros kadetes y a la caída del Gobierno, un acontecimiento que a menudo se atribuye

erróneamente a los Días de Julio. (Sobre la ofensiva militar de junio y los Días de Julio, véase el capítulo 7).

A partir de julio, las relaciones entre la Rada y el Gobierno Provisional siguieron deteriorándose. A pesar de los desacuerdos internos sobre cuánto había que presionar, y hasta dónde, la Rada insistía de una forma cada vez más enérgica a favor de que se reconociera su autoridad, mientras que el Gobierno Provisional se resistía o hacía alguna concesión a regañadientes. No obstante, a lo largo de 1917, la Rada, a pesar de sus crecientes exigencias, siguió comprometida con la autonomía en el marco de un Estado federal ruso. Sin embargo, lo descentralizado que dicho Estado podía llegar a ser quedó de manifiesto en un airado discurso que pronunció a mediados de octubre Volodymyr Vynnychenko, un político socialdemócrata ucraniano y dirigente de la Rada, que hasta marzo había sido tan solo un nacionalista moderado: «Los secretarios generales [el ejecutivo de la Rada] deben declarar categóricamente que no son funcionarios del Gobierno Provisional [...] [y que] de ninguna forma tienen que rendir cuentas» al Gobierno Provisional. «Además, los secretarios generales deben declarar que la plena voluntad sin trabas de un determinado pueblo tan solo puede manifestarse en su propia asamblea constituyente. Y si eso es la soberanía, pues bienvenida sea. La Secretaría General insistirá en que toda la autoridad en Ucrania pase a sus manos».[12] Aunque Vynnychenko terminaba diciendo que confiaba en que pudiera crearse una federación de Estados libres, era muy improbable que ningún Gobierno central ruso accediera a una autonomía de tanto calado.

Al mismo tiempo que la Rada hacía valer su mayor autoridad, dentro de Ucrania existían fuerzas que inhibían la ofensiva a favor de la autoafirmación nacional y la autonomía. Una de esas fuerzas era la considerable población no ucraniana —entre el 20 y el 25 por

ciento— que predominaba en las ciudades y en la administración del Estado, en las profesiones y el comercio. Los rusos y los judíos eran los grupos más destacados entre la población minoritaria no ucraniana, en la que también había polacos, alemanes, tártaros, griegos y otros. Se concentraban en las ciudades, mientras que los ucranianos eran principalmente rurales y campesinos. En Kiev, la ciudad que todo el mundo consideraba la capital de Ucrania, y donde se reunían la mayor parte de sus congresos y organizaciones, los ucranianos constituían tan solo el 16,4 por ciento de la población civil en 1917. De las diez mayores ciudades de Ucrania, tan solo una era de mayoría ucraniana, y en seis de esas diez los ucranianos eran tan solo el tercer grupo más numeroso (después de los rusos y los judíos).[13] Además, aquellos elementos urbanos, no ucranianos, solían ser más cultos, tenían más estudios y estaban políticamente más comprometidos que el resto de la población de Ucrania, predominantemente rural.

Esa demografía privaba a los nacionalistas ucranianos del control de las ciudades, los lugares más idóneos para el funcionamiento de un movimiento político nacionalista. Al estar concentrada en las ciudades, la población no ucraniana tenía una influencia muy superior a su tamaño en términos absolutos, y estaba en condiciones de cuestionar el nacionalismo ucraniano. En particular, la población de etnia rusa se oponía a las ambiciones de la Rada ucraniana y rechazaba las reivindicaciones de autonomía territorial y de federalismo. Además, la mayoría de los rusos, tanto en Ucrania como en Rusia, no consideraban a los ucranianos una «nacionalidad» diferenciada, en el mismo sentido que los polacos o los finlandeses, sino que más bien los veían como simples hablantes de un dialecto, a los que se referían con el término «pequeños rusos», a la sazón muy corriente. Los rusos estaban aún menos dispuestos a concederle la autonomía a los ucranianos que a otras

etnias. Para colmo, la mayoría de los judíos, los polacos, los tártaros y otras minorías de Ucrania eran hostiles o indiferentes a los llamamientos nacionalistas de los ucranianos, aunque enfocaban la cuestión de una forma distinta. Tendían a hacer hincapié en la importancia de los derechos civiles y la tolerancia para con la cultura, la religión y la lengua tanto de los individuos como de los grupos. La mayoría estaba convencida de que todo ello se podía lograr mejor en el marco de un Estado ruso unitario que en el seno de un Estado ucraniano autónomo, y mucho menos independiente, empeñado en «ucranianizar» la sociedad. A pesar de las reiteradas garantías por parte de los líderes ucranianos de que se iban a respetar los derechos de las minorías, y a pesar de que esas minorías tenían reservados varios escaños en la Rada, en general siguieron sin apoyar la autonomía de Ucrania.

La falta de influencia en las ciudades se traducía en una falta de poder en las asambleas políticas más importantes. Los obreros industriales de las ciudades del este de Ucrania, y los mineros del carbón y el hierro del sur eran predominantemente rusos o ucranianos rusificados, y los partidos ucranianos obtenían malos resultados electorales en esas circunscripciones. Así pues, los nacionalistas ucranianos se veían incapaces de recabar el apoyo de uno de los grupos sociales más enérgicos, con la mejor ubicación estratégica, mejor organizado y más fácil de movilizar. Entre los soldados de las guarniciones la situación era más compleja, pero también allí los rusos eran mayoría, así como en los soviets de soldados y marineros. Por añadidura, la principal preocupación de los soviets urbanos —las instituciones más importantes de las ciudades ucranianas, igual que en el resto del país— eran las cuestiones sociales y económicas y la guerra, y tendían a oponerse a las reivindicaciones nacionalistas de los ucranianos o a soslayarlas. Y en general los nacionalistas tampoco obtenían buenos resultados en

las elecciones municipales: en las elecciones de julio, los partidos ucranianos tan solo obtuvieron el 15,5 por ciento de los votos en las ciudades de menos de 50.000 habitantes y el 9,5 por ciento en las de más de 50.000, mientras que en Kiev, en las elecciones a la Asamblea Constituyente de principios de noviembre, cosechaban un 25 por ciento de los votos, pero tan solo un 13 por ciento en Járkov.[14]

El otro problema de los nacionalistas ucranianos era cómo movilizar al campesinado. Está bien claro que generalmente los campesinos ucranianos apoyaban a los partidos políticos ucranianos, sobre todo a los social-revolucionarios de Ucrania. Es muy probable que lo hicieran por la razonable suposición de que los políticos que hablaban la lengua local seguramente serían los que mejor iban a defender los intereses de los campesinos. Además, en 1917, para muchos ucranianos la clase social y la identidad étnica eran una misma cosa. La inmensa mayoría de los ucranianos eran campesinos, mientras que los terratenientes, los altos funcionarios del Estado y los comerciantes eran predominantemente rusos, polacos y judíos; la identidad nacional coincidía con los intereses socioeconómicos y las diferencias culturales. Dado que la Rada y los partidos ucranianos más votados eran también socialistas y apoyaban el reparto de tierras, a los campesinos les fue fácil apoyarles tanto por razones étnicas como por razones socioeconómicas. Sin embargo, el apoyo de los campesinos no se tradujo automáticamente en un movimiento nacional eficaz. Fueran cuales fueran los recelos que sentían hacia los forasteros, los campesinos ucranianos a menudo tenían una identidad personal más local que ucraniana en sentido amplio. Muchos se identificaban en términos regionales más que nacionales ucranianos, y tenían poca sensación de que su bienestar futuro estuviera vinculado a ser «ucranianos», o que exigiera que Ucrania asumiera la condición de

Estado, ya fuera en forma de autonomía o de independencia. Ese factor, unido a la distribución en pueblos muy dispersos a lo largo y ancho de una extensa geografía, dificultaba que los aspirantes a líderes políticos lograran movilizarlos.[15]

A pesar de los problemas de identidad nacional y de movilización, al llegar el otoño la Rada ya se había erigido en el portavoz reconocido de las aspiraciones específicamente ucranianas, pues combinaba la identidad nacional con un programa en líneas generales socialista de reformas agrarias y sociales. Logró que el Gobierno Provisional aceptara la creación de regimientos específicamente ucranianos en el seno del Ejército. Y además avanzó en la dirección de hacer valer primero su soberanía y, más tarde, prácticamente su independencia tras la toma del poder por los bolcheviques en octubre, y por último la plena independencia después de que, en enero de 1918, la disolución de la Asamblea Constituyente fragmentara lo poco que quedaba de la unidad del Estado ruso.

*La región del Báltico: Finlandia, Letonia y Estonia*********

********* Los casos de Polonia, Lituania y Bielorrusia no se analizan aquí. Polonia estaba bajo ocupación alemana, y el Gobierno Provisional reconoció de inmediato su derecho a la independencia cuando terminara la guerra (lo que debilitaba su argumento frente a otras nacionalidades de que tan solo la Asamblea Constituyente podía tomar decisiones en materia territorial). Lituania también estaba ocupada por los alemanes. Bielorrusia tenía un sentimiento de nación o de identidad étnica muy poco acusado, entre una población de abrumadora mayoría campesina.

La región del Báltico dio lugar a los únicos nuevos Estados independientes, al margen de Polonia, que sobrevivieron a la vorágine de la guerra, la Revolución y la guerra civil, aunque en 1917 fueron el escenario de unos movimientos nacionalistas muy

diferentes. Finlandia constituyó probablemente el movimiento nacionalista mejor definido en 1917, aunque vino acompañado de una grave lucha de clases. Finlandia disfrutaba de un estatus autónomo y constitucional especial tras su anexión por Rusia en 1809, con su propio Parlamento, sus propias leyes, burocracia, divisa, fronteras y otros rasgos de una amplia autonomía. El emperador de Rusia gobernaba en calidad de gran duque de Finlandia. A pesar de las divisiones existentes entre la mayoría de la población de habla finesa y la minoría políticamente dominante que hablaba sueco, en Finlandia se desarrolló una fuerte identidad nacional durante el siglo XIX. Aquella identidad nacional se conservó a pesar de los crecientes antagonismos de clase que trajo consigo el aumento de la clase obrera industrial finlandesa, que adoptó la ideología socialdemócrata revolucionaria. Las restricciones del Gobierno imperial ruso a la autonomía en el cambio de siglo no hicieron más que acentuar el sentir nacionalista entre la población tanto de habla finesa como de habla sueca.

La Revolución de Febrero desató una polémica entre el Gobierno Provisional y Finlandia. Después de la Revolución de Febrero, el Gobierno Provisional restableció de inmediato los derechos y la autonomía tradicionales de los finlandeses, pero ocupó el puesto del emperador como máxima autoridad política de Finlandia. Los partidos políticos de Finlandia, tanto socialistas como no socialistas, cuestionaron esa medida, alegando que la caída del monarca cortaba la unión de Finlandia con Rusia y convertía al Gobierno finlandés en la autoridad suprema del país. Aunque la mayoría de líderes políticos aceptaron el derecho temporal del nuevo Gobierno ruso a dirigir la política exterior y las cuestiones militares, muchos también hablaban de la independencia como un hecho, y sin asomo de duda de que eso era lo que quería Finlandia. El Gobierno ruso y los dirigentes del Soviet rechazaron la formulación de los finlandeses

y respondieron que únicamente la Asamblea Constituyente de Toda Rusia podía determinar en última instancia el estatus político de Finlandia. Algunos incluso amenazaron con el uso de la fuerza para impedir la independencia de Finlandia. Cuando Kérensky lanzó una enérgica advertencia a los finlandeses, el periódico socialista moderado *Den´* le aplaudió, y se preguntaba en tono desdeñoso «qué tipo de intoxicación se ha adueñado de ese pueblo tranquilo y reservado».[16] A pesar de todo, los finlandeses perseveraron. Para entonces había arraigado profundamente la idea de que la legitimidad política provenía del pueblo de Finlandia. El 5 de julio, el Parlamento de Finlandia, encabezado por los socialistas, promulgó una ley que definía la soberanía de Finlandia. Como respuesta, el Gobierno Provisional consiguió forzar la disolución del Parlamento y programó nuevas elecciones para septiembre. Todos los principales partidos finlandeses, tanto de habla finesa como de habla sueca, socialistas y no socialistas, hicieron campaña a favor de los plenos derechos políticos para Finlandia. En Rusia tan solo el Partido Bolchevique les apoyaba incondicionalmente. La polémica sobre Finlandia se convirtió en uno de los asuntos que enturbiaban las aguas políticas en Petrogrado, y contribuyó a incrementar la sensación de desintegración durante el verano y el otoño.

Al mismo tiempo, una profunda brecha social dividía a Finlandia, y la plena libertad de organización y de expresión que trajo consigo la Revolución permitió que esa brecha degenerara en un grave conflicto sociopolítico. Los obreros industriales finlandeses presionaban para que se cumplieran unas aspiraciones económicas parecidas a las de la clase trabajadora en general, y recibieron la misma respuesta que en Rusia. Durante el verano los obreros se volvieron más militantes, incluso con la formación de unidades de la Guardia Roja formadas por trabajadores (el término mismo había surgido en Finlandia durante la Revolución de 1905). Mientras tanto,

los elementos más conservadores, que habían recabado el apoyo de la clase media urbana y de los campesinos de las zonas rurales, también se estaban preparando para un conflicto social, que incluía la formación de sus propias fuerzas armadas, la Guardia Blanca (*Suojeluskunta*). Para complicar aún más las cosas, los soldados y marineros radicalizados de la guarnición de Helsinki exigían el fin de la guerra e importantes reformas sociales, y apoyaban la autoridad del Soviet de Helsinki, y en contra tanto del Parlamento finlandés como del Gobierno Provisional.

Las elecciones de septiembre en Finlandia arrojaron una mayoría no socialista y soberanista en el Parlamento. Para cuando se reunió la Cámara, el 19 de octubre, Rusia se hallaba en una profunda crisis. El Parlamento tomó la decisión de hacer valer la soberanía de Finlandia. El 6 de diciembre, después de la Revolución de Octubre, el Parlamento declaró la independencia de Finlandia, que fue reconocida por el Gobierno soviético el 4 de enero. El sentimiento nacionalista unificado de Finlandia dio lugar a la independencia, pero sus enormes tensiones sociales internas dieron muy pronto lugar a una guerra civil en el país.[17]

Letonia y Estonia constituyen otras variaciones sobre el tema de las nacionalidades. Ambos pueblos carecían de tradiciones históricas como Estados-nación, y en el contexto del Estado ruso estaban divididos entre múltiples distritos administrativos, aunque las palabras «estonio» y «letón» se utilizaban de forma generalizada para designar tanto a las organizaciones como a los individuos. Ambos eran tradicionalmente pueblos campesinos, con una fuerte identidad regional, pero recientemente habían desarrollado una extensa población urbana, tanto de clase media como de clase obrera industrial. Los nobles de descendencia alemana poseían grandes latifundios, y una gran población de campesinos sin tierra coexistía con una importante población de pequeños terratenientes

campesinos. Los alemanes del Báltico dominaban la zona desde hacía mucho tiempo, y si existía algún tipo de animosidad étnica por parte de los estonios y los letones, era más contra ellos que contra los rusos. Antes de 1917 ya había surgido un sentimiento de conciencia nacional, que iba en aumento.[18]

Los nacionalistas estonios (en su mayoría progresistas de clase media y profesionales) visitaron Petrogrado al cabo de una semana de la formación del Gobierno Provisional y lograron que el Gobierno estableciera por primera vez una demarcación administrativa específicamente estonia trazada con criterios étnicos. Tras las presiones de los letones, en julio se promulgó una ley similar que unía a la mayoría de habitantes de etnia letona que seguían estando bajo control ruso (había grandes zonas bajo ocupación alemana) en un único distrito administrativo, denominado Letonia por primera vez. Da la impresión de que aquellas dos medidas del Gobierno se basaron más en la preocupación por una administración eficaz en la zona que en cualquier tipo de política sobre nacionalidades. También reflejaban el interés del príncipe Lvov en ampliar las instituciones locales de autogobierno a zonas donde anteriormente eran endebles o inexistentes. Es posible que aquella consolidación en función de la etnia también reflejara el sentimiento antialemán del Gobierno Provisional, ya que la principal perjudicada en aquella reorganización regional era la nobleza alemana del Báltico.

En 1917, la administración autónoma estonia estaba sobre todo en manos de una asamblea democrática, el Maapäev, elegida en abril, cuyos escaños estaban repartidos casi a partes iguales entre los partidos socialistas y los no socialistas. La formación en junio de la Unión Socialdemócrata Estonia, con un fuerte énfasis en la autodeterminación de Estonia y con un importante apoyo popular, significaba que muchos socialistas apoyaban las reivindicaciones nacionales de los estonios. Las relaciones entre el Maapäev y el

Gobierno Provisional se deterioraron rápidamente cuando el primero intentó promover una interpretación en sentido amplio de sus poderes y de su autonomía, a la que se opusieron el Gobierno Provisional y los burócratas locales. Para los estonios eran particularmente importantes el aumento de las oportunidades de formarse en su propia lengua y el uso del estonio como idioma de la administración, pero las autoridades centrales rusas daban largas al asunto, lo que provocó cierto resentimiento hacia el Gobierno Provisional. El Maapäev utilizaba el estonio como lengua oficial, y también apoyaba la formación de unidades militares estonias, formadas por los estonios que prestaran servicio en el Ejército ruso. Plantearon otras reivindicaciones comunes a los distintos movimientos autonómicos nacionales, parecidos a los que hemos visto en el caso de la Rada ucraniana. El 25 de septiembre, el Maapäev hacía un llamamiento a una Estonia autónoma dentro de una Rusia federal y democrática.

De forma muy parecida a la situación de la Rada en Ucrania, el Maa-päev era cuestionado desde el interior de Estonia por los soviets municipales de delegados de los trabajadores y los soldados, sobre todo en Tallinn (Revel), que representaba sobre todo a los rusos y a otros ciudadanos de etnia no estonia, y que utilizaba el ruso como lengua oficial. Además, los soviets de las ciudades eran políticamente más radicales, y allí los bolcheviques y los social-revolucionarios de izquierdas obtenían buenos resultados electorales. La situación política siguió siendo incierta hasta la llegada del otoño, con el apoyo popular dividido a partes prácticamente iguales entre los partidos socialistas y no socialistas, y con los bolcheviques como el más importante de los partidos socialistas, pero sin ser ni mucho menos el único.

En Letonia la situación se desarrolló de una forma bastante diferente. Los nacionalistas letones —progresistas y socialistas

moderados— en seguida presionaron a favor del reconocimiento de una Letonia autónoma dentro de una federación rusa, pero al mismo tiempo se encontraron en el bando perdedor frente al Partido Socialdemócrata Letón, dominado por los bolcheviques. A principios del verano el Partido Socialdemócrata se convirtió en el partido mayoritario en la Letonia no ocupada. Como ha señalado Ronald Suny, en Letonia, igual que en Georgia, el marxismo arraigó en parte debido a que su crítica social y política seguía unas directrices étnicas. En Letonia, los alemanes eran el grupo social y económico dominante, complementado por los judíos, los rusos y los polacos, mientras que los letones componían la clase obrera, las clases bajas campesinas y una parte de la clase media.[19] Letonia era una de las regiones más industrializadas del Imperio, y tenía una clase trabajadora militante, mientras que una gran parte del campesinado no tenía tierras. Los bolcheviques consiguieron formular un programa radical de reformas en materia agraria, laboral y cultural centrado en las reivindicaciones étnicas y sociales tanto de los campesinos sin tierra como de los obreros industriales de Letonia, de forma muy parecida a lo que hicieron los mencheviques con los georgianos (véase el apartado siguiente). Dado que Letonia había quedado dividida por el frente militar desde 1915, y que Riga cayó en manos de los alemanes en septiembre de 1917, los llamamientos a la paz por los bolcheviques también tuvieron un eco especialmente favorable. En mayo, los socialdemócratas letones (bolcheviques) consiguieron el apoyo de las brigadas especiales de Fusileros Letones (que, junto con una división polaca, fueron las únicas unidades basadas en la nacionalidad del Ejército imperial durante la guerra). En verano ya controlaban a todos los efectos las instituciones clave —el Gobierno, los soviets, las fuerzas armadas— de la Letonia no ocupada. Letonia apoyó de inmediato al Gobierno soviético tras la Revolución de Octubre, y los Fusileros Letones se

convirtieron en una de las unidades del Ejército más fiables para el nuevo régimen soviético.

Así pues, tanto en Estonia como en Letonia los fuertes sentimientos nacionalistas se desarrollaron bastante deprisa y exigieron la creación de entidades administrativas diferenciadas y conforme a unas directrices étnicas. Al igual que en Ucrania, los nacionalistas se centraban en la reivindicación de autonomía dentro de un Estado federal. Sin embargo, da la impresión de que en ambas regiones lo que más preocupaba a los trabajadores y a los campesinos eran sobre todo las cuestiones económicas, y que apoyaron a los partidos con fuertes programas sociales. Resulta difícil evaluar lo importantes que fueron las cuestiones relacionadas con la nacionalidad, ya que todos los partidos que lograron buenos resultados en las urnas, incluidos los bolcheviques, utilizaban la lengua estonia o letona, e incorporaron en sus programas cierto énfasis tanto en el uso de la lengua como en la autonomía local. Los bolcheviques, con su combinación de políticas sociales radicales y de apoyo a la autodeterminación, recabaron un amplio apoyo en el campo y también en las ciudades de la región del Báltico, sobre todo en Letonia. Dada su proximidad geográfica a Petrogrado, todo aquello tuvo repercusiones en la política de la capital, sobre todo en octubre y después. Al mismo tiempo, la identidad nacional se intensificó perceptiblemente en ambas regiones a lo largo de 1917, lo que allanó el camino a su independencia poco después.

Las regiones musulmanas y Transcaucasia

Las regiones musulmanas y turcomanas (el 90 por ciento de los musulmanes de Rusia eran de etnia túrquica) constituyen un importante ejemplo de la complejidad de la nacionalidad como identificador, sobre todo cuando se entremezclan cuestiones

religiosas y territoriales. La mayoría de la población musulmana se distribuía en tres bloques principales: los centroasiáticos (tayikos, turcomanos, kirguises, uzbecos y kazajos de hoy en día); la población turca azerí (azerbaiyana********) de Transcaucasia; y los tártaros de la cuenca del Volga, los montes Urales y algunas zonas de Crimea. Los dos primeros grupos vivían en regiones con una población razonablemente compacta, pero el tercero estaba más disperso geográficamente y más entremezclado con la población de etnia rusa. Los musulmanes eran una población unida por una religión común pero también dividida en muchos aspectos: por las lenguas que hablaban, por su historia, su geografía, sus características socioculturales, por su clase socioeconómica, por su etnia y por su percepción de ser pueblos diferentes. En muchas zonas, sobre todo en Asia central, las identidades no estaban bien fijadas en los términos actuales de nacionalidad, y para designar a los distintos grupos se empleaban muchos nombres que ya han caído en desuso (por ejemplo, los sartos). Para colmo, había muchas cuestiones locales específicas que impulsaban la Revolución en las distintas áreas musulmanas.[20]

********* La dificultad de encontrar un término para designar a esa población es ya de por sí un indicador del problema de la identidad nacional en aquella época. El término azerbaiyano es un anacronismo si se aplica a 1917, cuando Azerbaiyán era un territorio (y posteriormente, en 1918, un Estado), pero su población se designaba con distintos términos —turcos, turcos azeríes, tártaros y otros—. A partir de aquí yo emplearé azerbaiyano por comodidad, siendo consciente de que esa identidad tan solo estaba empezando a formarse.

Los musulmanes compartieron el apoyo universal inicial a la Revolución de Febrero, al Gobierno Provisional y a las expectativas de democracia y de una Asamblea Constituyente. La inmediata derogación por el Gobierno de todas las restricciones civiles basadas en la religión o la nacionalidad fue de una doble importancia para los musulmanes. También participaron del entusiasmo que surgió

después de la Revolución de Febrero por la creación de organizaciones dedicadas a manifestar sus aspiraciones políticas, culturales, económicas y de otro tipo. Los musulmanes tenían ciertas preocupaciones en común con las demás grandes nacionalidades no rusas, que tenían que ver con la autonomía cultural, el control de la enseñanza, la formación de unidades militares basadas en la nacionalidad, y el empleo de las lenguas locales en la administración, los tribunales de justicia y la educación. Al mismo tiempo, la agitación revolucionaria en las regiones musulmanas tenía sus propios rasgos específicos. La Revolución planteó cuestiones sustanciales sobre la importancia relativa de las identidades religiosas, socioeconómicas y nacionales de los pueblos musulmanes, y sobre cuál de ellas debía ser prioritaria. Además, desencadenó una serie de conflictos internos por la autoridad cultural en la comunidad, y por cuál de las distintas visiones musulmanas del nuevo orden debía prevalecer.

Una disputa política crucial era el tipo de autonomía que debían tener en la nueva Rusia. Los nacionalistas abogaban por un Estado federal basado en directrices territoriales étnico-nacionales. Los panislamistas defendían una autonomía extraterritorial, sobre una base religiosa y cultural, que aunara a todos los musulmanes dentro de un Estado ruso unitario. Los defensores del enfoque nacional-territorial se impusieron rápidamente entre los líderes políticos azerbaiyanos y musulmanes de Asia central, mientras que los tártaros, que estaban geográficamente dispersos, apoyaban la unidad panislámica y la autonomía cultural extraterritorial. En el Congreso de Musulmanes de Toda Rusia celebrado en mayo, los defensores del federalismo territorial ganaron con facilidad. La resolución se ajustó a la propuesta de Mehmed Emin Resulzade, un político azerbaiyano, favorable a «la formación de Estados nacionales túrquicos autónomos [...]. Yo recomiendo la creación de un

Azerbaiyán, un Daguestán, un Turquestán, un Kazajstán, etcétera, autónomos, dado que todos esos pueblos tienen sus particularidades locales específicas [...]. Cada uno de esos Estados autónomos debería gobernar sus asuntos locales». Al mismo tiempo, Resulzade también proponía un Consejo Musulmán de Toda Rusia para la coordinación del desarrollo religioso y cultural de todos los musulmanes.[21]

Mientras tanto, surgió una disputa en el seno de la comunidad musulmana por la autoridad cultural y moral, con importantes repercusiones para el poder político en la región. Los acontecimientos que se produjeron en el Turquestán ruso y en su capital administrativa, Tashkent, ilustran bien el conflicto.[22] En Tashkent, poco después de la Revolución de Febrero se formaron a la vez un Comité Ejecutivo (Público) y un Soviet de Delegados de los Soldados y los Trabajadores. Sin embargo, ambos organismos representaban sobre todo a la población rusa de Tashkent (que a lo sumo ascendía a un 20 por ciento en la ciudad y a un 2 por ciento en Turquestán), y excluían en gran medida a la población musulmana autóctona. Por consiguiente, los líderes musulmanes locales fundaron un Consejo Musulmán para administrar los asuntos de la «ciudad vieja» musulmana como homólogo de los órganos políticos rusos. Tanto el Consejo Musulmán como el Primer Congreso Musulmán del Turquestán, que se reunió en Tashkent entre el 16 y el 22 de abril, estaban dominados por el movimiento jadid. Los jadid se veían a sí mismos como los líderes de un movimiento modernizador dentro de la sociedad musulmana, en sintonía con las nuevas tecnologías y los sistemas económicos modernos, con la alfabetización funcional y la participación activa en las instituciones de gobierno de Rusia en sentido amplio. La Revolución parecía brindarles nuevas oportunidades. Sin embargo, los jadid fueron

desautorizados por los ulemas, que constituían la élite cultural tradicional y eran el grupo que ejercía el liderazgo religioso. La Revolución y los jadid, en caso de que se les permitiera introducir un rápido cambio social y cultural, suponían una amenaza para la hegemonía de los ulemas. Por consiguiente, los ulemas intentaron aprovecharse del debilitamiento del poder del Gobierno central que provocó la Revolución para ampliar la autoridad local —su autoridad— y sobre todo la de los tribunales religiosos.

En Tashkent y en el Turquestán se libraron dos batallas políticas paralelas, pero que en ocasiones llegaron a solaparse. Los ulemas y los jadid luchaban por la supremacía entre la población musulmana del Turquestán, mientras que la contienda política en el seno de la comunidad rusa seguía básicamente las líneas descritas en los capítulos 3 y 4. Los ulemas hicieron su aparición en la arena política con motivo de las elecciones municipales de junio, haciendo hincapié en los valores culturales tradicionales, y consiguieron la mayoría de los votos.******** Poco después los líderes ulemas formaron una alianza con los conservadores rusos —los líderes musulmanes seguían concediendo a los rusos un papel especial en la gobernanza política— para darle a la ciudad el que probablemente fue el único gobierno local conservador elegido en todo el país en 1917. En respuesta al éxito de los ulemas, los jadid recurrieron cada vez más al nacionalismo étnico para encontrar una base de apoyo. Los socialistas rusos de Tashkent, organizados en torno al Soviet de Tashkent, se volvieron cada vez más radicales, lo que dio lugar a un intento fallido de hacerse con el poder en septiembre.

********* El énfasis de los ulemas en la tradición incluía su oposición a que las mujeres tuvieran derecho al voto, al mismo tiempo que el Gobierno Provisional confirmaba definitivamente que las mujeres iban a poder votar (20 de julio).

Los conflictos sociales y económicos generales de 1917 también afectaron a la sociedad musulmana. El hecho de que los

musulmanes tendieran a estar en la base del orden socioeconómico en las ciudades donde se entremezclaban poblaciones de distintas etnias provocó que las reformas sociales atrajeran a muchos, al tiempo que reforzaban la identidad étnica. En Bakú y algunas otras ciudades, los trabajadores musulmanes se centraron inicialmente en las cuestiones económicas y en las condiciones en el lugar de trabajo, igual que el resto de los obreros. Aunque la cuestión de la tierra no era tan explosiva como en Rusia y Ucrania, el apoyo a una reforma agraria radical también era generalizado. Aquellas cuestiones económicas dieron lugar a unos movimientos socialistas con un sustancial apoyo popular, sobre todo cuando lograban combinar las identidades musulmana, étnica y socialista (como por ejemplo el Partido Musavat de Azerbaiyán).

El resultado fue una situación extremadamente compleja en las áreas de mayoría musulmana, ya que al mismo tiempo existían distintos conflictos: a propósito del federalismo entre los distintos grupos étnicos musulmanes (tártaros, uzbecos, etcétera); en el seno de la población musulmana local por cuestiones culturales y sociales; entre la población rusa por cuestiones políticas y socioeconómicas; entre los rusos y los «naturales»; entre los musulmanes y otros grupos religiosos o étnicos (como el que surgió entre los azerbaiyanos y los armenios en Bakú); y en función de las líneas divisorias económicas y de clase, que trascendían las divisiones étnicas o religiosas. Los bolcheviques y los kadetes «de Moscú», los bolcheviques y los kadetes «locales», los jadid, los ulemas, los colonizadores rusos, la población autóctona —todos ellos libraban una polifacética lucha por el poder—. En aquel proceso podían formarse todo tipo de alianzas temporales en aras de la lucha por la influencia local. Se hacía difícil aplicar cualquier tipo de generalización sobre el proceder de la gente en función de su clase, su etnia o su religión, y en especial sobre la plasmación de esas

identidades en acción política. Algunos musulmanes se afiliaban a las agrupaciones locales de los partidos políticos nacionales, el PKD, el Partido Bolchevique, el PSR o el Partido Menchevique, pero la mayoría se identificaba con los partidos musulmanes o nacionalistas de distintas orientaciones sociales y políticas. No llegó a desarrollarse un movimiento islámico unificado.

A pesar de sus divisiones internas, en general los partidos musulmanes-túrquicos apoyaron al Gobierno Provisional durante la primavera, pero se fueron volviendo más hostiles con él a lo largo del verano. Una parte de aquel distanciamiento surgía de los mismos factores que para el resto de la población, como la oposición a la guerra y los problemas económicos. Tashkent, y sobre todo su población musulmana, sufrió graves episodios de escasez de alimentos a partir de abril, que fueron agravándose a lo largo del año, pero también la población europea de Tashkent tenía problemas: las mujeres europeas organizaron una revuelta por los alimentos en julio.[23] Y al mismo tiempo existían condicionantes especiales relacionados con las nacionalidades. Uno de ellos era la negativa del Gobierno Provisional a ceder en el principio de un Estado unitario y a refrendar el concepto de una república federal basada en las nacionalidades. Eso se vio agravado por el rechazo de los líderes de Petrogrado a un intento de aproximación de los líderes musulmanes en el mes de julio, por el que ofrecían apoyar al Gobierno a cambio de cargos ministeriales en el Gobierno central. En otoño ya había algunos líderes musulmanes que consideraban más atractiva la teoría de la autodeterminación formulada por Lenin que la postura del Gobierno Provisional o de los otros partidos, y ese fue el fundamento para la cooperación Por ejemplo, el Musavat, el partido más importante de los musulmanes azerbaiyanos de Transcaucasia, se mostraba cada vez más crítico con el Gobierno Provisional, y empezó a colaborar con los bolcheviques de Bakú. En

septiembre, la tardía declaración del Gobierno Provisional donde afirmaba que «el reconocimiento del derecho de autodeterminación se establecerá sobre los cimientos que en su día siente una Asamblea Constituyente» era insuficiente y llegaba demasiado tarde.[24]

Los georgianos y los armenios, que convivían en Transcaucasia con los azerbaiyanos y con muchas otras nacionalidades más pequeñas, constituían una faceta más de la cuestión de las nacionalidades. Georgia y Armenia eran dos regiones donde coincidían la etnia y la religión, y cada una de ellas tenía una larga historia. En 1917, ambas ya contaban con un partido político dominante que expresaba las aspiraciones nacionales. En ambas, la identidad nacional era importante, pero no dio lugar a movimientos de consideración a favor de la autonomía hasta muy avanzado el año. El sentimiento nacional armenio se veía profundamente afectado por el hecho de que los armenios estaban repartidos entre tres países —Rusia, Turquía y Persia—, por el recuerdo de las recientes masacres contra los armenios a mano de los otomanos, y por la permanente necesidad de defenderse de ellos. Por consiguiente, el hundimiento de la autoridad de Rusia a partir de la Revolución de Febrero suponía una doble amenaza, la del ejército turco, con el que Rusia estaba en guerra, y la de los vecinos azerbaiyanos. Todo ello contribuyó a que los armenios se unieran en torno al partido Dashnaktsutiun, que combinaba el nacionalismo con unas tendencias vagamente socialistas. Sin embargo, al mismo tiempo, la dependencia de los armenios de la protección de Rusia contra Turquía implicaba que la población apoyaba de todo corazón al Gobierno central ruso y que se acallaran los sentimientos a favor de la autonomía.

Ya antes de 1917, en Georgia se había desarrollado un partido político dominante, el Partido Menchevique, que se había consolidado a pesar de que los georgianos eran una población

mayoritariamente rural. En Georgia, y sobre todo en su capital, Tiflis (Tblisi), el estamento comercial era principalmente armenio, mientras que los rusos dominaban la administración política. Por tratarse de un movimiento que era al mismo tiempo antiburgués y antizarista, el menchevismo consentía tácitamente que la identidad georgiana se alzara en contra de los armenios (la burguesía) y de los rusos (los funcionarios zaristas), sin ser explícitamente nacionalista. Había fuertes semejanzas con los motivos del éxito de los bolcheviques en Letonia. Los mencheviques ponían el acento en que Georgia debía seguir formando parte de la nueva república rusa. La autonomía y el federalismo no tenían más que un tenue atractivo. Así pues, los georgianos, junto con los letones (entre los que dominaban los bolcheviques) estaban representados por los dos partidos políticos tal vez menos nacionalistas, pero más declaradamente socialistas, que habían surgido entre todas las grandes nacionalidades minoritarias.

Tiflis, la capital de Georgia, y también de la administración rusa en Transcaucasia, demuestra de una forma inusitadamente clara cómo se solapaban las líneas divisorias de clase, de nacionalidad y políticas. El Ayuntamiento prerrevolucionario era en su mayoría armenio, un reflejo de las restricciones al derecho de voto en función del patrimonio y del predominio de los armenios en el comercio de la ciudad. Las nuevas elecciones democráticas auparon al poder a los georgianos. Sin embargo, a partir de la Revolución de Febrero, el poder real pasó a manos del Soviet de Delegados de los Trabajadores de Tiflis, dominado por los mencheviques. La principal amenaza a aquella hegemonía provenía de la gigantesca guarnición militar, que era mayoritariamente rusa, y que elegía como dirigentes a los candidatos social-revolucionarios. Habitualmente se aliaban con los mencheviques para formar el mismo bloque socialista moderado que ya hemos visto en otros lugares, pero que aquí además

representaba a dos grupos étnicos. A pesar de los esfuerzos de los líderes políticos por mitigar los conflictos entre las nacionalidades, la situación era tal que, como señala Ron Suny: «Cada cuestión que surgía en 1917 —la implantación de la jornada laboral de ocho horas, la cuestión de la guerra, el gobierno de coalición, la autonomía regional georgiana o el poder soviético— se debatía y se decidía por el procedimiento de equilibrar y satisfacer los intereses contrapuestos y las desconfianzas mutuas» de los trabajadores georgianos, de la clase media armenia y de los soldados rusos.[25]

Revolución en el barrio judío

Los judíos de Rusia acogieron con entusiasmo el derrocamiento del zarismo. Los judíos habían estado especialmente sometidos a la discriminación oficial, así como a los disturbios antisemitas —a los pogromos— en el último periodo del Imperio Ruso. Más que cualquier otro grupo, los judíos fueron los principales beneficiarios, de forma directa e inmediata, de la abolición de las leyes que discriminaban a las personas por su religión o su nacionalidad. El fin de las restricciones a los judíos dio lugar a una extraordinaria explosión de actividad: se editaban periódicos y libros en hebreo y en yiddish, se creaban asociaciones musicales judías, se representaban obras de teatro en hebreo y en yiddish, aumentaba el número de colegios religiosos, se establecían consejos para el autogobierno, etcétera. Al mismo tiempo, los judíos tenían libertad para aprovechar las oportunidades profesionales y educativas que hasta entonces les estaban vedadas y para ocupar cargos público importantes. Los judíos participaban de una forma hasta entonces inimaginable en la amplia gama de nuevas organizaciones ciudadanas, sociales, económicas y políticas que se crearon a partir de la Revolución. Los judíos, como ha señalado Michael Hickey, «se

apresuraron a organizarse, como ciudadanos y también como judíos».[26] Al mismo tiempo, la Revolución obligó a los judíos a debatir su identidad como pueblo, acaso como nacionalidad, y sobre la forma en que debían responder a la Revolución como grupo identificable.

La Revolución planteó a los judíos muchas de las mismas cuestiones —la autonomía nacional, las formas de autogobierno, el uso de la lengua, la enseñanza, etcétera— que a otras nacionalidades. Sin embargo, al mismo tiempo, los judíos se enfrentaban a cuestiones exclusivas de su etnia. La más importante era que los judíos estaban geográficamente dispersos, en vez de ser la mayoría de la población en un territorio tradicional. En 1917 había aproximadamente tres millones y medio de judíos en territorio ruso, concentrados sobre todo en las regiones occidentales —Bielorrusia y Ucrania— que pertenecían a la Zona de Asentamiento en la que habían sido confinados la mayoría de los judíos en virtud de las políticas zaristas. Otros dos millones de judíos vivían en zonas del antiguo Imperio Ruso ahora ocupadas por los alemanes, sobre todo en Polonia y en Lituania. Eso les convertía en uno de los mayores grupos de población oficialmente reconocidos del Imperio, pero se trataba de un grupo desperdigado. Teniendo en cuenta la dispersión de su asentamiento, no es de extrañar que muchos líderes judíos abogaran por alguna forma de autonomía nacional-cultural (en eso se asemejaban a los tártaros) en vez de por una autonomía nacional-territorial, como casi todas las grandes minorías. La autonomía nacional-cultural presuponía que los judíos eran una nacionalidad que debía tener algún tipo de asambleas a nivel regional y nacional en el seno de un Estado federal ruso, que pudiera hablar en nombre de todos los judíos independientemente de dónde vivieran, así como de autogobierno comunal para sus comunidades —para el «barrio judío»— dentro de las ciudades y los

pueblos donde residían. Una segunda cuestión específicamente judía era el llamamiento del movimiento sionista a la emigración con el propósito de fundar una patria judía en Palestina.

La respuesta política de los judíos a la Revolución fue un tanto paradójica. Ahora los judíos podían organizarse y hacer campaña en nombre de sus intereses colectivos. Y eso fue lo que puso de manifiesto lo fracturada que estaba la sociedad judía, por motivos religiosos, sociales, económicos y políticos. Surgieron tal cantidad de partidos y movimientos judíos que entre todos no lograron crear un movimiento político unificado capaz de ejercer cierta influencia en el rumbo que asumía la Revolución ni en los intereses de los judíos al respecto. Muchos judíos apoyaban a los partidos de ámbito nacional —a los kadetes, los mencheviques, los social-revolucionarios—, mientras que otros apoyaban a los partidos específicamente judíos. Por ejemplo, el Grupo Nacional Judío era un partido progresista con unos puntos de vista parecidos a los del PKD, pero con una preocupación especial por las cuestiones relativas a la religión, la cultura y la lengua judías. Los partidos socialistas judíos combinaban la lucha de clases con los asuntos religiosos y culturales. El mayor partido secular era el Bund (Unión de Trabajadores Judíos), un partido marxista ideológicamente afín a los mencheviques, y que formaba parte del bloque defensista revolucionario. Otros partidos combinaban distintas modalidades de socialismo con reivindicaciones de la singularidad judía, con un énfasis en las cuestiones específicamente judías. Algunos movimientos judíos ortodoxos se centraban sobre todo en los asuntos de índole religiosa e intentaban trascender las divisiones políticas y de clase. Irónicamente, los que más votos consiguieron en las elecciones celebradas durante la segunda mitad de 1917 fueron los sionistas, que estaban relativamente menos comprometidos con la política rusa y que, por el contrario, se centraban en la creación de una patria judía en

Palestina, aunque una minoría argumentaba que los judíos podían crear una patria autónoma extraterritorial en el seno de un Estado federado ruso. Políticamente, los judíos estaban fracturados a lo largo de numerosas líneas de falla: los antisionistas luchaban contra los sionistas, los socialistas contra los progresistas, los obreros y artesanos contra la «burguesía», los defensores de la lengua hebrea se peleaban con los partidarios del yiddish, los partidarios de la integración se oponían a los que pretendían mantener una forma de vida y una cultura judía diferenciadas, además de otros conflictos.

Debido a aquella fragmentación política, la influencia política específicamente judía era reducida, incluso en las ciudades de Ucrania y Bielorrusia donde los judíos constituían una gran parte de la población. No era raro que compitieran por el voto judío hasta cuatro partidos socialistas judíos, uno o dos partidos progresistas y entre dos y cuatro partidos de orientación religiosa, junto con los partidos de ámbito nacional, como los mencheviques, los social-revolucionarios y los kadetes (los bolcheviques obtenían malos resultados en las comunidades judías). La debilidad política de los judíos se veía agravada por las dificultades de movilizar a una población políticamente pasiva y culturalmente conservadora, por el carácter disperso del asentamiento de los judíos, y por su estatus de minoría en todas partes sin que pudieran reivindicar un territorio como «nuestra tierra» de la forma que lo hacían otras grandes minorías. Tan solo en Ucrania, donde constituían aproximadamente el 9 por ciento de la población (y donde vivía más de la mitad de la población judía de Rusia en 1917), los judíos lograron ejercer cierta autoridad política como una nacionalidad. La Rada Central de Ucrania, sensible al problema de la considerable población no ucraniana de las ciudades, reservaba cargos ex profeso para que estuvieran representadas las minorías judía, polaca y rusa. A pesar de todo, los judíos, tanto rusificados como tradicionalistas, se

sentían amenazados por el nacionalismo ucraniano y por haber quedado políticamente aislados del resto de la población judía por las nuevas fronteras nacionales. De hecho, en otoño estallaron disturbios populares antisemitas, mientras que las relaciones con la Rada se deterioraron cuando los delegados judíos votaron en contra de la independencia de Ucrania. En Ucrania y en otros lugares, las actitudes antisemitas aumentaron considerablemente durante el verano y el otoño de 1917 a medida que se deterioraban las condiciones económicas y de otro tipo. La gente le echaba la culpa de todo a los judíos, y cuando alguien consideraba que un político era un enemigo o un problema, ese político tenía que ser un «*yid*», incluidos Kérensky y Lenin.

Mientras que como fuerza política organizada los judíos no tuvieron demasiado éxito, a título individual alcanzaron unos niveles de autoridad política con los que nunca habrían soñado en tiempos del zar, aunque la mayoría lo lograron como candidatos no explícitamente judíos. Unos cuantos judíos trabajaban como asesores de los ministros del Gobierno Provisional y tenían cargos en sus comisiones más importantes, y un judío, Osip Minor, del PSR, fue elegido alcalde de Moscú. A nivel local, los judíos prestaban servicio en los Comités Públicos creados tras la Revolución de Febrero y en los ayuntamientos elegidos a lo largo del verano. Y eran todavía más influyentes en los soviets. Un gran número de judíos formaban parte de los soviets de las principales ciudades, y durante la primavera aproximadamente un 20 por ciento de los miembros del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado eran judíos, en su mayoría intelectuales asimilados. Abram Gots, del PSR, fue vicepresidente del Soviet de Petrogrado cuando lo dirigía el bloque defensista revolucionario. Irónicamente, el cargo de mayor poder que ocupó un judío estuvo en manos de un hombre que rechazaba la identidad nacional judía en aras de la asimilación y de una política puramente

secular: León Trotsky, presidente del Soviet de Petrogrado en septiembre y octubre. La Revolución elevó a numerosos judíos, a titulo individual, hasta un nivel de libertad y de oportunidades en la vida pública del que anteriormente nunca habían gozado en Rusia.

El papel de Trotsky en el Partido Bolchevique refleja otra paradoja de los judíos en la vida política en 1917. El Partido Bolchevique, y el Gobierno que este formó a partir de octubre, incluía a numerosos judíos asimilados entre sus máximos dirigentes: Trotsky, Grigori Zinóviev, Yákov Sverdlov y Karl Radek, entre otros. Sin embargo, desde hacía mucho tiempo los bolcheviques venían rechazando la idea de que los judíos fueran una nacionalidad, y condenaban la idea por considerarla «reaccionaria». Una consecuencia de ello fue que en 1917 los bolcheviques obtuvieron malos resultados electorales entre los judíos. Así pues, cuando en octubre los bolcheviques tomaron el poder, los partidos judíos se vieron en una posición difícil respecto a un régimen que se oponía al antisemitismo por principio, pero que consideraba que la identidad judía carecía de importancia, o que era algo que iba a quedar superado a lo largo del camino hacia el socialismo.

En resumidas cuentas, cabe sacar varias conclusiones sobre la Revolución en los ámbitos nacionalistas y su relación con la Revolución en su conjunto. La «cuestión de las nacionalidades» se desarrolló de formas diferentes y a unos ritmos distintos a lo largo y ancho de la enorme extensión de Rusia y entre sus muchas nacionalidades e innumerables grupos étnicos. Algunas poblaciones hicieron valer su marcado sentimiento nacionalista, mientras que otras avanzaron más lentamente. La mezcolanza de la identidad nacional o étnica con las cuestiones sociales, económicas e incluso culturales resulta difícil, cuando no imposible, de diferenciar, y los partidos políticos que obtuvieron más éxito habitualmente incorporaban tanto la identidad nacional como el socialismo (un

amplio programa de reformas sociales y económicas). Para algunos grupos, la clase y la nacionalidad tendían a coincidir, mientras que otras nacionalidades eran socialmente más diversas. Los intelectuales urbanos eran los que más se preocupaban por las cuestiones de la nacionalidad, pero a menudo la clase trabajadora urbana y la población rural apoyaba a los partidos que también se ocupaban de sus preocupaciones de clase o económicas. El mayor énfasis, por lo menos hasta octubre, se ponía en la autodeterminación y en algún tipo de autonomía —política o cultural — en el marco de un Estado federal ruso, y la mayoría prefería un federalismo con una base nacional-territorial. La resistencia que opuso el Gobierno Provisional al federalismo socavó sus apoyos y su autoridad, incluso cuando las organizaciones políticas basadas en la nacionalidad (la Rada ucraniana y otras) empezaron a ejercer una autoridad cada vez mayor a nivel local. A su vez, la debilidad del Gobierno central alentó unos movimientos nacionalistas cada vez más reivindicativos. Aun así, la independencia pasó a ser una fuerza importante tan solo después de que la Revolución de Octubre hiciera añicos la unidad nacional, y de que la disolución de la Asamblea Constituyente por los bolcheviques en enero redujera las perspectivas de resolver las aspiraciones nacionales mediante un orden constitucional en el marco de un Estado ruso multiétnico, probablemente federal (véase el capítulo 10). Al mismo tiempo, se pudo apreciar, y muchos lo hicieron, un paso en esa dirección cuando los bolcheviques crearon el Comisariado del Pueblo [Ministerio] de las Nacionalidades, encabezado por un georgiano, Iosif Stalin.

También cabe señalar que, mientras que las nacionalidades eran la principal fuente de reivindicación del federalismo y la autonomía, no eran los únicos. Era un fenómeno que también afectaba a algunos grupos de etnia rusa con un fuerte sentido de la singularidad de su

identidad. En el territorio del Don surgió un fuerte sentimiento regionalista entre los cosacos, que se consideraban un pueblo singular, con unos intereses especiales que defender. Los cosacos del Don tuvieron dificultades para encontrar una identidad en el marco del nuevo sistema, ahora que las antiguas categorías jurídicas del régimen zarista que les definían habían dejado de existir. ¿Cómo iban a distinguirse los cosacos de la población general (mayoritariamente campesina) de la región, y sobre todo, cómo podían crear una estructura política diferenciada, cosaca, dentro de otra estructura regional que englobaba a toda la población, incluidos los no cosacos? Los cosacos consiguieron presionar al Gobierno Provisional hasta que accedió a concederles una amplia autonomía en la gestión de sus asuntos, bajo unos líderes elegidos democráticamente. Así surgió un gobierno de los cosacos del Don, como una institución que afirmaba representarles como una población diferenciada. Al hacerlo, algunos cosacos dejaron poco a poco de verse como un estamento jurídico y empezaron a ver a los cosacos como un grupo étnico o una nacionalidad. Y eso a pesar de que al mismo tiempo sus líderes, y muchos dirigentes del Gobierno Provisional, y también muchos conservadores, les consideraban un baluarte de los intereses estatales de Rusia.[27] Entre los cosacos del Terek surgió un sentimiento parecido. Apareció un movimiento reducido pero vociferante entre la población de etnia rusa a favor de la autonomía regional de Siberia, centrado en Tomsk.[28] En última instancia, los movimientos nacionalistas y regionalistas, del tipo que fuesen, se convirtieron en un importante factor de desestabilización en la vida de Rusia en 1917, y contribuyeron a la creciente sensación de caos y de colapso nacional que se dejó sentir con fuerza a lo largo del verano y el otoño.

La reivindicación de distintos tipos de autonomía, sumada al hundimiento de la antigua estructura administrativa zarista y a la nueva confianza en sí mismos de los distintos grupos sociales y políticos, contribuyeron al desconcierto generalizado respecto a la administración de los asuntos locales a todos los niveles. Por ejemplo, Stephen Velychenko señala que durante el verano de 1917, en Ucrania, «la Rada era una de las seis organizaciones nominalmente responsables de la administración del Imperio, junto con los comisarios nombrados por el Gobierno Provisional, los ministerios del Gobierno central, el Estado Mayor del Ejército, las recién constituidas dumas municipales y los consejos provinciales de gobierno rural» y otros organismos locales, además de los numerosos grupos y organizaciones locales que reclamaban un papel. Había, señala Velychenko, «muchas autoridades, pero poca autoridad».[29]

Capítulo 7. EL VERANO DE LOS DESCONTENTOS

A los nuevos dirigentes políticos defensistas revolucionarios y progresistas de izquierdas que controlaban el Soviet de Petrogrado y el Gobierno Provisional desde abril les resultó imposible cumplir las muchas aspiraciones de la población, y el optimismo general de la primavera dio paso a un verano de descontentos. Lo primero, y especialmente apremiante, era la «ofensiva por la paz», que comenzó entre grandes esperanzas pero que fracasó a lo largo del verano. Además, los problemas relacionados con aquella iniciativa contribuyeron a la decisión de lanzar una ofensiva militar el 18 de junio, que fue enormemente impopular y que acabó siendo un desastre tanto militar como político. Julio empezó con la segunda crisis política importante de la Revolución, los Días de Julio, y agosto terminó con la tercera, el Asunto Kornílov (si contamos la Crisis de Abril y la caída del primer Gobierno Provisional como la primera gran crisis). La inestabilidad del Gobierno se hizo crónica. Al mismo tiempo que esas crisis políticas, bullía un hervidero de descontentos. La cuestión del reparto de tierras seguía siendo una importante fuente de insatisfacción, tanto entre los soldados como entre los campesinos. Una desintegración económica generalizada, unida a la inflación, provocaba que los trabajadores temieran perder las mejoras conseguidas hasta entonces, y alimentaba la conflictividad laboral en la industria. Crecía la preocupación por el suministro de alimentos a las ciudades y al Ejército. Los movimientos separatistas de algunas regiones con minorías nacionales cobraban impulso. El

miedo a la delincuencia y las manifestaciones organizadas por grupos de todo tipo venían a sumarse a los descontentos del verano.

Ofensiva por la paz, ofensiva de guerra

Al regresar a pie a su casa por las silenciosas calles la noche del 5 de mayo, después del anuncio del Gobierno de coalición, N. N. Sujánov se topó con una «figura desgarbada» que caminaba tambaleándose hacia él, «haciendo aspavientos con los brazos y cantando con voz de bajo profundo, como un archidiácono: "¡Recemos al Señor por la pa-a-az en el mu-u-undo, sin anexiones ni inde-e-emnizaciónes!"».[1] Para alcanzar esa paz y lograr que la coalición diera resultado, el Gobierno y los líderes del Soviet iniciaron una ofensiva de paz en dos frentes. Los dirigentes del Soviet asumieron la tarea de colaborar con los partidos socialistas de Europa a fin de generar una opinión popular favorable a una paz negociada, y organizar un gran congreso socialista internacional para apremiar a los gobiernos europeos a aceptar el programa de paz de Rusia. Al mismo tiempo, el gobierno Provisional intentaba convencer a los Aliados de que revisaran sus objetivos de guerra y renunciaran a las reivindicaciones territoriales y de otro tipo contenidas en los «tratados secretos» firmados por las potencias beligerantes; no podía haber conversaciones de paz serias mientras ambos bandos plantearan exigencias contra el bando contrario. Así pues, la iniciativa de paz debía ser en dos frentes, el del Gobierno y el del Soviet, donde cada uno debía colaborar con sus homólogos occidentales a fin de avanzar hacia una paz general negociada como salida a la guerra.[2]

A juicio de los dirigentes del Soviet, la situación en Europa en 1917 parecía justificar un gran optimismo. Las terribles tensiones de la guerra dieron lugar en abril y mayo a una gran oleada de hastío de

la guerra a escala europea y de sentimiento en contra de la contienda, incluso a amotinamientos en el Ejército. En cierto sentido, los acontecimientos de Rusia eran la parte más espectacular de una gran inestabilidad política que se produjo a lo largo y ancho de toda Europa durante la primavera de 1917. Los dirigentes del Soviet esperaban que aquellos descontentos dieran pie a un apoyo popular a una paz general negociada en todo el continente. Por añadidura, muchos socialistas rusos veían en la Revolución Rusa una llama que podía iluminar a Europa y traer consigo no solo la paz sino la consecución de los ideales socialistas, ya fuera a través de la revolución o de la evolución. El 29 de marzo, Tsereteli declaraba ante la Conferencia de Soviets de Toda Rusia que él estaba convencido de que la Revolución Rusa y su política exterior eran «un punto de inflexión no solo para Rusia, sino también una antorcha para toda Europa, y que esos ideales que ahora a duras penas parpadean muy pronto resplandecerán [por toda Europa], igual que han iluminado toda nuestra vida interior».[3] En efecto, la inspiración que suponía la Revolución Rusa se sumaba al hastío generalizado de la guerra para reavivar a la izquierda europea y el sentimiento antibelicista.

La dirección del Soviet se centró en convocar una conferencia internacional socialista que debía reunirse en Estocolmo, Suecia, un país neutral, en junio. Estaban convencidos de que si lograban reunir a los partidos socialistas de los bandos en guerra, podía ser un primer paso para el cese de las hostilidades. A continuación los partidos socialistas debían presionar a sus respectivos gobiernos para que acordaran una paz negociada basada en la fórmula de «paz sin anexiones ni indemnizaciones, autodeterminación de los pueblos» que proponía el Soviet. Para generar apoyos, el Soviet envió delegados a Francia, Gran Bretaña e Italia a fin de animar a los partidos socialistas a sumarse a la iniciativa, mientras que

numerosos socialistas de los países Aliados acudían a Rusia para hablar sobre la conferencia y para estimular el esfuerzo de guerra ruso. El 15 de mayo, el Partido Socialista francés votó a favor de asistir a la conferencia de Estocolmo, al tiempo que el Partido Laborista británico parecía avanzar en la misma dirección. Los sectores de la izquierda radical de los partidos socialistas occidentales apoyaban plenamente la participación en la conferencia.

Mientras tanto, el Gobierno ruso intentaba convencer a los gobiernos de los países Aliados de que revisaran sus objetivos de guerra como un paso hacia las negociaciones. El personaje clave era el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Mijaíl Tereshchenko, que a la sazón tan solo tenía veintinueve años.******** Tereshchenko y los responsables del Gobierno aceptaban la idea de revisar los objetivos de guerra porque estaban convencidos de que la única forma de evitar la desintegración del Ejército era asegurar a los soldados que su participación en la guerra obedecía exclusivamente a un cometido democrático y defensivo. El 9 de mayo, Nekrasov afirmó ante el congreso del PKD que lo que le había llevado a apoyar la iniciativa de paz eran los informes de los delegados del Ejército donde afirmaban que «si queréis que el Ejército entre en combate, si queréis ver restablecida la disciplina y la unidad de antes, dadle algo por lo que luchar, algo que los soldados sean capaces de comprender, que puedan ver y que puedan defender de verdad».[4] Se trataba de una cuestión crucial, porque entre las tropas estaba difundiéndose la convicción —fomentada por los agitadores de izquierdas— de que las ambiciones territoriales de Francia y de Gran Bretaña estaban prolongando la guerra. En caso de que los Aliados anunciaran su adhesión a la fórmula sin anexiones propuesta por el Soviet, ello convencería al país, o eso esperaban, de que estaban avanzando realmente hacia la paz, provocaría que las masas descontentas respaldaran a los dirigentes defensistas revolucionarios

y concedería más tiempo al Gobierno para afrontar sus muchos y graves problemas. En caso de que también Alemania accediera a ello, sería posible iniciar unas negociaciones de paz, pero si Alemania lo rechazaba, eso convencería a los soldados rusos (o eso esperaban) de la necesidad de seguir luchando. Así pues, la revisión de los objetivos de guerra se convirtió en una especie de panacea para todos los problemas, exteriores y nacionales.

********* Los dirigentes del Gobierno Provisional y del Soviet eran, en su mayoría, bastante jóvenes. Kérensky tenía treinta y cinco años en el momento de la Revolución de Febrero, y treinta y seis cuando llegó a presidente del Gobierno en julio. Tsereteli también tenía treinta y cinco años cuando regresó a Petrogrado y asumió la dirección del Soviet. Miliukov y Lvov eran «mayores», con cincuenta y siete y cincuenta y cinco años de edad, respectivamente. Entre los bolcheviques, a Lenin, de cuarenta y siete años, se le consideraba un hombre mayor; Trotsky cumplió treinta y ocho durante la Revolución de Octubre.

Aunque estaban preocupados por la capacidad de combate del Ejército ruso, los Aliados no quisieron acceder a una conferencia para replantear los objetivos de la guerra. De hecho, los gobiernos de los países Aliados adoptaron la postura diametralmente opuesta: a su juicio, hablar de objetivos de guerra y de negociaciones de paz tan solo socavaba la moral de combate, en vez de fortalecerla. El 19 de mayo, el Gobierno francés anunció su decisión de denegar el pasaporte a los ciudadanos franceses para asistir a la conferencia de Estocolmo. Los italianos hicieron otro tanto poco después, y Estados Unidos ya había anunciado su posición en contra. Tan solo el Gobierno británico, por el momento, se mostraba vacilante, pero finalmente anunció su oposición. En junio, entre los socialistas de los países occidentales ya había muchos que tenían dudas. La ofensiva por la paz estaba en peligro, y con ella la hegemonía política de los defensistas revolucionarios. Necesitaban desesperadamente apuntarse algún tanto decisivo.

Los dirigentes defensistas revolucionarios se centraron en la idea de una ofensiva militar para acabar con la situación de punto muerto de su iniciativa por la paz. El Ejército ruso y el frente habían estado relativamente inactivos desde la Revolución de Febrero. Y entonces empezó a cobrar forma la idea de una acción ofensiva del Ejército ruso, con las dificultades de la «ofensiva por la paz» y la creciente preocupación por los desórdenes internos como telón de fondo. No es de extrañar que la idea consiguiera el apoyo más ferviente entre los oficiales del Ejército y los políticos conservadores y progresistas. La mayoría de los comandantes del Ejército ruso apoyaban la idea porque estaban convencidos de que la constante inactividad estaba destruyendo el Ejército, mientras que una reanudación de las operaciones activas fomentaría el restablecimiento de una disciplina y de unas relaciones de mando más tradicionales en el seno de las Fuerzas Armadas y pondría fin a su deterioro. Posteriormente el general A. I. Denikin afirmaba que los jefes militares esperaban que «un avance coronado por el éxito podía levantar y sanar la moral [del Ejército], si no a través del puro patriotismo, por lo menos a través de la embriaguez de una gran victoria. Ese sentimiento podía haber contrarrestado todas las fórmulas internacionales sembradas por el enemigo en el terreno fértil de las tendencias derrotistas del bando socialistizante».[5] La idea también gozó del favor de los líderes políticos conservadores y progresistas, quienes esperaban que pondría freno al radicalismo en el país. De hecho, algunos sugerían que en caso de que se restableciera la disciplina, el Ejército podía emplearse para reprimir la actividad de los radicales y modificar las relaciones de poder generales en Petrogrado y en todo el país. Además, los conservadores y los progresistas se mostraban receptivos a las presiones que ejercían los Aliados, sobre todo Francia, para que los ejércitos rusos se mostraran más activos, a fin de aliviar la presión militar en el Frente Occidental.

Sin embargo, el apoyo más crucial vino de un ámbito insospechado: los líderes socialistas moderados del Soviet de Petrogrado. En una fecha tan temprana como el 2 de mayo, Tsereteli estableció la relación entre la iniciativa de paz y un Ejército fuerte, cuando argumentaba en una reunión del Soviet: «¿Qué clase de impresión daríamos a los pueblos del mundo si una catástrofe en el frente acompañara el llamamiento que les hacemos? Los gobiernos de otros países les dirían a su pueblo, señalándonos con el dedo: "os instan a seguir su ejemplo, y a eso es a lo que conduce". Supondría vuestra destrucción, como ha sido la suya propia».[6] Muy pronto cundió la idea de que los gobiernos aliados estaban haciendo caso omiso de la ofensiva por la paz debido a la virtual tregua que había en el frente ruso y al caos reinante en su Ejército. El periódico de los socialistas moderados, *Den'*, lamentaba que los Aliados estuvieran dejando de tomarse en serio a Rusia como un actor protagonista en la guerra, y que las reivindicaciones de paz rusas no tuvieran el mínimo efecto debido a que Rusia carecía del poderío para respaldarlas. «Rusia será aplastada, si no es en el campo de batalla, en la conferencia de paz».[7] Una ofensiva podía demostrar que Rusia seguía siendo una potencia militar y diplomática, y daría peso a sus palabras.

La lógica de la relación entre la paz y una ofensiva militar resultaba dudosa, ya que una ofensiva victoriosa podía tener justamente el efecto contrario, acabar con cualquier incentivo para que los franceses y los británicos accedieran a una paz negociada. Sin embargo, desde la perspectiva de aquel momento, daba la impresión de que los dirigentes rusos no tenían muchas opciones. Proseguir la guerra sin una política activa a favor de la paz resultaba políticamente imposible. La única alternativa que les quedaba era una paz por separado con Alemania, pero todas las facciones

políticas, incluso los bolcheviques, la rechazaban. Todos los líderes políticos temían que una paz por separado diera lugar a una victoria de Alemania y a su supremacía en Europa, sobre todo en el este, lo que conllevaría unos duros términos económicos y territoriales que prácticamente convertirían a Rusia en una colonia alemana (y, a la luz de los términos de paz que impuso Alemania en Brest-Litovsk unos meses después, ese temor era muy fundado). Además, temían que una victoria alemana pudiera significar la restauración de la dinastía de los Romanov.

La fascinación por la Revolución Francesa como modelo para el desarrollo revolucionario contribuyó a que la idea de una ofensiva resultara más aceptable para muchos socialistas. Todos recordaban los grandes éxitos de los ejércitos revolucionarios franceses, y argumentaban que, ahora que el soldado ruso tenía una democracia por la que luchar, podía existir un poderoso nuevo Ejército revolucionario ruso. Los intelectuales del Soviet y algunos oficiales de las Fuerzas Armadas se engañaban a sí mismos con una falsa analogía histórica. Aun así, los dirigentes del Soviet eran cautos a la hora de apoyar la ofensiva, conscientes de que la idea era impopular entre su electorado de soldados y trabajadores. *Delo naroda*, el periódico de los social-revolucionarios, argumentaba que no había necesidad del «terror pánico y supersticioso» que la palabra «ofensiva» provocaba en algunos círculos. *Izvestia* insistía en que la cuestión no era «una ofensiva, sino crear *la posibilidad de una ofensiva*».[8] En un panfleto que escribió para explicar las políticas de los dirigentes del Soviet, Vladímir Voitinsky argumentaba que la naturaleza ofensiva o defensiva de una guerra dependía de sus objetivos, no de sus estrategias, y que una guerra puramente defensiva podía requerir operaciones ofensivas.[9]

Un amplio espectro político, desde los conservadores de derechas hasta los socialistas moderados, acabó apoyando la ofensiva, por distintos motivos. La izquierda moderada esperaba que el éxito de una ofensiva reavivara su política de paz y, por consiguiente, su suerte política, mientras que la derecha confiaba en que debilitaría a la izquierda en general. Ambos sectores tenían la esperanza de que un éxito militar detendría la desintegración del Ejército y de la sociedad en general. Ninguno, aparentemente, le daba mayor importancia —o simplemente no quería tenerlo en cuenta— a cuál sería el efecto de una derrota desastrosa. El único grupo político que se oponía a la ofensiva era la izquierda radical, sobre todo los bolcheviques y los social-revolucionarios de izquierdas. Los oradores y los periódicos de la izquierda radical atacaban duramente la idea de una ofensiva, y de la guerra en general. El *Pravda*, por ejemplo, bajo el titular «Quién necesita la "Guerra hasta la Victoria"» publicaba datos sobre los beneficios en tiempos de guerra de algunas fábricas, y llegaba a la conclusión de que «Esa es la razón de que los señores capitalistas y banqueros, su "órgano ejecutivo", el Gobierno Provisional, y toda la prensa burguesa prediquen con tanta insistencia la "guerra hasta la victoria"».[10] Además, teniendo en cuenta que los soldados eran contrarios a reanudar las operaciones militares, con las consiguientes bajas y el restablecimiento de la autoridad de los oficiales, los críticos de la ofensiva eran probablemente sus mayores beneficiarios, como se demostró al final.

Comenzó un importante esfuerzo para ampliar el apoyo a una ofensiva, y sobre todo para suscitar el entusiasmo de las tropas. El esfuerzo lo encarnó Kérensky, que para entonces ya era ministro de la Guerra. El 14 de mayo emitió una orden apelando a la disciplina en el Ejército y llamando a las tropas a prepararse para emprender acciones militares en nombre de los elevados ideales de la Revolución: «no se derramará ni una gota de sangre por una causa

injusta».[11] Y Kérensky respaldó esos llamamientos con una gira por el frente, donde arengó a las tropas en grandes asambleas al aire libre. Habitualmente recibía una respuesta inmediata formidable —era un orador fascinante—, pero el efecto de sus discursos se disipaba una vez que se marchaba. Expresiones como «os convoco no a un banquete sino a morir»[12] sintonizaban con la emoción de un momento de inspiración, pero para los soldados dejaban de resultar atractivas cuando pasaba aquel momento. El entusiasmo de los soldados se desvanecía tan deprisa como había aparecido. Los intentos por parte de los oficiales de reanudar la instrucción, de imponer de nuevo una disciplina más tradicional, y en general de iniciar los preparativos para una acción ofensiva, provocaban la hostilidad y la oposición de las tropas.

La difícil tarea de recabar el apoyo de los soldados a la ofensiva y la vuelta a la disciplina y a la actividad militar recaía sobre todo en los comités del Ejército, que en su mayoría eran de orientación defensista revolucionaria. A partir de la Revolución de Febrero se había ido desarrollando una compleja red de comités en el seno del Ejército, desde las unidades más pequeñas, pasando por los regimientos, hasta los ejércitos y los frentes. En marzo y abril, los comités se habían dedicado a defender los intereses de los soldados frente a los oficiales, así como el programa de paz del Soviet en contra de los partidarios de la guerra hasta la victoria. Esa postura gozaba de la aprobación de la tropa. Ahora su tarea consistía en hacer propaganda a favor de la idea de que la defensa de la Revolución exigía el restablecimiento de la disciplina e iniciar los preparativos para una ofensiva. Surgió un nuevo tipo de funcionario revolucionario –el comisario del Ejército— que podía abogar por medidas como la disciplina militar por tratarse de un objetivo revolucionario esencial para la defensa de la Revolución.[13] Los

comités se convirtieron en el instrumento para poner en práctica las decisiones del Gobierno y del Soviet sobre los preparativos para una ofensiva, que incluían la disciplina, la instrucción militar, la autoridad de los oficiales y los relevos desde la retaguardia —unas medidas que iban en contra de lo que los soldados percibían como su propio interés y resultaban muy impopulares.

En aquellas circunstancias, los soldados empezaron a hacer caso a los portavoces alternativos que formulaban su oposición a la ofensiva. Aunque la mayoría de los soldados daban su beneplácito, por muy a regañadientes que fuera, a los argumentos de los comisarios a favor de la guerra, un número creciente de ellos se aferraba a los argumentos alternativos que planteaban los bolcheviques y otros grupos radicales. Los izquierdistas explicaban que los capitalistas y los terratenientes de todos los países habían iniciado aquella guerra, y que el conflicto proseguía únicamente en su beneficio; prolongar los combates significaba que las tropas iban a derramar su sangre en aras de los beneficios de los capitalistas extranjeros y rusos. En resumen, rezaba el argumento que planteaban a los soldados, en realidad la guerra no era en defensa de Rusia, ni mucho menos por su propio interés, y tampoco merecía el derramamiento de su sangre ni el sufrimiento de sus familias. Ese razonamiento, unido al discurso sobre la escasa fiabilidad política de los oficiales y sobre el peligro de una contrarrevolución, explicaba la guerra y la ofensiva en unos términos que tenían sentido para unas tropas hastiadas de la guerra. Los argumentos que utilizaba la izquierda radical para repudiar la ofensiva se hacían eco de los sentimientos íntimos de los propios soldados, y ofrecían una justificación a su deseo instintivo de que no se reanudaran los combates.

Aquellas ideas fueron recogidas por distintos agitadores del frente. El resultado fue que, como señalaba Allan Widman, «a lo largo del

mes de mayo una versión vulgarizada del "bolchevismo" se convirtió en la fuerza movilizadora de la creciente hostilidad de los soldados a la nueva ofensiva, que iba muy por delante de las fuerzas organizadas del Partido [Bolchevique] y que se manifestó en un rosario de importantes motines y desórdenes».[14] El diario conservador *Novoe vremia* ponía el dedo en la llaga, tal vez más de lo que imaginaba, cuando el 6 de junio afirmaba: «¡Lenin! Su nombre es legión. En todos los cruces de carreteras surge un Lenin». Un indicador del poder y del atractivo de aquellos argumentos y eslóganes fue la declaración del comandante del Duodécimo Ejército, el general Radko-Dmitriev, que afirmaba que «con la propaganda de las ideas bolcheviques, un solo agitador puede provocar la retirada de todo un regimiento».[15] Una y otra vez, fueron necesarios los esfuerzos combinados de los comisarios mencheviques y social-revolucionarios, de los oficiales y a veces de los representantes del Soviet, para combatir la influencia de un solo orador radical. Y en sentido contrario, un orador exaltado podía echar abajo el cuidadoso trabajo de persuasión de los comisarios y los oficiales. De lo que no se daban cuenta el general Radko-Dmitriev y otros jefes que se quejaban de los «bolcheviques» era de que aquellos oradores tenían tanta repercusión porque los sentimientos en contra de la guerra y de los oficiales que expresaban tenían un profundo eco en lo que sentían sus compatriotas. Al deficiente análisis de los acontecimientos que hacían los oficiales se le sumaba su tendencia a etiquetar como «bolcheviques» a todos los que se oponían a la ofensiva, al margen de su verdadera filiación política (muchos eran social-revolucionarios de izquierdas o no estaban afiliados a ningún partido). Probablemente eso también contribuyó a elevar la estima de los bolcheviques a ojos de los soldados.

Irónicamente, la determinación del alto mando de enviar al frente unidades de reserva como relevo avivó la creciente rebeldía de la tropa. Los soldados de Petrogrado y otros lugares, para entonces más politizados que sus camaradas de las trincheras, y ahora aún más amargados por el hecho de que les enviaran al frente, llevaron consigo la agitación de las ciudades. Allí se convirtieron en agitadores y en líderes de la oposición a la disciplina, a los oficiales, a la ofensiva y a los comisarios defensistas revolucionarios. Su simple llegada a menudo era motivo de consternación para los comandantes. Los cuarteles generales del Ejército se inundaron de informes sobre el malestar provocado por la llegada de las tropas de refresco (sobre todo desde Petrogrado), que hacía que algunos regimientos fueran incapaces de realizar operaciones activas. El desesperado comandante de la 61.ª División Siberiana de Fusileros informaba de que «a mis oficiales y a mí no nos queda otro recurso que salvarnos lo mejor que podemos, ya que acaban de llegar de Petrogrado cinco compañías de leninistas. A las 16.00 han convocado una reunión donde han decidido ahorcarnos a Morozhko, a Egorov y a mí».[16]

Tanto los oficiales como los líderes políticos, incluidos los dirigentes defensistas revolucionarios, achacaban a la influencia de los bolcheviques la oposición de los soldados a la ofensiva, con lo que pasaban por alto que la relación causal probablemente era a la inversa. La oposición de las tropas a la ofensiva —y a todo el conjunto de acciones concomitantes, como la instrucción, la disciplina y los movimientos de tropas— eran reacciones genuinas de los soldados ante los esfuerzos de reanudar la guerra. Habían visto de primera mano sus terribles costes en vidas humanas, y no tenían la mínima intención de seguir pagando esos costes con sus propias vidas. Su oposición era real y profundamente sentida, no solo una consecuencia de la manipulación de los bolcheviques y de sus

agitadores, como afirmaban los jefes militares y gran parte de la prensa de Petrogrado. De hecho, los portavoces favorables a la ofensiva no eran capaces de reconocer que aquel sentir de los soldados era genuino; sus principales políticas se basaban en el presupuesto de unos soldados entusiastas, enardecidos por su fervor revolucionario. Echarle la culpa a los agitadores bolcheviques y a los agentes alemanes resultaba más fácil que reconocer que su visión era errónea y que los soldados se oponían legítimamente a la reanudación de las acciones ofensivas. Con eso se allanaba el terreno para el distanciamiento entre los soldados y los comisarios defensistas revolucionarios, que pronto vieron cómo sus soldados se amotinaban contra ellos, contra el defensismo revolucionario, contra la política de coalición y contra todo el Sistema de Febrero. Lo cierto era que los soldados recurrían al «bolchevismo» a raíz de su oposición a la ofensiva, y no que se opusieran a ella por culpa de la influencia de los bolcheviques.

La oposición a la ofensiva no se limitaba a los soldados, sino que era generalizada en la sociedad. Los obreros industriales, cuyos sentimientos en contra de la guerra ya se habían manifestado en abril, se oponían firmemente a la ofensiva. En Petrogrado, los sentimientos en contra de la ofensiva se combinaron con una oleada creciente de descontento entre los obreros y los soldados por motivos económicos y de otro tipo para dar lugar a las «Manifestaciones de Junio». El 8 de junio, los líderes bolcheviques, conscientes del descontento popular (que ellos mismos y otros grupos de izquierdas —sobre todo los anarquistas— se habían encargado de fomentar), decidieron organizar una manifestación masiva. Estuvieron organizándola todo el día 9, y el 10 por la mañana anunciaron la convocatoria a través de sus periódicos, para las 2 de la tarde de ese mismo día. Hacían el llamamiento en unos términos generales y simples: «¡Camaradas! Quienes estéis a favor

de la fraternidad de todos los pueblos, a favor de una política democrática abierta y honesta, a favor del fin de la guerra, quienes os opongáis a los capitalistas [...] que obligan al pueblo a morirse de hambre —todos los que estéis en contra del recorte de los derechos de los soldados y los marineros, y que os opongáis a la persecución burguesa—, salid a la calle a expresar vuestra protesta». También reivindicaban el traspaso de todos los poderes al Soviet de Delegados de los Trabajadores y los Soldados.[17]

Los dirigentes del Soviet se enteraron rápidamente de la convocatoria de la manifestación, el día 9 por la tarde. Actuaron de inmediato para parar lo que a su juicio era un desafío de los bolcheviques y los anarquistas a la autoridad del Soviet, así como una posible fuente de combates callejeros, de bajas mortales y de una contrarrevolución. Un tema constante de 1917 fue el temor no tanto a que las acciones irresponsables de la izquierda radical constituyeran una amenaza en sí mismas, sino a que pudieran provocar el triunfo de una posible contrarrevolución. El Congreso de los Soviets prohibió oficialmente la manifestación, y los dirigentes del Soviet enviaron delegados a las fábricas y a los cuarteles para intentar evitar que la gente participara en ella. El Comité Central bolchevique la desconvocó en el último momento, dejando inquietos y descontentos a miles de obreros y soldados con inclinaciones radicales.

Entonces los dirigentes del Soviet decidieron convocar una gran manifestación el 18 de junio para mostrar apoyo a las políticas de la dirección defensista revolucionaria del Soviet, incluyendo el Gobierno de coalición y la ofensiva. Los bolcheviques, los social-revolucionarios de izquierdas y los anarquistas decidieron participar, pero con la intención de convertir la manifestación en una expresión de oposición a la guerra y al Gobierno, y en un llamamiento al traspaso de todo el poder al Soviet. Con ese fin trabajaron

febrilmente en las asambleas de las fábricas y de los cuarteles para conseguir que los obreros y los soldados adoptaran sus eslóganes radicales y se manifestaran de acuerdo con ellos. Tuvieron un éxito arrollador. Aquel día se manifestó casi medio millón de personas, pero tan solo una minoría portaba pancartas de apoyo a las políticas del Gobierno de coalición. Por el contrario, cuando empezaron a desfilar ante la tribuna presidencial las innumerables columnas de obreros fabriles y de unidades del Ejército, la mayoría portaban pancartas llamando al fin de la guerra y, como un heraldo del cambio de lealtad de las masas, exigiendo «Todo el poder a los soviets». Los líderes socialistas moderados del Soviet sufrieron una aplastante derrota bajo el resplandeciente sol de un despejado día de junio en Petrogrado.

Aquel mismo día, muy lejos de allí, en Galitzia, comenzaba la ofensiva rusa, que acabaría siendo una debacle aún mayor. La ofensiva empezaba con el mayor fuego de barrera de artillería que habían disparado los ejércitos rusos en toda su historia: por primera vez durante la guerra, los rusos tenían una clara superioridad en cañones pesados. Aquel «fuego de una intensidad como yo no había visto nunca», como lo recordaba el general A. I. Denikin, resultó tan eficaz que el avance inicial de la infantería casi no encontró resistencia.[18] Al ver el comienzo de la ofensiva, Kérensky envió un telegrama triunfal a Petrogrado donde solicitaba estandartes especiales revolucionarios de color rojo para los regimientos participantes. Sin embargo, no lograron mantener las victorias iniciales. Algunas unidades se negaban a seguir avanzando tras los primeros éxitos, mientras que otras se retiraban voluntariamente a sus trincheras de origen sin esperar a un contraataque. Algunas unidades de reserva se negaron a avanzar para relevar a los agotados regimientos del frente. Muchas unidades celebraban asambleas para debatir órdenes específicas, o incluso el

planteamiento de la ofensiva en su conjunto, y habitualmente decidían no obedecer las órdenes militares. Cuando empezó la contraofensiva alemana, algunas unidades se dispersaron y huyeron, otras se retiraron rápidamente antes de que las atacaran, y algunas unidades de reserva se negaron a avanzar para socorrer a las unidades que estaban siendo atacadas. Los soldados que se batían en retirada agredían a los oficiales y a los representantes del Soviet que intentaban impedírselo. El 7 de julio, un telegrama conjunto de los Comités Ejecutivos del Frente Suroccidental y el Undécimo Ejército, y de los comisarios del Gobierno Provisional enumeraba el desastre:

> La ofensiva alemana, que comenzó el 6 de julio en el frente del 11.º Ejército, está asumiendo visos de un desastre que amenaza con ser una catástrofe para la Rusia revolucionaria [...]. La mayoría de las unidades militares están en un estado de desorganización total [...] y ya no escuchan las órdenes [...] e incluso responden a ellas con amenazas y disparos. Hay constancia de casos donde una orden dada para acudir a toda prisa a determinado lugar, para auxiliar a otros camaradas en peligro, ha sido debatida durante varias horas en las asambleas, y a consecuencia de ello el envío de refuerzos se retrasó veinticuatro horas. Esos elementos abandonan sus puestos ante los primeros disparos del enemigo [...]. Largas columnas de desertores, armados o desarmados [...] avanzan hacia la retaguardia del ejército. A menudo desertan de esa manera unidades enteras.[19]

A principios de julio la ofensiva ya era un desastre total, militar y políticamente. Con ella desaparecían de un plumazo las últimas ilusiones de un nuevo Ejército revolucionario, que para entonces se había convertido en una masa de soldados enfadados, resentidos y recalcitrantes, y en una fuente de malestar social y político. La desastrosa ofensiva acabó con las esperanzas de éxito del programa de paz de los defensistas revolucionarios. Socavó la posición de la coalición de centro e inauguró un periodo de inestabilidad política

aún mayor, a la que vino a sumarse un aumento de los descontentos sociales y económicos. Justamente cuando Rusia necesitaba un gobierno eficaz, sus sucesivos ejecutivos —hubo una serie de ellos tras la caída del «primer Gobierno de coalición» el 2 de julio por la cuestión de la autonomía de Ucrania— fueron haciéndose cada vez más débiles. Los descontentos del verano se intensificaron.

Los Días de Julio y el «poder soviético»

Las aspiraciones incumplidas, la oposición a la guerra, el empeoramiento de las condiciones económicas y una sensación premonitoria de un conflicto social pendiente amplificaron la reivindicación de un «poder soviético», sobre todo entre los trabajadores urbanos y los soldados de las guarniciones. En apariencia, eso significaba simplemente que un gobierno monocolor socialista, basado en el Soviet de Petrogrado o en el Congreso de los Soviets debía sustituir al Gobierno Provisional. Sin embargo, más allá de eso, estaba la reivindicación de un gobierno que defendiera de forma inequívoca los intereses de los trabajadores, los campesinos y los soldados frente a la «burguesía» y a las clases privilegiadas, un gobierno capaz de llevar a cabo rápidamente una reforma social y económica radical, y de poner fin a la guerra. Ese anhelo cristalizó en el sencillo eslogan de «Todo el poder a los soviets», del poder soviético.

La exigencia de un poder soviético, y las frustraciones subyacentes de los trabajadores y los soldados, estallaron con los tumultuosos desórdenes comúnmente denominados los «Días de Julio», o la «Sublevación de Julio». Algunas unidades de la guarnición de Petrogrado —formada principalmente por tropas que estaban recibiendo instrucción militar como refuerzos para el frente— estaban cada vez más descontentas con las políticas del Gobierno y

del Soviet, y se oponían tenazmente a la ofensiva. Algunas unidades seguían inquietas después de las manifestaciones de junio, y se resistían a que las enviaran al frente como tropas de refresco para la ofensiva. Una de aquellas unidades era el Primer Regimiento de Ametralladoras, que estaba acuartelado en el barrio industrial de Vyborg. Su descontento coincidió con un malestar creciente en las fábricas de las inmediaciones. Los dos tipos de descontento interactuaron entre sí. El 20 de junio, por ejemplo, veinticinco milicianos obreros de la Fábrica Rozenkrants, donde predominaba un sentimiento anarquista, se presentaron primero en el cuartel del Regimiento de la Guardia Moscú, y después en el del Regimiento de Ametralladoras, pidiéndoles que «salieran». Los líderes social-revolucionarios de izquierdas y bolcheviques de los regimientos, que también habían estado azuzando los descontentos, a duras penas, y con dificultad, lograron contenerlos. Aunque los activistas de la izquierda radical en ocasiones refrenaban lo que a su juicio eran acciones precipitadas, como en este caso, lo más habitual era que los agitadores eseristas de izquierdas, bolcheviques y anarquistas alimentaran los descontentos. Su éxito en la manifestación del 18 de junio convenció a muchos bolcheviques y eseristas de izquierdas del escalafón de las fábricas y del Ejército, y de las organizaciones de barrio y de toda la ciudad, de que había llegado el momento de actuar, incluso para una toma del poder por el Soviet. Indudablemente, los éxitos de la Revolución de Febrero y de la Crisis de Abril habían demostrado que las manifestaciones callejeras masivas podían cambiar las políticas, e incluso los gobiernos. ¿Por qué no intentarlo de nuevo?

El 3 de julio estallaron los descontentos. Se pusieron en marcha varias huelgas en el barrio de Vyborg y en otros puntos de la ciudad. El Primer Regimiento de Ametralladoras, tras una tumultuosa asamblea, decidió organizar una manifestación ese mismo día con el

propósito de derrocar al Gobierno Provisional. Enviaron portavoces a otros regimientos y a las fábricas para convencerles de que se sumaran a la convocatoria. Entonces los activistas anarquistas, eseristas de izquierdas y bolcheviques de las fábricas asumieron el liderazgo de la agitación —ni el Comité Central ni el Comité de Petersburgo******** del Partido Bolchevique lo habían autorizado —. Entre las 6 y las 7 de la tarde, los obreros de numerosas fábricas y los soldados del Primer Regimiento de Ametralladoras se echaron a las calles reivindicando «Todo el poder a los soviets» y otros eslóganes radicales. Muy pronto se les sumaron otros regimientos y fábricas. Durante las largas horas del crepúsculo de las «noches blancas» de Petrogrado, los manifestantes avanzaron hasta el centro de la ciudad. Como relataba Sujánov, «desde todas partes avanzaban hacia el centro enormes destacamentos de soldados, algunos de ellos hasta el Palacio Táuride. Algunos empezaron a disparar al aire. [...] Los coches y los camiones empezaron a circular por las calles a toda velocidad. En ellos viajaban civiles y soldados con sus fusiles a cuestas, con rostros asustados y al mismo tiempo feroces».[20] A medianoche ya se habían congregado decenas de miles de trabajadores y soldados ante el Palacio Táuride, donde exigieron furiosamente el traspaso de todo el poder al Soviet. Sin embargo, los dirigentes defensistas revolucionarios se negaron, y la manifestación se disolvió temporalmente la madrugada del día 4, entre las 3 y las 4.[21]

******** Era la organización bolchevique de la ciudad; se negó a cambiar su nombre a «Petrogrado» cuando lo hizo la ciudad, por considerarlo un acto de chovinismo nacionalista.

Los líderes bolcheviques de Petrogrado estuvieron reunidos toda la noche para evaluar lo que estaba ocurriendo y decidir lo que había que hacer. El máximo órgano directivo del Partido, el Comité Central, no había planeado aquella manifestación, y Lenin estaba de

vacaciones en Finlandia. Al margen de lo que desearan sus máximos dirigentes, el partido estaba involucrado debido a las actividades de los militantes bolcheviques de los escalafones inferiores de las fábricas y los regimientos, e incluso de algunos líderes de nivel intermedio de la Organización Militar Bolchevique y del Comité de Petersburgo, que habían azuzado los descontentos y alentado la rebeldía. Ante la posibilidad de decepcionar a sus propios partidarios, ya impacientes, los líderes bolcheviques de nivel intermedio finalmente dieron su bendición a una nueva marcha hasta el Palacio Táuride, y la Organización Militar Bolchevique empezó a prepararse para las manifestaciones del día siguiente. Sin embargo, el Comité Central seguía teniendo sus reservas. Finalmente, ante las noticias que llegaban de todas partes advirtiéndoles de que iba a resultar imposible impedir que se reanudaran las manifestaciones el día 4, y con una gran multitud rodeando el cuartel general bolchevique y exigiendo acción, el Comité Central Bolchevique cedió de madrugada. Acordaron autorizar y encabezar, como decía el cartel que hicieron público en torno a las 4 de la madrugada, «una expresión pacífica y organizada de la voluntad de los trabajadores, los soldados y los campesinos» de que se constituya un poder soviético.[22] Además, mandaban llamar a Lenin para que regresara lo antes posible.

El día 4, desoyendo los llamamientos en sentido contrario de los dirigentes defensistas revolucionarios del Soviet, la mayoría de las fábricas y de las unidades militares se sumaron a las manifestaciones, igual que los marineros de la base naval de Kronstadt. La mayoría de las manifestaciones iban acompañadas por destacamentos armados de las milicias obreras, y los soldados y marineros también acudieron armados. El centro de atención fue de nuevo el Palacio Táuride, donde estaba reunida la dirección del Soviet; los manifestantes ignoraron en gran medida al Gobierno

Provisional, que tenía su sede muy cerca, al considerarlo irrelevante para la decisión. Una vez más, los manifestantes se encontraron con la obstinada negativa de los dirigentes mencheviques y eseristas del Soviet a abandonar la coalición y asumir el poder en solitario. En el alboroto que se produjo a continuación, los marineros apresaron a Víctor Chernov, un líder del PSR, y lo tomaron como rehén. El obrero que agitó el puño ante el rostro de Chernov, gritando: «Hijo de perra, toma el poder cuando te lo ofrecen»[23] ilustraba la frustración de la multitud. León Trotsky, que ya se había convertido en un radical muy popular, logró que dejaran en libertad a Chernov, no sin grandes dificultades. A lo largo del día hubo numerosos tiroteos —a veces por parte de desconocidos y a veces por el fuego indiscriminado de soldados y marineros aterrados— con numerosas víctimas mortales.

Finalmente, las manifestaciones se disolvieron la noche del 4 al 5 de julio, a consecuencia de la combinación de varios factores. En primer lugar, por la ciudad circulaba la noticia de que un contingente de tropas con experiencia en combate se dirigía a la capital desde el frente para apoyar a los líderes del Soviet (y muy pronto hicieron su aparición). En segundo lugar, las manifestaciones, pese a su enorme tamaño, carecían de liderazgo y de dirección. Empezaron al nivel de las fábricas y los regimientos, y nadie había hecho planes para orquestar una toma del poder. Fue más bien un intento de obligar a los dirigentes del Soviet de Petrogrado a tomar el poder y crear un nuevo gobierno socialista para sustituir al Gobierno de coalición, que acababa de caer el 3 de julio. Sin embargo, los dirigentes defensistas revolucionarios del Soviet se negaron a hacerlo, y de esa forma impidieron la consecución de un poder soviético. Incluso cuando, a mediodía del 4 de julio, ya estaba clara su negativa, y aun después del regreso de Lenin a Petrogrado, alrededor de las 11 de la mañana, los líderes bolcheviques se contuvieron. Lenin en particular

parecía escéptico respecto a dónde podían conducir las manifestaciones, y poco dispuesto a comprometerse, junto con su partido, a asumir un liderazgo decisivo. Lenin se dirigió a los manifestantes desde el balcón del cuartel general bolchevique, pero no les incitó a tomar el poder. Una decepción y una frustración generalizadas se apoderaron de los manifestantes cuando se dieron cuenta de que, aunque controlaban las calles de la capital, no podían imponerle su programa a los dirigentes del Soviet, ni tampoco presentar unos nuevos líderes. En tercer lugar, el Gobierno hizo públicos unos documentos donde se mostraban los supuestos vínculos de los bolcheviques con Alemania, lo que provocó que algunos regimientos de la guarnición, hasta entonces «neutrales», acudieran a ayudar a los dirigentes del Soviet, y que decayera el entusiasmo de los manifestantes. Esas acusaciones, publicadas y distribuidas el día 5, causaron sensación, y dieron pie a una repentina caída de la popularidad de los bolcheviques. Lenin y varios destacados bolcheviques huyeron y fueron a esconderse en Finlandia, para eludir las órdenes de detención que dictó el Gobierno, mientras que algunos líderes locales vieron cómo les insultaban o incluso les agredían sus camaradas trabajadores y soldados. Por último, es posible que el elevado número de muertos contribuyera a poner fin a las manifestaciones. En torno a 400 personas murieron en los tiroteos al azar, o por las ráfagas descontroladas de los soldados y marineros, y en los enfrentamientos entre unidades del Ejército contrarias o favorables al Gobierno y a los dirigentes del Soviet. Todo ello suscitó el espectro de una guerra civil.

Los Días de Julio no fueron, como afirmaron de inmediato los adversarios de los bolcheviques (y repitió la mitología posterior), un golpe de Estado fallido planeado por los bolcheviques. Fueron un estallido genuino de descontento popular y una reivindicación de un

gobierno más radical y eficaz —de un gobierno monocolor socialista — que pudiera hacer realidad las aspiraciones populares de paz, de reformas económicas y de soluciones a los muchos problemas que asolaban el país. Los bolcheviques eran el principal partido que apoyaba esas reivindicaciones, y sus duras críticas al Gobierno contribuyeron a enfocar el descontento de los trabajadores y los soldados en la exigencia de un poder soviético como solución a sus problemas. Eso, y la intensa participación de los activistas bolcheviques, obligaron al partido a intentar asumir en el último momento un papel de liderazgo en las manifestaciones. Irónicamente, ese papel también llamó la atención sobre el papel de los bolcheviques a la hora de fomentar las manifestaciones, al tiempo que se pasaba por alto el importante papel que desempeñaron los social-revolucionarios de izquierdas y los anarquistas, así como las quejas del pueblo. Ese énfasis en los líderes bolcheviques distorsionó las interpretaciones de los Días de Julio, en su momento y más tarde. Hizo posible que el Gobierno Provisional y los dirigentes defensistas revolucionarios evitaran asumir la legitimidad del descontento popular y las implicaciones del creciente apoyo político a la idea de un poder soviético. Y por esa razón no tomaron ninguna medida para afrontar ese descontento, lo que contribuye a explicar la rápida recuperación de la popularidad de los izquierdistas, incluidos los bolcheviques, poco después, a pesar de las medidas represivas adoptadas contra ellos.

El periodo inmediatamente posterior a los Días de Julio dejó una situación política peculiarmente confusa, pero de la que se beneficiaron temporalmente los dirigentes del Gobierno y del Soviet. Como los Días de Julio coincidieron con el fracaso de la ofensiva militar, los responsables políticos pudieron echarle la culpa a los bolcheviques y a los Días de Julio, que en realidad tuvieron muy poco que ver. Y eso le permitió a Kérensky, el responsable más que

ningún otro de la desastrosa ofensiva, esquivar la inmediata catástrofe política para su persona que cabía esperar. Por el contrario, al cabo de tres semanas de confusión política, Kérensky fue nombrado ministro-presidente del recién formado «segundo Gobierno de coalición». No obstante, Kérensky y los defensistas revolucionarios tan solo podían evitar temporalmente las consecuencias políticas de la desastrosa ofensiva, y la reacción popular en contra de la campaña militar y de quienes la promovieron se manifestó poco después en un fulminante declive de la popularidad de Kérensky y en un rápido resurgir de la izquierda radical. Esa recuperación quedó un tanto eclipsada en su momento por el hecho de que los Días de Julio también provocaron un renacimiento de la derecha política, un asunto que copaba los titulares de los periódicos. Esa resurrección política de la derecha resultó ser tan efímera e ilusoria como la caída del apoyo a los bolcheviques. A pesar de todo, fue la causa directa del «Asunto Kornílov» en el mes de agosto.

La crisis económica y las teorías de la conspiración

Un motivo importante del descontento reinante y del aumento de la popularidad de la izquierda radical era la intensificación de la crisis económica. El tumulto de la Revolución añadió nuevas tensiones a las tremendas dificultades que la guerra ya había impuesto a la economía rusa. La escasez reinaba por doquier, desde las materias primas para las fábricas hasta los alimentos y otros bienes de primera necesidad. Los conflictos entre los directivos y los trabajadores, las constantes averías de una maquinaria sobreutilizada y deficientemente mantenida, la escasez de combustible y de materias primas, las restricciones del crédito, la escasez de alimentos, los conflictos agrarios por la tierra y otros

problemas, no solo iban en aumento, sino que se magnificaban mutuamente. De hecho, el rublo, que en tiempos de la Revolución de Febrero ya se había depreciado aproximadamente un 30 por ciento respecto a su valor de antes de la guerra, en octubre de 1917 se volvió a depreciar entre el 6 y el 7 por ciento. Las monedas más pequeñas que utilizaba la población habían desaparecido a partir de 1916, y fueron sustituidas por papel moneda de un valor nominal cada vez más descomunal, pero de escaso valor real. La Revolución de Febrero generó un optimismo inicial por el que la gente confiaba en que la situación podía mejorar, pero por el contrario provocó una tensión económica cada vez mayor.[24] Con el transcurso de 1917 fue acentuándose más y más una crisis económica amplia y generalizada, que vino a exacerbar los problemas sociales y políticos.

La conflictividad industrial se convirtió en un rasgo básico de 1917, con ribetes de lucha de clases y con importantes implicaciones políticas. Las nuevas libertades políticas hicieron posible una confrontación entre los trabajadores y la dirección de las empresas como no se había visto antes de 1917. Los trabajadores exigían salarios más altos, mejores condiciones de trabajo, una mayor voz en la gestión de los asuntos de las fábricas y, más tarde, que sencillamente se mantuvieran en funcionamiento sin tocar la plantilla. Al principio los industriales concedieron aumentos de sueldo, pero a partir de mediados del verano cualquier mejora que los trabajadores hubieran podido conseguir en primavera se había esfumado por culpa de la inflación. Los obreros industriales exigieron nuevos aumentos, pero a raíz del nuevo talante posterior a los Días de Julio, las empresas se negaban cada vez más a menudo. El endurecimiento de la actitud de los patronos obedecía en parte a la situación política, pero también era un reflejo de las realidades económicas. Los beneficios de-saparecían a medida que aumentaban drásticamente no solo los salarios sino también los costes de las

materias primas y el combustible: el precio del combustible se duplicó durante los meses posteriores a la Revolución de Febrero. Para colmo, la reducción de la jornada laboral, las asambleas y otras nuevas actividades de los obreros mermaban la productividad. Durante los primeros cuatro meses posteriores a la Revolución, los salarios aumentaron entre un 200 y un 300 por ciento, mientras que la productividad se redujo entre un 35 y un 50 por ciento.[25] Atrapados en aquel aprieto, los directivos de las fábricas descubrieron que poco podían hacer respecto al aumento de los costes del combustible, de las materias primas, del transporte y del crédito, de modo que centraron su atención en el único coste en el que sí podían influir: las reivindicaciones salariales de los trabajadores. Eso les colocaba en rumbo de colisión con los obreros, que podían ejercer el poder recién conquistado.

De hecho, surgieron dos formas radicalmente distintas de considerar la situación de la industria: los propietarios y directivos de las fábricas hacían hincapié en la relación entre los salarios y la productividad, mientras que los trabajadores ponían el acento entre los salarios y el coste de la vida.[26] Era inevitable que eso provocara conflictos en la industria. La inflación incitaba a los obreros a adoptar medidas de presión para conseguir nuevos aumentos de los salarios, mientras que la dirección se resistía por considerarlo incompatible con la disminución de la productividad y con el aumento de los costes de producción. La dirección, en un intento de mejorar la producción y recuperar en alguna medida el control sobre el funcionamiento interno de las fábricas, rechazaba las exigencias de los trabajadores, que pedían que las empresas remuneraran el tiempo dedicado a actividades no productivas, como las asambleas, el servicio que prestaban en las milicias obreras, así como los «tiempos muertos» provocados por la falta de material y otros

problemas. Además, los patronos se oponían cada vez más a la «supervisión obrera» y a lo que a su juicio era toda una serie de intentos de erosionar su control de la fábrica. Los cierres patronales temporales y permanentes, y el funcionamiento a bajo rendimiento provocado por la falta de materias primas o de suministros pasaron a ser habituales.

Los trabajadores respondían a los argumentos sobre costes, beneficios y la necesidad del cierre temporal de las fábricas que aducían los gestores con nuevas exigencias de supervisión obrera. Eran conscientes de que algunas industrias habían logrado enormes beneficios durante los años de la guerra, unos beneficios que ahora la propaganda de los bolcheviques y de otros grupos radicales esgrimían a menudo en contra de la dirección. Exigían ver la contabilidad de las empresas. Cuando la dirección accedía (aunque a menudo se negaba), los trabajadores solo podían ver los beneficios de 1916, lo que no hacía más que reafirmar su convicción de que la dirección les estaba ocultando algo, ignorando que la situación económica, sobre todo en lo referente a los beneficios y los costes, había cambiado drásticamente desde febrero de 1917. La dirección se sentía frustrada por las conclusiones «erróneas» que sacaban los obreros. Además, los trabajadores exigían una mayor voz en materia de contrataciones, despidos y carga de trabajo; insistían en inspeccionar los inventarios y los cargamentos que salían de las fábricas; y adoptaban medidas para proteger los puestos de trabajo. Por debajo de todo bullía la sospecha de que los recortes no eran económicamente necesarios, sino que más bien eran un ataque de las empresas contra los trabajadores (y en algunos casos así era, aunque no en la mayoría). Muchos veían un complot capitalista para estrangular la Revolución. Se intensificó la conflictividad laboral, el número de huelgas aumentó rápidamente y el conflicto entre «ellos y nosotros» asumió un carácter mucho más marcado. La crisis de las

relaciones industriales, que obedecía a unas percepciones y unos intereses propios muy distintos entre los obreros y los industriales, se volvió irreconciliable.

Los cierres de fábricas, y las amenazas de cierre, se convirtieron en un grave problema que vino a envenenar ulteriormente las relaciones en la industria. Algunos cierres dieron pie a episodios de violencia: en Járkov, los obreros de la Fábrica Guerliaj y Pulst «detuvieron» a sus administradores, que habían amenazado con cerrar la fábrica debido a los problemas laborales y de abastecimiento, mientras que los trabajadores de la Fábrica Gelferich-Sade se hicieron con el control de la planta el 27 de septiembre y estuvieron gestionándola hasta el 5 de octubre.[27] Tanto el Ministerio de Comercio como el Consejo de los Sindicatos de Petrogrado llegaron a la misma conclusión (en agosto y en septiembre, respectivamente): cuando llegara el invierno, si no antes, la mitad de las industrias de Petrogrado probablemente no tendría más remedio que cerrar.[28] Los recortes, los paros y los rumores de cierres de empresas, de los que informaba la prensa y que se divulgaban boca a boca, creaban una atmósfera de incertidumbre y temor. Desde el punto de vista de los trabajadores, el cierre de fábricas encajaba en el marco de un cuadro más general de ataques contra las instituciones obreras surgidas a raíz de la Revolución de Febrero, contra su poder y su sensación de haber recuperado el control sobre sus vidas. Alimentaron el antagonismo de clases y reafirmaron las reivindicaciones de un poder soviético y de la supervisión obrera.

El aumento de la conflictividad en la industria tenía implicaciones políticas, ya que ambas partes apelaban al Gobierno para que interviniera en su nombre. Los trabajadores instaban al Gobierno a desempeñar un papel más activo en materia económica, sobre todo

para apoyar sus reivindicaciones, mientras que los gestores querían que el Gobierno contribuyera a meter en vereda a los obreros, impidiera las exigencias «escandalosas», y mantuviera la continuidad de la producción. El Gobierno vacilaba, lo que producía el enfado tanto de los obreros como de los gestores. Ambos buscaban soluciones por otros medios. A partir de junio, los trabajadores recurrieron cada vez más al eslogan del «poder soviético», es decir, de un gobierno socialista más proclive a cumplir las aspiraciones de los obreros y a proteger sus intereses. Además, empezaron a considerar soluciones económicas más radicales, sobre todo las que tenían que ver con un mayor control estatal, e incluso la nacionalización de las industrias. Estaban cada vez más en sintonía con la idea de que sus problemas económicos no se podían resolver en el marco de la propiedad privada y del sistema político vigente. Era un mal presagio para los líderes socialistas moderados del Soviet de Petrogrado, ya que iba directamente en contra de su insistencia en un Gobierno de coalición con los políticos no socialistas, y en que el Soviet no podía asumir el poder en solitario. Y al mismo tiempo, los empresarios de la industria empezaron a buscar un «gobierno fuerte», y sus reivindicaciones contribuyeron a alimentar el efímero auge conservador de julio y agosto que dio pie al Asunto Kornílov. Ambos colectivos se estaban desmarcando de la coalición centrista del Sistema de Febrero.

La conflictividad en la industria era tan solo una parte del creciente caos económico. Ya hemos señalado los problemas que tenían lugar simultáneamente en la agricultura (véase el capítulo 5) y por culpa del colapso de los transportes. Ambos contribuyeron a agravar un problema de abastecimiento de alimentos que se estaba volviendo especialmente peligroso. El Gobierno decretó el racionamiento del pan en Petrogrado en marzo y redujo la cantidad asignada en abril. El 10 de agosto ya solo quedaban reservas de pan en Petrogrado

para dos días. El resto de productos alimenticios también empezaron a escasear, de modo que cada vez más artículos iban a sumarse al pan y al azúcar en la lista de artículos racionados, y a veces se agotaban completamente. Los intentos del Gobierno por fijar los precios y establecer monopolios aparentemente no hizo más que agravar el problema. Y ese problema tampoco se circunscribía a Petrogrado: empezó a afectar también a otras ciudades. En Bakú, por ejemplo, las protestas contra la escasez de alimentos dieron pie a una serie de manifestaciones a lo largo del verano. Allí, la reducción de la ración de grano en un 25 por ciento provocó el registro de viviendas por grupos de trabajadores y de indigentes urbanos en busca de posibles acaparadores de productos alimenticios. A su vez, ello desencadenó conflictos étnicos entre los azerbaiyanos, los armenios y los rusos.[29] En otras ciudades surgieron problemas parecidos de escasez de alimentos y los problemas concomitantes. El problema del abastecimiento de comida contribuyó a la sensación general de inseguridad y descontento, y se agravó en otoño ante la inminencia de la llegada del invierno.[30]

La aparición de la figura del «hombre del saco*********» a finales del verano de 1917 personificó el caos económico imperante. Habitualmente eran individuos procedentes de las ciudades y de las provincias del norte, donde escaseaba el grano, que viajaban a las regiones con excedentes de alimentos para conseguir productos alimenticios, que posteriormente transportaban a sus lugares de origen para consumo propio o para su distribución a través de canales legales o del mercado negro. Algunos eran representantes de distintas organizaciones que portaban documentos de una legitimidad incierta y que intentaban adquirir grandes cantidades de grano para llevárselas de vuelta a su fábrica, a su cooperativa o a su pueblo. Otros empleaban la violencia para conseguir grano. En la

provincia de Voronezh, una banda de hombres del saco secuestró un tren para llevarse su grano y tan solo fue posible detenerles tras una batalla campal con los soldados.[31] Sin embargo, la mayoría eran individuos, miles y miles de viudas y esposas de soldados, campesinos y otros. A menudo, después de un largo viaje, a costa de sobornos y de grandes penurias, solo obtenían un saco de productos alimenticios, con el que cargaban de vuelta a sus hogares, y que a menudo les era arrebatado en alguna estación por las milicias o por algún depredador. A medida que se venía abajo el sistema militar y aumentaban las deserciones, empezaron a aparecer los soldados armados-hombres del saco, que o bien portaban documentos que hacían constar su derecho a incautarse de los alimentos para sus unidades o bien actuaban como simples ladrones. Los hombres del saco provocaban desórdenes, violencia, y acentuaban las tensiones sociales en amplias zonas del país. Eran el símbolo tanto del colapso de la economía como de la desintegración del Estado y de la sociedad.

******** *Meshochnik* en ruso, literalmente «el del saco» (*N. del T.*).

Las crisis económicas llevaron al Gobierno Provisional a involucrarse más en la regulación de la economía. El ejecutivo había heredado la amplia participación de la administración imperial en el control de la economía, como por ejemplo la titularidad de alguna que otra industria, y decidió extender ese control. El 5 de mayo, el nuevo Gobierno de coalición formado por progresistas y socialistas anunció que iba a «luchar decidida e inflexiblemente contra la desorganización económica del país a través del establecimiento cada vez más sistemático de una supervisión estatal de la producción, de los transportes, del intercambio y la distribución de bienes y, en los casos que se estimara necesario, iba a recurrir también a la organización de la producción».[32] En cierto sentido, esa declaración reflejaba la hostilidad de base de los nuevos

miembros socialistas del Gobierno a la empresa privada, pero resultaba más decisivo el punto de vista, compartido por los socios del Gobierno, del papel de Estado en la supervisión de la economía, sobre todo el suministro de alimentos. El Gobierno visualizaba aquella supervisión estatal como un factor política y socialmente neutral, al servicio de las necesidades del Estado y de la sociedad en general. Consideraban que aquellas medidas eran una forma de regular la economía en nombre del interés general, sobre todo en tiempos de guerra.

El problema era cómo decidir cuál de las distintas visiones del Estado y del bien de la sociedad debía prevalecer. Inevitablemente, ello dio lugar a debates sobre la propiedad privada frente al socialismo como medio para atender al interés general. Los dirigentes del Soviet claramente estaban convencidos, como afirmaba el 30 de abril el *Izvestia* —diario oficial del Soviet de Petrogrado—, de que «los tiempos de la "libre empresa", de una política oficial de no injerencia en la economía, han quedado atrás, para no volver nunca más».[33] Los dirigentes del Soviet contemplaban la creación de organismos del Estado que pudieran regular la economía de la nación de una forma planificada y organizada. Entre los industriales había división de opiniones sobre la regulación estatal. Algunos no se oponían del todo a las normativas del Estado, dado que muchos de ellos, sobre todo en Petrogrado, se habían beneficiado de ellas. Otros, sobre todo los industriales de Moscú, se oponían más enérgicamente a la intervención del Gobierno. Muy pronto se hizo realidad una mayor regulación estatal. En junio, a instancias del Soviet, el Gobierno creó un Consejo Económico cuya misión, como declaró el ministro-presidente Kérensky, era «diseñar un plan para el control gradual de toda la vida económica y financiera».[34] Para lidiar con los problemas

económicos, el Gobierno estableció varios monopolios del Estado, como por ejemplo el monopolio comercial sobre el combustible (carbón) procedente de la cuenca del Donets. Además, el Gobierno se involucró rápida y profundamente en los esfuerzos por mediar en los conflictos de la industria. Sin embargo, las actividades de mediación y regulación inevitablemente favorecían a un grupo social o a un punto de vista político en detrimento de otro. Los intentos de adoptar una postura aparentemente neutral provocaban el miedo o el enfado de uno u otro grupo, y en realidad hacían que el Gobierno perdiera el apoyo tanto de los obreros industriales como de los empresarios, tanto de los campesinos como de los terratenientes. La cuestión que subyacía a todo aquello era si la sociedad del futuro debía basarse en la propiedad privada o en el socialismo, como afirmaban una y otra vez los principales líderes políticos socialistas, y en el caso de que fuera en el socialismo, en qué momento y de qué forma debía instaurarse. Los antagonismos sociales y políticos iban entrecruzándose cada vez más estrechamente.

A lo largo del verano y el otoño prosiguió la desintegración social y económica de Rusia, al margen de los acontecimientos políticos de importancia, como las Manifestaciones de Junio, los Días de Julio y las constantes remodelaciones del Gobierno. El colapso del sistema de distribución de alimentos y otros bienes tenía repercusiones en toda la economía y en la vida de la gente. La conflictividad laboral iba en aumento. Las manifestaciones callejeras convocadas por uno u otro grupo estaban a la orden del día. Los soldados deambulaban con la gorra ladeada, o con la guerrera desabrochada, un alarde deliberado de desafío a las ordenanzas militares y al decoro público. La embriaguez en público, los disparos al aire, las conductas groseras, la escasa fiabilidad del servicio ferroviario y otras muestras del desmoronamiento del orden público provocaban la sensación de que la vida se estaba desintegrando. Grupos de soldados

indisciplinados, en forma de unidades enteras o de pequeñas bandas de desertores, perturbaban la vida de los pueblos, las aldeas y las estaciones ferroviarias. Las ocupaciones de tierras por los campesinos iban y venían por todo el país. La aparición de movimientos separatistas en algunas regiones con minorías nacionales, sobre todo en Ucrania, agitaba la vida política. La autoridad del Gobierno en las provincias iba menguando, dando paso a un creciente localismo.[35] Y para completar la sensación de caos, grupos de «anarquistas», verdaderos y falsos, emprendieron la tarea de «expropiar a los expropiadores».

Un drástico aumento de la delincuencia y de la violencia arbitraria agudizó el descontento público en 1917 y contribuyó al incremento de las actitudes en contra del Gobierno a todos los niveles y entre todas las clases.[36] La delincuencia asumía múltiples formas. Los simples hurtos, los atracos y la actividad de los carteristas aumentaron espectacularmente. Los atracos a mano armada, que anteriormente eran escasos, también aumentaron en un nuevo mundo donde la gente podía disponer fácilmente de armas de fuego. Algunos atracos se llevaban a cabo incluso bajo el disfraz de registros «oficiales» por hombres vestidos de soldados o de milicianos (policía), lo que fomentó la desconfianza hacia los funcionarios del Estado. Aumentó el número de asesinatos y de crímenes violentos. Los criminales y desertores llegaron a crear sus propias comunidades dentro de las ciudades de mayor tamaño, unas zonas a las que la policía vacilaba en acceder y desde las que los delincuentes saqueaban a sus comunidades sin demasiado miedo a las represalias. La ley del linchamiento por turbamultas enfurecidas hizo acto de presencia, un reflejo de la quiebra del orden y de la frustración de la población ante el aumento de la delincuencia, pero que también venía a sumarse a la inseguridad ciudadana. Las

acciones de la turba se centraban en los delincuentes comunes, como los carteristas y los ladrones, pero a veces también contra los comerciantes sospechosos de acaparar género o de cobrar un precio demasiado elevado por unos bienes escasos. En aquella atmósfera tan tensa bastaba con que alguien gritara: «¡ese es!» o «¡Yo a ese le conozco, es un ladrón!» para que alguien recibiera una paliza, a veces mortal. En ocasiones pagaban justos por pecadores: una persona que se había refugiado en la estación ferroviaria de Smolensk fue asesinado por una multitud después de que le acusaran de un delito que no había cometido. A veces, los policías que intentaban intervenir para salvar a las víctimas también acababan apaleados. A menudo la multitud se negaba a entregar a los sospechosos a la policía, alegando que la milicia o los tribunales iban a limitarse a ponerles en libertad.

Ni la policía —con unos efectivos insuficientes, mal formados y mal pagados, y deficientemente armados— ni el sistema judicial eran capaces de hacer frente a la situación como reclamaba el pueblo llano. Un minucioso estudio de la delincuencia en Smolensk revela que las cifras de delitos aumentaron aproximadamente al doble, mientras que los estudios sobre Petrogrado apuntan a un incremento mucho mayor, como cabría esperar de una gran ciudad en comparación con una más pequeña. Fueran cuales fueran las cifras reales sobre delincuencia, la percepción del público era la de un constante aumento, lo que creaba una fuerte sensación de inseguridad entre la población. La constatación de que a raíz de la amnistía, que había vaciado las cárceles de Petrogrado y de muchas otras ciudades durante la Revolución de Febrero, se había dejado en libertad a muchos delincuentes contribuía a la inseguridad general. Al mismo tiempo, los desertores del Ejército y los soldados inactivos de los cuarteles iban a engrosar las filas de la delincuencia. A partir del verano, los vecinos de los bloques de apartamentos empezaron a

formar comités internos para organizar la seguridad de sus edificios. A veces establecían turnos de guardia, o contrataban soldados para que custodiaran el edificio y protegieran a sus residentes. La impresión popular, alimentada por los artículos sensacionalistas de la prensa, era de quiebra de la seguridad ciudadana, y por consiguiente de una amenaza contra la vida y los bienes de las personas, independientemente de su clase social. La delincuencia vino a sumarse a los demás problemas para crear tal sensación generalizada de desorden e inseguridad que la *Rabochaia gazeta*, el periódico de los mencheviques, hablaba de la aparición de «nuevos indicios, graves e incluso aterradores, del comienzo de una crisis general». A continuación citaba testimonios de «linchamientos, de trato feroz y arbitrario contra quienes sostienen ideas distintas, de la destrucción deliberada de los carteles que instan a confiar en el Gobierno [...], de pogromos de borrachos, [y] violaciones masivas contra mujeres y niñas».[37] Parecía que la sociedad se estaba desintegrando.

En un esfuerzo por encontrar explicación a aquella vorágine de acontecimientos, en 1917 muchos rusos recurrían a distintas teorías de la conspiración. Cuando todo se desmorona, pero los motivos son complejos o difíciles de comprender, y sobre todo en situaciones de una enorme dificultad económica o de otro tipo, es habitual que las teorías de la conspiración resulten atractivas. Ya las habían utilizado distintas personas para explicar los problemas del último periodo de la Rusia imperial (sobre todo la teoría de los simpatizantes de Alemania en la corte), y en el nuevo entorno revolucionario florecieron las teorías de la conspiración, ya que la gente buscaba explicaciones a las muchas crisis y penurias. Una explicación popular de las crisis económicas aludía a algún tipo de sabotaje por «fuerzas oscuras», sobre todo en el caso del problema del suministro de alimentos. Prácticamente todos los grupos políticos emplearon algún

tipo de teoría de la conspiración para explicar lo que estaba sucediendo en Rusia. Los judíos, los alemanes y los capitalistas eran los chivos expiatorios más populares. Echarle la culpa de los problemas a una conspiración judía era un inveterado recurso popular. Los socialistas siempre estaban buscando pruebas de conspiraciones capitalistas. También se decía que los alemanes estaban detrás de todo tipo de problemas, desde la rebeldía de las minorías nacionales hasta las derrotas militares o los trastornos económicos. De las muchas teorías de la conspiración que circulaban en 1917, el mito de que Lenin era un agente alemán y de que los bolcheviques solo sobrevivían gracias al «oro de Alemania» fue uno de las más persistentes a lo largo de la historia.[38]

Por consiguiente, resulta irónico que los propios bolcheviques hicieran de las conspiraciones y del sabotaje un motivo central de su propaganda. Un portavoz bolchevique, E. Iaroslavsky, lo resumía en un panfleto publicado en otoño de 1917, titulado «Por qué no hay ni productos en los pueblos ni pan en las ciudades». «El motivo hay que buscarlo en la perturbación de toda la vida económica a manos de los señores capitalistas, los dueños de las fábricas, los propietarios de las plantas, los terratenientes, los banqueros y sus adláteres [...]. Todo se hace de forma deliberada para que la mano huesuda del hambre agarre por el cuello a la clase trabajadora».[39] Aquellos sentimientos anticapitalistas, que se extendieron hasta incluir a los aliados británicos y franceses, se incorporaban a las teorías de la conspiración como forma de explicar la prolongación de una guerra impopular. Un buen ejemplo de ello es una carta con fecha del 8 de julio que envió un soldado del frente al Soviet de Petrogrado, donde culpaba de la prolongación de la guerra a «la burguesía» y a los ministros del Gobierno, y les instaba a

«contemplar a las madres que están llorando por sus hijos, caídos en el campo de batalla en aras del capital inglés y francés».[40]

Las conspiraciones y el sabotaje eran más sencillos a la hora de explicar los despidos en la industria, la escasez de pan y el hambre, que los debates sobre cuestiones económicas complejas. Además, encajaban bien con las predisposiciones políticas, sobre todo la de los socialistas radicales. Si un sabotaje deliberado por parte de grupos identificables era el responsable de los problemas económicos, lo que hacía falta para resolverlos no eran programas económicos sino voluntad política. Como ha señalado Lars Lih: «El planteamiento del sabotaje podía incorporarse a la retórica marxista sobre las clases, y eso permitió que los bolcheviques dieran voz a los profundos sentimientos de desconfianza y de indignación del pueblo. A su vez, la teoría del sabotaje era necesaria para avalar la postura de que la lucha de clases era la respuesta adecuada a los acuciantes problemas prácticos».[41] Si el origen de los problemas de Rusia era una conspiración orquestada por los capitalistas, los terratenientes y los oficiales del Ejército, una acción política que le arrebatara el poder a esos grupos podía resolver el problema. Una revolución socialista radical podía destituir a las personas que detentaban los más altos cargos de la administración y nombrar a otras en su lugar, con lo que el problema quedaría resuelto.

En efecto, la nueva retórica socialista encajaba bien con las tradicionales percepciones de las clases bajas sobre la justicia que surgirían de poner de patitas en la calle a los titulares negligentes de los cargos y de nombrar a personas honradas. Desde ese punto de vista, ese relevo de los altos cargos se había producido en febrero, y de nuevo en mayo y en julio, a raíz de que los nuevos líderes demostraran no estar a la altura de las circunstancias, y de que a su vez fueran relevados de sus cargos porque así lo exigía el pueblo.

Sin embargo, teniendo en cuenta lo decepcionante de los resultados, las penalidades del verano de 1917 dieron pie a un clamor creciente que exigía una renovación más exhaustiva de los altos cargos y, sobre todo, la destitución de todos los políticos no socialistas del Gobierno, que debía dar paso a un gobierno monocolor socialista, «soviético». Y a eso se sumaba el argumento socialista de que la propiedad privada era el origen de la opresión, la pobreza, la guerra y todos los demás problemas, y que únicamente una reconstrucción socialista de la economía podía resolver los problemas de Rusia. Desposeer a las clases privilegiadas se consideraba un factor fundamental para la mejora del gobierno y de la vida de la gente. Se produjo, como ha señalado Mary McAuley, «una convincente confluencia entre la antigua idea de la necesidad de que la gente corriente controlara a sus gobernantes con la creencia socialista en la necesidad de un poder de clase».[42] Los trabajadores y los soldados, atormentados por unas fuerzas que no comprendían bien, y sobre las que tenían escaso control, y ante unas amenazas económicas y políticas muy reales, veían cada vez más claro que la única salida era un «poder soviético», una especie de panacea, mientras que los campesinos se refugiaban en sus propias comunidades como la fuente de la autoridad y la seguridad verdaderas.

Crisis política, polarización y el Asunto Kornílov

Al tiempo que iban creciendo los temores y la inseguridad del verano, se desató una crisis gubernamental que propició una deriva de la política hacia los dos extremos del espectro. Julio y agosto fueron dos meses de inestabilidad gubernamental casi incesante. El 2 de julio los ministros del PKD dimitieron por la cuestión de Ucrania y por su descontento general con el Gobierno. Los Días de Julio, con

la reivindicación de que el Soviet asumiera el poder ejecutivo, comenzaron al día siguiente. A continuación, el 7 de julio, dimitió el príncipe Lvov como ministro-presidente cuando el Gobierno, ya con una abrumadora mayoría de ministros socialistas, adoptó una declaración programática donde prometía una serie de reformas sociales y económicas tan amplias que a Lvov le parecía que excedían de lo que el Gobierno Provisional tenía derecho a hacer. Ello inauguró una larga crisis política, mientras Kérensky, en calidad de nuevo ministro-presidente, intentaba formar un nuevo gobierno. El 13 de julio, los ministros del Gobierno que aún seguían en sus puestos, pusieron sus cargos a disposición de Kérensky a fin de facilitar la remodelación del ejecutivo.

Formar un nuevo gobierno resultó sumamente difícil. Los kadetes se negaban a incorporarse al gobierno remodelado si en él figuraba Víctor Chernov, el líder del PSR, y también se oponían a algunas de las políticas que proponían los ministros socialistas. Chernov, debido a su fama de «derrotista» (pues defendía la derrota de Rusia en la guerra como mal menor), a su defensa del reparto de tierras siendo ministro de Agricultura y a su afición por las batallas polémicas contra otros partidos, se había convertido en el pararrayos de las frustraciones, los miedos y los odios de los partidos y los periódicos no socialistas. Chernov dimitió el 20 de julio a fin de tener las manos libres para enzarzarse en una lucha política contra sus detractores. El 21 de julio Kérensky, frustrado, solicitó oficialmente al Gobierno Provisional que le relevara de sus cargos. Los demás ministros del ejecutivo se negaron, cosa que Kérensky probablemente ya se esperaba. Aquella noche se convocó a toda prisa una reunión de los líderes de los partidos con representantes del Soviet de Petrogrado, del Soviet de Delegados de los Campesinos de Toda Rusia y del Comité de la Duma (creado inmediatamente después de la

Revolución de Febrero) para evitar una caída sin paliativos del Gobierno Provisional.

Tras una larga serie de acusaciones mutuas para señalar a los culpables de los males del país, la reunión abordó la cuestión de la autoridad del Gobierno. Nekrasov, un progresista de crucial importancia, que se destacaba en el seno del Gobierno por defender una coalición entre progresistas y socialistas, y presidente del Gobierno en funciones durante la ausencia de Kérensky, criticó a los líderes del Soviet por socavar constantemente al Gobierno, y les lanzó el siguiente desafío: «Así pues, tomen ustedes este poder en sus propias manos y carguen con la responsabilidad del destino que pueda correr Rusia. Pero si a ustedes les falta decisión para hacerlo, dejen el poder al Gobierno de coalición, y no sigan inmiscuyéndose en su trabajo». Miliukov aprovechó esa alusión a la negativa de los dirigentes del Soviet a asumir el poder durante los Días de Julio: «¿Está [el Soviet] dispuesto a tomar el poder en sus manos o [está dispuesto] a mostrar su confianza, sin reservas ni acusaciones, en el Gobierno que va a formar A. F. Kérensky?». Tsereteli le pagó con la misma moneda, y exigió que los kadetes dejaran de criticar al Gobierno y dejaran de boicotearlo: «Y dado que usted, Pável Nikolayévich [Miliukov], no tiene la mínima esperanza de darle al país otro gobierno mañana [una alusión sarcástica al papel de Miliukov en el primer Gobierno Provisional], debe usted abandonar la táctica del boicot».[43] No obstante, la retórica no podía ocultar el hecho de que a los líderes defensistas revolucionarios les estaban conminando de nuevo a dejar que el Soviet asumiera el poder —esta vez por las pullas de los progresistas más que por el clamor de las multitudes en la calle— y de que a todas luces seguían sin estar dispuestos a hacerlo.

Finalmente, al cabo de una reunión que duró toda la noche, los representantes de los partidos encomendaron a Kérensky la

formación de un nuevo gobierno. Tras ver reforzada su postura, Kérensky logró formar un nuevo Gobierno el 23 de julio, que incluía tanto a los kadetes como a Chernov. Sin embargo, su formación era un reflejo de la desesperación por tener un nuevo Gobierno a toda costa, y no la solución de las graves desavenencias entre los partidos. El nuevo Gobierno demostró ser ineficaz a la hora de resolver los problemas de Rusia, y ni siquiera pudo funcionar como un ejecutivo estable durante sus cinco semanas de existencia. Los rumores sobre su posible remodelación, y sobre todo sobre el papel que podía desempeñar el nuevo comandante del Ejército, el general Kornílov, comenzaron a circular casi de inmediato y dominaron los debates políticos durante el mes de agosto.

El nuevo Gobierno no solo no supuso una verdadera reconciliación política, sino que subsistía una polarización política que no auguraba nada bueno. Por un lado se produjo un resurgir de la derecha, que prácticamente había desaparecido como fuerza política organizada después de la Revolución de Febrero. La derecha, fragmentada y mal organizada, incluía un pequeño grupo de oficiales del Ejército, industriales, políticos conservadores y otros, que debatían sobre la necesidad de «cortar por lo sano» y aspiraban a encontrar a un hombre fuerte que asumiera el control y salvara a Rusia. La creciente influencia de los socialistas en el Gobierno, los Días de Julio y el fracaso de la ofensiva militar reafirmaron la determinación de muchos de encontrar un paladín militar que asumiera el poder. Su problema, como reconocía uno de los líderes de la derecha, el industrial A. I. Putílov, era que el grupo podía recaudar con facilidad enormes sumas de dinero, pero no sabía cómo emplearlo eficazmente. La frustración de la derecha política, progresista y conservadora, se manifestó claramente en la «sesión a puerta cerrada» de los miembros de la Duma Estatal el 18 de julio (a partir de la Revolución de Febrero la Duma había dejado de reunirse como

organismo oficial). Uno de los diputados, A. M. Maslennikov, arremetió contra la izquierda refiriéndose a ella en los siguientes términos «¡Todos esos soñadores y dementes que se creen los creadores de la política mundial...!». La sesión aprobó una resolución donde se condenaba «la apropiación por elementos irresponsables [los soviets] de los derechos del Gobierno, y la creación de un poder central dual en la capital y de anarquía en las provincias», y a continuación hacía un llamamiento a un gobierno fuerte.[44] Los periódicos conservadores y algunos diarios progresistas se hicieron eco de esos sentimientos, al tiempo que redoblaban sus críticas contra el Soviet, contra el giro que habían tomado los acontecimientos en el Ejército, y sobre todo contra los bolcheviques. Un sector cada vez mayor de la sociedad culta, alarmada ante la desintegración social y política que veía a su alrededor, se mostraba receptivo a los llamamientos al «orden», pero tenía el hándicap de ser una exigua minoría respecto al conjunto de la población.

El proceder del Gobierno Provisional en julio acentuó la percepción generalizada de un giro a la derecha y reafirmó los temores de la izquierda a la contrarrevolución y a los complots. El 12 de julio, el Gobierno autorizaba el cierre de los periódicos que defendieran la desobediencia a las órdenes en el Ejército o que incluyeran llamamientos a la violencia, y ordenaba el cierre del *Pravda*, principal diario bolchevique (aunque inmediatamente después apareció un sustituto). También ordenaba el arresto administrativo inmediato de «las personas cuyas actividades supongan una particular amenaza para la defensa y la seguridad interior del Estado».[45] Ese mismo día el Gobierno restablecía la pena de muerte en el Ejército, una de las exigencias favoritas de los generales y los conservadores. La derecha aplaudió aquellas medidas como un paso necesario para el

restablecimiento del orden, mientras que la izquierda la atacó implacablemente. Tuvo escasos efectos prácticos en la disciplina, pero tuvo unas enormes repercusiones políticas, y dio un fuerte impulso a la radicalización de los soldados, al tiempo que alimentaba el temor a una contrarrevolución. En el sector industrial, una circular del Ministerio de Trabajo —el ministro era M. I. Skobelev, un político menchevique y destacado defensista revolucionario— reiteraba que los dueños y los gestores de las fábricas tenían la plena potestad en materia de contratación y despido de los empleados, salvo acuerdo previo en sentido contrario, una declaración que muchos vieron como un ataque a los comités de fábrica. El Gobierno alertó reiteradamente a los campesinos contra las ocupaciones de tierras no autorizadas, y a raíz de una campaña que intentó poner en marcha el Gobierno para poner fin a los desmanes agrarios fueron detenidos cientos de campesinos miembros de los comités rurales de la tierra. En julio, Kérensky ordenó una expedición militar especial a la ciudad de Tsaritsyn, a orillas del Volga, para deponer al soviet local, liderado por los bolcheviques radicales, y someter a la guarnición del Ejército en la ciudad, que se mostraba extraordinariamente rebelde; el radicalismo y la indisciplina de la «República de Tsaritsyn», que era el apodo que le pusieron, llevaba varias semanas copando los titulares de los periódicos del todo el país. Ese y otros esfuerzos del Gobierno para hacer valer su autoridad, y su forma de entender el orden público durante las semanas posteriores a los Días de Julio, fueron interpretados como indicios de una reacción conservadora tanto por la derecha como por la izquierda.

Un indicador particularmente claro de las tendencias fue el cambio de postura del PKD. Consternados por las noticias de los episodios dispersos de violencia contra los periódicos y los militantes del PKD, y por lo que Miliukov, en el IX Congreso del Partido, denominó el

«caos en el Ejército, caos en la política exterior, caos en la industria y caos en las cuestiones nacionalistas»,[46] los kadetes dieron un giro a la derecha. A partir de ese momento empezaron a buscar aliados entre grupos socialmente conservadores, al mismo tiempo que daban por imposible la colaboración incluso con los socialistas moderados. Algunos líderes del PKD seguían esperando que la coalición diera resultado, pero la mayoría, encarnada en Miliukov, adoptaron una postura de confrontación con la izquierda socialista. Asumieron un activo papel en la Conferencia de Figuras Públicas el 8 de agosto, en la que se congregaron las figuras políticas progresistas y conservadoras para arremeter contra los socialistas por la destrucción del país, y para consolidar una postura nacionalista, profundamente patriótica y estatista. Miliukov condenaba la «subordinación de las grandes tareas nacionales de la Revolución a las aspiraciones visionarias de los partidos socialistas».[47] La conferencia, que a todos los efectos era una reunión de la sociedad culta y privilegiada (lo que los portavoces del PKD denominaban los «elementos saludables» de la sociedad), vino a acentuar la brecha social, e indudablemente reafirmó los temores de la izquierda a una «conspiración burguesa». Además, los kadetes empezaron a cultivar los contactos con los cosacos del Don, entre los que tradicionalmente habían tenido un importante apoyo electoral, y con grupos de oficiales. Establecieron una vía de comunicación con Kornílov y el alto mando militar. Apoyaban enérgicamente la exigencia de disciplina militar planteada por Kornílov, y colaboraron con distintos grupos de orientación patriótica que apoyaban un Gobierno fuerte y la guerra hasta la victoria. Sin embargo, al mismo tiempo, la mayoría de dirigentes kadetes, y concretamente Miliukov, rechazaban la idea de un golpe de Estado militar.

La nueva beligerancia pública de la derecha conservadora fue ampliamente comentada en la prensa socialista y no socialista, lo que creó una imagen de los meses de julio y agosto como un periodo de giro a la derecha. Curiosamente, mientras que los periódicos hablaban constantemente en sus editoriales y en sus primeras páginas de un resurgir de la derecha, una lectura minuciosa de las noticias de las páginas interiores apuntaba a un giro muy distinto de los acontecimientos: una incesante radicalización de las capas más bajas de la sociedad y de la actividad política en general. La deriva hacia la izquierda que había comenzado a finales de la primavera apenas se vio afectada por los Días de Julio y sus repercusiones. La radicalización iba en aumento, lo que se manifestaba de distintas formas, pero tal vez de manera más inequívoca en los resultados electorales de finales de julio y de agosto en las organizaciones de los soldados y los trabajadores. La convocatoria de elecciones en la industria y en los regimientos para la renovación de delegados de los soviets, de los comités de fábrica y de los comités de soldados dieron lugar a la sustitución de los representantes moderados por otros más radicales: de los mencheviques por los bolcheviques, de los social-revolucionarios moderados por eseristas de izquierdas y bolcheviques. La confianza de los trabajadores iba en aumento, como era el caso de la Guardia Roja, que sobrevivió a los intentos del Gobierno de disolverla a raíz de los sucesos de julio, y fue volviéndose cada vez más radical, con unas actitudes más «bolcheviques». Los dirigentes antigubernamentales y contrarios a
las posturas defensistas revolucionarias estaban asumiendo el control de las instituciones políticas de los estratos más bajos de la población.

Y así fue generándose una verdadera polarización política, donde el centro quedó aplastado entre el aumento muy real de la fuerza de la

izquierda y el activismo, más débil pero muy vociferante, de la derecha. Los defensistas revolucionarios respondieron a su dilema arremetiendo tanto contra la izquierda como contra la derecha. Tsereteli, en calidad de ministro de Interior, insistía el 18 de julio en que «el Gobierno no puede tolerar ni una sola demostración más de anarquía» como los Días de Julio, pero también que el ejecutivo era «muy consciente del peligro que amenaza al país debido a la contrarrevolución que está empezando a asomar la cabeza».[48] El avance de la izquierda radical en los soviets y en otras organizaciones populares significaba que los dirigentes defensistas revolucionarios sufrían ataques constantes desde la izquierda, al tiempo que se sentían amenazados por el resurgir de la derecha. En cualquier momento, en cualquier organización, los bolcheviques o los eseristas de izquierdas podían presentar una resolución que sometiera a los dirigentes defensistas revolucionarios a la prueba del apoyo popular. Y para colmo, esas resoluciones, y los debates que conllevaban, planteaban constantemente ante los obreros y los soldados la idea de soluciones más radicales a los problemas y contribuían a arrastrarles cada vez más hacia la izquierda.

Los dirigentes defensistas revolucionarios, que ya estaban librando una batalla defensiva a su izquierda y que ahora se veían atacados desde la derecha, empezaban a dudar de sí mismos. En agosto comentaban habitualmente que los soviets habían quedado seriamente debilitados desde los Días de Julio, lo que era cierto únicamente en que el papel de los soviets estaba sometido a una gran presión desde la izquierda y la derecha. En realidad, los soviets seguían siendo la fuente primordial de la autoridad política popular, en Petrogrado y en otros lugares, y en muchos aspectos tenían más poder que nunca debido a que los trabajadores y los soldados reclamaban un poder soviético y el fin de la coalición. Sin embargo, los defensistas revolucionarios se negaban a utilizar esa

reivindicación popular para reafirmar la autoridad del Soviet y llevar a cabo una revolución social radical.

Esas tendencias —el afloramiento de los conservadores a la superficie de la «alta política», el creciente radicalismo popular y la creciente debilidad de la alianza defensista revolucionaria— allanaron el camino para el «Asunto Kornílov». Tuvo como protagonista al general Lavr Kornílov, que surgió como un «caudillo» en potencia, como el Napoleón de la Revolución Rusa. Kornílov, un cosaco de orígenes humildes, había ido ascendiendo en las Fuerzas Armadas y había conseguido cierto prestigio por sus hazañas en Asia central antes de la guerra, y como un audaz comandante en las primeras fases de la contienda. Adquirió estatus de héroe en 1916 a raíz de su fuga de un campo de prisioneros austriaco disfrazado de campesino. Sus llamativos rasgos —pómulos altos y prominentes, ojos oscuros y rasgados, cabello y bigote negros— se unían a su exótica escolta de soldados de las montañas del Cáucaso para conferirle un aspecto de gallardía. Kornílov había sido nombrado comandante de la guarnición de Petrogrado tras la Revolución de Febrero. En aquel cargo entró en conflicto con el Soviet de Petrogrado por el control de las tropas durante la Crisis de Abril, y sufrió la humillación de que el Soviet revocara sus órdenes. Frustrado y furioso, Kornílov pidió que le relevaran y le enviaran al frente. Se marchó convencido de que el Gobierno nunca podía ser fuerte mientras el Soviet ejerciera el poder que detentaba. Después de la ofensiva de junio se convirtió en una de las voces más categóricas que instaban a la adopción de medidas draconianas —incluida la pena de muerte— para restablecer la disciplina en el Ejército. Le causó una profunda impresión a Borís Savinkov, comisario del Frente Suroriental, un político social-revolucionario de derechas, exterrorista y amigo íntimo de Kérensky. Savinkov le recomendó a Kérensky que tuviera en cuenta a Kornílov, por considerarle un líder fuerte, pero de tendencias democráticas.

Los miembros no socialistas del Gobierno también presionaron a Kérensky para que nombrara a Kornílov comandante supremo del Ejército ruso. El 18 de julio, Kérensky designó a Kornílov para el puesto, y además nombró a Savinkov ayudante del ministro de la Guerra.

Kornílov adoptó de inmediato una postura agresiva con el Gobierno y el Soviet. El día de su nombramiento, Kornílov anunció que tan solo pensaba responder ante su conciencia y ante «el pueblo», y que no iba a permitir que ni el Gobierno ni los soviets se inmiscuyeran en las operaciones militares. Aquel extraordinario alarde de arrogancia no auguraba nada bueno sobre su colaboración con el Gobierno, y sin duda debió de agravar la intranquilidad de algunos líderes políticos respecto a su idoneidad y sus intenciones. Para colmo, Kornílov se mostraba desdeñoso con los políticos de Petrogrado en general, y con los ministros socialistas en particular. Sus viajes a la capital en virtud de su nuevo cargo le convencieron de que los dirigentes políticos estaban paralizados en el mejor de los casos, y de que posiblemente incluso incurrían en actos de traición a la patria. En una ocasión, cuando estaba dirigiéndose a los ministros del Gobierno, Kérensky le pasó una nota advirtiéndole de que tuviera cuidado con lo que decía, porque no todos los presentes eran de fiar. Al parecer Kornílov lo interpretó como que incluso entre los ministros del Gobierno había agentes alemanes, una suposición un tanto errónea, dado que la nota tan solo era una crítica a la costumbre de Chernov de guardarse información. Para Kornílov, aquel incidente reforzó su sensación de que hacía falta un cambio drástico.

Kornílov en seguida llamó la atención de quienes ansiaban que de entre las Fuerzas Armadas surgiera un salvador de Rusia. A finales del verano, una amplia gama de elementos no socialistas —figuras políticas, dirigentes de la industria, oficiales del Ejército y la clase media, cada vez más atemorizada— estaban convencidos de que era

absolutamente imprescindible una remodelación del Gobierno, y de que hacía falta algo más que el enésimo reparto de carteras ministeriales. Aspiraban a reducir el poder de la izquierda, y de los soviets en particular. Muchos opinaban que, si se lograba acabar con el dominio del Soviet de Petrogrado sobre el Gobierno, sería posible la formación de un gobierno fuerte que pusiera fin a la descomposición del orden social, restableciera la capacidad de combate del Ejército y guiara al país hasta la elección de una Asamblea Constituyente. La idea de que un dictador militar podía alcanzar esas metas fue ganando terreno. La prensa conservadora empezó a ensalzar a Kornílov como un héroe nacional y como el futuro salvador del país. En agosto, a la llegada de Kornílov a Moscú con motivo de la Conferencia de Estado, Fiódor Rodichev, un destacado líder del PKD, le espetó: «Salve a Rusia, y el pueblo agradecido le venerará».[49] Para la izquierda —moderada y radical— Kornílov pasó a ser el símbolo de la contrarrevolución.

La polarización de la vida política rusa, con Kornílov como centro de atención, dio más relevancia a la Conferencia de Estado de Moscú que se celebró entre el 10 y el 13 de agosto. La Conferencia de Estado de Moscú era un intento de Kérensky de fortalecer su Gobierno y de disimular las diferencias políticas por el procedimiento de congregar a todos los grupos políticos y sociales de relevancia en un gran despliegue de unidad revolucionaria que contribuyera a fortalecer «el Estado». Por el contrario, puso de manifiesto la profundidad de las divisiones. Los representantes conservadores (industriales, altos oficiales del Ejército y líderes políticos de derechas) dieron rienda suelta a sus frustraciones, a sus críticas contra el Soviet y el Gobierno, y a sus llamamientos al orden social y a la victoria militar. Además, centraron su atención positiva en Kornílov, y no dejaron lugar a dudas de que le respaldaban plenamente. La profundidad de la división política quedaba en

evidencia en las reacciones a los discursos: la derecha permanecía impertérrita cuando hablaban los socialistas, pero ovacionaban calurosamente a sus representantes y a Kornílov. Cuando hablaban los conservadores, los socialistas se negaban a aplaudir, y permanecían impávidos en sus asientos. Kérensky, que tan solo recibió una tibia acogida a sus discursos y a sus llamamientos a mantener la unidad política, llegó a ponerse histérico en su discurso de clausura, y se desplomó en su asiento de una forma tan alarmante que hubo que llamar a un médico. Por si los discursos de la Conferencia no fueron suficientes para ahondar en las divisiones, los bolcheviques la boicotearon, y los sindicatos de Moscú convocaron una huelga para manifestar su posición en contra —la Conferencia se inauguró en una ciudad prácticamente paralizada—. La Conferencia puso de manifiesto las divisiones en el seno de la sociedad así como el ascenso de Kornílov como el niño mimado de la derecha.[50]

Durante los días posteriores a la Conferencia, el ambiente político fue de mal en peor cuando una serie de nuevos desastres militares vinieron a sumarse a la situación de crisis económica, de conflictividad laboral y de descontento del campesinado. Unos días después de la Conferencia, los alemanes atacaron Riga, una ciudad industrial de crucial importancia, y la tomaron fácilmente, al tiempo que el Duodécimo Ejército ruso se dispersaba y huía. La pérdida de Riga desencadenó una serie de acusaciones y contraacusaciones políticas. Para Kornílov y la derecha, solo era una prueba más de lo lejos que había llegado la desintegración del Ejército y de que hacían falta medidas decisivas para restablecer el orden. Los comités de soldados y los periódicos de izquierdas contraatacaron defendiendo el proceder de los soldados y achacando la derrota a la insuficiente preparación por parte del Estado Mayor, e incluso insinuando que tal vez se había traicionado deliberadamente a Riga en el marco de

alguna conspiración de derechas. Otros desastres relacionados con el Ejército, como la explosión del depósito de municiones de Kazán, avivaron las recriminaciones y contribuyeron a tensar aún más el ambiente.

A partir de mediados de agosto, Kérensky y Kornílov empezaron a colaborar cautamente en busca de algún tipo de acuerdo político, a instancias de Savinkov y de los líderes políticos no socialistas. No era una tarea fácil. Podían estar de acuerdo en que era necesario hacer algo para potenciar la autoridad del Gobierno, reducir el poder del Soviet y «restablecer el orden», sobre todo en el Ejército. Sin embargo, ese algo significaba cosas muy distintas para los dos dirigentes. Kornílov era un conservador, y creía en el orden y la disciplina, en el Ejército y en la sociedad. Tan solo tenía una comprensión muy rudimentaria de la política, y una idea muy equivocada de los partidos políticos existentes, además de una tendencia a aglutinar todas las críticas de la izquierda bajo el término «bolchevique». Impresionado por las muchas ofertas de apoyo por parte de destacados industriales y políticos, Kornílov decidió presionar a favor de una importante remodelación del Gobierno, acaso por la fuerza si era necesario. Insistió agresivamente en una serie de exigencias en sus negociaciones con Kérensky, que en su mayoría se llevaron a cabo a través de intermediarios, sobre todo de Savinkov. Consideraba imprescindible la formación de un Gobierno fuerte, purgado de socialistas, y dirigido, o bien controlado, por él. Kornílov estaba convencido, o por lo menos eso esperaba, de que estaba colaborando con Kérensky y con los elementos «más saludables» del Gobierno, y de que verdaderamente iba a librar al ejecutivo de sus elementos más perniciosos, y tal vez incluso de traidores. Al parecer vacilaba entre la idea de una toma del poder sin más por los militares y la de

actuar en nombre del Gobierno en contra de las manifestaciones de bolchevismo.

Por su parte, Kérensky era socialista solo de nombre, y para él reducir el poder del Soviet y restablecer el orden significaba algo muy distinto. Quería *reducir* el poder del Soviet sobre el Gobierno, pero de ninguna manera quería liquidar al Soviet, ni tan siquiera debilitarlo hasta el punto de provocar el triunfo de los conservadores o una guerra civil. El Soviet era una parte fundamental en la política del Sistema de Febrero, del que él era un ejemplo paradigmático. Su liquidación probablemente habría conllevado su eclipse como figura política y su apartamiento del poder. Kérensky quería fortalecer el Gobierno vigente, no acabar con él. No se fiaba de Kornílov, pero intentaba utilizarle para aplacar a la derecha y, al mismo tiempo, para reforzar la postura del Gobierno frente a la izquierda y al Soviet.

Teniendo en cuenta las diferencias entre ambos mandatarios, la cooperación resultaba posible únicamente mientras no tuvieran que ser demasiado precisos acerca del significado de los eslóganes de llamamiento al «orden», y mientras pudieran centrarse en sus enemigos comunes, sobre todo en los «bolcheviques». Durante la tercera semana de agosto, los intermediaros hicieron un gran esfuerzo para aproximar a los dos mandatarios, haciendo todo lo posible para lograr un acuerdo incómodo, entre rumores de una sublevación bolchevique —los periódicos no paraban de hablar de ello— que coincidiera con la conmemoración de los seis meses de la Revolución de Febrero (27 de agosto). En realidad, no se había planeado ninguna sublevación, pero el temor a que la hubiera, sumado a la necesidad de controlar a la oposición popular que iba a provocar cualquier intento de poner en práctica la política de «restablecimiento del orden» y de reducir la autoridad del Soviet que pretendían Kérensky y Kornílov, les mantenía centrados en sus

enemigos comunes. Para afrontar tanto las manifestaciones como la supuesta sublevación, Kérensky buscó el apoyo de Kornílov para que hiciera cumplir la ley marcial en Petrogrado en caso de que Kérensky la declarara, mientras que Kornílov, con las bendiciones del Gobierno, trasladó una serie de tropas de probada fiabilidad a las inmediaciones de Petrogrado por si eran necesarias. No obstante, entre las tropas que envió Kornílov, ocupaba un lugar destacado la denominada División Salvaje, compuesta por soldados no rusos, procedentes de las montañas del Cáucaso, a pesar de que le habían ordenado que no la incluyera. Da la impresión de que Kornílov estaba cada vez más convencido de que era imprescindible actuar contra los «bolcheviques», el término con el que se refería a los izquierdistas en general, y al parecer estaba dispuesto a hacerlo aunque para lograrlo tuviera que liquidar al Gobierno vigente.

Justo en ese momento hizo su fatídica aparición en el escenario central de la historia rusa V. N. Lvov (no confundir con el príncipe Lvov). Lvov había sido el procurador del Santo Sínodo (administrador jefe civil de la Iglesia ortodoxa) en el primer gabinete del Gobierno Provisional, y tenía fama de entrometido. En aquel momento asumió por su cuenta y riesgo el papel de intermediario entre Kérensky y Kornílov, y después aparentemente tergiversó los mensajes. La consecuencia fue que Lvov acrecentó la desconfianza de Kornílov respecto a la fiabilidad de Kérensky, al tiempo que alimentaba la angustia de Kérensky ante la posibilidad de que la idea que se hacía Kornílov del restablecimiento del orden fuera un concepto mucho más radical que el suyo, y que tal vez incluía su propia aniquilación. El 27 de agosto, un desconfiado Kérensky le envió a Kornílov un mensaje por teletipo (que pretendía ser de Lvov) pidiéndole que confirmara el mensaje que le había llevado este. Sin preguntarle qué le había dicho exactamente Lvov, Kornílov confirmó su petición urgente de que Kérensky se presentara en el cuartel general del

Ejército. Kérensky, convencido de que se trataba de una trampa, y de la prueba de un complot contra él, anunció la destitución de Kornílov como comandante en jefe. Kornílov, estupefacto, reaccionó indignado a lo que a él le parecía una traición y una prueba más de la debilidad del Gobierno. Emitió un comunicado denunciando a Kérensky, al Soviet y a los bolcheviques, y le ordenó al general Krymov, al mando de la «División Salvaje» y del Tercer Cuerpo de Caballería, que tomara Petrogrado.[51]

Pues bien, quienes acudieron al rescate de Kérensky fueron justamente el Soviet y los trabajadores y soldados contra los que pretendía actuar. Los partidos socialistas, siempre ojo avizor ante cualquier indicio de contrarrevolución, reaccionaron enérgicamente, e hicieron un llamamiento a los obreros y los soldados para que se unieran en defensa de la Revolución. Se repartieron armas entre la Guardia Roja, que a partir de entonces aumentó espectacularmente, y se movilizó a los regimientos más revolucionarios de la guarnición de Petrogrado. Sin embargo, antes de que las tropas se vieran obligadas a actuar, los trabajadores del ferrocarril entorpecieron el avance de las tropas de Krymov, mientras que los agitadores procedentes de Petrogrado se infiltraron entre la tropa y advirtieron a los soldados de que les estaban utilizando para una contrarrevolución. Los soldados se detuvieron y se negaron a avanzar. El general Krymov, después de una tumultuosa reunión con Kérensky, se retiró al apartamento de un amigo suyo, donde, tras declarar que «se ha matado la última carta para salvar a la patria —la vida ya no vale la pena», se pegó un tiro.[52] El 31 de agosto ya había fracasado el intento de golpe de Estado; Kornílov y numerosos colaboradores suyos quedaron arrestados cerca del cuartel general del frente (aunque custodiados por la propia y leal unidad de escolta de Kornílov).

El fracaso del golpe de Kornílov tuvo enormes repercusiones. El prestigio de Kérensky quedó muy dañado. Aunque siguió siendo ministro-presidente hasta la Revolución de Octubre, nunca volvió a ejercer su antigua autoridad personal. Tanto la izquierda como la derecha le acusaban de haber participado en un complot, y de traicionar a su cómplice a continuación. Estaba moralmente en entredicho. La gente empezó a aplicarle a Kérensky el mismo tipo de burlas que se habían vertido sobre Nicolás tras su abdicación. La cuestión ya no era si iba a cesar en su cargo, sino quién iba a sustituirle, cuándo y cómo. El asunto también afectó negativamente a la posición de los dirigentes socialistas moderados del Soviet; aunque recelosos de Kornílov, habían aprobado su nombramiento como comandante en jefe, mientras que la izquierda radical se había opuesto a ello. El Asunto Kornílov también acabó con lo que quedaba de confianza de los soldados en sus oficiales, y debilitó aún más al Ejército, un resultado irónico teniendo en cuenta que uno de los principales objetivos de la intentona había sido restablecer la autoridad de los oficiales y la disciplina del Ejército. Resurgió la hostilidad, e incluso la violencia, hacia los oficiales, y su autoridad sobre los soldados se vio ulteriormente mermada. La disciplina se deterioró más aún. Con un fuerte sentido de la justicia poética, muchas resoluciones de los soldados exigían que a Kornílov y a otros conspiradores se les aplicara la pena de muerte que ellos mismos habían reinstaurado en el Ejército.

La mayor beneficiaria del Asunto Kornílov fue la izquierda radical. La movilización y el reparto de armas entre los obreros, sobre todo entre la Guardia Roja, fueron un importante dinamizador. Por ejemplo, la Guardia Roja fue haciéndose cada más grande, más radicalizada y mejor armada y organizada, lo que fue de gran importancia para el papel que iba a desempeñar en la Revolución de Octubre. Análogamente, el miedo a los «kornilovistas» radicalizó a

los trabajadores, a los soldados, y la política en general en muchas ciudades de provincias. El Asunto Kornílov encajaba perfectamente en las teorías de la conspiración, que gozaban de una enorme difusión, y además reafirmó la sospecha de que los contrarrevolucionarios estaban por doquier y dispuestos a dar un golpe de Estado. Dio un importante empuje psicológico y organizativo a los radicales de todas las tendencias. En particular, los bolcheviques salieron beneficiados, y su popularidad subió como la espuma. Habían insistido en el peligro de un complot contrarrevolucionario, y de Kornílov en particular, y ahora se demostraba que eran profetas. Pero no solo los bolcheviques: los social-revolucionarios de izquierdas, e incluso los mencheviques internacionalistas también veían aumentar su popularidad. La nueva popularidad de la izquierda radical se tradujo muy pronto en la elección de una mayoría a favor de una coalición de la izquierda radical, encabezada por los bolcheviques, en el Soviet de Petrogrado, en los soviets de muchas otras ciudades y en muchos comités del Ejército, lo que a su vez sentó las bases para la Revolución de Octubre.

Capítulo 8. «TODO EL PODER A LOS SOVIETS»

El ascenso de los bolcheviques y de la izquierda radical

En la primavera de 1917, los bolcheviques empezaron siendo el menos influyente de los tres principales partidos socialistas, pero su tamaño y su importancia aumentaron rápidamente. En octubre ya habían superado en apoyo popular a los mencheviques, y hacían peligrar la hegemonía de los social-revolucionarios; en Petrogrado y en muchos centros urbanos habían superado a ambos partidos. Las razones son complejas. La primera era el éxito de los bolcheviques a la hora de posicionarse como la oposición tanto al Gobierno como a los dirigentes del Soviet, de arremeter contra la incapacidad de ambos de abordar de forma decisiva la cuestión de la tierra, de culparles del deterioro de la economía y de reprocharles la mala gestión de las nacionalidades y de un sinnúmero de otros problemas. Los bolcheviques machacaban a los defensistas revolucionarios por no haber sido capaces de poner fin a la guerra y por su compromiso con el Gobierno de coalición (que era cada vez más impopular entre los trabajadores y los soldados). Les acusaban de simpatías contrarrevolucionarias e incluso, irónicamente como se demostró más tarde, de conspirar para evitar la formación de la Asamblea Constituyente. A medida que el Gobierno Provisional y los dirigentes defensistas revolucionarios se mostraban incapaces de resolver los problemas de Rusia y de satisfacer las aspiraciones de la sociedad, la izquierda radical fue prosperando. En particular, los bolcheviques se

convirtieron en la alternativa política de los decepcionados y los desencantados, y de quienes buscaban nuevos líderes.[1]

No obstante, el atractivo de los bolcheviques no era exclusivamente negativo. También conseguían apoyos por las políticas que propugnaban. Prometían actuar rápidamente contra los problemas a los que se enfrentaba Rusia: paz inmediata, un reparto de las tierras rápido y completo, supervisión obrera en la industria y diversos cambios socioeconómicos. Fueron capaces de defender las reivindicaciones de grupos específicos, como a las *soldatki* con las ayudas familiares y a los «mayores de 40» que pedían la baja en el Ejército, cosa que no fueron capaces de hacer ni los partidos del Gobierno ni las medidas que adoptaba el Soviet. Además, los bolcheviques ofrecían explicaciones claras y creíbles, aunque a menudo simplistas o incluso erróneas, para los complejos problemas y las incertidumbres del momento. Su explicación de que los problemas de la sociedad surgían de los actos hostiles de los «capitalistas», de la «burguesía» y de otros elementos privilegiados era más fácil de entender que la acción de unas fuerzas complejas y a menudo impersonales. Que «ellos», aunque no se supiera bien quiénes, eran una amenaza contra la Revolución, era una creencia muy popular en el agitado mundo de 1917; pocos la proclamaban con más energía o con más eficacia que los bolcheviques. La lección que se sacaba de ello, por supuesto, era que por consiguiente los problemas de la sociedad no podían resolverse mientras los capitalistas y la burguesía detentaran la mínima cuota de poder.

Ambas cosas, la exclusión del poder de los elementos de clase alta y clase media, y la exigencia de un cambio radical, se resumían perfectamente en la reivindicación de «Todo el poder a los soviets». La creciente demanda de un gobierno basado en los soviets vino de la mano de una evolución lingüística de los términos «democrático» y «democracia», que pasaron a significar las clases bajas, en

contraposición con «la burguesía» y de la sociedad acomodada en general. A partir del verano y comienzos del otoño se generalizó la idea de que tan solo un gobierno socialista, basado en los soviets, podía ser «democrático», ya que la democracia se equiparaba a las clases bajas y excluía a la «burguesía» y cualquier elemento de las clases acomodadas. Cualquier gobierno que incluyera a algún miembro de la «burguesía» y del PKD no podía ser democrático, a tenor de esa nueva definición que se estaba gestando de la democracia y de las características de clase. Tanto los bolcheviques como un sector cada vez más amplio de la población hicieron suyo el eslogan de «Todo el poder a los soviets» en su significado político-democrático, pero los dirigentes defensistas revolucionarios lo rechazaban obstinadamente. Los bolcheviques rentabilizaron la creciente coincidencia de sus ideas con las de los trabajadores y los soldados por el procedimiento de llevar a cabo una enérgica campaña de propaganda en la prensa y a través de sus oradores, en la que remachaban sus críticas al Gobierno y al defensismo revolucionario, y hacían hincapié en su propia receta para lograr un cambio radical. Su política de cambios de profundo calado, de una reestructuración revolucionaria de la sociedad, les ponía en línea con las aspiraciones populares en un momento en que la población recurría a soluciones más radicales para los crecientes problemas de Rusia.

El éxito del partido también surgía en parte de su organización. En 1917, el Partido Bolchevique era una singular combinación de centralización y descentralización. Un pequeño Comité Central cumplía las funciones de órgano supremo para la toma de decisiones. Por debajo de él estaban los comités municipales y provinciales, de los que el más importante era el de Petrogrado, el Comité de Petersburgo. En sentido descendente estaban los comités de distrito de las grandes ciudades y las organizaciones regionales

menores a lo largo y ancho de todo el país. Abajo, a nivel de las bases, estaban los comités del partido en las fábricas y las unidades del Ejército. Además, los bolcheviques tenían una Organización Militar especial para trabajar entre los soldados. Los bolcheviques, a los que no distraían los problemas relacionados con el gobierno central ni local que afectaban a otros partidos, fueron capaces de dedicar más energías y más personal a las tareas organizativas del partido, y a conseguir nuevos partidarios entre las organizaciones de masas y los comités. Por añadidura, los líderes del partido estaban más cohesionados que el resto de partidos importantes. Los demás partidos sufrían numerosas y profundas divisiones, sobre todo entre los sectores defensistas e internacionalistas. Los bolcheviques no tenían esa división, ya que Lenin había construido el partido conforme a unas directrices estrictamente internacionalistas, y todos sus miembros defensistas ya habían abandonado el partido.

Tampoco es que el partido careciera de divisiones internas. A pesar del tradicional énfasis de Lenin en el liderazgo y la disciplina, las organizaciones de base del partido gozaban de una libertad considerable para adaptarse a las exigencias de sus electorados de trabajadores y soldados, y a las circunstancias cambiantes. A veces desautorizaban o desoían las políticas de los máximos dirigentes. Por ejemplo, aunque Lenin abandonó temporalmente el eslogan de «Todo el poder a los soviets» a raíz de los Días de Julio, la mayoría del partido, sobre todo en los niveles inferiores, nunca dejó de apoyarlo. Las organizaciones de base del partido tendían a ser más radicales y más activistas que las organizaciones de nivel superior. Ello obedecía a que el Partido Bolchevique, por ser el partido del extremismo radical, atraía a los elementos más radicales e impacientes de las fábricas y las guarniciones. Por otra parte, los máximos dirigentes del partido se ocupaban de las cuestiones de estrategia general, y forzosamente debían ser un poco más cautos

que los militantes de base. A los dirigentes a veces les resultaba difícil que sus miembros más impacientes acataran la política y la estrategia generales del partido, como quedó claro en los Días de Julio. También hubo importantes desacuerdos entre los líderes del partido, sobre todo a propósito de si tomar o no el poder en octubre, pero a pesar de todo los bolcheviques eran el partido mejor organizado y más cohesionado, y tenían un órgano dirigente con la autoridad más clara de entre todos los partidos revolucionarios.

Además, los bolcheviques tenían la ventaja de un líder reconocido —Lenin— con una decidida ambición de poder y una visión de un sistema político nuevo. Incluso los colaboradores más íntimos de Lenin solo se fueron dando cuenta poco a poco de la medida en que el pensamiento de Lenin fue evolucionando hacia una toma violenta del poder y la creación de un nuevo tipo de aparato gubernamental basado en los soviets. Esa evolución había comenzado incluso antes del regreso de Lenin a Rusia en el mes de abril, y prosiguió hasta asumir una forma más consistente a lo largo del verano.[2] Aunque Lenin vaciló en su entusiasmo por los soviets tras los Días de Julio, muy pronto volvió a asumirlos como la base para una nueva forma de gobierno, de Estado y de sociedad. Hablaba no solo de un cambio de las personas encargadas de gobernar, sino de modificar la naturaleza misma del gobierno. «El poder a los soviets», escribía Lenin a mediados de septiembre, «se entiende con mucha frecuencia, si no en la mayoría de los casos, de una forma completamente equivocada, en el sentido de "un ministerio [Gobierno] de los partidos mayoritarios de los soviets"». Y eso significaba meramente «un cambio de personas en el ministerio, conservando intacto todo el viejo aparato gubernamental [...]. "El poder a los soviets" significa una transformación radical de todo el viejo aparato estatal [...]. Los soviets de diputados obreros, soldados y campesinos son muy valiosos porque representan un nuevo tipo de

aparato estatal».3******** Lenin y los bolcheviques se convirtieron en los más enérgicos defensores de «Todo el poder a los soviets», un eslogan de gran popularidad entre las masas, que entrañaba no solo una reforma social y económica radical, sino un nuevo, aunque mal definido, sistema político. Lenin estuvo escondido entre julio y octubre debido a la orden de arresto contra él, vigente desde los Días de Julio, pero seguía siendo el líder del partido, aunque menos dominante que si hubiera permanecido en primer plano. Incluso durante su ausencia de la capital, los «leninistas» y el «leninismo» fueron una importante moneda corriente en la vida política entre julio y octubre, el símbolo de un cambio radical tanto para quienes se oponían a él como para quienes estaban a favor.

******** Traducción directa del ruso, V. I. Lenin, *Obras completas*, tomo XXVI, Madrid, Akal, 1976, pp. 448–450 (*N. del T.).*

No obstante, los bolcheviques no eran el único grupo político que abogaba por los cambios radicales, cosechando con ello los frutos de la insatisfacción popular con las políticas del Gobierno y del Soviet. Otros grupos compartían sus mismas críticas al Gobierno y a los dirigentes del Soviet, planteaban análisis parecidos de por qué las cosas estaban tan mal, y ofrecían visiones de un futuro mejor. En realidad, el ascenso de los bolcheviques formaba parte del fenómeno más amplio del crecimiento de la izquierda radical (los orígenes de esas tendencias izquierdistas y del «bloque de izquierdas» se analizan en el capítulo 3). Las rotundas victorias de los radicales en los soviets y en las organizaciones de trabajadores y soldados de finales de verano y principios de otoño a menudo se apoyaron en una coalición del bloque de izquierdas entre los bolcheviques, los social-revolucionarios de izquierdas, los mencheviques internacionalistas y otros grupos menores, como los anarquistas, una coalición en la que los bolcheviques habitualmente, pero no siempre, eran el grupo predominante. Lo que aglutinaba a aquel

bloque de izquierdas era su oposición a los dirigentes defensistas revolucionarios del Soviet y su reivindicación de unas políticas diferentes. Se oponían a la continuación del Gobierno de coalición y hacían hincapié en la hostilidad entre las clases, en vez de en la cooperación. Se oponían a la continuación de la guerra y exigían una paz inmediata. Insistían en que se actuara más rápido para poner en práctica las reformas sociales y económicas, y reclamaban alguna forma de poder soviético o de un gobierno monocolor socialista. Muchas de las resoluciones supuestamente bolcheviques eran en realidad resoluciones conjuntas del bloque de izquierdas, y ese bloque de izquierdas constituía la mayoría en muchos soviets locales y otras organizaciones que a menudo se califican de «bolcheviques» en las crónicas posteriores, e incluso en algunas de aquellos tiempos.

Los eseristas de izquierdas eran el grupo más importante, después de los bolcheviques, en el bloque de la izquierda radical. La tendencia izquierdista en el seno del PSR surgió como una poderosa fuerza en la izquierda radical durante el verano y comienzos del otoño. Adoptó una forma más clara cuando los eseristas de izquierdas se mostraron más contundentes en su oposición a los defensistas revolucionarios —y por consiguiente a la derecha y el centro de su propio partido— sobre las cuestiones mencionadas anteriormente. Su oposición a la ofensiva militar y a la reinstauración de la pena de muerte en el Ejército provocó un vuelco en el voto de muchos soldados de las guarniciones a favor de la izquierda del PSR. Los portavoces eseristas de izquierdas, como Spiridonova, Kamkov y Natanson, atacaban ferozmente al Gobierno, a Kérensky (que oficialmente seguía perteneciendo al PSR), a Chernov y a los dirigentes eseristas por seguir apoyando la guerra, por mantener la coalición con el PKD y por no abordar de una forma decisiva la cuestión de la tierra y otros problemas sociales. A partir del otoño,

los eseristas de izquierdas se convirtieron en una importante fuerza en la Sección de Soldados del Soviet de Petrogrado, así como en otros soviets. Ese ascenso, sumado al apoyo de que gozaban en algunas secciones de los trabajadores, provocó que los eseristas de izquierdas fueran cada vez más influyentes en los soviets en general. Su influencia también aumentó dentro del partido. El ala izquierda del PSR consiguió el 40 por ciento de los votos en el congreso del partido celebrado entre el 6 y el 10 de agosto, antes del Asunto Kornílov. El 10 de septiembre, después de la intentona golpista de Kornílov, el ala izquierda logró el control de la organización del PSR en Petrogrado, lo que les dio el control de su periódico y, por consiguiente, de un importante instrumento para plantear sus puntos de vista. El 14 de septiembre emitieron un manifiesto que se publicó en el periódico, donde exigían el fin del Gobierno de coalición, un armisticio general, la supervisión obrera, tierra para los campesinos y la convocatoria de un nuevo congreso de los soviets. Los eseristas de izquierdas también incrementaron su influencia en el partido a lo largo y ancho del país. Ya controlaban las organizaciones del partido en las bases navales del norte (Kronstadt, Helsinki, Revel), en algunas ciudades diseminadas por todo el país, como Járkov, Kazán y Ufa, y en muchos comités del Ejército. Su fuerza siguió creciendo, y a la llegada del otoño la mayoría de las organizaciones del PSR ya estaban a favor del poder soviético, a pesar de la postura oficial de los líderes de los órganos centrales del partido.[4]

No obstante, los eseristas de izquierdas dudaban si romper del todo con el Partido Social-Revolucionario. Pensaban que podían hacerse con el control del partido, y así hacer de su postura el programa de todo el PSR oficial, con toda su influencia y su prestigio tradicionales. Sin embargo, una de las consecuencias de permanecer dentro de un partido más grande era que los eseristas de izquierdas

carecían de la clara identidad organizativa con la que sí contaban los bolcheviques. Y eso amortiguaba el impacto de sus críticas, y hacía más difícil que se consolidaran como una clara alternativa tanto a los dirigentes del Soviet como al Gobierno (ya que en ambos predominaban los eseristas de centro y de derechas). A consecuencia de todo ello, cuando a finales del verano y principios del otoño de 1917 el apoyo de las masas se desplazó hacia la izquierda, muchos antiguos partidarios moderados del PSR se pasaron al Partido Bolchevique en vez de a los eseristas de izquierdas sin salir del partido. Por ejemplo, cuando los obreros de la gigantesca Fábrica Obujov de Petrogrado, que a lo largo del verano había sido un baluarte de los eseristas moderados, eligieron a sus nuevos delegados al Soviet de Petrogrado en septiembre, enviaron a nueve bolcheviques y a dos anarquistas, dejando fuera a los eseristas y a los mencheviques. A pesar de aquellos reveses, el ascenso de los eseristas de izquierdas hizo posible que muchos militantes que seguían aferrándose a la tradicional identificación de los soldados-campesinos con el PSR votaran a favor de las resoluciones radicales, como por ejemplo la reivindicación de un poder soviético, sin romper con el partido. Además, fueron la base de la alianza de la izquierda radical que resultó tan crucial para el movimiento a favor del poder soviético, de la Revolución de Octubre, y del posterior nuevo Gobierno soviético.

Los mencheviques de izquierdas eran la tercera formación relevante del bloque de izquierdas. Surgieron a finales de la primavera como un grupo poco cohesionado de críticos con las políticas del defensismo revolucionario, con el que se había comprometido el Partido Menchevique bajo el liderazgo de Tsereteli y Dan. Los mencheviques de izquierdas también tenían sus líderes desde el regreso a Rusia de destacados exiliados, sobre todo de Yuli Mártov, uno de los fundadores del menchevismo. Adoptaron el

nombre de mencheviques internacionalistas para distinguirse de los dirigentes defensistas revolucionarios encabezados por Tsereteli, pero no abandonaron la formación matriz. Al igual que los eseristas de izquierdas, esperaban hacerse con el control de todo el partido. Y en efecto, ganaron fuerza dentro del partido a finales del verano y durante el otoño, hasta el punto de que obtuvieron más de un tercio de los votos en el congreso del Partido Menchevique celebrado en agosto, mantuvieron una difusa mayoría en la organización del partido en Petrogrado y se convirtieron en la facción dominante dentro del partido en algunas ciudades de provincias (Járkov, Tula y otras). Sin embargo, el apoyo popular a los mencheviques se desvanecía rápidamente, como demostraron sus desastrosos resultados electorales de finales de verano y principios de otoño. Además, los mencheviques internacionalistas tuvieron aún menos éxito que los eseristas de izquierdas a la hora de crear una identidad diferenciada y de atraerse el apoyo popular que estaba abandonando a los sectores centrista y derechista del Partido Menchevique. Si bien muchos campesinos y soldados mantenían su tradicional apoyo al «partido de los campesinos» a través de los eseristas de izquierdas, los obreros industriales no sentían esa necesidad: podían satisfacer el tradicional apego que sentían por la socialdemocracia con el bolchevismo exactamente igual que con el menchevismo de cualquier denominación. Incluso hubo dirigentes mencheviques internacionalistas que abandonaron el partido; un grupo sustancial, encabezado por Yuri Larin, se afilió al Partido Bolchevique en agosto.

Los anarquistas completaban el bloque de la izquierda radical. Su ausencia de la «alta política» del Gobierno y el Soviet enmascara el hecho de que a lo largo de todo el año 1917 desempeñaron un importante papel en el nivel más bajo de la política, y sobre todo en las fábricas de Petrogrado. Concentraban sus energías al nivel de las

fábricas, y en particular cifraban sus ambiciones políticas en los comités de fábrica, lo que les daba buenos dividendos. A finales de verano y principios de otoño, como ha señalado Paul Avrich, en las elecciones de una fábrica grande «podían salir elegidos una docena de bolcheviques, dos anarquistas, y tal vez unos cuantos mencheviques y eseristas».[5] Los anarquistas eran una fuente constante de retórica en contra del Gobierno, de los defensistas revolucionarios y de la dirección de las fábricas, y daban voz al descontento de los trabajadores, al tiempo que contribuían a reorientarlos hacia una política más radical. En otoño, a los anarquistas les resultaba fácil colaborar con los bolcheviques no solo porque compartían su hostilidad hacia el Sistema de Febrero, sino también porque la propia retórica de Lenin en contra del Gobierno en 1917 convenció a muchos anarquistas de que los puntos de vista del líder bolchevique se estaban aproximando a los de ellos. En efecto, sus incesantes ataques a la idea misma de una Asamblea Constituyente probablemente contribuyeron a preparar el terreno, por lo menos en Petrogrado, para que el pueblo aceptara la disolución de la Cámara por los bolcheviques en enero de 1918 (y resulta muy adecuado que un marinero anarquista encabezara el destacamento que dispersó a los miembros de la Asamblea). Sin embargo, su debilidad organizativa, sus divisiones internas y su hostilidad hacia el Gobierno en general dificultaban que su popularidad se tradujera en autoridad política.

A partir de agosto, las críticas de la izquierda radical al fracaso de los moderados, su defensa de las reformas radicales y sus llamamientos a un poder soviético empezaron a traducirse en poder institucional. Las fábricas y las unidades del Ejército votaban constantemente para renovar a sus delegados a los soviets, algo en lo que insistían los bolcheviques y los eseristas de izquierdas en nombre de la rendición de cuentas y de la democracia. A

consecuencia de ello, una combinación de bolcheviques, social-revolucionarios de izquierdas y mencheviques internacionalistas fue haciéndose con el control de los distritos municipales de Petrogrado, uno detrás de otro, a lo largo del verano; dominaban los sindicatos de Petrogrado y los comités de fábrica; y lograron controlar los soviets municipales y los comités de soldados de algunas ciudades de provincias. El proceso se aceleró en septiembre, después de que el Asunto Kornílov le diera un gigantesco impulso. Fue de especial importancia la conquista por primera vez del principal bastión de la autoridad revolucionaria, el Soviet de Petrogrado. El 31 de agosto se aprobó por primera vez una resolución promovida por los bolcheviques en el Soviet de Petrogrado. Como respuesta, los defensistas revolucionarios sometieron su liderazgo a un voto de confianza el 9 de septiembre, y perdieron. El 25 de septiembre el Soviet eligió una nueva dirección formada por políticos de la izquierda radical. León Trotsky, que se había afiliado al Partido Bolchevique en julio, y que rápidamente se convirtió en uno de sus líderes más destacados, fue elegido presidente del Soviet, en sustitución de Chjeidze. El nuevo presidium estaba formado por cuatro bolcheviques, dos social-revolucionarios y un menchevique. Al mismo tiempo, los bolcheviques se hicieron con el control del Soviet de Delegados de los Trabajadores de Moscú, lo que les otorgaba el liderazgo de los dos soviets más importantes. A ello vinieron a sumarse nuevas victorias en otras ciudades, a medida que el bloque de la izquierda radical —y a veces los bolcheviques en solitario— ganaban las campañas de renovación de delegados en las fábricas y los cuarteles, e iban haciéndose con el control de un soviet tras otro.

Las elecciones generales a los ayuntamientos y los distritos también pusieron de manifiesto el cambio de lealtades políticas. Los bolcheviques consiguieron un tercio de los votos en las elecciones municipales de Petrogrado el 20 de agosto, a pesar de la ausencia

de Lenin y de otros máximos dirigentes del partido. En Moscú, los bolcheviques lograron la mayoría absoluta en las votaciones a los distritos municipales en septiembre, con un aumento espectacular respecto a las elecciones de junio, cuando tan solo obtuvieron el 11,7 por ciento de los votos en las elecciones municipales (los eseristas lograron un 58 por ciento en junio pero solo un 14 por ciento en septiembre). Cabe señalar que aquellos éxitos de los bolcheviques se produjeron en el contexto de una drástica reducción de la participación electoral en general. En Petrogrado, la participación en las elecciones municipales pasó de 792.864 personas en mayo a 549.374 en agosto, mientras que en Moscú votaron 646.568 personas en las municipales de junio, pero tan solo lo hicieron 385.547 en las elecciones a los distritos municipales en septiembre. Se produjo una disminución parecida en muchas elecciones a los comités de fábrica y a otros órganos. Eso significaba que, en cifras absolutas, la caída de los mencheviques y los social-revolucionarios fue aún peor de lo que sugieren los porcentajes.[6] Por añadidura, la participación en las elecciones locales de todo tipo disminuyó en todo el país.[7]

A través de aquellas nuevas convocatorias electorales de delegados y dirigentes, los candidatos bolcheviques y de otros grupos de izquierdas fueron *elegidos* para dirigir el Soviet de Petrogrado y de otras ciudades, así como los sindicatos, los comités de fábrica y del Ejército, y algunos cargos públicos. En aquel momento los bolcheviques podían afirmar razonablemente que hablaban en nombre de la «democracia soviética», de las masas de trabajadores y soldados de los soviets de las ciudades, y de su reivindicación de un poder soviético. Ese control del Soviet de Petrogrado y de otras ciudades hizo posible que tuviera lugar la Revolución de Octubre; sin él, sería difícil imaginar dicha revolución. Bajo la dirección de los

bolcheviques, el Soviet de Petrogrado, la institución más influyente de toda Rusia, pasó a ser el principal instrumento del movimiento a favor del poder soviético, con el apoyo de otros soviets y de otras organizaciones populares. En efecto, se dio el caso de que la Revolución de Octubre comenzó como una defensa del Soviet de Petrogrado y de la idea del poder soviético.

No obstante, el poder soviético era un eslogan ambiguo, que significaba cosas diferentes para distintas personas. Para la mayoría significaba que el Soviet de alguna manera asumía el poder y sustituía al vigente Gobierno «de coalición» (que incluía a los partidos no socialistas) por un nuevo gobierno exclusivamente apoyado por varios partidos socialistas. Los mencheviques internacionalistas y algunos otros argumentaban a favor de un «gobierno democrático homogéneo», es decir, un ejecutivo que incluyera, además de a los soviets, a los representantes de otras organizaciones obreras, campesinas e incluso de la clase media baja, como las cooperativas, los ayuntamientos elegidos democráticamente, las organizaciones campesinas, etcétera. Muchos lo veían como una alternativa tanto a la antigua fórmula de un gobierno de coalición como al «poder soviético» en la acepción más estrecha y radical de los bolcheviques. La idea le parecía atractiva a muchos socialistas —incluso a muchos bolcheviques— que querían abandonar la coalición de gobierno con los progresistas, pero que temían que un gobierno radical estrictamente basado en los soviets pudiera llevar a unas políticas temerarias, a la anarquía y a la guerra civil. Incluso algunos defensistas revolucionarios empezaban a acariciar esa idea.

La crisis del Gobierno de coalición

El ascenso de los bolcheviques y de la izquierda radical en los soviets vino de la mano de una crisis de Gobierno que provocó la necesidad urgente de una remodelación durante el otoño de 1917. El segundo Gobierno de coalición, fundado con tantas dificultades en junio, cayó durante el Asunto Kornílov, y los partidos y dirigentes que habían defendido la idea de una coalición no fueron capaces de ponerse de acuerdo de inmediato en su remodelación. Por consiguiente, el 1 de septiembre, los ministros del Gobierno Provisional encomendaron la gestión del Gobierno a un Consejo de los Cinco, que inmediatamente fue apodado «el Directorio», en referencia a lo que se percibía como una analogía con la historia de la Revolución Francesa. El Consejo, presidido por Kérensky, se destacaba por la ausencia de otros líderes políticos importantes, y a todos los efectos era su régimen personal. El liderazgo personal de Kérensky se vio fortalecido por su asunción del cargo de comandante supremo del Ejército. En aquel momento tenía la práctica total responsabilidad y autoridad en la gestión tanto de los asuntos civiles como de los asuntos militares de Rusia hasta la formación de un nuevo gobierno.

Sin embargo, formar un nuevo gobierno resultó, una vez más, una tarea difícil. Chernov y el PSR insistían en excluir de cualquier nuevo gobierno de coalición al PKD, al que casi todo el mundo consideraba culpable de haber apoyado a Kornílov (algunos de sus miembros le apoyaron, otros no). El problema era que los kadetes eran el único partido no socialista de importancia, de modo que no podía haber una «coalición» propiamente dicha sin ellos. La cuestión de la coalición con el PKD animó el debate entre los socialistas sobre la idea de formar un gobierno monocolor socialista, y en ese caso, qué tipo de gobierno, o sobre si seguir adelante con algún tipo de coalición, y en ese caso, de qué tipo. Para ayudar a resolver la cuestión, entre el 14 y el 19 de septiembre se congregó una

«Conferencia Democrática», una reunión de representantes de los partidos socialistas, de los soviets, de los sindicatos, de las cooperativas y de instituciones democráticamente elegidas, como los ayuntamientos (que en su mayoría estaban controlados por los socialistas). Los social-revolucionarios de izquierdas presionaron con todas sus fuerzas a favor de la formación de un gobierno apoyado únicamente por los partidos socialistas. Tras un prolongado y enconado debate, la Conferencia aprobó una serie de mociones confusas: en un primer momento, a favor del principio de la coalición, después una enmienda en contra de incluir a miembros del PKD, y después rechazando la resolución en su totalidad. La incapacidad de la Conferencia Democrática de llegar a un acuerdo permitió que Tsereteli y los partidarios de la coalición, desde su antigua base en el Comité Central Ejecutivo del primer Congreso de los Soviets de Toda Rusia (del mes de junio), apoyaran a Kérensky para formar un nuevo Gobierno Provisional, el «tercer Gobierno de coalición», el 25 de septiembre. Aquel Gobierno, presidido por Kérensky, y formado por los kadetes, los mencheviques, los social-revolucionarios, otros socialistas moderados y los progresistas, era aún más débil que sus predecesores, carecía de autoridad y de apoyos significativos desde cualquier ámbito. Aunque oficialmente era una prolongación de la coalición, nadie ponía demasiadas esperanzas en él, y de lo único que se hablaba era de qué tipo de gobierno iba a sustituirlo.[8]

La Conferencia Democrática puso de manifiesto hasta qué punto reinaba la confusión entre las filas, anteriormente unidas, de los defensistas revolucionarios. Ya no tenían una política de paz viable. Muchos de ellos habían perdido la fe en un gobierno de coalición, pero se aferraban a él porque tenían miedo de las alternativas. Los periódicos informaban de la constante erosión de su apoyo popular, y predecían una incesante cadena de derrotas a manos de la

izquierda radical en los comités de fábrica y del Ejército, en los soviets, los sindicatos y otras organizaciones de masas. El PSR estaba tan absorto en sus conflictos internos entre sus sectores izquierdista, centrista y derechista, que era incapaz de ejercer el tipo de influencia que exigía la popularidad de que seguía gozando entre los trabajadores, los soldados y los campesinos. En semejantes circunstancias, los eseristas de centro y de derechas se vieron obligados a seguir a Tsereteli y a los dirigentes defensistas revolucionarios a una nueva coalición, mientras que el sector izquierdista no tenía más remedio que ceder gran parte de su autoridad a los dirigentes bolcheviques. Los mencheviques veían cómo su atractivo popular alcanzaba cotas aún mas bajas. A finales de septiembre, los dirigentes defensistas revolucionarios ya habían perdido tanto su autoridad moral como su principal autoridad institucional (el Soviet de Petrogrado), aunque todavía resistían en el Comité Central Ejecutivo elegido en el Congreso de los Soviets de junio. Al mismo tiempo, en las provincias, muchos comités municipales mencheviques y social-revolucionarios empezaban a optar por algún tipo de alternativa monocolor socialista a la idea de una coalición, y por el «poder soviético», a pesar de la oposición de los dirigentes mencheviques y eseristas de Petrogrado. A partir de septiembre, la política experimentó un nuevo realineamiento, esta vez entre los partidarios de seguir con la coalición y los defensores de un gobierno monocolor socialista.

Se da una apropiada simetría en la coincidencia de que el tercer Gobierno de coalición, presidido por Kérensky, y aún más débil que sus predecesores, finalmente se formara el 25 de septiembre, el mismo día que Trotsky fue elegido presidente del Soviet de Petrogrado. El control del Soviet de Petrogrado por los bolcheviques significaba que el nuevo Gobierno tenía que hacer frente a la decidida oposición del Soviet, en vez de la colaboración (aunque no

siempre carente de tensiones) entre el Gobierno y el Soviet que había sido el fundamento del Sistema de Febrero desde sus orígenes hasta el mes de agosto. Fue el primer ejecutivo del Gobierno Provisional al que se le negó oficialmente el apoyo del Soviet de Petrogrado. El debate sobre la inminente caída del Gobierno y sobre el modo de reemplazarlo —mediante una amplia coalición socialista o con un gobierno soviético radical— o sobre si aquel ejecutivo iba a poder sobrevivir hasta la Asamblea Constituyente, comenzó de inmediato. Además, el debate iba mucho más allá de los círculos dirigentes de los partidos. Era objeto de intensos debates en los periódicos, en los cafés, en los cuarteles y en las fábricas, en las concentraciones públicas y en los clubes privados, en las esquinas de las calles y en cualquier lugar donde se congregaba la gente. La cuestión de algún tipo de poder soviético ya existía desde el mes de marzo, se debatía cada vez más a menudo y más seriamente con el paso de los meses, y ahora se convertía en el principal tema de conversación del público. Lo que había cambiado era que, mientras que anteriormente los dirigentes del Soviet de Petrogrado colaboraban con el Gobierno Provisional, los nuevos líderes izquierdistas del Soviet se negaban a ello, y por el contrario tenían intenciones de formar uno nuevo. Así pues, la debilidad del Gobierno, unida a la nueva dirección bolchevique del Soviet de Petrogrado, hacían más apremiante la nueva pregunta que se hacía la gente en las calles y que planteaban los periódicos: «¿Qué van a hacer los bolcheviques?»

El estado de ánimo popular: esperanzas y temores para el otoño

El debate sobre los planes de los bolcheviques y los llamamientos a un poder soviético se producían en el contexto de una crisis social y económica cada vez más profunda, y de una creciente exigencia de

cambios por parte de la población. A finales del verano ya estaba claro que hasta el momento la Revolución no había logrado satisfacer las aspiraciones del pueblo del antiguo Imperio Ruso. En efecto, los problemas políticos, sociales y económicos sin resolver creaban un estado de ánimo de angustia y tensión que se imbricaba directamente en el creciente clamor a favor de un cambio radical de gobierno. A partir del otoño, los rusos eran conscientes de que padecían una inestabilidad política casi permanente, salpicada de crisis agudas, y que se caracterizaba por las manifestaciones callejeras y los altercados con víctimas mortales. Los periódicos y los oradores callejeros se intercambiaban reproches por la responsabilidad del fracaso de la ofensiva militar del verano y por los crecientes desórdenes sociales y económicos. Los estridentes llamamientos de los industriales y los obreros, de los generales y los soldados, de las nacionalidades y de otros colectivos, resonaban desde los estrados de los oradores y copaban los editoriales de los periódicos. Una sensación de crisis general dominaba la existencia, un sentimiento de que las cosas no podían seguir así. La guerra seguía cerniéndose como problema fundamental. Provocaba enormes tensiones en la economía, que no podían corregirse mientras prosiguiera la contienda. A partir del otoño, el deseo de paz ya era abrumador, tanto entre los soldados como entre los civiles. Para colmo, la indisciplina de las tropas de los cuarteles suponía un problema cada vez mayor para el Gobierno y para las administraciones municipales en todo el país. Por último, la guerra venía a agravar una importante confrontación entre el Gobierno y la guarnición de Petrogrado, que contribuyó al desarrollo de la Revolución de Octubre. La chispa que hizo estallar esa confrontación se produjo a raíz de la respuesta del Gobierno a los avances del Ejército alemán, que amenazaban las maltrechas rutas terrestres y marítimas a Petrogrado. El 6 de octubre el Gobierno anunció su

intención de enviar gran parte —acaso la mitad— de la guarnición a proteger las maltrechas rutas a Petrogrado. Las tropas de la guarnición reaccionaron ante aquella noticia con vehementes recriminaciones al Gobierno, con declaraciones de su negativa a trasladarse al frente, con promesas de apoyo al Soviet de Petrogrado y con llamamientos a un poder soviético. Los agitadores políticos radicales vincularon de inmediato el intento de trasladar a los soldados de la guarnición no solo a una nueva contrarrevolución «kornilovista», sino a una posible subversión del inminente Congreso de los Soviets. La controversia brindó a los bolcheviques y a los radicales una oportunidad de oro para ampliar su influencia en la guarnición y para socavar aún más la autoridad del Gobierno. Además, la amenaza militar alemana contra Petrogrado deterioró las relaciones del Gobierno con los trabajadores, cuando el Gobierno empezó a planificar la evacuación de las industrias más vitales en caso de necesidad. Cuando se difundió la noticia de esos planes, la izquierda radical denunció que el Gobierno se disponía a abandonar Petrogrado, incluso con la acusación de que se trataba de un complot contrarrevolucionario para cortar de raíz la revolución radical.

El creciente radicalismo político también se nutría del empeoramiento de la situación económica.[9] Un factor importante en el estado de ánimo del otoño de 1917 fue el drástico aumento de los precios, unido a la creciente escasez de alimentos y de otros suministros. La situación en Petrogrado era especialmente grave y especialmente crítica, dada su importancia y su volatilidad política. El pan llevaba racionado desde la primavera, pero a mediados de octubre la entrada de provisiones de productos de panadería disminuyó drásticamente, por debajo de la demanda cotidiana. Aunque la atención se centraba sobre todo en el pan —el alimento básico de la dieta de las clases bajas—, las entradas de otros

productos alimenticios también iba a la zaga de los niveles de consumo de los meses anteriores. A partir de octubre tan solo llegaba a Petrogrado aproximadamente una décima parte del suministro de leche de antes de la guerra, a pesar de que la ciudad había crecido sensiblemente. Una conferencia celebrada el 15 de octubre dibujaba un cuadro desolador de una ciudad que tan solo disponía de reservas de alimentos para tres o cuatro días, y con pocas perspectivas de mejora.[10] De nuevo las largas colas serpenteaban ante las tiendas de alimentos. A veces las colas para conseguir comida se formaban antes de medianoche, muchas horas antes de que abrieran las tiendas. Para colmo, los precios aumentaban rápidamente, pues se multiplicaron aproximadamente por cuatro entre julio y octubre. El espectro del hambre era real, sobre todo para las clases bajas, que difícilmente podían aprovecharse del floreciente mercado negro, con sus elevados precios.

Ese problema se daba también en otras ciudades. En un estudio de la situación realizado por el Ministerio de Abastos del 12 de octubre figuraba una sombría referencia en el caso de la ciudad de Novgorod: «empieza a aparecer el hambre»[11]. N. Dolynsky, un funcionario de abastos, afirmaba en el número de otoño de la revista del Ministerio de Abastos que «la tragedia se ha convertido en nuestra realidad cotidiana». Afirmaba que el análisis de los periódicos de todo el país ponía de manifiesto que «las etiquetas corrientes, como *crisis*, *catástrofe*, etcétera, [...] palidecen ante los aterradores matices de la realidad».[12] En septiembre, en Bakú, la escasez de alimentos vino a sumarse a los conflictos laborales, lo que provocó manifestaciones y desórdenes públicos. En una reunión del Soviet de Bakú, un orador afirmaba que «En el centro de abastecimiento [de comida] se congregan a diario multitudes

alborotadas, encabezadas por unos cuantos agitadores permanentemente activos, que incitan a la multitud a la violencia».[13] En efecto, las colas para conseguir comida se convirtieron en importantes centros de debate y de radicalización, donde la gente incluso llegaba a discutir si se vivía mejor en tiempos del régimen anterior. «Ahora, todos los debates en lugares públicos tienen que ver con la comida», afirmaba Morgan Phillips Price el 8 de octubre tras un largo viaje por el Volga. «Es la esencia de la política».[14] Para colmo, la crisis del abastecimiento de comida acentuaba la percepción general de que el Gobierno Provisional había fracasado y de la necesidad de un cambio radical.

La economía industrial también seguía deteriorándose, lo que a su vez contribuía a impulsar otros descontentos. Hacía mucho tiempo que todas las mejoras económicas que habían conseguido los trabajadores a lo largo de la primavera se habían esfumado por culpa del meteórico aumento de los precios, de la resistencia de la dirección de las empresas a cualquier nuevo aumento salarial, y a la merma de los salarios debido a los cierres patronales y a las reducciones de jornada. La producción se redujo, a consecuencia de la escasez de materias primas y de combustible, de la merma de la productividad y de la conflictividad laboral. El número de huelguistas se disparó en septiembre, igual que las huelgas que cuestionaban a los administradores de las empresas.[15] Las huelgas se hicieron más enconadas y fomentaban una mayor polarización política. Por ejemplo, en Bakú, una huelga general de seis días en contra de 610 empresas durante septiembre y octubre radicalizó a los obreros, y el congreso de comités de fábricas pasó a ser íntegramente bolchevique.[16] El ferrocarril, en un estado ruinoso, transportaba cada vez menos alimentos y materias primas, lo que venía a agravar todos los demás problemas. En octubre, en un intento a la

desesperada por incrementar la producción de combustible, el Gobierno decidió enviar a un comisario militar especial con poderes dictatoriales a la cuenca del Donets, productora de carbón.[17] En Petrogrado, las empresas y los funcionarios del Gobierno advertían en octubre de inminentes cierres de fábricas, que probablemente iban a afectar a la mitad de las plantas de la ciudad, debido a la escasez de combustible y materias primas. El 9 de octubre, el director de la Fábrica Putílov, la planta más grande de Petrogrado y de todo el país, informaba de que se les había agotado todo el carbón y que, por consiguiente, habían tenido que suspender la actividad de trece talleres, mientras que seis funcionaban solo a una parte de su capacidad.[18] Al día siguiente, en la reunión del comité de fábrica, un trabajador angustiado preguntaba si el hecho de que la planta estuviera recibiendo un 33 por ciento menos del combustible que necesitaba significaba que iban a despedir a un tercio de los obreros. El comité examinó distintos planes de trabajo parcial y reducción de salarios.[19]

Los cierres de fábricas y la reducción de la jornada laboral eran una amenaza para el sustento mismo de los trabajadores, y alimentaban las sospechas de que los dueños de las empresas estaban utilizando deliberadamente las reducciones y el cierre de fábricas para cortar de raíz la Revolución. Por consiguiente, para los obreros, conservar las fábricas, el empleo, y sus mejoras económicas y organizativas se convirtió en el meollo de una lucha a la desesperada contra los patronos y el Gobierno Provisional (que a su juicio estaba apoyando a los empresarios). Los trabajadores presionaban a sus representantes para que adoptaran medidas más enérgicas, tanto para conservar sus organizaciones como para mantener abiertas las fábricas. Muchos exigían una ayuda económica del Estado a las fábricas en apuros, o su nacionalización,

para que siguieran funcionando. En Petrogrado, los rumores de un posible traslado de algunas fábricas debido a la amenaza de un ataque de Alemania alimentaba los temores. En algunas ciudades, como Járkov, se asistía a una conflictividad laboral por la cuestión del cierre de fábricas aún mayor que en Petrogrado, hasta el extremo de que los obreros asumieron el control de algunas plantas. A medida que empeoraba la situación, los obreros recurrían a unos líderes cada vez más radicales, intensificando el giro a la izquierda de la política.

Inevitablemente, la crisis de las fábricas llevaba a los trabajadores a plantearse la cuestión del empleo del poder del Estado para defender sus intereses. Los conflictos de los trabajadores con las empresas, y la preocupación por los salarios, los empleos y la protección de sus organizaciones, conducían inexorablemente a la convicción de que todos esos problemas exigían una solución política. A partir de mediados de octubre, para los trabajadores la cuestión no era ya si tenía que haber un gobierno socialista, sino cuándo y cómo; si debían apoyar un traspaso de poderes en el inminente Segundo Congreso de los Soviets o si debían esperar hasta la Asamblea Constituyente. De una forma u otra, habría un gobierno socialista: los radicales instaban a la primera vía mientras que los socialistas moderados preferían la segunda. En el ambiente de crisis reinante, la primera opción se le antojaba preferible a un número cada vez mayor de trabajadores; había que tomar medidas ya. Ese era el significado del llamamiento a un poder soviético —un gobierno que utilizara el poder del Estado a favor de sus intereses, para resolver sus problemas—. La retórica política de los bolcheviques, de los social-revolucionarios de izquierdas y de otros grupos radicales respaldaba las reivindicaciones de los trabajadores y les brindaba una explicación de por qué sus percepciones eran correctas. Algunos iban más allá, y argumentaban que únicamente

un poder soviético podía garantizar la formación de la Asamblea Constituyente, al tiempo que insinuaban que de lo contrario Kérensky y la «contrarrevolución» encontrarían la manera de impedirlo. El apoyo de los trabajadores a un gobierno socialista —al poder soviético— y la insistencia de Lenin en que los bolcheviques debían tomar el poder por las armas no eran la misma cosa, pero ambas ideas acabarían convergiendo inesperadamente en octubre debido a las medidas que adoptó Kérensky la madrugada del 24 de octubre (véase el capítulo siguiente). Por el contrario, los socialistas moderados iban perdiendo apoyo porque, al oponerse al poder soviético, implícitamente estaban negando la necesidad y la legitimidad de un gobierno socialista ya, mediante una revolución o por otros medios.

Otros problemas venían a acentuar la sensación de una sociedad en descomposición, necesitada de medidas drásticas. El aumento de la delincuencia y de los desórdenes públicos que veíamos en el capítulo anterior se intensificó con la llegada del otoño. Los periódicos venían cargados de noticias sobre atracos, agresiones y otros episodios violentos. El 16 de junio, un periódico de Petrogrado que dedicaba un considerable espacio a los sucesos había calificado de lamentable el hecho de que se hubieran denunciado más de cuarenta hurtos y atracos durante las veinticuatro horas previas; ahora, el 4 de octubre informaba de 250 sucesos el día anterior, y el 7 de octubre, de 310, un aumento espectacular.[20] Esas cifras encajaban con las percepciones de la población, que asistía a una enorme ola de crímenes que la milicia (policía) era incapaz de afrontar. En Petrogrado y Smolensk, y probablemente también en otras ciudades, las disputas entre los funcionarios del Gobierno por el control de la milicia dieron lugar en octubre al debate sobre una posible huelga de la policía, lo que sin duda vino a sumarse a la sensación de inseguridad en vísperas de la Revolución de Octubre.

Los artículos de los periódicos y los debates públicos sobre la escasez de efectivos de la policía alimentaban la percepción general de una delincuencia desbocada y de que el Gobierno, local y nacional, era incapaz de garantizar la seguridad ciudadana. La delincuencia se convirtió en un tema político muy manido, donde las percepciones superaban la realidad, ya de por sí considerable. A pesar de todo, lo importante era la percepción de la gente, que asistía a una enorme ola de crímenes que ponía en peligro la vida y los bienes de toda la ciudadanía. A su vez, eso fomentó la idea de la incompetencia del Gobierno a todos los niveles.

Y esa no fue la última demostración de una sociedad que se estaba desmoronando. Los episodios menores y graves de mala conducta en los lugares públicos —embriaguez, disparos aislados, saqueos, violencia en las estaciones del ferrocarril (habitualmente por parte de los soldados), una inusitada grosería en la forma de hablar y de comportarse, los alardes públicos de incumplimiento de las leyes, la indisciplina de los soldados— reforzaban la sensación de caos. Los linchamientos constantes conmocionaban a los rusos y a los extranjeros. En otoño, en Petrogrado, John Reed vio cómo «una multitud de varios cientos de personas apaleaba y pisoteaba hasta matarlo a un soldado al que habían sorprendido robando».[21] En octubre, dos hombres que habían robado en una tienda fueron linchados por una multitud a pesar del esfuerzo de la policía y de algunos soldados por evitarlo, y también un agente fue apaleado. Viajar resultaba poco fiable y más peligroso, debido a las averías en los ferrocarriles y a la aparición de ladrones y de grupos descontrolados de soldados —a menudo desertores— a bordo de los trenes. En otoño, cientos de miles de soldados procedentes del frente y de las guarniciones vagaban por el campo saqueando, perturbando el tráfico ferroviario y creando caos en los pueblos, difundiendo rumores y cometiendo actos violentos, y dando nuevas

muestras de la descomposición social y política. Las Bolsas se desplomaron tras el Asunto Kornílov, lo que empobreció a un sector de las clases medias y creó un caos financiero. El Gobierno se veía cada vez más incapaz de recaudar los impuestos. En las zonas rurales, la agitación y la violencia incesantes inquietaban tanto a las ciudades como al campo —una gran parte de la población urbana, y sobre todo los soldados de las guarniciones, tenían un estrecho vínculo con los pueblos—. De las regiones fronterizas llegaban noticias de que los movimientos nacionalistas exigían autonomía, o incluso la independencia. El rosario de problemas quedaba muy bien resumido en un artículo publicado el 20 de septiembre en el periódico moscovita del ala más moderada del PSR:

> Con el telón de fondo de una despiadada guerra internacional y de las derrotas de los ejércitos de la República, en el interior el país ha entrado en un periodo de anarquía y, prácticamente, de guerra civil [...].
>
> En Tashkent ha estallado una sublevación declarada, y el Gobierno envía ejércitos y balas para sofocarla.
>
> Un motín en Orel. Se envían tropas.
>
> En Rostov han dinamitado el edificio del Ayuntamiento.
>
> En la provincia de Tambovsk hay pogromos entre los campesinos; los cultivos experimentales han quedado arrasados, igual que el ganado con pedigrí. En el distrito de Novgorod–Volynsk, han saqueado los almacenes del *zemstvo*.
>
> Los almacenes de reserva de grano de la provincia de Perm han sido saqueados.
>
> Aparecen bandas de atracadores en las carreteras de la provincia de Pskov.
>
> En el Cáucaso ha habido matanzas en numerosos lugares.
>
> En Finlandia, el Ejército y la Flota se han disociado completamente del Gobierno Provisional.
>
> Rusia se ve amenazada por una huelga de trabajadores del ferrocarril [...].
>
> La anarquía desbocada y despiadada va en aumento. Se utiliza cualquier pretexto.

> Se producen acontecimientos de colosal importancia a lo largo y ancho de todo el país. El Estado ruso se desmorona.[22]

Los temores crecientes y las esperanzas menguantes de la población exigían la adopción de medidas o bien por los antiguos dirigentes o bien por un nuevo gobierno. Eso allanó el camino para la lucha de poder que tuvo lugar en otoño y para los debates sobre las intenciones de los bolcheviques.

El debate de los bolcheviques sobre el poder

¿Qué planeaban hacer los bolcheviques? Esa era la pregunta que estaba en boca de todos a mediados de octubre. Era objeto de debate en la prensa, en las esquinas, en los tranvías, en las colas de las tiendas de comida, en las fábricas y en los cuarteles, en los círculos políticos, incluso en el Gobierno. Y sobre todo, ¿qué estaban planeando con motivo del inminente Segundo Congreso de Soviets de Toda Rusia, previsto en un principio para el 20 de octubre, pero después aplazado al 25?

Los temores sobre las intenciones de los bolcheviques pasaron al primer plano cuando los bolcheviques abandonaron el Consejo Provisional de la República, más conocido como el «Preparlamento», el 7 de octubre. El Preparlamento, otro intento de fortalecer el endeble Gobierno por el procedimiento de convocar una reunión de destacadas figuras políticas de todos los grupos, comenzó con un aluvión de discursos patrióticos y de llamamientos a la unidad y a la disciplina. Entonces Trotsky pidió la palabra. Tras descalificar al Gobierno y al Preparlamento calificándolos de instrumentos de la contrarrevolución, hizo un llamamiento a los trabajadores y a los soldados para la defensa de Petrogrado y de la Revolución. «Únicamente el pueblo puede salvarse a sí mismo y al país! ¡Invocamos al pueblo! ¡Todo el poder a los soviets! ¡Toda la tierra

para el pueblo! ¡Viva una paz inmediata, justa y democrática! ¡Viva la Asamblea Constituyente!».[23] A continuación, los delegados bolcheviques se levantaron y abandonaron la reunión entre los abucheos y las burlas del resto de los presentes. Su proceder intensificó el debate sobre sus intenciones. ¿Qué planeaban hacer los bolcheviques?

Esa misma pregunta también atormentaba a Lenin. Temía que su partido hiciera demasiado poco y demasiado tarde. Desde su escondite finlandés —seguía en vigor desde los Días de Julio una orden de arresto contra él— Lenin le daba vueltas a la cuestión de las intenciones de los bolcheviques. Ya había descartado cualquier posibilidad de colaboración con los mencheviques y los social-revolucionarios en algún tipo de poder soviético compartido. La hostilidad de Lenin hacia los socialistas moderados, que a su juicio habían traicionado el marxismo y eran cómplices de la burguesía y de los capitalistas, hacía inaceptable la colaboración con ellos en el marco de lo que generalmente se entendía como poder soviético. Prescindiendo totalmente de los debates que tenían lugar en Petrogrado acerca de qué tipo de gobierno podía formarse sobre la base de una amplia coalición de partidos socialistas, a mediados de septiembre Lenin optó por un llamamiento a que los bolcheviques tomaran el poder por las armas de inmediato. Desde Finlandia, Lenin le escribió una carta al Comité Central Bolchevique donde afirmaba: «Al haber obtenido la mayoría en los Soviets de diputados obreros y soldados de ambas capitales [Petrogrado y Moscú], los bolcheviques pueden y *deben* tomar el poder en sus manos [...]. La mayoría del pueblo está *con* nosotros».[24]******** Debido a las dificultades que tenía para imponer su voluntad al partido desde Finlandia, Lenin envió un mensaje tras otro, insistiendo en que se daban las circunstancias para la toma del poder, y en que el partido debía

organizarse y prepararse para ello. En una carta del 27 de septiembre Lenin afirmaba en su habitual estilo polémico, con un profuso empleo de la cursiva, que

******** Ibíd., tomo XXVII, p. 129 (*N. del T.*).

> en los dirigentes de nuestro partido hay una tendencia, o una opinión, en favor de *esperar* hasta el Congreso de los Soviets, y *contraria* a la toma inmediata del poder, *contraria* a una insurrección inmediata. Hay que vencer esa tendencia u opinión.
>
> De no ser así, los bolcheviques *se deshonrarían* para siempre y se *destruirían* como partido.
>
> En efecto, dejar pasar un momento como este y «esperar» al Congreso de los Soviets es una *perfecta estupidez* o *una completa traición*.[25]********

******** Ibíd., p. 194 (*N. del T.*).

Lenin era consciente de que el otoño de 1917 suponía una oportunidad irrepetible para una reestructuración radical del poder político y para un hombre como él. Estaba convencido de que la situación era propicia para una revolución no solo en Rusia sino también en Alemania y en otros países europeos. Al igual que muchos otros socialistas rusos en 1917, Lenin contemplaba la Revolución Rusa como una parte esencial de una revolución mundial más amplia y radical. La veía como un punto de inflexión fundamental de la historia de Rusia y del mundo: «la historia no nos perdonará» si los bolcheviques desperdiciaban aquella oportunidad de tomar el poder.[26] Además, Lenin se daba cuenta de que los bolcheviques debían actuar deprisa porque los partidos menchevique y social-revolucionario se estaban desplazando hacia sus sectores izquierdistas y empezaban a contemplar la posibilidad de un gobierno formado únicamente por socialistas —algo que casi se había logrado en la reciente Conferencia Democrática—. En caso de que triunfara un nuevo intento de lograrlo, eso apaciguaría las

exigencias populares más apremiantes y acabaría con uno de los principales puntales de la agitación política bolchevique. Lenin era consciente de que incluso el sector más moderado de su propio partido apoyaba la idea de una amplia coalición de gobierno entre los partidos socialistas. Lenin tenía que actuar antes de que eso ocurriera y de que el partido acabara siendo simplemente una parte, incluso tal vez una parte minoritaria, de tal gobierno. La toma del poder por los bolcheviques se convirtió en la obsesión de Lenin.

El llamamiento de Lenin provocó una división entre los líderes del partido. Una minoría apoyaba la llamada a las armas de Lenin, sobre todo los dirigentes de segundo nivel en el Comité de Petersburgo y en algunos comités de distrito, pero incluso allí muchos dudaban de que semejante acción fuera viable. Otro grupo, encabezado por Grigori Zinóviev y Lev Kámenev, dos de los colaboradores más antiguos y estrechos de Lenin, y de los más respetados líderes del partido, instaban a la prudencia. Argumentaban que el partido era cada día más fuerte, y que sería imprudente arriesgarlo todo en una aventura poco meditada, ya que el Gobierno todavía podía tener la fuerza suficiente para sofocarla. Por añadidura, ambos dirigentes tenían una visión diferente del futuro gobierno revolucionario, pues eran partidarios de una amplia coalición de socialistas en un gobierno democrático de izquierdas (una postura que Lenin había defendido anteriormente, pero que ya había descartado). Se oponían a las aventuras arriesgadas incluso por parte del Congreso de los Soviets. El estatus de ambos dirigentes dentro del partido y el destacado papel de Kámenev como portavoz del partido en Petrogrado —que contrastaba con la ausencia de Lenin— reforzaba el peso de esa postura.

Entre el llamamiento de Lenin a la toma del poder violenta por los bolcheviques y la cautela de Zinóviev y Kámenev, surgió una tercera postura, que los militantes fueron identificando cada vez más con la

de León Trotsky, y que contemplaba el Segundo Congreso de los Soviets de Toda Rusia como el lugar y el momento para un traspaso de poderes. Era bastante probable que los bolcheviques y los demás partidos que abogaban por un poder soviético fueran mayoría en dicho Congreso, de modo que cabía la posibilidad de que el Congreso declarara su asunción del poder. Los partidarios de esa postura estaban convencidos de que el Gobierno sería incapaz de oponerse. Los bolcheviques serían el partido mayor, y por consiguiente más importante, dentro de ese nuevo gobierno basado en los soviets. Serían sus líderes, y al mismo tiempo podrían presentarse como la encarnación de la «democracia soviética» y no como el gobierno de un único partido. Además argumentaban que el estado de ánimo de los trabajadores era tal que probablemente estarían dispuestos a «echarse a las calles» a favor de un poder soviético, pero no a favor de una acción del Partido Bolchevique. El Soviet tenía que ser el punto focal de un traspaso de poderes, de una segunda revolución. Opinaban, acertadamente, que las masas de obreros y soldados de Petrogrado generalmente presuponían que el poder soviético significaba un gobierno de los partidos socialistas que formaban parte de los soviets.

Por consiguiente, a pesar de las exigencias de Lenin, los esfuerzos políticos del partido se centraban en el inminente Segundo Congreso de los Soviets de Toda Rusia como el instrumento para un traspaso de poderes. Los dirigentes bolcheviques asumieron la tarea de movilizar los apoyos para la selección de los delegados al Congreso que estuvieran dispuestos a defender un traspaso de poderes. El 24 de septiembre, el Comité Central dictaminaba que «es necesario un esfuerzo para desarrollar las actividades de los soviets y para reforzar su importancia política hasta que asuman el papel de órganos opositores al poder del Estado burgués». Ordenaba a sus militantes que presionaran a favor de la renovación de todos

aquellos soviets locales que todavía controlaban los moderados. Alentaba la convocatoria de congresos regionales de los soviets y otras actividades para incrementar el apoyo a un traspaso de poderes en el Congreso de los Soviets.[27] A partir del 27 de septiembre, el principal periódico bolchevique llevaba el siguiente titular en su primera página: «¡Preparaos para el Congreso de los Soviets del 20 de octubre! Convocad de inmediato congresos regionales». Y los bolcheviques tampoco eran los únicos que se centraban en esa tarea: el diario de los eseristas de izquierdas llevaba un eslogan parecido, y advertía periódicamente en contra de «echarse a las calles» por la causa que fuera antes del Congreso.

Conseguir que se celebrara el Congreso y que este asumiera el poder eran motivos de preocupación para los bolcheviques y los demás grupos de izquierdas. Aunque es posible que en retrospectiva el poder de los soviets como institución y la creciente popularidad de los bolcheviques que formaban parte de ellos se nos antojen como una fuerza imparable, en aquel momento las cosas no estaban ni mucho menos tan claras. Los socialistas moderados habían accedido a convocar el Congreso tan solo a regañadientes. Los bolcheviques y los social-revolucionarios de izquierdas trabajaban con el constante temor de que algún tipo de contrarrevolución aún fuera capaz de impedir que se celebrara, de sofocar la Revolución y de arrebatarles todo lo que habían conseguido. Advertían constantemente de que los «contrarrevolucionarios» podían intentar impedir la celebración del Congreso de los Soviets y hacían llamamientos a los trabajadores y a los soldados para que estuvieran preparados para defenderlo. En efecto, un elemento crucial de la campaña a favor del poder soviético era precisamente el argumento de que únicamente un poder soviético garantizaba la formación de la Asamblea Constituyente. Si no se tienen en cuenta aquellos temores, así como el ambiente reinante, el estado de ánimo general de desafección,

aprensión, desesperación y de creciente conflicto sociopolítico, es fácil malinterpretar la movilización de fuerzas en vísperas del Congreso de los Soviets y la propia Revolución de Octubre.

Lenin no compartía el interés de los dirigentes de los partidos de Petrogrado en el Congreso de los Soviets. Frustrado, y temeroso de que se les estuviera escurriendo de las manos una oportunidad irrepetible, Lenin asumió el riesgo de trasladarse desde Finlandia a Petrogrado (pero todavía clandestinamente). El 10 de octubre se reunió, por primera vez desde julio, con el Comité Central del partido. Tras un debate que duró toda la noche, aparentemente el Comité Central cedió a las apasionadas exigencias de toma del poder que planteaba Lenin. Aprobó una resolución donde se afirmaba que «el Comité Central reconoce que [a continuación viene una larga lista de recientes acontecimientos internacionales y nacionales] todo ello pone a la orden del día la posibilidad de una insurrección armada».[28] Posteriormente esa resolución pasó a ser un elemento crucial del mito de una toma del poder cuidadosamente planificada que se llevó a cabo bajo la dirección de Lenin. En realidad, se trataba de algo distinto y bastante más complejo.

¿Qué significaba, o no significaba, aquella resolución? En primer lugar, es importante señalar que no establecía ningún calendario ni plan para una toma del poder. Más bien se trataba de una rectificación oficial de la política del Partido Bolchevique, la asunción de la idea de que una insurrección armada era una necesidad revolucionaria, tras el interludio que se inició en julio, cuando habían sostenido que era posible un desarrollo pacífico de la Revolución. Después de pasar revista a la situación política internacional y nacional, la resolución afirmaba que «por consiguiente [...] es inevitable una insurrección armada, y la situación es totalmente propicia», y ordenaba «a todas las organizaciones del Partido actuar en consecuencia y debatir y resolver todas las cuestiones prácticas

(el Congreso de Soviets de la Región Norte, la retirada de tropas de Petrogrado, la reacción de la población en Moscú y en Minsk, etcétera) desde ese punto de vista».[29] Así pues, la resolución suponía un cambio de la política oficial del partido, pero este no se comprometía a una toma del poder antes de la celebración del Congreso de los Soviets ni en ningún otro momento específico. Y el partido tampoco inició los preparativos para una toma del poder. Se trataba de una declaración general sobre sus políticas para un periodo turbulento y aparentemente favorable de la Revolución, no de un plan para la toma inmediata del poder. Como mucho era una declaración de intenciones de derrocar al Gobierno Provisional y sustituirlo por un gobierno basado en los soviets cuando llegara el momento apropiado y surgiera la oportunidad adecuada, en el momento que fuese. En octubre ya no se trataba ni mucho menos de una idea novedosa.

Sin embargo, la resolución del 10 de octubre sí tuvo dos efectos: suscitó un enérgico debate en el seno del Partido Bolchevique acerca del significado de la resolución y del futuro rumbo a seguir, y puso de manifiesto las divisiones dentro del partido. Algunos la interpretaban en sentido estricto, con el significado que le daba Lenin, como una decisión de poner en marcha la toma del poder por las armas lo antes posible. «Cuanto antes, mejor», argumentaba I. Rajia en una reunión del Comité de Petersburgo el 15 de octubre. No obstante, la mayoría la interpretaba en sentido amplio, con el significado de que en algún momento, de alguna forma, se llevaría a cabo una toma del poder, probablemente a través del Congreso de los Soviets, o como respuesta a alguna provocación del Gobierno. En aquella misma reunión, Andréi Bubnov, al tiempo que instaba a la acción con el argumento de que «la situación general es tal que resulta inevitable una sublevación armada», también admitía que «es imposible fijar una fecha para la insurrección, que caerá por su

propio peso si las condiciones son propicias para ello». Mijaíl Kalinin expresaba la incertidumbre de muchos de sus camaradas: elogiaba la resolución del Comité Central del 10 de octubre, pero añadía que «no estamos seguros de cuándo será posible esa insurrección, acaso dentro de un año».[30]

Además, los bolcheviques también debatían la cuestión del poder en otros posibles escenarios, donde participaran los eseristas de izquierdas y otros grupos radicales. La reunión del Congreso de los Soviets de la Región Norte (CSRN) entre el 11 y el 13 de octubre fue especialmente importante.[31] Sus organizadores, en su mayoría bolcheviques, lo veían como un instrumento para organizar a los soldados, a los marineros y a los soviets de la región del Báltico, Helsinki y Petrogrado para que se sumaran a la presión a favor de un poder soviético y para garantizar la celebración del inminente Segundo Congreso de los Soviets de Toda Rusia. Aunque se planteó la cuestión de la toma inmediata del poder —en uno de sus escritos Lenin especificaba el CSRN como un posible instrumento para la toma del poder—, Trotsky y los dirigentes del CSRN desviaron los debates al asunto de los preparativos del Congreso de Soviets de Toda Rusia y de asumir el poder allí. Se trataba de una postura muy distinta del discurso de Lenin en aquel momento sobre un ataque armado contra Petrogrado con las tropas de la Flota del Báltico y de la región septentrional como medio para tomar el poder. Trotsky, que probablemente era el rostro público más visible del partido, además de ocupar el importantísimo cargo de presidente del Soviet de Petrogrado, siguió centrando su atención en el inminente Congreso de los Soviets como lugar para un traspaso de poderes del antiguo Gobierno Provisional a los soviets.

Los bolcheviques siguieron debatiendo entre ellos el grado de apoyo popular a una toma del poder y el estado de preparación de

su partido. En la reunión del Comité de Petersburgo del 15 de octubre, un orador tras otro manifestaron sus dudas de que los trabajadores y los soldados se echaran a las calles para apoyar un intento de tomar el poder, sobre todo antes del Congreso de los Soviets, aunque sí cabía la posibilidad de que acudieran en defensa del Soviet y la Revolución. Sin embargo, algunos argumentaban que el estado de ánimo era el adecuado, y que era importante actuar de inmediato. Aun así, todo el mundo tenía que admitir que se había hecho poco o nada para organizar a los soldados y trabajadores simpatizantes que supuestamente iban a llevar a cabo la toma del poder, como tampoco para organizar a los cuadros del Partido Bolchevique en centros vitales como Moscú, ni para garantizar el control de los ferrocarriles y las comunicaciones. En efecto, no se había creado ningún órgano de planificación central ni de gestión. La Guardia Roja, pese a ser combativa y cada vez más pro-bolchevique, carecía de una organización central a escala municipal, y los bolcheviques tan solo tenían una vaga idea de su fuerza, de su estado de ánimo y de su organización. En una crucial reunión del partido (con asistencia de Lenin) la noche del 16 de octubre, un orador señalaba que «Si la resolución [del 10 de octubre] es una orden, no se ha cumplido y tampoco hemos hecho nada al respecto».[32] Habían pasado seis días desde la resolución del 10 de octubre, y faltaban menos de cuatro días para la supuesta inauguración del Congreso —aún estaba programado para el día 20 —. Kámenev, que se oponía rotundamente a una toma del poder, argumentaba que durante la semana transcurrida desde la resolución del 10 de octubre «no se ha hecho nada [...]. No disponemos del aparato para una insurrección».[33]

Por último, la reunión del 16 de octubre reiteró la resolución del 10 de octubre. Aquella ratificación, que venía a sumarse a la idea de

Lenin de enviar a las tropas del Báltico para atacar Petrogrado y tomar el poder, llevó a Kámenev a declarar que disentía de ella hasta el punto de que estaba dispuesto a dimitir del Comité Central del partido. Junto con Zinóviev, los dos destacados líderes bolcheviques plantearon su postura incluso fuera de los círculos del partido, y publicaron sus argumentos en contra de tomar el poder, lo que vino a avivar aún más el debate público sobre las intenciones de los bolcheviques, igual que lo hizo el encarnizado ataque de Lenin contra sus antiguos camaradas. A medida que se aproximaba el Congreso de los Soviets, entre los dirigentes bolcheviques reinaba la confusión sobre cómo proceder. En parte por falta de alternativa, y en parte porque ello parecía reflejar la opinión de la mayoría de los líderes del partido, la atención fue centrándose cada vez más en el Congreso de los Soviets como el momento, el lugar y el instrumento para la toma del poder, para hacer esa nueva revolución a la que incitaban la resolución bolchevique del 10 de octubre y cientos de resoluciones de los comités locales de trabajadores y de soldados.

El debate sobre la toma del poder no se circunscribía a los bolcheviques. No eran los únicos integrantes de la coalición de izquierdas que habían ido incrementando su poder en los soviets de las ciudades con la llegada del otoño, y que iban a constituir la mayoría en el Congreso de los Soviets. Los social-revolucionarios de izquierdas y los mencheviques internacionalistas se oponían rotundamente a cualquier acción antes del Congreso de los Soviets. En efecto, los influyentes eseristas de izquierdas tenían puesta su atención en formar un gobierno exclusivamente socialista pero genuinamente multipartidista, basado en un amplio espectro de partidos socialistas. Habían defendido infructuosamente un gobierno de ese tipo en la Conferencia Democrática y en el Preparlamento, y ahora contemplaban el Congreso de los Soviets como el instrumento para crearlo. A finales de octubre, los eseristas de izquierdas

intentaban instigar a sus camaradas del PSR a dar su consentimiento a un gobierno de ese tipo y al mismo tiempo refrenar lo que ellos percibían con temor como aventurerismo bolchevique. Los eseristas de izquierdas estaban convencidos de que cualquier solución a la crisis de poder, a los problemas sociales y económicos, y a la guerra, exigía un gobierno monocolor socialista basado en los soviets. Muchos mencheviques internacionalistas opinaban lo mismo. Los dirigentes bolcheviques de Petrogrado no podían desoír las opiniones de los eseristas de izquierdas, dado el apoyo popular de que gozaban en los cuarteles y las fábricas. Al mismo tiempo, los eseristas de izquierdas querían ver en la postura de los líderes bolcheviques más cautos, como Kámenev y Zinóviev y los dirigentes del partido en Moscú, una prueba de que era posible ese camino en colaboración con los bolcheviques. Incluso la postura de Trotsky era compatible con el enfoque de los eseristas de izquierdas.[34]

En vísperas de la Revolución: la movilización de fuerzas

A la luz retrospectiva de aquellos debates y de los acontecimientos de la semana siguiente que condujeron a la Revolución de Octubre, la decisión que tomaron el 18 de octubre los líderes socialistas moderados de aplazar el comienzo del Congreso de los Soviets del día 20 al 25 se nos antoja fatídicamente trascendental (se pospuso alegando el escaso número de delegados que había conseguido llegar a Petrogrado). Se trataba de una afortunada casualidad para los bolcheviques, que no estaban preparados para ningún tipo de intento de tomar el poder y no habrían sido capaces de llevarlo a cabo antes del día 20 aunque hubieran querido. Los cinco días adicionales lo cambiaron todo. Dieron tiempo para un ulterior aumento de las tensiones, para una importante lucha por el control de la guarnición y para los esfuerzos de movilización de la Guardia

Roja. Y sobre todo, dieron tiempo a Kérensky para tomar la fatídica decisión de dar un golpe de mano contra los izquierdistas el día 24, lo que precipitó la toma del poder por las armas *antes* de la celebración del Congreso de los Soviets. Sin todos esos acontecimientos, la Revolución de Octubre, tal y como la conocemos, nunca se habría producido.

La movilización de los simpatizantes durante aquellos días fue de especial importancia. Al fin y al cabo, una declaración de traspaso de poderes en el Congreso de los Soviets, por muy esperada que fuera, habría constituido un acto de insurrección. Los bolcheviques y los eseristas de izquierdas podían suponer que sin duda el Gobierno de Kérensky intentaría resistirse. Por consiguiente, hicieron lo posible por asegurarse de que el Congreso de los Soviets fuera capaz de asumir el poder satisfactoriamente, y pusieron en marcha una serie de medidas concebidas para debilitar al Gobierno y privarle de la escasa legitimidad que aún conservaba. Los bolcheviques decidieron movilizar a sus simpatizantes, y para ello intentaron tardíamente crear una organización de la Guardia Roja a escala municipal. Actuaron para arrebatarle al Gobierno la autoridad que aún tenía sobre la guarnición de Petrogrado, y con ello aniquilar la capacidad del Gobierno de utilizarla en contra de la toma del poder por el Congreso de los Soviets. Hicieron reiterados llamamientos a los trabajadores y a los soldados a defender la Revolución y el Congreso de los Soviets. Bajo esa luz, como una serie de preparativos para defender un traspaso de poderes con motivo del Congreso de los Soviets, las medidas de los dirigentes bolcheviques y eseristas de izquierdas, del Gobierno, de otras figuras políticas y de los activistas locales a lo largo del mes de octubre tienen una lógica de la que carecerían si nos aferráramos al viejo mito de una minuciosa preparación para una toma del poder por los bolcheviques antes del Congreso de los Soviets.

Así, como parte de los esfuerzos de los bolcheviques y los eseristas de izquierdas para asegurarse de que iban a poder declarar satisfactoriamente el poder soviético en el Congreso, es como adquieren pleno significado el Comité Militar Revolucionario (CMR) y su intento de neutralizar la autoridad del Gobierno en la guarnición de Petrogrado. La idea del CMR surgió a raíz de la propuesta de un menchevique miembro del Soviet de Petrogrado el 9 de octubre para la formación de un comité especial que se encargara del estado de ánimo de impaciencia de la guarnición y de la defensa de Petrogrado (se temía un ataque alemán). Trotsky, en calidad de presidente del Soviet, asumió la propuesta y la amplió, instando a la creación de un «comité revolucionario de defensa» que se familiarizara con todas las cuestiones relativas a la defensa de la capital y que supervisara el reparto de armas entre los trabajadores. El objetivo era defender la ciudad no solo contra cualquier amenaza del Ejército alemán, sino contra «una contrarrevolución kornilovista». Fue cobrando forma poco a poco, y no celebró su primera reunión hasta el 20 de octubre (es decir, no antes de la fecha prevista originalmente para el comienzo del Congreso de los Soviets). Escogió una dirección ejecutiva formada por cinco personas, tres bolcheviques y dos eseristas de izquierdas, presidida por uno de estos, Pável Lazimir (que también era presidente de la Sección de Soldados del Soviet de Petrogrado). Más o menos al mismo tiempo los dirigentes bolcheviques empezaron a ser conscientes del potencial del CMR como instrumento para dominar el crucial poder de las tropas en la capital mediante su autoridad sobre los soldados, y por consiguiente del papel que podía desempeñar el CMR a la hora de hacer cumplir un traspaso de poderes con motivo del Congreso de los Soviets.

El control de la guarnición pasó a ser una cuestión clave en la lucha que estaba teniendo lugar entre el Gobierno y la izquierda. Las resoluciones aprobadas en una asamblea de la guarnición convocada

por el CMR el 21 de octubre prometían el pleno apoyo al CMR y al Soviet de Petrogrado, y hacían un llamamiento al Congreso de los Soviets para que tomara el poder, firmara la paz y suministrara tierra y pan al pueblo. A la vista de esa ratificación de la lealtad prioritaria de la guarnición al Soviet, el CMR, que sabía que numerosos soviets a lo largo del vecino Frente Norte y de la costa del Báltico ya habían impuesto su autoridad sobre las autoridades militares locales, presionó al Gobierno. El 21 de octubre, por la noche, una delegación del CMR fue a ver al general G. P. Polkovnikov, comandante de la Región Militar de Petrogrado, y le dijo que «de ahora en adelante, las órdenes que no vayan firmadas por nosotros carecen de validez».[35] Polkovnikov rechazó aquel ultimátum. Como respuesta, al día siguiente el CMR envió a todas las unidades de la guarnición una declaración que denunciaba la negativa de Polkovnikov a reconocer al CMR como una prueba de que el Cuartel General del Ejército era «un instrumento de las fuerzas contrarrevolucionarias». Por consiguiente, rezaba la declaración, la protección de la Revolución quedaba en manos de los soldados bajo la dirección del CMR. «Ninguna orden a la guarnición que no vaya firmada por el Comité Militar Revolucionario tiene validez [...]. La Revolución está en peligro».[36] Al mismo tiempo, el CMR empezó a enviar sus propios comisarios para relevar a los anteriores, defensistas revolucionarios y progubernamentales, en las unidades militares más importantes, completando el proceso de transición de la influencia de los socialistas moderados a la de los radicales. Al imponer esa autoridad sobre la guarnición, el CMR no solo estaba impugnando la esencia de la autoridad del Gobierno— el control del mando sobre las tropas— sino que daba un importante paso para garantizar el éxito de una proclamación del poder soviético en el Congreso de los

Soviets. Si el Gobierno no podía recurrir a la guarnición, iba a ser incapaz de defenderse.

Mientras tanto, Petrogrado era escenario de numerosas concentraciones masivas, de rumores y de auto-movilizaciones. El 22 de octubre había sido proclamado con anterioridad el «Día del Soviet de Petrogrado», una jornada para los mítines y las manifestaciones a fin de recaudar fondos y consolidar el apoyo al Soviet. Teniendo en cuenta la tensión que había en el aire, ahora esa jornada adquiría una relevancia especial. En las concentraciones masivas que se celebraron por toda la ciudad, los bolcheviques y los eseristas de izquierdas hicieron todo lo posible por recabar el apoyo popular a un traspaso de poderes al Soviet. Las exaltadas multitudes coreaban su apoyo. «A mi alrededor», escribía Sujánov hablando de un mitin donde Trotsky habló de las ventajas del poder soviético, «había un estado de ánimo rayano en el éxtasis».[37] El CMR envió oradores a las concentraciones de los regimientos para apelar directamente a los soldados, pedirles su apoyo y para intensificar su enfado con el Gobierno. La perspectiva de un encontronazo entre los manifestantes partidarios del Soviet y los cosacos, que habían programado una procesión patriótica para conmemorar el aniversario de la liberación de Moscú de manos de Napoleón, acentuó las tensiones. Los rumores de que ese día los «contrarrevolucionarios» pensaban hacer algo llevaron a algunas unidades de la Guardia Roja a movilizarse, y crearon un ambiente de tensa expectación. Algunas unidades de la Guardia Roja decidieron permanecer en estado de alerta hasta que se reuniera el Congreso de los Soviets. El alto mando de la Guardia Roja del distrito de Vyborg ordenó a todas las unidades que se mantuvieran en total disposición para el combate. Un obrero de la Fábrica Vulkan, F. A. Ungarov, escribía que «después del "Día del Soviet", el estado de ánimo de los trabajadores se intensificó. [...] Chasqueaban los seguros de los fusiles. En el patio

de la fábrica han blindado los camiones y los han equipado con ametralladoras».[38] A última hora del día 22, todo el mundo estaba esperando *algún* tipo de acción revolucionaria, ya fuera una sublevación armada al estilo clásico (alimentada por las imágenes de la Revolución Francesa, de las revueltas campesinas y de los Días de Julio), o alguna medida del Congreso de los Soviets, o incluso un golpe de Estado contrarrevolucionario —¡algo!—. Por toda la ciudad se mascaba la tensión y el nerviosismo.

Los dirigentes del Soviet de Petrogrado, envalentonados por el apoyo recibido el día 22, y tras completar el relevo de la mayoría de los antiguos comisarios de las unidades militares —sobre todo con militantes bolcheviques y eseristas de izquierdas—, el 23 intensificó su desafío al Gobierno. El CMR anunció a la población que a fin de defender la Revolución había enviado comisarios a las unidades militares y a otros puntos estratégicos de la cuidad, y que tan solo había que obedecer las órdenes ratificadas por ellos. Aquella noche, el CMR consiguió el compromiso de lealtad de la guarnición de la Fortaleza de Pedro y Pablo, tras una asamblea que duró todo el día, donde todo tipo de oradores, incluido Trotsky, compitieron por la lealtad de los soldados. La fortaleza ocupaba el centro de la ciudad, y sus cañones se alzaban amenazantes por encima de las dependencias del Gobierno Provisional en el Palacio de Invierno, en la otra orilla del río. El día 23 por la tarde, la reunión del Soviet de Petrogrado elogió los esfuerzos del CMR, cuya continuación, se decía, era la garantía de la celebración del Congreso de los Soviets y de sus trabajos. En efecto, todo lo que se había hecho hasta ese momento encaja en el marco de las medidas pertinentes para garantizar un traspaso de poderes satisfactorio en el Congreso de los Soviets, o una derrota sin paliativos de la siempre temida contrarrevolución en caso de que realmente diera un golpe de mano.

Mientras tanto, el Gobierno de Kérensky emprendía los preparativos que con total confianza consideraba más que suficientes para sofocar cualquier intento de derrocarlo. El 17 de octubre, el ministro del Interior, Nikolái Kishkin, informaba de que el Gobierno disponía de las suficientes fuerzas leales para sofocar los disturbios una vez que estallaran, pero que carecía de las fuerzas necesarias para emprender una acción contra la izquierda (una matización que Kérensky no tendría que haber pasado por alto cuando emprendió dicha acción una semana después). El Gobierno básicamente se limitó a emitir llamamientos periódicos al orden público y a presuponer que tenía un control de la guarnición suficiente para sofocar cualquier insurrección armada. Aquella confianza del Gobierno demostró estar sumamente equivocada cuando, la noche del 21 al 22 de octubre, Kérensky le aseguró al general N. N. Dujonin en la *Stavka* (el cuartel general del frente) que, aunque el ministro-presidente se hubiera ausentado de Petrogrado para reunirse con el comandante del frente, el encuentro «no debía posponerse de ningún modo por temor a algún tipo de disturbio, rebelión ni nada por el estilo; es posible hacer frente a esa clase de cosas sin mí, porque todo está organizado».[39] Es más, Kérensky le había asegurado al embajador británico, sir George Buchanan, que «estoy deseando que [los bolcheviques] se echen a las calles para acabar con ellos».[40]

A pesar de todo, Kérensky, los miembros del Gobierno y los comandantes militares de Petrogrado acabaron alarmándose ante el giro de los acontecimientos: la masiva demostración de apoyo al poder soviético del día 22, las actividades del CMR, la conducta de la guarnición y de la Guardia Roja, y la amenaza del Congreso de los Soviets. Pidieron informes sobre un posible envío de tropas desde el vecino Frente Norte, pero los informes no hicieron más que suscitar

dudas sobre si dichas tropas estarían dispuestas a apoyar al Gobierno. Kérensky y sus ministros estaban ante el dilema de si esperar pasivamente a que el Congreso de los Soviets declarara su destitución o si debían adoptar algún tipo de medida preventiva. Finalmente, la noche del 23 al 24 de octubre, el Gobierno decidió actuar. Kérensky propuso detener a los miembros del CMR. Por el contrario, sus ministros accedieron a emprender acciones legales contra algunos miembros del CMR y determinados bolcheviques, y a cerrar dos periódicos bolcheviques de la ciudad. A modo de compensación, también decretaron el cierre de dos diarios conservadores. Ordenaron a los responsables del Ejército que concentraran una fuerza leal ante el Palacio de Invierno. Las medidas propuestas eran tan escasas e insuficientes que está claro que el Gobierno no era consciente ni de la popularidad de la idea del poder soviético ni del descontento real que sentía el pueblo llano. Evidentemente, el Gobierno no había entendido la fogosa retórica de los días anteriores sobre la necesidad de defenderse de una contrarrevolución. Kérensky y sus ministros fueron totalmente incapaces de anticiparse al vendaval de oposición que iban a desencadenar sus medidas. Aquellas medidas represivas tan nimias del Gobierno difícilmente iban a poder parar la creciente marea de reivindicación de un poder soviético, y lo único que consiguieron fue aportar justamente la acción «contrarrevolucionaria» que había tenido en guardia a la izquierda. De forma inesperada, Kérensky le concedió a Lenin la toma del poder antes del Congreso de los Soviets que tanto ansiaba.

Capítulo 9. LOS BOLCHEVIQUES TOMAN EL PODER

La Revolución de Octubre: la confrontación armada

La madrugada del 24 de octubre, mientras la mayor parte de la población de Petrogrado dormía, un pequeño destacamento de cadetes militares y policías enviado por el Gobierno Provisional tomaba al asalto la rotativa donde se imprimían dos periódicos bolcheviques. Destruyeron los ejemplares recién impresos del periódico de aquel día, inutilizaron las planchas de impresión, precintaron los accesos y apostaron una guardia en la puerta. Los alarmados trabajadores de la imprenta acudieron corriendo a dar la noticia al Instituto Smolny, cuartel general del Soviet de Petrogrado, del Comité Militar Revolucionario (CMR) y del Partido Bolchevique. Sin que nadie lo supiera, ni siquiera los líderes bolcheviques, acababa de comenzar la Revolución de Octubre. No empezó ni como respuesta a las exigencias de Lenin, ni obedeciendo a un plan de los bolcheviques, sino como reacción a la desacertada decisión del Gobierno de poner en marcha una intrascendente acción de castigo contra los bolcheviques.

Los dirigentes del Smolny rápidamente tacharon el cierre de los periódicos de medida contrarrevolucionaria y convocaron a los líderes del CMR, del Soviet de Petrogrado, del Partido Bolchevique y de los social-revolucionarios de izquierda. Todos ellos (a excepción de Lenin, que permanecía oculto) se reunieron en el Smolny, donde descubrieron que, además del relato de los impresores, empezaban a llegar informaciones sobre movimientos de tropas sospechosos

desde distintos lugares de la ciudad. El CMR hizo un llamamiento pidiendo apoyo: «Esta noche los conspiradores contrarrevolucionarios han pasado a la ofensiva. Se está tramando un golpe traicionero contra el Soviet de Delegados de los Trabajadores y los Soldados de Petrogrado [...]. La campaña de los conspiradores contrarrevolucionarios va dirigida contra el Congreso de los Soviets la víspera de su inauguración, contra la Asamblea Constituyente, contra el pueblo». A continuación envió la «Directiva n.º 1» a los comisarios y los comités de los regimientos: «Por la presente se les ordena poner su regimiento en disposición para el combate».[1]

La cuestión era qué hacer a continuación. Algunos de los presentes abogaban por iniciar de inmediato una insurrección armada. Sin embargo, la mayoría, incluido Trotsky, se centraba más bien en las medidas defensivas, a fin de garantizar que el Congreso de los Soviets —que para entonces ya estaba claro que iba a tener una mayoría a favor del traspaso de poderes— pudiera inaugurarse al día siguiente, como estaba previsto. De hecho, la reunión del Comité Central Bolchevique que se convocó a toda prisa se ocupó más de los diversos aspectos de la crisis política general que de las medidas adoptadas por el Gobierno Provisional de madrugada y de la respuesta que había que darle; *no* se habló del derrocamiento del Gobierno antes de que se reuniera el Congreso. Aquella tarde, Stalin afirmó en una reunión de delegados bolcheviques convocada con motivo del Congreso que en el seno del CMR había dos puntos de vista: «que organicemos una sublevación de inmediato, y [...] que primero consolidemos nuestras fuerzas», y que el Comité Central se alineaba con la segunda opción. El discurso de Trotsky a los asistentes reafirmó lo dicho por Stalin y subrayó que la orden que

había dado el CMR a las tropas para la reapertura de los periódicos bolcheviques clausurados era una acción defensiva.[2]

A lo largo de toda la mañana y de la tarde del día 24 los dos bandos enfrentados, que básicamente actuaban cada uno a la defensiva, acusaban al otro de traicionar la Revolución, y se presentaban como su defensor, intentaron recabar el apoyo político y militar a medida que la confrontación iba ganando impulso poco a poco. Sus esfuerzos tuvieron distintas respuestas. Por la mañana, Kérensky y las autoridades militares de Petrogrado intentaron infructuosamente conseguir refuerzos armados de fiar. Los intentos del Gobierno de ejercer su autoridad en la guarnición de Petrogrado fueron en vano. Los soldados mostraban escaso entusiasmo ante la posibilidad de que les utilizara cualquiera de los dos bandos, y la mayoría de los que sí estaban dispuestos apoyaban al Soviet. Los soldados de la guarnición, ante las órdenes contradictorias, habitualmente obedecían las que procedían del Soviet y de los comisarios del CMR, o no hacían nada; en ambos casos, al Gobierno no le servían de nada. Las órdenes para el envío de tropas desde fuera de la ciudad eran revocadas por los comités del Ejército, y en otros casos las propias tropas se negaban a ponerse en marcha cuando los representantes del Soviet les informaban de que iban a utilizarles para la contrarrevolución. A primera hora de la tarde, el Gobierno tan solo había logrado reunir una pequeña fuerza de cadetes militares, de oficiales, de cosacos, y un destacamento de uno de los batallones de mujeres a fin de proteger el Palacio de Invierno y algunos edificios estratégicos del Gobierno y de las comunicaciones.

Por el contrario, el Soviet encontró un apoyo inmediato y enérgico. Aunque la mayor parte de la guarnición permaneció en sus cuarteles, algunas unidades radicalizadas del Ejército reaccionaron ante lo que percibían como una amenaza de contrarrevolución y

salieron a la calle respondiendo a los llamamientos del CMR. Además, las medidas del Gobierno el día 24 movilizaron a los obreros industriales, ya inquietos de por sí, e instigaron a sus destacamentos armados, la Guardia Roja, a una confusa lucha por el control de la ciudad. Entró en acción la práctica totalidad de la Guardia Roja, por su cuenta o bien coordinándose con grupos de soldados. Por añadidura, su *actitud* resultó especialmente importante. Entre la Guardia Roja no hubo unidades vacilantes, como entre los soldados, ni fuerzas de las que una preocupada dirección del Soviet temiera que podían apoyar al Gobierno. Para el CMR, el problema era que ejercía un escaso control directo sobre la Guardia Roja, e incluso carecía de una idea clara de su tamaño y de su utilidad. A pesar de todo, la Guardia Roja y las tropas que salieron a la calle otorgaban a las fuerzas pro-Soviet la hegemonía en materia de fuerzas armadas en la capital.

Mientras tanto, el Gobierno y la oposición política al poder soviético se estaban desmoronando. El propio Kérensky estuvo casi toda la tarde del día 24 en el Preparlamento, intentando recabar apoyo político. En realidad, la práctica totalidad de los líderes políticos del país, salvo los bolcheviques y los eseristas de izquierdas, estuvieron allí toda la tarde debatiendo en vano. Aunque Kérensky cosechó aplausos por sus denuncias contra los bolcheviques, al cabo de aquella tarde de debates el Preparlamento aprobó una resolución que a todos los efectos repudiaba el Gobierno de Kérensky, y eso en un órgano del que estaban ausentes la mayoría de los representantes de la izquierda radical. Al mismo tiempo, los dirigentes socialistas moderados no lograron encontrar ningún plan de acción salvo emitir la enésima y manida resolución apelando a la contención y advirtiendo de la posibilidad de una contrarrevolución, como el llamamiento de la noche del 24 al 25 de octubre, donde afirmaban que «un enfrentamiento armado por las calles de

Petrogrado dejaría las manos libres a las bandas acechantes de vándalos y pogromistas [...] y conduciría inevitablemente al triunfo de los elementos contrarrevolucionarios que ya han movilizado sus fuerzas para aplastar la Revolución».[3] Seguían sin entender las profundas raíces populares de la reivindicación de un poder soviético, y todavía la consideraban exclusivamente en términos del peligro de abrir la puerta a una contrarrevolución en todo el país. Seguían creyendo más en el fantasma de una contrarrevolución que había «movilizado» sus fuerzas que en el movimiento popular real.

Mientras los políticos debatían, mientras Kérensky buscaba unos apoyos que nunca iban a llegar, grupos de trabajadores y soldados armados iniciaron una lucha descoordinada pero decisiva por el control de la ciudad. La mayoría de las acciones del día 24 fueron defensivas y reactivas. La Guardia Roja y los soldados pro-Soviet se movilizaron para controlar los puentes sobre el río después de que el Gobierno intentara levantarlos para entorpecer la circulación. La ocupación de las estaciones de ferrocarril obedeció a los rumores de que el Gobierno estaba pidiendo el envío de tropas de fuera de la ciudad. Se trató sobre todo de un forcejeo, de farol y contrafarol, donde el Gobierno intentaba servirse de las unidades «fiables» para mantener el control, mientras que los soldados pro-Soviet y la Guardia Roja se esforzaban por hacerse con el control de los edificios, los puentes y las posiciones estratégicas. Sin orden ni concierto, y poco a poco, en la ciudad se produjo un traspaso del poder armado a través de una serie de confrontaciones sin disparos entre grupos armados, en las que se impuso el bando más decidido, y esa mayor decisión estaba del lado de los partidarios del poder soviético. En realidad, hubo un número asombrosamente bajo de intercambios de disparos; nadie tenía ganas de morir por el

Gobierno Provisional. Al anochecer del día 24, las fuerzas pro-Soviet controlaban la mayor parte de la ciudad.[4]

A pesar de aquellos éxitos, los dirigentes del Soviet y del CMR seguían pensando en parar un posible golpe de mano del Gobierno y en el traspaso de poderes en el Congreso de los Soviets. El día 24 por la tarde, Trotsky dijo ante el Soviet de Petrogrado que «Todo el poder a los soviets» debía ponerse en práctica en dicho Congreso, y «que ello dé pie o no a una insurrección depende no solo, y no tanto, de los soviets como de quienes tienen en sus manos el poder del Estado en contra de la voluntad unánime del pueblo». Después Trotsky advertía de que «si el poder impostor [el Gobierno Provisional] lleva a cabo un arriesgado intento de resucitar su propio cadáver, la masa del pueblo, organizada y armada, le infligirá una derrota decisiva».[5] Al margen de las imágenes ocurrentes, se trataba de una valoración de la situación más realista que la del bando contrario.

En torno a la medianoche la revolución en ciernes pasó de la acción defensiva a la ofensiva. Ello tuvo que ver con dos acontecimientos: (1) la creciente constatación de que el Gobierno era mucho más débil de lo que se pensaba, y que el control material de la ciudad estaba pasando a manos de los soldados y de la Guardia Roja que se habían movilizado en defensa del Soviet, y (2) la llegada de Lenin al cuartel general del Soviet. Aunque el Comité Central Bolchevique le había ordenado que permaneciera escondido, poco antes de la medianoche, Lenin, muy inquieto, consciente de que en la ciudad estaba ocurriendo algo importante, salió de su escondite y acudió al Smolny. Con peluca, gorra y el rostro vendado, se puso en camino acompañado por un único guardaespaldas. En el trayecto fueron interceptados por una patrulla de cadetes militares, pero les dejaron pasar porque les tomaron por dos borrachos y no

les reconocieron. Después, cuando llegaron al Smolny, en un primer momento la Guardia Roja les impidió la entrada porque carecían de las credenciales adecuadas. Lenin logró entrar solo con grandes dificultades en el lugar que estaba convirtiéndose en el cuartel general de la Revolución.[6]

La coyuntura de que en aquel momento todo el mundo empezara a darse cuenta del éxito de las fuerzas pro-Soviet y de la aparición de Lenin cambió drásticamente la situación. Lenin no había participado en la cauta reacción defensiva del día 24, y era el único líder que había instado reiteradamente a una toma del poder por las armas *antes* de que se reuniera el Congreso de los Soviets. A raíz de su insistencia y de la realidad de que cada vez eran más fuertes, los dirigentes bolcheviques del Soviet pasaron de una postura defensiva a la ofensiva, aproximadamente a las dos de la madrugada del día 25.[7] El vuelco en la postura del Soviet se refleja en las órdenes contradictorias que recibió Osvald Dzenis, comisario del CMR en el Regimiento Pavlovsky, que había ocupado el Puente Troitsky (que comunica el distrito de Petrogradsky y el centro de la ciudad). El día 24 por la tarde, Dzenis había montado un puesto de control en el puente y empezó a arrestar a los funcionarios del Gobierno que intentaban cruzarlo, pero fue desautorizado por el CMR, que le ordenó que dejara de hacerlo. Aproximadamente a las 2 de la madrugada del día 25, Dzenis recibió una nueva orden, instándole a reforzar su puesto de control y a ejercer un estricto control de las personas y vehículos que circulaban por el puente.

Sobre esa misma hora, el CMR empezó a diseñar un sofisticado plan para disolver el Preparlamento, arrestar al Gobierno Provisional y asumir el control del resto de instalaciones estratégicas. Abandonaron la idea de esperar al Congreso de los Soviets e iniciaron una maniobra para apoderarse de inmediato del control de

la ciudad. Al amanecer del 25 de octubre, un día gris y ventoso, las fuerzas pro-Soviet ya habían extendido su control por casi toda la ciudad, salvo el Palacio de Invierno. Allí, los miembros del Gobierno Provisional seguían atrincherados detrás de un pequeño grupo de defensores, cada vez más desmoralizados, y rodeados por una fuerza considerable pero desorganizada de la Guardia Roja y de soldados insurgentes. Sin embargo, los sitiadores temían que el Gobierno contara con simpatizantes decididos que pudieran infligir cuantiosas bajas entre cualquiera que se atreviera a atacarles, de modo que se mostraban reacios a avanzar. De hecho, ni los sitiadores ni los defensores querían correr el riesgo de que hubiera derramamiento de sangre.

A media mañana del día 25, la situación ya había madurado hasta el punto de que, más o menos a la misma hora, los bolcheviques proclamaban el traspaso de poderes, al tiempo que Kérensky huía de la ciudad para ir en busca de refuerzos. Kérensky había intentado encontrar tropas de fiar en Petrogrado, y al no lograrlo, decidió abandonar la ciudad para ir a buscar tropas en el frente. Le resultó complicado salir de la ciudad —las estaciones ferroviarias habían sido ocupadas por los insurgentes, y el Gobierno no lograba encontrar un automóvil propio—, de modo que hasta aproximadamente las 11 de la mañana Kérensky no consiguió salir a toda velocidad por entre las fuerzas asediantes que rodeaban el Palacio de Invierno de una forma desorganizada. Mientras Kérensky buscaba un coche, en el Instituto Smolny Lenin tomaba personalmente la iniciativa y escribía el comunicado que anunciaba el derrocamiento del Gobierno, que se imprimió en el acto y se difundió por toda la ciudad. Es posible que en el trayecto de salida de la ciudad, Kérensky se cruzara con los primeros repartidores de la proclama que anunciaba su derrocamiento como ministro-presidente. El comunicado decía así:

¡A los ciudadanos de Rusia!

El Gobierno Provisional ha sido depuesto. El poder del Estado ha pasado a manos del órgano del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado, el Comité Militar Revolucionario, que encabeza al proletariado, y a la guarnición de Petrogrado.

La causa por la cual luchó el pueblo: el ofrecimiento inmediato de una paz democrática, la abolición de la propiedad terrateniente sobre la tierra, el control obrero sobre la producción y la creación de un gobierno soviético, esa causa está asegurada.

¡Viva la Revolución de los obreros, soldados y campesinos! Comité Militar Revolucionario adjunto al Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado.

25 de octubre, a las diez de la mañana.[8]********

******** Ibíd., p. 347 (*N. del T.*)

Aquella tarde, Trotsky daba comienzo a una reunión del Soviet de Petrogrado donde anunció el derrocamiento del Gobierno y las medidas que se habían adoptado para asegurar el poder en la ciudad. A continuación apareció Lenin, en la que era su primera aparición en público desde los Días de Julio, y recibió un aplauso atronador. Los delegados, entusiasmados, y otros asistentes que abarrotaban la sala refrendaron el traspaso de poderes.

Las afirmaciones de Trotsky y Lenin, pese a ser sustancialmente ciertas, pasaban por alto el dato incómodo de que, a excepción de Kérensky, el Gobierno Provisional seguía en su puesto en el Palacio de Invierno, protegido por un reducido grupo de defensores. Se trató de una confrontación curiosamente poco marcial. El día 25, por la tarde, el periodista radical John Reed y otros tres estadounidenses lograron embaucar a los sitiadores y entraron tranquilamente en el palacio sin que los defensores les molestaran. Estuvieron dando vueltas por el palacio, hablaron con distintas personas, volvieron a salir por entre las filas de la Guardia Roja y de los soldados que

sitiaban el palacio y después se fueron a cenar.[9] A lo largo de todo el día y al anochecer llegaron nuevos contingentes de guardias rojos y de soldados para reforzar a los sitiadores, algunos de los cuales se marcharon, mientras que algunos defensores del palacio cambiaron de opinión y abandonaron sus puestos sin que nadie se lo impidiera. Por la tarde empezó a caer una nevada ligera de aguanieve. Finalmente, ya de noche cerrada, los sitiadores empezaron a colarse en el interior del palacio en pequeños grupos, en vez de «tomarlo al asalto» (las pinturas y las películas que describen una gran carga contra el palacio son una ficción novelada posterior). Cerca de la medianoche del 25, la entrada esporádica de sitiadores pasó a ser un flujo incesante. Un defensor describía así el proceso: «lográbamos desarmar a los grupos de guardias rojos siempre y cuando llegaran en grupos pequeños [...]. Pero poco a poco fueron apareciendo más y más guardias rojos, y también marineros y soldados del Regimiento Pavlovsky. El desarme empezó a ser a la inversa».[10]

A eso de las dos de la madrugada del día 26, algunos atacantes consiguieron por fin abrirse paso hasta la sala donde estaban reunidos los ministros del Gobierno. Al oír que los insurgentes se aproximaban, los ministros ordenaron a los cadetes que montaban guardia ante la puerta que no ofrecieran resistencia, a fin de salvar vidas, se sentaron alrededor de una mesa y esperaron. De repente, la puerta se abrió de golpe y, en palabras de uno de los ministros, «un hombre de baja estatura entró volando en la sala, como una astilla arrojada por una ola, bajo la presión de la multitud que entró en tropel y se esparció inmediatamente por la sala, hasta ocupar todos los rincones». Aquel hombre era Vladímir Antónov-Ovseenko, uno de los dirigentes bolcheviques del CMR, que exclamó: «En nombre del Comité Militar Revolucionario, les comunico que quedan

ustedes detenidos».[11] Sin embargo, para cuando se produjo la detención, por muy espectacular que fuera, la ciudad ya estaba completamente en manos de las fuerzas pro-Soviet y el Congreso de los Soviets ya se encontraba reunido.

Uno de los rasgos más curiosos de la Revolución de Octubre es que mientras se producía, la vida seguía su curso normalmente, aunque con cierta ansiedad, en gran parte de la ciudad. Aunque la sensación de alarma que se produjo el día 24 por la tarde provocó que las tiendas y los colegios cerraran anticipadamente ante la incertidumbre sobre los puentes, por la noche la ciudad reanudó su vida normal, con los teatros y los cafés abiertos y muy animados. Al día siguiente, el 25, circulaban los tranvías y las tiendas estaban abiertas. Aquella noche los restaurantes y los teatros volvieron a abrir sus puertas, aunque haciendo algunas concesiones a los sucesos que tenían lugar en las calles: un camarero del Hotel France, donde cenaron John Reed y sus amigos después de su visita al vecino Palacio de Invierno, «insistía en que nos trasladáramos al comedor principal, al fondo del edificio, porque iban a apagar las luces en el café. "Va a haber un buen tiroteo", nos dijo».[12] Aquella aparente normalidad en medio de una revolución, que era motivo de comentarios para mucha gente, era posible en parte porque la Revolución de Octubre, a diferencia de la Revolución de Febrero, de la Crisis de Abril y de los Días de Julio, no se caracterizó por las manifestaciones callejeras masivas. Por el contrario, una serie de grupos relativamente pequeños de soldados y guardias rojos maniobraron para controlar los puntos estratégicos. La normalidad también ponía de manifiesto hasta qué punto la población de Petrogrado se había acostumbrado a las crisis políticas, a los desórdenes callejeros y a los «buenos tiroteos».

Cuando cayó la noche del día 25, daba la impresión de que Lenin había alcanzado su meta de un traspaso de poder, tomándolo por medio de una acción violenta, antes del comienzo del Congreso de los Soviets. Sin embargo, cabe destacar que el traspaso de poderes se hizo en nombre del Soviet de Petrogrado, que lo refrendó. No fue una revolución en nombre del Partido Bolchevique, y el Congreso de los Soviets, formado por múltiples partidos, debía ser la institución que lo legitimara en última instancia. La posibilidad de transformar una toma del poder en nombre del poder soviético en un régimen bolchevique iba a depender de otro golpe imprevisible de la suerte, esta vez en el Congreso de los Soviets, comparable al error garrafal que había cometido Kérensky el día 24.

El Congreso de los Soviets

Al tiempo que llegaba a su fin la lucha armada por el control de Petrogrado el 25 de octubre por la noche, el énfasis se trasladó a la lucha política que tenía lugar en el Segundo Congreso de los Soviets de Toda Rusia. Los acontecimientos que se produjeron allí aquella noche condicionaron la naturaleza del nuevo gobierno de una manera que nadie, ni siquiera Lenin, habría sido capaz de prever en aquel momento. Los hechos otorgaron a los bolcheviques el control total del Congreso y del nuevo gobierno, en contra de todas las expectativas, y modificaron el debate sobre lo que quería decir exactamente el «poder soviético» ahora que se había hecho realidad. Influyeron profundamente en el desenlace de la Revolución y en el régimen soviético que se instauró poco después y que se mantuvo en el poder durante varias décadas.

El Segundo Congreso de los Soviets de Toda Rusia comenzó a las 10.40 de la noche del 25 de octubre. La inauguración se retrasó por culpa de las escaramuzas que había en la ciudad, ya que los

bolcheviques tenían un afán especial por tomar el Palacio de Invierno y detener al Gobierno Provisional antes del inicio de las sesiones. Sin embargo, resultó imposible disuadir a la inquieta multitud que se arremolinaba por los pasillos, y finalmente se abrió la sesión entre el ruido de los disparos y con el Palacio de Invierno todavía sitiado. Los bolcheviques eran el partido más grande, con aproximadamente 300 de los entre 650 y 700 asistentes (las cifras del número de delegados y de su reparto entre los distintos partidos no son exactas). Para lograr la mayoría, los bolcheviques necesitaban el apoyo de otros partidarios del poder soviético, sobre todo el de los entre 80 y 85 social-revolucionarios de izquierdas, que todavía no habían roto oficialmente con su matriz, el PSR. A pesar de todo, aquellas cifras garantizaban que los nuevos dirigentes del país iban a salir de entre las filas de la izquierda radical y que iban a ser mayoritariamente bolcheviques. La mayoría de los participantes daba por supuesto que el Congreso iba a designar un nuevo gobierno formado por una coalición de líderes socialistas —el poder soviético—. La cuestión principal era su composición exacta, y lo radical que iba a ser. Eso dependía en gran medida de los eseristas de izquierdas y de los mencheviques internacionalistas, que tenían en sus manos el equilibrio de poder entre los bolcheviques y sus adversarios, los mencheviques y eseristas moderados.

Nada más iniciado el Congreso, se oyó a lo lejos el ruido de los cañones: eran los disparos de la artillería de la Fortaleza de Pedro y Pablo desde la otra orilla del Nevá contra el Palacio de Invierno (que en realidad provocaron pocos daños). Mártov, muy excitado, hablando en nombre de los mencheviques internacionalistas propuso que, para evitar el derramamiento de sangre, se iniciaran negociaciones de inmediato para la creación de un gobierno democrático de unidad entre todos los partidos socialistas. La propuesta de Mártov fue refrendada por Anatoli Lunacharsky, por los

bolcheviques, por Serguéi Mstislavsky y por los eseristas de izquierdas, y fue adoptada por una abrumadora mayoría. Sin embargo, aquel plan se torció de inmediato. Una serie de oradores del Partido Socialista Revolucionario, del Partido Menchevique y del Bund, y de otras formaciones menores subieron al estrado para condenar la «conspiración [...] del Partido Bolchevique», que, denunciaban, se había adelantado a los trabajos del Congreso y «marca el comienzo de una guerra civil y de la disolución de la Asamblea Constituyente, y amenaza con aniquilar la Revolución». A continuación, después de hacer un llamamiento a los delegados asistentes al Congreso a que se unieran a la decisión de los concejales del Ayuntamiento de Petrogrado de dirigirse al Palacio de Invierno para apoyar al Gobierno Provisional y evitar el derramamiento de sangre, la mayoría de los mencheviques y de los social-revolucionarios abandonaron la sala. Entonces Mártov, que seguía buscando un compromiso entre socialistas moderados y radicales, presentó un elocuente llamamiento a evitar la guerra civil por el procedimiento de formar un gobierno «aceptable para la democracia revolucionaria en su conjunto» (es decir, para los mencheviques y eseristas moderados y también para los bolcheviques y la izquierda radical) y propuso que el Congreso suspendiera sus trabajos hasta que fuera posible abordar esa cuestión.[13]

No obstante, el Congreso de los Soviets no estaba de humor para negociaciones. Los discursos de los socialistas moderados y el hecho de que abandonaran la sala no solo dejaban a los bolcheviques con mayoría absoluta, sino que también encresparon los ánimos del resto de delegados, reafirmando a los radicales y socavando a los bolcheviques moderados que se inclinaban por hacer concesiones. Trotsky rechazaba con desdén cualquier tipo de compromiso: «no sois más que unos desgraciados en quiebra, ya habéis desempeñado

vuestro papel; marchaos al lugar que os corresponde: al cubo de la basura de la historia».[14] Después de aprobar una resolución (presentada por Trotsky) que decía que «la retirada del Congreso de los delegados mencheviques y social-revolucionarios es un intento impotente y criminal de desbaratar» su trabajo,[15] el mermado Congreso siguió reunido durante toda la noche, debatiendo resoluciones y recibiendo un rosario de informaciones alentadoras. La noticia de la toma del Palacio de Invierno y de la detención de los ministros del Gobierno levantó aún más la moral. Después llegó una serie de informes sobre el apoyo de importantes unidades militares. Cundió una especie de euforia, no muy distinta de la del 27 de febrero, pues la declaración del poder soviético, debatida durante tanto tiempo, parecía estar triunfando casi sin esfuerzo. Por último, cerca de las 5 de la madrugada del 26 de octubre, Lunacharsky subió al estrado para leer la proclamación de la asunción del poder por el Congreso de los Soviets que Lenin —que todavía no había aparecido en el Congreso— acababa de escribir. La proclamación no solo anunciaba que el Gobierno Provisional había sido derrocado y que el Congreso de los Soviets había asumido el poder, sino también exponía un programa básico que sin duda iba a ser del agrado de la mayoría de la población del Estado ruso:

> El poder de los soviets propondrá una inmediata paz democrática a todas las naciones y un armisticio inmediato en todos los frentes. Asegurará el traspaso sin indemnización de la tierra de los terratenientes, de la corona y de los monasterios a los comités campesinos; defenderá los derechos de los soldados implantando la democracia total en el ejército; implantará el control obrero sobre la producción; asegurará la convocación de la Asamblea Constituyente en la fecha establecida; se preocupará de abastecer a las ciudades de pan y a las aldeas de artículos de primera necesidad; garantizará a todas las naciones que pueblan Rusia el verdadero derecho a la autodeterminación.

El Congreso decreta: todo el poder en las localidades debe pasar a los soviets de diputados obreros, soldados y campesinos.********
******** Ibíd., p. 355 (*N. del T.*).

Después de tan solo un breve debate, el Congreso adoptó la proclamación con tan solo dos votos en contra y unas pocas abstenciones.[16]

Poco antes del amanecer del 26 octubre, los delegados al Congreso y los líderes bolcheviques, eufóricos pero exhaustos —algunos de ellos prácticamente no habían dormido durante dos noches—, levantaron la sesión para intentar dormir un poco, para evaluar los acontecimientos del día y para planificar la segunda sesión de aquella noche. Más o menos a esa misma hora se despertaban los ciudadanos de la capital y se encontraban con las calles tranquilas, sin tener apenas la sensación de que se hubiera producido un acontecimiento trascendental; aparentemente se había dejado atrás un nuevo episodio de agitación política, esta vez incluso con grupos armados por las calles. Por las calles se veían carteles con proclamas, en su mayoría del CMR, y aunque tal vez resultaran inquietantes, no ofrecían demasiados indicios de los grandes acontecimientos ocurridos.

La actividad más destacable durante la jornada del día 26 corrió a cargo de los socialistas moderados que se oponían al poder soviético. Los mencheviques y los social-revolucionarios que habían abandonado el Congreso como protesta acudieron al Ayuntamiento de Petrogrado, donde formaron un Comité para la Salvación de la Patria y la Revolución con la intención de plantar cara a los bolcheviques y al Congreso de los Soviets. Fue creado principalmente por los mencheviques y los eseristas del Ayuntamiento de Petrogrado, del Soviet de Delegados de los Campesinos, y por los antiguos dirigentes defensistas

revolucionarios, y se convirtió en el primer centro de oposición política a la Revolución bolchevique, tanto en Petrogrado como, a través de grupos similares, en algunas otras ciudades. El Comité hizo pública de inmediato una proclamación denunciando las acciones de los bolcheviques, instando a la población a que se negara a seguirles, y anunciando que iba a tomar la iniciativa a fin de formar un nuevo gobierno. De esa forma, el comité allanó el camino para un conflicto político con los bolcheviques a lo largo de los días siguientes.

Aquella noche el Congreso de los Soviets se reunió por segunda vez. Lenin y los demás dirigentes bolcheviques actuaron con rapidez para consolidar su posición con tres importantes medidas: un decreto sobre la paz, un decreto sobre la tierra y la formación de un nuevo Gobierno. Las dos primeras eran sumamente importantes, pues los dirigentes bolcheviques eran conscientes de que tenían que actuar rápidamente para afrontar esos dos problemas tan apremiantes —no hacerlo había contribuido a la caída del Gobierno Provisional—. Lenin, recién salido de su escondite, asumió firmemente el liderazgo y fue el principal orador que defendió las tres resoluciones.

Lenin presentó el decreto sobre la paz. Se trataba de un llamamiento a todas las potencias beligerantes para iniciar de inmediato una ronda de negociaciones de una paz justa, sin anexiones ni indemnizaciones. Instaba a los trabajadores de Francia, de Gran Bretaña y de Alemania a apoyar la iniciativa de paz del Soviet.[17] En el decreto llama la atención la ausencia del habitual lenguaje injurioso de Lenin para atacar a los gobiernos occidentales y al capitalismo, y para vaticinar una inminente revolución internacional. En efecto, el decreto tenía un extraordinario parecido con las ideas de los defensistas revolucionarios sobre una «paz general sin anexiones ni indemnizaciones» que la opinión pública de

Rusia ya había aceptado de manera casi universal. El problema era su puesta en práctica, y ni el decreto ni el discurso con que Lenin lo presentó abordaban lo que debía hacer el nuevo gobierno en caso de que las demás potencias no respondieran, ni tampoco si ese gobierno iba a considerar la posibilidad de una paz por separado con Alemania. Porque en ese momento lo que hacía falta era un gesto espectacular para asegurarse la lealtad de las hastiadas tropas —y sobre todo de la guarnición de Petrogrado— así como alguna medida que pudiera efectivamente sacar a Rusia del atolladero de la guerra. Lo imposible era no hacer nada.

Lenin pasó rápidamente a la cuestión de la tierra, y sorprendió al Congreso con un decreto sobre la tierra que había escrito aquella misma mañana. Era absolutamente esencial tomar decisiones sobre la cuestión de la tierra para apuntalar el apoyo popular. La primera parte del decreto abolía sin indemnizaciones el título de propiedad de los terratenientes. Se ordenaba que «todas las tierras: del Estado, de la corona, de instituciones oficiales, de los monasterios, de la iglesia, tierras de posesión de los mayorazgos, de propiedad privada, públicas, y de los campesinos, etc.», junto con «todo el ganado y los aperos de labranza de los fundos confiscados» debían pasar a manos de los comités de la tierra y de los soviets locales, a la espera de la reunión de la Asamblea Constituyente.******** La segunda parte del decreto estaba formada por un «Mandato campesino sobre la tierra», un documento compilado a partir de los 242 mandatos que habían aportado los delegados del Congreso de Delegados de los Campesinos de Toda Rusia en mayo, y que se publicaron en su periódico. Era fruto de las lecturas de Lenin durante su periodo de ocio forzoso en paradero desconocido a raíz de los Días de Julio. Proclamaba que «*Será abolido para siempre el derecho de propiedad privada sobre la tierra*; la tierra no podrá ser vendida, comprada, arrendada, hipotecada o enajenada en forma alguna».

Todas la tierras «se convertirán en propiedad de todo el pueblo y pasarán a ser usufructuadas por quienes las trabajan». Quedaba prohibido el empleo de trabajo asalariado.[18] El decreto sobre la tierra, basado en el programa sobre la tierra del PSR, fue una estratagema política magistral. En primer lugar, garantizaba el apoyo al nuevo gobierno de los eseristas de izquierdas. En segundo lugar, al incorporar el «mandato campesino», Lenin le confería al decreto sobre la tierra una fuerza popular que resultaba imposible pasar por alto. En tercer lugar, legalizaba y daba un nuevo impulso a la revolución socioeconómica que se estaba produciendo en el campo, con lo que legitimaba al nuevo gobierno a ojos de los campesinos. Cualquiera que fuera la solución final de la cuestión de la tierra en un futuro, argumentaba Lenin al defender el decreto, «lo esencial es que el campesinado tenga la firme seguridad de que no hay más terratenientes en el campo».[19]********

******** Ibíd, pp. 366-367 (*N. del T.*).

******** Ibíd, p. 369 (*N. del T.).*

La tercera medida importante que se adoptó en la sesión fue la formación de un nuevo gobierno y de un nuevo Comité Central ejecutivo. El Congreso aprobó el nuevo Gobierno propuesto por Lenin, el Consejo de Comisarios del Pueblo (*Sovnarkom*). La elección de aquella terminología subrayaba la naturaleza revolucionaria del nuevo Gobierno. Aunque la palabra «consejo» (soviet) era un término tradicional, «comisario» era un término nuevo para designar a un ministro del Gobierno. En 1917 se empleaba para designar a los enviados especiales del Gobierno Provisional y de los soviets, un término con buenas credenciales revolucionarias que se remontaba a la Revolución Francesa. Aquí, el empleo de «comisario» en lugar del tradicional «ministro» asociaba el nombre del nuevo Gobierno con aquellos nuevos mandatarios revolucionarios populares y al mismo tiempo hacía hincapié en que había surgido un nuevo tipo de

gobierno totalmente diferente. La adición de la palabra «del pueblo» era radicalmente innovadora y subrayaba de una forma aún más categórica la ruptura con el pasado, al tiempo que reafirmaba la estrecha vinculación del Gobierno con las masas.

De forma inesperada, el nuevo Gobierno estaba formado íntegramente por bolcheviques. Era algo que no se había contemplado en los muchos debates sobre un gobierno soviético, pues en todos ellos se había presupuesto algún tipo de gobierno socialista formado por distintos partidos. La retirada de los moderados en señal de protesta lo cambió todo. Los social-revolucionarios de izquierdas insistían en que únicamente estaban dispuestos a formar parte de un gobierno en el contexto de una amplia coalición socialista, pero tras la marcha de los moderados resultaba imposible un gobierno así. Por consiguiente, en un primer momento se formó un Gobierno monocolor bolchevique. Lenin fue nombrado presidente del *Sovnarkom*, y por tanto del Gobierno, con Trotsky como comisario del pueblo de Asuntos Exteriores. La nueva estructura del Gobierno se completó cuando el Congreso de los Soviets eligió un nuevo Comité Central Ejecutivo (CCE). Los bolcheviques asumieron inicialmente sesenta y dos escaños, los eseristas de izquierdas, veintinueve, y otros diez se repartieron entre los mencheviques internacionalistas y otros grupos menores de izquierdas. Los partidos socialistas que habían abandonado el Congreso no estaban representados. El Congreso decretó que el CCE ejercía la plena autoridad en su nombre entre congresos, incluida la facultad de supervisión general del Gobierno y la potestad de destituir a sus miembros. Sin embargo, la relación exacta del CCE con el *Sovnarkom*, ambos aprobados por el Congreso, muy pronto se convirtió en una fuente de conflictos entre los eseristas de izquierdas (que estaban en el CCE pero no en el *Sovnarkom*) y los bolcheviques. Aunque el CCE, con su minoría no bolchevique, no

entorpecía gravemente que Lenin ejerciera su poder, su estructura multipartidista mantenía la imagen de un Gobierno basado en una coalición de varios partidos socialistas, un concepto que gozaba de una inmensa popularidad como reflejo del eslogan del poder soviético.

Cuando se levantó la sesión del Congreso de los Soviets la madrugada del día 27, el nuevo Gobierno era sumamente inseguro, pues se enfrentaba a numerosas amenazas inmediatas que podían acabar con él. Tenía que hacer frente a la amenaza militar de un posible intento de Kérensky por reconquistar Petrogrado con tropas del frente y con el apoyo de una sublevación en la ciudad. Estaba sometido a la presión de distintos grupos a favor de un gobierno basado en una amplia coalición socialista; de hecho, las conversaciones para una posible remodelación comenzaron de inmediato. Y para colmo, no estaba claro si el resto del país iba a aceptar la Revolución y el Gobierno de los bolcheviques; ¿serían capaces las fuerzas pro-bolcheviques de imponerse en Moscú y en otras grandes ciudades? Se estaba gestando una lucha mal definida y en muchos frentes para definir el futuro de Rusia. Es preciso examinar esas tres principales amenazas contra la hegemonía de los bolcheviques.

Kérensky y la amenaza militar

El intento de Kérensky por reconquistar Petrogrado, con las tropas que comandaba el general N. P. Krasnov, y aprovechando la oposición armada potencial que aún existía en la ciudad, era la primera amenaza para el nuevo Gobierno. Kérensky había huido de la ciudad durante la Revolución de Octubre para ir a buscar apoyo en el frente. Su odisea había demostrado lo absolutamente impopular que era, no solo entre la tropa, sino también entre los

oficiales. Finalmente, logró recabar el apoyo de una pequeña fuerza de cosacos a las órdenes del general Krasnov. Irónicamente, se trataba de unas unidades pertenecientes al mismo cuerpo de Caballería con el que había contado Kornílov para deponer a Kérensky en agosto. Aquella pequeña fuerza se puso en marcha el 26 de octubre, y el 28 ocupó la localidad de Tsarskoye Seló, a las afueras de Petrogrado, pese a la presencia de una gran guarnición «revolucionaria». Aquello puso de manifiesto lo frágil que era la situación militar del nuevo régimen, que dependía de unas tropas con inclinaciones políticas a su favor, pero reacias a entrar en cualquier tipo de combate y notoriamente volubles. Ahora, a su vez, la debilidad de la situación de Krasnov quedaba igualmente en evidencia, pues se vio rodeado por un mar de tropas hostiles que no iban a atacarle, pero cuyos actos y palabras socavaban la moral y la resolución de sus propios soldados.

Mientras en Tsarskoye Seló el general Krasnov intentaba conseguir las tropas adicionales imprescindibles para un ataque contra Petrogrado, en la ciudad estalló una sublevación de cadetes de las academias militares, liderados por el general G. P. Polkovnikov y por algunos miembros del Comité para la Salvación de la Patria y la Revolución. Aparentemente planeaban coordinar una insurrección con el ataque de las tropas de Kérensky y Krasnov, pero ese plan se conoció prematuramente cuando la Guardia Roja detuvo a uno de los conspiradores que llevaba encima los detalles del complot, lo que obligó a los rebeldes a iniciar la acción el día 29 por la mañana, antes de lo que pretendían, apoderándose de la central de teléfonos y de unos pocos puntos estratégicos. En la mayoría de los casos la Guardia Roja, con la ayuda de los soldados y los marineros, rodeaba rápidamente a los cadetes y los desarmaban. No obstante, se produjeron sangrientos combates cuando las fuerzas del Soviet asediaron los edificios de las academias militares y los cadetes

contraatacaron. Tan solo el encontronazo que tuvo lugar en la Academia de Cadetes Vladímir se cobró más vidas que toda la Revolución de Octubre en Petrogrado hasta ese momento; cuando concluyó el combate, a última hora de la tarde del día 29, habían resultado muertos o heridos más de 200 hombres.

Mientras tanto, una fuerza de trabajadores y marineros de la Flota del Báltico empezó a concentrarse en las colinas de Púlkovo para cortarle el paso a Krasnov y a Kérensky. Entre los obreros había no solo guardias rojos armados sino también miles de hombres y mujeres que excavaban trincheras y levantaban fortificaciones. El día 30, cuando Krasnov reconoció la zona, vio que «toda la ladera de las colinas de Púlkovo estaba surcada de trincheras y cubierta de negro por la presencia de la Guardia Roja».[20] A pesar de que se enfrentaba a aproximadamente 10.000 combatientes enemigos atrincherados, Krasnov lanzó su pequeño ejército contra los guardias rojos y los marineros. El ataque fue repelido, y ante la posibilidad de sufrir un contraataque enemigo, Krasnov se batió en retirada. El líder de los marineros del Báltico, Pável Dybenko, le ofreció un trato a los desmoralizados cosacos: la entrega de Kérensky a cambio de un salvoconducto para regresar a sus hogares del sur de Rusia. Al enterarse de aquello, Kérensky emprendió de nuevo la huida, ataviado con uniforme de marinero y unas gafas de automovilista, y totalmente desacreditado. El Gobierno bolchevique quedaba momentáneamente a salvo de ataques militares en Petrogrado.

El Vikhzel*: un gobierno bolchevique o un gobierno amplio de coalición*

Justamente al mismo tiempo que lograban repeler la amenaza militar inmediata, los bolcheviques tenían que enfrentarse a un intento de modificar la composición política del Gobierno, que le

habría arrebatado a Lenin los frutos de su audacia y de la suerte.[21] La idea de un gobierno socialista multipartidista gozaba de un amplio apoyo, incluso en el seno de la dirección del Partido Bolchevique. Además, a eso se referían los soldados cuando reivindicaban un poder soviético. La presión más eficaz, que forzó una negociación sobre la composición del Gobierno, provino del *Vikhzel*, el Comité Ejecutivo del Sindicato de Trabajadores Ferroviarios de Toda Rusia, cuyos dirigentes eran social-revolucionarios de izquierdas. Su capacidad de controlar el movimiento de tropas, de alimentos y de otros productos les colocaba en una posición estratégica para exigir que todos los grupos políticos le prestaran atención. El 29 de octubre, el *Vikhzel* emitió un llamamiento, prácticamente un ultimátum, instando a una negociación. Aquel llamamiento, dirigido a todos los soviets y a muchas otras organizaciones de trabajadores, soldados y campesinos, probablemente reflejaba un sentir generalizado en aquel momento:

> El país carece de un gobierno organizado, y está en curso una enconada lucha por el poder. Cada uno de los partidos contendientes está intentando crear un gobierno por la fuerza, y [a consecuencia de ello] nuestros hermanos están matándose entre sí [...]. El Gobierno Provisional, con Kérensky a la cabeza, ha demostrado ser demasiado débil como para seguir llevando las riendas del poder. El Gobierno del Soviet de Comisarios del Pueblo, formado en Petrogrado por un único partido, no puede pretender ni el reconocimiento ni el apoyo del conjunto del país. Por consiguiente, es imprescindible formar un gobierno que goce de la confianza del conjunto de la democracia y que tenga el suficiente prestigio como para conservar el poder hasta la formación de la Asamblea Constituyente [...]. El Sindicato de Trabajadores Ferroviarios advierte de que hará uso de todos los medios a su disposición, incluso de una suspensión total de todo el tráfico ferroviario, para hacer cumplir su decisión.[22]

Ante la incertidumbre del posible desenlace del intento de Kérensky de traer tropas del frente, y sin estar seguros de si Moscú y el resto del país iban a reconocer al nuevo Gobierno, los bolcheviques sentían que debían aceptar la propuesta. En efecto, el concepto gozaba de una considerable aceptación entre una parte de los dirigentes bolcheviques que no solo seguían dando por sentado que su objetivo como revolucionarios era un gobierno de esas características, sino que lo consideraban imprescindible para salvaguardar la Revolución, pues dudaban de que fueran capaces de sobrevivir por sí solos.

Durante los días siguientes se asistió a unas intensas negociaciones entre los distintos partidos y el *Vikhzel*, así como a una serie de debates en el seno del Partido Bolchevique. Al principio, los mencheviques y los social-revolucionarios adoptaron una posición de fuerza, ya que exigían la desautorización de la toma de poder del 25 de octubre e insistían en que el nuevo gobierno exclusivamente socialista que se formara *no* debía incluir ni a Lenin ni a Trotsky. Los negociadores por parte bolchevique, encabezados por sus dirigentes más conciliadores, como Kámenev y David Riazanov, aparentemente consideraron seriamente la segunda exigencia. De hecho, el Comité Central Bolchevique, en su reunión del 29 de octubre —cabe destacar que en ausencia tanto de Lenin como de Trotsky—, refrendaba la andadura general de las conversaciones y reconocía «la necesidad de ampliar la base del gobierno y la posibilidad de cambios en su composición».[23] Lenin, que no había desempeñado un papel muy activo en aquellos debates, finalmente se involucró, igual que Trotsky. En la reunión del Comité Central del 1 de noviembre, Lenin fustigó a Kámenev y a Riazanov por ver en aquellos debates algo más que una acción dilatoria mientras se fortalecía el régimen, es decir, mientras se abortaba la amenaza militar y se consolidaba el control en Moscú. Sin embargo, algunos

miembros del Comité Central Bolchevique, como A. I. Rykov, Riazanov y Kámenev, objetaron que se trataba de unas negociaciones en serio, y que si los bolcheviques intentaban gobernar en solitario, el resultado solo podía ser al hundimiento y la pérdida de todo lo conseguido por la Revolución hasta ese momento. Trotsky y otros insistían en que los bolcheviques debían gozar de una sólida mayoría en cualquier nuevo gobierno que se formara.[24] El Comité Central votó a favor de la formación de un amplio gobierno de coalición socialista.

Sin embargo, los acontecimientos iban en contra de los partidarios de un acuerdo. La derrota de la intentona de Kérensky y Krasnov eliminó, por lo menos provisionalmente, la amenaza de un derrocamiento militar. Las perspectivas de éxito en Moscú iban siendo cada vez mejores, y desde otras ciudades y desde los ejércitos del frente iban llegando más y más noticias de su apoyo al nuevo Gobierno. Los negociadores mencheviques y eseristas forzaron sus bazas, asumieron una postura más intransigente y exigieron más concesiones de las que cabía esperar de su posición. A instancias de Lenin y Trotsky, la dirección bolchevique endureció su postura. Lenin, furioso, amenazó con dividir el partido si era necesario. El 2 de noviembre presentó una resolución al Comité Central del partido donde arremetía contra los partidarios de que se llegara a un acuerdo, argumentando que «no es posible, sin traicionar la consigna de poder soviético, renunciar a un gobierno puramente bolchevique».[25]********

******** Ibíd, p. 387 (*N. del T.*).

Las negociaciones con el *Vikzhel* y los debates en el seno del Partido Bolchevique suscitaron cuestiones básicas sobre los cometidos del poder, y en especial sobre el ansia de poder de Lenin. Lo máximo que los leninistas estaban dispuestos a conceder era permitir que los demás partidos socialistas entraran a formar parte

del Comité Central Ejecutivo en la misma proporción que su número original de delegados en el Segundo Congreso de los Soviets. No estaban dispuestos a admitirles en el *Sovnarkom*, en el Gobierno. Los bolcheviques más conciliadores, como Kámenev, querían ir más allá y ampliar el CCE para que también incluyera a los representantes de distintas instituciones «democráticas»: los sindicatos, algunos ayuntamientos, etcétera, y acaso hasta permitir la entrada en el Gobierno de otros partidos. En cualquiera de los dos casos, eso habría supuesto la pérdida de la mayoría absoluta para los bolcheviques en caso de que sus adversarios hubieran aprovechado la oportunidad. No la aprovecharon. Lenin logró mantener su intransigente insistencia en un férreo control del poder, y también fue capaz de meter en vereda a su propio partido. El Gobierno bolchevique, fortalecido por la derrota de sus adversarios militares más inmediatos en Petrogrado y por la incapacidad de los moderados de su propio partido de encontrar una alternativa, dejó que las negociaciones con el *Vikzhel* sobre un posible gobierno de coalición llegaran a un punto muerto a principios de noviembre. Una de las razones de que fueran capaces de hacerlo fue el éxito de la propagación de la Revolución más allá de Petrogrado.

La extensión del poder soviético

Durante aquella misma semana inicial de la Revolución, cuando los dirigentes bolcheviques tenían que vérselas con la oposición armada y con las exigencias de ampliar el Gobierno, además estuvieron pendientes y muy preocupados de si el resto del país iba a apoyar y reconocer o no su Revolución y su Gobierno. En un principio contaban con muy pocos medios para influir en ello, aunque resultaba crucial para su supervivencia a largo plazo. En febrero, la Revolución que tuvo lugar en Petrogrado gozó de una aceptación

extraordinariamente universal a lo largo y ancho de todo el país. Sin embargo, en octubre, tanto el Estado como la sociedad estaban muy divididos. La autoridad de la capital sobre las provincias se había debilitado, al tiempo que los problemas locales de carácter político, económico, étnico y de otro tipo se habían agravado. Por consiguiente, la nueva Revolución obtuvo una respuesta distinta de la que había suscitado la de febrero. Ahora, en todas las localidades importantes se tomaba una decisión, basada en las condiciones locales, y que a menudo venía acompañada de combates, sobre si aceptar o no el poder soviético y el nuevo Gobierno central. El proceso se prolongó durante varias semanas, o incluso durante meses, dado que los múltiples «Octubres» locales asumieron formas muy distintas. Las reacciones locales a la Revolución de Octubre en Petrogrado dependían de infinidad de condiciones locales: del color político del soviet local, de la composición social de la comunidad, de la fuerza de los líderes políticos de la zona, de la presencia o ausencia de una guarnición, de los conflictos relacionados con las nacionalidades y de otros factores. El control del soviet local era especialmente importante, porque en la mayoría de los casos los que ejercían predominantemente la autoridad a nivel local eran los soviets, no los funcionarios del Gobierno Provisional ni los ayuntamientos.

El poder soviético llegó a las provincias de Rusia a través de un proceso complejo, no de una simple «marcha triunfal», como posteriormente lo calificó Lenin, y como quedó consagrado en las historias de la URSS. De hecho, sería más exacto hablar de varias oleadas revolucionarias a lo largo y ancho de Rusia después de la Revolución de Octubre en Petrogrado, a medida que el «poder soviético» fue extendiéndose entre octubre de 1917 y principios de 1918. Podemos agrupar ese proceso de revolución soviética en tres amplias categorías en el caso de las principales ciudades,

dependiendo de la rapidez y de la forma en que se consolidó. Los dos primeros tipos obedecen a la consolidación inicial del poder durante las dos primeras semanas posteriores al 25 de octubre; la tercera se corresponde con una segunda fase, a finales de 1917 y principios del 1918 (véase el capítulo siguiente).

En el primer tipo de Revolución de Octubre en las provincias, los bolcheviques locales y sus aliados fueron capaces de implantar el poder soviético rápidamente y con escasa oposición. Habitualmente se trataba de lugares donde los bolcheviques, o una coalición encabezada por ellos, ya controlaban el soviet local, y por medio de él procedieron a proclamar de inmediato el poder soviético a nivel local y su apoyo al nuevo Gobierno de Petrogrado. Y además los bolcheviques contaban con la Guardia Roja y/o con la lealtad de las tropas de alguna guarnición cercana para hacer cumplir la proclamación. No hubo una oposición eficaz, ni existían rivales viables. En ese tipo de transición, los dirigentes del soviet local proclamaron el poder soviético el 26 o el 27 de octubre, y lograron que se consolidara sin dificultades. Esa fue la pauta sobre todo de las ciudades fuertemente industrializadas de la Región Industrial Central, al norte y al este de Moscú, y en los montes Urales.

En un segundo —y puede que más importante— tipo de ciudades, los bolcheviques locales se encontraron con mayores dificultades, pese a que habitualmente controlaban el soviet. Lo más frecuente era que se produjera una confrontación armada, en ocasiones con combates de cierta gravedad, pero cuyo desenlace era una victoria de las posturas soviéticas-bolcheviques en el plazo de entre dos o tres días y una semana (más o menos hasta el 2 de noviembre). Las ciudades de ese tipo solían ser más grandes, tenían una estructura social más diversa y presentaron una oposición organizada al nuevo Gobierno de los soviets. Fue lo más habitual en las ciudades del curso medio del Volga (Kazán, Samara, Sarátov), de algunas

ciudades grandes de la Región Industrial Central como Vladímir y Tver y de muchas grandes ciudades en otras provincias. En ese grupo también figuraba Moscú, donde el desenlace del conflicto era especialmente crucial para la supervivencia del nuevo régimen. Sin embargo, incluso dentro de ese mismo tipo de transición, hubo considerables variaciones.

En Sarátov, por ejemplo, los bolcheviques habían conseguido una clara mayoría en las elecciones al soviet municipal de septiembre y, en medio del aumento de las tensiones que se produjo a mediados de octubre, tomaron medidas para fortalecer aún más la hegemonía del soviet en la ciudad por medio del control de la distribución de alimentos y otras medidas. Durante la noche del 26 al 27 de octubre, tras enterarse de los acontecimientos de Petrogrado, el Soviet de Sarátov proclamó el traspaso de poderes a manos del soviet a nivel local y empezó a adoptar medidas para ponerlo en práctica. A lo largo de la madrugada, el comité ejecutivo del soviet decretó la destitución del representante local del Gobierno Provisional, envió a sus propios comisarios a los distritos de toda la provincia, prohibió la publicación de artículos «antisoviéticos» en la prensa y promulgó su propio decreto sobre la tierra. Sin embargo, los mencheviques y los social-revolucionarios de Sarátov opusieron resistencia. Como controlaban el Ayuntamiento, lo utilizaron para crear un Comité de Salvación de la Revolución. Los dos bandos maniobraron para movilizar a sus apoyos a lo largo del día 27. Finalmente, el 28 de octubre por la mañana las fuerzas del soviet —la Guardia Roja y algunos soldados de la guarnición— rodearon el edificio del Ayuntamiento, donde se habían hecho fuertes los defensores del Comité de Salvación. Al cabo de un día de negociaciones, al anochecer comenzó el tiroteo, que se prolongó durante toda la noche. Finalmente, sobre las 6 de la madrugada del día 29, los defensores del edificio del Ayuntamiento se rindieron. Las víctimas

ascendieron a tres muertos y dieciocho heridos. Los hambrientos sitiadores literalmente se comieron una parte de las barricadas, que estaban hechas de cajas de membrillos. Se implantó el poder soviético.[26]

La rápida victoria y el escaso número de víctimas en Sarátov contrasta marcadamente con la lucha que tuvo lugar en Moscú. Por ser la ciudad más grande de Rusia, y su antigua capital, la reacción de Moscú a los sucesos de Petrogrado tenía una especial importancia. En caso de que Moscú aceptara la Revolución Bolchevique, supondría un enorme espaldarazo, mientras que un rechazo por su parte habría establecido automáticamente un poderoso centro de oposición, lo que tal vez habría abocado al fracaso al régimen soviético. El desenlace en Moscú pendió de un hilo durante varios días, y la antigua capital fue la última ciudad dentro de esta segunda categoría que implantó el poder soviético.

Claramente, los bolcheviques de Moscú no estaban preparados para una toma del poder revolucionaria. Controlaban el soviet de los trabajadores, pero no el soviet de los soldados, que era independiente de aquel, de modo que no estaba nada claro que fueran capaces de conseguir el apoyo de la guarnición. Tampoco habían creado un Comité Militar Revolucionario para que desempeñara un papel similar al CMR de Petrogrado. Y tampoco habían hecho demasiado para reforzar o preparar a la Guardia Roja. Para colmo, la mayoría de los máximos dirigentes bolcheviques de Moscú estaban en Petrogrado para asistir al Segundo Congreso de los Soviets, y por consiguiente no estaban en condiciones de ejercer tareas de liderazgo inmediatamente. De hecho, se daba la circunstancia de que muchos de los líderes bolcheviques moscovitas estaban entre los defensores más enérgicos de un amplio gobierno de coalición entre los partidos socialistas. Así pues, los bolcheviques de Moscú entraron en la refriega sin estar preparados y con la

sensación de que las acciones emprendidas en Petrogrado eran imprudentes, aunque al mismo tiempo estaban convencidos de que, una vez iniciada, era preciso defender la Revolución por temor a que su derrota hiciera posible el triunfo de la siempre temida contrarrevolución conservadora. Los social-revolucionarios y algunos mencheviques de izquierdas de Moscú apoyaron la Revolución por los mismos motivos. El Soviet de los Trabajadores de Moscú votó a favor de apoyar las acciones del Comité Militar Revolucionario de Petrogrado (es decir, la toma del poder) y de crear un CMR en Moscú.

Las vacilaciones y la falta de preparación entre los bolcheviques moscovitas tuvieron su imagen especular en una oposición más enérgica y eficaz de los que se oponían a la Revolución Bolchevique. El 25 de octubre (es decir, antes incluso de la toma del Palacio de Invierno), se reunieron en el Ayuntamiento y formaron un Comité de Seguridad Pública, cuyos dos miembros más destacados resultaron ser V. V. Rudnev, alcalde de la ciudad, y el coronel K. I. Riabtsev, social-revolucionario de derechas y comandante de la Región Militar de Moscú. El Comité logró reunir una fuerza de aproximadamente 10.000 hombres con instrucción militar.[27]

El día 26 los dos bandos organizaron a sus simpatizantes y estuvieron vigilándose mutuamente, pues ninguno de ellos quería ser el responsable del comienzo de los combates. Finalmente, el día 27 Riabtsev tomó la iniciativa, y las tropas del Comité de Seguridad Pública reconquistaron varias estaciones ferroviarias y algunas centrales telefónicas que los insurgentes habían tomado previamente. Durante toda la noche del día 27 y a lo largo del día 28, las unidades de Riabtsev cosecharon nuevas victorias, hasta que finalmente lograron arrebatarle el Kremlin a sus defensores bolcheviques. Fue el punto álgido de los éxitos de las fuerzas del Comité de Seguridad Pública. Pero entonces las fuerzas partidarias

del soviet acudieron en su ayuda. La Guardia Roja, que había sido las más castigada en los combates en Moscú, contaba en un principio, el 25 de octubre, con aproximadamente 8.500 efectivos, pero el 1 de noviembre esa cifra ya se había incrementado hasta los 30.000. Además, empezaron a llegar más unidades de la Guardia Roja desde las ciudades industriales y los pueblos de los alrededores, donde ya se había consolidado el poder soviético. La Guardia Roja combatió con una especial tenacidad, y el día 29 consiguió apoyo de artillería de la guarnición del Ejército, de la que tan solo una pequeña parte intervino en los combates. Luchando calle por calle, la Guardia Roja obligó a retroceder poco a poco a sus adversarios hacia el centro de la ciudad, hasta las inmediaciones del Kremlin, y el 2 de noviembre logró la victoria total. Los combates que se produjeron en Moscú fueron encarnizados, y la prueba de ello (aunque tal vez también su causa) fue el fusilamiento de varias docenas de simpatizantes del soviet después de rendirse en el Kremlin el 28 de octubre. La cifra total de muertos en Moscú nunca se determinó con exactitud, pero claramente ascendió a varios cientos, además de los heridos.

Los bolcheviques habían triunfado en Moscú, pero pagando un precio mucho más alto que en cualquier otra ciudad hasta ese momento. Aun así, fueron muy criticados en el Soviet de Moscú, donde sus aliados social-revolucionarios de izquierdas, que habían apoyado al CMR durante los combates, dejaron claro que lo habían hecho en nombre de un gobierno soviético de base amplia y en defensa de la Revolución. Lo que llevó a los eseristas de izquierdas a luchar a favor del CMR y del poder soviético había sido el temor de que el general Kornílov y una contrarrevolución total estuvieran al acecho detrás de una posible victoria de los socialistas moderados, de los progresistas y del Comité de Seguridad Pública. Moscú dio muestras de una situación política compleja, no de una mera división

entre bolcheviques y anti-bolcheviques, donde los distintos matices de la idea de un poder soviético desempeñaron un importante papel, igual que el temor a una contrarrevolución conservadora. En la mayoría de las grandes ciudades también predominaba esa misma complejidad de sentimientos.

Un factor especialmente crucial para la consolidación inicial del poder soviético fue la actitud de los soldados del frente, sobre todo de la zona más próxima a Petrogrado: el Frente Norte, los marineros de la Flota del Báltico y la guarnición de Helsinki. Las tropas de esas zonas, ya radicalizadas, proclamaron de inmediato su apoyo al poder soviético, que definían como un gobierno socialista que firmara rápidamente la paz y pusiera en práctica una serie de reformas sociales inmediatas y radicales. El Duodécimo Ejército, que ocupaba la zona crucial de los accesos a Petrogrado, reaccionó a los sucesos del día 25 enviando esa misma noche un telegrama al Congreso de los Soviets donde afirmaba que se iba a crear un Comité Militar Revolucionario para controlar el poder, y ordenaba a las unidades de la Infantería letona (marcadamente pro-bolcheviques) que ocuparan las principales ciudades de la zona entre el Frente Norte y Petrogrado. Aunque el congreso del Ejército que se convocó el 28 de octubre arrojó un equilibrio entre los bolcheviques y sus oponentes, y pese a que la resolución de dicho congreso prohibía a los soldados del Duodécimo Ejército apoyar a cualquiera de los dos bandos en la confrontación de las colinas de Púlkovo, los verdaderos beneficiarios de aquella política fueron los bolcheviques, dado que privaba a Kérensky y al Gobierno de unos refuerzos militares muy necesitados. El Primer Ejército, estacionado más o menos en la misma zona, convocó un congreso para el 30 de octubre que estuvo dominado por los bolcheviques, los eseristas de izquierdas y los mencheviques internacionalistas, y que se declaró a favor del poder soviético. El Soviet municipal de Minsk, muy influido por la guarnición y por su

proximidad al frente, proclamó el poder soviético de inmediato. Los marineros del Báltico y la guarnición de Helsinki manifestaron rápidamente su apoyo. Al cabo de unos días, una parte de Estonia, las zonas no ocupadas de Letonia y de la retaguardia del Frente Norte y de la parte septentrional del Frente Occidental declararon su apoyo al poder soviético y a la Revolución que había tenido lugar en Petrogrado. Así pues, el Gobierno bolchevique consiguió una seguridad que le era imprescindible, así como un posible apoyo armado en el frente y en sus zonas de retaguardia más próximas a Petrogrado.

Aunque la mayoría de las resoluciones apoyaban el poder soviético, algunas eran más ambiguas. Algunas criticaban a los bolcheviques por provocar una confrontación armada, aunque también condenaban a Kérensky, al tiempo que refrendaban los decretos sobre la paz y la tierra promulgados por el Congreso de los Soviets. El 517.º Regimiento Batumsky dictaminaba el 29 de octubre que «la toma del poder por los bolcheviques en Petrogrado, que dio lugar a una guerra fratricida, fue provocada por el Gobierno Provisional, al apartarse de los deseos de la mayoría de la democracia».[28] No obstante, incluso aquellas diversas reacciones tenían un gran valor para el nuevo régimen, porque demostraban la ausencia de cualquier tipo de apoyo armado a la intentona de Kérensky. La situación de los otros frentes tardó más en aclararse, igual que la actitud a largo plazo de los soldados respecto a la autoridad del Gobierno (véase el capítulo 10).[29]

A partir del 2 de noviembre, la fecha de la victoria en Moscú, los bolcheviques habían logrado hacerse con el control —aunque no estaba claro con qué grado de seguridad— de un cinturón de territorio a lo largo de la zona septentrional y central de la Rusia europea, que iba desde los Frentes Occidental y Norte, al oeste del

país, hasta el Volga y los montes Urales, al este. Sin embargo, dentro de ese cinturón había regiones considerables donde todavía no se había consolidado el poder soviético. Por añadidura, ese mapa se refiere a las provincias donde las principales ciudades se habían pronunciado a favor del poder soviético, pero en algunas de aquellas provincias la mayor parte de las regiones rurales y de las ciudades de los distritos todavía no se habían sometido a la nueva autoridad. También había algunas zonas fuera de ese cinturón que habían declarado el poder soviético. En muchos lugares donde se había proclamado el «poder soviético», el gobierno local anterior a la Revolución de Octubre seguía existiendo, e incluso funcionando. En el mejor de los casos, el poder del soviet era endeble.

A partir del 2 de noviembre, la extensión del poder soviético quedó en suspenso a todos los efectos durante un periodo de dos semanas, pero se reanudó en torno al 17 de noviembre, con la tercera oleada de declaraciones a favor del poder soviético (véase el capítulo 10). Esa pausa no puede explicarse por los acontecimientos políticos o de otro tipo en Petrogrado, y parece ser un reflejo de que los éxitos de la primera semana agotaron el contingente de ciudades donde los bolcheviques y los radicales de izquierdas gozaban, antes de la Revolución de Octubre, de una posición lo bastante fuerte como para consolidar su poder rápida y satisfactoriamente. En efecto, la zona se correspondía estrechamente con los lugares donde los soviets ya estaban bajo el control de los bolcheviques o de la izquierda radical *antes* de la Revolución de Octubre. En el resto del país, tuvieron que entablar una lucha más prolongada para consolidar el poder soviético.[30] A pesar de todo, la victoria en Moscú y en otras ciudades importantes, y en las poblaciones industriales del interior de Rusia, y el triunfo de los bolcheviques entre los ejércitos y las fuerzas navales del norte fueron esenciales para la

consolidación inicial del poder, y le concedieron al nuevo Gobierno un margen de maniobra que necesitaba desesperadamente.

El 2 de noviembre, una semana después de que los bolcheviques proclamaran el poder soviético, el nuevo Gobierno ya había logrado derrotar a sus adversarios militares más inmediatos y había constatado la aceptación del poder soviético en Moscú y en muchas otras ciudades. A su vez, todo ello le permitió a Lenin dejar que las negociaciones con el *Vikzhel* llegaran a un punto muerto, meter en vereda a los dirigentes bolcheviques que abogaban por un Gobierno con una base más amplia y soslayar el intento de obligar a los bolcheviques a compartir el poder. El nuevo «Gobierno provisional de trabajadores y soldados», como lo denominó Lenin en un primer momento, en el anuncio de la formación del nuevo gobierno emitido por el Segundo Congreso de los Soviets el 26 de octubre, ya podía considerarse menos «provisional» y centrar su atención en las cuestiones a largo plazo, tanto políticas como socioeconómicas.

Capítulo 10. La Asamblea Constituyente y los cometidos del poder

Tras conseguir cierto grado de seguridad a partir de principios de noviembre, Lenin y los bolcheviques ya podían mirar al futuro para afrontar numerosas cuestiones políticas, como firmar la paz, extender ulteriormente el poder soviético, remodelar el Gobierno y, en última instancia, la Asamblea Constituyente. También podían dedicarle atención a la puesta en práctica de una serie de reformas sociales y económicas radicales, en un intento de satisfacer las aspiraciones de la sociedad rusa. Al abordar todas esas cuestiones, sobre todo la Asamblea Constituyente, los bolcheviques tuvieron que afrontar la cuestión de la naturaleza del poder y sus cometidos, y los de la propia Revolución.

La paz

Una de las primeras medidas que adoptó el nuevo régimen fue el Decreto sobre la Paz, que incluía un llamamiento a un armisticio inmediato. De un plumazo los nuevos dirigentes se granjearon un amplio apoyo popular, sobre todo entre los soldados, y actuaron decisivamente en la cuestión que había socavado a sus predecesores más que ninguna otra. Nos han llegado descripciones muy gráficas de las reacciones que hubo en la sala donde se celebraba el Segundo Congreso de los Soviets cuando Lenin leyó el decreto sobre la paz. Un periodista estadounidense, Albert Rhys Williams, estuvo allí, y recordaba que «un soldado corpulento, con los ojos llenos de

lágrimas, se puso en pie y abrazó a un obrero que también se había levantado y aplaudía frenéticamente [...]. Un trabajador del distrito de Vyborg, con los ojos hundidos por falta de sueño, con un rostro demacrado medio oculto por su barba, echó un vistazo a la sala, aturdido, se persignó y masculló: "*Pust budet konets voine!*" ("¡Ojalá que esto sea el fin de la guerra!")».[1] A pesar de todo, el apoyo popular se habría esfumado rápidamente, a menos que las promesas de paz se hicieran pronto realidad.

No era una tarea fácil. Al tiempo que criticaban al Gobierno Provisional, Lenin y los dirigentes bolcheviques se las habían apañado para no exponer cómo afrontarían ellos la cuestión de alcanzar la paz. A principios de 1917, Lenin había hablado en alguna ocasión de una posible «guerra revolucionaria» (sobre todo cuando le acusaban de favorecer una paz por separado con Alemania). Sin embargo, la mayoría de las veces Lenin eludía la cuestión, y a menudo se limitaba a afirmar que un gobierno socialista en Rusia bastaría para desencadenar una revolución en Alemania y en Europa occidental, por lo que la cuestión acabaría siendo irrelevante. No iban a hacer falta unas negociaciones diplomáticas al estilo tradicional. Los bolcheviques, al igual que sus predecesores defensistas revolucionarios, estaban convencidos de que la Revolución en Rusia solo era el comienzo de una revolución general en toda Europa. La fe en una revolución en otros países había sido la piedra angular de la justificación ideológica de Lenin para tomar el poder, y ahora pasaba a ser la tabla de salvación a la que iban a aferrarse los bolcheviques durante las semanas siguientes: la revolución internacional iba a acudir a socorrer a la Revolución Rusa radical.

Al margen de la fe en aquella revolución mundial, pronto se hizo patente la necesidad de medidas prácticas, y el margen de maniobra de que gozaron los bolcheviques a partir del 2 de noviembre

permitió que los dirigentes centraran de nuevo su atención en la cuestión de la paz. El decreto sobre la paz de los bolcheviques fue ignorado en el extranjero de forma generalizada. Por consiguiente, el 7 de noviembre, el Gobierno le ordenó al general Nikolái Dujonin, comandante en jefe en funciones del Ejército, que pusiera en marcha las negociaciones para un armisticio en el Frente Oriental con los alemanes. Dujonin se negó, por lo que fue destituido. Los regimientos de la línea del frente recibieron la orden de elegir representantes para el inicio de las negociaciones de un armisticio con las tropas enemigas que tenían enfrente. El 13 de noviembre, Nikolái Krylenko, recién nombrado comandante del Ejército por los bolcheviques, envió a un equipo al otro lado de las líneas enemigas con una propuesta de armisticio para que se pusiera en contacto con el alto mando alemán. Para entonces, las unidades militares individuales ya estaban negociando armisticios a nivel local, que entraron en vigor mucho antes de que comenzaran oficialmente las conversaciones sobre el armisticio, el 19 de noviembre, por no hablar del acuerdo final sobre el armisticio general del 2 de diciembre. A todos los efectos, aquellos múltiples armisticios directos pusieron punto final a la guerra en el Frente Oriental.

Además, los acuerdos tuvieron un efecto considerable tanto para las tropas como para el Gobierno. Para los soldados, la directiva del Gobierno sobre las negociaciones de paz refrendaban y legitimaban sus aspiraciones al fin de todos los combates y a volver a casa. A cambio, el nuevo Gobierno soviético adquiría una legitimidad a ojos de los soldados muy superior a la que le había otorgado el Congreso de los Soviets, con lo que también zanjaba la cuestión de un gobierno socialista de base amplia (o incluso, como posteriormente demostraron los acontecimientos, la cuestión de la Asamblea Constituyente). Por añadidura, al otorgar responsabilidades a los propios soldados, Lenin estaba refrendando implícitamente la

autoafirmación de las tropas, incluido el hecho de que le hubieran arrebatado el control del Ejército a los oficiales y a los pocos dirigentes defensistas revolucionarios que quedaban en los comités. Todas las demás cuestiones políticas y el resto de partidos palidecían en comparación con aquella legitimación y reafirmación mutua de sus respectivas formas de actuar entre el Gobierno y las tropas.[2] Aunque también hay que reconocer que las negociaciones de paz oficiales se prolongaron interminablemente, y hasta el 2 de marzo de 1918 no pudo firmarse un tratado de paz.******** Sin embargo, para los soldados rusos la guerra se había terminado, y las propias tropas organizaron su desmovilización a lo largo de los meses de noviembre y diciembre de 1917. A raíz del armisticio, la cuestión de la guerra y la paz dejó de suponer una amenaza para el Gobierno de turno, debido a la oposición popular que generaba, por primera vez en todo el año 1917. Y eso le dejaba a Lenin las manos libres para afrontar los graves problemas nacionales que acechaban al nuevo régimen.

******** En virtud de los duros términos del Tratado de Brest-Litovsk, firmado el 3 de marzo de 1918, Rusia perdió una ingente cantidad de territorio, de población y de regiones industriales y productoras de grano. Es posible que los onerosos términos dieran la razón a los líderes políticos, de distintas ideologías, que habían argumentado en contra de una paz por separado con Alemania, precisamente por el pasmoso coste que tendría para Rusia. Sin embargo, para cualquier régimen político que no firmara la paz ese coste era la pérdida del poder, y ese era justamente el precio que Lenin no estaba dispuesto a pagar.

El poder soviético: resistencia y aceptación

El Gobierno bolchevique tenía que afrontar el grave problema de cómo asegurar la progresiva extensión del poder soviético, que básicamente se había interrumpido el 2 de noviembre. Los éxitos de la primera semana de la Revolución de Octubre agotaron el

contingente de las ciudades donde los bolcheviques y sus aliados de izquierdas gozaban, antes de la Revolución de Octubre, de una posición lo bastante fuerte como para consolidar rápidamente su poder. En el resto del país, los bolcheviques tuvieron que librar una batalla *política* más prolongada, que duró entre uno y dos meses, para que prevalecieran las fuerzas soviéticas/bolcheviques. En dichas ciudades, los bolcheviques, o el bloque de la izquierda radical, no tenían el control del soviet, y/o existía una alternativa política fuerte. Una pauta frecuente era la existencia de un fuerte apoyo a la idea del poder soviético, entendido como un gobierno que aunara a todos los partidos socialistas, y al mismo tiempo de cierta oposición al Gobierno bolchevique. Fue lo más habitual en las provincias situadas al sur de Moscú y en Ucrania oriental, así como en una parte del frente. Esas zonas demuestran especialmente bien lo complejo que era el significado del poder soviético y lo variadas que eran las razones para apoyar u oponerse a la Revolución de Petrogrado y a su nuevo Gobierno. La lucha de poder que tuvo lugar en esas zonas también es significativa por la aparición de dos cuestiones. La primera fue la lucha de algunas nacionalidades para consolidar su autonomía o su independencia, un proceso que se vio ulteriormente complicado a raíz de la Declaración de Derechos de los Pueblos de Rusia, promulgada el 2 de noviembre, y que para muchos líderes de las nacionalidades consentía la secesión. El segundo problema fue la «guerra del ferrocarril», en la que las unidades expedicionarias enviadas desde Petrogrado y Moscú para imponer la autoridad del nuevo Gobierno tuvieron que batallar contra las fuerzas armadas locales que se oponían a él.

El caso de Járkov, el mayor centro industrial y financiero de Ucrania oriental, es representativo de esas zonas y de ese tipo de problemas. En Járkov, el soviet estaba en manos de una amplia coalición socialista, con predominio de los mencheviques y los social-

revolucionarios de izquierdas. Estos se opusieron a un intento de los bolcheviques locales de proclamar el poder soviético el 26 de octubre, y por el contrario el poder se puso provisionalmente en manos de un Comité Militar Revolucionario (CMR), que a su vez debía rendir cuentas tanto al soviet municipal como al soviet regional (de obreros, soldados y campesinos). Aquel CMR era muy distinto de los de Petrogrado y Moscú. No era un instrumento empuñado por los bolcheviques para tomar el poder, sino más bien un órgano con una amplia base, encargado de detentar el poder a nivel local durante un tiempo de incertidumbre política. El CMR de Járkov se negaba a apoyar al Gobierno Provisional, pero también se abstenía de reconocer por el momento al nuevo Gobierno bolchevique. Por el contrario, consolidó a nivel local la idea de un gobierno monocolor socialista del mismo tipo que defendía el *Vikzhel* en Petrogrado.[3]

La situación política en Járkov se hacía aún más complicada debido al aumento de la creciente beligerancia de Ucrania. El nacionalismo ucraniano no había sido particularmente fuerte en Járkov —los ucranianos tan solo constituían aproximadamente un tercio de la población—, pero iba en aumento. El 7 de noviembre, la Rada Central de Ucrania emitió desde Kiev su «Tercer Universal», proclamando la formación de la República Popular de Ucrania, con la Rada y su Secretaría General como Gobierno legítimo en Ucrania. Se quedó al borde de proclamar la plena independencia, pero reivindicaba una amplia autonomía en el marco de un Estado federal profundamente descentralizado. También proclamaba unas reformas sociales radicales, incluido el reparto de tierras entre los campesinos.[4] Y a partir de ahí los nacionalistas ucranianos de Járkov asumieron un importante papel en la política local y presionaron a favor del reconocimiento de la Rada Central de Ucrania en Kiev como Gobierno legítimo de toda Ucrania. Dado que en su gran mayoría los

nacionalistas también eran socialistas, y teniendo en cuenta que la asunción del poder por la Rada sugería la idea del poder soviético (*rada* es el equivalente ucraniano de *sovet*, soviet), los partidos ucranianos fueron capaces de combinar el concepto de «poder soviético» en sentido amplio con el reconocimiento de las aspiraciones de los ucranianos como nacionalidad.

El resultado fue una lucha por el poder prolongada y con muchos bandos. A grandes rasgos, surgieron tres grupos, todos ellos representados en el soviet municipal de Járkov, así como en el soviet regional y en el CMR. El grupo dominante inicial estaba formado por una amplia coalición de socialistas no bolcheviques. Aceptaban la mayoría de las reformas radicales del nuevo Gobierno de Petrogrado, sobre todo la reforma agraria, pero no estaban de acuerdo con que hubiera tomado el poder por las armas, y exigían un gobierno socialista de amplia base. Aquella facción se apoyaba en el CMR de Járkov y en su órgano ejecutivo, el *deviatka* («Los nueve»). El segundo grupo incluía a los ucranianos, sobre todo a los social-revolucionarios y a los socialdemócratas, que estaban cada vez más unidos en apoyo de la delegación de la Rada en Járkov. Colaboraban con el primer grupo en muchos asuntos, pero exigían un mayor apoyo a la Rada Central de Kiev, y sus puntos de vista iban evolucionando hacia una amplia autonomía nacional, o incluso la independencia. Los bolcheviques eran el tercer grupo, y pusieron en marcha una importante campaña para conseguir apoyos a la declaración del poder soviético en Járkov, y con ello entendían el pleno reconocimiento del Gobierno de Lenin como el único Gobierno de Rusia, incluidas las regiones con nacionalidades minoritarias. Su principal táctica consistía en hacerse con el control del soviet municipal de Járkov y proclamar el poder soviético a través de él.

Los tres bandos libraron una prolongada batalla política para ganarse el apoyo de la población, sobre todo de los obreros fabriles

y de los soldados de la guarnición. Poco a poco los bolcheviques consiguieron suficientes delegados en las elecciones para la renovación del Soviet de Járkov como para gozar de una mayoría relativa con el apoyo de algunos partidos menores. Intentaron proclamar el poder soviético en noviembre, pero carecían de las fuerzas armadas necesarias para respaldarlo. El poder de las armas estaba dividido entre los tres grupos, pero los ucranianos desempeñaron una vez más un papel especial con su pretensión de crear regimientos específicamente ucranianos en la guarnición. Finalmente, el conflicto estalló el 8 de diciembre, a raíz de la llegada de una fuerza expedicionaria bolchevique —formada por guardias rojos, marineros y soldados— desde Petrogrado y Moscú. Después de una noche de enfrentamientos armados, las fuerzas ucranianas fueron neutralizadas, y el poder soviético, es decir, el poder bolchevique, quedó firmemente establecido en Járkov.

En muchos otros lugares de todo el país se libraron prolongadas y complejas batallas políticas parecidas a lo largo de dos meses, entre mediados de noviembre y mediados de enero de 1918. Tuvieron lugar en ciudades pequeñas, en zonas rurales y también en las grandes ciudades, como queda de manifiesto en el caso del distrito rural de Sychevka, en la provincia de Smolensk. Allí los campesinos radicalizados votaron en abrumadora mayoría a favor de la candidatura bolchevique en las elecciones a la Asamblea Constituyente del 12 de noviembre, con un porcentaje de voto del 79,4, a pesar de que allí la organización del Partido Bolchevique era prácticamente inexistente. Claramente, el «bolchevismo» significaba más un cambio radical que una organización partidista o un programa político bien entendido. Para complicar aún más las cosas, unos días después, el 20 de noviembre, en la localidad de Sychevka se creó un «Soviet Unificado», con dieciséis social-revolucionarios (en su mayoría del ala izquierda del PSR), diez bolcheviques y diez

independientes en su comité ejecutivo. Aquel soviet fue el principal órgano de gobierno hasta mayo de 1918, aunque también siguieron existiendo otros organismos gubernamentales y semi-gubernamentales. En este caso, las elecciones y las luchas políticas reafirman la conclusión de que los bloques políticos eran más importantes que los partidos específicos, y que en aquellos momentos el «poder soviético» significaba un llamamiento a las políticas radicales y no el apoyo a un partido político en concreto.[5]

En este proceso de aceptación o rechazo a la Revolución de Octubre tuvo una especial importancia la situación en los territorios cosacos. Los cosacos estaban repartidos entre varias zonas «anfitrionas» de las regiones fronterizas del sur y el este de la Rusia europea. En dos de aquellas zonas, Oremburgo y el Don, bajo el mando de sus respectivos atamanes, los generales A. I. Dutov y Alekséi Kaledin, los cosacos se organizaron rápidamente para impedir que los bolcheviques se hicieran con el poder. La situación en los territorios de los cosacos del Don, una amplia región de gran valor estratégico al sur de Moscú, era especialmente importante. En 1917, los cosacos del Don habían adquirido unos marcados rasgos regionales, incluso incipientemente nacionalistas. Habían obtenido una amplia autonomía interna del Gobierno Provisional, incluido el derecho de elegir a su propio atamán (líder). Se trataba del general Kaledin, que había apoyado a Kornílov en su ataque contra el Gobierno Provisional, pero que no estuvo directamente involucrado en la intentona golpista. El 30 de octubre, Kaledin proclamó una República del Don independiente. La proclamación de Kaledin ponía en peligro la expansión del poder soviético hacia el sur.

Al mismo tiempo, el general Alekseev y otros generales conservadores, que daban por supuesto que los cosacos eran conservadores y defensores del orden social establecido, acudieron al territorio del Don a finales de octubre y principios de noviembre.

Allí emprendieron la tarea de crear un Ejército de Voluntarios antibolchevique, y se daba la circunstancia de que estaba formado mayoritariamente por oficiales rusos que habían acudido en tropel a la región. Aunque la actitud de los líderes de los cosacos del Don, que veían con buenos ojos la creación del Ejército de Voluntarios, y la desconfianza popular de los cosacos hacia el Gobierno de Petrogrado les garantizaban cierta seguridad para que los voluntarios pudieran organizarse, en general los cosacos eran reacios a reanudar los combates, ya fuera contra Alemania o contra el Gobierno soviético, que era el plan de Alekseev. Entonces, el 30 de noviembre, los obreros prosoviéticos, apoyados por marineros de la Flota del mar Negro se hicieron con el control de la ciudad de Rostov del Don, en pleno territorio cosaco, lo que dio lugar a una serie de combates entre ellos y los cosacos, y a su vez a una alianza provisional entre estos y el Ejército de Voluntarios. También acudieron a la región algunos dirigentes del PKD —su partido había logrado buenos resultados en la región en las elecciones a la antigua Duma Estatal— en un intento de ejercer el liderazgo político de lo que a su juicio era un incipiente centro de resistencia antibolchevique. Aquellos acontecimientos provocaron una enorme preocupación entre los líderes del Soviet, que inmediatamente identificaron la región del Don como el centro de una nueva contrarrevolución «kornilovista» (y, de hecho, Kornílov llegó a la zona en diciembre para unirse al Ejército de Voluntarios). Los sucesos del territorio de los cosacos del Don, unidos a la proclamación que afirmaba que la Rada de Ucrania era la autoridad de gobierno de la vecina Ucrania, dieron lugar a que los bolcheviques estuvieran muy preocupados ante la posibilidad de que las regiones del sur pudieran ser el núcleo de una poderosa contrarrevolución. Y, siguiendo con la tradición de buscar analogías con la Revolución Francesa, los bolcheviques calificaron el territorio del Don como la «Vendée»******** de la Revolución Rusa.

******** La Vendée era una provincia que se convirtió en el centro de la oposición conservadora al Gobierno de París durante la Revolución Francesa.

Para hacer frente a esas amenazas, y en general a la resistencia al poder soviético, a finales de noviembre el Gobierno de Petrogrado organizó y envió una serie de «escalones», de destacamentos armados especiales que se organizaban y se trasladaban a lo largo de las líneas férreas. Habitualmente aquellos destacamentos estaban formados por una mezcla de guardias rojos (sobre todo de Moscú o de Petrogrado), soldados y marineros de la Flota del Báltico. A principios de diciembre se concentraron al sur de Moscú, que era una de las zonas donde la Revolución se extendía más despacio, y donde existían dos posibles amenazas: los cosacos del Don del general Kaledin y los nacionalistas ucranianos. Aquellos destacamentos, bajo la dirección de Vladímir Antonov-Ovseenko y con una fuerte presencia de comandantes de orientación social-revolucionaria de izquierdas, avanzaron hacia el sur y después simultáneamente hacia el oeste y el este, para internarse respectivamente en Ucrania y en el territorio de los cosacos del Don. El 9 de diciembre impusieron el establecimiento de un Gobierno bolchevique en Járkov, y a continuación avanzaron sobre Kiev, tomaron la capital el 26 de enero y depusieron el Gobierno de la Rada de Ucrania. Al mismo tiempo, Antonov avanzó hacia el este y atacó el territorio del Don; sus destacamentos conquistaron las principales ciudades de la región en febrero de 1918. Kaledin se suicidó y el Ejército de Voluntarios se retiró hacia el sur (para reaparecer más tarde como una de las principales fuerzas de la guerra civil). La victoria en Ucrania muy pronto se vio frustrada por la intervención del Ejército alemán, mientras que en el territorio del Don el éxito se basó más en las divisiones entre los cosacos, sobre todo en la renuencia de los soldados que acababan de regresar del

frente a empuñar las armas a favor de cualquiera de los dos bandos, que en un amplio apoyo a los bolcheviques.

Otra zona de especial importancia en aquel momento fue el frente de guerra. El Ejército ya estaba en un avanzado estado de desintegración cuando estalló la Revolución de Octubre, y las tropas, hastiadas de la guerra, constituyeron una importante fuente de apoyo al concepto del poder soviético. El Decreto sobre la Paz vino a legitimar sus deseos de un cese de las hostilidades y cimentó el apoyo al nuevo régimen. Sin embargo, los dirigentes bolcheviques seguían preocupados por el Ejército y por su proceder en el futuro, de modo que emprendieron la tarea de intentar hacerse con el control de la cadena de mando militar. Para ello contaron con la ventaja a su favor de las complejas actitudes y de la desunión entre los oficiales de máxima graduación. Muchos generales aborrecían a los bolcheviques y se negaban a tener nada que ver con el nuevo Gobierno. Sin embargo, otros reaccionaron de una forma diferente. Muchos oficiales del Estado Mayor de Petrogrado seguían en sus puestos y realizaban su trabajo a las órdenes del nuevo Gobierno como muestra de apoyo al Ejército. Algunos comandantes del frente se negaron a apoyar a Kérensky, lo que a todos los efectos significaba un apoyo a los bolcheviques en el periodo crítico inmediatamente posterior al 25 de octubre. El general A. V. Cheremisov, comandante del cercano Frente Norte, que mantenía unas relaciones razonablemente buenas con los comisarios radicales del Ejército, había revocado las órdenes enviadas por Kérensky para el envío de tropas como refuerzo a la ofensiva de Krasnov contra Petrogrado. Intentaban encontrar un compromiso entre adaptarse a un régimen que les disgustaba y su sentido del deber, y tal vez algunos oficiales, como Cheremisov, en un intento de contemporizar, no consiguieron ni una cosa ni otra. De hecho, los bolcheviques le relevaron de su puesto el 12 de noviembre.

Los bolcheviques centraron rápidamente su atención en el cuartel general del frente de la *Stavka*, con sede en Mogilev. En un primer momento los generales de la *Stavka* aceptaron tácitamente el nuevo Gobierno, aunque a regañadientes; no tenían demasiadas opciones si querían mantener siquiera una apariencia de estructura y de mando en el Ejército. El general Dujonin, comandante en jefe del Ejército en funciones, no adoptó una postura de oposición declarada hasta que recibió la orden de firmar un armisticio. Al mismo tiempo, la *Stavka* se convirtió en un imán para distintas figuras políticas que esperaban que tal vez fuera el lugar donde podría formarse un nuevo gobierno, y desde donde poder neutralizar de una forma u otra a los bolcheviques. Aquellas esperanzas se quedaron en nada. Mientras tanto, el sustituto de Dujonin, Nikolái Krylenko, un activista bolchevique de treinta y dos años, perteneciente a la Organización militar (y alférez del Ejército), al mando de una fuerza formada por marineros del Báltico y por guardias rojos, llevó a cabo una lenta procesión hasta Mogilev, destituyendo a los comandantes y estableciendo armisticios en los lugares por donde pasaban. No llegaron al cuartel general del frente hasta el 20 de noviembre. Dujonin, que ya había sido arrestado por los soldados locales, fue asesinado por una turbamulta a pesar de los intentos de Krylenko por salvarle. Su muerte supuso el fin de cualquier peligro por parte del Estado Mayor del Ejército, y el punto final del viejo Ejército.

Mientras tanto, los bolcheviques y los eseristas de izquierdas estaban librando, y ganando, una batalla por la lealtad de las tropas del frente y sus comisarios. Los soldados del frente, como ya hemos señalado, se identificaron de inmediato con el Decreto sobre la Paz y con el armisticio firmado poco después. Sin embargo, al mismo tiempo, apoyaban un poder soviético en su acepción original de un gobierno de todos los partidos socialistas. No les gustaba la política partidista, y temían un conflicto armado fratricida. Por consiguiente,

veían con buenos ojos la propuesta del *Vikzhel* y otras iniciativas similares, y a menudo enviaban delegaciones a Petrogrado reivindicando la unidad de los socialistas y advirtiendo en contra de una posible guerra civil. Muchas resoluciones de los comités condenaban tanto al Gobierno Provisional como la toma del poder por los bolcheviques, aunque al mismo tiempo aprobaban las primeras medidas del nuevo Gobierno sobre la tierra, la paz y los problemas sociales. Muy poco a poco, en noviembre y diciembre, los activistas bolcheviques y eseristas de izquierdas fueron asegurándose la renovación de los comités de las unidades y de los congresos del Ejército en el frente, y consolidando los Comités Militares Revolucionarios como la nueva autoridad política local. Como señalaba Allan Wildman, aquella lucha «no se libró en los campos de batalla ni en las calles, con cañones y vehículos blindados, sino en innumerables contiendas electorales, en mítines improvisados, en los periódicos y en los reñidos debates que tenían lugar en los congresos del Ejército y del frente, y que se sucedieron a lo largo del mes de noviembre y principios de diciembre».[6] Los bolcheviques y sus aliados eseristas de izquierdas hicieron rápidos progresos en los frentes Norte y Occidental, más cercanos a Petrogrado y Moscú, y avances más lentos, pero reales, en los frentes Suroeste y Rumano. A partir de finales del año, el Ejército en su conjunto apoyaba al nuevo régimen, y no cabía ninguna duda de que ya no podía resultarle de ninguna utilidad a sus adversarios.

En las principales regiones con nacionalidades, la situación era más compleja y menos favorable al Gobierno bolchevique, aunque probablemente también menos crítica de una forma apremiante. La Revolución de Octubre creó nuevas oportunidades y planteó nuevos dilemas a los movimientos nacionalistas. ¿Era el nuevo Gobierno soviético tan solo una nueva versión del Gobierno Provisional? ¿Iba a tener una política distinta en materia de nacionalidades? ¿Debían

reconocerlo o interpretarlo como un síntoma de la progresiva desintegración de Rusia y emprender su camino por separado? ¿Cómo afectaba todo aquello a las relaciones con las autoridades locales de Rusia? En líneas generales, la Revolución de Octubre propició las reivindicaciones nacionalistas de autonomía, o incluso de independencia, por dos motivos: primero, porque con ello se debilitaba aún más al Gobierno central, y sobre todo su legitimidad; y segundo, porque parecía indicar un mayor apoyo del nuevo Gobierno central a la autodeterminación local. Lenin y los dirigentes del Partido Bolchevique en Petrogrado habían manifestado con especial claridad su apoyo al derecho de autodeterminación, y la Declaración de Derechos de los Pueblos de Rusia del 2 de noviembre venía a recalcarlo.

Muchos líderes nacionalistas interpretaron aquella declaración como una luz verde para hacer valer una mayor autoridad local y la autodeterminación, e incluso aproximarse aún más a la secesión y a la independencia. En noviembre y en diciembre, la mayoría de las nacionalidades a lo largo de un amplio arco que iba desde Finlandia, al noroeste, hacia el sur a través de los territorios del Báltico y Ucrania, y después hacia el este, por Transcaucasia y Asia central, y finalmente hacia el norte, por las regiones tártaras del Volga y los Urales, se declararon a favor de la autonomía dentro de un Estado federal democrático ruso, o de la plena independencia. Muchas de ellas se negaban a reconocer al nuevo Gobierno bolchevique de Petrogrado, o lo hacían únicamente de forma condicional. En la mayoría de los casos, esa postura provocó conflictos no solo con el nuevo Gobierno bolchevique, sino con los simpatizantes locales del poder soviético, como por ejemplo los bolcheviques locales, así como con los rusos antibolcheviques. En ocasiones exacerbó las tensiones sociales y étnicas.[7]

En la región del Báltico la situación variaba según las nacionalidades. Como hemos señalado anteriormente, el Parlamento finlandés, que ya había avanzado hacia la independencia más que cualquier otra asamblea nacional, declaró la independencia tras la Revolución de Octubre. El Gobierno soviético reconoció oficialmente la independencia de Finlandia el 4 de enero de 1918 (la única región a la que se la concedió), aunque también apoyó a los opositores socialistas al Gobierno finlandés en la guerra civil que estalló poco después. En Letonia y en Estonia, la Revolución de Octubre provocó un grave conflicto entre los bolcheviques y los nacionalistas progresistas. En las zonas de Letonia no ocupadas por Alemania, el Partido Socialdemócrata Letón (que se había vuelto íntegramente bolchevique) combinaba una revolución social radical con la identidad étnica, y para entonces ya era el partido más fuerte. Su proyecto para el futuro consistía en que Letonia formara parte de una federación rusa, pero con un gobierno socialista radical. Los nacionalistas letones le brindaron desde el principio un apoyo muy necesario al Gobierno bolchevique de la vecina Petrogrado, sobre todo con su Regimiento de Fusileros de Letonia. En Estonia, por el contrario, ni los bolcheviques ni los nacionalistas predominaban claramente. El Soviet de Tallinn, controlado por la minoría rusa y los bolcheviques, proclamó el poder soviético en Estonia y decretó la disolución del órgano nacionalista elegido democráticamente, el Maapäev. Este contraatacó, autoproclamándose la autoridad política suprema en Estonia. A finales de 1917 parecía que los nacionalistas llevaban ventaja, al conseguir que la clase media, la mayor parte de la *intelligentsia*, los campesinos, e incluso algunos sectores de las clases bajas urbanas de las ciudades pequeñas, se unieran en torno a la identidad nacional y a un programa de reformas sociales moderadas. Sin embargo, el desenlace político no se había

consolidado todavía cuando las tropas alemanas ocuparon la zona en febrero de 1918.

En Ucrania, la reacción a la noticia de la Revolución de Octubre fue muy compleja, como indica lo que hemos visto anteriormente sobre los sucesos de Járkov. En Kiev comenzó un conflicto a tres bandas entre los ucranianos, las fuerzas bolcheviques y los partidarios del Gobierno Provisional, donde cada uno de los bandos contaba con el respaldo de sus propias fuerzas armadas, y los combates estallaron poco después. A diferencia de lo ocurrido en Járkov, en un primer momento la Rada de Ucrania y los bolcheviques colaboraron para expulsar a los simpatizantes del Gobierno Provisional, o en contra de una solución como la que proponía el *Vikzhel*, pero se trataba de una alianza inestable. A todos los efectos, la Rada era la que controlaba la ciudad. Muy pronto hizo valer su autoridad, no solo en Kiev sino en toda Ucrania, a raíz de la promulgación del «Tercer Universal» el 7 de noviembre, donde afirmaba que «se presentan unos tiempos duros y difíciles para nuestra tierra; [...] el Gobierno central se ha desmoronado, y la anarquía, el desorden y la ruina se extienden por todo el Estado». Reclamaba todo el poder en Ucrania hasta que pudiera convocarse una Asamblea Constituyente de Ucrania. Sin embargo, el Universal sí se hacía eco de las reformas del nuevo Gobierno bolchevique, y decretaba la confiscación de las grandes haciendas y una jornada laboral de ocho horas en la industria, instando a unas «negociaciones de paz de inmediato» y a otras medidas reformadoras. No obstante, seguía apostando por una Ucrania autónoma dentro de un Estado federal.[8]

Las relaciones con el Gobierno bolchevique empezaron a deteriorarse muy pronto, ya que este actuó para hacerse con el control en el sur de Rusia. El Gobierno temía sobre todo una alianza entre los ucranianos y los cosacos, y el 4 de diciembre le impuso a la Rada una serie de exigencias relativas a su relación con los cosacos.

De hecho, el Gobierno de Petrogrado ya había organizado destacamentos armados que avanzaban hacia el sur, donde precipitaron la toma del poder por los bolcheviques en Járkov (véanse los apartados anteriores). Sin embargo, el intento de los bolcheviques de Kiev por hacerse con el poder fracasó. Las relaciones entre la Rada Central y el Gobierno bolchevique de Petrogrado empeoraron rápidamente. El Gobierno lanzó un ataque militar en toda regla contra Kiev. La Rada promulgó un Cuarto Universal, el 9 de enero, declarando la independencia total de Ucrania, pero las fuerzas bolcheviques conquistaron la ciudad poco después. Ucrania se sumió en un conflicto complejo entre múltiples bandos.

En Transcaucasia, la mayoría de los líderes georgianos, armenios y azerbaiyanos no reconocieron al nuevo Gobierno bolchevique. En una reunión de los dirigentes de los principales partidos celebrada en Tiflis el 11 de noviembre, Noi Jordania (un menchevique georgiano) propuso la formación de un gobierno local para la defensa de Transcaucasia hasta que se clarificara la situación política nacional y se formara la Asamblea Constituyente. El 25 de noviembre crearon un Comisariado Transcaucasiano como Gobierno provisional, con el apoyo de los movimientos nacionales y étnicos, hasta que la Asamblea Constituyente fuera capaz de reestructurar el sistema político ruso. El nuevo Comisariado estaba formado por tres georgianos, tres armenios, tres azerbaiyanos y dos rusos. Fue más bien un intento de mantener el orden en la región que la afirmación de un sentimiento nacionalista.

En Asia central, los líderes religiosos musulmanes, por lo general conservadores, colaboraban con los rusos no socialistas en contra de los reformistas musulmanes y de los izquierdistas rusos. En Tashkent, donde en septiembre había fracasado un intento de proclamar el poder soviético por parte de los social-revolucionarios y

los mencheviques de izquierdas, los radicales rusos sí lograron proclamarlo el 26 de octubre, manifestando su apoyo al nuevo Gobierno de Petrogrado. Sin embargo, el nuevo Comité Revolucionario de Tashkent estaba completamente dominado por políticos europeos y eseristas de izquierdas, una isla en medio de un mar musulmán más conservador. Se negaba a permitir que la población autóctona participara en el nuevo Gobierno, de modo que los líderes políticos musulmanes se retiraron a la ciudad de Kokand y establecieron un gobierno rival para el Turquestán. En las regiones de etnia kazaja, tártara, bashkir y de otras etnias musulmanas importantes, la tendencia general fue que los dirigentes religiosos-nacionalistas aprovecharon la oportunidad que les brindaba la Revolución de Octubre y la Declaración de Derechos de los Pueblos de Rusia para declarar una mayor autonomía y ejercer un mayor control local en aquella situación tan inestable, a la espera de la formación de la Asamblea Constituyente nacional, y en algunos casos de una asamblea local.

Al principio muchos líderes nacionalistas pensaron que podían colaborar con los bolcheviques, dada su postura sobre la autodeterminación. Sin embargo, muy pronto surgieron dos factores que les decepcionaron. En primer lugar, se dieron cuenta de que en realidad los bolcheviques eran centralizadores. En segundo lugar, la mayoría de los bolcheviques locales (salvo en Letonia) solían mostrarse hostiles a las aspiraciones nacionalistas y confiaban sobre todo en elementos como los emigrantes rusos, los obreros industriales, los soldados de las guarniciones y otros sectores no autóctonos de la población (y no en la población autóctona, más rural). Muy pronto eso dio lugar a una hostilidad, y en algunos casos a combates, entre los nacionalistas y las fuerzas armadas soviéticas. El resultado fue que el control del nuevo régimen sobre la mayoría de las regiones con nacionalidades fue o bien inexistente, o muy

endeble, a menudo basado en el soviet de una o dos grandes ciudades que habían declarado el poder soviético, pero con escasa influencia entre la mayoría de la población fuera de esos núcleos.

La Revolución de Octubre cercenó la legitimidad y la aceptación de la autoridad del Gobierno de Petrogrado, y generó incertidumbre política en las regiones con nacionalidades. Las organizaciones nacionales, igual que otros órganos políticos locales, fueron asumiendo un poder ejecutivo cada vez mayor. Al tratarse de organizaciones basadas en los principios de autodeterminación y de autogobierno, se convirtieron a todos los efectos en centros políticos independientes, con o sin una declaración de plena independencia. A menudo consideraban que estaban realizando una tarea de dilación hasta la formación de la Asamblea Constituyente y, en algunos casos, de las asambleas constituyentes locales basadas en la nacionalidad. La mayoría de ellas seguían contemplando algún tipo de autonomía dentro de un Estado federal, aunque algunas empezaban a acariciar la idea de la independencia total, sobre todo porque consideraban que la situación de Rusia estaba degenerando en un caos del que esperaban escapar.

A partir de principios de 1918 el nuevo Gobierno soviético ya podía afirmar que contaba con la lealtad —o por lo menos con la no oposición— del Ejército y de los gobiernos locales de la mayoría de las principales ciudades y las capitales provinciales del interior de Rusia, y que tenía bajo su autoridad nominal a gran parte de los territorios de etnia no rusa del antiguo Estado imperial ruso. No obstante, esa afirmación pasaba por alto dos grandes puntos débiles. En primer lugar, su control sobre muchas zonas era endeble. En la mayoría de las regiones donde se había proclamado el poder soviético, únicamente se había hecho en las principales ciudades, que a menudo eran muy poco representativas de las zonas rurales circundantes, o bien por razones sociales o bien por cuestiones

relacionadas con las nacionalidades. Seguían existiendo preocupantes focos de resistencia, la actitud de los campesinos era incierta, y algunas nacionalidades, entre ellas Ucrania, empezaban a optar por la independencia total. De hecho, una peculiaridad del periodo noviembre-diciembre de 1917 es que incluso mientras las fuerzas bolcheviques, o lideradas por ellos, salvaguardaban la difusión de la Revolución por las capitales de provincias del Imperio, al mismo tiempo en los pueblos la gente votaba mayoritariamente a los social-revolucionarios (de derechas, de centro y de izquierdas) y a los partidos nacionalistas en las elecciones a la Asamblea Constituyente. Y en segundo lugar, el Gobierno soviético seguía dependiendo de los eseristas de izquierdas, no solo a nivel central sino también en muchos gobiernos soviéticos locales. Los eseristas seguían defendiendo un gobierno de todos los partidos socialistas, mientras que a Lenin esa idea seguía resultándole incómoda —y también el hecho de tener a los eseristas de izquierdas como aliados —. A pesar de todo, fueran cuales fueran sus inseguridades, la aceptación generalizada del régimen a lo largo de los meses de noviembre y diciembre aportó cierta estabilidad, e hizo posible que el Gobierno afrontara las cuestiones socioeconómicas, así como los problemas políticos que surgían en Petrogrado.

Reestructuración social y económica

Además de política, la Revolución Rusa fue también una revolución social, y el ascenso de los bolcheviques se había basado sustancialmente en su defensa de una revolución social rápida y radical. Por consiguiente, no es de extrañar que entre sus muchos problemas, los dirigentes bolcheviques tomaran medidas inmediatas para llevar a cabo una reestructuración fundamental de la sociedad, en la mayoría de los casos con el apoyo de los social-revolucionarios

de izquierdas y de otros grupos radicales. Al hacerlo, también intentaban hacer realidad las aspiraciones básicas de la clase trabajadora, de los soldados y de los campesinos. El Decreto sobre la Tierra fue su primer paso en esa dirección. A continuación el nuevo Gobierno promulgó una vertiginosa serie de decretos y proclamaciones económicas y sociales a lo largo de las primeras semanas de su mandato. El 29 de octubre, el nuevo Gobierno promulgó una ley sobre la jornada laboral de ocho horas, una de las principales aspiraciones de los obreros desde la Revolución de Febrero, pero que el Gobierno Provisional nunca aprobó en forma de ley. El 2 de noviembre emitió la Declaración de Derechos de los Pueblos de Rusia (ya mencionada en apartados anteriores), que proclamaba la abolición de todos los privilegios y de todas las inhabilitaciones basadas en la nacionalidad o en la religión, y ratificaba el derecho de autodeterminación. Un nuevo decreto del 10 de noviembre abolía las numerosas distinciones sociales, jurídicas y civiles, los escalafones y los títulos que formaban parte de la vieja Rusia, confiriendo validez legal a la revolución social igualitaria que se extendió por todo el país en 1917 (la moción original fue presentada por un eserista de izquierdas, dando rango de ley a un proyecto debatido por el Gobierno Provisional, pero que nunca llegó a aplicarse). Los colegios religiosos fueron transferidos al Comisariado del Pueblo de Educación mediante un decreto del 11 de noviembre. El 22 de noviembre se abolía el antiguo sistema judicial, que fue sustituido por unos nuevos «tribunales populares», formados por personas elegidas o designadas por los soviets locales. El 16 de diciembre, un decreto abolía todos los rangos y títulos en el Ejército, e implantaba la elección de los comandantes. Dos decretos del 16 y el 18 de diciembre convertían los matrimonios, los divorcios y los registros de defunción y nacimiento en trámites civiles, arrebatándole a la Iglesia el control sobre dichos asuntos. El

divorcio, un trámite anteriormente difícil, ahora era posible mediante la simple presentación de una solicitud de ambos cónyuges ante las autoridades civiles. A continuación se decretó la plena separación de la Iglesia y el Estado mediante una ley promulgada el 20 de enero de 1918. La nueva oleada de decretos prosiguió a lo largo de 1918, con la homologación del calendario ruso y el calendario occidental el 1 (14) de febrero, y, en clave política, con el cambio de denominación del Partido Bolchevique, que pasó a llamarse Partido Comunista de Rusia.[9]

Además de los cambios sociales con rango de ley, el nuevo régimen anunció su intención de implementar muchos otros, a medida que los dirigentes bolcheviques iban emitiendo manifiestos donde expresaban su visión de una nueva sociedad. El 29 de octubre, V. I. Lunacharsky, el nuevo comisario del pueblo de Educación, comunicaba a «los ciudadanos de Rusia» la determinación del régimen de implantar una «educación universal, obligatoria y gratuita», a fin de «lograr una alfabetización universal en el mínimo plazo posible», y el acceso a la educación superior en función de la cualificación y no del patrimonio familiar.[10] El 13 de noviembre el Gobierno anunció su intención de establecer un seguro social integral contra el desempleo, la enfermedad, los accidentes laborales, la vejez y otras discapacidades. Claramente, las nuevas autoridades revolucionarias estaban decididas a borrar de un plumazo la vieja Rusia y a empezar a dar forma a un nuevo país. Algunos bolcheviques estaban convencidos de que el verdadero cometido de la Revolución era una transformación social y cultural, a falta de la cual los cambios políticos carecían de significado. Esperaban crear una cultura totalmente nueva, basada en el proletariado. De hecho, los bolcheviques consideraban que su proyecto no consistía simplemente en una revolución en Rusia, sino

en el inicio de un proceso revolucionario a escala mundial y en la transformación de la humanidad.

Las cuestiones y los decretos en materia económica venían a reafirmar la revolución social. Los bolcheviques estaban decididos a crear una sociedad socialista y a abolir la propiedad privada, pero no se ponían de acuerdo entre ellos sobre a qué ritmo y por qué medios había que llevarlo a cabo. Lenin y la mayoría de los líderes suponían que el Estado iba a controlar directamente los sectores más estratégicos, aunque por el momento la mayor parte de la propiedad privada, incluidas las fábricas, debía permanecer en manos de sus dueños, aunque sometida la supervisión y la normativa del Estado. Había que poner el acento en el control de las instituciones más esenciales, como los bancos y, en la creación (y el control) de grandes agrupaciones en los sectores industriales más importantes (los combustibles, la metalurgia, etcétera). Para ello, pensaban intensificar la participación del Gobierno, ya muy significativa, en la gestión de la economía, que había ido evolucionando durante los años de la guerra. Ese enfoque quedó reflejado en dos de las tres principales legislaciones en materia industrial y económica que se implantaron durante las primeras semanas: la nacionalización de los bancos el 14 de diciembre y la creación del Consejo de Economía Nacional de Toda Rusia el 1 de diciembre. Ambas legislaciones fueron concebidas para que el Gobierno pudiera ejercer un mayor control sobre la economía, a fin de afrontar la crisis económica más apremiante, así como para configurar su desarrollo a más largo plazo. En aquella fase, implantar el socialismo de forma inmediata o nacionalizar la industria eran preocupaciones de segundo orden.[11]

No obstante, los líderes se vieron muy presionados en esa dirección por la respuesta de los obreros industriales a la crisis económica, así como por sus aspiraciones en general. Los trabajadores seguían abrigando la esperanza de que la Revolución

abordara los problemas de unos salarios suficientes, de la seguridad, las condiciones y la dignidad en el puesto de trabajo, y su reivindicación de tener voz en la gestión de las fábricas. Por consiguiente, un elemento crucial de las preocupaciones de los trabajadores fue la tercera legislación en materia económica, el Decreto sobre Supervisión (*kontrol*) Obrera del 14 de noviembre. Como hemos visto, la supervisión obrera fue ganando fuerza como reivindicación popular a finales del verano y a lo largo del otoño. El decreto otorgaba a los comités de fábrica mucha más autoridad que antes sobre la gestión, y ahora el verdadero poder estaba en sus manos. Muchos obreros, eufóricos por el hecho de que «su» Gobierno estuviera en el poder, y ante el persistente deterioro económico (agudizado por el cese de los pedidos de material militar que siguió al Decreto sobre la Paz), muy pronto le dieron al decreto y a la supervisión obrera un significado más radical. Exigían una participación más amplia y agresiva en la gestión de las fábricas y en las decisiones sobre sus productos y recursos, incluso la asunción del control y la autogestión de las empresas. Poco a poco, no obedeciendo a un plan del Gobierno ni de los bolcheviques, sino como respuesta a situaciones específicas y a las exigencias de los obreros, a menudo a fin de impedir el cierre de las fábricas, se fue nacionalizando una serie de empresas concretas a finales de 1917, cuyo control fue asumido a todos los efectos por sus trabajadores. Casi todas las órdenes de nacionalización de fábricas de finales de 1917 procedieron de las autoridades locales y no del Gobierno central, aunque es perfectamente posible que aquellas hubieran dado por sentado que sus medidas eran acordes con las políticas del Gobierno, habida cuenta de la retórica de la izquierda radical en 1917.

De hecho, para muchos trabajadores, y también para el ala izquierda de Partido Bolchevique y del PSR, el éxito de la Revolución

de Octubre, junto con la crisis económica imperante, venían a demostrar que había llegado el momento de culminar la revolución socioeconómica por el procedimiento de desposeer de su patrimonio a los industriales, a los terratenientes y a la sociedad privilegiada en general. Contemplaban la mayor participación de los trabajadores en la gestión de las fábricas como una parte esencial del proceso por el que los obreros podían aprender las habilidades de gestión imprescindibles para asumir el funcionamiento de las fábricas socializadas. Lo veían, según una resolución del Consejo Central de Comités de Fábrica del 7 de diciembre, como «una etapa de transición en el proceso de organización del conjunto de la vida en el país conforme a unas directrices sociales».[12] Los soviets municipales locales promulgaban sus propios decretos sociales y económicos revolucionarios, mientras que la Guardia Roja, los campesinos y otros grupos procedían a incautarse del patrimonio de las antiguas clases altas y medias mediante miles de acciones individuales de expropiación de bienes y de actos de intimidación. Los obreros, animados por las ideas socialistas y por sus propias dificultades económicas, presionaban a los dirigentes bolcheviques para que avanzaran más rápido de lo que estaban dispuestos. Para Lenin, los comités de fábrica y otras modalidades de activismo de masas eran útiles por el apoyo político que les prestaban (aunque en ocasiones no se mostrara del todo entusiasta respecto a ellos), pero no podían constituir la base de la futura autoridad económica y política. Además, Lenin y la mayoría de los demás dirigentes bolcheviques subrayaban la importancia de aprovechar las aptitudes de los antiguos gerentes y propietarios en la crisis económica reinante y en aquella etapa de transición; lo que hacía falta era supervisarlos, no relevarlos. Sin embargo, el régimen tampoco podía ignorar —ni controlar del todo— las reivindicaciones de sus principales simpatizantes en aquel momento, de modo que adoptaron una

política económica bastante inconsistente durante el resto del 1917, sobre todo en materia de supervisión obrera y de nacionalizaciones.

Las cuestiones agrarias vinieron a sumarse a los problemas económicos del Gobierno, incluso en un momento en que estaba fomentando una revolución social y económica fundamental en el campo. El Decreto sobre la Tierra tuvo el efecto de legitimar las ocupaciones de tierras por los campesinos que se habían producido hasta el momento, y de alentar la ocupación del resto de haciendas. Por lo demás, la Revolución de Octubre tuvo un efecto sorprendentemente limitado en el campo durante las semanas posteriores, ya que allí la Revolución siguió el curso previamente establecido. Aunque los bolcheviques tenían ciertos reparos sobre aquel proceso de ocupación de tierras por los campesinos (ellos preferían la titularidad estatal de la tierra y grandes explotaciones agrícolas), sus aliados eseristas de izquierdas no sentían el mínimo recelo, y sus consideraciones políticas exigían que en aquella etapa se centraran en llevar adelante la destrucción del antiguo orden y en asegurarse la lealtad del campesinado. Permitieron que los campesinos asumieran un control cada vez mayor del campo, de la vida rural y de sus recursos. En el breve periodo transcurrido entre la Revolución de Octubre y la formación de la Asamblea Constituyente, que supuestamente iba a otorgar plena legitimidad jurídica al reparto de tierras —de gran importancia para los campesinos— estos siguieron haciendo lo mismo que antes, pero con el aval jurídico del Decreto sobre la Tierra. Así, la redistribución de las tierras se dejó sobre todo en manos de las comunas de los pueblos, que abordaban la cuestión de la tierra a su propio entender, combinando las prácticas tradicionales con las nuevas condiciones establecidas en 1917, como una mayor participación en el ámbito del pueblo y el activo papel que desempeñaban los soldados que volvían a casa. Durante un breve periodo, hasta el estallido de la guerra

civil, el Gobierno dejó que los campesinos organizaran sus propios asuntos y llevaran adelante su propia revolución rural.

Por desgracia, las ocupaciones de tierras rurales vinieron a sumarse al ya de por sí grave problema del insuficiente flujo de grano a los mercados y a las ciudades, dado que quienes comercializaban la mayoría de los productos alimenticios eran las haciendas y los grandes productores. Las fábricas enviaban cuadrillas para canjear productos manufacturados por comida, y el Gobierno empezó a hacer lo mismo: durante los primeros días de noviembre, casi 7.000 obreros y marineros salieron de Petrogrado cargados de tejidos y herramientas, para canjearlas por productos alimenticios. Después del armisticio, el Gobierno empezó a enviar a los pueblos los artículos originalmente producidos para el Ejército con la intención de intercambiarlos por grano.[13] Sin embargo, el comercio por sí solo resultaba insuficiente. El Gobierno soviético, igual que anteriormente el Gobierno Provisional, tuvo que enviar destacamentos armados a las regiones productoras de cereales para intentar imponer por la fuerza el envío de productos alimenticios, al tiempo que reducía los cupos de alimentos racionados de la población urbana. El abastecimiento de alimentos siguió siendo un grave problema para el régimen, que amenazaba con socavar sus apoyos básicos, los trabajadores urbanos y las guarniciones militares, sobre todo en Petrogrado y en Moscú.

A finales de 1917 se produjo una doble decepción. Por un lado, a pesar de los avances, como el hecho de que la supervisión obrera se hubiera elevado al rango de ley, las esperanzas de los trabajadores, avivadas por la Revolución de Octubre y por el establecimiento de «su» régimen, empezaron a flaquear, al tiempo que proseguía el deterioro de la economía. El bienestar general de los trabajadores, y de toda la población urbana, decaía con la economía. Las condiciones empeoraban. La delincuencia y los desórdenes públicos

aumentaban espectacularmente. Al mismo tiempo, Lenin y los dirigentes bolcheviques se sentían decepcionados con el activismo autónomo de las masas —sobre el que Lenin se había mostrado atípicamente entusiasta en sus escritos durante las semanas previas a la Revolución de Octubre— y optó por un énfasis, más habitual en él, en la dirección centralizada y en el control de la economía, así como en el control político.

Los problemas económicos contribuyeron a que Lenin y los bolcheviques se vieran obligados a optar por unas medidas centralizadoras y autoritarias, que en cualquier caso ellos preferían por motivos ideológicos. El control centralizado, político y económico, era fundamental en la visión de los bolcheviques —consideraban que una autoridad central fuerte era imprescindible para dirigir los órganos políticos del Estado y regular la vida económica, incluidas las empresas de titularidad privada. Los bolcheviques, escribía Lenin a finales de septiembre en «¿Podrán los bolcheviques retener el poder?» eran «centralistas por convicción, de acuerdo con su programa y con toda la táctica de su partido».[14]******** La creación del Consejo de Economía Nacional de Toda Rusia fue un reflejo de ello. De hecho, en economía y en otras áreas, los bolcheviques se encontraron desempeñando un papel nuevo después del 25 de octubre. Tuvieron que pasar de estar en contra de un orden vigente a tener que definir y defender uno nuevo. Muy pronto sus discursos se llenaron de llamamientos al orden y a la disciplina. Los discursos y escritos de Lenin durante los meses de noviembre y diciembre incluían reflexiones en el sentido de que el nuevo orden socialista iba a exigir un «tremendo esfuerzo organizativo», e instaban a la población a «dedicarse en cuerpo y alma [...] a despertar a los soñadores y a los indecisos [...] en este momento, acaso el más grave y comprometido de la gran Revolución Rusa». Apelaba a los trabajadores ferroviarios: «Camaradas,

necesitamos vuestra ayuda para que el ferrocarril siga funcionando. Únicamente lograremos superar el desorden aunando nuestros esfuerzos con vosotros».[15] El nuevo giro hacia la organización, la disciplina y el orden público, así como hacia la simple supervivencia, exigía crear un nuevo aparato estatal.

******** Ibíd. p. 226 (*N. del T.*).

La creación de un Gobierno: CMR, Sovnarkom, *Checa*

Entre sus muchos otros problemas, los bolcheviques tenían que afrontar la tarea de organizar el poder político, y la cuestión aún más fundamental de los cometidos del poder. Esas cuestiones se centraban en torno a los problemas íntimamente relacionados de crear una estructura gubernamental y de lidiar al mismo tiempo con la futura Asamblea Constituyente y con el resto de partidos políticos, sobre todo con sus antiguos aliados, los social-revolucionarios de izquierdas. Para Lenin el problema consistía en cómo garantizar que «poder soviético» fuera sinónimo de poder bolchevique. Para afrontarlo, tenía que responder a una serie de preguntas básicas sobre la naturaleza y los cometidos del poder político en el nuevo orden, y de la respuesta a esas preguntas iba a depender el futuro de la democracia en Rusia.

El éxito en la consolidación del poder y en la aplicación de un programa social radical exigía el desarrollo de un aparato gubernamental eficaz. Lenin le había prestado poca atención a la cuestión antes de tomar el poder. Sin embargo, resultaba esclarecedor el ensayo «¿Pueden los bolcheviques retener el poder?» que Lenin escribió a finales de septiembre. Allí argumentaba que el nuevo Estado iba a hacerse cargo de las estructuras del antiguo sistema —los bancos, las fábricas, los colegios, etcétera— y, después de sustituir a sus responsables, utilizarlas para construir un

nuevo orden. A partir de la Revolución de Octubre, Lenin también aplicó ese concepto a los ministerios. De hecho, se conservaron la mayoría de instituciones y estructuras del Estado existentes, aunque algunas fueron objeto de una profunda transformación. Al repasar los decretos que promulgó el Gobierno a finales de 1917, llama la atención que muchos de ellos fueron concebidos para asumir el control de las instituciones existentes e infundirles un nuevo espíritu.

Durante las dos o tres primeras semanas posteriores a la Revolución de Octubre, el principal instrumento del Gobierno central revolucionario fue el Comité Militar Revolucionario de Petrogrado. Sus comisarios asumieron el control de distintos organismos civiles de la capital. El CMR abordó la escasez de alimentos y de otros productos con draconianas medidas de racionamiento y requisa, cuya supervisión corría a cargo de sus propios comisarios especiales. Instauró la censura de prensa y la incautación de las rotativas. Asumió las tareas de expedir permisos de residencia para el área de Petrogrado, de conceder las licencias a las representaciones teatrales y de asignar las viviendas, así como la amplia gama de tareas relativas al gobierno municipal y la policía. Se encargaba de todo aquello que tuviera que ver con la posibilidad de oposición al nuevo Gobierno, e incluso tenía un departamento especial dedicado a detener a los sospechosos de actividades revolucionarias y a efectuar registros. Entre el variable y cambiante elenco de sus miembros había eseristas de izquierdas y anarquistas, que fomentaban la imagen de un Gobierno multipartidista. El CMR, en parte comité revolucionario-insurgente, en parte comité para la consolidación de la Revolución, y en parte gobierno *de facto*, fue una estructura crucial del poder revolucionario de transición durante las primeras semanas de la Revolución, hasta que el nuevo *Sovnarkom* (Consejo de Comisarios del Pueblo) pudiera organizarse como un Gobierno con funciones plenas.

El nuevo Gobierno (*Sovnarkom*) asumió sus poderes poco a poco. Al principio se reunía de forma irregular, y bajo la enorme presión de los acontecimientos, con unos miembros inexpertos que carecían de una idea clara de cómo debía funcionar el nuevo Gobierno. De forma no muy distinta a lo ocurrido tras la Revolución de Febrero con el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado, en el *Sovnarkom* las decisiones las tomaba cualquiera de sus miembros, o del CMR, que se sintiera capacitado para hacerlo, a veces después de una serie de consultas apresuradas e informales en despachos y pasillos abarrotados de gente. «Durante los días posteriores a la toma del poder, un Comisariado del Pueblo normalmente consistía en una mesa, unas cuantas sillas y un papel con el nombre del Comisariado pinchado en la pared».[16] Para agravar la confusión, los dirigentes del CMR, del *Sovnarkom* y del Partido Bolchevique se solapaban, y funcionaban desde las mismas oficinas del Instituto Smolny. No obstante, poco a poco el *Sovnarkom* empezó a funcionar como un ejecutivo propiamente dicho.

Al mismo tiempo, los bolcheviques metieron en vereda al aparato burocrático del Estado. Cuando los nuevos comisarios del pueblo accedieron por primera vez a sus ministerios, encontraron hostilidad y resistencia pasiva. La mayoría de los funcionarios se negaba a reconocer al Gobierno soviético; muchos no iban a trabajar, pero la mayoría iba a la oficina, y simplemente se negaba a colaborar, haciendo caso omiso de los nuevos decretos y de los nuevos altos cargos. A veces salían de los despachos cuando entraba algún funcionario designado por los bolcheviques. A menudo se negaban a entregar las llaves de las oficinas, y algunos incluso se negaron a mostrarle a los nuevos responsables dónde estaban sus despachos. Aparentemente, muchos pensaban que iban a poder aguantar hasta que la Asamblea Constituyente nombrara un gobierno «legítimo». Para afrontar esa situación, los bolcheviques aplicaron una política

que era una mezcla de coacciones y de incentivos. Se modificaron los salarios para beneficiar a los niveles más bajos del escalafón e inducirles a romper con los niveles superiores de la administración, mientras que una serie de detenciones y de despidos selectivos de funcionarios iba eliminando a los supuestos cabecillas, al tiempo que ejercía una coacción indirecta sobre los demás. Los comisarios bolcheviques, a veces con el respaldo de la Guardia Roja o de los marineros, instalaban físicamente sus dependencias en los ministerios y poco a poco empezaron a ejercer sus funciones. En diciembre fracasó una huelga de funcionarios del Estado a escala nacional, mientras que la disolución de la Asamblea Constituyente a principios del mes de enero acabó con cualquier esperanza de aguardar hasta la caída de los bolcheviques y la formación de un gobierno diferente. A principios de enero de 1918, la Revolución Bolchevique ya había logrado hacerse cargo de la vieja estructura administrativa, y empezó a utilizarla para nuevos cometidos. Fue un paso esencial con el que los bolcheviques lograron aprovechar la agitación revolucionaria y consolidar su poder.[17]

Además, los bolcheviques empezaron muy pronto a recurrir a las medidas represivas para la consolidación de su poder y para construir una nueva estructura estatal. Ello tuvo unas profundas consecuencias no solo para la tarea apremiante de consolidar el poder, sino también para las características del Estado resultante. Lenin tenía un largo historial de escritos sobre el empleo de la fuerza por un gobierno revolucionario, y recurrió a las amenazas y las medidas represivas contra sus oponentes inmediatamente después de la Revolución de Octubre. La primera ley promulgada por el nuevo *Sovnarkom*, el 27 de octubre, implantaba la censura de prensa con el pretexto de atajar la contrarrevolución (el CMR ya había cerrado algunos periódicos). Al mismo tiempo, el CMR, con el visto bueno de Lenin, utilizaba la violencia sin miramientos contra los

opositores, reales o sospechosos de serlo, a los que se definía de una forma general e imprecisa. Los líderes bolcheviques englobaban como enemigos a todos los no socialistas (y a algunos socialistas), con la misma facilidad con la que Kornílov agrupaba a la mayoría de los socialistas como «los bolcheviques». Los trabajadores que hacían huelga contra el cierre de las rotativas por parte del Gobierno eran tratados como enemigos casi tanto como los funcionarios huelguistas o los opositores militares.

Aquella tendencia a adoptar medidas represivas alarmaba a los eseristas de izquierdas e incluso a algunos bolcheviques. Inmediatamente después de la derrota de la amenaza militar de Kérensky y Krasnov, los eseristas de izquierdas cuestionaron dichas políticas. El 4 de noviembre se desató un importante debate en el seno del Comité Central Ejecutivo. Yuri Larin, un exmenchevique recientemente convertido al bolchevismo, presentó una resolución para derogar el decreto de censura de prensa, donde se decía que «No podrán aplicarse medidas de represión política salvo con la autorización de un tribunal especial, cuyos miembros serán designados por el CCE en función del peso político de cada fracción [partido]». Distaba mucho de ser una altisonante declaración de derechos civiles, pero fue suficiente para suscitar un importante debate. Los eseristas de izquierdas y algunos bolcheviques señalaban lo absurdo de intentar consolidar la democracia y las libertades a través de la censura. Lenin, Trotsky y algunos otros bolcheviques justificaban la censura y otras medidas represivas por considerarlas esenciales en aquel momento. El CCE, dominado por los bolcheviques, tumbó la moción. Un portavoz de los eseristas de izquierdas declaró que la votación era «una clara e inequívoca manifestación [de apoyo a] un sistema de terror político y a favor de desatar una guerra civil». Los eseristas de izquierdas abandonaron el CMR y otros cargos semi-gubernamentales que seguían ocupando

desde los tiempos de la Revolución de Octubre. Y lo que resultó más chocante, cuatro comisarios del pueblo bolcheviques, que vincularon aquel debate con la propuesta del *Vikzhel* de formar un amplio gobierno de coalición socialista, dimitieron de sus cargos, declarando que «un Gobierno íntegramente bolchevique no tiene otra opción que mantenerse en el poder mediante el terror político».[18] Sin embargo, Lenin se mantuvo firme, y con él la mayoría de los bolcheviques. De hecho, los bolcheviques disidentes volvieron al redil poco después: carecían de un líder que pudiera plantear una alternativa eficaz a las ideas de Lenin sobre el partido y el Estado.

Muy pronto los bolcheviques optaron por medidas aún más represivas. El 28 de noviembre, el *Sovnarkom* ordenó la detención de los principales líderes del PKD, calificándolo de «un partido de los enemigos del pueblo».[19] Algunos de los detenidos ya habían sido elegidos para la Asamblea Constituyente, de modo que existían implicaciones políticas adicionales. La orden de detención desató un nuevo debate en el CCE el 1 de diciembre. Stanislaw Lapinski, del pequeño Partido Socialista Polaco, denunciaba que «El terror que [...] está ejerciendo el *Sovnarkom* contra los kadetes, como es natural, se ampliará a los partidos que están a la izquierda del PKD [es decir, a los partidos socialistas]». Trotsky le respondió que «Usted se colma de indignación ante el crudo terror que estamos ejerciendo contra nuestros enemigos de clase, pero permítame que le diga que en el plazo de un mes, a lo sumo, ese terror asumirá unas formas más temibles, a imitación del terror de los grandes revolucionarios franceses. Lo que aguarda a nuestros enemigos no será la fortaleza [la cárcel] sino la guillotina».[20]

Aquel giro hacia la represión exigía una organización especial al efecto. Desde el 26 de octubre, el nuevo Gobierno había encomendado aquella tarea al CMR, a la Guardia Roja y a algunos

soldados y marineros. A principios de diciembre la estructura política se había desarrollado hasta el punto que se hacía necesaria una organización nueva, más duradera, y sometida al firme control de los bolcheviques. El 6 de diciembre, el *Sovnarkom*, avalado por Lenin mediante una carta por separado, le pidió a Félix Dzerzhinsky, un bolchevique polaco, que redactara sus propuestas para luchar contra los «saboteadores y los contrarrevolucionarios». Al día siguiente, el *Sovnarkom* ponía en práctica el informe de Dzerzhinsky con una resolución por la que se creaba la «Comisión Extraordinaria para la Lucha contra la Contrarrevolución y el Sabotaje de Toda Rusia», conocida generalmente como «Checa» (por las iniciales de la segunda y la tercera palabras de su nombre).[21] Aunque el motivo inicial para su creación fue acabar con la huelga de los funcionarios y los empleados administrativos, la Checa básicamente obedecía a la disposición de Lenin y de los dirigentes bolcheviques a emplear la fuerza contra sus adversarios. La retórica de Lenin, de Trotsky y de algunos otros bolcheviques durante aquel periodo era sumamente violenta. Las amenazas físicas contra los opositores, como clase y a título individual, eran una parte habitual de sus declaraciones. La Checa se creó a fin de consolidar un organismo de represión de la máxima confianza de los bolcheviques que sustituyera al CMR, donde los eseristas de izquierdas ejercían cierta influencia.[22] Se convirtió en el principal instrumento de terror político, y fue el origen de la policía política, o secreta, que, con distintos nombres, pasó a convertirse en parte fundamental del posterior sistema político soviético.

El debate sobre la censura y las coacciones inevitablemente suscitaba preguntas sobre sus implicaciones para la Asamblea Constituyente. En la reunión del CCE del 1 de diciembre, Isaac Steinberg, al plantear sus objeciones en nombre de los eseristas de

izquierdas, señalaba que «El decreto [por el que se había detenido a los líderes kadetes] sugiere una voluntad de entorpecer el funcionamiento de la Asamblea Constituyente».[23] De hecho, eso era exactamente lo que pensaba hacer Lenin, ya que para los bolcheviques la Asamblea suponía el problema por excelencia, en un momento en que se esforzaban por solventar la cuestión de la naturaleza y de los usos del poder, y en concreto el problema de cómo aferrarse a él y convertir la Revolución a favor del poder soviético en un régimen bolchevique.

La Asamblea Constituyente y los cometidos del poder

En octubre, cuando se formó el nuevo Gobierno soviético, sus responsables lo calificaron de «provisional», y muchos de los primeros decretos y de las proclamaciones iniciales mencionaban que iban a estar en vigor hasta que se constituyera la Asamblea Constituyente. Era una suposición que también compartían los bolcheviques del resto del país. Los dirigentes bolcheviques del Soviet de Sarátov, al declarar el poder soviético en la ciudad, afirmaban que cualquier conflicto entre los campesinos que surgiera a raíz de la entrada en vigor del decreto sobre la tierra promulgado por el propio Soviet de Sarátov en la región sería arbitrado por dicho soviet, «cuyas decisiones serán vinculantes hasta su resolución por la Asamblea Constituyente».[24] Durante las semanas inmediatamente posteriores a la Revolución de Octubre, la mayoría de los activistas políticos tenían la convicción generalizada de que el Gobierno bolchevique era temporal, hasta la formación de la Asamblea Constituyente en enero. Sin embargo, Lenin, Trotsky y un número cada vez mayor de dirigentes bolcheviques no estaban dispuestos a considerar que su Gobierno fuera provisional, ni a renunciar al poder. Pero a medida que fueron llegando los escrutinios

de las elecciones a la Asamblea Constituyente a lo largo del mes de noviembre, las cifras indicaban que los bolcheviques iban a estar en clara minoría en el Parlamento. ¿Había alguna forma de cuadrar el círculo? ¿Cómo podían los bolcheviques cimentar *aquel* Gobierno y al mismo tiempo evitar entregarle el poder a sus rivales en la Asamblea Constituyente?

Un elemento crucial en el dilema político que el régimen tenía ante sí eran los social-revolucionarios y sus simpatizantes entre el campesinado. El poder bolchevique era de base urbana, y su derecho a ejercer la autoridad dependía sobre todo del Segundo Congreso de los Soviets de Delegados de los Trabajadores y los Soldados de Toda Rusia, del Soviet de Petrogrado y de los soviets de algunas otras ciudades; la mayoría de ellos no incluía a los campesinos de forma directa. Así pues, la mayor parte de la población estaba fuera de la estructura organizativa formal en la que se basaba el Gobierno. Por añadidura, los bolcheviques tenían que afrontar la realidad de que los campesinos seguían apoyando mayoritariamente al PSR, y que, por consiguiente, era muy probable que las inminentes elecciones a la Asamblea Constituyente arrojaran una mayoría social-revolucionaria. Aunque el PSR estaba en vías de escindirse, y pese a que en general los eseristas de izquierdas abogaban por el poder soviético y colaboraban con los bolcheviques, también tenían diferencias significativas con ellos y afinidades con sus compañeros de partido. Tan solo un mínimo cambio de postura de los eseristas de centro en materia de políticas podía dar lugar a que los eseristas de izquierdas abandonaran a los bolcheviques para aliarse con aquellos, y de hecho el sector centrista del PSR ya había dado muestras, incluso antes de la Revolución de Octubre, de querer abandonar su coalición con los progresistas y optar por algún tipo de gobierno socialista.

Así pues, el siguiente Congreso de Delegados de los Campesinos de Toda Rusia se perfilaba en el horizonte al mismo tiempo como un problema y como una oportunidad. El Congreso de Delegados de los Campesinos de Toda Rusia celebrado en mayo había elegido un comité donde predominaban los sectores derechista y centrista del PSR. Ahora, tras la Revolución de Octubre, los líderes social-revolucionarios decidieron convocar un congreso extraordinario de los campesinos a fin de poder ejercer una mayor influencia en los acontecimientos políticos. El proceso arrancó con una «conferencia preliminar» inaugurada el 10 de noviembre en Petrogrado. La mayoría de los delegados representaban a los soldados, mientras que los distritos rurales campesinos en sí estaban infrarrepresentados. Eso concedía a los bolcheviques una importante presencia minoritaria. Los sectores derechista e izquierdista del PSR, este último apoyado por los bolcheviques, luchaban por hacerse con el control del Congreso, entre impugnaciones de credenciales, abandonos del pleno y regresos a él, y resoluciones confusas y a veces contradictorias. El desarrollo de las sesiones justificó sobradamente los temores de Lenin sobre la fiabilidad de sus aliados eseristas de izquierdas. Al final, los delegados se escindieron en dos asambleas rivales. Los eseristas de izquierdas, con una ligera minoría, declararon que la suya era la asamblea legítima, calificándola de «Congreso Extraordinario». El 26 de noviembre, cuando se reunió el Segundo Congreso de Delegados de los Campesinos propiamente dicho, se repitieron las disputas y la escisión en dos asambleas.[25] A consecuencia de todo ello, el movimiento social-revolucionario se fragmentó irremisiblemente, y con ello socavó su capacidad de influir de una forma decisiva en la andadura de la Revolución. Por el contrario, la alianza entre bolcheviques y eseristas de izquierdas se vio fortalecida, a pesar de su desacuerdo sobre la censura y el terror.

Aquello facilitó los intentos de Lenin por resolver el problema de cómo manejar a los campesinos y a los eseristas, y al mismo tiempo conservar el poder. El 13 de noviembre, los bolcheviques y los eseristas de izquierdas del Congreso Extraordinario acordaron reestructurar y ampliar sensiblemente el Comité Central Ejecutivo de los Soviets de Trabajadores, Soldados y Campesinos de Toda Rusia. Aquel nuevo CCE ampliado incluía a 108 representantes del antiguo CCE elegidos en octubre en el Congreso de los Soviets de Delegados de los Trabajadores y los Soldados (los 101 originales y 7 por invitación), otros 108 procedentes del Congreso de Delegados de los Campesinos, dominado por la izquierda, 100 de las unidades del Ejército y la Armada, y 50 de los sindicatos. El tamaño poco manejable del nuevo CCE redujo su capacidad de oponerse al control que ejercía el *Sovnarkom* sobre la gestión real de los asuntos de gobierno (cosa que había hecho en algunas ocasiones desde octubre). La alianza entre los bolcheviques y los eseristas de izquierdas se llevó un poco más allá el 9 de diciembre, cuando finalmente estos entraron a formar parte del Consejo de Comisarios del Pueblo, aunque con un papel claramente minoritario. Aquella coalición duró únicamente hasta abril de 1918, pero durante el crucial último mes de 1917 vino a fortalecer la posición del incipiente Gobierno, al hacer de él un gobierno multipartidista, o por lo menos bipartidista. Y eso restaba credibilidad a una de las críticas contra los bolcheviques, al tiempo que no les suponía una grave amenaza para seguir ejerciendo el control. Además, agravó la división en el seno del PSR, y con ello debilitaba aún más a uno de los principales rivales políticos de los bolcheviques.

Uno de los valores que fortalecían la alianza con los eseristas de izquierdas era el apoyo que estos prestaban —puede que de forma no intencionada— a los intentos de Lenin de soslayar las repercusiones de la inminente formación de la Asamblea

Constituyente. La idea de una Asamblea Constituyente, de un órgano elegido libre y democráticamente para que estableciera las leyes fundamentales y la forma de gobierno para Rusia, era un inveterado principio defendido tanto por los partidos progresistas como por los revolucionarios. Tras la Revolución de Febrero, era un artículo de fe para todos los grupos políticos la necesidad de elegir una Asamblea Constituyente, que posteriormente debía determinar las cuestiones básicas del futuro político de Rusia. Todas las formaciones del Gobierno Provisional habían incluido en sus programas la convocatoria urgente de la Asamblea, y el Soviet de Petrogrado también la había refrendado en reiteradas ocasiones. De una forma constante, casi ritual, las resoluciones de los soldados, los trabajadores y los campesinos incluían el llamamiento a una rápida formación de la Asamblea Constituyente. Una de las causas de la debilidad del Gobierno Provisional había sido su tardanza a la hora de formar la Asamblea, al tiempo en que insistía en que todas las cuestiones fundamentales —como la reforma agraria, el estatus de las minorías nacionales, etcétera— debían esperar hasta ese momento. La tardanza alimentó el temor popular a que los contrarrevolucionarios estuvieran intentando impedir la formación de la Asamblea, y muchas resoluciones a favor del poder soviético lo vinculaban a que se garantizara su constitución. El Partido Bolchevique se había mostrado especialmente vociferante en sus ataques contra el Gobierno Provisional por su lentitud a la hora de organizar las elecciones, y le acusaban de intentar frustrar la oportunidad de que el pueblo manifestara su voluntad a través de la Asamblea Constituyente. El 3 de octubre, el principal periódico bolchevique afirmaba que «Para que tenga lugar la Asamblea Constituyente [...], para que se cumplan las decisiones de la Asamblea Constituyente [...] el Congreso de los Soviets [...] [debe] tomar en sus manos tanto el poder como el destino de la Asamblea

Constituyente».[26] Finalmente, el Gobierno Provisional programó las elecciones para el 12 de noviembre, pero para entonces ya había sido derrocado.

Después del 25 de octubre, algunos bolcheviques, incluido Lenin, quisieron cancelar las elecciones, pero otros líderes lograron oponerse a una medida tan radical, y finalmente se permitió su celebración. En realidad, probablemente las elecciones permitieron que los bolcheviques ganaran un tiempo precioso para su régimen. Muchos de sus adversarios estuvieron relativamente inactivos durante los meses de noviembre y diciembre justamente *debido a* la formación supuestamente inminente de la Asamblea Constituyente. Creían que el nuevo Gobierno bolchevique no era sino uno más de los tantos gobiernos provisionales que se habían sucedido desde la Revolución de Febrero. En particular, los social-revolucionarios asumían esa visión del Gobierno de los bolcheviques como un ejecutivo temporal. Sus periódicos recordaban constantemente a los lectores que las medidas adoptadas por el Consejo de Comisarios del Pueblo, o por los gobiernos municipales locales bolcheviques, solo eran provisionales, y que el poder y todas las decisiones definitivas eran competencia de la Asamblea Constituyente, cuya formación era inminente. No cabe duda de que sin esa percepción habría surgido mucho antes una oposición política más enérgica, o incluso una oposición armada, en contra de los bolcheviques. Mientras la oposición tuvo la certeza de la formación de la Asamblea Constituyente, probablemente con una mayoría socialista más moderada, no había necesidad de ir mucho más allá de rasgarse las vestiduras ante las actividades de los bolcheviques, dado que su Gobierno supuestamente solo era provisional. Únicamente los grupos de extrema derecha, relativamente pequeños, que englobaban a los socialistas como un todo, y que tenían escasas perspectivas de un futuro éxito electoral, tenían motivos para considerar la posibilidad

de ejercer una oposición más enérgica, y para entonces su influencia era insignificante.

Así pues, Lenin y los bolcheviques tenían que afrontar un dilema a propósito de la Asamblea Constituyente. Las predicciones sobre su derrota electoral demostraron estar bien fundadas. En total, los bolcheviques lograron tan solo un 25 por ciento de los votos aproximadamente, los social-revolucionarios en sus distintas manifestaciones poco más del 50 por ciento, y el resto se repartía entre el PKD, los candidatos nacionalistas y otros. En cuanto a la Asamblea en sí, el desglose detallado por partidos muestra que de sus aproximadamente 703 a 707 diputados, los eseristas tenían entre 370 y 380 (incluyendo los aproximadamente 81 eseristas ucranianos), el PSR de izquierdas entre 39 y 40, los bolcheviques entre 168 y 170, el PKD y el Partido Menchevique aproximadamente 17 cada uno, y las candidaturas nacionalistas entre 77 y 86; el resto estaba repartido entre distintas formaciones.[27] Sin embargo, esas cifras no suponían ni mucho menos una sólida mayoría del PSR. Tan solo aproximadamente 300 diputados eseristas constituían un núcleo sólido de apoyo a los dirigentes eseristas. Por consiguiente, los líderes del PSR se veían obligados a asegurarse la lealtad de los eseristas de orientación nacionalista y de algunos eseristas de tendencia izquierdista para contar con una mayoría suficiente. Había serias dudas sobre durante cuánto tiempo iban a poder lograrlo. A pesar de todo, dos cosas estaban claras. En primer lugar, los social-revolucionarios iban a contar con una mayoría suficiente para controlar la constitución y los trabajos iniciales de la Asamblea, unos trabajos que a partir de ese momento iban a facilitar el desarrollo de los procesos parlamentarios democráticos de la Revolución Rusa. En segundo lugar, los bolcheviques iban a ser una minoría influyente, pero una minoría a pesar de todo, y por consiguiente era de suponer que no tendrían más remedio que renunciar al poder ejecutivo.

A medida que iba quedando claro que los bolcheviques y su coalición de izquierdas no iban a ganar las elecciones, Lenin empezó a buscarle una salida al problema, ya que no estaba dispuesto a renunciar al poder. Aunque Lenin había criticado al Gobierno Provisional por no convocar la Asamblea Constituyente, y había argumentado que «si triunfan los soviets la Asamblea Constituyente se reunirá con seguridad; si no, no habrá tal seguridad»,[28]******** ahora él mismo y los bolcheviques empezaban a cuestionar la legitimidad de la Asamblea Constituyente y a amenazar con emplear la violencia contra ella. Nikolái Bujarin sugería que cuando se reuniera, los diputados de izquierdas debían expulsar al resto y proclamar una «convención revolucionaria».[29] La idea de una convención revolucionaria (inspirada en el modelo revolucionario francés) que de alguna manera combinara la Asamblea Constituyente y el inminente Tercer Congreso de los Soviets fue ampliamente debatida. M. S. Uritsky (al que los bolcheviques encomendaron la organización de las elecciones y de los preparativos que se llevaron a cabo para la formación de la Asamblea Constituyente) expresó el precario estatus de la Asamblea en unos términos muy elocuentes: «¿Debemos convocar la Asamblea Constituyente? Sí. ¿Debemos disolverla? Tal vez; depende de las circunstancias».[30] Mientras tanto, Lenin preparaba al partido y a la población para el empleo de la violencia contra la Asamblea Constituyente con la publicación de una serie de «tesis» sobre la cuestión en el *Pravda* el 13 de diciembre. Afirmaba que una república de los soviets era «una forma de democracia superior» y que debido a «la divergencia existente entre las elecciones [...] y los intereses de las clases trabajadoras y explotadas», la única función de la Asamblea Constituyente debía ser «reconocer sin reserva el poder de los soviets» y las medidas que este adoptara.[31]********

Aquellas tesis no dejaban lugar a dudas de que Lenin estaba dispuesto a hacer caso omiso del resultado de las elecciones.

******** Ibíd., tomo XXVI, p. 278 (*N. del T.*).

******** V. I. Lenin, «Tesis sobre la Asamblea Constituyente», *Obras escogidas*, tomo II, Editorial Progreso, Moscú, 1961, p. 275 (*N. del T.)*

También hubo otros que empezaron a titubear en su compromiso con la Asamblea Constituyente. Y lo más importante, los eseristas de izquierdas se sumaron al discurso de la disolución. En algunos contextos seguían defendiendo su inviolabilidad, pero en otros la cuestionaban. La resolución de un congreso de las Fuerzas Especiales del Ejército, celebrado el 27 de noviembre, que afirmaba que la Asamblea Constituyente debía estar subordinada al poder soviético, fue aprobada con los votos de los bolcheviques, pero también de los eseristas de izquierdas.[32] Y es aún más esclarecedor que un congreso de los eseristas de izquierdas celebrado el 28 de noviembre afirmaba que estaban dispuestos a apoyar la formación de la Asamblea Constituyente a condición de que diera validez legal a las políticas del Segundo Congreso de los Soviets. María Spiridonova, su oradora más vehemente, afirmaba que cabía la posibilidad de que hubiera que disolver la Asamblea. Los eseristas de izquierdas aunaron esfuerzos con los bolcheviques para idear algún mecanismo por el que los diputados electos pudieran ser revocados por decisión de los soviets locales (con la esperanza de que ese mecanismo permitiera que los eseristas de izquierdas relevaran a los diputados de los sectores derechista y centrista del PSR en muchas circunscripciones rurales), y en los debates sobre la posibilidad de purgar la Asamblea de sus diputados no socialistas y así convertirla en una «convención revolucionaria».[33] En el extremo opuesto, algunos kadetes, al contemplar la composición de la Asamblea y las actividades de los bolcheviques, empezaron a renunciar a ella y a

considerar otras alternativas, como la oposición armada que estaba formándose en el sur de Rusia.

A medida que se avecinaba la fecha de formación de la Asamblea Constituyente, con la inequívoca posibilidad de que fuera disuelta, los bandos enfrentados actuaron de una forma sorprendentemente distinta. Los bolcheviques no solo iniciaron una campaña de propaganda contra la Asamblea Constituyente, sino que también dieron pasos para respaldar cualquier acción que se emprendiera contra ella. A medida que iban llegando los delegados bolcheviques, recibían instrucciones verbales, y a continuación eran enviados a las fábricas y a los cuarteles para que fomentaran el apoyo a la disolución de la Asamblea. Las unidades militares de máxima confianza y la Guardia Roja patrullaban las calles, preparándose para disolver cualquier manifestación de apoyo a la Asamblea Constituyente o a los opositores a los bolcheviques. Además, los bolcheviques tenían la ventaja de que sus apoyos habían sido más fuertes en ciudades como Petrogrado, y entre las tropas de los cercanos frentes Norte y Occidental, y de la Flota del Báltico. Por el contrario, los eseristas hicieron muy poco para preparar un apoyo material. Hay que reconocer que era una tarea difícil teniendo en cuenta que sus apoyos provenían de los millones de campesinos desperdigados por la inmensidad de Rusia, y que habían alcanzado un nuevo mínimo histórico entre los soldados de las guarniciones y los trabajadores urbanos. A pesar de todo, hicieron pocos esfuerzos por movilizar a sus simpatizantes, aún muy numerosos, en las fábricas y los cuarteles de Petrogrado, aunque sí organizaron una manifestación de apoyo a la Asamblea el día de su constitución.

Una parte del problema para los defensores de la Asamblea Constituyente consistía en que para las masas de trabajadores, soldados y campesinos había decaído la importancia de la Asamblea. Seguían viéndola como algo deseable de una forma imprecisa, pero

ya no como algo esencial. Los soviets —a través del Congreso de los Soviets, del *Sovnarkom* y de los soviets locales— ya habían tomado las medidas necesarias para hacer realidad las principales aspiraciones de las masas, por lo que la Asamblea Constituyente tenía menos importancia, incluso resultaba innecesaria. El Decreto sobre la Tierra había dado tierra a los campesinos; ellos ya no necesitaban una Asamblea Constituyente que lo decidiera. Las ansias de paz de los soldados se habían visto colmadas con el armisticio, lo que a sus ojos validaba al nuevo Gobierno y restaba importancia a la Asamblea Constituyente. Para los trabajadores, el nuevo Gobierno soviético les había otorgado la «supervisión obrera» y muchas otras ventajas. Así pues, para todos esos colectivos, ¿cuál era el cometido práctico de la Asamblea Constituyente? Y para colmo, el poder soviético y los soviets, centrales y locales, eran sus instituciones, las que les rendían cuentas y representaban sus aspiraciones. Por otra parte, la Asamblea Constituyente representaba a todos los grupos sociales y políticos, y por consiguiente había que verla con cierto recelo; aún cabía la posibilidad de que la «burguesía» encontrara la forma de utilizarla para apoderarse del control del poder e invalidar todo lo que habían ganado.

A pesar de todo, la Asamblea Constituyente celebró su sesión inaugural el 5 de enero de 1918 por la tarde, en el Palacio Táuride. Había una cierta simetría en el hecho de que se celebrara precisamente allí. El Palacio había sido el lugar donde se reunió la Duma Estatal en 1906, el primer intento de un gobierno parlamentario en Rusia. Después, en 1917, fue el punto focal de la Revolución de Febrero y el lugar de nacimiento del Soviet de Petrogrado y del Gobierno Provisional, cuando también se habían agolpado en su interior los trabajadores y los soldados, pero con una actitud totalmente distinta. Ahora, en enero de 1918, formaban un bando armado y hostil, con su «guardia» de marineros y guardias

rojos con cara de pocos amigos, y con la tribuna de invitados ocupada por una multitud adversa, en la que algunos asistentes estaban borrachos y muchos de ellos iban armados. Algunos diputados, evocando una vez más lo ocurrido en el Palacio en febrero, tenían miedo de no salir vivos de allí. Vladímir Zenzinov, un eserista de derechas, recordaba que «entramos en el edificio con la cabeza bien alta, dispuestos a morir —todos estábamos seguros de que los bolcheviques iban a utilizar la fuerza [...] y muchos de nosotros estábamos convencidos de que no íbamos a volver a casa vivos».[34]

Los bolcheviques desbarataron el comienzo de la Asamblea Constituyente cuando Yákov Sverdlov le arrebató el mazo al diputado de más edad encargado de abrir la sesión y la abrió él mismo en nombre del CCE, es decir del Gobierno. Sin embargo, el PSR, mayoritario en la Cámara, se mantuvo firme y eligió a Víctor Chernov como presidente de la Asamblea. Entonces los bolcheviques presentaron una resolución por la que se pretendía que la Asamblea Constituyente limitara su autoridad a las tareas de reorganizar la sociedad sobre una base socialista, y en general a dar validez legal a las medidas del Consejo de Comisarios del Pueblo. La moción fue rechazada, y entonces los bolcheviques y los eseristas de izquierdas abandonaron el pleno. La Asamblea procedió a declarar la república en Rusia, a aprobar el armisticio con Alemania y a promulgar una ley sobre la tierra. En el momento que concluían los trabajos sobre la ley agraria, la madrugada del 6 de enero, los «guardias» designados por el Gobierno insistieron en que se levantara la sesión porque estaban cansados. Bajo aquella presión, Chernov agilizó las votaciones de la ley sobre la tierra y otras normas, y a las 4,40 de la madrugada, al cabo de doce horas, se levantó la sesión.[35]

La Asamblea tenía previsto volver a reunirse a mediodía, pero antes de que eso ocurriera el Comité Central Ejecutivo, liderado por los bolcheviques y los eseristas de izquierdas, ordenó su disolución, y la Guardia Roja impidió que los diputados pudieran volver a acceder al salón de plenos. Los intentos de los eseristas de organizar de inmediato manifestaciones en apoyo de la Asamblea fueron disueltos por la fuerza, y los intentos de defenderla a más largo plazo zozobraron debido a la apatía popular. La indiferencia general, al margen de los círculos políticos, ante el triste destino de la Asamblea Constituyente venía a indicar la magnitud del hastío de la población con la política, y era un claro síntoma de que no tenía las ideas muy claras sobre los símbolos políticos abstractos ni sobre los procedimientos democráticos.

La disolución de la Asamblea Constituyente señaló a todos los efectos el final de la Revolución, al que siguió una guerra civil. Con aquella medida los bolcheviques anunciaban que nadie iba a desalojarles del poder con la fuerza de los votos. Puesto que era imposible destituirles democráticamente, la lucha política dejaba de ser una opción, y la única alternativa era la oposición armada. Solo se les podía echar por la fuerza. La guerra civil era inevitable, y ahora era la que iba a decidir el futuro de Rusia y de sus pueblos.

Conclusiones

La Revolución Rusa de 1917 fue una serie de revoluciones concurrentes y superpuestas: la revuelta popular contra el antiguo régimen; la revolución de los trabajadores contra las penurias del viejo orden industrial y social; la sublevación de los soldados contra el antiguo sistema de servicio militar, y después contra la propia guerra; la revolución de los campesinos por la tierra y por el control de sus propias vidas; la lucha de los sectores de clase media y de la sociedad culta por los derechos civiles y por un sistema parlamentario constitucional; la revolución de las nacionalidades no rusas por sus derechos y su autodeterminación; la sublevación de la mayoría de la población en contra de la guerra y de aquella carnicería que parecía no tener fin. Además, la gente luchaba por distintas visiones culturales, por los derechos de las mujeres, entre nacionalidades, por la hegemonía dentro de los grupos étnicos o religiosos, entre los partidos políticos y dentro de ellos, y por el cumplimiento de multitud de aspiraciones, grandes y pequeñas. Todas aquellas diversas revoluciones y luchas entre grupos se desarrollaron en un contexto general de realineamientos políticos y de inestabilidad, de creciente anarquía social, de un desplome económico y de la guerra mundial en curso. Contribuyeron tanto a dar vitalidad a la Revolución como a acentuar la sensación de caos que abrumó a la gente con tanta frecuencia a lo largo de 1917. La Revolución de 1917 propulsó a Rusia, a velocidades de vértigo, a través de las fases progresista, socialista moderada y por último socialista radical, hasta la llegada al poder de la extrema

izquierda de la política rusa, incluso de la política europea. Los rápidos cambios políticos vinieron acompañados por una revolución social igual de radical. Y todo ello sucedió en un periodo de tiempo asombrosamente condensado: menos de un año.

La Revolución de Febrero liberó las frustraciones y las aspiraciones acumuladas de la población, que exigía que aquella revolución hiciera realidad su interminable lista de expectativas. Esas expectativas, y su cumplimiento o incumplimiento, condicionaron profundamente el desarrollo de la Revolución. Además, el pueblo del Imperio Ruso se organizó rápidamente para hacer realidad sus aspiraciones. En el plazo de unas pocas semanas, la gente creó una amplia gama de organizaciones para hacerse valer: miles de comités de fábrica, de comités del Ejército, de asambleas en los pueblos, la Guardia Roja, los sindicatos, las organizaciones nacionalistas y religiosas, clubes culturales y educativos, organizaciones de mujeres y de jóvenes, asociaciones de oficiales y de industriales, asociaciones de propietarios de viviendas, cooperativas económicas y otras. Todas aquellas incontables organizaciones representaban a unos movimientos genuinamente populares, y daban forma a las esperanzas y las aspiraciones de los pueblos del Imperio. Para todos los habitantes del Estado, rusos y no rusos, de cualquier clase, sexo, ocupación o cualquier otro atributo, la Revolución significaba el comienzo de una nueva era y de un futuro mejor. La disputa era sobre cómo satisfacer todas aquellas visiones, a menudo rivales, y todas aquellas aspiraciones, en ocasiones encontradas.

Además de las nuevas organizaciones, surgió un nuevo lenguaje revolucionario, con sus símbolos y sus rituales, para expresar las ideas y las aspiraciones de la Revolución. Como han señalado Figes y Kolonitskii, «las palabras y los símbolos funcionaban como un código de comunicación, cuyas señales servían para refrendar y legitimar las acciones de la multitud, para definir a los enemigos comunes de

la Revolución y para sostener principios y generar autoridad en favor de determinados líderes».[1] El nuevo lenguaje y los nuevos símbolos revolucionarios eran omnipresentes en el habla cotidiana, en la prensa, en la forma de vestir, en las manifestaciones y en todos los actos públicos. Adquirieron importancia cuando los partidos políticos y otros grupos lucharon por apropiarse de dichos símbolos y para adscribirles sus propios programas. La capacidad o incapacidad de dominar el nuevo vocabulario y el nuevo simbolismo revolucionario fue determinante para el fracaso de los progresistas y los socialistas moderados, y para el éxito de los radicales y los bolcheviques.

Determinadas palabras se convirtieron en sinónimos de las aspiraciones, los temores y los sistemas de creencias de gran parte de la población. Definían el grupo al que pertenecía cada uno y a su enemigo, legitimaban los actos propios y deslegitimaban a los adversarios. La palabra positiva más poderosa era «democracia», seguida muy de cerca de términos como libertad, liberación y república. Por el contrario, «burgués» y «burguesía» pronto se convirtieron en poderosos términos negativos contra los que era posible movilizar a gran parte de las clases más bajas, así como los términos «contrarrevolución» y, a partir de agosto, «kornilovista». «Fuerzas oscuras» y «agentes alemanes» se utilizaban de una forma imprecisa pero de forma generalizada y eficaz para movilizar los sentimientos en contra de todo tipo de enemigos reales o imaginarios. El vocabulario de clase (y por extensión de conflicto de clases) resultaba especialmente efectivo en 1917, porque al mismo tiempo podía manifestar una identidad importante y unir a un gran número de personas en un lenguaje común de lucha política que tenía un atractivo generalizado para todos los excluidos del mundo de la riqueza y de los privilegios. Resulta particularmente llamativo el predominio de la terminología socialista y su éxito a la hora de encuadrar el discurso político durante la Revolución. «Ciudadano»,

con sus connotaciones ampliamente incluyentes de unidad revolucionaria y de un pueblo liberado, fue una palabra muy popular, sobre todo en los primeros meses, pero quedó cada vez más desbancada por «camarada», más excluyente. Camarada(s), que denotaba el reconocimiento de determinadas personas como demócratas, revolucionarias y socialistas, era al mismo tiempo un término unificador para la izquierda política y las clases bajas, y una forma de desmarcar a otros a los que no se podía aplicar el término —las clases medias y altas, gran parte de la sociedad culta y los no socialistas—. Otros campos semánticos de identidad —nacionalidad, campesinos, camaradería militar, género, juventud, etcétera— desempeñaban un importante papel de movilización, generando unidad y expresando programas de acción en una sola palabra.

El cambio de nombres de lugares, objetos y personas formaba parte del nuevo simbolismo revolucionario. Las calles, las localidades y los buques con nombres zaristas fueron rebautizados. Por ejemplo, los buques de guerra de la Armada *Alejandro II* y *Zarévich* pasaron a llamarse *Libertad* y *Ciudadano*, respectivamente. También se cambió el nombre de las calles y las plazas, y algunas tiendas adoptaron como nombre las nuevas palabras revolucionarias, como por ejemplo «Democracia» y «Bandera Roja». Algunos individuos con apellidos que recordaban al antiguo régimen (por ejemplo Romanov o Rasputín), o cuyos nombres por algún motivo se consideraban inadecuados para la nueva era, solicitaban cambiar de apellido, y a menudo escogían uno nuevo con sabor revolucionario (República, Libertad, Ciudadano o Demócrata).

El sonido fue una parte importante de aquel mundo revolucionario. Los discursos, los debates y las consignas que coreaban los manifestantes formaban parte de la vida cotidiana. Las canciones y la música revolucionarias acompañaron la mayor parte de las actividades públicas a lo largo de 1917. En febrero, los manifestantes

marchaban entonando canciones de protesta y de unidad. En muchos casos, las tropas que se amotinaron el 27 y el 28 de febrero salieron de sus cuarteles encabezadas por las bandas militares de sus respectivos regimientos. Las canciones revolucionarias se interpretaban constantemente en las concentraciones públicas y durante las manifestaciones, y a menudo se repartían octavillas con canciones revolucionarias. *La Marsellesa* (en su versión original en francés y en una versión más combativa en ruso) se tocaba constantemente, y se convirtió en el himno oficioso de 1917. Cuando los teatros volvieron a abrir sus puertas, las orquestas a menudo interpretaban «La Marsellesa» como preludio a la representación, mientras que los temas revolucionarios, sobre todo los homenajes a la Revolución de Febrero, a veces se intercalaban en los programas. Los «mítines-concierto», que combinaban la música y los discursos revolucionarios, se hicieron muy populares. Tanto los mencheviques como los bolcheviques fomentaban «La Internacional», una canción protesta reconocidamente de clase, que al principio era poco conocida, pero que a lo largo del año fue interpretándose y cantándose cada vez más a menudo.

Por doquier también había un nuevo simbolismo visual revolucionario, cuyo elemento más llamativo era la omnipresencia del color rojo: pancartas rojas, escarapelas rojas, brazaletes rojos, cintas rojas en los ojales de la chaqueta o prendidas de la ropa, tribunas de oradores cubiertas de tela roja y otras manifestaciones. El rojo, el color tradicional de la revolución desde el siglo XIX, se convirtió en el símbolo universal de la Revolución Rusa. Incluso los visitantes extranjeros se ponían cintas rojas en el ojal de sus trajes. Por otra parte, la gente derribaba y destruía los símbolos zaristas, como el águila bicéfala, a menudo en rituales públicos. En otro nivel, la conducta de los soldados fuera de los cuarteles, desde la eliminación de las charreteras de las guerreras de los oficiales hasta

la costumbre de llevar la gorra y el uniforme ladeados, era un símbolo elocuente de un mundo que se había puesto patas arriba.

El nuevo lenguaje y los nuevos símbolos revolucionarios se combinaban sobre todo en los festivales, que fueron muy populares durante los primeros meses de la Revolución. El gran entierro de las víctimas de la Revolución en Petrogrado, celebrado el 23 de marzo, y las celebraciones del «Primero de Mayo» (18 de abril) fueron los festivales revolucionarios más grandes y más famosos: las postales conmemorativas circularon por todo el país e incluso en el extranjero. En el primero de ellos, tras un multitudinario desfile de soldados y otros colectivos por las calles de Petrogrado, se procedió al entierro, con un gran ceremonial —revolucionario, no religioso— de 184 personas en el Campo de Marte de Petrogrado, al que asistieron los dirigentes del Gobierno Provisional y del Soviet de Petrogrado. El lugar fue rebautizado con el nombre de Plaza de las Víctimas de la Revolución. A lo largo de aquella primavera se celebraron festivales de la libertad por todo el país. Todos ellos estaban engalanados de rojo, acompañados por «La Marsellesa» y otras canciones revolucionarias, y animados por enardecidos discursos sobre la libertad y la democracia. Casi siempre incluían desfiles por el centro de la ciudad, el pueblo o la aldea, donde los manifestantes se engalanaban con sus mejores ropas y enarbolaban pancartas rojas con eslóganes revolucionarios, ya fueran tradicionales, como «Tierra y Libertad», o nuevos, como «Viva la República Democrática». A menudo incluían también la destrucción ritual de los emblemas y los retratos zaristas, y los juramentos de adhesión al Gobierno Provisional.

La nueva atmósfera revolucionaria quedó plasmada incluso en el cine. Inmediatamente después de la Revolución de Febrero, los cineastas produjeron un rosario de películas y de documentales sobre la Revolución y el movimiento revolucionario y con motivos

típicamente revolucionarios, como por ejemplo la caracterización negativa de Nicolás II y de Rasputín. Sin embargo, a partir de mediados de 1917, cuando ya se había disipado el optimismo de las primeras semanas, cada vez menos películas trataban sobre temas revolucionarios, y los cineastas volvieron a los argumentos convencionales, como el amor romántico, el melodrama y el misterio. Abundaban más los argumentos más sombríos sobre el suicidio, la violencia, el demonio y la pornografía, puede que como un reflejo del hundimiento de los ideales de la primavera y del creciente pesimismo sobre el futuro de Rusia.[2] Análogamente, el entusiasmo ante la Revolución y la nueva sociedad floreció en el resto de las artes inmediatamente después de la Revolución de Febrero, y fue desvaneciéndose durante el transcurso del año y con el empeoramiento de la situación.

El nuevo lenguaje y el nuevo simbolismo formaban parte de la nueva era de la política de masas que trajo consigo la Revolución de Febrero. El activismo de las masas fue un factor crucial en las importantes crisis políticas de 1917 y para la acelerada evolución política de la Revolución. Había obligado a la Duma a ir más allá de lo que pretendía durante la Revolución de Febrero. Desencadenó la Crisis de Abril y la formación del Gobierno de coalición, posteriormente exigió (infructuosamente) su sustitución por un gobierno del Soviet durante los Días de Julio, y desempeñó un importante papel en la derrota de Kornílov en agosto. A través de las elecciones fue radicalizando la composición política de los ayuntamientos, los soviets, los comités de fábrica y de los soldados, de los sindicatos y de otras organizaciones a lo largo y ancho del país, con lo que contribuyó a allanar el camino a la Revolución de Octubre.

Ese activismo popular creó un dilema para la sociedad culta. La sociedad culta, y la *intelligentsia* en particular, creía en la

democracia, y muchos abrigaban una fe casi mística en «el pueblo». Al mismo tiempo, las clases cultas contemplaban la Revolución como una oportunidad no solo de arrebatarle el gobierno y sus poderes a un régimen caduco e inepto, sino también de utilizarla para poner en práctica sus inveteradas ideas sobre la reestructuración de la sociedad. Instaladas en el liderazgo tanto del Gobierno como de los soviets, las clases cultas seguían pensando en términos del antiguo concepto de la «conciencia» de una minoría con formación política en contraposición con la «espontaneidad» de las masas, que todavía tenían que aprender a ser ciudadanos responsables y a comprender los intereses más genéricos del Estado y la nación. Tanto los dirigentes del Gobierno Provisional, en todas sus formaciones, como los dirigentes socialistas de los soviets se veían a sí mismos como tutores del pueblo, un pueblo que podía descarriarse con facilidad si no se le guiaba adecuadamente. Tenían miedo de la anarquía de las masas, y pensaban que los bolcheviques estaban alimentando esa tendencia. En 1917, tanto los intelectuales progresistas como los socialistas moderados eran marcadamente «estatistas», y utilizaban cada vez más a menudo los «intereses del Estado» para defender unas medidas que eran impopulares entre las masas. Además, veían el Estado como el mecanismo con el que podían ponerse en práctica sus políticas y con el que «ilustrar» al pueblo. Ese enfoque tutorial chocaba frontalmente con las ambiciones de la inmensa mayoría de la población, que se consideraban ciudadanos iguales y de pleno derecho. De hecho, entre las capas bajas, muchos contemplaban la Revolución no solo como un instrumento para hacer realidad determinadas aspiraciones, sino como un medio para desembarazarse completamente del dominio de las clases altas y medias, de las clases cultas (a las que agrupaban cada vez más a menudo bajo el término «la burguesía»). La masa de los trabajadores, los soldados y los campesinos tenía una relación

incómoda con sus aspirantes a tutores, pues eran conscientes de que las clases cultas poseían conocimientos y habilidades que resultaban esenciales, y que a veces resultaban imprescindibles, pero también sentían una gran desconfianza e incluso rencor hacia ellas.

Un problema crucial que tuvieron que afrontar las élites políticas en 1917 fue el establecimiento de un gobierno viable y de un nuevo sistema político a través del que pudieran colaborar con las nuevas organizaciones, incrementar su control sobre la creciente confianza del pueblo en sí mismo y hacer realidad las aspiraciones populares. El Comité de la Duma, el Soviet de Petrogrado y el Gobierno Provisional, creados el 2 de marzo, así como los soviets locales y los Comités Públicos, fueron los intentos iniciales de las élites políticas de consolidar la revolución popular de febrero, de canalizar la autoafirmación popular y hacerse cargo del futuro rumbo de la Revolución por los derroteros que ellas eligieran. Sin embargo, las élites políticas estaban sumidas en el desconcierto, atrapadas en un realineamiento político arrollador que reasignó los papeles de la política. La Revolución de Febrero barrió de un plumazo a la vieja derecha y convirtió a los progresistas en los conservadores de la nueva era, dejando solos a los partidos socialistas en la parte izquierda del espectro político. Al mismo tiempo, tanto la izquierda (socialistas) como la derecha (no socialistas), se escindieron en dos facciones, con un sector centrista y un ala más extremista.

El realineamiento de la derecha se centró en el Gobierno Provisional y en el PKD, el principal partido progresista. El primer Gobierno Provisional parecía representar el triunfo de la Rusia progresista y reformista sobre la Rusia autocrática. Ya había alcanzado el primer objetivo de la Revolución: derrocar la autocracia. Ahora la tarea consistía en consolidar sus avances políticos, es decir, un gobierno parlamentario y constitucional, y garantizar los derechos

civiles. Otras metas, como una serie de reformas sociales y económicas de gran calado, tendrían que esperar al final de la guerra. Sin embargo, entre los progresistas del nuevo Gobierno existían diferencias significativas, y sus dirigentes estaban profundamente divididos, sobre todo en las dos cuestiones de la guerra y de la relación con el Soviet. Muchos dirigentes progresistas, personificados en P. N. Miliukov, líder del PKD y ministro de Asuntos Exteriores, estaban inquebrantablemente comprometidos con la continuación de la guerra y se oponían enérgicamente al papel que estaba desempeñando el Soviet de Petrogrado en los asuntos de gobierno. A todos los efectos, ese grupo se convirtió en la derecha de la nueva política. Al mismo tiempo, surgió rápidamente un punto de vista más centrista, que hacía hincapié en la colaboración con los socialistas más moderados del Soviet, y en su disposición a considerar alguna forma de salir de la guerra que no fuera una victoria total. Los principales miembros de aquel grupo eran el nuevo ministro-presidente, el príncipe G. E. Lvov, el kadete de izquierdas N. V. Nekrasov y A. I. Konoválov, líder del pequeño Partido Progresista. Para ellos, las etiquetas partidistas no eran tan importantes como un conjunto de actitudes compartidas respecto a las cuestiones políticas y sociales del momento. Aquel bloque, imprecisamente definido de centro-derecha, rápidamente llegó a dominar el primer Gobierno Provisional.

Al mismo tiempo, el realineamiento que se produjo en la izquierda entre los partidos socialistas fue la continuación de la reasignación de papeles políticos que había comenzado en un momento anterior en los debates entre los socialistas sobre la colaboración con los progresistas y sobre su respuesta al problema de la guerra. La Revolución agudizó aquellos debates. El retorno del exilio de Irakli Tsereteli y Vladímir Lenin, dos líderes con respuestas radicalmente distintas a esas cuestiones, y con posturas encontradas sobre el

programa de acción revolucionaria del Soviet, fueron el motor principal del realineamiento de la izquierda y de las políticas del Soviet.

Tsereteli regresó de su destierro siberiano el 20 de marzo, y se puso a la cabeza de un grupo que formó el bloque de «socialistas moderados» liderado por los mencheviques y los eseristas bajo el estandarte del «defensismo revolucionario». Aquel bloque, formado por el grueso del PSR y del Partido Menchevique, junto con otros grupos menores, como el Bund y el Partido Socialista Popular, dominó el Soviet de Petrogrado hasta septiembre, y el Soviet de Moscú y la mayoría de los soviets de las ciudades de provincias hasta esa misma fecha o hasta poco después. La clave de la identidad y del éxito del bloque defensista revolucionario fue la cuestión de la guerra. El defensismo revolucionario, con su combinación de un programa activo para alcanzar una paz general negociada, y de la defensa del país hasta que fuera posible lograrlo, tocó una fibra sensible entre la población del país, y sobre todo entre los soldados. Además, aceptaba colaborar con el Gobierno, y por consiguiente fue capaz de llegar a un acuerdo viable con el grupo de centro-derecha de Lvov, Nekrasov y Konoválov. De hecho, aunque para los socialistas moderados la Revolución de Febrero era el primer paso de una revolución social y política mucho más profunda, también habían vaticinado las dificultades de una revolución socialista inmediata, y pensaban más bien en un proceso sin determinar, pero prolongado. Por consiguiente, llegaron a un acuerdo viable con una parte de los progresistas para formar una coalición centrista que ellos esperaban que trajera consigo cierta estabilidad política temporal, así como algunos avances políticos y socioeconómicos importantes, aunque limitados. Sin embargo, el precio que tuvieron que pagar por ello fue una serie de componendas y dilaciones sobre algunos asuntos como la guerra, el

reparto de tierras y las aspiraciones de los trabajadores. Ello provocó que los defensistas revolucionarios muy pronto fueran objeto de los ataques de la izquierda radical, que exigía una revolución más rápida y profunda.

Los dirigentes defensistas revolucionarios del Soviet y el bloque de Lvov, Nekrasov y Konoválov en el Gobierno tenían muchas cosas en común, a pesar de la división entre socialistas y no socialistas, y de sus desavenencias en muchos asuntos específicos. Todos ellos eran miembros del pequeño sector culto y políticamente activo de la sociedad rusa y compartían muchos valores. Hablaban con facilidad el mismo lenguaje de la unidad nacional, de la fe en «el pueblo» y de la importancia de la Revolución a escala mundial. Compartían muchos valores, y sus acuerdos tácitos facilitaban la colaboración y sentaron las bases para las coaliciones políticas y la «mentalidad de coalición» que dominó la vida política hasta la Revolución de Octubre. En conjunto, el resultado de aquel realineamiento y de la cooperación de fuerzas centristas fue un nuevo sistema político y gubernamental que podríamos denominar el «Sistema de Febrero», basado en los bloques de varios partidos, y muy diferente del que nadie habría sido capaz de predecir. Ese sistema dio lugar, entre mayo y octubre, a una serie de «gobiernos de coalición», es decir, de gobiernos basados en un bloque centrista de partidos progresistas y socialistas moderados que aunaba a «todas las fuerzas vitales del país», aunque fuera a expensas de los inveterados programas de los partidos. Además, en las principales ciudades de provincias se produjo un realineamiento político similar, convirtiéndolo en un fenómeno a escala nacional.

Alexander Kérensky muy pronto se convirtió en la pieza fundamental del sistema de coaliciones. Kérensky, que en un primer momento había sido el único político socialista del Gobierno, se alió rápidamente con los representantes de la tradición progresista que

formaban el nuevo bloque de centro-derecha en torno a la figura de Lvov. Sin embargo, Kérensky era un socialista de lo más comedido. En el espectro político se encontraba en el punto donde el socialismo moderado se confundía con el ala izquierda de los progresistas, y por consiguiente era el símbolo perfecto del incipiente centro político y de la política de coalición. Kérensky se convirtió en el hombre imprescindible, en la bisagra política donde se articulaban los dos bloques, la izquierda y la derecha, del nuevo alineamiento político. Y eso allanó el terreno para que pasara de ser un miembro importante del bloque de Lvov en el primer gabinete del Gobierno Provisional, a ser, a partir del verano, la figura dominante del Gobierno. La popularidad de Kérensky, que llegó a convertirse en un culto, fue importante, porque la eliminación del Nicolás II como cabeza visible simbólica y real del país, unida al desmoronamiento del poder de coerción del Estado en 1917, crearon la necesidad de alguna figura dotada de una fuerte autoridad personal que pudiera simbolizar la Revolución y el Estado. Kérensky, que estaba constantemente bajo la mirada del público, representó justamente eso durante los primeros seis meses de la Revolución.

El bloque izquierdista radical del realineamiento político general surgió como oposición a los defensistas revolucionarios, al Gobierno Provisional y a la coalición de centro. Estaba mal definido, desorganizado y careció de un liderazgo fuerte hasta el retorno de sus principales dirigentes políticos, en su mayoría desde el extranjero. Entre ellos se encontraban Vladímir Lenin, del Partido Bolchevique, Yuli Mártov, del sector izquierdista del Partido Menchevique (los mencheviques internacionalistas), León Trotsky (que primero formó parte del Comité Interdistritos y más tarde, en julio, se afilió al Partido Bolchevique), y Mark Natanson y María Spiridonova, del sector izquierdista del Partido Socialista Revolucionario. La llegada de Lenin el 3 de abril fue especialmente

importante porque modificó el tono de la política. Lenin se presentó como un adversario claro, coherente e inflexible del Sistema de Febrero. Había otros críticos acérrimos, pero Lenin era distinto en dos aspectos: exigía un nuevo orden de manera intransigente y con total seguridad en sí mismo; y, a diferencia de los demás críticos, Lenin era el líder de un partido que fue capaz de convertirse en la encarnación institucional de aquella postura radical y en el vehículo para avanzar hacia esa nueva revolución que él exigía. Por consiguiente, aunque Lenin estuvo ausente de Petrogrado durante los tres meses y medio anteriores a la Revolución de Octubre, siempre fue una figura decisiva en los cálculos políticos, al tiempo que «leninista» y «bolchevique» se convertían en términos genéricos para designar el radicalismo, al margen de los partidos, y en consignas para expresar en general la exigencia de un cambio radical.

La izquierda radical —bolcheviques, eseristas de izquierdas, mencheviques internacionalistas, anarquistas y otros grupos— presionaba a favor de unas reformas sociales y económicas más rápidas y profundas, exigía esfuerzos más enérgicos para poner fin a la guerra, criticaba las políticas del Gobierno Provisional y de los dirigentes del Soviet de Petrogrado, y reivindicaba cada vez con mayor insistencia la sustitución del Gobierno Provisional por un gobierno monocolor socialista basado en los soviets. En un principio, el extremismo de la izquierda radical desentonaba con el ambiente de optimismo que surgió a raíz de la caída de la autocracia. Sin embargo, su postura como oposición ponía a los partidos radicales en condiciones de convertirse en los beneficiarios de cualquier fracaso del Gobierno y de los dirigentes del Soviet a la hora de resolver los muchos problemas que afrontaba el país.

Las primeras pruebas a la que se vieron sometidos la alianza de centro y el Sistema de Febrero fueron el debate sobre la guerra y la

Crisis de Abril. La guerra fue probablemente el problema concreto más importante de 1917. Su continuación minaba las energías y los recursos del país, y mermaba las posibilidades de resolver los demás problemas y de hacer realidad las aspiraciones del pueblo. Absorbía la atención de los líderes políticos, fomentaba el descontento popular general y provocó la primera crisis política del régimen revolucionario. El Soviet de Petrogrado realizó muy pronto un llamamiento a poner fin a la guerra. Se trataba en parte del deseo genuino de que se acabara la guerra, pero también reflejaba la medida en que los socialistas rusos veían la Revolución Rusa como un acontecimiento de relevancia mundial. En palabras del llamamiento que publicó el Soviet de Petrogrado el 2 de marzo, la Revolución Rusa no era solo una revolución nacional sino también «la primera etapa de una revolución mundial que pondrá fin a la abyección de la guerra y traerá la paz a toda la humanidad».[3] Por el contrario, Miliukov y muchos otros progresistas seguían empeñados en ganar la guerra y veían la Revolución como un asunto interno que no afectaba a los intereses de la política exterior de Rusia.

Por consiguiente, los socialistas lanzaron un ataque concertado contra Miliukov y la política bélica y exterior del Gobierno. Aquellas críticas socavaron la moral y la autoridad material del primer Gobierno Provisional. También amenazaban con destruir la frágil estructura política creada por la Revolución de Febrero. El debate político sobre la paz puso de manifiesto lo profundamente sentida que era la exigencia popular de poner fin a la guerra, mientras que las manifestaciones populares de la Crisis de Abril no solo evidenciaron el descontento popular, sino que también dieron lugar al fantasma de una guerra civil, uno de los mayores miedos de 1917. A consecuencia de todo ello, los sectores más centristas de los partidos progresistas y socialistas se unieron para llevar a cabo una nueva revolución política desde arriba donde una coalición de

progresistas y socialistas moderados sustituyó al Gobierno Provisional original el 5 de mayo.

El uso persistente del término «Gobierno Provisional» y el hecho de que Lvov permaneciera al frente del ejecutivo encubrían la naturaleza revolucionaria de aquel cambio. El Soviet de Petrogrado había hecho valer su predominio en el poder, y sus dirigentes socialistas entraron a formar parte del Gobierno, algo a lo que se habían negado hasta entonces. Trajeron consigo una agenda, por atenuada que fuera, de una transformación social mucho mayor de lo que los progresistas podían aceptar. Y eso allanó el camino para un permanente conflicto entre los progresistas y los socialistas, no solo en el seno del Gobierno sino también fuera de él. Para colmo, aquel Gobierno remodelado demostró ser incapaz de lidiar satisfactoriamente con la guerra y con los demás problemas, como la economía. No tenía forma de cumplir las aspiraciones, a menudo encontradas, del pueblo *y al mismo tiempo* mantener la unidad de la coalición.

La existencia de dos instituciones políticas con autoridad, el Gobierno Provisional y el Soviet de Petrogrado, suponía una dificultad crucial para el bloque de centro en su intento de pilotar la Revolución. Esa situación creó lo que en aquel momento los rusos denominaron *dvoevlastie*, una autoridad dual. Aunque supuestamente el Gobierno de coalición debía poner fin a esa dificultad, lo único que logró fue trasladar la división política subyacente al seno del Gobierno, al tiempo que persistía la dicotomía institucional. Y eso se debía a que la *dvoevlastie* no era solo, o ni siquiera, una división básicamente institucional. Constituía más bien un profundo abismo sociopolítico en Rusia, que a grandes rasgos dividía la sociedad entre socialistas y no socialistas, entre trabajadores y burguesía, entre campesinos y terratenientes, entre soldados y oficiales. En 1917, los rusos veían la Revolución sobre

todo como un conflicto que seguía unas líneas de clase, entre las *nizy* (clases inferiores) y las *verkhi* (clases superiores). Ambas partes consideraban que sus aspiraciones eran incompatibles, y animadas por los viejos y los nuevos rencores, luchaban por el control de las palancas de poder y, en última instancia, por la autoridad de gobierno. Y luchaban con la plena conciencia de que la autoridad política era una herramienta para defender los intereses de un grupo o de otro.

La *dvoevlastie* en las altas esferas del poder tenía su reflejo a lo largo y ancho de toda la sociedad en los conflictos que surgieron entre las nuevas organizaciones revolucionarias y la autoridad establecida: los enfrentamientos entre los comités de soldados y el sistema de mando del Ejército; entre los soviets locales y los ayuntamientos; entre los comités de fábrica y la dirección de las empresas; entre los movimientos nacionalistas y el Gobierno centralista, tan solo eran los más importantes entre la infinidad de nuevas organizaciones populares que le disputaban la autoridad al Gobierno o a otras autoridades jerárquicas (antiguas o nuevas). La energía de las nuevas organizaciones populares vació de contenido la autoridad del Estado, a nivel central y local. Al mismo tiempo, el poder político pasaba a manos de las instituciones locales, tanto de la población de etnia rusa como de las minorías nacionales, y de las nuevas organizaciones populares. Incluso dentro de la ciudad de Petrogrado, la Guardia Roja, los soviets de los distritos municipales, los sindicatos, los comités de trabajadores y de soldados, y otras organizaciones, se apropiaban de la autoridad y hacían caso omiso de las órdenes del Gobierno (y en ocasiones incluso del Soviet). La realidad de la *mnogovlastie*, de las autoridades múltiples superó con creces la *dvoevlastie*, la autoridad dual.

Los problemas a los que tenía que enfrentarse la coalición de centro se agravaron durante el verano. La Revolución de Febrero no

había eliminado automáticamente ninguno de los motivos fundamentales para la sublevación, salvo a Nicolás II y a su Gobierno. Persistían los problemas sociales y económicos subyacentes, y las tensiones ocasionadas por la guerra. La población esperaba que el Gobierno Provisional resolviera esos problemas e hiciera realidad sus aspiraciones, pero era incapaz. Muchos de los problemas escapaban a su control, de la misma forma que muchas aspiraciones eran inalcanzables o mutuamente excluyentes. De hecho, el incesante deterioro de la economía exacerbó las tensiones locales existentes y la división de la sociedad en clases sociales antagónicas. Los obreros industriales, al comprobar cómo se esfumaban todos los avances que habían conseguido en primavera, aspiraban a la seguridad económica, a un mayor control sobre sus vidas y a otras mejoras que la situación económica simplemente no podía ofrecerles, fueran cuales fueran las intenciones del Gobierno. Los principales grupos nacionalistas clamaban por la autonomía y otros derechos, y sus exigencias se iban haciendo cada vez más enérgicas, hasta convertirse en una amenaza para la cohesión política del Estado. La autoridad del Gobierno central iba erosionándose en las provincias. Al mismo tiempo, el deterioro de las condiciones sociales —delincuencia, transporte público, escasez de alimentos, vivienda y otros problemas— redoblaban la sensación de desintegración de la sociedad.

Para colmo, justo en el momento que se agudizaban los problemas sociales y económicos, el programa de paz del defensismo revolucionario sufría graves tropiezos. El intento de los defensistas revolucionarios de forzar una conferencia de paz y una paz general zozobró contra los arrecifes de la oposición de los países aliados de Rusia. Entonces, el Gobierno y los dirigentes del Soviet realizaron una fatídica apuesta que consistió en una ofensiva militar, lo que vino a socavar la base política del defensismo revolucionario, cuya

popularidad dependía de su programa a favor de la defensa del país al tiempo que se negociaba una paz inmediata. Aquel programa era algo que los soldados sí podían aceptar. Sin embargo, a medida que la ofensiva de paz quedaba empantanada, el Gobierno de coalición optó por emplear al Ejército para una ofensiva militar. Y eso no lo podían aceptar los soldados. El argumento de base que afirmaba que una ofensiva militar iba a acercar la paz estaba viciado, pues había surgido de la desesperación y de los buenos deseos. Nunca logró convencer a un pueblo hastiado de la guerra. La impopularidad de la ofensiva, agravada por su estrepitoso fracaso, acabó con las perspectivas de éxito del defensismo revolucionario y de la coalición de centro. Los trabajadores, los soldados y otros sectores empezaron a atender a los argumentos que recalcaban que lograr la paz y resolver los demás problemas solo era posible mediante una nueva revolución que diera lugar a un gobierno radicalmente distinto, más en sintonía con sus necesidades. Aquella convicción acabó resumiéndose en el eslogan «Todo el poder a los soviets», en el poder soviético. Que ese gobierno basado en el soviet fuera verdaderamente capaz de resolver sus problemas era otra cuestión, irrelevante en la medida que el pueblo *creyera* en él en 1917. Su intento de obligar a los dirigentes defensistas revolucionarios a aceptar el poder soviético, e implícitamente unas políticas más radicales, dio lugar a las grandes manifestaciones populares conocidas como los Días de Julio.

A menudo se ha calificado a los Días de Julio como un «ensayo general» de la Revolución de Octubre. En realidad fue un acontecimiento más parecido a la Revolución de Febrero. Los Días de Julio, al igual que la Revolución de Febrero, empezaron como una manifestación popular contra la guerra, contra la situación económica y contra un Gobierno que había perdido su credibilidad. Al igual que en febrero, los partidos políticos hicieron todo lo posible

para fomentar el descontento, pero no habían planeado una insurrección propiamente dicha. Y, como en febrero, lo que ocurrió fue más bien que algunos dirigentes políticos socialistas, y en el caso de julio fueron sobre todo los bolcheviques, al final dieron un paso al frente para intentar consolidar la revuelta popular en las calles (infructuosamente en esta ocasión). Los Días de Julio y la Revolución de Febrero (y la Crisis de Abril), no así la Revolución de Octubre, se caracterizaron por las manifestaciones callejeras populares y masivas. Ese tipo de manifestaciones brilló por su ausencia en la Revolución de Octubre, que comenzó y concluyó de una forma muy distinta. La semejanza con la Revolución de Octubre consistió principalmente en la popularidad de la reivindicación de que el Soviet asumiera todo el poder y creara un gobierno revolucionario radical, y en el destacado papel que desempeñaron los agitadores bolcheviques, eseristas de izquierdas y anarquistas; los Días de Julio sí pueden calificarse de «preludio» de la Revolución de Octubre en lo que respecta a su reivindicación de un poder soviético y porque la revuelta contó con el apoyo de la izquierda radical.

Durante los meses de julio y agosto se asistió a la aparición de una serie de tendencias políticas contradictorias. Después de los Días de Julio, los titulares y los editoriales de los periódicos, centrados en la alta política, hablaban de un renacer del conservadurismo político y de la exigencia de «orden». Aquel giro a la derecha entre los dirigentes políticos dio pie al Asunto Kornílov. Sin embargo, al mismo tiempo, las noticias breves de las páginas interiores de los periódicos daban fe de una deriva hacia la izquierda, dado que los trabajadores y los soldados elegían líderes más radicales para sus comités y organizaciones. Los Días de Julio fueron el reflejo de un descontento popular genuino, y por consiguiente los partidos de la izquierda radical, incluido el supuestamente desacreditado Partido Bolchevique, se recuperaron rápidamente entre sus electores de

clase obrera, de clase baja y clase media baja urbana, y entre los soldados. Dichos partidos defendían unas políticas que coincidían con el sentir popular, como por ejemplo la oposición al restablecimiento de la pena de muerte en el Ejército y la exigencia de una paz inmediata y del reparto de tierras. Además, los partidos radicales ofrecían una explicación de por qué las cosas no habían salido tal y como se esperaba después de la Revolución de Febrero, y le echaban la culpa a la persistencia de la hegemonía política de la «burguesía» y al dominio económico que ejercían los capitalistas y los terratenientes. El argumento tuvo un gran eco en la mentalidad popular. Los radicales —bolcheviques, eseristas de izquierdas, mencheviques internacionalistas y anarquistas— dieron voz a la exigencia de un profundo cambio de gobierno y de políticas, y lograron un rápido avance entre las organizaciones obreras, militares y otros colectivos populares, e incluso en las elecciones a los cargos municipales en general.

Por otra parte, los socialistas moderados habían ido perdiendo apoyo popular no solo debido a sus políticas fallidas, sino también por su oposición a las ideas que había detrás de la consigna de un poder soviético. Al negarse a defender sin reservas las reivindicaciones de los trabajadores, los soldados y los campesinos, y al oponerse al poder soviético, los defensistas revolucionarios estaban cuestionando implícitamente la legitimidad de las nuevas organizaciones populares —los soviets, los comités obreros, militares, campesinos y de otros tipos— como instituciones políticas. Consideraban que en aquel momento esas organizaciones tenían un papel importante pero limitado. Por el contrario, las masas consideraban que sus organizaciones tenían un importante papel en aquel momento, y no veían ninguna razón para que entre sus funciones no estuviera incluida también la autoridad política. Al mismo tiempo, la participación de los defensistas revolucionarios en

los gobiernos de coalición les colocaba en una situación insostenible, porque les alejaba de los aspectos más revolucionarios de su sistema de creencias y les arrastraba hacia una política de componendas en nombre del bien del país. Se volvieron más acomodaticios con la política multipartidista, en nombre de todas las clases y de toda Rusia, justo en un momento en que las masas de obreros y soldados se volvían menos tolerantes y menos acomodaticias con ese tipo de políticas, y optaban por apoyar una visión política y unas políticas sociales más radicales y excluyentes.

Al enumerar los fracasos del Gobierno Provisional y de los defensistas revolucionarios, no deberíamos perder de vista sus éxitos ni, es justo decirlo, el radicalismo del Gobierno Provisional y de los «moderados» de 1917. El Gobierno Provisional implantó una serie de reformas de gran calado, sobre todo, pero no únicamente, en materia de derechos civiles y libertades. Se trataba de unas medidas verdaderamente extraordinarias en comparación con lo que existía en Rusia tan solo unas semanas atrás, e incluso en comparación con el mundo de aquella época. El Gobierno intentó crear una sociedad democrática y más igualitaria, basada en el imperio de la ley en vez de en la arbitrariedad, y un sistema político basado en las elecciones y en la voluntad popular, en vez de en la autocracia o en el autoritarismo. En un breve plazo, y en unas circunstancias difíciles, el Gobierno Provisional introdujo importantes reformas judiciales y dio un gran paso hacia el imperio de la ley, legalizó los sindicatos, implantó la jornada laboral de ocho horas, empezó a trabajar en una importante reforma agraria, organizó unas elecciones por sufragio universal a la Asamblea Constituyente, declaró la independencia de Polonia e inició los trámites para revisar el estatus constitucional de las principales etnias e introdujo la libertad religiosa y la secularización, entre otras medidas.[4] Y lo más importante, concedió el derecho de voto a las mujeres, convirtiéndose en el primer

Gobierno de una gran potencia que lo hacía, de modo que las mujeres accedieron al ámbito publico de una forma inusitada y con unas cifras sin precedentes. Las reformas del Gobierno Provisional se nos antojan tímidas solo en comparación con las exigencias cada vez mayores de un pueblo llano impaciente, y con el extraordinario radicalismo del bolchevismo y de los primeros decretos del Gobierno soviético después de la Revolución de Octubre. Al comparar el Gobierno Provisional con el bolchevismo, lo estamos comparando con el partido político más radical (después de los anarquistas) no solo de Rusia sino probablemente del mundo en 1917. Eso da lugar a una peculiar distorsión al evaluar al Gobierno Provisional. Y eso es todavía más cierto si consideramos a los defensistas revolucionarios y a los «socialistas moderados». No eran en absoluto moderados en el contexto del socialismo europeo de la época, y mucho menos en comparación con la sociedad rusa de antes de 1917. Eran socialistas incondicionales, defensores de una amplia transformación socioeconómica que les colocaba en el extremo del pensamiento radical europeo y mundial de la época. Tan solo se les considera moderados en comparación con los bolcheviques y con la izquierda de sus propios partidos. Y tampoco debemos olvidar el dilema de un Gobierno o de unos partidos comprometidos con un cambio radical, pero que al mismo tiempo pretendían mantener cierta sensación de estabilidad política y social, crear instituciones democráticas y afrontar el problema de una guerra devastadora. Ya de por sí se trataría de un ejercicio de equilibrismo de la máxima dificultad en una época favorable, y desde luego aquella no lo era.

A los dirigentes defensistas revolucionarios, que habían fracasado en su política de paz, que habían sido incapaces de satisfacer las aspiraciones populares y se habían visto salpicados por el Asunto Kornílov, les resultó imposible mantener bajo control a los soviets y al Gobierno Provisional. Los soviets empezaron a escapar a su

control en agosto, y se les fueron de las manos aún más deprisa en septiembre, mientras que el Gobierno se convirtió prácticamente en el régimen personal de Kérensky. La coalición de centro se desintegró, pero ni los socialistas moderados ni los progresistas fueron capaces de encontrar una alternativa, de modo que se aferraron desesperadamente a la idea de un gobierno de coalición. No obstante, la «coalición» empezaba a ser una causa de hostilidad hacia los partidos que la apoyaban. Las masas de población urbana y los soldados, totalmente decepcionados con el Sistema de Febrero y temiendo perder los avances iniciales de la Revolución, buscaron unos líderes comprometidos con unas metas más explícitamente de clase, unos líderes dispuestos a utilizar los recursos del Estado para ayudarles a hacer realidad sus aspiraciones en perjuicio de los colectivos rivales. Al mismo tiempo, los partidos de la izquierda radical dirigían sus cáusticas críticas contra el Gobierno y los dirigentes defensistas revolucionarios, y libraban una batalla por la hegemonía en las organizaciones de masas, sobre todo en las de obreros y soldados: los soviets, los comités y los sindicatos.

La izquierda radical, que era en sí un producto del realineamiento político de la primavera, y a la que daban voz sobre todo los bolcheviques, los eseristas de izquierdas, los mencheviques internacionalistas y los anarquistas, decidieron tomar el poder. Al principio, en el primer periodo de optimismo de la Revolución, su radicalismo les había marginado, pero muy pronto empezaron a dar voz a las frustraciones populares, y a prometer con mayores garantías el cumplimiento de las aspiraciones de las masas revolucionarias. Empezaron a presentar su propia visión de una nueva revolución más radical. Presionaban a favor de medidas más inmediatas y radicales para resolver los principales problemas políticos y sociales, y criticaban la inactividad del Gobierno de coalición y la moderación de los defensistas revolucionarios.

Prometían cumplir las aspiraciones básicas y promovieron la intensificación de los antagonismos de clase, por considerarlos legítimos y una forma de resolver los problemas. Todo ello provocó un espectacular aumento del apoyo popular a la izquierda radical a lo largo del verano y principios de otoño, que acabó aupándoles al poder bajo el eslogan unificador de «Todo el poder a los soviets» —el poder soviético.

A lo largo de un proceso ininterrumpido de debates, de agitación y de elección de sus delegados y líderes en las votaciones para renovar los soviets, los sindicatos y los comités, los políticos del bloque de izquierdas sustituyeron a los socialistas moderados como los líderes de un número cada vez mayor de ese tipo de organizaciones populares. Tradicionalmente, ese proceso se ha descrito como una serie de victorias de los bolcheviques, que es una tentadora forma de referirse a lo que en realidad fue una situación política mucho más compleja. Los bolcheviques tan solo fueron una parte, que resultó ser la más importante, de un bloque radical más amplio, que incluía a los social-revolucionarios de izquierdas, a los mencheviques internacionalistas y a los anarquistas. Muchas de las resoluciones y muchos éxitos electorales tradicionalmente calificados de «bolcheviques» fueron en realidad el resultado de la actividad de los eseristas de izquierdas o del bloque de izquierdas. Un factor crucial para el ascenso de la izquierda fue la conquista del Soviet de Petrogrado, lo que le otorgó al bloque de izquierdas, liderado por los bolcheviques, el control de la institución política más importante de Rusia, y les colocó en la posición de hacerse con el poder ejecutivo. Dado que los bolcheviques habían argumentado de forma consistente a favor de un gobierno monocolor socialista o basado en los soviets, la toma del Soviet de Petrogrado —así como de los soviets de Moscú y de otras ciudades— naturalmente planteaba la pregunta: «¿Qué piensan hacer los bolcheviques?».

Caben pocas dudas de que los nuevos dirigentes del Soviet de Petrogrado pretendían utilizar el Segundo Congreso de los Soviets de Toda Rusia para proclamar un traspaso de poderes. En particular, los líderes bolcheviques debatieron esa posibilidad en las asambleas del partido y en lugares como el Congreso de los Soviets de la Región Norte (CSRN). Allí se soslayaron tanto las exigencias más arriesgadas de Lenin como los llamamientos a la prudencia de Kámenev y Zinóviev, en favor de llevar a la práctica el eslogan enormemente popular del poder soviético, con el inminente Segundo Congreso de los Soviets de Toda Rusia como instrumento para llevarlo a cabo. Un paso como aquel era un paso revolucionario porque significaba derrocar el Gobierno Provisional vigente, y por ese motivo la gente hablaba de una nueva revolución o de una toma del poder. Los eseristas de izquierdas y los mencheviques internacionalistas también estaban convencidos de que había llegado el momento de algún tipo de gobierno monocolor socialista, a través del Congreso de los Soviets, cuando no a través de algún organismo preexistente, como la Conferencia Democrática, o de algún otro tipo de acuerdo entre los líderes de los partidos. Y tampoco cabía duda alguna de que una medida como aquella iba a ser enormemente popular, ni de que la Guardia Roja y otros grupos activistas estaban preparándose para llevar a cabo esa medida. En ese escenario, el Congreso de los Soviets debía catapultar a los bolcheviques y a la izquierda radical hasta el poder ejecutivo, donde serían capaces de hacer realidad unos proyectos políticos y socioeconómicos en los que, a fin de cuentas, creían. Sus críticas contra los moderados no eran meramente oportunistas. Las convicciones y la oportunidad encajaron a la perfección para los bolcheviques y otros radicales a finales de 1917.

Y tampoco caben muchas dudas de que el Gobierno y otros dirigentes políticos se esperaban aquel intento de tomar el poder.

Aparentemente, Kérensky estaba casi deseando que los bolcheviques tomaran la iniciativa, pues confiaba insensatamente en que iba a ser capaz de aplastarlos y de poner fin a la amenaza. Los socialistas moderados asistían consternados a la situación, todavía empeñados en su convicción de que un intento de tomar el poder por parte de los bolcheviques no haría más que abrir la puerta al triunfo de una contrarrevolución conservadora. En la derecha política algunos estaban de acuerdo con esa interpretación, pero ellos con la esperanza que así fuera. A partir de mediados de octubre, aparentemente la pregunta ya no era *si* los bolcheviques y sus aliados iban a intentar derrocar el Gobierno Provisional cuando se celebrara el Congreso de los Soviets, sino cuáles iban a ser los detalles del proceso. ¿Cuál iba a ser exactamente la naturaleza del nuevo gobierno? ¿En qué medida y con qué grado de éxito iba a poder resistir el Gobierno de Kérensky? ¿Iba a significar el estallido de una guerra civil?

Nunca conoceremos la respuesta a la pregunta de cuáles serían las consecuencias de una declaración de asunción del poder en el Congreso de los Soviets, porque la poco meditada medida de Kérensky contra los periódicos bolcheviques la madrugada del día 24 despejó el camino para un traspaso de poderes *antes* del Congreso. Los líderes bolcheviques de Petrogrado llevaban mucho tiempo advirtiendo a Lenin de que los obreros y los soldados no iban a echarse a las calles en nombre de una acción de los bolcheviques, pero que sí lo harían en defensa del Soviet y del Congreso de los Soviets. Eso fue exactamente lo que hicieron entre el 24 y el 25 de octubre. Para cuando se reunió el pleno del Congreso, el 25 por la noche, los obreros y soldados que acudieron en masa en defensa de la Revolución y del Soviet y frente a la «contrarrevolución» ya habían llevado a cabo el traspaso de poderes a todos los efectos, un traspaso que Lenin se encargó de culminar aprovechando la

situación para proclamar la toma del poder antes del inicio del Congreso.

En medio del curso aparentemente inexorable de los acontecimientos de aquel día, resulta llamativo el papel secundario del azar y de los actos individuales. Si los antiguos dirigentes defensistas revolucionarios no hubieran aplazado el Congreso de los Soviets del 20 al 25 de octubre, los bolcheviques y sus aliados y simpatizantes habrían estado aún menos preparados para tomar el poder que cinco días más tarde. La toma del poder antes de que se reuniera el Congreso de los Soviets el 20 de octubre habría resultado prácticamente imposible, aunque los bolcheviques se lo hubieran propuesto (y no era así): no habían hecho los preparativos necesarios. Nadie había planeado nada parecido al enfrentamiento entre el Comité Militar Revolucionario y las autoridades militares que se produjo entre el 21 y el 23 de octubre, ni los preparativos psicológicos y materiales que tuvieron lugar durante el «Día del Soviet de Petrogrado», el 22 de octubre, ni tampoco habrían sido posibles durante los días previos al 20 de octubre. Sin embargo, todos esos factores eran esenciales para cualquier intento de tomar el poder, y resultaron cruciales en la Revolución de Octubre tal y como se produjo.

Y lo que es más importante, la Revolución de Octubre no habría comenzado ni habría concluido como lo hizo sin la decisión de Kérensky del día 24. Fue la ofensiva de Kérensky contra los periódicos bolcheviques lo que forzó la cuestión del poder soviético antes de que se reuniera el Congreso, lo que movilizó a sus simpatizantes y puso en bandeja a Lenin la revolución que en otras circunstancias tenía escasas esperanzas de lograr. De hecho, la acción de Kérensky influyó más en el estallido y el desenlace de la Revolución de Octubre que los frustrados intentos de Lenin de tramar una toma del poder por los bolcheviques antes del Congreso

de los Soviets. El error garrafal de Kérensky provocó el enfrentamiento armado que transfirió el poder antes de que se reuniera el Congreso. Y eso modificó la naturaleza del traspaso de poderes y alteró el papel del Congreso de los Soviets y el carácter esencial de la Revolución. Le puso en bandeja a Lenin la toma del poder antes del Congreso que llevaba tanto tiempo exigiendo sin conseguirlo. Kérensky fue quien puso en marcha la Revolución de Octubre, no Lenin. Permitió que Lenin convirtiera una revolución en defensa del poder soviético en una revolución bolchevique.

Por añadidura, después del inicio del Congreso, Lenin se vio beneficiado por otro golpe de suerte impredecible: el abandono del pleno de los socialistas moderados como protesta por la lucha armada que había provocado la acción de Kérensky, y que Lenin había aprovechado para proclamar el poder soviético. Aquel abandono dejó a los bolcheviques con mayoría absoluta, en vez de con una mayoría relativa. Por consiguiente, Lenin pudo proceder prácticamente sin trabas durante las semanas siguientes, ejerciendo su férrea determinación de aferrarse al poder frente a las presiones de quienes insistían en que debía compartirlo y negociar con las demás fuerzas políticas.

Teniendo en cuenta la oposición a muchas de las medidas autoritarias de Lenin y Trotsky durante los días posteriores al 25 de octubre, tanto por parte de los eseristas de izquierdas como de los moderados afines a Kámenev en el seno del Partido Bolchevique, cabría especular con un desenlace muy distinto en caso de que el traspaso de poderes se hubiera producido a raíz de una votación en el Congreso de los Soviets a favor de un gobierno multipartidista, exclusivamente socialista, y basado en el Soviet. Sin el conflicto callejero previo, ni la consiguiente declaración de toma del poder inspirada por Lenin la madrugada del día 25, antes de que se reuniera el Congreso, este habría actuado de un modo bastante

diferente. No habría habido ningún motivo para que los moderados mencheviques y social-revolucionarios abandonaran la sala. Entre la corriente moderada de ambos partidos existía una tendencia cada vez mayor a aceptar alguna forma de gobierno monocolor socialista. En caso de que hubieran permanecido en el pleno del Congreso y hubieran participado en la formación de una nueva estructura gubernamental basada en el soviet y formada exclusivamente por los partidos socialistas, el gobierno habría sido muy distinto del que se formó tras su abandono del pleno (y cabe suponer que el futuro de Rusia también habría sido diferente). La Revolución de Octubre fue una compleja combinación de poderosas fuerzas a largo plazo que empujaban a favor de algún tipo de gobierno radical y de los acontecimientos imprevisibles del momento, una combinación que condicionó su forma y su desenlace específicos.

Para comprender la Revolución de Octubre es esencial constatar que se llevó a cabo en nombre del poder soviético, de «Todo el poder a los soviets». El apoyo popular a la Revolución se basaba en la suposición de que un cambio de gobierno como aquel iba a permitir el cumplimiento de las aspiraciones de paz, de supervisión obrera, de reparto de tierras, de autonomía nacional y de otras reivindicaciones. El amplio respaldo popular al poder soviético y a los bolcheviques, a los eseristas de izquierdas y a otros radicales durante el otoño de 1917 es indudable. Sin embargo, desde entonces ha habido reiterados intentos de negarlo, sobre todo por motivos políticos. Una parte de la oposición rusa simplemente no estaba dispuesta a reconocer lo mucho que había mermado el apoyo a los partidos moderados, ni el trasvase de ese apoyo a los partidos radicales, una postura muy frecuente en los escritos de autores occidentales sobre la Revolución. Más tarde otros intentaron negar que los bolcheviques gozaban de un apoyo generalizado en 1917, insinuando que admitirlo equivaldría a legitimar la dictadura y el

sistema estalinista que vino después. Ese tipo de argumentos son lisa y llanamente erróneos. Los bolcheviques (y los eseristas de izquierdas) *sí gozaban* de un apoyo popular generalizado en octubre de 1917; el hecho de que en 1918 los bolcheviques perdieran gran parte de él, y que muy pronto se volvieran dictatoriales, no desmiente el apoyo que tenían en octubre de 1917. Como tampoco desmiente la realidad de ese apoyo el hecho de que una gran parte de sus simpatizantes en 1917 estaban a favor de un concepto de poder soviético muy diferente del que posteriormente se desarrolló en la Unión Soviética. Pero, por otra parte, el hecho de que el poder soviético gozara de un gran apoyo popular en 1917 tampoco legitima la dictadura que surgió más tarde. Lo cierto es que en 1917 existía un amplio apoyo popular a los bolcheviques y al poder soviético, sobre todo en los centros urbanos y en el Ejército, al margen de las implicaciones morales a favor o en contra de los regímenes que se crearon tiempo después en unas circunstancias diferentes.

En cambio, los acontecimientos posteriores a la Revolución de Octubre tuvieron una influencia mucho mayor sobre la naturaleza del régimen que vendría después. Ahora Lenin afrontaba la sobrecogedora tarea de convertir el poder soviético en poder bolchevique. Aunque ese proceso tan solo culminaría más tarde, en la vorágine de la guerra civil, los esfuerzos iniciales de los bolcheviques no solo consolidaron su endeble control del poder sino que además transformaron la Revolución en una guerra civil y el régimen en una dictadura. La inmensa popularidad de la idea del poder soviético hizo posible que el nuevo Gobierno derrotara con facilidad la oposición armada inicial y que viera cómo iba extendiéndose satisfactoriamente el poder soviético por gran parte de Rusia y entre el Ejército ya desde principios del nuevo año. Sin embargo, el significado del poder soviético y los cometidos del poder todavía no se habían definido plenamente. Lenin logró superar,

aunque con gran dificultad, un intento serio, durante la semana inmediatamente posterior a la Revolución de Octubre, de obligarle a compartir el poder político a través de un gobierno socialista de amplia coalición entre los partidos, que era lo que todo el mundo presuponía que significaba el poder soviético. Lenin sí formó una coalición provisional con los eseristas de izquierdas, al incluirles en el Gobierno el 9 de diciembre con un papel minoritario, lo que hizo posible una sensación popular temporal de que se trataba de un gobierno «multipartido», y al mismo tiempo supuso un apoyo de gran valor en un periodo difícil Al mismo tiempo, Lenin y Trotsky hacían todo lo posible por polarizar a la opinión pública y a los partidos, a fin de fortalecer el control del poder por parte de los bolcheviques. Lo lograron en parte por el procedimiento de tomar medidas urgentes para satisfacer las aspiraciones populares, con el Decreto sobre la Tierra, el armisticio, la ampliación de la autoridad de los obreros en la gestión de las fábricas y con otras medidas. Al mismo tiempo reforzaron el control a través de la censura, de la creación de la Checa, de medidas represivas contra el PKD y de otras medidas para eliminar cualquier tipo de oposición. Así comenzó la caída del país hacia una dictadura y una guerra civil.

El último acto que marcó el final de la Revolución y el inicio de la guerra civil fue la disolución de la Asamblea Constituyente. Las elecciones a la Asamblea Constituyente y su inminente formación mantuvieron viva la idea no solo de un futuro gobierno amplio de coalición de partidos socialistas, sino también la sensación de que el Gobierno de Lenin tan solo era el enésimo gobierno temporal, provisional. Ello acalló las primeras manifestaciones de oposición material al nuevo Gobierno. Además, le planteó su gran dilema a Lenin y a la izquierda radical. A lo largo de 1917 habían criticado al Gobierno Provisional por demorar la formación de la Asamblea Constituyente. De hecho, los bolcheviques habían argumentado que

únicamente el poder soviético era capaz de garantizar que la Asamblea Constituyente llegara a formarse. Para la mayoría de los líderes políticos, la Asamblea Constituyente era la meta de la revolución política y la suprema autoridad a través de la que el pueblo iba a poder hablar con solvencia sobre las cuestiones sociales y políticas. Sin embargo, para Lenin la Asamblea se convirtió en un obstáculo a su plan de conservar el poder político.

Como estaba previsto, las elecciones del mes de noviembre le otorgaron a los bolcheviques tan solo en torno a un 25 por ciento de los escaños, mientras que el PSR conseguía la mayoría. Aquella mayoría eserista, por muy inestable que fuera, era capaz de controlar la Asamblea Constituyente en sus fases iniciales. Cualquier gobierno que surgiera de la Asamblea sería una coalición, probablemente esa amplia coalición socialista que para muchos venía a significar la consigna de «Todo el poder a los soviets». Hasta ese momento Lenin había logrado evitar justamente una coalición socialista de esas características. Aceptarla significaba entregar el poder, algo que Lenin no estaba dispuesto a hacer. Su negativa le llevó, a él y a otros bolcheviques, así como a algunos eseristas de izquierdas, a menospreciar la importancia de la Asamblea y a prepararse para actuar contra ella. Y eso fue lo que ocurrió el 6 de enero de 1918, cuando clausuraron la Asamblea Constituyente por la fuerza después de tan solo una sesión. La disolución no era imprescindible para el mantenimiento de un gobierno socialista, ni siquiera para la subsistencia del «poder soviético», pero sí lo era si lo que pretendían Lenin y Trotsky era aferrarse al poder, y para la existencia de un gobierno radical tal y como ellos lo imaginaban.

La disolución de la Asamblea Constituyente fue una de las decisiones más fatídicas que tomó Lenin en toda su vida. Sus consecuencias para los bolcheviques, para Rusia y para el mundo fueron de una relevancia que difícilmente se puede exagerar. Para

los bolcheviques, en la situación inmediata, significaba simplemente que habían evitado una grave amenaza contra su intención de aferrarse al poder. Sin embargo, lo más fundamental fue que puso de manifiesto que el partido había emprendido de forma irrevocable el camino de un gobierno dictatorial, y que los militantes que en noviembre habían protestado contra esa tendencia habían renunciado a sus «ilusiones constitucionales», como las denominaba Lenin en tono de burla. El partido estaba decidido a aferrarse al poder a cualquier precio y a emprender el camino del gobierno autoritario y de la dictadura.

Para Rusia, las consecuencias fueron aún más profundas. Con aquella medida, Lenin y su partido anunciaban claramente que renunciaban al compromiso, suscrito por la *intelligentsia* desde hacía mucho tiempo, con el derecho del pueblo a manifestar a través de las urnas sus deseos sobre las cuestiones políticas fundamentales. Más específicamente, con la disolución de la Asamblea Constituyente los bolcheviques anunciaban que no estaban dispuestos a renunciar a la autoridad del gobierno de forma pacífica, a través de unas elecciones, sino que únicamente era posible desalojarlos por la fuerza. Para desgracia de millones de personas, eso significaba que la guerra civil era inevitable. Cuando los bolcheviques anunciaron que no era posible apearles del poder con los votos, vinieron a decir que sus oponentes, al margen de su ideología política, ya no iban a poder llevar a cabo una lucha meramente política en el contexto de la Revolución de 1917. Tan solo podían elegir entre mantenerse permanentemente al margen de la política o empuñar las armas. La disolución de la Asamblea Constituyente señaló a todos los efectos el fin de la Revolución Rusa de 1917; a partir de ahí, una brutal guerra civil iba a decidir los destinos de Rusia.

Pero la cosa tampoco acabó ahí, porque las repercusiones a largo plazo fueron igual de importantes. El 6 de enero, en el Palacio de

Táuride se asistió no solo al final de la Revolución Rusa, sino a la aniquilación de las esperanzas democráticas y constitucionales que desde 1906 habían surgido esporádicamente en aquel edificio y que aparentemente se habían hecho por fin realidad durante los atribulados días de febrero y marzo de 1917. La decisión de los bolcheviques de abandonar la política de partidos y elecciones de 1917, y de gobernar por la fuerza, sentó las bases de la cultura política de la Unión Soviética. El legado de aquella decisión sigue atormentando a la sociedad rusa post-soviética en su intento por resucitar las esperanzas democráticas de 1917.

Por añadidura, el desenlace de la Revolución Rusa afectó profundamente al mundo entero a través de las enormes y diversas influencias que ejercieron el Estado soviético y el comunismo en todo el mundo a lo largo de las décadas siguientes. La medida en que la Revolución u otros acontecimientos posteriores de la historia de Rusia condicionaron lo que posteriormente sería la Unión Soviética sigue siendo objeto de apasionados debates. Sin embargo, no cabe duda de que la senda hacia un gobierno dictatorial emprendido por los bolcheviques y quienes les apoyaron durante el invierno de 1917–1918 encaminó a Rusia por un rumbo histórico muy diferente del que habría tomado en caso de que de la Revolución Rusa de 1917 hubiera surgido un régimen más democrático y pluralista.

NOTAS

Capítulo 1. La llegada de la Revolución

[1] Christian L. Lange, *Russia, the Revolution and the War: An Account of a Visit to Petrograd and Helsingfors in March, 1917*, Washington, 1917, p. ii.

[2] *The Nicky-Sunny Letters*, pp. 100, 145, 454.

[3] Rogger, *Russia*, pp. 106-107.

[4] Citado ibíd., pp. 107-108.

[5] Joseph Bradley, «Voluntary Associations, Civic Culture, and *Obshchestvennost'* in Moscow», en Clowes, Kassow y West, *Between Tsar and People*, pp. 136-137.

[6] Samuel D. Kassow, James L. West y Edith W. Clowes, «Introduction: The Problem of the Middle in Late Imperial Russian Society», en Clowes, Kassow y West, *Between Tsar and People*, pp. 1-2.

[7] John Channon, «The Peasantry in the Revolutions of 1917», en Frankel, Frankel y Knei-Paz, *Revolution in Russia*, p. 117.

[8] Puede encontrarse una gran variedad de información sobre la guerra y sobre Rusia durante el conflicto en los tomos que se están publicando como títulos por separado dentro de la serie *Russia's Great War and Revolution*, de Slavica Publishers, de la Universidad de Indiana, Estados Unidos, bajo la dirección editorial de Anthony Heywood, David McLaren McDonald y John Steinberg. Las citas de todos ellos, con llamada a nota de las páginas siguientes, se refieren a los editores y los títulos específicos de los distintos tomos. De entre los primeros tomos publicados, resulta particularmente relevante en lo referente a la guerra *The Empire and Nationalism at War*, editado por Eric Lohr, Vera Tolz, Alexander Semyonov y Mark von Hagen.

[9] Knox, *With the Russian Army*, p. 270.

[10] *Ibid*.

[11] *Ibid*.

[12] *Ibid*.

[13] Véase el programa en Golder, *Documents*, pp. 134-136.

[14] *The Nicky-Sunny Letters*, p. 456, carta del 14 de diciembre de 1916. Cursiva en el original.

[15] Ibíd, p. 429, carta del 31 de octubre de 1916.

[16] Véase el análisis del papel de los rumores sobre las actividades de Rasputín y sobre la traición alemana a la hora de deslegitimar a Nicolás ante la opinión popular, en Figes y Kolonitskii, *Interpreting the Russian Revolution*, pp. 9-29.

[17] El discurso figura en Golder, *Documents*, pp. 154-156.

[18] Lyandres, *The Fall of Tsarism,* p. 73.

[19] «Aleksandr Ivanovich Guchkov rasskazyvaet», *Voprosy istorii* n.º 7-8, 1991, p. 205.

[20] Lyandres, *The Fall of Tsarism*, pp. 270-278.

[21] Lyandres, «Conspiracy and Ambition… L'vov», pp. 99-133.

[22] Citado en Golder, *Documents*, p. 116.

[23] Hughes, «Revolution Was in the Air!» p. 93. Véase también Lyandres, *The Fall of Tsarism*, pp. 272-274.

[24] Citado en Hasegawa, *The February Revolution*, p. 201.

[25] Engel, «Not By Bread Alone», pp. 712-716. Engel examina el importante papel que desempeñaron las mujeres, sobre todo las esposas de los soldados, en los alborotos populares durante la guerra.

[26] El informe figura en Vernadsky, *Source Book*, III, p. 877.

[27] Informe ibíd., pp. 867-868.

[28] Citado en Hasegawa, *The February Revolution*, p. 201.

[29] Citado en Vernadsky, *Source Book*, III, p. 868.

[30] Koenker y Rosenberg, *Strikes and Revolution*, p. 58.

[31] Longley, «The Mezhraionka», p. 626.

[32] Sobre las actividades de los partidos socialistas en Petrogrado en vísperas de la Revolución, véanse sobre todo Melancon, *The Socialist Revolutionaries*, pp. 190-225 y las referencias de la nota 3 del capítulo siguiente.

[33] *The Nicky-Sunny Letters*, p. 315.

Capítulo 2. La Revolución de Febrero

[1] Las cifras del número de huelguistas y de fábricas cerradas en aquel periodo son muy variables. Estas proceden de Hasegawa, *The February Revolution*, pp. 204 y 208. Steve Smith, en *Red Petrograd*, p. 52, habla de 132 fábricas el 9 de enero y de 58 el 14 de febrero, lo que vendría a sugerir una cifra mayor de obreros. Existen otras cifras, lo que refleja la dificultad de encontrar mediciones exactas. Koenker y Rosenberg, en *Strikes and*

Revolution, p. 66, citan 137.000 huelguistas el 9 de enero, mientras que los informes de la policía hablan de 59.000 el 14 de febrero.

2 V. M. Zenzinov, «Fevral'skie dni», *Novyi zhurnal* n.º 34 (1953), pp. 188-211, n.º 35 (1953), pp. 208-240; la cita está en p. 198.

3 I. Gordienko, citado en Burdzhalov, *Russia's Second Revolution*, p. 106.

4 Véase Hasegawa, *The February Revolution*, pp. 221-222, para un análisis de las cifras, así como una crónica detallada de la extensión por las fábricas.

5 Lo que había sido planeado y lo que no en la jornada del 23 de febrero ha sido objeto de debate desde hace mucho tiempo. Para un análisis de las distintas cuestiones y la historiografía en torno al papel de los partidos socialistas a partir del día 23, véase Melancon, *The Socialist Revolutionaries*, pp. 16-172, y el debate en una serie de artículos: Melancon, «Who Wrote What and When»; James White, «The February Revolution and the Bolshevik Vyborg District Committee»; Longley, «The Mezhraionka»; y Melancon, «International Women's Day». Véanse también Hasegawa, *The February Revolution*, pp. 215-231, y Longley, «Iakovlev's Question», en Frankel, Frankel y Knei-Paz, *Revolution in Russia*, pp. 365-387.

6 Citado en Burdzhalov, *Russia's Second Revolution*, p. 118.

7 Citado en Hasegawa, *The February Revolution*, p. 225.

8 Citado en Burdzhalov, *Russia's Second Revolution*, p. 117.

9 Citado en Hasegawa, *The February Revolution*, p. 233.

10 Para más detalles sobre ese día y los siguientes, véanse Hasegawa, *The February Revolution*, pp. 215-310, y Melancon, *The Socialist Revolutionaries*, pp. 226-275, que aportan las mejores crónicas históricas día a día, pero no siempre coinciden en sus interpretaciones. Véanse también las referencias de la nota 5, arriba. Sujánov, *The Russian Revolution* I, pp. 1-160 ofrece un relato detallado, en lo que son las memorias de un intelectual socialista que estuvo en el meollo de los acontecimientos (en la calle, en el Soviet de Petrogrado y en la formación del Gobierno Provisional), mientras que Lyandres, *The Fall of Tsarism*, aporta los testimonios de destacados protagonistas políticos, que se recopilaron en forma de historias orales tan solo unas semanas más tarde.

11 Ibíd.

12 A. V. Peshejónov, «Pervyia nedeli (Iz vospominanii o revoliutsii)», *Na chuzoi storone* 1923, n.º 1, p. 272.

13 El testimonio oral figura en Lyandres, *Fall of Tsarism*, p. 170.

14 Citado en Melancon, *The Socialist Revolutionaries*, p. 259.

15 Hay varios testimonios de este suceso: algunos afirman que el oficial de la policía murió por el corte que le produjo un cosaco con su sable, pero todos coinciden en que los cosacos atacaron a la policía.

16 Citado en Lincoln, *Passage Through Armageddon*, pp. 333.

17 Citado ibíd., p. 327.

18 Para los detalles del tiroteo, véase Hasegawa, *The February Revolution*, pp. 268-270. Hasegawa afirma que aquel día solo dispararon los destacamentos de instrucción. Véase tambien Wildman, *End of the Russian Imperial Army: The Old Army*, p. 139.

19 P.V. Gerasimov, en Lyandres, *Fall of Tsarism*, p. 95.

20 En Golder, *Documents*, p. 267.

21 *Izvestiia revoliutsionnoi nedeli*, n.º 2, 28 de febrero. Los periódicos dejaron de publicarse después de la mañana del día 25, dejando a la ciudad sin noticias sobre los acontecimientos. El día 27 un comité de periodistas logró pergeñar este pequeño periódico, que se convirtió en la fuente principal de información impresa durante los días siguientes. La publicación de los periódicos se reanudó gradualmente, pero la prensa experimentó un cambio radical por la aparición de un gran número de periódicos socialistas y la desaparición de los viejos diarios conservadores.

22 Sobre el Comité de la Duma, véanse los documentos en Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, I, pp. 39-62, y los relatos de los participantes en Lyandres, *The Fall of Tsarism*, pp. 53-268. Véanse también Miliukov (*The Russian Revolution*), Shulgin (*Days of the Russian Revolution*) y Kérensky (*The Catastrophe*, *The Crucifixion of Liberty*, *Prelude to Bolshevism*, y *Russia and History's Turning Point*).

23 Sobre la formación del Soviet, véase see Hasegawa, *The February Revolution*, pp. 313-347, y Melancon, *From the Head of Zeus*. Véanse también los documentos en Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, I, pp. 70-76, y el relato de las memorias de Sujánov, *The Russian Revolution* (sobre todo), y de Mstislavskii, *Five Days*.

24 Ante la Conferencia de los Soviets de Toda Rusia, citado en Galili, *Menshevik Leaders*, pp. 46-47.

25 Testimonio ofrecido el 29 de mayo, en Lyandres, *Fall of Tsarism*, p. 188.

26 *Izvestiia revoliutsionnoi nedeli*, n.º 6, 2 de marzo.

27 *Izvestiia revoliutsionnoi nedeli*, n.º 7, 3 de marzo.

28 Sobre la formación del Gobierno Provisional hay dos fuentes especialmente valiosas, que son los relatos de los principales negociadores: Miliukov, *The Russian Revolution*, I, pp. 26-37, y Sujánov, *The Russian Revolution*, I, pp. 114-157. Véanse también los importantes testimonios autobiográficos en Lyandres, *Fall of Tsarism*. Una selección de documentos, que incluye el anuncio de la composición y el programa del Gobierno y la declaración de apoyo del Soviet, figura en Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, I, pp. 117-138. Rosenberg, *Liberals*, 52-56, incluye un buen análisis del papel de los cadetes, y Hasegawa, *The February Revolution*, 519-545, ofrece un relato detallado.

29 Phillips, «A Bad Business» pp. 134-138.

30 Para distintos ejemplos de la Revolución de Febrero por todo el país, véase entre otros Donald Raleigh, *Revolution on the Volga*; Ronald Suny, *The Baku Commune*; Hugh Phillips, «A Bad Business»; Michael C. Hickey, «Discourse of Public Identity … Smolensk»; Peter Holquist*, Making War, Forging Revolution*; Sarah Badcock, *Politics and the People*; Aaron Retish, *Russia's Peasants in Revolution*. Véase también la información dispersa en los distintos ensayos de los tomos de Anthony Deywood, David MacLaren McDonald y John J.W. Steinberg (eds.), *Russia's Great War and Revolution*.

31 Lo que sigue está basado principalmente en el excelente y detallado relato que figura en Hasegawa, *The February Revolution*, pp. 431-515, que no solo examina cuidadosamente los acontecimientos, sino que echa abajo numerosos mitos que los

rodeaban. Véase también en Lyandres, *Fall of Tsarism*, los relatos de los participantes y el análisis del autor.

Capítulo 3. El realineamiento político y el nuevo sistema político

1 Rosenberg, «Social Mediation», p. 175.

2 Nabokov, *Nabokov and the Russian Provisional Government*, p. 87. Nabokov, un kadete muy próximo a Miliukov, era jefe de la Cancillería del Gobierno Provisional, y por consiguiente gozaba de una excelente posición para observarlo, así como a sus miembros.

3 «Iz dnevnika gen. V. G. Boldyreva», *Krasnyi arkhiv* 23 (1927), n.º 4, p. 260.

4 *Petrogradskii sovet rabochikh i soldatskikh deputatov v 1917 godu. Protokoly, stenogrammy i otchety, rezoliutsii, postanovleniia obshchikh sobranii, sobranii sektsii, zasedanii Ispolnitel'nogo komiteta i fraksii 27 fevralia-25 oktiabria 1917 goda*, B. D. Gal'perina, O. N. Znamenskii y V. I. Startsev, eds., vol. I, Leningrado 1991, pp. 234, 260.

5 Sobre los kadetes y los progresistas en la Revolución, véase sobre todo Rosenberg, *Liberals*. Existen dos biografías de Miliukov, ambas centradas en el periodo anterior a 1917, la de Stockdale, *Miliukov and the Quest for a Liberal Russia*, y la de Riha, *A Russian European*. Véanse también las crónicas de Miliukov, *The Russian Revolution*, y de Nabokov, *Nabokov and the Russian Provisional Government*.

6 Semion Lyandres, «Conspiracy and Ambition in Russian Politics before the February Revolution of 1917: The Case of Prince Georgii Evgen'evich L'vov», pp. 99-133.

7 Citado en Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, III, pp. 1258-1259.

8 Citado en Francis King, «Between Bolshevism and Menshevism», p. 2.

9 Price, *Dispatches*, p. 44 (escrito el 13 de junio).

10 Ibíd,. pp. 105-106.

11 V. B. Stankevich, *Vospominaniia 1914-1919*, Berlín, 1920, p. 78.

12 Sobre la consolidación de la hegemonía del grupo de Tsereteli en el Soviet y su composición, véase Wade, *The Russian Search for Peace*, pp. 17-25. Sobre los orígenes del grupo «zimmerwaldista siberiano» de lo que acabó siendo el defensismo revolucionario, véanse Wade, «Irakli Tsereteli and Siberian Zimmerwaldism», y Galili, «The Origins of Revolutionary Defensism».

13 Lenin, *Collected Works*, XXIV, pp. 21-24.

14 Sobre Lenin y el Partido Bolchevique durante este periodo, véanse Lih, «Letters from Afar», «The Ironic Triumph of Old Bolshevism», y «Lenin, Bolshevism and Social-Democratic Political Theory»; Rabinowitch, *Prelude*, pp. 32-53; Service, *Lenin*, II, pp. 149-176; Harding, *Leninism*, pp. 89-90; Read, *Lenin*, pp. 149-157.

15 La mayor parte de la información sobre los eseristas y los mencheviques de izquierdas se encuentra dispersa en las obras sobre los Partidos Social-Revolucionario y Menchevique. Sobre los eseristas de izquierdas, véanse: Melancon, «The Left Socialist Revolutionaries»; su colaboración en *Critical Companion to the Russian Revolution*, pp. 291-299; algunos párrafos de Melancon, *The Socialist Revolutionaries*, y de Radkey, *Agrarian Foes* y *The Sickle Under the Hammer*. Hay un estudio detallado de los eseristas de izquierdas en Lutz Hafner, *Die Partei der linken Sozialrevolutionäre in der russischen*

Revolution von 1917-1918, Colonia, 1994. Sobre el ala izquierda de los mencheviques y los mencheviques internacionalistas, véanse algunos párrafos dispersos en Galili, *The Menshevik Leaders*; Basil, *The Mensheviks*; Getzler, *Martov* y «Iulii Martov». Véase también Francis King, «Between Bolshevism and Menshevism», sobre los socialdemócratas internacionalistas.

16 Sobre los anarquistas, véase especialmente Paul Avrich, «The Anarchists in the Russian Revolution», *The Russian Anarchists*; y (como editor) *The Anarchists in the Russian Revolution*.

17 Tseretelli [Tsereteli], «The April Crisis», 3.ª Parte, p. 316.

18 Sujánov, *The Russian Revolution*, I, p. 33.

19 Citado en Radkey, *Agrarian Foes*, p. 225.

20 Shulgin, *Days of the Russian Revolution*, p. 113

21 Sobre Kérensky y su popularidad, véase Figes y Kolonitskii, *Interpreting the Russian Revolution*, pp. 76-96.

22 En Golikov, «The Kérensky Phenomenon», p. 52.

23 Chernov, *The Great Russian Revolution*, p. 174.

24 Kérensky ocupa un lugar destacado en casi todas las memorias e historias del periodo revolucionario; él mismo publicó varios tomos de memorias, y fue objeto de una biografía escrita por Richard Abraham, *Alexander Kerensky: The First Love of the Revolution*. Véanse también los artículos de Kolonitskii («Kerensky», en *Critical Companion to the Russian Revolution*, pp. 138-149) y Golikov («The Kerensky Phenomenon»).

25 En una entrevista con Oliver Radkey que figura en Radkey, *Agrarian Foes*, p. 218.

26 Citado en Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, III, p. 1265.

27 *Izvestia*, 27 de junio. Figuraba en una proclamación aprobada en aquel congreso.

28 Golder, *Documents*, pp. 325-326.

29 *Rech'*, 23 de marzo. Era el periódico del Partido Democrático Constitucional (PKD).

30 La *declaración* figura en Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, II, pp. 1045-1047; en los tomos II, pp. 1042-1101 y III, 1226-1148 hay una serie de documentos relativos a la política exterior y a la polémica a propósito de ese asunto. Para un relato detallado de la controversia y de la crisis de abril, véase Wade, *The Russian Search for Peace*, pp. 9-43.

31 Citado en en Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, II, p. 1098.

32 Citado ibíd, p. 1100.

33 Miliukov, *The Russian Revolution*, I, p. 92.

Capítulo 4. Las aspiraciones de la sociedad rusa

1 Irina Sergeevna Tidmarsh, en Horsbrugh-Porter, *Memories of Revolution*, p. 63.

2 Citado en Khalid, *Politics of Muslim Cultural Reform*, p. 247.

3 Existe una vastísima literatura sobre los obreros industriales durante la Revolución, no solo en ruso sino también en inglés y en otros idiomas. Para las aspiraciones de los trabajadores y otras cuestiones relativas a ellas me he basado principalmente en mis propias investigaciones y escritos (en particular en *Red Guards and Workers' Militias* y

«Rajonnye Sovety»), pero también en S. A. Smith (*Red Petrograd* y «Craft Consciousness»), Koenker (*Moscow Workers* y «Urban Families»; Koenker y Rosenberg (*Strikes and Revolution*), Rosenberg («Russian Labor» y «Workers»); Rosenberg y Koenker («Limits of Formal Protest»), Shkliarevsky (*Labor*), Mandel (*Petrograd Workers and the Fall of the Old Regime* y *Petrograd Workers and the Soviet Seizure of Power*), y los apartados correspondientes de obras como Keep (*The Russian Revolution*), Ferro (*The Russian Revolution* y *October 1917*), Suny (*Baku*), Raleigh (*Revolution on the Volga*), y otras.

[4] Service, «The Industrial Workers», en Service, *Society and Politics*, pp. 148-149.

[5] Ferro, *The Russian Revolution*, p. 112, ofrece un análisis detallado de las aspiraciones de los trabajadores basado en el contenido de las resoluciones aprobadas en las asambleas de las fábricas durante el mes de marzo. Además, las aspiraciones de los obreros se analizan en los textos que se mencionan en la nota 3 de este capítulo.

[6] S. A. Smith, *Red Petrograd*, p. 70. Para un análisis de la tasa de inflación global, véase Gatrell, *Russia's First World War*, sobre todo pp. 144-146.

[7] Ibíd., p. 55

[8] Mandel, *Petrograd Workers and the Fall of the Old Regime*, p. 97.

[9] Raleigh, «Political Power in the Russian Revolution: A Case Study of Saratov» en Frankel, Frankel y Knei-Paz, *Russia in Revolution*, p. 45.

[10] Sobre la supervisión obrera, véase sobre todo Shkliarevsky, *Labor in the Russian Revolution*, pp. 1-29, y Rosenberg, «Workers», pero sobre todo los libros sobre los obreros de Petrogrado de Smith, *Red Petrograd*; Mandel, *Petrograd Workers and the Fall of the Old Regime* y *Petrograd Workers and the Soviet Seizure of Power*; y Koenker sobre los de Moscú, *Moscow Workers*, así como Avrich, «The Bolshevik Revolution» y «Russian Factory Committees».

[11] Keep, *The Russian Revolution*, p. 97.

[12] Sobre los soviets de distrito, véase Wade, «The *Rajonnye Sovety* of Petrograd».

[13] Sobre la Guardia Roja, véase Wade, *Red Guards and Workers' Militias*.

[14] Sobre las *zemliachestva*, véase especialmente Hickey, «Urban *Zemliachestva*», Melancon, «Soldiers», y James White, «Sormovo».

[15] *Vestnik gorodskogo samoupravleniia*, 29 de junio.

[16] S. A. Smith, *Red Petrograd*, p. 202.

[17] Relato del coronel Engelhardt, a quien los soldados hicieron dicha afirmación, en el testimonio que prestó el 4 de mayo, en Lyandres, *Fall*, p. 63.

[18] Esta cita de la Orden n.º 1 y las siguientes proceden del documento que figura en Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, II, pp. 848-849.

[19] Citado en Wildman, *End of the Russian Imperial Army: The Old Army*, p. 222. Wildman ofrece el mejor relato de la Revolución en el Ejército, y yo me he basado profusamente en él.

[20] Ferro, *The Russian Revolution*, pp. 130-135, examina el contenido de las resoluciones de los soldados; véase también su ensayo «Russian Soldier in 1917». Howard White, «1917 in the Rear Garrisons», examina las actitudes en los cuarteles de retaguardia.

[21] Sobre los comités del Ejército, véanse los dos tomos de Allen Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*, pero sobre todo *The Old Army*, pp. 246-290, sobre sus orígenes.

[22] Citado en Wildman, *End of the Russian Imperial Army: The Old Army*, p. 245.

[23] La crónica de esta reunión figura en Denikin, *Russian Turmoil*, pp. 178-180.

[24] Wildman, *End of the Russian Imperial Army: The Old Army*, p. 345.

[25] Mawdsley, *Russian Revolution and the Baltic Fleet*, pp. 12-21, y Saul, *Sailors in Revolt*, pp. 64-80.

[26] Melancon, «Soldiers», pp. 184-185.

[27] Este apartado se basa profusamente en Rendle, *Defenders of the Motherland*.

[28] Esta subdivisión en tres grupos y el apartado siguiente se basan profusamente en Orlovsky, «Lower Middle», y en Howard White, «The Urban Middle Class», en Service, *Society and Politics*, pp. 64-85. Véase también Galili, «Commercial-Industrial Circles in Revolution: The Failure of 'Industrial Progressivism'», en Frankel, Frankel y Knei-Paz, *Revolution in Russia*, pp. 188-216.

[29] Orlovsky, «Lower Middle», pp. 258, 264.

[30] Hickey, «Discourses of Public Identity», p. 636.

[31] *Zhenskii vestnik* de octubre de 1914, citado en Meyer, «Impact of World War I on Women's Lives», p. 212.

[32] Stites, *Women's Liberation Movement*, pp. 291-295; Edmondson, *Feminism*, pp. 166-168. Edmondson ofrece estudios detallados sobre las feministas rusas, y Stites aborda tanto el feminismo como las mujeres socialistas rusas.

[33] Hay una buena y concisa descripción del enfoque marxista en Clements, *Daughters of Revolution*, pp. 37-41. Para una crónica detallada de los socialistas y las mujeres, véase Stites, *Women's Liberation Movement*.

[34] Clements, *Bolshevik Women*, p. 130; McKean, *St. Petersburg Between the Revolutions*, p. 331.

[35] Clements, *Bolshevik Women*, p. 131.

[36] Donald, «Bolshevik Activity», p. 155.

[37] Barbara Clements, *Bolshevik Women*, pp. 135-147, ofrece un análisis perspicaz y lleno de matices del activismo político de las mujeres bolcheviques y de los papeles que desempeñaron y no desempeñaron. Para un fascinante relato de las actividades de una destacada activista política y feminista en 1917, véase Norton, «Laying the Foundations of Democracy in Russia». Muchas destacadas mujeres socialistas de 1917 tienen biografías y/o memorias, como por ejemplo Kollontai, Krúpskaya, Spiridonova, Inessa Armand, Alexandra Balabanova, Ekaterina Breshko-Breshkovskaya, Emma Goldman y Vera Zasulich, mientras

que en Clements, *Bolshevik Women*, figuran las biografías de varias activistas un poco menos destacadas. La información sobre otras figuras políticas femeninas está diseminada en las historias generales de los partidos. Tyrkova es un caso atípico, ya que fue la única mujer progresista que dejó unas memorias de la Revolución (*From Liberty to Brest-Litovsk*), mientras que Lindenmeyr, «"The First Woman in Russia": Countess Sofia Panina», estudia la figura de una de las mujeres progresistas más importantes, y también la que ocupó el cargo más alto en el Gobierno en 1917. Las referencias bibliográficas de esas y otras obras sobre mujeres o escritas por mujeres en 1917 están disponibles en Frame, *Russian Revolution*.

38 En Clements, «Working-Class and Peasant Women», pp. 217-224, hay un buen análisis de este fenómeno.

39 Clements, *Daughters of Revolution*, p. 33.

40 Donald, «Bolshevik Activity», p. 146.

41 La *Rabochaia gazeta* y el *Pravda* publicaron breves crónicas de sus reuniones y reivindicaciones, sobre todo en los números de abril.

42 *Rabochaia gazeta* n.º 9, 16 de marzo.

43 Badcock, «Women, Protest, and Revolution: Soldiers' Wives»; y Badcock, *Politics and People*, pp. 164-178.

44 Sobre el Batallón de Mujeres, véase en particular Stockdale, «My Death for the Motherland» y Abraham, «Mariia L. Bochkareva and the Russian Amazons of 1917», así como el relato de la propia Bochkareva: Maria Botchkareva, *Yashka: My Life as a Peasant, Exile and Soldier*, Nueva York y Londres, 1919. Sobre las mujeres soldado en general, véase Stoff, *They Fought for the Motherland*.

45 Koenker, «Urban Families», p. 294.

46 Josephson, «Gor'kii, Science and the Russian Revolution», p. 25.

47 Cohen, *Imagining the Unimaginable*, p. 166.

48 Sobre la enseñanza superior, véase Anatoli E. Ivanov, «Higher education in Russia during the First World War and Revolution», en *Russian Culture in War and Revolution, 1914-22*, tomo I, *Popular Culture, the Arts, and Institutions*, pp. 303-308.

49 Sobre la Iglesia ortodoxa, véanse especialmente Catherine Evtuhov, «The Church's Revolutionary Moment: Diocesan Congresses and Grassroots Politics», pp. 377-400, y Pavel Ragoznyi, «The Russian Orthodox Church during the First World War and Revolutionary Turmoil, 1914-1921», pp. 348-377, ambos en *Russian Culture in War and Revolution*, tomo I; Mijaíl V. Shkarovskii, «The Russian Orthodox Church», en *Critical Companion to the Russian Revolution*, pp. 416-428, y George Kosar, «Russian Orthodoxy in Crisis and Revolution: The Church Council of 1917-1918», disertación de doctorado, Brandeis University, 2004.

50 Hickey, «Discourses of Public Identity», pp. 629-630.

51 Holquist, *Making War, Forging Revolution*, pp. 47, 111.

Capítulo 5. Los campesinos y los cometidos de la Revolución

[1] Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, I, p. 244. Sobre las políticas rurales del Gobierno Provisional, véase sobre todo Gill, *Peasants and Government*. Atkinson, *End of the Russian Land Commune*, pp. 117-148, analiza las políticas tanto del Gobierno como de los principales partidos políticos. Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, I, pp. 243-316, y II, pp. 523-614, ofrece una buena selección de los decretos del Gobierno Provisional y otros documentos relativos a los campesinos y al Gobierno Provisional.

[2] Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, I, p. 245.

[3] Todos los escritos sobre el campesinado abordan este asunto en alguna medida, pero véanse especialmente Baker, *Peasants, Power and Place*, Badcock, *Politics and the People*, Retish, *Russia's Peasants*, y Figes, *Peasant Russia*.

[4] Sobre la intensificación de los controles del Gobierno sobre el suministro de alimentos y la economía, véase Holquist, *Making War*, *Forging Revolution*, sobre todo los capítulos 1 a 3.

[5] Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, II, pp. 615, 618-621, aporta documentos básicos. La mayoría de los libros sobre el campesinado examinan esta cuestión, pero véase también Lih, *Bread and Authority*, sobre todo pp. 57-137.

[6] Keep, *The Russian Revolution*, p. 179.

[7] Ibíd, p. 172.

[8] Es notorio que la violencia campesina resulta difícil de clasificar y ordenar. Las viejas cifras, basadas en los informes de los funcionarios locales del Gobierno Provisional son demasiado bajas, y han sido revisadas al alza en estudios más recientes. Sobre la violencia campesina en general, y en distintas regiones, véanse Perrie, «The Peasants», en *Service, Society and Politics*, pp. 13-19; Channon, «The Peasantry in the Revolutions of 1917», en Frankel, Frankel y Knei-Paz, *Revolution*, pp. 106-110; Retish, *Russia's Peasants*, pp. 95-108, Baker, *Peasants, Power, and Place*, pp. 53-54, 77-80; Badcock, *Politics and the People*, pp. 186-199; y Figes, *Peasant Russia*, pp. 47-61. Para el punto de vista de los terratenientes, véase Rendle, *Defenders of the Motherland*, pp. 84-114 *passim*.

[9] Figes, *Peasant Russia*, p. 52.

[10] Manning, «Bolsheviks without the Party», pp. 41-48.

[11] Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, II, pp. 621-622.

[12] Citado en Keep, *The Russian Revolution*, pp. 200-201.

[13] Citado ibíd, pp. 211-212.

[14] Para un análisis de todo ello, véanse sobre todo ibíd, pp. 210-214, y Stites, *Revolutionary Dreams*, pp. 181-183.

[15] Perrie, «The Peasants», p. 27.

[16] Channon, «The Peasantry in the Revolutions of 1917», p. 172.

[17] Citado en Figes, *Peasant Russia*, p. 51.

[18] Baker, *Peasants, Power, and Places*, pp. 64-65.

[19] Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, II, pp. 562-563.

[20] Citado en Radkey, *Agrarian Foes*, p. 365.

[21] Hay un interesante panorama de la forma en que interactuaron la ocupación de tierra por los campesinos, la estructura de los pueblos y otras cuestiones en S. A. Smith, «Moral Economy and Peasant Revolution», pp. 143-171.

[22] Keep, *The Russian Revolution*, p. 215.

[23] Figes, *Peasant Russia*, p. 57.

[24] La mayoría de las obras sobre los campesinos hablan de ello, pero véase especialmente Badcock y Retish. Y también lo hace Rendle, pero desde el punto de vista de los terratenientes.

[25] Sobre los congresos campesinos, véase sobre todo Keep, *The Russian Revolution*, pp. 223-247.

[26] Ibíd., pp. 229-234, 244-247, da detalles sobre la rivalidad entre las dos organizaciones. Véase también Retish, *Russia's Peasants*, pp. 84-91, 114-127, sobre la Unión de Campesinos en cada provincia.

[27] Baker, *Peasants, Power, and Place*, p. 64.

Capítulo 6. Las nacionalidades: identidad y oportunidad

[1] Eric Lohr, «War Nationalism», en Lohr *et al*., *The Empire and Nationalism at War*, pp. 91-108.

[2] Para un buen análisis de los problemas de la identidad étnica y de la nacionalidad como fuerzas motrices de la Revolución, véanse las distintas obras de Suny que figuran en la sección de Lecturas Adicionales, y también Stephen Jones, «The Non-Russian Nationalities», en Service, *Society and Politics*, pp. 35-63, así como las referencias que hacen ambos autores a la literatura general sobre la identidad nacional. Véase también el prefacio y varios artículos diseminados en Lohr *et al*., *The Empire and Nationalism at War*.

[3] I. G. Tsereteli, *Vospominaniia o fevralskoi revoliutsii*, París, 1963, II, p. 89.

[4] El discurso figura en Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, III, p. 1460.

[5] Ibíd, p. 1716.

[6] McNeal, *Resolutions*, I, pp. 225-226.

[7] Sobre la política para con las nacionalidades de Lenin y los bolcheviques, véanse sobre todo los respectivos apartados de Harding, *Leninism* y *Lenin's Political Thought*, y Service, *Lenin*.

[8] Reshetar, *Ukrainian Revolution*, p. 53.

[9] Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, I, pp. 370-402, contiene muchos documentos sobre el movimiento ucraniano y las reacciones de los rusos frente a él, incluidas algunas muestras de estas resoluciones.

[10] Hunczak, *Ukraine*, pp. 382-395, incluye los cuatro Universales emitidos por la Rada en 1917 y enero de 1918, donde definía su estatus respecto al Estado ruso.

[11] Citado en Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, I, p. 386.

[12] Citado en Reshetar, *Ukrainian Revolution*, p. 81.

[13] Guthier, «Popular Base», p. 40. Gunthier ofrece numerosas tablas donde se aclaran las relaciones numéricas entre las etnias y su relación con las actitudes políticas.

[14] Yekelchyk, *Ukraine*, p. 70.

[15] Véase, por ejemplo, Mark R. Baker, *Peasants, Power, and Place: Revolution in the Villages of Kharkiv Province, 1914-1921*.

[16] *Den'*, 12 de mayo, en Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, I, p. 340.

[17] Sobre Finlandia, véanse especialmente Upton, *Finnish Revolution*, Alapuro, *State and Revolution in Finland*, y Elena Dubrovskaia, «The Russian Military in Finland and the Russian Revolution», en *Russia's Home Front in War and Revolution*, vol. 1, pp. 247-266.

[18] Los libros de Ezergailis sobre Letonia son los mejores estudios de cualquiera de los dos pueblos durante la Revolución. Page, *Formation of the Baltic States*, dedica muchos apartados tanto a Letonia como a Estonia, así como a Lituania, durante 1917, pero se centra en el periodo posterior a 1917. Sobre Estonia en 1917, véanse Arens, «The Estonian Maapäev» y «Soviets in Estonia», y también su ensayo en *Critical Companion to the Russian Revolution*; Aun, «The 1917 Revolutions», Karsten Brüggeman, «National and Social Revolution… Estonian Independence», en *Russia's Home Front in War and Revolution*, vol. 1, pp. 143-174. Véase Lehti, «The Baltic League», y Parming, «Population and Ethnicity», sobre la región del Báltico en general, y también los ensayos de Elwood, *Reconsiderations*.

[19] Suny, *Revenge*, p. 57.

[20] No existe una historia dedicada exclusivamente al año 1917 en las regiones musulmanas o en Tanscaucasia en su conjunto. Hay un detallado estudio de un sector de esa zona en Suny, *The Baku Commune*. Véase también su «Nationalism... Baku and Tiflis». Son especialmente perspicaces Khalid, «Tashkent 1917», *Politics of Muslim Cultural Reform*, y *Making Uzbekistan*. Entre otras obras más recientes, véase Sahadeo, *Russian Colonial Society in Tashkent*, pp. 187-207 y Marco Buffino, «Central Asia (1916-20)», en *The Empire and Nationalism at War*, pp. 109-123. Entre otros libros más antiguos pero muy válidos sobre las zonas musulmanas, con apartados sobre la Revolución están Olcott, *The Kazaks*, pp. 29-144, Zenkovsky, *Pan-Turkism and Islam in Russia*, Carrère d'Encausse, *Islam and the Russian Empire*, Rorlich, *The Volga Tatars*, Swietochowski, *Russian Azerbaijan*, Kazemzadeh, *Struggle for Transcaucasia*, Allworth, «Search for Group Identity in Turkistan», y Pipes, *Formation*.

[21] Discurso citado en Zenkovsky, *Pan-Turkism and Islam in Russia*, p. 147. La resolución del Congreso figura en Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, II, pp. 409-411.

[22] El siguiente análisis de lo ocurrido en Tashkent procede principalmente de Khalid, «Tashkent 1917». Véase también Pierce, «Toward Soviet Power in Tashkent».

[23] Sobre el problema de abastecimiento de alimentos, véase Sahadeo, *Russian Colonial Society in Tashkent*, pp. 193-200.

[24] Carrère d'Encausse, «The Fall of the Tsarist Empire», p. 214.

[25] Suny, «Nationalism . . . Baku and Tiflis», p. 253.

[26] Hickey, «Revolution on the Jewish Street», p. 828. Además del artículo de Hickey, sobre el tema de los judíos en la Revolución, véanse Abramson, *A Prayer for the Jews*, pp. 33-66, Rabinovitch, *Jewish Rights, National Rites: Nationalism and Autonomy in Late Imperial and Revolutionary Russia*, pp. 205-247, Moss, *Jewish Renaissance in the Russian Revolution*, *passim*, Budnitskii, *Russian Jews between the Reds and the Whites*, pp. 34-75, John D. Klier, «The Jews», en *Critical Companion to the Russian Revolution*, pp. 693-705, y los cuatro ensayos de Lionel Kochan en Shukman, *Blackwell Encyclopedia of the Russian Revolution*, pp. 207-211. Todos ofrecen sugerencias de lecturas adicionales. Deseo hacer constar mi especial agradecimiento a Hickey por ayudarme con este apartado y compartir conmigo distintos artículos inéditos en el momento de escribir estas líneas.

[27] Véase Holquist, *Making War*, *Forging Revolution*, sobre todo las pp. 47-142.

[28] Sobre el regionalismo siberiano, véanse Pereira, «The Idea of Siberian Regionalism», Regional Consciousness in Siberia», y Rupp, *The Struggle in the East*, pp. 2-6.

[29] Velychenko, *State Building*, pp. 66, 77.

Capítulo 7. El verano de los descontentos

[1] Sujánov, *The Russian Revolution*, I, p. 341.

[2] La ofensiva por la paz se detalla en Wade, *The Russian Search for Peace*, pp. 51-88.

[3] *Vserossiiskoe soveshchanie sovetov rabochikh i soldatskikh deputatov*, Moscú, 1927, p. 40.

[4] Miliukov, *The Russian Revolution*, I, p. 96.

[5] Denikin, *Russian Turmoil*, p. 142.

[6] *Izvestia*, 2 de mayo.

[7] *Den'*, 30 de mayo.

[8] *Delo naroda*, 14 de mayo; *Izvestia*, 17 de mayo. Cursiva en el original.

[9] V. S. Voitinskii, *K chemu stemitsia koalitsionnoe pravitel'stvo*, Petrogrado, 1917, pp. 3-10.

[10] *Pravda*, 29 de abril.

[11] Citado en Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, II, p. 936.

[12] Kérensky, *The Catastrophe*, p. 195.

[13] Véase Wildman, *End of the Russian Imperial Army, passim*, para una crónica de los comités del Ejército. El análisis de los comités y de la influencia bolchevique que viene a continuación sigue en general los pasos del detallado estudio de Wildman. Véase también el análisis de la evolución de la actitud de los soldados de Buldakov, «Soldiers and Changes».

[14] Wildman, *End of the Russian Imperial Army: The Old Army*, p. 38.

[15] Citado en Wildman, *End of the Russian Imperial Army: The Road*, p. 53.

[16] Citado ibíd., pp. 47-48.

[17] Rabinowitch, *Prelude*, pp. 68-69, ofrece la mejor descripción de los acontecimientos entre el 10 y el 18 de junio.

[18] Denikin, *Russian Turmoil*, p. 273.

[19] Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, II, p. 967.

[20] Sujánov, *The Russian Revolution*, II, p. 430.

[21] El relato más minucioso de los Días de Julio es Rabinowitch, *Prelude*, pp. 135-205. Véase también la crónica en forma de memorias de Sujánov, *The Russian Revolution*, II, pp. 425-459.

[22] Rabinowitch, *Prelude*, p. 175.

[23] Miliukov, *The Russian Revolution*, I, p. 202.

[24] Gatrell, *Russia's First World War*, pp. 197-217; Stephen Marks, «The Russian Experience of Money, 1914-1924» en *Russian Culture in War and Revolution*, tomo II, pp. 124-128.

[25] Flenley, «Industrial Relations»», p. 192, citando el diario *Delo naroda* del 25 de julio.

[26] Hay un buen análisis de la crisis industrial del conflicto de base entre los puntos de vista de los patronos y los obreros, y de la «racionalidad» de ambos en Flenley, «Industrial»», pp. 185-194.

[27] Wade, *Red Guards and Workers' Militias*, p. 253.

[28] Ibíd., p. 141.

[29] Suny, *The Baku Commune*, pp. 111-112.

[30] Hay un buen análisis del problema del suministro de alimentos en Lih, *Bread and Authority*, pp. 56-126. Véase también Struve, *Food Supply*, y sobre todo el apartado sobre las cartillas de racionamiento, pp. 169-173. Para algunos ejemplos representativos del problema del suministro de alimentos en distintas ciudades, véase lo relativo a Tashkent en el capítulo anterior, Badcock, *Politics and the People*, pp. 211-237, y los ensayos en *Russia's Home Front in War and Revolution*.

[31] Lih, *Bread and Authority*, p. 79; hace una buena descripción del fenómeno en pp. 76-81.

[32] Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, III, p. 1277.

[33] Ibíd., II, p. 660.

[34] Ibíd., II, p. 667.

[35] Velychenko, *State Building in Ukraine*, pp. 65-104, ofrece un cuadro particularmente esclarecedor de la quiebra de la autoridad política y de la toma de decisiones en las provincias.

[36] Además de en mis propias lecturas de la prensa de 1917, este párrafo y el siguiente se basan en Hickey, «Moderate Socialists and … and Crime»», Hasegawa, «Crime», y el nuevo libro de Hasegawa sobre la delincuencia en 1917, de próxima aparición.

[37] *Rabochaia gazeta*, 22 de junio.

[38] Sobre la cuestión del «oro de Alemania» a los bolcheviques, que en 1917 fue la piedra angular de la propaganda antibolchevique y de la orden de detención contra Lenin y otros bolcheviques que dictó el Gobierno Provisional a raíz de los Días de Julio, véase Lyandres, *The Bolsheviks' 'German Gold' Revisited*.

[39] Citado en Lih, *Bread and Authority*, p. 99. La «mano huesuda del hambre» alude a una expresión que utilizó en un discurso el industrial Pável Riabushinsky, en agosto, lo que creó una gran indignación, y alimentaba las teorías de la conspiración cuando se utilizaba mal, como en este caso. Riabushinsky había dicho que ese sería el resultado de las políticas de los partidos de izquierdas.

[40] Steinberg, *Voices of Revolution*, p. 199.

[41] Ibíd., p. 102.

[42] McAuley, *Bread and Justice*, pp. 34-37 (la cita figura en pp. 36-37).

[43] Las tres citas son de Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, III, pp. 423-1424 (las aclaraciones entre corchetes son mías).

[44] Ibíd., pp. 1407, 1414.

[45] Ibíd., pp. 1440.

[46] Citado en Rosenberg, *Liberals*, p. 201.

[47] Citado ibíd.

[48] Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, III, p. 1437.

[49] Citado en Rosenberg, *Liberals*, p. 222.

[50] En Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, III, pp. 1451-1522, hay una amplia selección de los discursos y de documentación relativa a la Conferencia.

[51] El Asunto Kornílov, y sobre todo la cuestión de qué se proponía cada uno de los protagonistas, fue increíblemente complejo, con conspiraciones dentro de conspiraciones, comunicaciones tergiversadas y desconfianza general. Los mejores relatos que han intentado desenmarañarlo son Munck, *The Kornilov Revolt*, Ascher, «The Kornilov Affair», Asher, «The Kornilov Affair», y James White, «The Kornilov Affair». Wildman examina el

papel de las Fuerzas Armadas en su libro sobre el Ejército ruso y en «Officers of the General Staff and the Kornilov Movement», en Frankel, Frankel y Knei-Paz, *Revolution in Russia*, pp. 76-101. Hay una amplia documentación y selecciones de memorias en Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, III, pp. 1527-1614. Kérensky expuso su propio relato en *Crucifixion of Liberty* y en sus memorias posteriores; Kornílov nunca escribió su versión de los hechos (falleció el año siguiente).

52 Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, III, p. 1589.

Capítulo 8. «Todo el poder a los soviets»

1 Los bolcheviques han sido objeto de una ingente cantidad de literatura. Para estudios del partido en los prolegómenos y durante la Revolución de Octubre, véanse especialmente los tres libros de Alexander Rabinowitch, *Prelude to Revolution*, *Bolsheviks Come to Power* y *Bolsheviks in Power*; y Robert V. Daniels, *Red October*. Sobre Lenin en particular, véanse los distintos enfoques de Robert Service, *Lenin*, Neil Harding, *Lenin's Political Thought*, Christopher Read, *Lenin*, y Lars Lih, *Lenin*.

2 Sobre los orígenes y la naturaleza de la nueva visión que tenía Lenin del Estado, véase Service, *Lenin*, pp. 143-171; Harding, *Lenin's Political Thought*, II, esp. pp. 71-168 (hay un análisis más breve en su ensayo «Lenin, Socialism and the State in 1917», en Frankel, Frankel y Knei-Paz, *Revolution in Russia*, pp. 287-303); y en las obras de Lars Lih.

3 Lenin, *Collected Works*, XXV, pp. 367-368. Se publicó el 24 de septiembre pero Lenin lo escribió unos días antes.

4 Melancon, *The Socialist Revolutionaries*, p. 282. Sobre los eseristas de izquierdas, los mencheviques internacionalistas y otros grupos radicales, véanse las referencias de la nota 16 del Capítulo 3.

5 Avrich, *The Russian Anarchists*, pp. 145-146.

6 Koenker, *Moscow Workers*, pp. 202-210; Radkey, *Agrarian Foes*, pp. 363, 443.

7 Véase por ejemplo el estudio de Badcock sobre Kazán y Nizhny Novgorod, pp. 16-17, 116-118, y en otros apartados.

8 El lector puede hacerse una idea del deterioro general de los antiguos dirigentes políticos y de la debilidad del Gobierno en los documentos que figuran en Browder y Kérensky, III, pp. 1671-1745.

9 Gatrell, *Russia's First World War*, pp. 206-215, ofrece un breve resumen enmarcado en un cuadro general de la guerra.

10 *Ekonomicheskoe polozhenie Rossii nakanune Velikoi Oktiabrskoi sotsialisticheskoi revoliutsii*, Moscú 1957, II, pp. 351-352.

11 Ibíd, p. 319. El deterioro de la situación del abastecimiento y sus repercusiones son un importante hilo conductor que recorre la historia de 1917. Véase especialmente el excelente resumen de Pethybridge en *The Spread of the Russian Revolution*, esp. pp. 1-56 y 83-110, y los libros de Lih, *Bread and Authority*, y McAuley, *Bread and Justice*. Browder y Kérensky,

Russian Provisional Government, II, pp. 615-708, incluye documentos sobre la situación económica.

12 Citado en Lih, *Bread and Authority*, p. 111.

13 Suny, *The Baku Commune*, p. 115.

14 Price, *Dispatches*, p. 75.

15 Koenker y Rosenberg, pp. 271-274.

16 Suny, *The Baku Commune*, pp. 131-134.

17 Rieber, *Merchants and Entrepreneurs*, p. 412.

18 *Ekonomicheskoe polozhenie*, II, pp. 163-164.

19 *Fabrichno-zavodskie komitety Petrograda v 1917 godu*. *Protokoly*, Moscú, 1979, pp. 490-492.

20 Hasegawa, «Crime»», pp. 243-244.

21 Reed, *Ten Days That Shook the World*, p. 49.

22 *Volia naroda*, 20 de septiembre, como figura en Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, III, pp. 1641-1642, pero con ligeras modificaciones.

23 Citado en Rabinowitch, *Bolsheviks Come to Power*, p. 201.

24 Lenin, *Collected Works*, XXVI, p. 19, cursiva de Lenin.

25 Ibíd., p. 82, cursiva de Lenin.

26 Ibíd, p. 21.

27 McNeal, *Resolutions*, I, pp. 284-286.

28 Ibíd., pp. 288-289.

29 Ibíd.

30 Los debates del Comité de Petersburgo figuran en *Pervyi legal'nyi Peterburgskii komitet bol'shevikov 1917 godu. Sbornik materialov i protokolov zasedanii Peterburgskogo komiteta RSDRP(b) i ego Ispolnitel 'noi komissii za 1917 g*., Moscú y Leningrado, 1927, p. 316.

31 Sobre aquel Congreso y su papel en el estallido de la Revolución de Octubre, véase especialmente James White, «Lenin, Trotskii and the Arts of Insurrection»», pp. 117-139.

32 Citado en Daniels, *Red October*, p. 94.

33 Citado ibíd.

34 Sobre los social-revolucionarios de izquierdas en vísperas de la Revolución de Octubre, véase Melancon, «The Left Socialist Revolutionaries»», esp. pp. 67-69.

35 Citado en Rabinowitch, *Bolsheviks Come to Power*, p. 241.

36 *Petrogradskii voenno-revoliutsionnyi komitet. Dokumenty i materialy*, Moscú, 1966, I, p. 63.

37 Sujánov, *The Russian Revolution*, II, p. 584.

[38] S. I. Tsukerman, «Petrogradskii raionnyi sovet rabochikh i soldatskikh deputatov v 1917 godu», *Krasnaia letopis*, 1932, n.º 3, p. 64. Para la movilización de la Guardia Roja en vísperas de la Revolución, véase Wade, *Red Guards and Workers' Militias*, pp. 192-194.

[39] Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, III, p. 1744.

[40] Buchanan, *My Mission to Russia*, II, p. 201.

Capítulo 9. Los bolcheviques toman el poder

[1] *Petrogradskii voenno-revoliutsionnyi komitet*, I, pp. 84, 86.

[2] Rabinowitch, *Bolsheviks Come to Power*, pp. 252-254.

[3] En Browder y Kérensky, *Russian Provisional Government*, III, p. 1785.

[4] Para una crónica de los combates en las calles, véanse Wade, *Red Guards and Workers' Militias*, pp. 196-207, y Rabinowitch, *Bolsheviks Come to Power*, pp. 249-300.

[5] Citado en Daniels, *The Russian Revolution*, pp. 131-132.

[6] Este episodio está especialmente bien descrito en Daniels, *Red October*, pp. 158-161.

[7] Rabinowitch, *Bolsheviks Come to Power*, pp. 268-269.

[8] *Petrogradskii voenno-revoliutsionnyi komitet*, I, p. 106.

[9] Reed, *Ten Days That Shook the World*, pp. 114-118.

[10] Citado en *Oktiabr'skoe vooruzhennoe vosstanie. Semnadtsatyi god v Petrograde*, Leningrado, 1967, II, p. 366.

[11] Citado en Rabinowitch, *Bolsheviks Come to Power*, p. 300. Además de la crónica del asedio y de la detención que figura en Rabinowitch, Daniels, *Red October*, pp. 187-196, también ofrece un buen relato de la toma del palacio y de la detención de los ministros del Gobierno.

[12] Reed, *Ten Days That Shook the World*, pp. 118-119.

[13] Wade, *Documents of Soviet History*, I, pp. 2-5.

[14] Sujánov, *The Russian Revolution*, II, p. 640.

[15] Wade, *Documents of Soviet History*, I, pp. 3-4.

[16] Ibíd., pp. 4-5.

[17] Lenin, *Collected Works*, XXVI, pp. 249-253.

[18] Ibíd., pp. 257-261.

[19] Ibíd., p. 261.

[20] P. Krasnov, «Na vnutrennem fronte», *Arkhiv russkoi revoliutsii* 1922, n.º 1, p. 166.

[21] El *Vikzhel* y otros asuntos con los que tuvieron que lidiar los bolcheviques mientras formaban y consolidaban su nuevo Gobierno, como por ejemplo la exigencia de algunos

dirigentes bolcheviques de un gobierno multipartidista, están bien explicados en Rabinowitch, *The Bolsheviks in Power*, pp. 17-48.

22 Bunyan y Fisher, *The Bolshevik Revolution*, pp. 155-156.

23 McNeal, *Resolutions*, II, p. 42.

24 El debate figura en *The Bolsheviks and the October Revolution: Minutes*, pp. 129-135.

25 McNeal, *Resolutions*, II, p. 45.

26 Sobre la Revolución de Octubre en Sarátov, véase Raleigh, *Revolution on the Volga*, pp. 276-291y Wade, *Red Guards and Workers´ Militias*, pp. 231-238.

27 Sobre Moscú, véase especialmente Koenker, *Moscow Workers*, pp. 329-355.

28 Citado en Wildman, *End of the Russian Imperial Army: The Road*, p. 314.

29 Sobre la Revolución de Octubre en el frente, v. ibíd, pp. 308-402.

30 Las distintas descripciones del proceso de extensión de la Revolución de Octubre están dispersas en las obras citadas en los capítulos 5 y 6, y ese proceso se examina más a fondo en el capítulo siguiente.

Capítulo 10. La Asamblea Constituyente y los cometidos del poder

1 Albert Rhys Williams, *Journey into Revolution*, p. 132.

2 Sobre las medidas relativas al armisticio adoptadas por las tropas del frente, y sus efectos en sus relaciones con el Gobierno, véase Wildman, *End of the Russian Imperial Army: The Road*, pp. 379-405. Para un relato del proceso detallado y centrado en los bolcheviques, véase Rabinowitch, *Bolsheviks in Power*, pp. 131-209. Sobre los comienzos de la diplomancia soviética y el armisticio en sí, véase Debo, *Revolution and Survival*, Kennan, *Soviet-American Relations*, y Wheeler-Bennett, *The Forgotten Peace*.

3 Para un análisis de la revolución en Járkov y de este tercer tipo de «Revolución de Octubre», véanse Wade, «Revolution in the Provinces» y «Ukrainian Nationalism».

4 Los cuatro Universales promulgados a lo largo de 1917 y enero de 1918 figuran en Hunczak, *Ukraine*, pp. 387-391.

5 Manning, «Bolsheviks without the Party», pp. 51-58, describe la historia fascinante y compleja de ese distrito.

6 Wildman, *End of the Russian Imperial Army: The Road*, p. 310.

7 Hay distintas descripciones del giro de los acontecimientos en las regiones y provincias con nacionalidades en general, repartidas en las obras que se citan en los capítulos 5 y 6.

8 Hunczak, *Ukraine*, pp. 387-391.

9 Para una muestra del tipo de legislación social y económica del periodo inmediatamente posterior a la Revolución de Octubre, véanse Wade, *Documents of Soviet History*, I, pp. 19-71, y Bunyan y Fisher, *The Bolshevik Revolution*, pp. 276-315.

10 Wade, *Documents of Soviet History*, I, p. 16.

[11] Sobre las ideas y políticas económicas de los bolcheviques, incluida la supervisión obrera, véase Remington, *Building Socialism*, esp. pp. 39-50, y Service, *Lenin*, pp. 298-302. Véanse también las referencias a la supervisión obrera del capítulo 4, nota 10.

[12] Citado en S. A. Smith, *Red Petrograd*, p. 212.

[13] Lincoln, *Passage Through Armageddon*, p. 473; Channon, «The Bolsheviks and the Peasantry», p. 620.

[14] Lenin, *Collected Works*, XXVI, p. 116.

[15] Ibid., pp. 364, 368, 385.

[16] Rigby, *Lenin's Government*, p. 40.

[17] Ibíd., capítulos 1 a 4, ofrece el relato más detallado del intento de crear la nueva administración central del Estado. Véase también Rabinowitch, *Bolsheviks in Power*, especialmente pp. 17-49.

[18] El debate y las resoluciones figuran en Keep, *Debate*, pp. 69-78.

[19] *Izvestia*, 29 de noviembre.

[20] El debate figura en Keep, *Debate*, pp. 173-181.

[21] La declaración de Lenin y la resolución figuran en Wade, *Documents of Soviet History*, I, pp. 62-64. Sobre los orígenes de la Checa, véase Leggett, *The Cheka*, pp. 7-18, y Gerson, *Secret Police*, pp. 19-23.

[22] Rabinowitch, *Bolsheviks in Power*, pp. 80-88.

[23] Keep, *Debate*, p. 174.

[24] Wade, *Documents of Soviet History*, I, p. 15.

[25] Sobre el Congreso de Campesinos, véanse *The Sickle Under the Hammer*, pp. 203-257, y Keep, *The Russian Revolution*, pp. 436-445.

[26] *Rabochii put´* n.º 26, 3 de octubre. El Gobierno Provisional había cerrado el *Pravda* a raíz de los Días de Julio, y hasta la Revolución de Octubre el principal periódico bolchevique se editó con ese nombre.

[27] Radkey, *Election*, esp. pp. 12-22 y 78-80. Las cifras por partidos no eran precisas.

[28] Lenin, *Collected Works*, XXV, pp. 196-198.

[29] Citado en Schapiro, *1917*, p. 82.

[30] Citado en Chamberlin, *The Russian Revolution*, I, p. 368.

[31] Lenin, *Collected Works*, XXVI, pp. 379-383. La complejidad de las actitudes de los bolcheviques frente a la Asamblea Constituyente, incluidos sus debates internos y la decisión de disolverla, se examina ampliamente en Rabinowitch, *Bolsheviks in Power*, pp. 88-127.

[32] Wildman, *End of the Russian Imperial Army: The Road*, p. 355.

[33] Para un breve análisis de estos esfuerzos y del intento de subvertir el resultado de las elecciones más en general, véase Swain, *Origins of the Russian Civil War*, pp. 74-82, y Schapiro, *1917*, pp. 80-82.

[34] Vladimir Zenzinov, *Iz zhizni revoliutsionnera*, París, 1919, p. 99.

[35] En Radkey, *The Sickle Under the Hammer*, pp. 386-416, hay un detallado relato de la sesión de la Asamblea Constituyente, y otro más reciente en Rabinowitch, *Bolsheviks in Power*, pp 88-127, que también examina los conflictos callejeros que rodearon la sesión de la Asamblea, además de lo acontecido en ella desde la perspectiva de las acciones de los bolcheviques.

Conclusiones

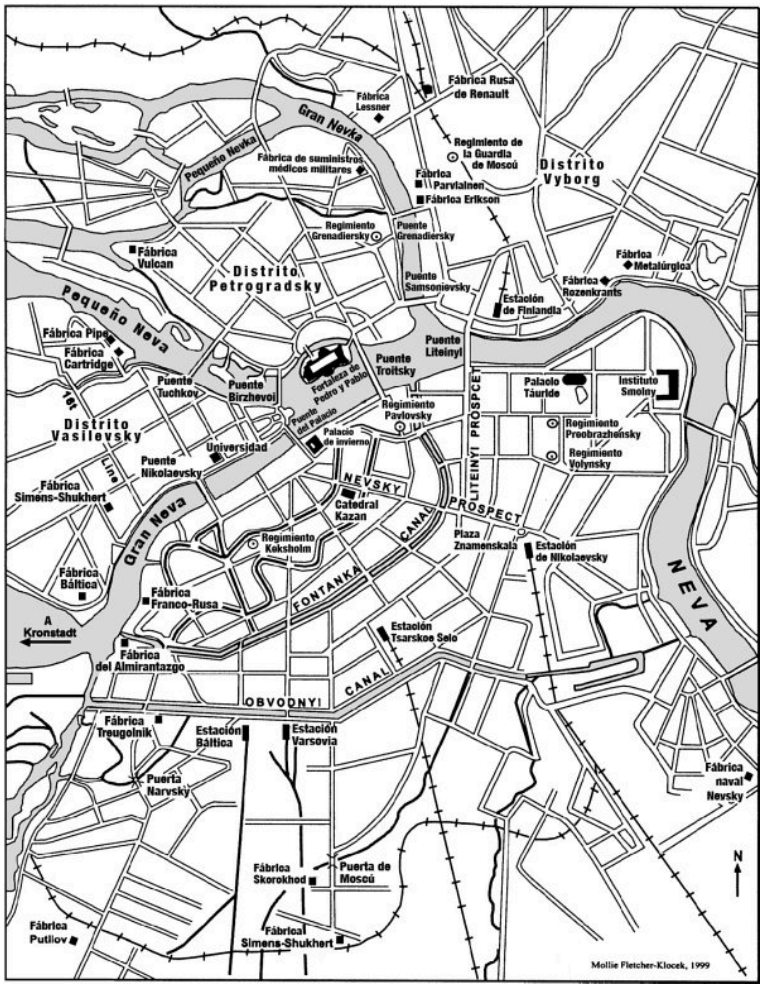
[1] Figes y Kolonitskii, *Interpreting the Russian Revolution*, p. 3. El apartado siguiente se nutre abundantemente de Figes y Kolonitskii, así como de Stites, *Revolutionary Dreams*, Frame, «Theatre and Revolution in 1917», y B. I. Kolonitsii, *Simboly vlasti i borba za vlast: k izucheniiu politicheskoi kul'tury Rossiiskoirevoliutsii 1917 goda*, San Petersburgo, 2001.

[2] V. B. Aksenov, «1917 god: sotsialnye realii i kinosiuzhety», *Otechestvennaia istoriia*, 2003, n.º 6, pp. 8-21.

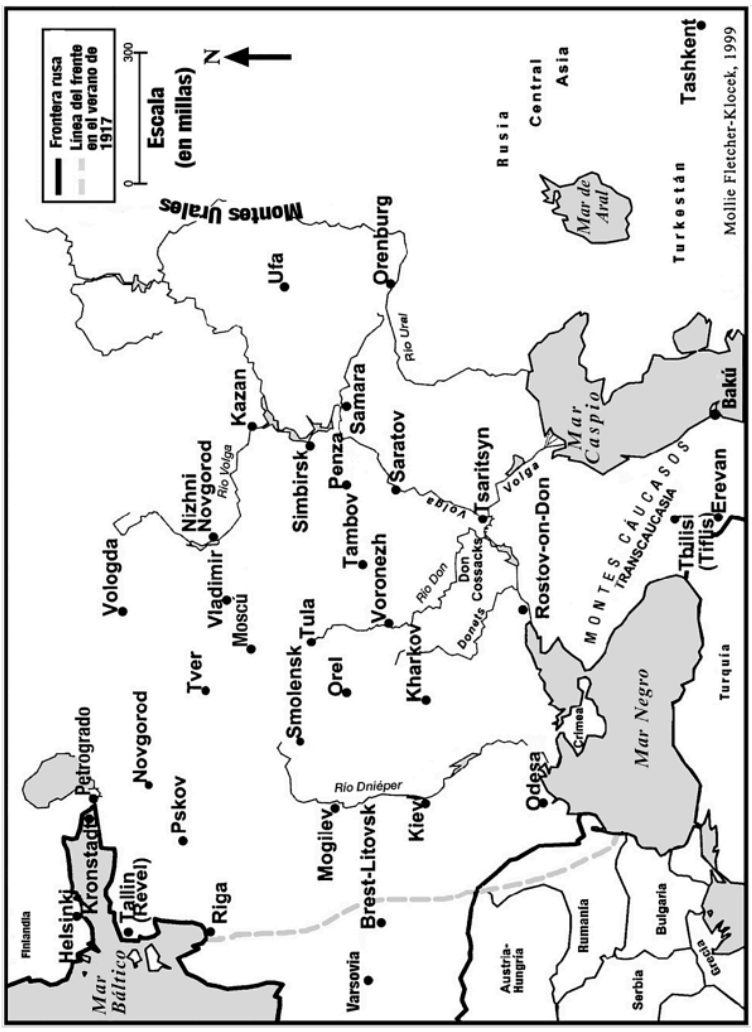
[3] Declaración del 2 de marzo, en Golder, *Documents*, pp. 340-343.

[4] Quisiera dar las gracias a Daniel Orlovsky, Ian Thatcher y William Pomeranz por compartir conmigo los trabajos que han desarrollado y están realizando sobre las actividades del Gobierno Provisional en estas materias.

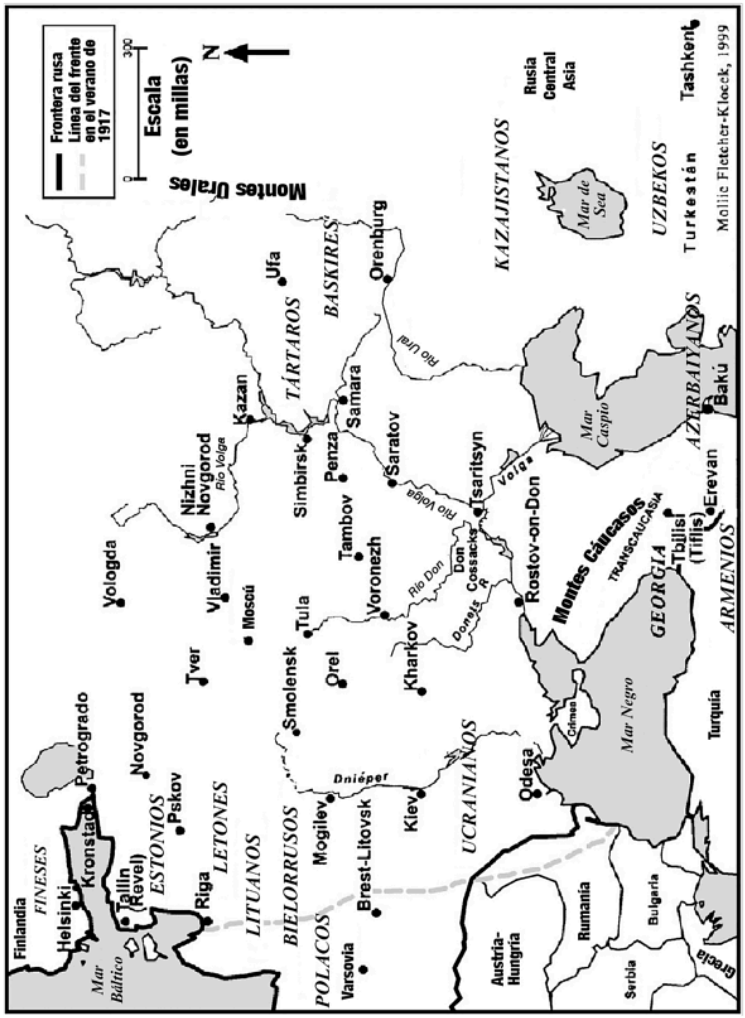
MAPAS



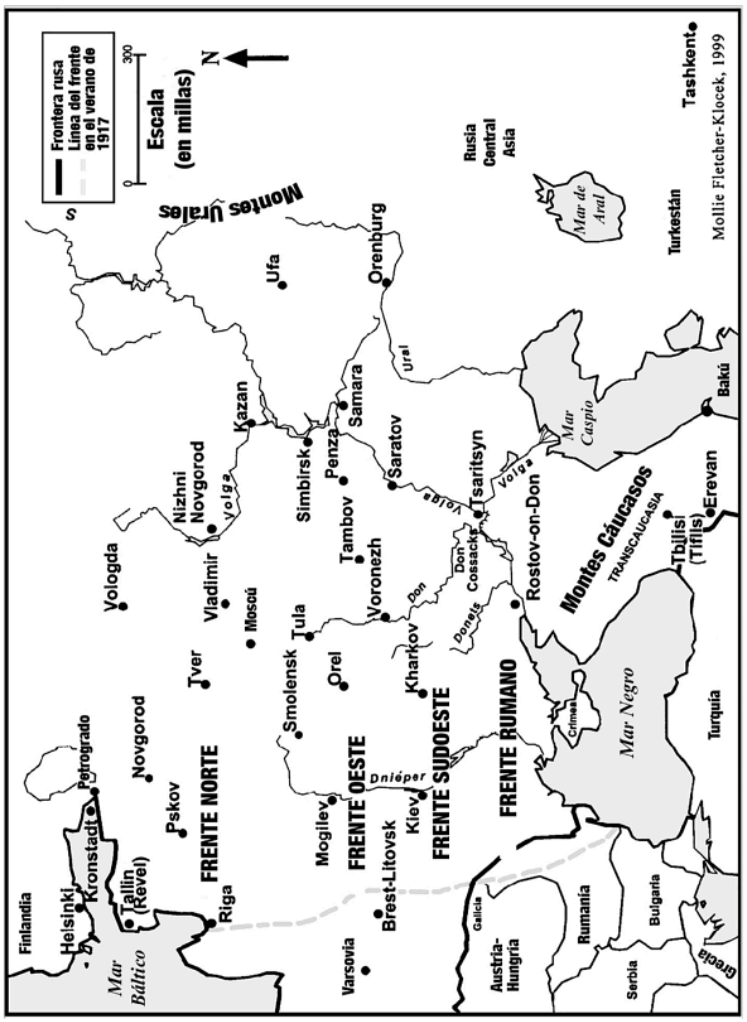
Petrogrado, 1917.



Rusia europea.



Rusia europea: principales nacionalidades.



Rusia, mayo de 1917: frentes militares contra Alemania y Austria-Hungría.

LECTURAS ADICIONALES

A continuación se ofrece una amplia lista de textos adicionales. Tan solo se incluyen obras en inglés, como se explica en el prefacio. Hay que prestar especial atención a varios libros que contienen un gran número de artículos sobre 1917, que no figuran por separado, pero que cuentan con ensayos importantes sobre la Revolución. Son especialmente valiosas la recopilaciones editadas por Robert Service y por Frankel, Frankel y Kei-Paz. También deben tenerse en cuenta los muchos ensayos breves que figuran en *Critical Companion to the Russian Revolution*, así como las dos enciclopedias anteriores sobre la revolución editadas por Harold Shukman y por George Jackson y Robert Devlin. Hay otras dos recopilaciones un poco más antiguas pero de gran valor, editadas por Elwood y por Pipes, con ensayos que siguen siendo válidos. Más recientes son los tomos que se están publicando en el proyecto *Russia's Great War and Revolution*, de los que ya se han publicado tres partes, y que figuran más abajo con los títulos de los respectivos volúmenes (*Russia's Home Front in War and Revolution, Russian Culture in War and Revolution*, *The Empire and Nationalism at War*), y está prevista la publicación de nuevos tomos. Todas esas obras contienen gran cantidad de materiales que el lector interesado no debería pasar por alto por el hecho de que resulte imposible enumerar por separado sus muchos ensayos. Algunos de ellos se citan en las notas. Y existen dos amplias bibliografías sobre la era revolucionaria, compiladas por Murray Frame y Jonathan Smele.

Abraham, Richard, *Alexander Kerensky: The First Love of the Revolution*, Nueva York, 1987.

—, «Mariia L. Bochkareva and the Russian Amazons of 1917», en *Women and Society in Russia and the Soviet Union*, ed. Linda Edmondson, 124-144, Cambridge, 1992.

Abramson, Henry, *A Prayer for the Government: Ukrainians and Jews in Revolutionary Times, 1917-1920*, Cambridge, 1999.

Abrosimov, T. A., «The Composition of the Petersburg Committee of the RSDRP(b) in 1917», *Revolutionary Russia* 11, n.º 1 (1998), pp. 37-44.

Acton, Edward, *Rethinking the Russian Revolution*, Londres, 1990.

Alapuro, R., *State and Revolution in Finland*, Berkeley, 1988.

Allworth, E., «The Search for Group Identity in Turkistan, March 1917-September 1922», *Canadian-American Slavic Studies* 17, n.º 4 (1983), pp. 487-502.

Anweiler, Oskar K., *The Soviets: The RussianWorkers, Peasants and Soldiers Councils, 1905-1921*, trad. al inglés R. Hein, Nueva York, 1974 [*Los soviets en Rusia*, *1905-1921*, Madrid, Zero, 1975].

Arens, Olavi, «The Estonian Maapäev during 1917», en *The Baltic States in Peace and War, 1917-1945*, ed. V. Stanley Vardys y Romuald J. Misiunas, pp. 19-30, University Park,

1978.
—, «Soviets in Estonia 1917-1918», en Ezergailis y von Pistohlkors, *Die baltischen Provinzen Russlands*, pp. 294-319.
Ascher, Abraham, «The Kornilov Affair», *Russian Review* 12, n.º 4 (1953), pp. 235-252.
—, ed., *The Mensheviks in the Russian Revolution*, Londres, 1976.
Asher, Harvey, «The Kornilov Affair: A History and Interpretation», *Russian Review* 29, n.º 3 (1970), pp. 286-300.
Ashworth, Tony, «Soldiers Not Peasants: The Moral Basis of the February Revolution of 1917», *Sociology* 26 (agosto de 1992), pp. 455-470.
Aun, Karl, «The 1917 Revolutions and the Idea of the State in Estonia», en Ezergailis y von Pistohlkors, *Die baltischen Provinzen Russlands*, pp. 286-293.
Avrich, Paul, «The Anarchists in the Russian Revolution», *Russian Review* 26, n.º 4 (1967), pp. 341-350.
—, «The Bolshevik Revolution and Workers' Control in Russian Industry», *Slavic Review* 22 (1963), pp. 47-63.
—, *The Russian Anarchists*, Princeton, 1967 [*Los anarquistas rusos*, Madrid, Alianza Editorial, 1974].
—, «Russian Factory Committees in 1917», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas* 11 (1963), pp. 161-182.
—, ed., *The Anarchists in the Russian Revolution*, Londres, 1973.
Badcock, Sarah, «'We're for theMuzhiks' Party!' Peasant Support for the Socialist Revolutionary Party During 1917», *Europe-Asia Studies* 53, n.º 1 (2001), pp. 133-149.
—, «Personal and Political Networks in 1917: Vladimir Zenzinov and the Socialist Revolutionary Party»*, Journal of Modern Russian History and Historiography* 9 (2016), pp. 131-157.
—, *Politics and the People in Revolutionary Russia: A Provincial History*, Cambridge, 2007.
—, «Women, Protest, and Revolution: Soldiers' Wives in Russia during 1917», *International Review of Social History* 49, n.º 1 (2004), pp. 47-70.
Baker, Mark, *Peasants, Power, and Place: Revolution in the Villages of Kharkiv Province, 1914-1921*, Cambridge, 2016.
—, «Rampaging Soldatki, Cowering Police, Riots and Moral Economy: The Social Impact of the Great War in Kharkiv Province», *Canadian-American Slavic Studies* 35, n.º 3 (2001), pp. 137-155.
Basil, John D., *The Mensheviks in the Revolution of 1917*, Columbus, 1983.
—, *The Bolsheviks and the October Revolution: Minutes of the Central Committee of the Russian Social-Democratic Labour Party (Bolsheviks), August 1917-February 1918*, trad. al inglés Anne Bone, Londres, 1974.
Borys, Jurij, «Political Parties in the Ukraine», en Hunczak, *Ukraine*, pp. 128-158.
Boyd, J. R., «The Origins of Order No. 1», *Soviet Studies* 19, n.º 3 (1968), pp. 359-372.
Brinton, Maurice, *The Bolsheviks and Workers' Control, 1917-1921: The State and Counterrevolution*, Montreal, 1975.
Brovkin, Vladimir N., *The Mensheviks after October: Socialist Opposition and the Rise of the Bolshevik Dictatorship*, Ithaca, 1987.

Browder, Robert Paul y Alexander F. Kerensky, eds., *The Russian Provisional Government, 1917: Documents*, 3 vols. Stanford, 1961.
Bryant, Louise, *Six Red Months in Russia*, Nueva York, 1918.
Buchanan, George, *My Mission to Russia and Other Diplomatic Memories*, 2 vols. Londres, 1923.
Budnitskii, Oleg, *Russian Jews between the Reds and the Whites, 1917-1920*, Filadelfia, 2012.
Buldakov, V. P., «Scholarly Passions around the Myth of 'Great October': Results of the Past Decade», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History* 2, n.º 2 (2001), pp. 295-305.
—, «Soldiers and Changes in the Psychology of the Peasantry and the Legal and Political Consciousness in Russia, 1914-1923», *The Soviet and Post-Soviet Review* 27, n.º 2-3 (2000), pp. 217-240.
Bunyan, James y H. H. Fisher, eds., *The Bolshevik Revolution 1917-1918: Documents and Materials*, Stanford, 1934; reeditado en 1961, 1965.
Burdzhalov, E. N., «Revolution in Moscow», *Soviet Studies in History* 26 (1987-88), pp. 10-100.
—, *Russia's Second Revolution: The February 1917 Uprising in Petrograd*, trad. al inglés y ed. Donald J. Raleigh, Bloomington, 1987.
Carr, Edward Hallett, *The Bolshevik Revolution, 1917-1923*, 3 vols., Londres, 1950-1953 [*La revolución rusa, 1917-1929: de Lenin a Stalin*, Madrid, Alianza Editorial, 2011].
Carrère d'Encausse, Hélène, *Islam and the Russian Empire: Reform and Revolution in Central Asia*, trad. al inglés Quintin Hoare, Berkeley, 1998.
Chamberlin, William Henry, *The Russian Revolution, 1917-1921*, 2 vols., Nueva York, 1935; reedición, Princeton, 1987.
Channon, John, «The Bolsheviks and the Peasantry: The Land Question during the First Eight Months of Soviet Rule», *Slavonic and East European Review* 64, n.º 4 (1988), pp. 593-624.
Chase, William y J. Arch Getty, «The Moscow Bolshevik Cadres of 1917: A Prosopographical Analysis», *Russian History* 5 (1978), pp. 84-105.
Chernov, Victor, *The Great Russian Revolution*, New Haven, 1936.
Clements, Barbara Evans, *Bolshevik Feminist: The Life of Aleksandra Kollontai*, Bloomington, 1979.
—, *Bolshevik Women*, Cambridge, 1997.
—, «Working-Class and Peasant Women in the Russian Revolution, 1917-1923», *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 8, n.º 2 (1982), pp. 215-235.
Clowes, Edith W., Samuel D. Kassow y James L. West, eds., *Between Tsar and People: Educated Society and the Quest for Public Identity in Late Imperial Russia*, Princeton, 1991.
Cohen, Aaron J., *Imagining the Unimaginable: World War, Modern Art, and the Politics of Public Culture in Russia, 1914-1917*, Lincoln y Londres, 2008.
Cohen, Stephen F., *Bukharin and the Bolshevik Revolution: A Political Biography, 1888-1938*, Nueva York, 1973 [*Bujarin y la revolución bolchevique: biografía política 1888-1938*,

Madrid, Siglo XXI, 1976].
Collins, D. N., «Kabinet, Forest and Revolution in the Siberian Altai to May 1918», *Revolutionary Russia* 4, n.º 1 (1991), pp. 1-27.
—, «A Note on the Numerical Strength of the Russian Red Guard in October 1917», *Soviet Studies* 24, n.º 2 (octubre de 1972), pp. 270-80.
Corney, Frederick, *Telling October: Memory and the Making of the Bolshevik Revolution*, Ithaca y Londres, 2004.
Critical Companion to the Russian Revolution, 1914-1921, Ed. Edward Acton, Vladimir Iu. Cherniaev y William G. Rosenberg, Bloomington, 1997.
Cross, Truman B., «Purposes of Revolution: Chernov and 1917», *Russian Review* 26, n.º 4 (1967), pp. 351-360.
Cumming, C. K., y Walter W. Pettit, eds., *Russian-American Relations, March, 1917-March, 1920: Documents and Papers*, Nueva York, 1920.
Daly, Jonathan, «Machine Guns, Hysteria, and the February Revolution», *Russian History* 36, n.º 1 (2009), pp. 141-155.
Daly, Jonathan y Leonid Trofimov, *Russia in War and Revolution, 1914-1922. A Documentary History*, Indianapolis, 2009.
Daniels, Robert V., *The Conscience of the Revolution: Communist Opposition in Soviet Russia*, Cambridge, 1960.
—, *Red October: The Bolshevik Revolution of 1917*, Nueva York, 1967.
Debo, Richard K., *Revolution and Survival: The Foreign Policy of Soviet Russia, 1917-1918*, Toronto, 1979.
Denikin, Anton Ivanovich, *The Russian Turmoil: Memoirs Military, Social, and Political*, Londres, 1922.
Dickins, Alistair, «Rethinking the Power of Soviets: Krasnoiarsk, March-October 1917», *Journal of Modern Russian History and Historiography* 9 (2016), pp. 223-250.
Dmitriev, Mijaíl E., «Riazan Diocese in 1917», *Russian Studies in History* 38, n.º 2 (otoño de 1999), pp. 66-82.
Donald, Moira, «Bolshevik Activity amongst the Working Women of Petrograd in 1917», *International Review of Social History* 27, n.º 9 (1982), pp. 129-160.
—, « "What Did You Do in the Revolution, Mother?": Image, Myth and Prejudice in Western Writing on the Russian Revolution», *Gender and History* 7, n.º 1 (abril de 1995), pp. 85-99.
Dune, E. M., *Notes of a Red Guard*, trad. al inglés Diane Koenker y S. A. Smith, Urbana, 1993.
Duval, Charles, «The Bolshevik Secretariat and Yakov Sverdlov: February to October 1917», *Slavic and East European Studies* 122 (1973), pp. 47-57.
—, «Yakov M. Sverdlov and the All-Russian Central Executive Committee of Soviets (VTsIK): A Study in Bolshevik Consolidation of Power», *Soviet Studies* 31, n.º 1 (1979), pp. 3-22.
Edmondson, Linda Harriet, *Feminism in Russia, 1900-1917*, Stanford, 1984.
Elwood, Ralph Carter, ed., *Reconsiderations on the Russian Revolution*, Cambridge, 1976.
Engel, Barbara Alpern, «Not by Bread Alone: Subsistence Riots in Russia during World War I», *Journal of Modern History* 69 (1997), pp. 696-721.

Evtuhov, Catherine, «The Church in the Russian Revolution: Arguments for and against Restoring the Patriarchate at the Church Council of 1917-1918», *Slavic Review* 50 (1991), pp. 497-511.
Ezergailis, Andrew, «The Latvian 'Autonomy' Conference of 30 July 1917», *Journal of Baltic Studies* 8, n.º 2 (1977), pp. 162-171.
—, *The Latvian Impact on the Bolshevik Revolution: The First Phase, September 1917 to April 1918*, Nueva York, 1983.
—, *The 1917 Revolution in Latvia*, Nueva York, 1974.
—, «The Provisional Government and the Latvians in 1917», *Nationalities Papers* 3, n.º 1 (1975), pp. 1-18.
Ezergailis, Andrew y Gert von Pistohlkors, eds., *Die baltischen Provinzen Russlands zwischen den Revolutionen von 1905 und 1917*, Colonia y Viena, 1982.
Farnsworth, Beatrice, *Aleksandra Kollontai: Socialism, Feminism and the Bolshevik Revolution*, Stanford, 1980.
Feldman, Robert S., «The Russian General Staff and the June 1917 Offensive», *Soviet Studies* 19, n.º 4 (1968), pp. 526-543.
Ferro, Marc, *October 1917: A Social History of the Russian Revolution*, Londres, 1980.
—, *The Russian Revolution of February 1917*, Englewood Cliffs, 1972 [*La Revolución de 1917*, Barcelona, Laia, 1975].
—, «The Russian Soldier in 1917: Patriotic, Undisciplined and Revolutionary», *Slavic Review* 30 (1971), pp. 483-512.
Figes, Orlando, *Peasant Russia, Civil War: The Volga Countryside in Revolution, 1917-1921*, Oxford, 1989.
—, *A People's Tragedy: The Russian Revolution*, Nueva York, 1997 [*La revolución rusa: la tragedia de un pueblo*, Barcelona, Edhasa, 2001]
—, «The Russian Revolution and Its Language in the Village», *Russian Review* 56, n.º 3 (1997), pp. 323-45.
—, y Kolonitskii, Boris, *Interpreting the Russian Revolution: The Language and Symbols of 1917*, New Haven y Londres, 1999 [*Interpretar la revolución rusa: el lenguaje y los símbolos de 1917*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001].
Fitzpatrick, Sheila, *The Russian Revolution*, Oxford, 2007.
Fleishauer, J., «The Agrarian Program of the Russian Constitutional Democrats», *Cahiers du monde russe et soviétique* 20 (1979), pp. 179-201.
Flenley, Paul, «Industrial Relations and the Economic Crisis of 1917», *Revolutionary Russia* 4, n.º 2 (1991), pp. 184-209.
Florinsky, Michael T., *The End of the Russian Empire*, Nueva York, 1961.
Frame, Murray, ed., *The Russian Revolution, 1905-1921: A Bibliographic Guide to Works in English*, Westport, 1995.
—, «Theatre and Revolution in 1917: The Case of the Petrograd State Theatres», *Revolutionary Russia* 12, n.º 1 (junio de 1999), pp. 84-102.
Francis, David Rowland*, Russia from the American Embassy, April, 1916-November, 1918*, Nueva York, 1921.

Frankel, Edith Rogovin, Jonathan Frankel y Baruch Knei-Paz, eds., *Revolution in Russia: Reassessments of 1917*, Cambridge, 1992.
Friedgut, Theodore, *Iuzovka and Revolution*, 2 vols., Princeton, 1994.
Gaida, Fedor A., «February 1917: Revolution, Power, and the Bourgeoisie», *Russian Studies in History* 41, n.º 4 (primavera de 2003), pp. 9-30.
—, «The Provisional Government's Mechanism of Power (March-April, 1917)», *Russian Studies in History* 41, n.º 4 (primavera de 2003), pp. 52-72.
Galili, Ziva, *The Menshevik Leaders in the Russian Revolution: Social Realities and Political Strategies*, Princeton, 1989.
—, «The Origins of Revolutionary Defensism: I. G. Tsereteli and the 'Siberian Zimmerwaldists'», *Slavic Review* 41 (septiembre de 1982), pp. 454-476.
Gatrell, Peter, *Russia's First World War: A Social and Economic History*, Harlow, 2005.
Gerson, Leonard, *The Secret Police in Lenin's Russia*, Filadelfia, 1976.
Getzler, Israel, «Iulii Martov: The Leader Who Lost His Party in 1917», *Slavonic and East European Review* 72, n.º 3 (1994), pp. 424-437.
—, *Kronstadt, 1917-1921: The Fate of a Soviet Democracy*, Cambridge, 1983.
—, *Martov: A Political Biography of a Russian Social Democrat*, Cambridge, 1967.
—, *Nikolai Sukhanov: Chronicler of the Russian Revolution*, Londres, 2002.
Geyer, Dietrich, *The Russian Revolution*, trad. al inglés Bruce Little, Nueva York, 1987.
Gill, Graeme, *Peasants and Government in the Russian Revolution*, Londres, 1979.
Gleason, William, *Alexander Guchkov and the End of the Russian Empire*, Filadelfia, American Philosophical Society Transactions, n.º 73, 3.ª parte, 1993.
Golder, Frank Alfred, ed., *Documents of Russian History, 1914-1917*, Gloucester, 1964; reedición de la ed. de 1927.
Golikov, A. G., «The Kerensky Phenomenon», *Russian Studies in History* 33, n.º 3 (1994-95), pp. 43-66.
Gorky, Máximo, *Untimely Thoughts: Essays on Revolution, Culture and the Bolsheviks, 1917-1918*, Londres, 1968.
Got'e, I. V., *Time of Troubles: The Diary of Iurii Vladimirovich Got'e, Moscow, July 8, 1917 to July 23, 1922*, trad. al inglés T. Emmons, Princeton, 1988.
Guthier, Steven L., «The Popular Base of Ukrainian Nationalism in 1917», *Slavic Review* 38, n.º 1 (1979), pp. 30-47.
Hafner, Lutz, «German Historiography on the February Revolution of 1917 since the Demise of the Soviet Union», *Journal of Modern Russian History and Historiography* 9 (2016), pp. 39-64.
Haimson, Leopold H., «The Mensheviks after the October Revolution», *Russian Review* 38, n.º 4 (1979), pp. 456-473; 39, n.º 2 (1980), pp. 181-207; 39, n.º 4 (1980), pp. 462-483.
—, «The Problem of Social Stability in Urban Russia», *Slavic Review* 23, n.º 4 (1964), pp. 619-642; 24, n.º 1 (1965), pp. 1-22.
Harding, Neil, *Leninism*, Durham, 1996.
—, *Lenin's Political Thought: Theory and Practice in the Democratic Revolution*, 2 vols., Nueva York, 1977, 1981.

Hasegawa, Tsuyoshi, «The Bolsheviks and the Formation of the Petrograd Soviet in the February Revolution», *Soviet Studies* 29, n.º 1 (1977), pp. 86-197.
—, «Crime, Police, and Mob Justice in Petrograd during the Russian Revolutions of 1917», en *Religious and Secular Forces in Late Tsarist Russia: Essays in Honor of Donald W. Treadgold*, ed. Charles E. Timberlake, 241-271, Seattle, 1992.
—, «Crime, Police, and Samosudy in Petrograd in the Russian Revolution and Sociological Theories of Anomie», *Journal of Modern Russian History and Historiography* 9 (2016), pp. 275-296.
—, *The February Revolution: Petrograd 1917*, Seattle, 1981.
—, «Gosudarstvennost', Obshchestvennost', and Klassovost': Crime, the Police, and the State in the Russian Revolution in Petrograd», *Canadian-American Slavic Studies* 35, n.º 2-3 (2001), pp. 157-188.
Hedlin, Myron, «Zinoviev's Revolutionary Tactics in 1917», *Slavic Review* 34, n.º 1 (1975), pp. 19-43.
Heenan, Louise Erwin, *Russian Democracy's Fateful Blunder: The Summer Offensive of 1917*, Nueva York, 1987.
Hemenway, Elizabeth Jones, «Nicholas in Hell: Rewriting the Tsarist Narrative in the Revolutionary Skazki of 1917», *Russian Review* 60, n.º 2 (2001), pp. 185-204.
Hickey, Michael C., ed., *Competing Voices from the Russian Revolution*, Santa Barbara, 2011.
—, «Discourses of Public Identity and Liberalism in the February Revolution: Smolensk, Spring 1917», *Russian Review* 55, n.º 4 (1996), pp. 615-637.
—, «Local Government and State Authority in the Provinces: Smolensk, February-June 1917», *Slavic Review* 55, n.º 4 (1996), pp. 863-881.
—, «Moderate Socialists and the Politics of Crime in Revolutionary Smolensk», *Canadian-American Slavic Studies* 35, n.º 2-3 (2001), pp. 189-218.
— , «Paper, Memory and a Good Story: How Smolensk Got Its 'October'», *Revolutionary Russia* 13, n.º 2 (2000), pp. 1-19.
—, «Peasant Autonomy, Soviet Power and Land Distribution in Smolensk Province, November 1917-May 1918», *Revolutionary Russia* 7, n.º 1 (1996), pp. 14.
— , «Revolution on the Jewish Street: Smolensk, 1917», *Journal of Social History* 31, n.º 4 (verano de 1998), pp. 823-850.
—, «The Provisional Government and Local Administration in Smolensk in 1917», *Journal of Modern Russian History and Historiography* 9 (2016), pp. 251-274.
—, «The Rise and Fall of Smolensk's Moderate Socialists: The Politics of Class and the Rhetoric of Crisis in 1917», en Donald J. Raleigh, ed., *Provincial Landscapes: Local Dimension of Soviet Power, 1917-1935*, pp. 14-35. Pittsburgh, 2001.
— , «Urban Zemliachestva and Rural Revolution: Petrograd and the Smolensk Countryside in 1917», *Soviet and Post Soviet Review* 23, n.º 2 (1996), pp. 143-160.
Himka, John-Paul, «The National and the Social in the Ukrainian Revolution of 1917-1920: The Historiographical Agenda», *Archiv für Sozialgeschichte* 34 (1994), pp. 95-110.
Hogan, Heather, «Conciliation Boards in Revolutionary Petrograd: Aspects of the Crisis of Labor-Management Relations in 1917», *Russian History* 9 (1982), pp. 49-66.

Holquist, Peter, *Making War, Forging Revolution: Russia's Continuum of Crisis, 1914-1921*, Cambridge, 2002.
Holubnychy, Vsevolod, «The 1917 Agrarian Revolution in the Ukraine», en *Soviet Regional Economics: Selected Works of Vsevolod Holubnychy*, ed. I. S. Koropeckyi, 3-65, Edmonton, 1982.
Horsbrugh-Porter, Anna, ed., *Memories of Revolution: Russian Women Remember*, Londres y Nueva York, 1993.
Hosking, Geoffrey, *The Russian Constitutional Experiment: Government and Duma, 1907-1914*, Cambridge, 1973.
Hunczak, Taras, ed., *The Ukraine, 1917-1921: A Study in Revolution*, Cambridge, 1977.
Husband, W. B., «Local Industry in Upheaval: The Ivanovo-Kineshma Textile Strike of 1917», *Slavic Review* 47, n.º 3 (1988), pp. 448-463.
Immonen, Hannu, «From February Revolution to Civil War: Finnish Historians and the Year 1917», *Journal of Modern Russian History and Historiography* 9 (2016), pp. 89-105.
Imranli-Lowe, Kamala, «The Provisional Government and the Armenian Homeland Project», *Revolutionary Russia* 27, n.º 2 (2014), pp. 132-156.
Jackson, George y Robert Devlin, eds., *Dictionary of the Russian Revolution*, Nueva York, 1989.
Janke, Arthur E., «Don Cossacks and the February Revolution», *Canadian Slavonic Papers* 10, n.º 2 (1968), pp. 148-165.
—, «The Don Cossacks on the Road to Independence», *Canadian Slavonic Papers* 10, n.º 3 (1968), pp. 273-294.
Johnston, Robert H., *Tradition versus Revolution: Russia and the Balkans in 1917*, Boulder, 1977.
Jones, David R., «The Officers and the October Revolution», *Soviet Studies* 28, n.º 2 (1976), pp. 207-223.
Josephson, Paul R., «Maksim Gor'kii, Science and the Russian Revolution», *Soviet and Post-Soviet Review* 22, n.º 1 (1995), pp. 15-39.
Kaiser, Daniel H., ed., *The Workers' Revolution in Russia, 1917: The View from Below*, Cambridge, 1987.
Kaplan, Vera, «A Dress Rehearsal for Cultural Revolution: Bolshevik Policy towards Teachers and Education between February and October, 1917», *History of Education* 35, n.º 4-5 (2006), pp. 427-452.
—, «Recent Israeli Historiography of the 1917 Revolution», *Journal of Modern Russian History and Historiography* 9 (2016), pp. 65-88.
Katkov, George, *Russia 1917: The Kornilov Affair: Kerensky and the Break-Up of the Russian Army*, Londres, 1980.
Kazemzadeh, Firuz, *The Struggle for Transcaucasia, 1917-1921*, Nueva York, 1951.
Keep, John L. H., *The Russian Revolution: A Study in Mass Mobilisation*, Londres, 1976.
—, ed. *The Debate on Soviet Power: Minutes of the All-Russian Central Executive Committee of Soviets, Second Convocation, October 1917-January 1918*, Oxford, 1979.
Kennan, George Frost, *Soviet-American Relations, 1917-1920*, 2 vols., Princeton, 1956, 1958.

Kérensky, Alexander, *The Catastrophe: Kerensky's Own Story of the Russian Revolution*, Nueva York, 1927.
—, *The Crucifixion of Liberty*, Nueva York, 1934.
—, *The Prelude to Bolshevism: The Kornilov Rebellion*, Nueva York, 1919.
—, *Russia and History's Turning Point*, Nueva York, 1966.
Khalid, Adeeb, *The Politics of Muslim Cultural Reform: Jadidism in Central Asia*, Berkeley, 1998.
—, *Making Uzbekistan: Nation, Empire, and Revolution in the Early USSR*, Ithaca, 2015.
—, «Tashkent 1917: Muslim Politics in Revolutionary Turkistan», *Slavic Review* 55, n.º 2 (1996), pp. 270-297.
King, Francis, «Between Bolshevism and Menshevism: The Social-Democrat Internationalists in the Russian Revolution», *Revolutionary Russia* 7, n.º 1 (1996), pp. 1-18.
King, Richard Douglas, *Sergei Kirov and the Struggle for Soviet Power in the Terek Region, 1917-1918*, Nueva York, 1987.
Kingston-Mann, Esther, *Lenin and the Problem of Marxist Peasant Revolution*, Nueva York y Oxford, 1983.
Knei-Paz, Baruch, *The Social and Political Thought of Leon Trotsky*, Oxford, 1979.
Knox, Sir Alfred William Fortescue, *With the Russian Army, 1914-1917*, Londres, 1921.
Kochan, Lionel, «Kadet Policy in 1917 and the Constitutional Assembly», *Slavonic and East European Review* 45 (1967), pp. 83-92.
Koenker, Diane, *Moscow Workers and the 1917 Revolution*, Princeton, 1981.
— , «Urban Families, Working-Class Youth Groups, and the 1917 Revolution in Moscow», en *The Family in Imperial Russia: New Lines of Historical Research*, ed. D. L. Ransel, 280-304, Urbana, 1978.
—, y Rosenberg, William G., *Strikes and Revolution in Russia, 1917*, Princeton, 1989.
Kolonitskii, Boris, «Antibourgeois Propaganda and Anti-'Burzhui' Consciousness in 1917», *Russian Review* 53, n.º 2 (1994), pp. 183-196.
—, «Democracy in the Political Consciousness of the February Revolution», *Slavic Review* 57, n.º 1 (1998), pp. 95-106.
—, «The 'Russian Idea' and the Ideology of the February Revolution», en *Empire and Society: New Approaches to Russian History*, ed. Teruyuki Hara y Kimitaka Matsuzato, 41-72, Sapporo, 1997.
—, «On Studying the 1917 Revolution», *Kritika* 16, n.º 4 (otoño de 2015), pp. 751-768.
—, «Russian Historiography of the 1917 Revolution. New Challenges to Old Paradigms?», *History and Memory* 21, n.º 2 (otoño / invierno de 2009), pp. 34-59.
Kowalski, Ronald I., *The Russian Revolution: 1917-1921*, Nueva York, 1997.
Leggett, George, *The Cheka. Lenin's Political Police: The All-Russian Extraordinary Commission for Combating Counter-Revolution and Sabotage*, Oxford y Nueva York, 1981.
Lehti, Marko, «The Baltic League and the Idea of Limited Sovereignty», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas* 45, n.º 3 (1997), pp. 450-465.
Lenin, V. I. *Collected Works*, 45 vols., Moscú, 1960-1970 [*Obras completas*, Madrid, Akal, 1978, disponible en https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/oc/index.htm].

Lieven, Dominic, *Nicholas II: Twilight of the Empire*, Nueva York, 1994.
Lih, Lars T. *Bread and Authority in Russia, 1914-1921*, Berkeley, 1990.
—, «The Ironic Triumph of Old Bolshevism: The Debates of April 1917 in Context», *Russian History* 38, n.º 2 (2011), pp. 199-242.
—, *Lenin*, Londres, 2011.
—, «Lenin and Bolshevism», en *The Oxford Handbook of Communism*, ed. S. A. Smith, Oxford, 2014, pp. 53-72.
—, «Letter from Afar, Corrections from Up Close: The Bolshevik Consensus of March 1917», *Kritika* 16, n.º 4 (otoño de 2015), pp. 799-834.
Lincoln, W. Bruce, *Passage through Armageddon: The Russians in War and Revolution, 1914-1918*, Nueva York, 1986.
Lindenmeyr, Adele, «'The First Woman in Russia': Countess Sofia Panina and Women's Political Participation in the Revolutions of 1917», *Journal of Modern Russian History and Historiography* 9 (2016), pp. 158-181.
Lohr, Eric, Vera Tolz, Alexander Semyonov y Mark von Hagen, eds., *The Empire and Nationalism at War*, Bloomington, 2014.
Longley, David A., «The Divisions in the Bolshevik Party in March 1917», *Soviet Studies* 24, n.º 1 (1972-73), pp. 61-76.
—, «The Mezhraionka, the Bolsheviks and International Women's Day: In Response to Michael Melancon», *Soviet Studies* 41 (1989), pp. 625-645.
—, «Officers and Men: A Study of the Development of Political Attitudes among the Sailors of the Baltic Fleet in 1917», *Soviet Studies* 25, n.º 1 (1973), pp. 28-50.
Lyandres, Semion, *The Bolsheviks' «German Gold» Revisited: An Inquiry into the 1917 Accusations*, The Carl Beck Papers in Russian and East European Studies 1106, Pittsburgh, 1995.
—, «On the Problem of 'Indecisiveness' among the Duma Leaders during the February Revolution: The Imperial Decree of Prorogation and the Decision to Convene the Private Meeting of 27 February 1917», *Soviet and Post-Soviet Review* 24 (1997), pp. 115-128.
—, «Conspiracy and Ambition in Russian Politics before the February Revolution of 1917: The Case of Prince Georgii Evgen'evich L'vov», *Journal of Modern Russian History and Historiography* 8 (2015), pp. 99-133.
—, *The Fall of Tsarism: Untold Stories of the February 1917 Revolution*, 2.ª ed., Oxford, 2014.
Magosci, Paul., *A History of Ukraine: The Land and Its People*, 2.ª ed., Toronto, 2010.
Mally, Lynn, *The Culture of the Future: The Proletkult Movement in Revolutionary Russia 1917-1922*, Berkeley, 1990.
Mandel, David, *Petrograd Workers and the Fall of the Old Regime: From the February Revolution to the July Days, 1917*, Londres, 1983.
—, *The Petrograd Workers and the Soviet Seizure of Power: From the July Days 1917 to July 1918*, Londres, 1984.
Manning, Roberta, «Bolsheviks without the Party: Sychevka in 1917», en Donald J. Raleigh, ed., *Provincial Landscapes: Local Dimensions of Soviet Power, 1917-1935*, pp. 36-58, Pittsburgh, 2001.

Marot, John Eric, «Class Conflict, Political Competition and Social Transformation: Critical Perspectives on the Social History of the Russian Revolution», *Revolutionary Russia* 7 (1994), pp. 111-163.
Mawdsley, Evan, *The Russian Revolution and the Baltic Fleet: War and Politics, February 1917-April 1918*, Londres, 1978.
Mayzel, Matitiahu, *Generals and Revolutionaries. The Russian General Staff during the Revolution: A Study in the Transformation of the Military Elite*, Osnabruck, 1979.
McAuley, Mary, *Bread and Justice: State and Society in Petrograd, 1917-1922*, Oxford, 1991.
McCauley, Martin, *The Russian Revolution and the Soviet State, 1917-1921: Documents*, Londres, 1975.
McDaniel, Tim, *Autocracy, Capitalism, and Revolution in Russia*, Berkeley y Londres, 1988.
McKean, Robert B., *St. Petersburg between the Revolutions: Workers and Revolutionaries, June 1907-February 1917*, New Haven y Londres, 1990.
McNeal, Robert H., ed., *Resolutions and Decisions of the Communist Party of the Soviet Union*, Vol. 1, ed. Ralph C. Elwood; vol. 2, ed. Richard Gregor, Toronto, 1974.
Melancon, Michael, «From Rhapsody to Threnody: Russia's Provisional Government in Socialist-Revolutionary Eyes, February-July 1917», *Soviet and Post-Soviet Review* 24 (1997), pp. 27-80.
—, *From the Head of Zeus: The Petrograd Soviet's Rise and First Days, 27 February-2 March 1917*, Pittsburg, 2009, Carl Beck Papers in Russian and East European Studies, n.º 2004.
—, «International Women's Day, the Finland Station Proclamation, and the February Revolution: A Reply to Longley and White», *Soviet Studies* 42, n.º 3 (1990), pp. 583-589.
—, «The Left Socialist Revolutionaries and the Bolshevik Uprising», en *The Bolsheviks in Russian Society*, ed. Vladimir Brovkin, pp. 59-80. New Haven, 1997.
—, *The Socialist Revolutionaries and the Russian Anti-war Movement, 1914-1917*, Columbus, 1990.
—, «Soldiers, Peasant-Soldiers, Peasant-Workers and Their Organizations in Petrograd: Ground-Level Revolution in the Early Months of 1917», *Soviet and Post-Soviet Review* 23, n.º 2 (1996), pp. 161-190.
—, «The Syntax of Soviet Power: The Resolutions of Local Soviets and Other Institutions, March-October 1917», *Russian Review* 52, n.º 4 (1993), pp. 486-505.
—, «Who Wrote What and When? Proclamations of the February Revolution in Petrograd, 23 February-1 March 1971», *Soviet Studies* 42, n.º 3 (1988), pp. 479-500.
—, y Alice K. Pate, eds., *New Labor History: Worker Identity and Experience in Russia, 1840-1918*, Bloomington, 2002.
Miliukov, P.N., *The Russian Revolution*, trad. al inglés Richard Stites y Gary Hamburg, 3 vols., Gulf Breeze, 1978-1987.
Moss, Kenneth, *Jewish Renaissance in the Russian Revolution*, Cambridge, 2009.
Mstislavskii, Sergei, *Five Days Which Transformed Russia*, trad. al inglés E. K. Zelensky, Londres, 1988.
Munck, J. L., *The Kornilov Revolt: A Critical Examination of the Sources and Research*, Aarhus, 1987.

Murgul, Yalcin, «Bolshevik Vanguard in Action:The Case of the Baku Sovnarkom, 1917-1918», *Revolutionary Russia* 29, n.º 1 (junio de 2016), pp. 66-91.
Nabokov, Vladimir, *Nabokov and the Russian Provisional Government, 1917*, ed. Virgil Medlin y Steven Parsons, New Haven, 1976.
The Nicky-Sunny Letters: Correspondence of the Tsar and the Tsaritsa, 1914-1917, (Reedición de *The Letters of the Tsar to the Tsaritsa, 1914-1917* [1929] y *The Letters of the Tsaritsa to the Tsar, 1914-1916* [1923]), Gulf Breeze, 1970.
Norton, Barbara T., «Laying the Foundation of Democracy in Russia: E. D. Kuskova's Contribution, February-October 1917», en *Women and Society in Russia and the Soviet Union*, ed. Linda Edmondson, 101-123. Cambridge, 1992.
Novikova, Liudmila, «The Russian Revolution from a Provincial Perspective», *Kritika* 16, n.º 4 (otoño de 2015), pp. 769-785.
Orlovsky, Daniel, «Corporatism or Democracy: The Russian Provisional Government of 1917», *Soviet and Post-Soviet Review* 24 (1997), pp. 15-26.
—, «The Lower Middle Strata in Revolutionary Russia», en *Between Tsar and People*, eds. Clowes, Kassow y West, 248-268.
—, «Reform during Revolution: Governing the Provinces in 1917», en *Reform in Russia and the USSR: Past and Prospects*, ed. Robert O. Crummey, 100-25, Urbana y Chicago, 1989.
Page, Stanley W., *The Formation of the Baltic States: A Study of the Effects of Great Power Politics upon the Emergence of Lithuania, Latvia and Estonia*, Cambridge, 1959.
—, «Lenin's April Theses and the Latvian Peasant-Soldiery», en *Reconsiderations on the Russian Revolution*, ed. R. C. Elwood, pp. 154-172. Cambridge, 1976.
Paleologue, Maurice, *An Ambassador's Memoirs*, trad. al inglés F. A. Holt, 3 vols., 2.ª ed. Londres, 1923.
Pares, Bernard, *My Russian Memoirs*, Londres, 1931.
Parming, Tonu, «Population and Ethnicity as Intervening Variables in the 1905/1917 Revolutions in the Russian Baltic Provinces», en Ezergailis and von Pistohlkors, *Die baltischen Provinzen Russlands*, 1-19.
Pearson, Raymond, *The Russian Moderates and the Crisis of Tsarism 1914-1917*, Londres, 1977.
Pereira, N. G. O., «The Idea of Siberian Regionalism in Late Imperial and Revolutionary Russia», *Russian History* 20, n.º 1-4 (1993), pp. 163-178.
—, «Regional Consciousness in Siberia Before and AfterOctober 1917», *Canadian Slavonic Papers* 30, n.º 1 (1988), pp. 112-133.
—, *White Siberia: The Politics of Civil War*, Montreal, 1996.
Pethybridge, Roger W., «Political Repercussions of the Supply Problem in the Russian Revolution of 1917», *Russian Review* 29, n.º 4 (1970), pp. 379-402.
—, *The Spread of the Russian Revolution: Essays on 1917*, Londres, 1972.
Phillips, Hugh, «'A Bad Business': The February Revolution in Tver», *Soviet and Post-Soviet Review* 23, n.º 2 (1996), pp. 123-142.
—, «The Heartland Turns Red: The Bolshevik Seizure of Power in Tver», *Revolutionary Russia* 14, n.º 1 (2001), pp. 1-21.

Pipes, Richard, *The Formation of the Soviet Union: Communism and Nationalism, 1917-1923*, ed. revisada, Cambridge, 1964.
—, ed., *Revolutionary Russia*, Londres, 1968.
Pitcher, Harvey, *Witnesses to the Russian Revolution*, Londres, 1994.
Plokhy, Serhii, *Unmaking Imperial Russia: Mykhailo Hrushevsky and the Writing of Ukrainian History*, Toronto, 2005.
Price, Morgan Phillips, *My Reminiscences of the Russian Revolution*, Londres, 1921.
Procyk, Anna, «Russian Liberals and the Nationality Question during the Revolution», *Ukrainian Quarterly* 53, n.º 4 (1997), pp. 323-334.
—, «The Russian Provisional Government and Ukraine», *Ukrainian Quarterly* 54, n.º 3-4 (1998), pp. 257-268.
Protasov, L. G., «The All-Russian Constituent Assembly and the Democratic Alternative», *Russian Studies in History* 33, n.º 3 (1994-1995), pp. 66-93.
Rabinovitch, Simon, *Jewish Rights, National Rights: Nationalism and Autonomy in Late Imperial and Revolutionary Russia*, Stanford, 2014.
Rabinowitch, Alexander, *The Bolsheviks Come to Power: The Revolution of 1917 in Petrograd*, Nueva York, 1976.
—, *The Bolsheviks in Power: The First Year of Soviet Rule in Petrograd*, Bloomington, 2007.
—, «The Evolution of Local Soviets in Petrograd, November 1917-June 1918: The Case of the First City District Soviet», *Slavic Review* 46, n.º 1 (1987), pp. 20-37.
—, *Prelude to Revolution: The Petrograd Bolsheviks and the July 1917 Uprising*, Bloomington, 1968.
Radkey, Oliver H., *The Agrarian Foes of Bolshevism: Promise and Default of the Russian Socialist Revolutionaries, February to October 1917*, Nueva York, 1958.
—, *The Election to the Russian Constituent Assembly of 1917*, Cambridge, 1989.
—, *The Sickle under the Hammer: The Russian Socialist Revolutionaries in the Early Months of Soviet Rule*, Nueva York, 1963.
Raleigh, Donald J., *Revolution on the Volga: 1917 in Saratov*, Ithaca y Londres, 1986.
—, «Revolutionary Politics in Provincial Russia: The Tsaritsyn 'Republic' in 1917», *Slavic Review* 40, n.º 2 (1981), pp. 194-209.
Read, Christopher, *From Tsar to Soviets: The Russian People and Their Revolution, 1917-1921*, Nueva York, 1996.
—, *Lenin: A Revolutionary Life*, Londres, 2005.
—, *War and Revolution in Russia, 1914-22*, Nueva York, 2013.
Reed, John., *Ten Days That Shook the World*, Londres, 1977 (publicado originalmente en 1919) [*Diez días que estremecieron el mundo*, Tres Cantos, Akal, 2014].
Remington, Thomas F., *Building Socialism in Bolshevik Russia: Ideology and Industrial Organization 1917-1921*, Pittsburgh, 1984.
Rendle, Matthew, *Defenders of the Motherland: The Tsarist Elite in Revolutionary Russia*, Oxford, 2010.
Reshetar, John S., *The Ukrainian Revolution, 1917-1920*, Princeton, 1952.
Retish, Aaron B., «Creating Peasant Citizens: Rituals of Power, Rituals of Citizenship in Viatka Province, 1917», *Revolutionary Russia* 16, n.º 1 (junio de 2003), pp. 47-67.

—, *Russia's Peasants in Revolution and Civil War: Citizenship, Identity, and the Creation of the Soviet State, 1914-1922*, Cambridge, 2008.
Rieber, Alfred J., *Merchants and Entrepreneurs in Imperial Russia*, Chapel Hill, 1982.
Rigby, T. H., *Lenin's Government: Sovnarkom 1917-1922*, Londres, 1979.
Rogger, Hans., *Russia in the Age of Modernisation and Revolution 1881-1917*, Londres, 1983.
Roobol,W. H., *Tsereteli: A Democrat in the Russian Revolution. A Political Biography*, La Haya, 1976.
Rorlich, Azade-Ayse, *The Volga Tatars: A Profile in National Resilience*, Stanford, 1986.
Rosenberg, William G., «The Democratization of Russia's Railroads in 1917», *American Historical Review* 86 (1981), pp. 983-1008.
—, *Liberals in the Russian Revolution: The Constitutional Democratic Party, 1917-1921*, Princeton, 1974.
—, «The Problem of Market Relations and the State in Revolutionary Russia», *Comparative Studies in Society and History* 36 (1994), pp. 356-386.
—, «Russian Labor and Bolshevik Power after October», *Slavic Review* 44, n.º 2 (1985), pp. 205-238.
—, «The Russian Municipal Duma Elections of 1971: A Preliminary Computation of Returns», *Soviet Studies* 21, n.º 2 (1969-1970), pp. 131-163.
—, «Social Mediation and State Construction(s) in Revolutionary Russia», *Social History* 19, n.º 2 (1994), pp. 169-188.
—, «Workers and Workers' Control in the Russian Revolution», *History Workshop* 5 (1978), pp. 89-97.
—, «The Zemstvo in 1917 and Its Fate under Bolshevik Rule», en *The Zemstvo in Russia: An Experiment in Local Self-Government*, ed. Wayne S. Vucinich, pp. 383-422. Cambridge, 1982.
Rosenberg, William G. y Diane Koenker, «The Limits of Formal Protest: Workers' Activism and Social Polarization in Petrograd and Moscow, March to October, 1917», *American Historical Review* 2 (1987), pp. 296-326.
Ross, Edward Alsworth, *Russia in Upheaval*, Nueva York, 1918.
—, *The Russian Bolshevik Revolution*, Nueva York, 1921.
Rowley, Alison, *Open Letter: Russian Popular Culture and the Picture Postcard, 1880-1922*, Toronto, 2013.
Rupp, Sue Zayer, *The Struggle in the East: Opposition Politics in Siberia, 1918*, The Carl Beck Papers in Russian and East European Studies 1304, Pittsburgh, 1998.
Russian Culture in War and Revolution, 1914-22, tomo I: *Popular Culture, the Arts and Illutrations*, tomo II: *Popular Culture, Identities, Mentalities, and Memory*, Murray Frame, Boris Kolonitskii, Steven G. Marks y Melissa K. Stockdale, eds., Bloomington, 2014.
Russia's Failed Democratic Revolution, February-October 1917: A Centennial Reappraisal, Número especial del *Journal of Modern Russian History and Historiography*, Semion Lyandres ed., (vol. 9, 2016).
Russia's Home Front in War and Revolution, 1914-22, tomo I, *Russia's Revolution in Regional Perspective*, Sarah Badcock, Liudmila G. Novikova y Aaron B. Retish, eds.; tomo

II: *The Experience of War and Revolution*, Adele Lindenmeyr, Christopher Ready PeterWaldron, eds., Bloomington, 2015, 2016.
Ruthchild, Rochelle Goldberg, *Equality and Revolution: Women's Rights in the Russian Empire, 1905-1917*, Pittsburg, 2010.
Sack, A. J., *The Birth of Russian Democracy*, Nueva York, 1918.
Sahadeo, Jeff, *Russian Colonial Society in Tashkent, 1865-1923*, Bloomington, 2007.
Sanborn, Joshua A., *Drafting the Russian Nation: Military Conscription, Total War, and Mass Politics, 1905-1925*, DeKalb, 2003.
Sanders, Jonathan, *Russia 1917: The Unpublished Revolution*, Nueva York, 1989.
Sargeant, Elena, «Reappraisal of the Russian Revolution in Contemporary Russian Historiography», *Revolutionary Russia* 10, n.º 1 (1997), pp. 35-54.
Saul, Norman E., *Sailors in Revolt: The Russian Baltic Fleet in 1917*, Lawrence, 1978.
Selunskaia, N. B., «Levels of Technology and the Use of Hired Labor in the Peasant and Manorial Economy of European Russia in 1917», *Russian Review* 47, n.º 4 (1988), pp. 409-423.
Service, Robert, *The Bolshevik Party in Revolution: A Study in Organisational Change, 1917-1923*, Londres, 1979.
—, *Lenin: A Biography*, Londres, 2000 [*Lenin: una biografía*, Madrid, Siglo XXI, 2001].
—, *Lenin: A Political Life*, 3 vols., Londres, 1985-1994.
—, *The Russian Revolution 1900-1929*, 4.ª ed., Basingstoke y Londres, 2009.
—, ed., *Society and Politics in the Russian Revolution*, Basingstoke y Londres, 1992.
Shkliarevsky, Gennady, *Labor in the Russian Revolution: Factory Committees and Trade Unions, 1917-1918*, Nueva York, 1993.
Shklovsky, Viktor, *A Sentimental Journey: Memoirs, 1917-1921*, trad. al inglés Richard Sheldon, Ithaca y Londres, 1984.
Shlapentokh, Dmitry, *The Counter-Revolution in Revolution: Images of Thermidor and Napoleon at the Time of the Russian Revolution and Civil War*, Nueva York, 1999.
Shukman, Harold, ed., *The Blackwell Encyclopedia of the Russian Revolution*, Oxford, 1988.
Shulgin, V. V., *Days of the Russian Revolution: Memoirs from the Right, 1905-1917*, trad. al inglés B. F. Adams, Gulf Breeze, 1990.
Siegelbaum, Lewis, *The Politics of Industrial Mobilization in Russia, 1914-1917*, Londres y Nueva York, 1983.
Slusser, Robert H., *Stalin in October: The Man Who Missed the Revolution*, Baltimore y Londres, 1987.
Smele, Jonathan D., *The Russian Revolution and Civil War, 1917-1921: An Annotated Bibliography*, Londres y Nueva York, 2003.
—, *The "Russian" Civil Wars, 1916-1926: Ten Years That Shook the World*, Londres, 2015.
Smith, Nathan, «The Role of Russian Freemasonry in the February Revolution: Another Scrap of Evidence», *Slavic Review* 27, n.º 4 (1968), pp. 604-608.
Smith, S. A., «Craft Consciousness, Class Consciousness: Petrograd 1917», *History Workshop* 11 (1981), pp. 33-58.
—, *Red Petrograd: Revolution in the Factories, 1917-1918*, Cambridge, 1983.

—, «Writing the History of the Russian Revolution after the Fall of Communism», *Europe-Asia Studies* 46 (1994), pp. 563-578.
—, «Moral Economy and Peasant Revolution in Russia, 1861-1918», *Revolutionary Russia* 24, n.º 2 (2011), pp. 143-171.
Snow, Russell E., *The Bolsheviks in Siberia, 1917-March 1918*, Rutherford, 1975.
Spence, Richard., *Boris Savinkov, Renegade on the Left*, Boulder, 1991.
Startsev, V. I., «Lenin in October of 1917», *Soviet Studies in History* 27, n.º 2 (1988-1989), pp. 86-113.
—, «The Question of Power in the October Days of 1917», *Soviet Studies in History* 27, n.º 2 (1988-89), pp. 36-55.
Steinberg, Mark D., *The Fall of the Romanovs: Political Dreams and Personal Struggles in a Time of Revolution*, New Haven, 1995.
—, *Voices of Revolution*, 1917, New Haven, 2001.
Stites, Richard, *Revolutionary Dreams: Utopian Vision and Experimental Life in the Russian Revolution*, Nueva York y Oxford, 1989.
—, *TheWomen's Liberation Movement in Russia: Feminism, Nihilism, and Bolshevism, 1860-1930*, Princeton, 1978.
Stockdale, Melissa Kirschke, *Paul Miliukov and the Quest for a Liberal Russia, 1880-1918*, Ithaca, 1996.
—, «"My Death for the Motherland Is Happiness": Women, Patriotism, and Soldiering in Russia's GreatWar, 1914-1917», *American Historical Review* 109, n.º 1 (febrero de 2004), pp. 78-116.
Stoff, Laurie, *They Fought for the Motherland: Russia's Women Soldiers in World War I and the Revolution*, Lawrence, 2006.
Stojko, Wolodymyr, «The Ukrainian Central Rada and the Bolsheviks», *Ukrainian Quarterly* 54, n.º 3-4 (1998), pp. 269-281.
Stone, Bailey, *The Anatomy of Revolution Revisited: A Comparative Analysis of England, France, and Russia*, Cambridge, 2014.
Stone, David R., *The Russian Army in the Great War: The Eastern Front, 1914-1917*, Lawrence, 2015.
Stone, Norman, *The Eastern Front 1914-1917*, Londres, 1975.
Struve, P. B., *Food Supply in Russia during the World War*, New Haven, 1930.
Sujánov, N. N., *The Russian Revolution 1917: A Personal Record*, 2 vols., trad. al inglés J. Carmichael, Londres, 1955.
Suny, Ronald Grigor, *The Baku Commune, 1917-1918: Class and Nationality in the Russian Revolution*, Princeton, 1972.
—, «Nationalism and Social Class in the Russian Revolution: The Cases of Baku and Tiflis», en *Transcaucasia. Nationalism and Social Change: Essays in the History of Armenia, Azerbaijan, and Georgia*, ed. Suny, pp. 241-260, 2.ª ed. Ann Arbor, 1996.
—, «Nationality and Class in the Russian Revolutions of 1917: A Reexamination of Social Categories», en *Stalinism: Its Nature and Aftermath: Essays in Honor of Moshe Lenin*, ed. Nick Lampert y Gabor Rittersporn, pp. 211-241, Armonk, 1992.

—, *The Revenge of the Past: Nationalism, Revolution, and the Collapse of the Soviet Union*, Stanford, 1993.
—, «Revision and Retreat in the Historiography of 1917: Social History and Its Critics», *Russian Review* 53 (1994), pp. 155-182.
—, «Toward a Social History of the October Revolution», *American Historical Review* 88 (1983), pp. 31-52.
Swain, Geoffrey, «Before the Fighting Started: A Discussion on the Theme of 'The Third Way'», *Revolutionary Russia* 4, n.º 2 (diciembre de 1991), pp. 210-234.
—, *The Origins of the Russian Civil War*, Londres, 1996.
—, *Trotsky and the Russian Revolution*, Londres, 2014.
Swietochowski, Tadeusz, *Russian Azerbaijan, 1905-1920*, Cambridge, 1985.
Thatcher, Ian, «Memoirs of the Russian Provisional Government», *Revolutionary Russia* 27, n.º 1 (junio de 2014), pp. 1-21.
—, «The St. Petersburg/Petrograd Mezhraionka, 1913-1917; The Rise and Fall of a Russian Social-DemocraticWorkers' Party Unity Faction», *Slavonic and East European Review* 87, n.º 2 (abril de 2009), pp. 284-321.
—, «Scripting the Russian Revolution», en *Scripting Revolution*, ed. Keith Michael Baker y Dan Edelstein, Stanford, 2015, pp. 213-227, 399-402.
—, *Trotsky*, Londres, 2003.
Thompson, John H., *Revolutionary Russia, 1917*, 2.ª ed., Nueva York, 1989.
Tirado, Isabela A., *Young Guard: The Communist Youth League, Petrograd 1917-1920*, Westport, Nueva York y Londres, 1988.
Tribunskii, Pável A., «The Riazan Zemstvo in the February Revolution», *Russian Studies in History* 38, n.º 2 (otoño de, 1999), pp. 48-65.
Trotsky, L. D., *History of the Russian Revolution*, 3 vols., Nueva York, 1932 [*Historia de la Revolución Rusa*, Madrid, Veintisiete Letras, 2007].
Tseretelli [Tsereteli], I., «Reminiscences of the February Revolution: The April Crisis», *Russian Review* 14 (1955), pp. 93-108, 184-200, 301-21; 15 (1956), pp. 37-48.
Tyrkova-Williams, Ariadna, *From Liberty to Brest-Litovsk*, Londres, 1919; reedición, Westport, 1977.
Ulam, Adam, *The Bolsheviks*, Nueva York, 1965.
Uldricks, Teddy J., «The Crowd in the Russian Revolution: Towards Reassessing the Nature of Revolutionary Leadership», *Politics and Society* 4, n.º 3 (1974), pp. 397-413.
Upton, Anthony F., *The Finnish Revolution 1917-1918*, Minneapolis, 1980.
Varneck, E., «Siberian Native Peoples After the February Revolution», *Slavonic and East European Review* 21 (1942-1944), pp. 70-88.
Velychenko, Stephen, *State Building in Revolutionary Ukraine: A Comparative Study of Governments and Bureaucrats, 1917-1922*, Toronto, 2011.
Vernadsky, George, ed., *A Source Book for Russian History from Early Times to 1917*, Vol. 3, New Haven, 1972.
Verstiuk, Vladyslav, «Conceptual Issues in Studying the History of the Ukrainian Revolution», *Journal of Ukrainian Studies* 24, n.º 1 (1999), pp. 5-20.

Volobuev, P. V., «The Mensheviks in the Fall of 1917: Decisions and Consequences», en *The Bolsheviks in Russian Society*, ed. Vladimir Brovkin, 43-58. New Haven, 1997.
Von Hagen, Mark, *Soldiers in the Proletarian Dictatorship: The Red Army and the Soviet Socialist State, 1917-1930*, Ithaca y Londres, 1990.
—, «The Russian Imperial Army and the Ukrainian National Movement in 1917», *Ukrainian Quarterly* 54, n.º 3-4 (1998), pp. 220-256.
Von Laue, Theodore, «Westernization, Revolution and the Search for a Basis of Authority: Russia in 1917», *Soviet Studies* 19, n.º 2 (octubre de 1967), pp. 156-180.
—, *Why Lenin? Why Stalin? A Reappraisal of the Russian Revolution, 1900-1930*, Filadelfia, 1964 y eds. posteriores.
Wada, Haruki, «The Russian February Revolution of 1917», *Annals of the Institute of Social Science*, n.º 15 (1974), pp. 72-94.
Wade, Rex A., «Argonauts of Peace: The Soviet Delegation to Western Europe in the Summer of 1917», *Slavic Review* 26, n.º 3 (1967), pp. 453-467.
—, *Documents of Soviet History*, vol. 1, *The Triumph of Bolshevism, 1917-1919*, Gulf Breeze, 1991.
—, «Irakli Tsereteli and Siberian Zimmerwaldism», *Journal of Modern History* 39, n.º 4 (diciembre de 1967), pp. 425-431.
—, «The Rajonnye Sovety of Petrograd: The Role of Local Political Bodies in the Russian Revolution», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas* 20 (1972), pp. 226-240.
—, *Red Guards and Workers' Militias in the Russian Revolution*, Stanford, 1984.
—, «The Revolution at One Hundred: Issues and Trends in the English Language Historiography of the Russian Revolution», *Journal of Modern Russian History and Historiography* 9 (2016), pp. 9-38.
—, «The Revolution in the Provinces: Khar'kov and the Varieties of Response to the October Revolution», *Revolutionary Russia* 4, n.º 1 (1991), pp. 132-142.
—, *Revolutionary Russia; New Approaches*, Nueva York y Londres, 2004.
—, *The Russian Search for Peace, February-October 1917*, Stanford, 1969.
—, «Ukrainian Nationalism and Soviet Power: Kharkiv, 1917», en *Ukrainian Past, Ukrainian Present*, ed. Bohdan Krawchenko, 70-83, Nueva York, 1993.
Warth, Robert A., *The Allies and the Russian Revolution: From the Fall of the Monarchy to the Peace of Brest-Litovsk*, Durham, 1954.
—, *Nicholas II: The Life and Reign of Russia's Last Monarch*, Westport, 1997.
White, Howard, «Civil Rights and the Provisional Government», en *Civil Rights in Imperial Russia*, ed. Olga Crisp y Linda Edmondson, 287-312, Oxford, 1989.
—, «1917 in the Rear Garrisons», en *Economy and Society in Russia and the Soviet Union, 1860-1930*, ed. L. Edmondson y P.Waldron, 152-168, Basingstoke y Londres, 1992.
White, James D., «The February Revolution and the Bolshevik Vyborg District Committee (in Response to Michael Melancon)», *Soviet Studies* 41, n.º 4 (1989), pp. 603-624.
—, «The Kornilov Affair: A Study in Counter Revolution», *Soviet Studies* 20, n.º 2 (1968-69), pp. 187-205.
—, *Lenin: The Practice and Theory of Revolution*, Londres, 2001.

—, «Lenin, Trotskii and the Arts of Insurrection: The Congress of Soviets of the Northern Region, 11-13 October 1917», *Slavonic and East European Review* 77, n.º 1 (enero de 1999), pp. 117-139.
—, *The Russian Revolution, 1917-1921: A Short History*, Nueva York, 1994.
—, «The Sormovo-Nikolaev Zemlyachestvo in the February Revolution», *Soviet Studies* 31, n.º 4 (1979), pp. 475-504.
Wildman, Allan K., *The End of the Russian Imperial Army: The Old Army and the Soldiers' Revolt (March-April 1917)*, Princeton, 1980.
—, *The End of the Russian Imperial Army: The Road to Soviet Power and Peace*, Princeton, 1987.
Williams, Albert Rhys, *Journey into Revolution: Petrograd, 1917-1918*, Chicago, 1969.
Williams, Beryl, *The Russian Revolution 1917-1921*, Oxford, 1987.
Yekelchyk, Serhy, *Ukraine: Birth of a Modern Nation*, Oxford, 2007.
Zeman, Z. A. B., ed., *Germany and the Revolution in Russia, 1915-1918: Documents from the Archives of the German Foreign Ministry*, Londres, 1958.
Zemelis, Sigurds, «Latvia on the Way to October», en Ezergailis and von Pistohlkors, *Die baltischen Provinzen Russlands*, 257-264.
Zenkovsky, Sergei A., *Pan-Turkism and Islam in Russia*, Cambridge, 1960.
Znamenskii, O. N., «The Petrograd Intelligentsia during the February Revolution»,
Soviet Studies in History 23, n.º 1 (1984-85), pp. 39-55.
Zohrab, I., «The Socialist Revolutionary Party, Kerensky and the Kornilov Affair: From the Unpublished Papers of Harold W. Williams», *New Zealand Slavonic Journal* (1991), pp. 131-161.